

se

Theodore Dreiser  
El estoico



Lectulandia

*El estoico* nos narra el desenlace de la historia de Frank Cowperwood, el protagonista de la «Trilogía del deseo», inspirada en la vida real del magnate de los negocios estadounidense Charles T. Yerkes. La obra relata los años de senectud de un hombre enérgico, que si bien ha conseguido la riqueza y el control de grandes negocios, llega a su vejez con un logro pendiente: el reconocimiento de su valía por la alta sociedad de su país. Y para colmo, tampoco su matrimonio ha resultado ser satisfactorio y estar a la altura de sus aspiraciones sociales y su sensibilidad cultural y artística. Pero Cowperwood no conoce la palabra fracaso y es capaz de vencer cualquier adversidad dadas sus ganas de vivir, de amar, de triunfar. Ahora es Berenice su musa y Londres el «Nuevo Mundo» por conquistar con su experiencia en el campo de los negocios y del tranvía.

*El estoico* (1947) —concluida pocas semanas antes de la muerte de Dreiser y publicada póstumamente dos años después de esta—, pone fin a una historia —iniciada en *El financiero* y continuada en *El titán*— que cautiva no sólo por la fuerza y singularidad de sus actores, sino también porque es un retrato sin igual del nacimiento del mundo financiero que sigue rigiendo nuestros destinos.

Lectulandia

Theodore Dreiser

# El estoico

Trilogía del deseo - 3

ePub r1.0

Titivillus 03.09.18

Título original: *The Stoic*  
Theodore Dreiser, 1947  
Traducción: María José Martín Pinto

Editor digital: Titivillus  
ePub base r1.2

---

más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)

---

# INTRODUCCIÓN

Charles T. Yerkes, el magnate que revolucionó una sociedad

Theodore Dreiser se dejó llevar en sus primeros años de novelista por la curiosidad y cierta fascinación por la vida de Charles T. Yerkes, responsable del desarrollo del tranvía y los metros de Chicago y de Londres; resultado de ello fueron *El financiero* (1912) y *El titán* (1914), las cuales conformarían las primeras entregas de la «Trilogía del deseo». Como un reportero fiel a la realidad y a la noticia, Dreiser dio cuenta en ellas de las grandes transformaciones que a finales del siglo XIX e inicios del XX había sufrido América y Europa, a través de la vida de un hombre singular, porque todo: el desarrollo de los transportes, de las comunicaciones, de los negocios y las finanzas, de la tecnología, de la ciencia y del arte... todo se condensaba en su biografía. El conocimiento que Dreiser tenía de la vida de Charles Yerkes es evidente en los tres libros y la tarea de documentación sobre ella es encomiable si atendemos al paralelismo de la historia de Cowperwood con la biografía del personaje real y a la cantidad de datos sobre acontecimientos, lugares y personajes verídicos que Dreiser hace desfilar por sus páginas. Grandes banqueros, empresarios, financieros, políticos, pintores, escultores, arquitectos escritores, actores, bailarinas... se pasean por las tres novelas para, a través de unos protagonistas ficticios pero inspirados en personajes reales, hacer un retrato totalmente veraz de la sociedad de su tiempo. La biografía de Frank A. Cowperwood apenas se salta el guion de la de Yerkes. Aquellos que hayan leído *El financiero* y *El titán*, pasos previos recomendables por otra parte para emprender la lectura de *El estoico*, pueden juzgar la similitud de ambas trayectorias vitales<sup>[1]</sup>:

Charles Tyson Yerkes nació en Filadelfia el 25 de junio de 1837 y, tras cursar estudios en la Friends' School y la Central High School de su ciudad natal, comenzó a trabajar como empleado en la casa de comisión de harina y granos y reenvíos de James P. Perot & Brother. Pronto destacó como un joven prometedor y brillante. Fue en 1859 cuando abrió su primera empresa independiente: una oficina de bolsa de valores, y tres años más tarde cuando adquirió una casa bancaria especializada en la negociación de bonos de primera clase. Cuando la ciudad de Filadelfia se vio en la necesidad de cumplir con las obligaciones económicas derivadas de la guerra y de la adquisición de más terrenos, emitió una gran cantidad de bonos que luego no pudo vender por su valor nominal. Fue Yerkes quien la sacó del aprieto concibiendo un plan para elevar el precio de los bonos, pero lo que resultó ser un éxito para la ciudad no lo fue tanto para el propio Yerkes. Al estallar el pánico financiero de 1871 causado por el incendio de Chicago, Yerkes se vio dueño de gran cantidad de valores que él

mismo había adquirido pero que ahora no tenían comprador, lo que le abocó al endeudamiento. Las autoridades de la ciudad, temerosas de los efectos que el pánico pudiera causar, no le permitieron establecer acuerdo alguno y exigieron la devolución inmediata del dinero. Incapaz de abonar lo que se le exigía, fue condenado por hurto y sentenciado a 33 meses en la temida Penitenciaría del Este del Estado. Trató de evitar la cárcel negociando con dos influyentes políticos de Pensilvania, pero esto se hizo público y, temiendo que el asunto pudiera influir negativamente en las siguientes elecciones, se le prometió a Yerkes el perdón si negaba las acusaciones que había hecho. Este aceptó y quedó libre tras haber permanecido en la penitenciaría siete meses.

Animado por destacados banqueros y otros hombres de negocios que seguían confiando en su buen hacer como inversionista, Yerkes reanudó su actividad y pronto comenzó a recuperar sus pérdidas, particularmente en 1873, gracias al fracaso financiero del magnate Jay Cooke, que Yerkes supo aprovechar vendiendo las acciones para posteriormente comprarlas a precios mucho más bajos, lo que le permitió obtener inmensas ganancias. Además, el concejo de la ciudad, en reconocimiento a los grandes servicios que había prestado al municipio en el pasado, terminó aprobando una ordenanza que lo absolvió de todo endeudamiento con la ciudad.

No obstante, su interés principal se centró muy pronto en los tranvías. Cuando tenía tan sólo veintidós años, compró junto con otros colegas una participación mayoritaria en la Compañía de Tranvías de las calles Decimoséptima y Decimonovena de Filadelfia. Su profundo interés por el desarrollo del transporte urbano de pasajeros y sus inversiones en este ámbito fueron lo que le convirtieron en un gran hombre de negocios de fama casi mundial. Por entonces ya había contraído su primer matrimonio, en 1859, con Susanna Guttridge Gamble —Lilian en *El financiero*—, con quien tuvo cinco hijos: Josephine Yerkes (n. y m. enero de 1866), George Gamble Yerkes (29 de mayo-13 de agosto de 1862), Charles Edward Yerkes (1863-1925), Elizabeth Laura Yerkes (3 de noviembre de 1866—,¿?), y Robert Kenderdine Yerkes (14 de febrero-18 de abril de 1868). Charles y Bella, los dos únicos hijos que llegaron a la edad adulta, tienen su correspondiente personaje de ficción en los pequeños Lilian (Ann en *El estoico*) y Frank Jr.

En 1880, Yerkes realizó su primera visita a Chicago y en su gira por el Medio Oeste se detuvo en Fargo, en Dakota del Norte, donde hizo importantes inversiones con la compra de terrenos y construcción de edificios comerciales. Sería en Fargo donde obtendría el divorcio de su esposa Susan y en 1881 contraería matrimonio con la joven de veinticuatro años Mary Adelaide Moore, de Filadelfia —Aileen en la trilogía de Dreiser—, con quien no tendría descendencia. No obstante, al igual que el personaje de ficción Frank Cowperwood (o deberíamos decir el de ficción igual que el real), Yerkes tendría a lo largo de su vida numerosas amantes, si bien fue Emily Grigsby —que inspiró a la Berenice de la novela— quien conquistaría su corazón los

últimos años de su vida<sup>[2]</sup>.

En el otoño de 1881 estableció en Chicago una casa bancaria y cinco años después comenzó con las negociaciones para adquirir el control de los ferrocarriles urbanos de Chicago. Sus logros en esta ciudad fueron impresionantes, pero la oposición contra la que tuvo que luchar, también; aunque no dudó en emplear el soborno y el chantaje para salvar cualquier obstáculo. Obtuvo el control de la North Chicago City Railway Company y fue nombrado su presidente. Inició el cableado de los tranvías y consiguió la reutilización del túnel de la calle La Salle para sortear el inconveniente de los puentes colgantes, que ralentizaban el desplazamiento de las personas que vivían en el lado norte de la ciudad. Dos años más tarde cerró las negociaciones para una participación mayoritaria en la Chicago West Division Railway Company, convirtiéndose también en su presidente. En ambas empresas, la confianza de sus asociados era tal que lo dejaron actuar por completo. Yerkes se convirtió en el hombre más determinante en el desarrollo del sistema ferroviario de Chicago. Reorganizó la Lake Street Company y se encargó de construir un ferrocarril elevado en el lado norte de la ciudad. En 1897 formó la Union Loop Company, que se encargó de dotar de terminales a todas las líneas en el corazón de la ciudad y las líneas se extendieron más allá de los límites de esta, lo que llevó a un aumento de la demanda de terrenos en los distritos suburbanos. Yerkes concibió un sistema de vías suburbanas que permitía a los que vivían en el extrarradio llegar al centro de la ciudad. En total se construyeron 400 kilómetros de vías y todas las corporaciones que se constituyeron para esta labor se unieron finalmente en la Chicago Consolidated Traction Company.

No obstante, la presión de quienes tenían intereses contrarios era tal que Yerkes fue abandonando sus inversiones en Chicago y a partir de 1899 trasladó su base de operaciones a Londres. Su sueño era dotar a las instalaciones londinenses de un carácter moderno y revolucionar por completo los métodos que entonces se utilizaban. Pero su fallecimiento a causa de una enfermedad renal en 1906 a los 69 años de edad impidió que la huella de Yerkes en Londres fuera más profunda. Los periódicos se hicieron eco del funeral de uno de los hombres más ricos de Estados Unidos, que fue enterrado en la más estricta intimidad en un mausoleo hecho construir por él mismo en el cementerio de Greenwood<sup>[3]</sup>.

La fortuna que dejó Yerkes a su muerte era inmensa —se calcula que su viuda recibió más de tres millones de dólares<sup>[4]</sup>—, pero fue posteriormente desmantelada por los numerosos acreedores que fueron surgiendo. Su deseo de que parte de su herencia fuera empleada en la construcción de un hospital nunca llegó a cumplirse, como tampoco que su mansión de Nueva York, que albergaba su extensa colección de arte, quedara abierta al público. La compra de obras de arte le había procurado la formación de una de las mejores galerías privadas de Estados Unidos, pero fueron subastadas y su colección dispersada<sup>[5]</sup>. Su viuda, Mary Adelaide, tuvo que trasladarse a un apartamento en la avenida Madison, en el que murió en 1911. Sí

quedó para la posteridad, no obstante, el observatorio Charles Yerkes de la Universidad de Chicago, al que en 1897 dotó con el telescopio más grande construido hasta el momento.

Yerkes tampoco ha desaparecido de la memoria colectiva; en ella pervive como uno de los hombres más singulares de la historia de Estados Unidos, uno de los *robber barons* que dieron forma a la América del siglo xx y al que se han dedicado numerosos libros<sup>[6]</sup> que muestran al mecenas, al filántropo, al genio de las finanzas, pero también al hombre sin escrúpulos que no dudó en jugar con el dinero público para su propio enriquecimiento. No es de extrañar que Dreiser se dejara cautivar por este personaje dado que la historia de su vida ofrecía por sí misma todo un guion para una novela. Yerkes fue Cowperwood, y su biografía la «Trilogía del deseo».

La conclusión de la «Trilogía del deseo»

Tras la publicación en 1914 de *El titán*, Dreiser interrumpía el relato de la vida del magnate de las finanzas Charles T. Yerkes en plena madurez, pero con la idea de proseguir y completar la trilogía que dos años antes comenzara con *El financiero* (1912). Sin embargo, no fue hasta poco antes de su muerte en 1945 cuando el autor trató de completar la tarea que se había impuesto, con la ayuda de su esposa Helen<sup>[7]</sup>, y escribió la última entrega a la que titularía *El estoico*, que se publicó, no obstante, póstumamente y de manera inconclusa.

En *El estoico* se relatan los años finales de Cowperwood, el alter ego ficticio del magnate Charles Tyson Yerkes, quien, como el personaje real, una vez concluida su odisea empresarial con los tranvías de Chicago, pone sus ojos en las posibilidades de negocio en Europa, concretamente en Londres. Nada ha cambiado en él pese al paso de los años. Cowperwood sigue siendo esa «combinación de príncipe maquiavélico, un superhombre nietzscheano, un héroe argelino que usa su inteligencia, su economía, su ingenio, sutileza y visión para prosperar en la auténtica jungla de las finanzas del siglo xix»<sup>[8]</sup>. Sus críticas hacia el orden impuesto, su inadaptación a las convenciones sociales de la época siguen predominando en su temperamento, el cual rezuma de un inconformismo que nace de su voluntad de no estar sometido a nada. El lema «Yo me satisfago a mí mismo» sigue abanderando la actitud y la práctica de este personaje que no se esconde sino que se burla del puritanismo hipócrita y la estrecha moral de sus coetáneos. De esta manera, triunfar en el Viejo Mundo, con su rancia alta sociedad como defensora y protectora de las buenas costumbres, supone un auténtico reto para un hombre que no ha conseguido hacerse un hueco en la América de las oportunidades.

Así, la trayectoria del personaje se dibuja como una continuación de su anterior experiencia vital, de manera que el lector se encuentra al inicio de la obra consciente de que el relato va a dar conclusión a una aventura económica, que se espera exitosa, y a una aventura amorosa, que ofrece más interrogantes dada la inestabilidad



sentimental del protagonista. Sin embargo, pronto se percibe que la lectura de la trilogía no sigue un camino en línea recta, pues, aunque los negocios siguen siendo el hilo conductor de la historia, el núcleo argumental se desplaza al centrarse en un tema mucho más personal e íntimo que comienza a inquietar cada vez más a nuestro personaje. La percepción de que la vida se agota lleva a Cowperwood a preocuparse más por su corazón, sentimentalmente hablando, aunque su espíritu financiero no le permita dejar a un lado cualquier posibilidad de hacer un buen negocio. Mas su feroz lucha por ser un hombre reconocido en el mundo empresarial y por la alta sociedad ha sido tan objeto de sus desvelos como su eterna búsqueda de la mujer ideal, y es ahora el amor quien pasa a dirigir sus decisiones. Su pasión por Berenice es la que le empuja a emprender su aventura europea y es la juventud de la muchacha la que le proporciona la vitalidad que los años le han podido ir restando. Berenice es, por fin, la mujer que le complementa, porque Cowperwood, que mantiene su visión egocéntrica de la vida y no sabe medir a los otros independientemente de sus necesidades o de su concepto de sí mismo, lo que realmente persigue es una esposa cuya inteligencia puedan apreciar los demás y, por extensión, su buen gusto escogiendo compañera. Berenice es esa mujer, muy distinta a Aileen, puesto que ella es capaz de amar el arte y disfrutar intensamente de la vida cultural que el dinero puede proporcionar en forma de colecciones de obras artísticas y viajes por Europa. Pero Berenice es joven, demasiado joven, y la alta sociedad muy tradicional y prejuiciosa, por lo que Cowperwood sabe que tiene que mantenerse en un segundo plano si no quiere perjudicarla a ella, y a sí mismo también. Cowperwood toma por ello conciencia del perjuicio que causa el paso del tiempo, de que su madurez, pese a que su inteligencia y perspicacia, así como su atractivo, no se han visto menguados, le pasa factura.

Berenice, por otra parte, es el contraste con la frívola Aileen (a quien no podemos negar el mérito de poner ese «punto de sal» que le faltaría a la novela si se centrara sólo en los personajes de Cowperwood y su amante). La pasión de Aileen por Cowperwood es incondicional, pero no basta para alimentar el espíritu de un hombre de la talla del financiero. Ambas son hermosas, pero Aileen representa el exceso y Berenice, la inteligencia, el equilibrio, en lo estético y en lo emocional, y Cowperwood tiene muy claro que, pese a que debe a Aileen un gran respeto por el amor que durante tantos años le ha profesado, es Berenice la que colma sus aspiraciones de grandeza; porque Cowperwood aspira a la grandeza material y también a la grandeza espiritual.

Su preocupación por dejar un legado comienza a surgir en él y, si Aileen se retirara de la escena, Berenice podría ser la idónea para prolongar su altruismo. Cowperwood es un hombre frío que sabe utilizar el dinero adecuadamente para atraer simpatías y pronto aprende que la filantropía es una manera de procurárselas y también de constituir ese ansiado legado que perpetúe su memoria. Su ambición de lograr el reconocimiento no se limita al tiempo que dure su vida sino que también

debe sobrevivir a su muerte. El observatorio astronómico y su colección de arte son su sueño y el alimento de sus inquietudes intelectuales, pero también una magnífica arma propagandística. Lástima que la vida sea demasiado corta e imprevisible y que los buitres siempre acudan, en el momento funesto, rápidos y carentes de escrúpulos.

Por todo lo hasta aquí dicho, la lectura del *El estoico* no puede por menos que sorprender al lector por el cambio de la perspectiva narrativa de Dreiser, pero sobre todo por el desenlace de la novela. Este no fue ajeno al interés que muchos escritores americanos empezaron a sentir en la primera mitad del siglo xx por el hinduismo y decidió introducir como epílogo reflexiones de Berenice sobre la vida, la muerte, el presente y el futuro que le esperaba a partir de la filosofía derivada de esta religión oriental<sup>[9]</sup>. El libro se cierra pues con la visión de Berenice sobre la vida de Frank A. Cowperwood, un hombre al que amó y admiró. Su memoria no se perpetuó de la manera que él hubiera querido, pero logró dejar grabado su nombre en la historia. Hoy se conoce más que nunca al hombre de ficción y al hombre real, pero Dreiser ha hecho difícil diferenciar dónde empieza uno y dónde termina otro.

# CRONOLOGÍA

- 1871** Nace Theodore Herman Albert Dreiser en Terre Haute, Indiana, el duodécimo hijo de un inmigrante germano, John Dreiser.
- 1889** Tras su graduación en un colegio de Warsaw, Indiana, asiste a la Universidad de Indiana durante un año.
- 1892** Comienza a trabajar como reportero del *Chicago Daily Globe* y como enviado especial en Saint Louis para el *St. Louis Globe Democrat*.
- 1893** Trabaja durante un año para el *St. Louis Republic*.
- 1898** Se casa con Sara Osborne.
- 1900** Publica su primera novela *Nuestra hermana Carrie* [*Sister Carrie*].
- 1901** En respuesta a un linchamiento del que fue testigo, publica en *Ainslee's Magazine* el relato «Niger Jeff».
- 1906** Trabaja durante un año como redactor jefe de la revista femenina *Broadway Magazine*.
- 1907** Trabaja durante un año como editor de la revista *Butterick Publications*.
- 1909** Se separa de su esposa Sarah debido a su relación con Thelma Cudlipp, hija de un compañero de trabajo.
- 1911** Publica su segunda novela, *Jenny Gerhardt*.
- 1912** Publica la primera novela de su *Trilogía del deseo: El financiero* [*The Financial*].
- 1913** Publica su ensayo *A Traveler Forty*. Inicia una relación con la pintora y actriz Kyra Markham.
- 1914** Publica la segunda novela de su *Trilogía del deseo: The Titan* [*El titán*].
- 1915** Publica *El genio*.
- 1916** Publica su primera obra teatral, *Plays of the Natural and Supernatural*, y su ensayo *A Hoosier Holiday*.
- 1918** Publica *The Hand of the Potter* [*La mano del alfarero*], y otros relatos cortos con el título de *Free and Other Stories*.
- 1919** Publica su ensayo *Twelve Men*. Inicia una relación con su prima Helen Patges Richardson.
- 1920** Publica el ensayo *Hey Rub-a-Dub-Dub: A Book of the Mystery and Wonder and Terror of Life*.
- 1922** Publica el ensayo *A Book About Myself*; reeditado posteriormente en *Newspaper Days*.
- 1923** Publica el ensayo *The Color of a Great City*.
- 1925** Publica la novela considerada como su gran obra maestra: *Una tragedia americana*.

numerada de 550 ejemplares autografiados.

- 1927** Publica una colección de relatos cortos con el título de *Chains: Lesser Novels and Stories*.
- 1928** Publica su ensayo *Dreiser Looks at Russia*, resultado de su viaje a la Unión Soviética.
- 1929** Publica una colección de relatos cortos con el título de *Una galería de mujeres* y el ensayo *My City*. Su poema «The Aspirant» es publicado en *The Poetry Quartos*, una colección de poemas reunidos por Paul Johnston.
- 1930** Dreiser es nominado al Premio Nobel de Literatura.
- 1931** Se estrena en el cine *Una tragedia americana*. Asume la dirección del Comité Nacional para la Defensa de los Presos Políticos (NCDPP). Publica *Tragic America*, una crítica al capitalismo americano, y *Dawn*.
- 1941** Publica *America Is Worth Saving*, en la misma línea de crítica al capitalismo.
- 1944** Se casa con Helen Patges Richardson.
- 1945** Se une al Partido Comunista en el mes de agosto. Muere en Hollywood, Los Ángeles, el 28 de diciembre.
- 1946** Se publica *póstumamente* *The Bulwark*.
- 1947** Se publica postumamente la tercera y última novela de su *Trilogía del deseo*: *The Stoic [El estoico]*.



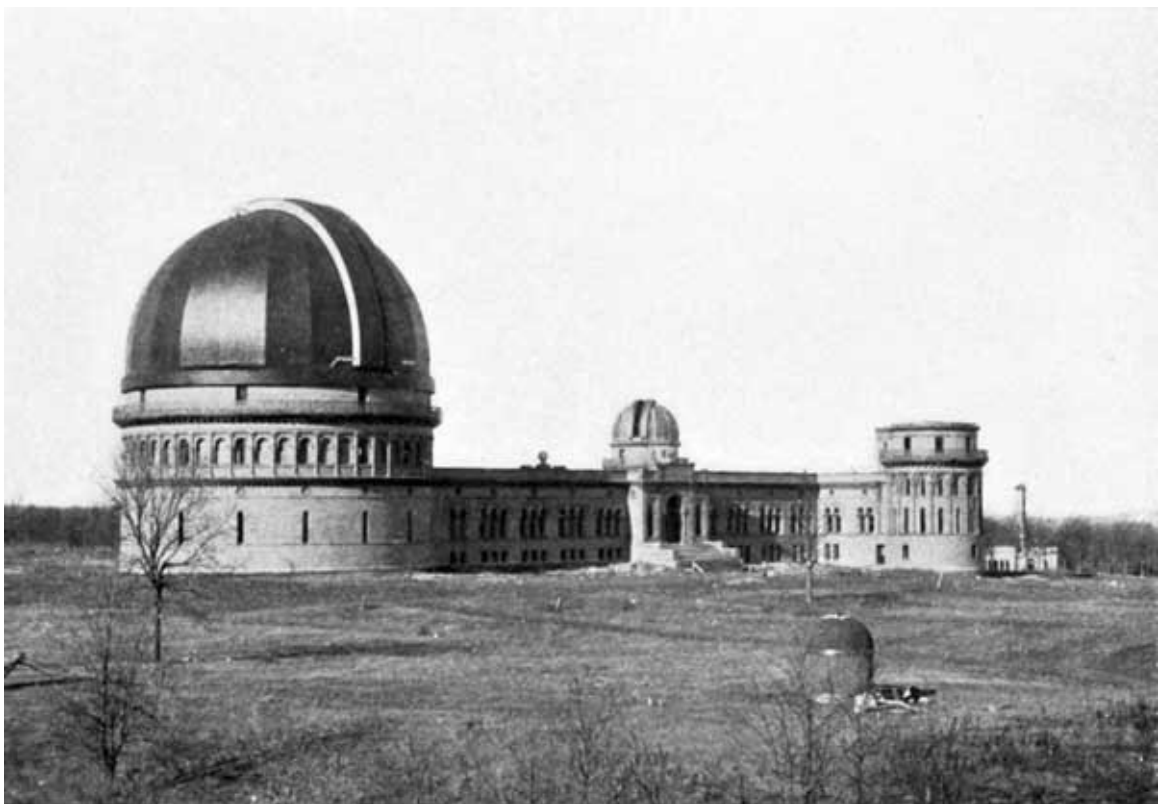
Retrato de Charles Tyson Yerkes (Frank Algernon Cowperwood en la novela) hacia 1899.



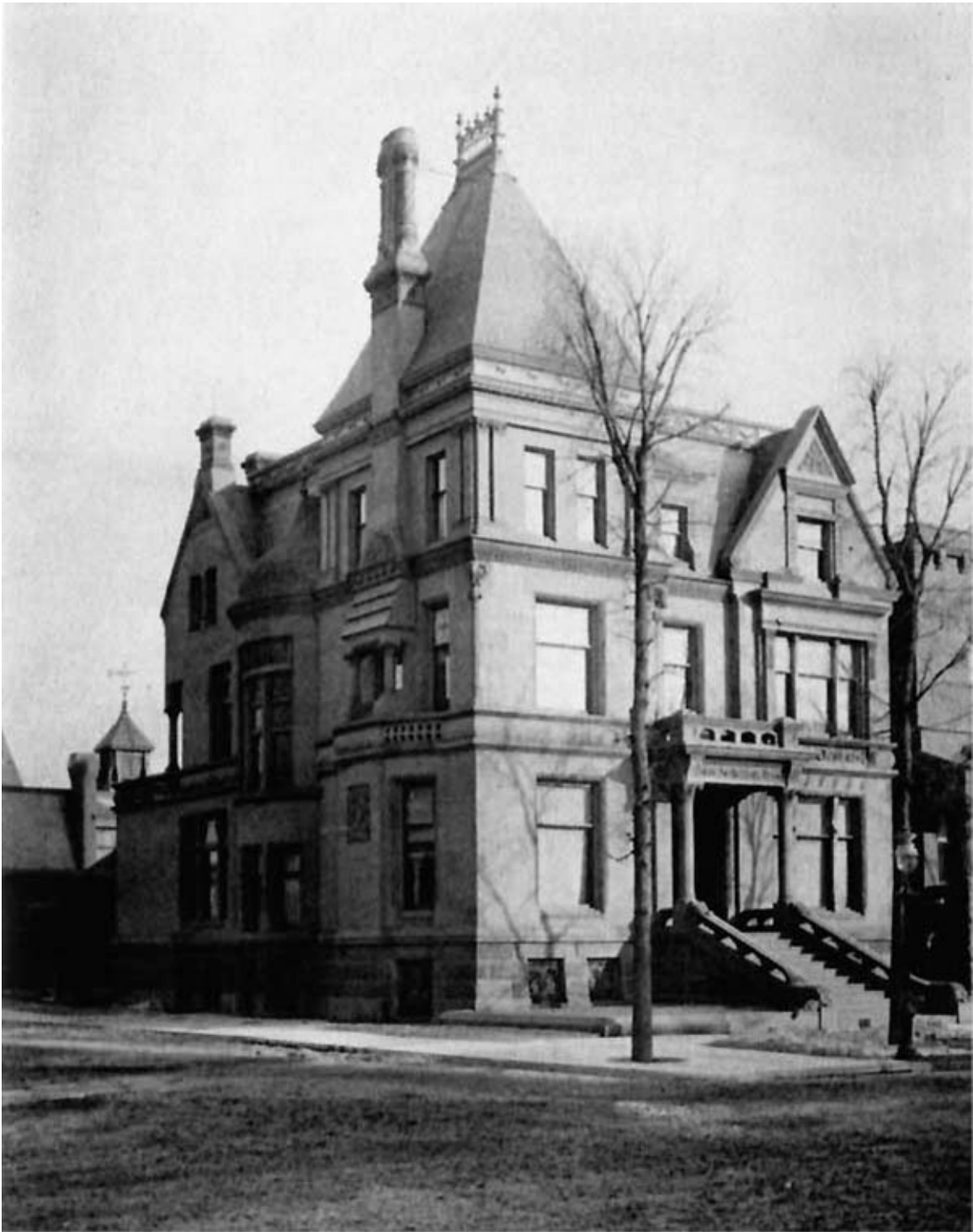
Penitenciaría de Pensilvania para el Distrito Este de Filadelfia (ca. 1920), donde estuvo preso el magnate tras el Pánico financiero de 1871. Actualmente es Monumento Histórico Nacional.



Vista del Loop de Chicago a principios del siglo XX.



El Observatorio Astronómico Charles Yerkes, situado en el lago Geneva, Williams Bay, Wisconsin, contó con el refractor más grande construido hasta ese momento.



Yerkes construyó su mansión de Chicago, hoy desaparecida, en Madison Avenue. Su diseño fue encargado a Burling & Whitehouse Architects.



La mansión que erigió en Nueva York, en la Quinta Avenida, se convirtió en un auténtico museo. La colección de arte fue subastada y la mansión demolida.

**MRS. C. T. YERKES  
DIES IN NEW YORK;  
HAD TRAGIC LIFE**

---

Widow of One Time Chicago  
Traction Magnate Succumbs  
to Grip and Worry.

---


**LITIGATION TO CONTINUE**

---

Estate of Millions Has Been Con-  
stantly in the Courts for  
Many Years.

---

**ART TREASURES ARE AUCTIONED**

A black and white portrait of a woman, Mrs. C. T. Yerkes. She has dark, wavy hair and is looking slightly to the left. She is wearing a high-collared, patterned dress with a dark, textured lower half and a light-colored upper half. She is also wearing a necklace with a large, ornate pendant. The portrait is framed by a decorative border.



El 3 de abril de 1911, el Chicago Tribune se hacía eco de la muerte de Mary Adelaide Moore Yerkes, viuda del magnate (Aileen en la novela), haciendo hincapié en su triste y solitaria vida.



Retrato de Emily Grigsby (Berenice en la novela) realizado por Jan van Beers, uno de los pintores favoritos de Yerkes.



Mausoleo donde descansan los restos de Charles Yerkes y su segunda esposa Mary Adelaide Moore Yerkes, en el cementerio de Greenwood.



Interior de la mansión que Yerkes construyó para Emily Grigsby en Girard Avenue, hoy desaparecida.

# CAPÍTULO I

Frank Cowperwood se enfrentaba a dos problemas extremadamente inquietantes por la época de su derrota en Chicago, cuando, tras una larga lucha, perdió por completo la batalla por la renovación de sus franquicias por un periodo de cincuenta años.

En primer lugar, estaba la edad. Se acercaba a los sesenta, y aunque aparentemente seguía siendo tan vigoroso como siempre, presentía que no le iba a resultar fácil amasar la gran fortuna, que con total seguridad se habría terminado asegurando si hubiera conseguido la prórroga de su franquicia, cuando ahora habían aparecido en escena otros financieros más jóvenes y con tanta iniciativa como él. Una fortuna que estimaba que podría haber ascendido a cincuenta millones de dólares.

En segundo lugar, había algo que tenía aún mayor importancia, según su juicio más realista, y era el hecho de que aún no había logrado establecer conexiones sociales de valor; en otras palabras, seguía sin gozar de prestigio social. No cabe duda de que su encarcelamiento en la penitenciaría de Filadelfia en su juventud no le había ayudado en este aspecto, y, además, estaba su promiscuidad natural, a la que había que sumar su desgraciado matrimonio con Aileen, quien no le había supuesto ayuda alguna en el aspecto social, y su propio individualismo, tan decidido y casi salvaje, que había hecho que se apartaran de él muchos que, de otro modo, quizá le habrían brindado su amistad.

Cowperwood no era dado a fraguar amistades con aquellos que eran menos enérgicos, sutiles o eficientes que él mismo. Le resultaba demasiado parecido a infravalorarse sin propósito alguno y, en su opinión, era además una pérdida de tiempo en el mejor de los casos. Por otro lado, descubrió que no siempre era fácil conseguir la amistad de los fuertes, de los inteligentes ni de aquellos que eran genuinamente importantes. En Chicago, en particular, donde se había enfrentado a tantos de ellos en su lucha por conseguir posición y poder, habían optado por unirse en su contra, y no porque él representara una moralidad o unos métodos distintos a los que ellos mismos estaban dispuestos a emplear o a tolerar en otros, sino más bien porque él, que era un auténtico desconocido, se había atrevido a pisarles el terreno en aspectos financieros que supuestamente les pertenecían y había adquirido grandes riquezas y poder en menos tiempo que ellos. Y lo que es más, había atraído a las esposas y a las hijas de algunos de aquellos mismos hombres que más celosos estaban de su situación financiera, de modo que se habían propuesto condenarlo al ostracismo social y muy cerca habían estado de conseguirlo.

En lo que al sexo respecta, siempre había deseado gozar de libertad individual y se había propuesto lograrla de manera implacable. Al mismo tiempo, siempre había

tenido la idea de que bien podría llegar a encontrar en alguna parte a una mujer tan excelente que lograra sujetarlo, muy a su pesar, en una relación en la que hubiese un afecto y una comprensión auténticos, aunque no lograra que fuera absolutamente fiel —nunca se mostraba dispuesto a contar con eso en lo que se refería a sí mismo—. Hacía ya ocho años que sentía que había encontrado ese ideal de mujer en una muchacha, Berenice Fleming. Obviamente, ella no se sentía deslumbrada por su personalidad ni por su fama, ni le impresionaban en lo más mínimo sus artimañas habituales. Y debido a eso, así como al profundo hechizo estético y sensual que ejercía sobre él, había nacido en su interior la convicción de que ella, con su juventud, su belleza y su mente despierta, además de la certeza que tenía de su propia valía personal, lograría crear y mantener el entorno social natural adecuado a su fuerza y su riqueza, obviamente en el supuesto de que alguna vez fuese libre para casarse con ella.

Desgraciadamente, a pesar de su determinación en lo relativo a Aileen, no había logrado deshacerse de ella. Lo primero es que estaba decidida a no renunciar a él. Y sumar la lucha por su libertad a su ya difícil batalla por los tranvías de Chicago habría resultado ser una carga demasiado pesada. Lo que es más, seguía sin ver rastro alguno de la aceptación necesaria en la actitud de Berenice. Parecía tener los ojos puestos en hombres que no sólo eran más jóvenes que él, sino que además contaban con los convencionales privilegios sociales que su historia personal le impedía ofrecerle. Esto le había supuesto conocer por primera vez lo que era una derrota romántica, y había pasado horas y horas sentado solo en sus habitaciones convencido de que había sido vencido sin remedio en su batalla por conseguir una fortuna aún mayor y por el amor de Berenice.

Y luego, de repente, ella había acudido a él para anunciarle de la manera más sorprendente e inesperada que se rendía, lo que le hizo experimentar tal sensación de rejuvenecimiento que casi logró restablecer su antiguo espíritu creativo. Sintió que al fin tenía el amor de una mujer que podría de verdad apoyarlo en su búsqueda de poder, fama y prestigio.

Por otro lado, a pesar de que la explicación que ella le había dado del porqué había acudido a él fue franca y directa, «pensé que probablemente me necesitaras en este momento... he tomado una decisión», seguía habiendo por su parte cierta actitud que denotaba que se sentía herida por la vida y la sociedad, y eso era lo que la impulsaba a buscar una suerte de reparación por las crueldades que la vida le había impuesto en su primera juventud. Lo que ella de verdad pensaba, y que Cowperwood no llegó a comprender debido a la alegría que le había producido su repentina rendición, era: «Eres un paria de la sociedad; igual que yo. El mundo se ha propuesto desbaratar tus planes. En mi caso, ha intentado excluirme de la esfera a la que, por temperamento y por todo lo demás, siento que pertenezco. Estás resentido; y yo también. De ahí esta relación: basada en la belleza, la fuerza, la inteligencia y el valor de ambos, pero sin que haya dominación por parte de ninguno de nosotros. Porque si

no nos tratamos con justicia, no habrá posibilidad de que esta unión no conforme a las convenciones sociales perdure». Estos fueron, en esencia, sus motivos para acudir a él en aquel momento.

Pero, sin embargo, Cowperwood, a pesar de ser consciente de la fuerza y la perspicacia de ella, no fue capaz de entender del todo cuáles eran sus razonamientos en este sentido. No habría dicho, por ejemplo, al contemplarla cuando apareció aquella noche ventosa (perfecta y florida a pesar de aquel viento helado), que había llegado a aquellas conclusiones meditándolas con decisión y con sumo cuidado. Habría sido demasiado esperar de alguien tan joven, tan sonriente, tan alegre, y en conjunto, tan sumamente exquisito en todos los aspectos de la feminidad. Pero, sin embargo, así era. Se plantó ante él, desafiante, aunque algo nerviosa en el fondo. No había ni rastro de malicia en su actitud, sino más bien amor, si al deseo de estar con él y de que se convirtiera en su dueño hasta el final de sus días en estas condiciones se le puede llamar amor. Por mediación suya y con él caminaría en pos de cualquier victoria posible, cooperando ambos sin reservas y en apoyo mutuo.

Y así, aquella primera noche, Cowperwood se volvió hacia ella y le dijo:

—Pero, Bevy, siento mucha curiosidad por esta decisión tuya tan repentina. Y vienes a mí justo ahora, cuando acabo de sufrir mi segundo revés de importancia.

Los tranquilos ojos azules de ella lo envolvieron como un cálido manto o como una disolución de éter.

—Bueno, sabes que llevo años pensando y leyendo sobre ti. El domingo pasado, sin ir más lejos, en Nueva York, leí dos páginas completas sobre ti en el *Sun*<sup>[1]</sup> que me hicieron comprenderte mejor, creo.

—¡Los periódicos! ¿De verdad?

—Sí y no. No las críticas que te hacían, pero sí los datos, si son reales, que ellos enumeraron. Nunca quisiste a tu primera mujer, ¿verdad?

—Bueno, al principio, creía que sí. Pero, claro, es que era muy joven cuando me casé con ella.

—¿Y a la actual señora Cowperwood?

—Ah, a Aileen sí. Hubo una época en la que la quise mucho —confesó—. Hizo muchas cosas por mí y no soy una persona desagradecida, Bevy. Además, era muy atractiva. Muchísimo, me parecía a mí, en aquellos tiempos. Pero yo seguía siendo joven, y no era tan exigente con las cualidades mentales como lo soy ahora. No es culpa de Aileen. Fue un error debido a la falta de experiencia.

—Me siento mejor oyéndote hablar así —dijo ella—. No eres tan despiadado como dicen. Pero, de todas formas, soy mucho más joven que Aileen, y tengo la sensación de que si no tuviera el aspecto que tengo, quizá mi mente no sería demasiado importante para ti.

Cowperwood sonrió.

—Muy cierto. No puedo alegar ninguna excusa por ser como soy —dijo—. Tanto si es una medida inteligente como si no lo es, procuro seguir la línea de mi propio

interés, porque, en mi opinión, no hay otra guía posible. Quizá esté equivocado, pero creo que la mayoría de nosotros actuamos así. Quizá haya otros intereses que deban prevalecer sobre los del individuo, pero, al favorecerse a sí mismo, por regla general, parece que favorece a otros.

—Hasta cierto punto, estoy de acuerdo con tu forma de ver las cosas —comentó Berenice.

—Lo único que estoy intentando dejar claro —continuó Cowperwood sonriéndole con afecto— es que no pretendo quitar importancia ni subestimar el daño que haya podido causar. El dolor parece ser inherente a la vida y al cambio. Quiero simplemente exponer mi caso según mi propio punto de vista para que puedas comprenderme.

—Gracias —dijo Berenice y soltó una risilla—, pero no es necesario que te lo tomes como si estuvieras en el estrado declarando como testigo.

—Bueno, casi. Pero, por favor, permíteme que te explique algunas cosas sobre Aileen. En su naturaleza predominan el amor y la emoción, pero su capacidad intelectual no es, ni ha sido nunca, suficiente para cubrir mis necesidades. La entiendo a la perfección y le estoy muy agradecido por todo lo que hizo por mí en Filadelfia. Se quedó a mi lado, incluso en detrimento de su posición social. Y por eso sigo cumpliendo con ella, a pesar de que me es absolutamente imposible amarla como antes. Lleva mi nombre, reside en mi casa. A su modo de ver, le corresponde mantener ambas cosas. —Hizo una pausa porque tenía dudas sobre lo que diría Berenice—. Tú lo entiendes, ¿verdad? —le preguntó.

—Sí, sí —exclamó Berenice—, por supuesto que lo entiendo, y por favor, no quiero molestarla en modo alguno. No he acudido a ti con eso en mente.

—Eres muy generosa, Bevy, aunque injusta contigo misma —dijo Cowperwood—. Pero quiero que sepas lo importante que eres para mi futuro. Quizá no lo comprendas, pero voy a reconocerlo ahora mismo, ante ti. No me he pasado ocho años siguiéndote en balde. Eso significa que te aprecio mucho; muchísimo.

—Lo sé —dijo ella suavemente, no poco impresionada por aquella declaración.

—En estos ocho años —continuó él— he tenido un único ideal. Y ese ideal eres tú.

Hizo una pausa sintiendo deseos de abrazarla, pero decidió que de momento no debía hacerlo. Después, metiéndose la mano en uno de los bolsillos del chaleco, sacó un fino medallón de oro del tamaño de un dólar de plata, que abrió y le entregó a ella. En una de las caras interiores había una fotografía de Berenice a la edad de doce años, delgada, delicada, arrogante, reservada, distante, tal como seguía siendo hasta entonces.

Ella la miró y reconoció la fotografía; se la habían hecho cuando ella y su madre aún estaban en Louisville y su madre era una mujer que gozaba de medios y de posición social. ¡Qué distinta era la situación ahora, y cuánto había sufrido ella a causa de ese cambio! La observó y aquella foto le trajo agradables recuerdos.

—¿Dónde la conseguiste? —le preguntó al fin.

—La cogí de la cómoda de tu madre en Louisville la primera vez que la vi. Aunque no estaba en este medallón; eso ha sido cosa mía.

Lo cerró con un gesto cariñoso y se lo volvió a meter en el bolsillo.

—Desde entonces la he llevado muy cerca de mí —le dijo.

Berenice sonrió.

—Espero que la hayas guardado donde nadie pudiera verla. Ahí no soy más que una niña.

—Es igual; para mí sigue siendo un ideal. Y ahora más que nunca. He conocido a muchas mujeres, por supuesto. Las he tratado según mis luces y mis deseos en cada momento. Pero aparte de todo eso, siempre he tenido claro el concepto de qué era lo que de verdad deseaba. Siempre he soñado con una muchacha fuerte, sensible y poética como tú. Piensa de mí lo que te plazca, pero júzgame sólo por lo que haga, no por lo que diga. Dijiste que habías venido porque pensabas que te necesitaba. Y así es.

Ella le puso la mano en el brazo.

—Lo he decidido —le dijo con calma—. Lo mejor que puedo hacer con mi vida es ayudarte. Pero nosotros... yo... ninguno de los dos podemos hacer simplemente lo que nos apetezca. Y tú lo sabes.

—Perfectamente. Quiero que seas feliz conmigo y yo quiero ser feliz contigo. Y no podré serlo, desde luego, si hay cualquier cosa que te preocupe. Aquí en Chicago, especialmente en este momento, tengo que ser extremadamente cuidadoso y tú también. Por eso es por lo que vas a volver a tu hotel dentro de nada. Pero mañana será otro día, y sobre las once, esperaré tu llamada. Y entonces quizá podamos hablar de esto tranquilamente. Pero espera un momento. —La cogió del brazo y la condujo hasta su dormitorio. Cerró la puerta y se dirigió con paso enérgico hacia un bonito cofre de hierro forjado que había en un rincón de la habitación. Lo abrió con la llave y extrajo tres bandejas que contenían una colección de antiguos anillos griegos y fenicios. Tras colocarlas en fila ante ella, le dijo:

—¿Con cuál de estos te gustaría que selle mi compromiso contigo?

Con aire indulgente y ligeramente indiferente, como era habitual en ella —que era siempre la que se hacía de rogar y nunca la que rogara—, Berenice estudió los anillos y jugueteó con ellos, haciendo alguna exclamación ocasional sobre alguno que le interesara. Y al fin, dijo:

—Quizá Circe habría elegido esta serpiente de plata trenzada. Y Helena, quizá este anillo de flores de bronce verde. Creo que a Afrodita quizá le habría gustado este brazo y esta mano que rodean la piedra. Pero yo no elegiré basándome sólo en la belleza de la pieza. Para mí elegiré esta banda de plata sin bruñir. Tiene fuerza, además de ser bella.

—¡Siempre te decides por lo más inesperado, por lo original! —exclamó Cowperwood—. ¡Eres incomparable, Bevy!



La besó con ternura mientras le colocaba el anillo en el dedo.

## CAPÍTULO II

El principal logro que había conseguido Berenice al acudir a Cowperwood en el momento de su derrota fue el de renovar su fe en lo inesperado, y mejor aún, en su propia suerte. Porque la de ella era una individualidad egoísta, ecuánime, irónica, en opinión de él, pero menos brutal y más poética que la suya. Mientras que él deseaba el dinero para liberar aquello que contenía en su esencia, el poder, y utilizarlo a su antojo, Berenice parecía exigir el privilegio de expresar las múltiples facetas de su temperamento de maneras que contribuyeran a la belleza, satisfaciendo así sus ideales, que eran esencialmente estéticos. No deseaba tanto expresarse a sí misma a través de una determinada forma de arte como vivir de modo que su vida, así como su personalidad, fuesen en sí mismas una manifestación del arte. Había pensado más de una vez que si gozara de una gran riqueza y de enorme poder, los utilizaría de una manera creativa. Nunca los malgastaría en grandes casas, terrenos ni en alardes, sino que se rodearía de un ambiente exquisito y por supuesto inspirador.

Pero nunca había hablado de ello. Se hallaba, más bien, implícito en su naturaleza, algo que Cowperwood en modo alguno lograba siempre interpretar con claridad. Se daba cuenta de que era delicada, sensible, evasiva, esquiva, misteriosa. Y por estas razones, nunca se cansaba de contemplarla, igual que no se cansaba de contemplar la naturaleza: el nuevo día, el extraño viento, los paisajes cambiantes. ¿Cómo sería la siguiente mañana? ¿Cómo sería Berenice la próxima vez que la viera? No lo sabía. Y Berenice, consciente de su propia rareza, no podía explicárselo ni a él ni a ningún otro. Ella era como era. Cowperwood, o cualquier otro, tendría que tomarla como era.

Además de todo esto, ella era, tal como él había percibido, una aristócrata. Con su actitud reposada y segura de sí misma, imponía respeto y despertaba la atención de todos los que entraban en contacto con ella. No podían evitarlo. Y Cowperwood reconocía en esta superioridad suya aquello que siempre había admirado y deseado en una mujer, aunque casi de manera inconsciente, y eso le provocaba una profunda satisfacción, al tiempo que lo impresionaba. Era joven, hermosa, inteligente, dueña de sí misma; una auténtica dama. Ya lo presintió nada más ver la fotografía de aquella niña de doce años en Louisville ocho años atrás.

Pero ahora que Berenice al fin había acudido a él, había algo que lo preocupaba. Se trataba de su idea entusiasta, y de momento sincera, de la más absoluta y exclusiva devoción a ella. ¿De verdad era esa su intención? Tras su primer matrimonio, especialmente después de la experiencia de haber tenido hijos y de la naturaleza grave y monótona de su vida doméstica, se había dado perfecta cuenta de que los habituales dogmas del amor y el matrimonio no estaban hechos para él. Eso se

demostró en su aventura con la joven y bella Aileen, cuyo sacrificio y devoción fueron recompensados más adelante cuando se casó con ella, tras lo cual, se sintió completamente liberado, sensual y emocionalmente.

No sentía deseos de intentar alcanzar, y mucho menos mantener, una sensación de permanencia. Aun así, había perseguido a Berenice durante ocho años. Y ahora se preguntaba cómo debería presentarse ante ella de manera honesta. Sabía bien que era extremadamente inteligente e intuitiva, y que las mentiras que resultan suficientes para aplacar, si no para llegar a engañar del todo, a las mujeres normales, no le servirían de mucho con ella.

Y para empeorar aún más las cosas, por esta época había una tal Arlette Wayne en Dresde, Alemania. Hacía sólo un año que había comenzado una aventura con ella. Arlette, que antes había estado enclaustrada en un pequeño pueblo de Iowa y que se sentía ansiosa por liberarse de un destino que amenazaba con asfixiar su talento, le había escrito a Cowperwood adjuntando una foto en la que se apreciaba su cuerpo de sirena. Pero al no recibir respuesta, había decidido pedir dinero prestado y presentarse personalmente en su oficina de Chicago. La personalidad de Arlette tuvo éxito donde antes había fracasado la fotografía, porque no sólo era atrevida y segura de sí misma, sino que además, era dueña de un temperamento que Cowperwood comprendía muy bien. Hay que añadir a esto que su objetivo no era simplemente mercenario, sino que su interés por la música era genuino, a lo que se sumaba que tenía buena voz. Cuando se convenció de ello, deseó ayudarla. También había traído pruebas convincentes de sus orígenes: una fotografía de la casita en la que vivían ella y su madre viuda, que era dependiente, y una historia conmovedora de los esfuerzos y penalidades de su madre para mantenerlas y por fomentar sus ambiciones.

Como es natural, los escasos cientos de dólares que sus aspiraciones requerían no eran nada para Cowperwood. Le seducía cualquier forma de ambición, y ahora, conmovido por la muchacha, procedió a planificar su futuro. Para empezar, tendría la mejor formación que pudiera encontrarse en Chicago, y más adelante, si llegaba a demostrar que verdaderamente merecía la pena, la mandaría al extranjero. Sin embargo, para no comprometerse ni enredarse en modo alguno, había previsto un presupuesto concreto con el que ella tendría que arreglárselas para mantenerse, y ese presupuesto seguía vigente. También le había aconsejado que se trajera a su madre a Chicago para que viviera con ella, de modo que alquiló una casita pequeña, mandó llamar a su madre y se instaló, y andando el tiempo, Cowperwood se convirtió en visitante asiduo.

Gracias a su inteligencia y a la sinceridad de su ambición, su relación se había basado en el reconocimiento mutuo, así como en el afecto. A ella no le había movido nunca el deseo de comprometerlo en modo alguno y muy poco tiempo antes de que Berenice llegara a Chicago, la convenció de que se marchara a Dresde porque él se había dado cuenta de que quizá muy pronto él mismo no permaneciera en Chicago mucho tiempo más. Y si no hubiera sido por Berenice, al poco tiempo habría visitado

a Arlette en Alemania.

Pero ahora, cuando la comparaba con Berenice, no sentía que ejerciera una atracción sensual sobre él, porque en aquel aspecto, como en todos los demás, Berenice prometía absorberlo completamente. Sin embargo, como aún le seguía interesando el temperamento artístico de Arlette y verla alcanzar el éxito, pretendía continuar ayudándola. Pero, según le parecía ahora, quizá fuera mejor que desapareciera por completo de su vida. A él no le supondría mucho; ella ya había tenido su momento. Era mejor empezar haciéndolo todo de una manera completamente diferente. Si Berenice iba a exigirle una absoluta fidelidad romántica so pena de separación, haría todo lo que pudiera por plegarse a sus deseos. Sin duda era merecedora de enormes sacrificios por su parte. Y con semejante estado de ánimo, se sintió más proclive a soñar y a hacer promesas que nunca antes desde sus tiempos de juventud.

## CAPÍTULO III

A la mañana siguiente, poco después de las diez, Berenice llamó por teléfono a Cowperwood y acordaron reunirse en su club para charlar.

Cuando ella entró en su apartamento por una escalera privada, lo encontró esperándola para recibirla. Había flores en la sala y en el dormitorio, pero él seguía teniendo tantas dudas sobre la realidad de esta conquista que, mientras ella subía los escalones con calma, mirándolo y sonriéndole, él le escrutó la cara con inquietud en busca de alguna señal que denotara un cambio. Pero cuando cruzó el umbral y le permitió que la abrazara y la apretara contra sí, se sintió más tranquilo.

—¡Has venido! —dijo en tono alegre y cariñoso, deteniéndose al mismo tiempo para observarla.

—¿Pensabas que no lo haría? —le preguntó ella riéndose ante la expresión de su cara.

—Bueno, ¿cómo iba a estar seguro? —inquirió—. Nunca antes habías hecho nada que yo quisiera que hicieras.

—Cierto. Pero ya sabes por qué. Esto es distinto. —Y le ofreció los labios.

—¡Si supieras el efecto que ha tenido sobre mí que hayas venido! —continuó él, emocionado—. No he pegado ojo en toda la noche. Y me siento como si no me hiciera falta volver a dormir nunca más... Dientes de perlas... Ojos azul pizarra... Boca sonrosada —continuó él con admiración. Y le besó los ojos—. Y este pelo que es como un rayo de sol —dijo mientras se lo acariciaba admirado.

—¡El niño tiene un juguete nuevo!

Le encantó su sonrisa, comprensiva y agradable, y se inclinó para cogerla en brazos.

—¡Frank! ¡Por favor! ¡Mi pelo... me vas a despeinar!

Protestó entre risas mientras él la llevaba al dormitorio contiguo, donde se percibían los destellos procedentes de las llamas de la chimenea, y como insistía, le permitió que la desvistiera, divertida por su impaciencia.

Ya era tarde cuando él al fin se sintió lo suficientemente satisfecho como para «mostrarse cuerdo y hablar», según palabras de ella. Se sentaron junto a una mesita de té delante del fuego. Ella insistió en que estaba deseosa de permanecer en Chicago para poder estar con él todo el tiempo que le fuera posible, pero debían organizarlo todo de modo que no llamasen la atención. Y él estuvo de acuerdo. Su notoriedad estaba entonces en su momento más álgido, y, como consecuencia, especialmente porque ahora se sabía que Aileen vivía en Nueva York, aparecer en público con una mujer tan atractiva como era ella daría lugar a que se desencadenara un torrente de comentarios. Tendrían que evitar que los vieran juntos.

De momento, continuó contando él, el asunto de la prórroga de la franquicia, o tal como estaban las cosas en aquel momento, más bien la ausencia de franquicia, no implicaba que su trabajo hubiera cesado, igual que tampoco suponía que fuese a perder sus propiedades en los tranvías. Las había levantado a lo largo de toda una serie de años y había vendido acciones de esas empresas a miles de inversores y no podían arrebatárselas ni a él ni a sus inversores sin que mediara un proceso legal.

—Lo que de verdad hay que hacer, Bevy —le dijo en confianza—, es encontrar a un financiero o a un grupo de ellos, o una sociedad, que adquiera estas propiedades a un precio que sea justo para todos. Y eso, por supuesto, no se puede lograr en un minuto. Puede que se tarden años. De hecho, sé que a menos que yo personalmente dé un paso adelante y lo solicite como un favor personal, es poco probable que nadie venga a ofrecerse a hacer nada. Saben que es muy difícil gestionar los tranvías de modo que sean rentables. Y luego están los tribunales, que tendrán que dictaminar en lo referente a todo esto aunque mis enemigos, u otras empresas externas, estuvieran dispuestos a intentar dirigir estas rutas.

Estaba sentado junto a ella, hablándole como si fuese uno de sus colegas inversores o un igual en las finanzas. Y aunque no estaba especialmente interesada en los detalles prácticos de su mundo ni de las finanzas, sintió la intensidad del interés que él manifestaba en los aspectos intelectuales y prácticos de estas cosas.

—Bueno, hay algo de lo que estoy segura —intervino ella en este punto—, y es de que nunca lograrán vencerte. Sabes demasiadas cosas y eres demasiado inteligente.

—Quizá —dijo él, agradecido por aquel tributo—. En cualquier caso, todo eso requiere tiempo. Puede que lleguen a pasar años hasta que logre deshacerme de estos tranvías. Y al mismo tiempo, un retraso semejante podría en cierto sentido atarme las manos. Supongamos que quisiera dedicarme a otra cosa; la responsabilidad que tengo aquí me supondría un obstáculo. —Y por un instante, se quedó mirando al vacío con sus grandes ojos grises.

»Ahora que te tengo a ti —dijo reflexionando en voz alta—, lo que me gustaría hacer sería holgazanear y viajar contigo, al menos durante algún tiempo. Ya he trabajado suficiente y tú significas mucho más que el dinero para mí; infinitamente más. Es extraño, pero de repente tengo la sensación de haber trabajado demasiado toda mi vida —dijo sonriendo y acariciándola a un tiempo.

Y Berenice, al oírlo decir estas cosas, se sintió henchida de orgullo y poder, pero también de auténtica ternura.

—Eso es muy cierto, querido. Has sido como un motor o una máquina que se dirige a alguna parte siempre a toda velocidad, aunque no sepa adónde exactamente. —Jugueteó con su pelo y le acarició la mejilla mientras hablaba—. He estado pensando en cómo ha sido tu vida y en todo lo que has logrado hasta ahora. Creo que deberías irte al extranjero durante un tiempo a ver cosas en Europa. No se me ocurre qué más podrías hacer aquí, a menos que quieras ganar aún más dinero, y Chicago no

es desde luego un sitio demasiado interesante. A mí me parece terrible.

—Bueno, yo no diría eso exactamente —le contestó Cowperwood, saliendo en defensa de Chicago—. Tiene sus cosas buenas. En un primer momento, vine aquí para ganar dinero, y desde luego que, en ese aspecto, no puedo quejarme.

—Sí; lo sé —dijo Berenice, divertida por su lealtad a pesar de la amargura y la preocupación que habían acompañado su trayectoria en aquella ciudad—. Pero, Frank... —y aquí se interrumpió para sopesar sus palabras con el máximo cuidado—, sabes, creo que tú vales mucho más. Siempre lo he pensado. ¿No crees que deberías tomarte un descanso, recorrer mundo y ver qué hay por ahí, aparte de los negocios? Quizá dieras con algo a lo que pudieras dedicarte, algún proyecto público importante que te deparara fama y elogios, más que dinero. Quizá haya algo que pudieras emprender en Inglaterra o Francia. Me encantaría vivir en Francia contigo. ¿Por qué no nos vamos allí y les ofrecemos algo nuevo? ¿Y qué me dices de la situación del tráfico en Londres? ¡Algo así! Marcharnos de Estados Unidos, en cualquier caso.

Él le sonrió en señal de aprobación.

—Vaya, Bevy —le dijo—, la verdad es que me parece muy antinatural que estemos aquí hablando sobre temas prácticos como estos cuando tengo delante unos preciosos ojos azules y una melena que es un estallido de luz. Pero todo lo que dices me parece muy acertado. A mediados del mes que viene, o quizá antes, nos iremos al extranjero, tú y yo. Y creo que luego quizá encuentre algo de tu agrado, porque no hace ni un año que me propusieron un proyecto para construir un sistema de metro en Londres. En aquel momento estaba tan ocupado aquí que no disponía de tiempo para nada más. Pero ahora... —Y le dio unos golpecitos cariñosos en la mano.

Berenice sonrió con satisfacción.

Había anochecido antes de que ella se marchara, discreta, reservada y sonriente mientras subía al carruaje que Cowperwood le había pedido.

Momentos después, fue un Cowperwood alegre y mucho más vital el que salió, pensando que, al día siguiente, lo primero que haría sería hablar con su abogado para organizar una reunión con el alcalde y ciertos funcionarios para decidir sobre los medios y arbitrios para desprenderse de sus diversas e inmensas sociedades. Y después de eso... después de eso... bueno, estaba Berenice: el mayor sueño de su vida, que se había hecho realidad. ¿Qué derrota? ¡No había tal derrota! Era el amor el que daba lugar a la vida, algo que no se conseguía sólo con la riqueza.

## CAPÍTULO IV

La propuesta a la que Cowperwood se refería y que le había llegado desde Inglaterra unos doce meses antes, se la habían presentado unos empresarios ingleses, los señores Philip Henshaw y Montague Greaves, que portaban cartas de varios conocidos banqueros y agentes de Londres y Nueva York, en las que los presentaban como contratistas que ya habían construido ferrocarriles, tranvías y fábricas en Inglaterra y otros lugares.

Algún tiempo atrás, y en relación con la Traffic Electrical Company (una compañía inglesa creada con el objeto de promover iniciativas ferroviarias), ellos personalmente habían invertido diez mil libras en un proyecto para promover y construir un ferrocarril subterráneo que fuese de Charing Cross Station, pasando por el centro de Londres, hasta Hampstead, a unos seis u ocho kilómetros de distancia y que era un distrito residencial en constante crecimiento<sup>[1]</sup>. El proyecto tenía como condición *sine qua non* que la línea proyectada ofreciese un medio de comunicación directa entre Charing Cross Station (la terminal de la Southeastern Railway, que daba servicio a la costa sur y sudeste de Inglaterra, y que era una de las principales arterias que canalizaba el tráfico con el continente) y Euston Station, la terminal de la London and Northwestern Railway, que daba servicio al noroeste y que conectaba con Escocia.

Según le explicaron a Cowperwood, la Traffic Electrical Company disponía de un capital pagado de treinta mil libras. Había logrado que ambas cámaras del parlamento aprobaran una «ley» que les permitía construir, explotar y ser propietarios de esta línea de metro concreta; pero, para lograr todo esto, y en contra de lo que la opinión pública inglesa en general piensa con respecto a su parlamento, habían tenido que gastar una suma considerable de dinero —no por tener que entregarla directamente a ningún grupo, sino, como apuntaron los señores Greaves y Henshaw, y como Cowperwood mejor que nadie comprendía perfectamente, sino porque había que recurrir a muchos medios y arbitrios diversos para ganarse el favor de aquellos que estaban en mejor posición de influir sobre la opinión de los miembros del comité que cualquier persona ajena que pudiera presentarse directamente con una solicitud de concesión de un valioso privilegio público, especialmente cuando, como ocurría en Inglaterra, esa concesión era a perpetuidad—. Con ese fin, habían tenido que recurrir a un bufete de abogados: Rider, Bullock, Jonson & Chance, una asociación de aliados inteligentes, socialmente reputados y especialistas muy bien informados que constituían lo mejor del talento legal del que pudiera presumir la capital del imperio. Este distinguido bufete tenía innumerables contactos con accionistas individuales y con los presidentes de diversas empresas. De hecho, este bufete había encontrado



personas cuya influencia no sólo había convencido al comité del parlamento para que hiciera la concesión de Charing Cross y Hampstead, sino que además, una vez que la ley estuvo en trámite y ya se habían gastado prácticamente la totalidad de las treinta mil libras iniciales, propusieron a Greaves y Henshaw, quienes por una opción de dos años para la construcción de la línea de metro, habían hecho un depósito de diez mil libras más o menos un año antes.

Las disposiciones de la ley eran nominalmente muy duras. Habían exigido a la Traffic Electrical Company un depósito de exactamente sesenta mil libras en fondos consolidados a modo de garantía de que los trabajos propuestos se realizarían de acuerdo a lo previsto y que la construcción quedaría parcial o totalmente finalizada en una fecha determinada o con anterioridad a la misma. Pero, tal como estos dos empresarios habían explicado a Cowperwood, un banco o un grupo financiero, por las tarifas de corretaje habituales, estaría dispuesto a mantener la cantidad de fondos consolidados exigidos en el depositario que se designara, y el comité parlamentario, al que habrían que dirigirse de nuevo, sin duda prolongaría el plazo de tiempo para la conclusión de las obras.

No obstante, tras año y medio de trabajo por su parte, y aunque habían abonado cuarenta mil libras y depositado las sesenta mil en fondos consolidados, aún no habían encontrado el dinero necesario para construir el metro (que se calculaba en torno a un millón seiscientas mil libras). Esto era consecuencia del hecho de que, aunque ya había otra línea de metro funcionando de una manera bastante aceptable, la City and South London, no tenían nada que pudiera demostrar al capital inglés que otra línea nueva, especialmente siendo más larga y por lo tanto más costosa, fuese a producir beneficios. Únicamente había dos líneas más en funcionamiento que eran, o sólo parcialmente subterráneas, o bien eran ferrocarriles de vapor que discurrían a cielo abierto o a través de túneles —la District Railway, que cubría cerca de nueve kilómetros, y la Metropolitan Railway, que no cubría más de tres kilómetros, y que además tenían un acuerdo por el que ambas podían utilizar las vías de la otra—. Pero como la fuerza motriz era el vapor, los túneles y falsos túneles estaban sucios y a menudo llenos de humo, y ninguna de las dos era demasiado rentable. Como no existían precedentes para demostrar que una línea que costaría millones de libras construir pudiera llegar a ser rentable, el capital inglés no estaba interesado en el proyecto. De ahí que se lanzaran a buscar el capital en otras partes del mundo, lo que había conducido a los señores Henshaw y Greaves —vía Berlín, París, Viena y Nueva York— hasta Cowperwood.

Cowperwood, como le había explicado a Berenice, había estado tan completamente absorbido por sus problemas de Chicago en aquel momento que no había prestado especial atención a todo lo que los señores Henshaw y Greaves le habían contado. Sin embargo, ahora, desde que perdiera la batalla por sus franquicias y, sobre todo, desde que Berenice le sugiriera que se marchara de los Estados Unidos, había recordado su proyecto. Sin duda le había parecido que se hundía bajo el peso de

unos desembolsos tan enormes que ningún hombre de negocios de su experiencia valoraría siquiera hacerse cargo del asunto; sin embargo, quizá mereciera la pena investigar la situación del metro de Londres con vistas a hacer algo a gran escala, y quizá, en este caso, libre de las artimañas que se había visto obligado a llevar a cabo aquí en Chicago, y además, sin buscar vender acciones para lograr beneficios indebidos. Ya era multimillonario, así que, ¿qué falta le hacía continuar atesorando dinero como un avaro hasta el día de su muerte?

Además, siendo su pasado el que era, y con la prensa encargándose de que su presente apareciera distorsionado de una manera tan burda y tan despiadada, qué maravilloso sería lograr el aplauso con honestidad, especialmente en Londres, donde se suponía que prevalecían unas prácticas comerciales impecables. Eso le reportaría una posición social que nunca le cabría esperar alcanzar en los Estados Unidos.

Semejante perspectiva le entusiasmaba. Y había sido Berenice quien se la había sugerido, ¡una muchachita! Había sido su don natural para saber y comprender el que le había permitido a ella descubrir esta oportunidad. Resultaba sorprendente pensar que todo esto, esta idea de irse a Londres y todo lo que pudiera derivarse de su unión con ella en el futuro, hubiera podido surgir de aquella aventura de caballeros acaecida unos nueve años antes, cuando, acompañado del coronel Nathaniel Gilles de Kentucky, fue a la casa de la entonces desprestigiada Hattie Starr, madre de Berenice. ¿Quién había dicho que nada bueno podía salir de algo malo?

## CAPÍTULO V

Entretanto, Berenice, ahora que había pasado la excitación de los primeros momentos de su relación con Cowperwood, se tomó un tiempo para valorar y sopesar los escollos y peligros que la acechaban. Plenamente consciente de ellos cuando finalmente se decidió a ir en busca de Cowperwood, ahora sentía, sin embargo, que debía afrontarlos de manera firme y resuelta, y sin mayor pérdida de tiempo.

Primero estaba Aileen, una esposa celosa y sentimental, que sin duda utilizaría cualquier medio a su alcance para destruirla si en algún momento presentía que Cowperwood la amaba. Después, los periódicos. Sin duda, darían difusión a su relación con él si en algún momento se les veía juntos en una actitud que pudiera llamar la atención. Y también su madre, a quien tendría que explicarle este último paso que había dado; y su hermano Rolfe, para quien esperaba ahora hallar alguna manera de que se ganara la vida por mediación de Cowperwood.

Todas estas cosas suponían que tendría que ser sistemática y decididamente precavida, astuta, diplomática, valiente y mostrarse dispuesta a hacer determinados sacrificios y alcanzar ciertos compromisos.

Al mismo tiempo, Cowperwood pensaba de manera muy parecida. Puesto que Berenice iba a ser la fuerza fundamental de su vida de ahora en adelante, se volvió extremadamente consciente de su bienestar y de la importancia de los pasos que ella fuese a ir dando en relación con él. Y la idea de Londres fue también arraigándose en su mente, de modo que cuando se encontraron al día siguiente, comenzó al instante a exponer con seriedad los diversos aspectos de sus problemas.

—Mira, Bevy —dijo—, he estado pensando en tu idea de irnos a Londres y la verdad es que me gusta mucho; ofrece unas posibilidades muy interesantes. —Y a partir de ahí le habló de todo lo que había pensado y le contó la historia de los dos hombres que habían ido a visitarlo.

»Lo que tengo que hacer ahora —continuó tras su explicación— es mandar a alguien a Londres para que determine si la oferta que nos hicieron sigue en pie. Si es así, quizá eso abra la puerta a lo que tú tienes en mente —dijo sonriéndole a Berenice con afecto y reconociéndole la autoría de todo aquello—. Por otro lado, el obstáculo con el que nos encontramos, según lo veo ahora, es la posibilidad de que esto se haga público y lo que Aileen pudiera hacer si eso sucediera. Es muy romántica y sentimental; se deja llevar por las emociones más que por la cabeza. He intentado durante años hacerle comprender cómo funciona yo y cómo un hombre puede llegar a cambiar sin proponérselo. Pero ella no lo entiende. Piensa que la gente cambia de manera deliberada. —Hizo una pausa y sonrió—. Es de ese tipo de mujeres cuyo corazón es fiel, siempre y absolutamente; una mujer de un solo hombre.

—¿Y eso te molesta? —le preguntó Berenice.

—Al contrario; me parece algo precioso. El único problema es que hasta ahora yo no he sido así.

—Ni lo serás, me parece —le dijo Berenice en tono de broma.

—¡Silencio! —le rogó—. ¡Nada de discusiones! Déjame terminar, querida. No consigo entender por qué, si en una época la quise tanto, no puedo continuar haciéndolo. De hecho, su dolor ahora se ha convertido en algo parecido al odio, me temo, o al menos ella intenta convencerse de que es así. Y lo peor es que todo esto está relacionado con el orgullo que siente al ser mi esposa. Ella quería brillar en sociedad y, al principio, también yo quería que eso sucediera porque tenía la idea de que sería lo mejor para los dos. Pero pronto me di cuenta de que Aileen carecía de la inteligencia suficiente y abandoné la idea de intentarlo en Chicago. Pensé que Nueva York era mucho más importante, que era la ciudad adecuada para un hombre rico. De modo que decidí probar allí. Empezaba a pensar que quizá no querría seguir viviendo siempre con Aileen, pero, si quieres creerme, eso ocurrió después de ver tu foto en Louisville; la que llevo en el bolsillo. Después de eso fue cuando decidí construir la casa de Nueva York y convertirla en galería de arte y residencia a un tiempo. Y luego, más adelante, si alguna vez lograba despertar tu interés...

—¡De modo que la magnífica casa que nunca voy a ocupar fue construida para mí! —dijo Berenice pensativa—. ¡Qué cosa tan extraña!

—Así es la vida —dijo Cowperwood—. Pero podemos ser felices.

—Lo sé —dijo ella—. Estaba pensando simplemente en lo extraño que es todo. Y no querría molestar a Aileen por nada del mundo.

—Ya sé que tú eres a un tiempo generosa e inteligente. Quizá tú logres manejar las cosas mejor de lo que podría hacerlo yo.

—Creo que puedo hacerlo —le contestó Berenice con aire tranquilo.

—Pero además de Aileen están también los periódicos. Me siguen a todas partes. Y en cuanto se enteren del proyecto de Londres, suponiendo que decida emprenderlo, ¡se armará la gorda! Y si en algún momento tu nombre aparece relacionado con el mío, te perseguirán como halcones. Una solución posible sería que te adoptara, y continuar fingiendo que soy tu tutor incluso en Inglaterra. Eso me daría derecho a estar contigo y a simular que me encargo de cuidar de tus bienes. ¿Qué te parece?

—Bueno, sí —dijo ella lentamente—. No se me ocurre ninguna otra manera. Pero lo de Londres tendremos que pensarlo con detenimiento. Y no estoy pensando sólo en mí.

—Estoy seguro de ello —le contestó Cowperwood—, pero, con un poco de suerte, nos las apañaremos. Una de las cosas que debemos hacer es evitar que se nos vea juntos demasiado, supongo. Pero, antes que nada, debemos pensar en alguna manera de distraer la atención de Aileen. Porque, por supuesto, está al tanto de todo lo que tenga que ver contigo. Debido a mi contacto frecuente contigo y con tu madre en Nueva York, hace mucho tiempo que sospecha que hay algo entre nosotros. Hasta

ahora no había estado en posición de decírtelo; no parecía que yo te gustara lo suficiente.

—No te *conocía* lo suficiente —le corrigió Berenice—. Seguías siendo un gran enigma.

—¿Y ahora...?

—Me temo que lo sigues siendo casi tanto como antes.

—Lo dudo. En cuanto a Aileen, carezco de solución. Se muestra muy recelosa. Mientras yo esté en este país y aparezca por Nueva York de vez en cuando, no parece que le preocupe demasiado. Pero si me marchara y diera la impresión de estar instalándome en Londres, y los periódicos hablaran de ello... —hizo una pausa para meditar.

—¿Tienes miedo de que hable, o de que te siga y te monte una escena o algo por el estilo?

—Es difícil saber lo que podría llegar a hacer o no. Pero si la distraemos de alguna manera, quizá no llegara a hacer nada. Por otro lado, y especialmente porque desde hace unos años le ha dado por beber, podría hacer cualquier cosa. Hace varios años, en uno de sus arranques de melancolía y cuando estaba bebiendo, intentó matarse. (Berenice frunció el ceño.) Logré evitarlo echando la puerta abajo y hablándole en un tono bastante brusco. —Le describió la escena, aunque sin dejar claro lo intransigente que había sido su actitud con ella.

Berenice le escuchó y se convenció al fin de que el amor de Aileen era eterno, sintiendo también que ahora ella no estaba más que añadiendo una nueva espina a la corona que Aileen estaba ineludiblemente condenada a llevar. Pero, según razonó, no había nada que ella pudiera hacer para cambiar a Cowperwood. En cuanto a sí misma y a sus deseos de vengarse de la sociedad de alguna manera... bueno, ella también lo amaba. De verdad. Era como una potente droga. Su encanto intelectual y físico era enorme, realmente irresistible. Lo importante era avanzar en esta relación tan positiva sin hacerle a Aileen más daño del imprescindible.

Se quedó en silencio, pensando, y después dijo:

—Es un auténtico problema, ¿verdad? Pero tenemos algo de tiempo para reflexionar. Dejémoslo estar un día o dos. No paro de pensar en ella, todo el tiempo... —Miró a Cowperwood con los ojos muy abiertos, con expresión pensativa y cariñosa y con una leve aunque alentadora sonrisa jugueteándole en la comisura de los labios—. Lo arreglaremos entre los dos, lo sé.

Se levantó de la silla que había ocupado junto al fuego, se acercó a él hasta sentarse en su regazo y empezó a alborotarle el pelo.

—No todos los problemas tienen que ver con las finanzas, ¿verdad? —dijo en tono curioso mientras acercaba sus labios a la frente de Cowperwood.

—Desde luego que no —le respondió él como quitándole importancia, alentado por el cariño con el que ella le demostraba su comprensión y le infundía ánimos.

Y después, por divertirse, le sugirió que puesto que el día anterior había caído una

copiosa nevada, dar un paseo en trineo sería una deliciosa manera de terminar el día. Conocía una taberna encantadora en North Shore, donde quizá podrían cenar junto al lago y a la luz de la luna de invierno.

A su vuelta aquella noche ya tarde, Berenice se sentó sola en su habitación delante del fuego y estuvo pensando y haciendo planes. Ya había teleografiado a su madre para que acudiera a Chicago enseguida. Se encargaría de que se alojara en un hotel del North Side, donde se registraría en nombre de las dos. Con su madre allí, podría explicarle lo que tanto ella como Cowperwood tenían en mente.

Lo que más le preocupaba, sin embargo, era Aileen, sola en aquella gran casa en Nueva York, con su juventud marchita para siempre, aunque no así su belleza, y desde hacía poco, además, Berenice había advertido que sufría también el inconveniente de estar demasiado entrada en carnes, algo que, al parecer, no se había molestado en contrarrestar. Y su ropa, también, tendía más a la ostentación y suntuosidad que al buen gusto. Los años, el aspecto físico y la carencia de talento intelectual se combinaban haciendo imposible que Aileen pudiera competir con alguien como Berenice. Pero, jamás, se dijo a sí misma, sería cruel con Aileen por muy vengativa que aquella se mostrase. Muy al contrario, se proponía ser todo lo generosa que le fuera posible y tampoco consentiría la más mínima crueldad ni falta de consideración por parte de Cowperwood si lograba detectarla a tiempo. En realidad, sentía lástima de Aileen, mucha lástima, porque se daba cuenta de cómo debía de sentirse, rechazada y con el corazón roto, y lo sabía porque, a pesar de lo joven que era, ella ya había sufrido y también su madre, y sus heridas eran aún demasiado recientes.

De ahí que lo que debía hacer, según decidió entonces, era jugar un papel lo más secundario y lo menos llamativo posible en la vida de Cowperwood, acompañándolo, por supuesto, ya que ese era el mayor deseo y la mayor necesidad de él, pero sin señalarse demasiado. Ojalá hubiese alguna manera de distraer la mente de Aileen y que no se dedicara a pensar en los males que la aquejaban en aquel momento, evitando así que odiara a Cowperwood y a la propia Berenice una vez que se enterara de todo.

Al principio pensó en la religión, o mejor dicho, se preguntó si no habría algún sacerdote o predicador cuya guía espiritual quizá pudiera resultarle beneficiosa a Aileen. Siempre había almas bien dispuestas, aunque también astutas, que a cambio de un legado, o con la esperanza de conseguirlo a su muerte, quizá estuvieran encantadas de atenderla. En Nueva York, según recordó ahora, estaba la persona idónea: el reverendo Willis Steele, párroco de St. Swithin's, de la diócesis episcopal de Nueva York. Había visitado aquella iglesia en alguna ocasión, más por soñar amparada por su sencilla arquitectura y arropada por el agradable servicio que por rogarle a Dios. El reverendo Willis era un hombre de mediana edad, alegre, afable y atractivo, pero sin mucho dinero, aunque poseía un alto grado de lustre social. Recordó que una vez la había abordado, pero lo único que le provocó ese recuerdo

fue una sonrisa, y descartó la idea. Aunque, sin duda, Aileen necesitaba que alguien cuidara de ella.

Al llegar a este punto, se acordó de repente de esos simpáticos holgazanes que pululan por la alta sociedad de Nueva York y con quienes, a cambio del dinero o la diversión suficientes, se podría contar para que crearan alrededor de Aileen una vida social bastante alegre, aunque no del todo convencional, lo que serviría para tenerla distraída, al menos por el momento. Pero ¿cómo se podría emprender la tarea de encontrar a la persona adecuada y convencerla de que lo hiciera?

Berenice decidió que quizá la idea fuera demasiado astuta o taimada como para que fuese ella la que se la presentara a Cowperwood. Aunque también pensó que era demasiado buena como para abandonarla y se le ocurrió que quizá su madre pudiera apuntársela. En cuanto se le lanzara la idea, era seguro que reaccionaría al instante y la pondría en práctica.

## CAPÍTULO VI

Henry de Sota Sippens fue el hombre en quien Cowperwood pensó al instante para mandarlo a Londres a reconocer el terreno y a investigar las posibilidades financieras de su sistema de metro.

Había descubierto a Sippens años atrás y su ayuda le había resultado inestimable en las negociaciones para hacerse con el contrato del gas de Chicago. Y con el dinero que ganó en aquella aventura, Cowperwood había invadido la esfera de los tranvías de Chicago, y había incluido a Sippens porque, como ya había visto, el hombre tenía un verdadero talento para espiar y recabar información y para ayudar a poner en marcha cualquier servicio público. Tenía tendencia a mostrarse nervioso e irritable, saltaba con facilidad y, por lo tanto, no siempre resultaba diplomático; pero, por otra parte, era absolutamente leal, aunque su inflexible «americanismo» del Medio Oeste a menudo resultaba tan irritante como valioso.

En opinión de Sippens, en aquellos momentos Cowperwood acababa de recibir un golpe duro y casi mortal con la derrota relacionada con las franquicias de la ciudad. No veía cómo aquel hombre iba a lograr rehabilitarse a ojos de los financieros locales que habían invertido con él y que ahora probablemente terminarían perdiendo parte de su dinero. Desde la noche de la derrota, Sippens se había sentido nervioso ante la perspectiva de una futura reunión con Cowperwood. ¿Qué le iba a decir? ¿Cómo iba a mostrarle su apoyo a un hombre que hasta hacía una semana había sido uno de los aparentemente invencibles gigantes financieros del mundo?

Y ahora, sólo tres días después de la derrota, Sippens recibió un telegrama enviado por una de las tres secretarías de Cowperwood en el que se le pedía que fuese a visitar a su antiguo patrono. Cuando se reunió con él y vio que se mostraba alegre, chispeante y de un humor excelente, Sippens casi no daba crédito.

—Bueno, ¿cómo está el jefe? Me alegro de verle con tan buen aspecto.

—Nunca me he sentido mejor, De Sota. ¿Y usted cómo está? ¿Preparado para lo que venga?

—Bueno, ya debería saberlo, jefe. He estado en espera de sus órdenes. Estoy a lo que usted mande.

—Ya lo sé, De Sota —le contestó Cowperwood sonriendo, porque, en verdad, debido al éxito que había tenido con Berenice, se sentía compensado y presentía que las mejores páginas de su vida estaban a punto de escribirse, y por eso, no sólo se mostraba esperanzado, sino que además se mostraba amable con todos—. Tengo algo de lo que quiero que se encargue. Le he mandado llamar, De Sota, porque necesito a alguien en quien pueda confiar plenamente y haga las cosas con la más absoluta discreción, y sé que es usted el hombre indicado para ello.



Y entonces sus labios adquirieron un rictus rígido y sus ojos reflejaron aquel brillo duro, decidido, metálico e inescrutable que odiaban aquellos que no se fiaban de él y que le temían. Sippens sacó pecho y elevó la barbilla, y se puso en posición de firmes. Era un hombrecillo de no mucho más de metro sesenta de estatura, pero procuraba parecer más alto utilizando zapatos con tacón y un sombrero de copa, que nunca se quitaba en presencia de nadie, salvo de Cowperwood. Llevaba además una levita larga con botonadura doble que, según creía, le ayudaba a parecer más alto y le otorgaba dignidad.

—Gracias, jefe —dijo—, ya sabe que por usted iría al infierno en cuanto me lo dijera. —Casi llegaron a temblarle los labios producto del estado de nerviosismo provocado no sólo por las palabras halagadoras de Cowperwood y por su fe en él, sino por todo lo que se había visto obligado a soportar durante los últimos meses, así como a lo largo de los años que duraba ya aquella colaboración.

—Pero esta vez no va a tener que ir al infierno, De Sota —le dijo Cowperwood relajándose y sonriendo—. Acabamos de pasarlo aquí en Chicago, pero nunca tendremos que volver a hacerlo. Y voy a demostrarle por qué. De lo que quiero hablarle ahora, De Sota, es de Londres y de su sistema de metro, así como de la posibilidad de que yo llegue a hacer algo allí.

Y aquí dejó de hablar y le hizo a Sippens un gesto amable y relajado con la mano señalándole la silla que tenía al lado para que se sentara, mientras que este último, aunque entusiasmado por las posibilidades que ofrecía algo tan diferente e interesante, ahogó un grito de asombro.

—¡Londres! ¡No me diga, jefe! ¡Excelente! ¡Sabía que haría algo, jefe! ¡Lo sabía! ¡No sabe usted lo que esto me hace sentir, jefe! —Al hablar se le iluminó la cara como si le hubieran encendido una bombilla dentro y movió los dedos nerviosamente. Hizo ademán de levantarse y volvió a sentarse de nuevo, dando muestras evidentes de excitación. Se tironeó el enorme y fiero bigote, al tiempo que contemplaba a Cowperwood con admiración, pensativo y con la confianza totalmente recuperada.

—Gracias, De Sota —comentó Cowperwood entonces—. Pensé que podría interesarle.

—¿Interesarme, jefe? —le contestó Sippens entusiasmado—. ¡Jefe, es usted una de las maravillas del mundo! ¡Vamos, aquí está usted, que casi no ha terminado todavía con estos bastardos de Chicago y ya está listo para emprender una cosa como esta! ¡Es maravilloso! Siempre supe que nadie podría hacerle de menos, pero después de esto último, confieso que me había preparado para verle flaquear un poco. ¡Pero eso no va con usted, jefe! El desánimo no va con usted. Es usted demasiado grande, eso es todo. Yo mismo me vendría abajo después de una cosa así. Lo sé. Me rendiría, lo admito. ¡Pero usted no! Bueno, pues lo único que necesito saber es qué quiere que haga, jefe, ¡y lo haré! Y nadie sabrá ni una palabra, si eso es lo que quiere, jefe.

—Bien, esa es una de las cosas, De Sota —dijo Cowperwood—. ¡Máximo secreto y su despiadado ímpetu para conseguir lo que quiere! Nos vendrá bien para este

proyecto mío, si es que llego a emprenderlo. Y ninguno de los dos nos vamos a empobrecer con esto, además.

—Para eso estamos, jefe, para eso estamos —continuó De Sota, tenso como las cuerdas de un violín—, usted ya me ha proporcionado más que suficiente, aunque no me diera ni un centavo más hasta que los dos pasemos a mejor vida. Dígame sin más qué quiere de mí y lo haré lo mejor que pueda, o volveré para decirle que no puedo hacerlo.

—Hasta ahora nunca me ha dicho nada semejante, De Sota, y no creo que vaya usted a hacerlo. Pero, veamos, se lo expondré de manera breve y concisa. Hace un año más o menos, cuando estábamos todos tan ocupados aquí con el asunto de la prórroga de la franquicia, vinieron dos ingleses de Londres que representaban a alguna corporación londinense de alguna clase. Le daré los detalles más tarde, pero esta, a grandes rasgos, es la idea...

Y le resumió todo lo que Greaves y Henshaw le habían dicho, para terminar con la idea que tenía él en mente en aquel momento.

—Está demasiado sobrecapitalizada a cuenta del dinero que se ha gastado ya, como puede ver, De Sota. Casi quinientos mil dólares que todavía no han lucido para nada, a excepción de esa ley o franquicia que permite la construcción de una línea de seis u ocho kilómetros de longitud, que además debe quedar conectada de algún modo mediante derechos de paso para utilizar las vías de estas otras dos líneas, antes de que podamos llegar a nada. Ellos mismos lo admitieron. Pero lo que me interesa ahora, De Sota, es averiguarlo todo, no sólo acerca del sistema de metro de Londres tal como está en la actualidad, sino sobre cuáles son las posibilidades de que haya un sistema mucho más grande, y si algo así sería posible. Ya sabe a lo que me refiero, por supuesto; con líneas que dejen beneficios, si las llevamos, digamos, hasta zonas a las que todavía no haya llegado ninguna otra. ¿Me entiende?

—¡Perfectamente, jefe!

—Y además de eso —continuó—, quiero mapas del trazado general de la ciudad y de sus características, de las líneas de tracción, tanto si son de superficie como subterráneas, de dónde empiezan y dónde terminan, junto con la formación geológica, si es que podemos averiguarla. Y también de los barrios o distritos hasta los que llegan, del tipo de gente que vive en ellos ahora o que es probable que termine viviendo allí. ¿Me comprende?

—Perfectamente, jefe, perfectamente.

—Y luego también quiero saberlo todo sobre las franquicias de las que disfrutaban esas líneas existentes en la actualidad, o como las llamen ellos: la duración, la longitud de las líneas, quiénes son los propietarios y los mayores accionistas, cómo las gestionan, cuánto rinden sus acciones. Todo, en realidad, todo lo que pueda averiguar sin atraer demasiado la atención sobre usted, y desde luego, no sobre mí, por supuesto. Lo entiende usted y sabe por qué, ¿verdad?

—Perfectamente, jefe, perfectamente.

—Y después, De Sota, me gustaría tener toda la información sobre los salarios, así como sobre los gastos operacionales de las líneas existentes.

—De acuerdo, jefe —le respondió Sippens, que ya estaba organizándose el trabajo mentalmente.

—Y también está el asunto de los costes de excavación y equipamiento, las pérdidas y el coste de la transformación de las líneas existentes del vapor, que es lo que, según tengo entendido, están utilizando, a la electricidad; al método del tercer riel, del que están hablando con vistas a implantarlo en el nuevo metro de Nueva York. Los ingleses hacen las cosas de manera diferente y tienen un concepto diferente, y me interesa todo lo que pueda contarme al respecto. Y por último, quizá logre averiguar algo sobre el valor que pudieran llegar a alcanzar los terrenos gracias a nuestras obras y si merecería la pena comprar algo por adelantado en alguna dirección, como ya hicimos aquí en Lakeview y otros lugares, ¿recuerda?

—Desde luego que sí, jefe, desde luego —le contestó Sippens—. Lo entiendo todo y le conseguiré todo lo que quiere, y puede que incluso más. ¡Vaya, esto es maravilloso! No se imagina lo orgulloso y lo feliz que me siento de que me haya llamado. ¿Cuándo calcula que querrá que me marche?

—De inmediato —le contestó Cowperwood—; es decir, en cuanto consiga disponerlo todo en su actual puesto en las afueras. —Se refería a la Rural Traction System, de la que Sippens era presidente—. Será mejor que deje a Kitteredge a cargo de todo y que usted haga creer que se va tomar unas vacaciones para pasar el invierno fuera en alguna parte: en Inglaterra o en Europa. Si puede evitar que lo mencionen los periódicos, mucho mejor. Si no lo consigue, haga que parezca que le interesa cualquier cosa menos los sistemas de tracción. Y si tiene noticia de ferroviarios que parezcan fuertes y a los que mereciera la pena absorber, junto con las líneas con las que tengan relación, infórmeme sobre ellos. Porque esta va a ser una empresa inglesa, y no norteamericana, de principio a fin, De Sota, si nos hacemos cargo de ella. Ya lo sabe. A estos ingleses no les gustan los norteamericanos y no quiero que se produzca ninguna guerra contra nosotros.

—De acuerdo, jefe, lo entiendo. Lo único que le pido es que si después puedo serle útil allí de algún modo, espero que me tenga presente. Hace tanto tiempo que trabajo con usted, jefe, y tan estrechamente, que me resultaría difícil que después de todo este tiempo... —se interrumpió y se quedó mirando fijamente a Cowperwood, casi con una expresión de súplica, y Cowperwood le devolvió una mirada amable, aunque, inescrutable a un tiempo.

—Eso es, eso es, De Sota. Lo sé y lo comprendo. Cuando llegue el momento, haré todo lo que pueda. No me olvidaré de usted.

## CAPÍTULO VII

Después de dar a Sippens las instrucciones pertinentes sobre su cometido y de llegar a la conclusión de que en los asuntos referentes a Chicago tendría que ir al Este a reunirse con ciertos financieros si quería obtener dinero de forma inmediata de sus valores en cartera, sus pensamientos, naturalmente, volvieron a Berenice y a la cuestión de cómo viajar y vivir de modo que atrajeran la atención lo menos posible.

Por supuesto, él lo tenía todo mucho más claro que Berenice; aquella larga cadena de acontecimientos y aquella relación de tantos años que lo ataban a Aileen y a nadie más de una manera tan íntima. Todo eso era algo de lo que Berenice no podía ser plenamente consciente, especialmente por el ardor con el que él la había perseguido. Pero se sentía obligado a dudar de la conveniencia de emprender ningún tipo de acción, en lo referente a Aileen, que no fuese decididamente diplomática y que no estuviera destinada a apaciguarla. Sería un riesgo demasiado grande, especialmente si invadía Londres, y tan poco tiempo después de todo el clamor que se había producido en Chicago por sus empresas y sus métodos sociales. Había sido acusado de sobornos y, en general, de utilizar métodos antisociales, por lo que dar lugar ahora a murmuraciones de la gente, junto con alguna posible acción también pública por parte de Aileen —como dar información a los periódicos sobre su relación con Berenice—, era algo que no le convenía.

Y además había otro problema que bien podría llegar a causar dificultades entre él y Berenice, y esa era la cuestión de sus relaciones con otras mujeres. Varias de esas aventuras en modo alguno habían terminado. Se había desembarazado temporalmente de Arlette Wayne, y había otras con las que sólo tenía una relación ocasional, pero también estaba Caroline Hand, la esposa de Hosmer Hand, un rico inversor de Chicago dedicado a los ferrocarriles y a las envasadoras. Caroline era una muchacha recién casada cuando Cowperwood la conoció. Después Hand se había divorciado de ella precisamente por culpa de Cowperwood, pero había sido generoso en el acuerdo de divorcio, y ella seguía sintiendo afecto por Cowperwood, quien le había regalado una casa en Chicago y quien, durante su gran batalla en la ciudad, había pasado mucho tiempo en su compañía porque había llegado al convencimiento de que Berenice nunca acudiría a él.

Y ahora Caroline estaba pensando en mudarse a Nueva York para estar cerca de él cuando finalmente se decidiera a marcharse de Chicago. Era una mujer lista, no era celosa —al menos no abiertamente—, bella, aunque poco convencional a la hora de vestir, e ingeniosa hasta el extremo de resultarle invariablemente divertida. Ahora tenía treinta años, aunque aparentaba veinticinco, y mantenía intacto el espíritu de sus veinte años. Hasta el momento mismo de la llegada de Berenice, y después de eso

también —aunque Berenice lo desconocía—, Caroline Hand mantenía su casa abierta a Cowperwood e invitaba a quienquiera que él deseara recibir allí. Fue a esta residencia en el North Side a la que los periódicos de Chicago se habían referido en los ataques más feroces contra él. Ella, por su parte, siempre manifestó que cuando él ya no la quisiera, no tendría más que decírselo y no intentaría retenerlo.

Al pensar en el caso de Caroline, se planteó la idea de cogerle la palabra al pie de la letra, explicándoselo todo como ella misma le había sugerido, para marcharse después. Aunque, a pesar de lo mucho que amaba a Berenice, aquello le parecía algo innecesario. Quizá pudiera explicárselo a ambas. En cualquier caso, no debía permitir que nada empañara su relación con Berenice, a la que había prometido ser tan fiel como le fuera posible.

Pero sus pensamientos regresaban sin cesar al problema que Aileen representaba. No podía evitar recordar los diversos acontecimientos que habían terminado por unirlos. Aquella fiebre intensa y dramática de los primeros tiempos que la había atado a él en Filadelfia y que había contribuido, si es que no había sido el detonante principal, a su primera ruina financiera. La Aileen alegre, irracional y sentimental de aquellos días, que se entregó completamente de aquella manera tan enfebrecida y que, a cambio, esperaba recibir la perfecta seguridad que el amor, en toda su historia de destrucción, nunca había entregado a nadie. E incluso ahora, después de tantos años y después de las aventuras que tanto él como ella habían tenido, no había cambiado, seguía amándolo.

—¿Sabes, querida? —le dijo a Berenice—, siento mucha lástima de Aileen. Está allí, sola en aquella casa tan grande en Nueva York, sin amigos que valgan la pena, y a la que buscan ese montón de granujas que lo único que hacen es convencerla para que beba y se vaya de juerga, para después intentar sacarle dinero para pagar las cuentas. Lo sé por los criados, que me siguen siendo leales.

—La verdad es que es patético —comentó Berenice—, aunque también es comprensible.

—No quiero ser duro con ella —continuó Cowperwood—. De hecho, yo asumo toda la culpa. Lo que me gustaría hacer sería encontrar a algún tipo atractivo de la sociedad de Nueva York, o alguien próximo, y que, por cierta suma de dinero, se encargara de organizar su vida social y de entretenerla. No lo digo en el sentido literal, por supuesto. —Y aquí le sonrió a Berenice con tristeza.

Ella simuló no prestarle mucha atención, a menos que podamos interpretar una breve mirada en blanco junto con un leve temblor en la comisura de los labios como la muestra de que ella se sentía satisfecha al recibir aquella noticia, que tan acorde era con su propia idea.

—Yo sí que no tengo ni idea —dijo con mucha cautela—. Supongo que habrá gente así.

—Tiene que haber muchísimos —dijo Cowperwood adoptando un tono práctico—. Tendría que ser norteamericano, por supuesto. A Aileen no le gustan los

extranjeros; los varones extranjeros, quiero decir. Una cosa está clara y es que tenemos que zanjar este problema pronto si queremos estar tranquilos para poder movernos con libertad.

—Creo que conozco a un hombre que nos podría servir —interpuso Berenice con aire pensativo—. Se llama Bruce Tollifer, de los Tollifer de Virginia y Carolina del Sur. Quizá lo conozcas.

—No. ¿Es del tipo que tengo en mente?

—Bueno, es joven y muy atractivo, si es a eso a lo que te refieres —continuó Berenice—. No lo conozco personalmente. La única vez que lo vi fue en casa de Dania Moores en Nueva Jersey, en los partidos de tenis. Edgar Boncille me estuvo contando aquel día que ese tipo era un gorrón y que se las arreglaba para vivir a costa de mujeres ricas; de la señora Dania Moore, entre otras —hizo una pausa para soltar una carcajada y después continuó—. Creo que Edgar temía que yo misma llegara a mostrar interés en él, aunque es verdad que me parecía atractivo. —Y sonrió de manera enigmática, como si no supiera prácticamente nada de esta persona.

—Parece interesante —dijo Cowperwood—. Y sin duda, debe de ser bastante conocido en Nueva York.

—Sí. Recuerdo que Edgar me contó que revoloteaba por Wall Street. No es que trabaje allí de verdad, sino que simplemente lo hace con la intención de impresionar a la gente.

—¡Vaya! —dijo Cowperwood con aire satisfecho—. Bueno, me parece que no voy a tener ningún problema para localizarlo, aunque hay muchos de ese tipo. Yo también he conocido a algunos en mis tiempos.

—Me parece vergonzoso —dijo pensativa—. Ojalá no tuviéramos que hablar de esto. Y además pienso que deberías asegurarte de que la persona que decidas utilizar para esto no le cause ningún problema a Aileen.

—Sólo deseo para ella lo mejor en todos los sentidos, Bevy. Es importante que lo sepas. Simplemente me gustaría encontrar a alguien que pudiera hacer por ella cosas que ni ella ni yo, ni juntos ni por separado, podríamos lograr. —Y aquí hizo una pausa y miró a Berenice con curiosidad, y ella le devolvió una mirada sombría y algo triste—. Quiero dar con alguien que pueda ayudarla a entretenerse, y estoy dispuesto a pagar por ello, y a pagar bien.

—Bueno, ya veremos —dijo Berenice, y luego, como si quisiera cambiar de tema porque ese le resultara desagradable—, creo que mi madre llegará mañana sobre la una. He buscado habitaciones en el Brandingham. Pero ahora quiero hablarte de Rolfe.

—¿Qué pasa con él?

—Oh, tiene muy poco sentido práctico. Nunca se ha formado. Me gustaría encontrarle alguna ocupación.

—No te preocupes por eso. Haré que uno de mis hombres de aquí se encargue de él. Puede venir en calidad de secretario de alguno de ellos. Le diré a Kitteredge que le

escriba.

Berenice lo miró con no poca emoción por la facilidad con la que lo resolvía todo, y por su generosidad para con ella.

—Quiero que sepas que no soy una desagradecida, Frank. Eres muy bueno conmigo.

## CAPÍTULO VIII

En el momento mismo en el que Berenice estaba hablando de él, Bruce Tollifer, el atractivo holgazán, estaba descansando su considerablemente maltrecho cuerpo, así como su vívida y heterogénea mente, en una de las habitaciones más corrientes de la casa de huéspedes de la señora Selma Hall en East Fifty-third Street, en un barrio de Nueva York con casas de fachada de piedra caliza, que una vez había sido medianamente elegante, pero que ahora estaba pasado de moda. Tenía un sabor nauseabundo en la boca, resultado de haberse acostado a altas horas la noche anterior; aun así, justo al lado, sobre un taburete roído por el tiempo, había una botella de whisky, un sifón de soda y cigarrillos. Y a su lado, en la cama plegable, yacía una actriz joven y decididamente atractiva, que compartía con él su salario, su habitación y el resto de sus posesiones.

Ambos dormitaban cuando faltaba poco para las once de la mañana. Pero, momentos después, Rosalie Harrigan abrió los ojos y al examinar aquella habitación que carecía por completo de atractivo, con aquel papel pintado que en algún momento había sido de color crema y que ahora era de un marrón deslucido, el tocador con un espejo tríptico y la cómoda, decidió que debía levantarse y recoger el antiestético montón de ropa que había desparramado por la habitación. También había una improvisada cocina y un cuarto de baño, y justo a la derecha del taburete había una mesa escritorio en la que Rosalie servía las comidas que hacían en el apartamento.

Incluso en *déshabillé*, Rosalie era una criatura muy atractiva. Llevaba el pelo rizado despeinado; tenía una carita blanca y pequeña; los ojos, también pequeños, negros y penetrantes; los labios rojos, la nariz ligeramente respingona, la figura grácil y sensualmente redondeada y el conjunto de todas aquellas cosas había logrado retener, durante algún tiempo al menos, al disoluto, inquieto y atractivo Tollifer. También pensaba prepararle una copa a Tollifer y alcanzarle un cigarrillo. Y luego, si le apetecía, prepararía algo de café y cocería un par de huevos. O bien, si elegía no moverse y no prestarle atención, se vestiría y se marcharía al ensayo, que estaba fijado para las doce, y después regresaría a su lado a esperar que finalmente se despertara. Porque Rosalie estaba enamorada.

Era básicamente un galán, por lo que Tollifer nunca respondía con más que cierta tibieza a todos estos favores. ¿Por qué iba a tener que hacerlo? ¡Él, que era un Tollifer, de los Tollifer de Virginia y Carolina del Sur! ¡Tenía derecho a acompañarse de la gente más elegante en todas partes! El único problema era que si no fuera por Rosalie o por otras chicas de su mismo estilo, normalmente no tenía un centavo, y lo que era aún peor, andaba borracho y endeudado. Sin embargo y a pesar de eso, era un



auténtico imán para las mujeres. No obstante, tras más de veinte años de vida frívola, no había logrado establecer ninguna relación importante en términos sociales con ninguna de ellas, de modo que ahora tenía tendencia a mostrarse seco, sarcástico y dictatorial con quienquiera a quien él decidiera otorgar sus favores.

Tollifer procedía de una buena familia del Sur que en un tiempo había sido adinerada y socialmente destacada. En Charleston, por aquella época, aún seguía en pie una antigua y encantadora residencia donde seguían viviendo los miembros que quedaban de la rama de la familia que había permanecido allí desde antes de la Guerra Civil, y que poseía miles de dólares en bonos de la Confederación que habían perdido todo su valor por el desenlace de aquel conflicto. Y por aquella época, tenía un hermano en el ejército, el capitán Wexford Tollifer, nada menos, que consideraba a Bruce un derrochador y un gandul que vivía a costa de los demás.

Y en San Antonio, Texas, tenía otro hermano, un próspero ranchero que había emigrado al Oeste, se había casado, había tenido hijos y sentado cabeza, y que ahora consideraba las ambiciones de Bruce con respecto a la alta sociedad de Nueva York como el colmo de la locura. Porque, si aspiraba alguna vez a hacer algo —atrapar una heredera, por ejemplo—, ¿por qué no lo había hecho ya hacía años? Ciertamente que su nombre había aparecido en los periódicos de vez en cuando, y una vez se llegó a rumorear que estaba a punto de casarse con una rica debutante de Nueva York. Pero eso había sido diez años antes, cuando tenía veintiocho años, y al final todo había quedado en nada. Ninguno de sus hermanos ni de sus parientes tenía a estas alturas la más mínima fe en él. Estaba acabado. La mayoría de los que alguna vez habían sido amigos suyos y que pertenecían a la sociedad de Nueva York tendían también a estar de acuerdo con eso. Era víctima de sus deseos y mostraba demasiado poco respeto por su valía o posición social. De modo que hacía mucho que habían llegado al punto de no estar dispuestos a prestarle nada más.

Pero, seguía habiendo otros, hombres y mujeres, jóvenes y viejos, que, cuando se lo encontraban ocasionalmente, si iba sobrio y perfectamente arreglado, no podían evitar lamentar que no se hubiera casado con una mujer acaudalada, lo que lo habría devuelto a los grupos a los que tan bien podría adornar. Su cálido acento sureño, cuando decidía emplearlo, resultaba delicioso, y su sonrisa era encantadora.

Su actual aventura con Rosalie Harrigan venía sólo de unas ocho semanas atrás, aunque prometía no durar mucho más. Ella era una simple corista que ganaba treinta y cinco dólares a la semana. Era alegre, dulce y afectuosa, pero, en opinión de él, no lo suficientemente imponente como para llegar a ninguna parte. Lo que por el momento lo retenía eran su cuerpo, su lujuria y su amor.

Y ahora, esta mañana en concreto, Rosalie observó su pelo negro despeinado y su boca y su cuello finamente tallados con tal regocijo que resultaba del todo patético, porque estaba teñido del miedo desesperado a que otra terminara arrebatándoselo. Podría ser, como bien sabía ella, que terminara despertándose entre gruñidos y salvajes juramentos y órdenes. Pero, aun así, deseaba poder quedarse con él durante

horas, aunque sólo fuera para acariciarle el pelo.

Por contra, Tollifer estaba repasando mentalmente, medio en sueños, medio despierto, el rosario de males del que adolecía su vida cotidiana. Porque en aquel momento, aparte del dinero que le cogía a Rosalie, no tenía nada, y el interés que sentía por ella ya se había enfriado. ¡Ojalá lograra encontrar una mujer rica con la que pudiera dedicarse a vivir a lo grande, o incluso casarse con ella y poder demostrar así a todos aquellos advenedizos que ahora lo miraban por encima del hombro lo que significaba ser un Tollifer, y además, un Tollifer rico!

Poco después de su llegada a Nueva York, había intentado fugarse con una rica heredera enferma de amor, pero sus padres se la llevaron al extranjero con el máximo misterio y secreto, y él terminó en la prensa, donde lo tildaron de cazafortunas y desde donde advirtieron a todas las familias respetables y ricas que quisieran casar a sus hijas felizmente y bien de que debían guardarse de él. Y ese fracaso, o ese error, junto con la bebida, la lujuria y el juego, habían hecho que, desde hacía ya tantos años, le cerraran todas las puertas por las que aspiraba a entrar.

Desde que se despertó por completo esta mañana y mientras se vestía, empezó a refunfuñar quejándose a Rosalie de una fiesta a la que ella lo había llevado induciéndolo con mimos la noche anterior y en la que había terminado ebrio, dedicándose a menospreciar y ridiculizar a todos los que lo rodeaban hasta que estos se alegraron sinceramente de librarse de él.

—¡Menuda gente! ¡Menudos granujas! —gritó—. ¿Por qué no me dijiste que aquellos periodistas iban a estar allí? ¡Ya tengo bastante con los actores, bien lo sabe Dios, como para aguantar también a los entrometidos de los periodistas, y a esos que venían con tus amigas actrices y que sólo se dedican a intentar salir en los periódicos! ¡Bah!

—Pero yo no sabía que iban a venir, Bruce —le dijo Rosalie en tono suplicante, y quien, pálida y pintoresca, hacía todo lo que podía por tostar una rebanada de pan sobre un mechero de gas—. Creía que era sólo para las estrellas del espectáculo.

—¡Estrellas! ¿A esta gente la llamas estrellas? ¡Si estos son estrellas, yo soy el zodiaco sideral completo! (Una comparación que a Rosalie se le escapó por completo, puesto que no tenía la más mínima idea de a qué se refería.) ¡Menudos inútiles! ¡No seríais capaces de distinguir una estrella de un candil!

Después bostezó, preguntándose cuándo conseguiría reunir el valor suficiente para animarse a acabar con aquello. ¿Cuánto más bajo iba a llegar a caer? ¡Tener que compartir el dinero con muchachas que sólo ganaban lo suficiente para mantenerse a sí mismas, y luego beber y apostar con hombres con los que no podía ni compartir gastos a partes iguales!

—¡Dios! ¡No puedo soportarlo! —gritó—. Tengo que dejarlo. No puedo seguir aquí más tiempo. ¡Maldita sea, es demasiado degradante!

Recorrió la habitación de un extremo al otro y volvió de nuevo con las manos hundidas en los bolsillos del pantalón con un gesto de enfado, mientras Rosalie

permanecía quieta en silencio junto a él. El miedo no la dejaba hablar.

—Bueno, ¿me oyes? —le preguntó con tono autoritario—. ¿Te vas a quedar ahí de pie como una tonta? ¡Bah, mujeres! ¡O peleáis como gatas u os tumbáis y no decís ni palabra! ¡Ay, Dios! Si lograra encontrar una mujer, sólo una, que tuviera algo de seso en la mollera, yo... yo...

Rosalie levantó la vista hacia él con la boca torcida en una mueca que era una sonrisa de aflicción.

—Bien, ¿qué harías? —le preguntó en voz baja.

—¡No la dejaría escapar! ¡Puede que llegara incluso a quererla! Pero, por Dios, ¿de qué sirve esto? Aquí estoy, perdiendo el tiempo en este agujero y todo, ¿para qué? ¡Yo pertenezco a otro mundo y voy a volver a entrar en él! Tú y yo vamos a tener que separarnos. No puede ser de otro modo. ¡No puedo seguir con esto ni un día más!

Y mientras decía esto mismo, se dirigió al armario, sacó el sombrero y el abrigo y se dirigió a la puerta. Rosalie, no obstante, se acercó a él, le echó los brazos alrededor y pegó su cara contra la de él. Estaba llorando.

—¡Oh, Bruce, oh, por favor! ¿Qué he hecho? ¿Ya no me quieres? ¿No es suficiente que esté dispuesta a hacer todo lo que quieras? Yo no te pido nada, ¿verdad? Por favor, Bruce, no me dejes, ¿vale, Bruce?

Pero Tollifer la hizo a un lado y se separó de ella.

—No, Rosalie, no —continuó—. ¡No pienso soportarlo! No puedes retenerme así. ¡Me marcho porque es lo que tengo que hacer!

Abrió la puerta, pero, al salir, Rosalie se interpuso entre él y la escalera.

—¡Oh, Bruce —le dijo llorando—, por Dios, no puedes irte! ¡Escucha, no puedes dejarme así! ¡Haré lo que quieras, cualquier cosa, de verdad! ¡Oh, Bruce, conseguiré más dinero! Buscaré un trabajo mejor. Sé que puedo hacerlo. Podemos mudarnos a otro apartamento. Lo arreglaré todo. Bruce, por favor, siéntate y no sigas con esto. ¡Si me dejas, me mato!

Pero Tollifer se mostró ya inflexible.

—¡Corta, Rosie! ¡No te comportes como una maldita idiota! Sé que no vas a matarte y tú también lo sabes. ¡Sé fuerte! Tranquilízate y te veré esta noche o mañana, quizá, pero tengo que organizarme de otro modo y no hay más que hablar. ¿Lo entiendes?

Rosalie flaqueó ante la mirada fija de él. Se dio cuenta de que no podría evitar lo inevitable. Supo que no podría retenerlo si lo que deseaba era marcharse.

—¡Oh, Bruce! —le rogó una vez más, apretándose contra él—. ¡No dejaré que te vayas! ¡No! ¡No! ¡No puedes irte así!

—¿Que no puedo? —preguntó él—. ¡Pues, mira cómo me voy! —Y la apartó de la puerta y salió bajando los escalones apresuradamente. Rosalie, sin aliento y presa del terror, estaba aún allí de pie mirando cuando la puerta principal se cerró de un portazo, y entonces, se giró con un gesto de cansancio y volvió a entrar en la

habitación, cerró la puerta y se dejó caer sobre ella.

Ya era casi la hora de irse al ensayo, pero se estremeció sólo de pensarlo. Ahora ya le daba igual. No había nada... a menos que, quizá, él regresara... tendría que volver a recoger su ropa...

## CAPÍTULO IX

La idea que Tollifer acariciaba por entonces era que quizá lograra encontrar trabajo en una agencia de corredores o en una compañía fiduciaria que se hiciera cargo de los asuntos o, más en concreto, de las fortunas, de viudas o hijas de hombres acaudalados. Su dificultad, sin embargo, radicaba en que había desaparecido del grupo de hombres que prestaba servicios menores a los miembros de la sociedad y que florecía no sólo entre los repudiados, sino en el corazón mismo de la buena sociedad de Nueva York de aquellos tiempos. Aquel tipo de hombres no sólo era útil, sino que a veces, resultaba absolutamente esencial para aquellos que tenían dinero pero que carecían de una familia bien situada y que pretendían entrar a formar parte de la sociedad, así como para las debutantes de otras temporadas a las que se les echaban los años encima y deseaban mantener una posición visible.

La lista de requisitos imprescindibles era considerablemente larga, y entre ellos se incluía ser de la mejor ascendencia norteamericana, tener buena presencia, poseer elegancia y saber estar y mostrar un sofisticado interés en la navegación a vela, las carreras, el polo, el tenis, la equitación y las carreras de enganches —especialmente las de diligencias tiradas por cuatro caballos—, la ópera, el teatro y el *ring* de boxeo. Estos hombres seguían a los acaudalados hasta París, Biarritz, Montecarlo, Niza, Suiza, Newport o Palm Beach; a los refugios del sur y a los clubes de campo de todo el mundo. En Nueva York, sus lugares predilectos eran los restaurantes elegantes, y la «herradura de diamantes»<sup>[1]</sup> de la ópera y los teatros. Era necesario que vistieran bien y de la manera más adecuada a cada ocasión; tenían que ser útiles y habilidosos a la hora de conseguir los mejores asientos para un concurso hípico, un partido de tenis, de fútbol americano o la obra de teatro del momento. También ayudaba si podían echar una mano con las cartas y explicar las sutilezas del juego, o incluso, ocasionalmente, aconsejar o hacer sugerencias relativas a la ropa, las joyas o la decoración de una estancia. Pero, sobre todo, debían encargarse de que los nombres de sus patronos aparecieran con relativa frecuencia en *Town Topics*<sup>[2]</sup> o en las columnas de sociedad de los periódicos.

Trabajar con cierta continuidad en este tipo de cosas, sin embargo, implicaba que el ayudante debía ser recompensado por sus esfuerzos de algún modo que no fuera demasiado deshonroso, aunque a veces se veía obligado a hacer sacrificios, especialmente el que suponía renunciar al entusiasmo y a la excitación de verse acompañado de muchachas jóvenes y bellas, puesto que sus atenciones debían reservarse a mujeres de mediana edad, como Aileen, que temían la llegada de esa hora horrible del aburrimiento social o emocional.

Pues Tollifer había pasado por todo eso durante años y más o menos a los treinta y uno o treinta y dos años había comenzado a cansarse de esa vida. Y a causa del completo aburrimiento y del abatimiento que todo aquello le provocaba, era por lo que a veces desaparecía para beber y divertirse con alguna belleza del mundo de la escena que tuviera fuego, amor y devoción que ofrecerle. De todas maneras, en este momento volvía a acariciar la idea de visitar aquellos restaurantes, bares, hoteles y demás lugares de reunión que frecuentaban aquellos que más beneficios podían ofrecerle. Iba a armarse de valor, mantenerse sobrio y a sacar algo de dinero de alguna parte —de Rosalie, quizá—, y con ese dinero haría tal despliegue financiero y de elegancia en el vestir que lograría que volvieran a considerarlo una posibilidad en términos sociales. Y entonces... bueno, ¡ya verían esta vez!

## CAPÍTULO X

En Nueva York y por esta época estaba Aileen devanándose sus cansados y desilusionados sesos en busca de alguna manera de seguir viviendo. Aunque para entonces la mansión Cowperwood, como se la conocía, era una de las casas más floridas y bellas de Nueva York, para Aileen no era más que un cascarón vacío, una tumba emocional y social.

Ahora consideraba que había hecho mucho mal a la primera esposa de Cowperwood y a sus hijos. Entonces no sabía cuánto iba a tener que sufrir su esposa, pero ahora conocía muy bien aquella amargura. A pesar de todos los sacrificios que su amor le había supuesto, de haber tenido que renunciar a su hogar, a sus amigos, a la sociedad y a su reputación, y todo por Cowperwood, ahora estaba hundida en el abatimiento. Otras mujeres, despiadadas y crueles, habían mantenido relaciones con él, y no por amor, sino por su fama y su riqueza. Y él las buscaba por su juventud y su encanto —que en modo alguno eran mayores ni mejores de los que ella había tenido algunos años atrás—. ¡Pero no iba a dejarlo ir nunca! ¡Nunca! ¡Nunca ninguna de aquellas mujeres llegaría a llamarse la señora de Frank Algernon Cowperwood! ¡Ella había sellado aquella unión con amor verdadero y con un matrimonio auténtico, y nunca iban a quitárselo! Él nunca se atrevería a atacarla abiertamente ni con un proceso legal. El mundo y ella misma sabían demasiado, o ella se encargaría de que así fuera, si alguna vez pretendía reemplazarla. Nunca había olvidado su abierta declaración de amor por la joven y bella Berenice Fleming. ¿Dónde estaba ella ahora? Con él, posiblemente. Pero nunca podría tenerlo legalmente. ¡Nunca!

Pero, ¡qué sola estaba! ¡Esta casa tan grande, estas habitaciones con sus suelos de mármol, sus puertas talladas y sus paredes pintadas y decoradas! ¡Y los criados, que bien podrían ser espías! ¡Y tan poco que hacer, tan poca gente a la que ver y tan pocos los que deseaban verla a ella! ¡Los ocupantes de las otras grandes casas que flanqueaban la avenida no se dignaban siquiera a reconocer su presencia ni la de Cowperwood, a pesar de todo su dinero!

Había unos cuantos admiradores que ponían empeño y a los que toleraba, y uno o dos parientes, entre ellos, sus dos hermanos, que vivían en Filadelfia. Eran ricos y gozaban de relevancia social, pero como eran religiosos y conservadores y ni sus esposas ni sus hijos la aprobaban, los veía poco. Venían ocasionalmente a almorzar o a cenar con ella, o a pasar la noche cuando estaban en Nueva York, pero siempre sin sus familias. Y pasaba mucho tiempo hasta que volvía a verlos de nuevo. Ella ya sabía cómo era aquello, y ellos también.

Pero, aparte de esto, en su vida no había nadie más que realmente le importara algo. Los actores y los gandules de la sociedad que a veces buscaban su compañía,

fundamentalmente para pedirle dinero prestado, sólo tenían interés en realidad en sus amigos más jóvenes. Después de Cowperwood, ¿cómo iba a imaginarse ella siendo la amada de alguno de aquellos hedonistas? ¡Desearlo, sí! ¡Pero sólo después de muchas horas lentas y aburridas de soledad y de pensamientos que la torturaban, podía recurrir a alguien, siempre que hubiera atracción física, muchas palabras insustanciales y bebida! ¡Ay, la vida, la soledad, la edad, la futilidad y la deserción de todo lo que había merecido la pena!

¡Menuda burla era esta casa con sus galerías de pintura, escultura y tapices! Porque Cowperwood, su esposo, rara vez venía. Y cuando lo hacía, se mostraba siempre muy cauteloso, aunque, ante los criados, simulaba afecto. Y ellos, como es natural, se sometían a él reconociéndolo como su superior, porque, en realidad, tenía la potestad de disponer de todo lo que allí había y que él mantenía. Y si ella decidía mostrarse burlona o rebelarse, podía llegar a ser tremendamente afable y cautivador, cogiéndole la mano o tocándole el brazo con ternura, y diciéndole: «¡Aileen, no debes olvidarlo! ¡Tú eres y siempre serás la señora de Frank Cowperwood, y debes comportarte como tal!».

Y si en algún momento se ponía furiosa o lloraba, se le llenaban los ojos de lágrimas y le temblaban los labios o huía apresuradamente de su presencia en mitad de una tormenta de emociones, él la seguía y tras una larga discusión o una súplica sutil, lograba hacerla cambiar de opinión. Y si eso fallaba, podía llegar a mandarle flores o proponerle que fueran juntos a la ópera después de la cena —una concesión que casi invariablemente hacía que traicionara a su alma vanidosa y débil—. Porque aparecer en público con él, ¿no demostraba, al menos en parte, que seguía siendo su esposa, la señora de su casa?



## CAPÍTULO XI

De Sota Sippens, que partió hacia Londres con tantos ayudantes como le hicieron falta, tomó una casa en Knightsbridge<sup>[1]</sup> cuando llegó allí y comenzó a reunir toda la información que consideró que Cowperwood iba a necesitar.

Una de las cosas que atrajo su atención desde un principio fue que, conectando las dos líneas de metro más antiguas —la Metropolitan Railway y la District Railway, o Inner Circle, como se la conocía— se daba lugar a un circuito en el centro de la ciudad, parecido al que había hecho que el sistema de Cowperwood de Chicago le resultara tan útil a él, y al mismo tiempo, tan caro e irritante a sus rivales. Estas dos líneas de Londres, las dos primeras líneas subterráneas del mundo, ambas mal construidas y movidas por vapor, llegaban a cubrir y a dar servicio a los puntos estratégicos del centro de la ciudad, de modo que eran un medio fundamental para todo el sistema de metro. Corrían en paralelo con una distancia entre ambas de aproximadamente un kilómetro y medio, uniéndose en los extremos para proporcionarse mutuamente derecho de paso y cubriendo la zona que iba desde Kensington hasta Paddington Station por el oeste y Aldgate en el distrito del Bank of England por el este. De hecho, todas las zonas de importancia —las calles más importantes, el distrito de los teatros, el distrito financiero, el distrito comercial, los grandes hoteles, las estaciones de ferrocarril, el parlamento— estaban dentro de esta área.

Sippens averiguó muy pronto que estas líneas, debido a su equipamiento de mala calidad y a su pobre gestión, cubrían poco más que los gastos. Pero se *podía* lograr que fueran rentables porque, de momento, y a excepción de los autobuses, no existía una manera mejor de llegar a aquellos distritos.

Es más, no sólo había gran insatisfacción con el anticuado servicio a vapor que ofrecían estas líneas, sino que un sector de los jóvenes financieros mostraba un deseo evidente de involucrarse en el campo de las líneas subterráneas para electrificarlas y ponerlas al día. Entre ellos se encontraba lord Stane, uno de los principales accionistas minoritarios de la District Railway y de quien Cowperwood le había hablado. Y también era una de las figuras más destacadas del mundillo social de Londres.

Esta descripción de la situación que Sippens le envió en un extenso escrito fue suficiente para animar a Cowperwood. Si aprovechaban la idea del circuito central ahora y la impulsaban con franquicias que permitieran prolongaciones hacia la periferia, le proporcionaría exactamente el tipo de control que él necesitaba para convertirse en la cabeza y el centro de cualquier explotación futura.

Pero, aunque estuviera dispuesto a rascarse el propio bolsillo, ¿de dónde iba a

sacar dinero para todo aquello? ¡Probablemente necesitaran al final hasta cien millones de dólares! En aquel momento tenía dudas de si lograría fomentar el interés de otros financieros que pudieran proporcionarle el capital, especialmente cuando ninguna de las líneas de metro actuales de Londres parecía estar produciendo más que lo suficiente para cubrir gastos. Era sin duda arriesgado aventurarse en una empresa semejante en aquellos momentos, y debería verse precedida y acompañada de un aluvión de sutil propaganda que lo presentara a la luz más favorable posible.

Pensó en todos los líderes financieros importantes norteamericanos, en sus bancos e instituciones, principalmente los del Este, a los que, debido a antiguos negocios, ahora podría acudir. Habría que dejar muy claro que lo que buscaba era el mérito, más que unos desorbitantes beneficios financieros. Porque Berenice tenía razón: esta última aventura suya, si llegaba a materializarse, debía ser la más ambiciosa y estar a mayor nivel que ninguna de sus empresas anteriores, para de este modo, expiar todos los pecados que había cometido mediante sus habituales malabarismos.

Por supuesto que, en el fondo, no estaba en modo alguno dispuesto a prescindir del todo de los viejos trucos relacionados con la organización y la dirección de una empresa de tracción. Por el contrario, como sus métodos no eran tan conocidos en Inglaterra como lo eran en su propio país, se inclinaba más que nunca por montar una compañía para esto y otra para aquello, una para cada línea secundaria o línea ya existente que hubiese que añadir o rehacer, y cuyas acciones diluidas podrían venderse al público más crédulo e incauto. Así era como se hacían aquellas cosas. Al público siempre se le podía engañar para que comprara cualquier cosa que se pudiera presentar como algo prometedor. Dependía de la fuerza, la respetabilidad y la estabilidad que pudieran conferirle las asociaciones apropiadas. Una vez tomadas todas aquellas decisiones mentalmente, envió a Sippens un cable inmediatamente dándole las gracias y mandándole nuevas instrucciones: que permaneciera en Londres hasta nuevo aviso.

Entretanto, la madre de Berenice había llegado a Chicago y se había establecido provisionalmente, y tanto Berenice como Cowperwood, cada uno a su manera, le habían dejado claro lo que había ocurrido y cómo, desde entonces en adelante, todos ellos estarían juntos en esta nueva, y probablemente, difícil relación. Aunque al principio, y en presencia de Berenice, la señora Carter se permitió derramar algunas lágrimas —causadas principalmente por los remordimientos por su pasado, que, como ella se encargó de resaltar con su insistencia, era la causa del rumbo que ahora había tomado su hija—, en modo alguno estaba tan abatida como su inestable conciencia le hacía creer a veces. Porque después de todo, pensaba que Cowperwood era un gran hombre y, tal como él mismo le dijo, Berenice no sólo heredaría una buena parte de su fortuna, sino que si Aileen moría o le concedía el divorcio, sin duda se casaría con ella. Por el momento, él, por supuesto, continuaría como hasta ahora: como el amigo de la señora Carter y el tutor de su hija. Pasara lo que pasara y fueran los que fueran los rumores de cuando en cuando, esta sería la explicación que habría

que mantener. Y con esa finalidad, sus contactos en público habrían de ser tan poco frecuentes y tan convencionales como les fuera posible. La vida que él y Berenice pudieran llegar a organizar era asunto suyo, pero nunca viajarían en el mismo barco o tren ni se alojarían en el mismo hotel en ningún lugar.

En lo que a Londres se refería, Cowperwood imaginaba que probablemente habría una considerable vida social para todos ellos, particularmente porque, si todo iba bien, esperaba poder aliarse con los círculos financieros más importantes y posiblemente podría utilizar su relación con Berenice y con su madre como medio para fomentar reuniones en su casa con personas influyentes y amigos que le resultarían de lo más favorable, puesto que pretendía que la señora Carter mantuviera una residencia que resultara adecuada y decorosa para una viuda y su hija, ambas ricas y de buena reputación.

Como esta idea originariamente había partido de Berenice, ella estaba exultante. Y la señora Carter, según escuchaba a Cowperwood, y a pesar de que había llegado a considerarlo implacable y de una crueldad inflexible en lo que a sus comodidades personales se refería, casi llegó a convencerse de que todo aquello era para bien. Berenice había defendido su situación de la manera más práctica:

—Yo quiero a Frank de verdad, madre —le había dicho—, y quiero estar con él tanto como me sea posible. Él nunca ha intentado forzarme, ¿sabes?; fui yo la que acudí a él y también fui yo la que le propuse esto. Hacía mucho que no me parecía bien, ¿sabes?, desde que me enteré de que el dinero con el que hemos estado viviendo no era tuyo sino de él, cogerlo todo sin dar nada a cambio. Pero, a pesar de eso, he sido tan cobarde como tú, demasiado egoísta y susceptible como para enfrentarme a la vida sin nada, como habría ocurrido si él nos hubiera dejado.

—Oh, sé que tienes razón, Bevy —dijo su madre en tono de súplica—. Por favor, no me hagas reproches. Ya sufro lo suficiente estando las cosas como están. No lo hagas, por favor. En lo único en lo que he pensado siempre ha sido en tu futuro.

—Por favor, madre, por favor —le rogó Berenice ablandándose, porque, después de todo, amaba a su madre a pesar de lo insensata que había sido y lo equivocada que había estado. Ciertamente era que en sus tiempos de colegiala había tendido a menospreciar el gusto, los conocimientos y el juicio de su madre. Pero ahora que lo sabía todo, había llegado a verla bajo una luz muy diferente, y aunque de ninguna manera la eximía por completo, dado su estado actual, la perdonaba y la comprendía. Ya no le hizo más comentarios desdeñosos ni condescendientes, sino que por el contrario, sólo le mostró amabilidad y comprensión, como si intentara compensar las desgracias humanas que le habían acontecido.

De modo que, con tono dulce y tranquilizador, continuó diciendo:

—Madre, recordarás que yo misma averigüé muy pronto, cuando intenté por mi cuenta ver a qué podría dedicarme, que no me habían educado de modo que estuviera preparada para ninguna de las condiciones a las que tendría que enfrentarme. Había estado demasiado protegida y mimada. Y no te estoy culpando a ti ni tampoco a

Frank. Pero no tengo futuro en la buena sociedad, no en este país. Estoy segura de que lo mejor que puedo hacer es unir mi vida a la de Frank porque él es la única persona que de verdad puede ayudarme.

La señora Carter asintió con la cabeza mostrando que estaba de acuerdo con ella y le sonrió con tristeza. Ella carecía de vida propia y tampoco tenía modo alguno de vivir si no era dependiendo de Cowperwood y de su hija.

## CAPÍTULO XII

De modo que según las pautas generales que habían acordado, Cowperwood, Berenice y su madre salieron hacia Nueva York; las mujeres se marcharon primero y Cowperwood las siguió más tarde. Su propósito era investigar la situación de las inversiones en los Estados Unidos y también el de encontrar una agencia de corredores internacional a través de la que poder redirigir la propuesta original de la línea de Charing Cross hacia él para que la valorara; es decir, para que no pareciera que estaba interesado.

Él tenía, por supuesto, a sus propios corredores en Nueva York y Londres — Jarkins, Kloorfain & Randolph—, pero no confiaba plenamente en ellos para un negocio tan portentoso como este. Jarkins, la figura más prominente de la sucursal norteamericana de esta empresa, aunque era un tipo astuto y útil en algunos aspectos, se movía excesivamente por interés propio y a veces también hablaba demasiado. Aun así, acudir a una agencia de corredores desconocida no sería mucho mejor. Podría llegar a ser incluso peor. Al final decidió hacer que otra persona de su confianza le sugiriera a Jarkins que les dijera a Greaves y Henshaw que quizá fuera aconsejable que acudieran de nuevo a Cowperwood.

En relación con este asunto, recordó que una de las cartas de presentación que Greaves y Henshaw le mostraron durante su primera visita era de un tal Raphael Cole, un banquero jubilado de Nueva York propietario de una fortuna considerable, y que unos años antes había intentado involucrarlo en el transporte público de Nueva York. Aunque Cowperwood estaba demasiado ocupado con sus asuntos de Chicago como para valorar la propuesta de Cole en aquel momento, la conversación había dado paso a una amistad y, más adelante, Cole había invertido en algunas de las propiedades de Cowperwood en Chicago.

La idea que tenía ahora en mente era la de no sólo dar información previa a Cole de cara a una posible inversión en esta aventura londinense, sino conseguir que fuera él quien sugiriera, a través de Jarkins, que Greaves y Henshaw volviesen a dirigirse a él. Decidió invitar a Cole a cenar en su casa de la Quinta Avenida con Aileen haciendo de anfitriona. De este modo, comenzaría a aplacar a Aileen y al mismo tiempo le daría a Cole la impresión de que era un esposo feliz, porque Cole llevaba una vida más o menos convencional. Y para este plan de Londres, sin duda iba a hacer falta que pudieran dar una apariencia de lo más convencional para evitar la crítica de la opinión pública. De hecho, Berenice le había dicho justo antes de marcharse a Nueva York: «Y Frank, ahora recuerda que mientras más atención prestes a Aileen en público, mejor será para todos nosotros». Y, al decirlo, lo había mirado con una expresión melancólica y serena, cuya fuerza y capacidad de sugestión

parecían encarnar toda la sabiduría de los siglos.

Como consecuencia, mientras iba de camino hacia Nueva York dándole vueltas a la sabiduría contenida en las palabras de Berenice, le mandó un telegrama a Aileen avisándola de su llegada. Incidentalmente, tenía pensado también ponerse en contacto con un tal Edward Bingham, un vendedor de bonos de los que se mueven en sociedad, que venía a verlo con bastante frecuencia, y que probablemente pudiera darle información relativa a este Tollifer.

Con todas estas actividades programadas, llamó por teléfono a Berenice a la casa de Park Avenue que le había regalado hacía poco. Tras concertar una reunión con ella para más tarde aquel mismo día, telefoneó a Cole. También se enteró, tras llamar a su oficina del Netherlands Hotel<sup>[1]</sup>, que, entre otros mensajes, casualmente había uno de Bingham preguntándole cuándo le vendría bien a Cowperwood recibirlo. Y finalmente, se dirigió a su casa. Era un hombre con un estado de ánimo muy diferente al que Aileen había visto unos meses antes.

De hecho, cuando lo vio entrar en su habitación aquella mañana, notó enseguida que le esperaba algo agradable, porque eso era lo que le decían su aspecto y su manera de andar.

—Bueno, ¿cómo estás, querida? —comenzó al instante con aquel tono afable que no había considerado apropiado utilizar en su presencia desde hacía mucho tiempo—. Imagino que habrás recibido mi telegrama.

—Sí —le contestó Aileen tranquila y con reservas, observándolo al mismo tiempo con interés, porque en sus sentimientos hacia él se mezclaban el afecto y el resentimiento.

—¡Ah, estás leyendo una historia de detectives! —dijo, observando el libro que tenía en la mesita de noche, mientras que, mentalmente, comparaba los recursos intelectuales de Aileen con los de Berenice.

—Sí —contestó ella de mal humor—. ¿Qué preferirías que leyera, la Biblia, uno de tus balances mensuales o quizá, tus catálogos de arte?

Estaba triste y dolida porque mientras habían durado sus problemas en Chicago, ni siquiera se le había ocurrido escribirle.

—La verdad es, querida —continuó en tono amable y apaciguador—, que he tenido en mente escribirte, pero ni te imaginas lo atareado que he estado. De verdad. Además, sabía que probablemente estarías leyendo los periódicos. Ha salido en todos. Pero recibí tu telegrama y me pareció muy amable de tu parte; mucho. Pensé en contestarte. Debería haberlo hecho, lo sé. —Se refería a un telegrama de ánimo que Aileen le había enviado justo después de su muy aireada derrota en el ayuntamiento de Chicago.

—¡Bueno, vale! —le espetó Aileen, quien, a las once la mañana, aún andaba holgazaneando y sin vestirse—. Me haré a la idea de que me contestaste. ¿Qué más?

Se fijó en la bata de volantes blanca como la nieve, del estilo que ella prefería porque hacía resaltar su pelo rojizo, aquel que él tanto había admirado en una época.

También se fijó en que se había puesto una gruesa capa de polvos en la cara. Le resultaba descorazonador y probablemente tanto como a ella. ¡El tiempo! ¡El tiempo! ¡El tiempo! ¡Ese proceso de erosión que no se detenía nunca! Ella se hacía mayor, mayor, mayor. Y no había nada que pudiera hacer aparte de sentir tristeza y conmiseración, porque bien sabía ella cuánto le disgustaba a él notar los signos de la edad en una mujer, aunque jamás lo mencionara e incluso pudiera llegar a parecer que los ignorara.

Sintió no poca lástima de ella, lo que lo indujo a ser amable. De hecho, al mirarla y recordar la tolerancia de Berenice con respecto a ella, no vio razón alguna para que esta aparente reconciliación no pudiera permitir incluso un viaje al extranjero para Aileen. No tendría que implicar necesariamente que estuviera con él, sino cerca, lo que al mismo tiempo podría dar la impresión de que todo iba bien en su vida de casado. Podría incluso viajar en el mismo barco si pudiera arreglarse de modo que este Tollifer, u otra persona, se encargara de ella en su lugar. Porque estaría bien que la persona elegida para mostrar interés por ella la cortejara en el extranjero además de aquí, puesto que era necesario que Aileen no se cruzara en su camino ni en el de Berenice.

—¿Vas a hacer algo esta noche? —le preguntó con intención de congraciarse con ella.

—No, nada especial —le contestó, puesto que la expresión de él, amistosa, parecía implicar que quería algo de ella, aunque no lograba adivinar qué podría ser—. ¿Tienes pensado quedarte durante algún tiempo?

—Sí, durante un tiempo, aunque no mucho. Al menos, estaré yendo y viniendo. Tengo planes que pueden obligarme a ir al extranjero durante unas cuantas semanas y quiero hablar contigo sobre eso. —Aquí hizo una pausa, puesto que no estaba muy seguro de cómo seguir. Era todo muy difícil, muy complicado—. Me gustaría que hicieras de anfitriona mientras estoy aquí. ¿Te importa?

—No —dijo ella escuetamente, notando su actitud distante. Sintió que sus pensamientos no estaban puestos en ella, ni siquiera tras aquella larga separación. Y de repente, se sintió demasiado cansada y desanimada como para discutir con él.

—¿No te apetecería ir a la ópera esta noche, verdad? —le preguntó él entonces.

—Pues, sí, si de verdad te apetece ir. —Después de todo era un alivio tenerlo allí, aunque fuera sólo por poco tiempo.

—Sí, desde luego —le contestó—, y quiero que vengas conmigo. Después de todo, eres mi esposa y la señora de la casa, e independientemente de lo que sientas por mí, es necesario que mantengamos una imagen pública favorable. A ninguno de los dos nos puede venir mal, y puede que incluso nos ayude a ambos. De hecho, Aileen —continuó diciendo, en tono confidencial—, ahora que he tenido todos estos problemas en Chicago, hay un par de cosas que necesito hacer: dejar todas mis actividades comerciales en este país y retirarme, y eso no es lo que más me apetece, o buscar algo distinto que emprender en otro sitio. Y no es así como quiero morir

exactamente, poniéndome mohoso —dijo para concluir.

—¿Tú? ¿Ponerte mohoso? —le cortó Aileen, mirándolo con expresión divertida—. ¡Como si el moho pudiera alcanzarte! ¡Antes lo alcanzarías tú a él para espantarlo! —Esto le provocó a Cowperwood una sonrisa.

—En cualquier caso —continuó él—, las dos únicas cosas de las que he tenido noticia hasta ahora y que podrían interesarme son la propuesta de un proyecto para construir el metro de París, que no me entusiasma mucho, y... —Aquí hizo una pausa para meditar, mientras Aileen lo estudiaba, preguntándose si aquello sería cierto... o algo en Londres; creo que me gustaría echar un vistazo a la situación del metro de allí.

Al oír aquellas palabras, y por alguna razón que ella no habría podido explicar —telepatía, osmosis psíquica—, Aileen se animó y pareció prever algo interesante.

—¿De verdad? —dijo ella—. Eso suena prometedor. Pero si te metes en algo nuevo, espero que esta vez lo arregles de modo que no exista la posibilidad de que te provoque problemas después. Parece que vas creándolos dondequiera que vas, o quizá es que se crean especialmente para ti.

—Bueno, he estado pensando —continuó Cowperwood, ignorando sus últimos comentarios— que si no se me presentara ninguna otra cosa, quizá intentara hacer algo en Londres, aunque he oído decir que los ingleses sienten pocas simpatías por las empresas norteamericanas de cualquier tipo. Si eso es así, no tendría la opción de poner en marcha ninguna empresa allí, especialmente tras los problemas que he tenido en Chicago.

—¡Oh, Chicago! —exclamó Aileen, mostrándose al mismo tiempo a la defensiva, aunque también leal—. Yo no me preocuparía por lo de Chicago. ¡Todo el que tenga algo de cabeza sabe que son una manada de chacales celosos! Creo que Londres sería un lugar magnífico para empezar de nuevo. Sí deberías saber cómo arreglar las cosas para poder evitar todos los problemas que parece estar teniendo en Chicago con las franquicias. Siempre me ha parecido, Frank —se arriesgó a decir, basándose en los años que había pasado con él y sin ningún afán especial de congraciarse—, que eres demasiado indiferente a la opinión de los demás. Parece que las otras personas, sean quienes sean, simplemente no existen para ti. Por eso provocas todos estos conflictos y eso siempre te seguirá ocurriendo, a menos que te molestes en ser algo más considerado con los demás. No sé lo que tienes en mente, por supuesto, pero estoy segura de que si hoy quisieras empezar a ser aunque fuera mínimamente agradable con la gente, tú con tus ideas y tu manera de convencerla cuando quieres, no habría nada que pudiera detenerte, eso es todo —y dicho eso, se interrumpió para ver si él hacía algún comentario.

—Gracias —dijo él—, quizá tengas razón en eso. No lo sé. En cualquier caso, estoy pensando seriamente en este asunto de Londres.

Presintiendo que sin duda emprendería algo, continuó:

—Por supuesto, por lo que respecta a nosotros, sé que ya no me quieres y nunca



volverás a amarme. Me he dado cuenta. Pero, al mismo tiempo, siento que yo he jugado un papel importante en tu vida, y aunque sólo sea por eso, por todo lo que he pasado contigo tanto en Filadelfia como en Chicago, no deberías deshacerte de mí como si fuera un zapato viejo. No está bien. Y a la larga no puede traerte nada bueno. Siempre he pensado, y aún lo pienso, que quizá por lo que a mí respecta podrías mantener las apariencias, aunque sólo fuera de cara a la galería; préstame un poco de atención y no me dejes aquí sola sentada una semana tras otra y un mes tras otro, sin decirme ni una palabra, ni enviar ni una sola carta, ni nada de nada...

Y entonces, una vez más, como tantas otras en el pasado, vio que se le encogía la garganta y se le nublaban los ojos. Ella desvió la cara, como si no pudiera decir nada más. Y al mismo tiempo, se dio cuenta de que este era exactamente el compromiso en el que había estado pensando desde que Berenice llegara a Chicago. Estaba claro que Aileen estaba dispuesta a asumirlo, aunque aún no pudiera saber hasta qué punto.

—Lo que tengo que hacer —dijo él— es encontrar otra cosa y el dinero para emprenderla. Mientras tanto, quiero mantener esta residencia y hacer que parezca que todo continúa como antes. Eso causará buena impresión. Hubo un momento, ya lo sabes, en el que lo que quería era el divorcio, pero si tú puedes dejar atrás el pasado y continuar con esta relación de cara al exterior sin discutir conmigo sobre mi vida privada, creo que podríamos arreglarlo. De hecho, estoy seguro de que podremos hacerlo. Ya no soy tan joven como antes, y aunque me reserve el derecho a organizar mi vida privada de modo que cubra mis necesidades personales, no veo razón alguna para que no podamos continuar como hasta ahora, e incluso hacer que las cosas parezcan mejores de lo que son ahora. ¿Estás de acuerdo con eso o no?

Y como Aileen no tenía más deseo que seguir siendo su esposa, y además, quería verlo tener éxito en cualquier cosa que emprendiera, a pesar de lo mal que la había tratado, le contestó:

—Bueno, ¿qué otra cosa puedo hacer? Tú tienes todas las cartas en la mano. Y yo, en realidad, ¿qué tengo? ¿Qué exactamente?

Y fue entonces cuando Cowperwood le sugirió que, en caso de que fuera necesario viajar, y si Aileen pensaba que daría mejor impresión si ella lo acompañaba, no tendría objeción alguna que hacer, ni tampoco a que aparecieran notas de prensa que dieran a entender que su matrimonio era armonioso, siempre y cuando ella no insistiera en que el contacto entre ellos fuese algo regular, lo que podría incomodarlo en su vida privada.

—Bueno, si eso es lo que quieres —le dijo ella al respecto—. No es peor de lo que tengo ahora, desde luego. —Pero, al mismo tiempo, pensó que podría haber otra mujer detrás de todo esto, probablemente aquella muchacha, Berenice Fleming. Si ese fuera el caso, no estaría dispuesta a aceptar este compromiso. ¡Porque, en lo que a Berenice se refería, jamás, jamás le permitiría que la humillara manteniendo una relación pública con aquella advenediza egoísta y vanidosa! ¡Jamás, jamás, jamás!

De modo que, curiosamente, mientras Cowperwood pensaba que había logrado

hacer un progreso considerable y con bastante rapidez en pos de la consecución de sus sueños, Aileen pensaba que había logrado al menos una pequeña ganancia y que mientras más atención lograra obtener de Cowperwood en público, más fuerte sería la evidencia de que ella seguía reteniéndolo y mayor sería su triunfo público, aunque no así el privado.

## CAPÍTULO XIII

Intentar hacer que Cole mostrara interés por conseguir que Greaves y Henshaw volvieran a acudir a Cowperwood sólo le llevó un momento durante aquella noche de cena y bebida. Cole incluso llegó a expresar la idea de que en Londres, Cowperwood quizá encontrara mejores horizontes para su capacidad de los que Chicago jamás le hubiera ofrecido, en cuyo caso, él estaría encantado de saber más con respecto a cualquier plan de inversión que se pudiera pergeñar.

Igualmente satisfactoria fue la charla que tuvo con Edward Bingham, de quien Cowperwood obtuvo datos muy interesantes sobre Bruce Tollifer. Según Bingham, Tollifer se encontraba en un estado lamentable en aquellos momentos. Aunque en otra época había sido una persona que gozaba de excelentes conexiones sociales y que disponía de algún dinero, hoy en día carecía tanto de unas como de otro. Aunque seguía siendo atractivo, su aspecto era el de un hombre disipado y desaliñado. Hasta hacía poco, se había relacionado con jugadores y otras personas de reputación cuestionable; daba la sensación de que la mayoría de los que lo habían conocido en otros tiempos lo habían tachado de sus listas.

Por otro lado, como Bingham se vio obligado a admitir, durante el último mes Tollifer había dado muestras de estar intentando rehabilitarse. En aquellos momentos vivía solo en un modesto club de solteros, el Alcove de Fifty-third Street, y se le había visto cenando ocasionalmente en los mejores restaurantes. Creía que Tollifer perseguía hacer una de dos cosas: bien congraciarse con alguna mujer rica que estuviera dispuesta a pagarle por los servicios que él pudiera realizar para ella o conseguir un empleo en una agencia de corredores donde pudieran considerar que sus antiguas conexiones sociales bien merecían que se le pagara un salario. Esta conclusión a la que había llegado Bingham tras su análisis hizo que a Cowperwood se le dibujara una sonrisa, puesto que aquel era exactamente el estado en el que había esperado encontrar a Tollifer.

Le dio las gracias a Bingham y cuando este se marchó, llamó a Tollifer al Alcove. Aquel caballero estaba en aquel momento echado en la cama a medio vestir esperando, con actitud algo sombría, a que dieran las cinco, hora a la que pretendía aventurarse a salir en uno de sus «cruceiros», como él los llamaba —sus búsquedas en clubes, restaurantes, teatros y bares con la intención de intercambiar saludos informales que pudieran retomar viejas amistades o establecer otras nuevas—. Eran las tres de la tarde de aquel ventoso día de febrero cuando bajó al pasillo principal para responder a la llamada de Cowperwood con un cigarrillo a medio fumar entre los dedos, el pelo desgreñado y con unas pantuflas de andar por casa bastante deslucidas.

Ante el anuncio de: «Le habla Frank A. Cowperwood», Tollifer se puso tenso y recuperó la compostura porque aquel nombre se había pasado meses en los titulares de la primera página de todos los periódicos.

—Ah, sí, señor Cowperwood, ¿qué puedo hacer por usted? —Y la voz de Tollifer era una mezcla de extrema atención, cortesía y disposición para acomodarse a cualquier cosa que se le pudiera requerir.

—Tengo en mente cierto asunto que creo que quizá sea de su interés, señor Tollifer. Si pudiera usted venir a mi oficina del Netherlands mañana por la mañana a las diez y media, estaré encantado de recibirle. ¿Puedo esperarle a esa hora?

La voz, como Tollifer no dejó de percibir, no tenía exactamente el tono de un superior que se dirige a su subordinado, pero aun así, sonó autoritaria e imperiosa. Tollifer, a pesar de la alta estima social en la que se tenía a sí mismo, sintió una tremenda curiosidad y no poco entusiasmo.

—Desde luego, señor Cowperwood, allí estaré —le contestó inmediatamente.

¿Qué podría significar aquello? Quizá se tratara de una propuesta de compra o venta de acciones. Si fuese así, estaría encantado de aceptar semejante trabajo. Sentado en su habitación meditando sobre esta inesperada llamada, empezó a recordar cosas que había leído sobre los Cowperwood. Estaba aquello del intento de entrar en la sociedad de Nueva York, y los rumores sobre ciertos desaires y fracasos relacionados con ese asunto. Pero después retomó la idea del trabajo y lo que aquello podría significar con respecto a sus contactos en la sociedad, y se sintió extrañamente animado. Empezó a examinar su cara y su figura, así como la ropa que tenía en el armario. Debía afeitarse y lavarse el pelo, y hacer que le cepillaran y le plancharan la ropa. No saldría esta noche, sino que se dedicaría a descansar para amanecer fresco a la mañana siguiente.

Al día siguiente se presentó en la oficina de Cowperwood más cohibido y complaciente de lo que se había sentido en mucho tiempo. Porque, de algún modo, esto parecía presagiar un nuevo comienzo en la vida. Al menos eso era lo que esperaba cuando entró y vio al gran hombre sentado tras un enorme escritorio de palisandro que ocupaba el centro de la habitación. Al instante se sintió pequeño y algo inseguro de sí mismo, porque el hombre que tenía ante él, a pesar de no carecer de cortesía y de crear un ambiente de cordial entendimiento, se mostraba distante y lejano. Decidió que sin duda se le podía describir como un hombre atractivo, fuerte y dominante. Tenía unos grandes ojos azules, magnéticos y completamente herméticos, y sus fuertes y elegantes manos descansaban ligeramente sobre el escritorio, y en el dedo meñique de su mano derecha lucía un sencillo anillo de oro.

Aileen le había regalado aquel anillo hacía años en una celda de la cárcel de Filadelfia, cuando se encontraba en el punto más bajo del arco ascendente que siempre trazaría su carrera desde entonces, en señal de su amor eterno y él nunca se lo había quitado. Y he aquí que ahora estaba a punto de acordar con un dandi más o menos empobrecido que se hiciera cargo de proporcionarle distracciones que la

tuvieran ocupada, de modo que él pudiera disfrutar, extasiado y en paz, con otra mujer. ¡Lo que equivalía, simple y llanamente, a una forma de degradación moral! Era plenamente consciente de ello. Pero, ¿qué otra cosa podía hacer? Lo que ahora estaba planeando debía ser así porque esa necesidad había surgido de ciertas condiciones que la vida misma, a través de él y de otras personas, había creado y moldeado, y que, en cualquier caso, ya no se podían cambiar. Era demasiado tarde. Debía resolver sus asuntos con valentía, actitud desafiante y de manera despiadada, para así intimidar a la gente con el objeto de que aceptaran sus métodos y necesidades como algo inevitable. De modo que ahora, mirando a Tollifer con serenidad y con cierta frialdad, le indicó una silla con un gesto de la mano y comenzó:

—Siéntese, por favor, señor Tollifer. Le telefoneé ayer porque quiero hacer algo que requiere de un hombre de considerable tacto y experiencia social. Se lo explicaré con más detalle un poco más adelante. Debo decirle que no lo llamé hasta que hice ciertas averiguaciones sobre su historia personal y sus asuntos, sin intención de causarle mal alguno, se lo aseguro. Muy al contrario, de hecho. Puede que yo le sea de ayuda, si usted también lo es para mí. —Y aquí le dedicó una radiante sonrisa a la que Tollifer respondió con cordialidad, pero también con reservas.

—Espero que no averiguara tantas cosas en mi contra como para que esta conversación resulte inútil —dijo él con tristeza—. No he llevado una vida precisamente convencional, debo admitir. Me temo que no estoy hecho para eso.

—Lo más probable es que no —dijo Cowperwood con amabilidad y como si quisiera consolarlo—. Pero antes de que hablemos de esto, quiero que sea franco conmigo y me lo cuente todo sobre usted. El asunto que tengo en mente requiere que lo sepa todo sobre su vida.

Miró fijamente a Tollifer animándolo a comenzar, y este, a su vez, al darse cuenta, le contó de manera abreviada, pero con honestidad, la historia de su vida, comenzando con su infancia, después de lo cual, Cowperwood, bastante entretenido con aquello, decidió que aquel tipo era mejor de lo que había esperado, menos calculador; era franco, caprichoso y amante de los placeres, pero no era taimado ni egoísta. Y, por lo tanto, decidió que podría hablarle con más claridad y darle más detalles de lo que en un primer momento había tenido intención de hacer.

—¿El estado de sus finanzas lo tiene contra las cuerdas, entonces?

—Sí, así es más o menos —le respondió Tollifer con una sonrisa amarga—. Creo que nunca he andado muy lejos de las cuerdas, la verdad.

—Bueno, según tengo entendido, así hay multitud de gente. Pero, dígame, ¿no está intentado en estos momentos recobrar la compostura y volver a recuperar el contacto con la gente a cuyo grupo pertenecía usted antes?

Percibió cómo una inequívoca nube de desagrado ensombreció por un instante el rostro de Tollifer cuando le contestó:

—Bueno, sí. —Y de nuevo asomó aquella sonrisa irónica, casi de desesperanza, pero también enigmática.

—¿Y cómo le va en esa lucha?

—En la posición que tengo ahora, no demasiado bien. Mi experiencia ha tenido lugar en un mundo que requiere de mucho más dinero del que yo tengo. Tenía esperanzas de vincularme con algún banco o agencia de corredores que gocen de influencia entre el tipo de gente que conozco aquí en Nueva York, porque entonces quizá lograra ganar algún dinero, al igual que el banco, y además volver a entrar en contacto con personas que pudieran servirme de ayuda...

—Ya veo —dijo Cowperwood—. Pero el hecho de que haya permitido que sus conexiones sociales se hayan ido perdiendo lo hace, en mi opinión, algo difícil. ¿De verdad cree que con ese tipo de trabajo del que me habla puede llegar a recuperar lo que pretende?

—No se lo puedo decir porque no lo sé —le contestó Tollifer—. Pero así lo espero.

El ligero y desconcertante tono de incredulidad, o al menos de duda, que percibió en las palabras que Cowperwood acababa de pronunciar había provocado que Tollifer se sintiera mucho menos esperanzado que sólo un momento antes. En cualquier caso, continuó con valentía:

—No soy tan mayor, y desde luego no he llevado una vida mucho más disipada que un montón de tipos que han salido y después han vuelto a entrar. Mi único problema es que no tengo suficiente dinero. Si alguna vez lo hubiera tenido, nunca me habría quedado fuera. Todo ha sido por falta de dinero y nada más. Pero no creo que esté acabado, de ninguna manera, ni siquiera ahora. No he dejado de intentarlo y siempre pienso que mañana será otro día.

—Me gusta esa actitud —comentó Cowperwood— y espero que tenga razón. En cualquier caso, no debería ser difícil conseguirle un puesto en una agencia de corredores.

Tollifer se rebulló, ansioso y esperanzado.

—Eso mismo me gustaría pensar a mí —dijo con seriedad y casi con tristeza—. Sin duda sería el comienzo de algo mejor para mí.

Cowperwood sonrió.

—Bueno, entonces —continuó—, creo que lo podremos arreglar sin problemas. Pero sólo con una condición, y es que se abstenga de enredarse en ningún tipo de lío por el momento. Lo digo porque hay un asunto relacionado con la sociedad en el que tengo interés y que quizá decida que usted gestione para mí. No comprometería la libertad de la que usted goza como hombre soltero en estos momentos, pero podría conllevar que, al menos durante un tiempo, prestase una atención especial a una sola persona, haciendo el mismo tipo de cosas de las que me habló hace un rato: prestar atención a una dama encantadora algo mayor que usted.

Cuando Cowperwood dijo esto, Tollifer pensó que quizá hubiera una anciana rica conocida de Cowperwood para la que tuviera reservados planes financieros y que él habría de convertirse en el instrumento para lograrlo.

—Por supuesto —dijo—, si es algo que considere que puedo hacer por usted, señor Cowperwood.

En este momento, Cowperwood se dejó caer cómodamente en el respaldo de la silla y, juntando los dedos de ambas manos, observó a Tollifer con una mirada fría y calculadora.

—La mujer a la que me refiero es mi esposa, señor Tollifer —le anunció de manera brusca y descarada—. Desde hace años, la señora Cowperwood y yo, no diré que nuestras relaciones hayan sido malas, porque eso no es cierto, pero sí hemos estado más o menos separados.

Llegado este punto, Tollifer asintió como si lo comprendiera todo, pero Cowperwood continuó precipitadamente:

—No quiero decir que siempre lo estemos. Ni que desee obtener pruebas legales de ningún tipo en su contra. Porque no es así. Tiene total libertad para vivir su vida como desee, aunque siempre dentro de unos límites, por supuesto. No estoy dispuesto a tolerar ningún tipo de escándalo público, como tampoco permitiría que nadie intrigara para involucrarla en ningún escándalo de ninguna clase.

—Lo comprendo —dijo Tollifer, quien, a estas alturas, empezaba a presentir que habría ciertos límites que necesitaba entender a la perfección y respetar cuidadosamente si pretendía beneficiarse de la oportunidad que suponía aquella propuesta.

—No del todo, aún no, me parece —le replicó Cowperwood con cierta frialdad—, pero se lo voy a dejar todo perfectamente claro. La señora Cowperwood era una muchacha muy bella, una de las mujeres más bellas que he visto en mi vida. Sigue siendo muy atractiva, aunque haya entrado ya en la mediana edad. Y podría parecer incluso más atractiva si no se sintiera tan abatida y no tuviera tendencia a la melancolía. Todo ello se debe a nuestra ruptura, por la cual acepto toda la responsabilidad y no la culpo a ella de nada. Lo entiende perfectamente, espero...

—Sí —dijo Tollifer, mostrando interés y una actitud respetuosa.

—La señora Cowperwood se ha permitido coger un rumbo, tanto física como socialmente, para el que quizá ella encuentre alguna justificación en su mente, pero que en realidad no tiene ninguna. Quiero decir con esto que ella aún es demasiado joven y le quedan demasiadas cosas por vivir, independientemente de lo que pueda pensar.

—Aunque puedo entender cómo se siente —volvió a interrumpirlo Tollifer con una sombra de desafío filosófico que a Cowperwood le gustó. Daba a entender que era capaz de comprender y de sentir conmiseración.

—Es muy probable —dijo Cowperwood con sequedad y de un modo algo cortante—. La tarea que le estoy ofreciendo, y para la que, por supuesto, le proporcionaré los medios, es la de que usted intervenga de alguna manera, aparentemente sin mi conocimiento y, por supuesto, sin que ella sepa nada de la conversación que usted y yo estamos manteniendo, para hacer que su vida sea más

interesante y más animada de lo que es ahora. Pasa demasiado tiempo sola. Ve a pocas personas y, además, no son el tipo de gente adecuada. Mi propósito al convocarlo aquí es ver si, proporcionándole el dinero necesario, por supuesto, y sin que se incurra en conductas que pudieran en modo alguno ser cuestionables, no podría usted encontrar la manera de ampliar el abanico de sus aficiones, y hacer que se rodee del tipo de personas que son más acordes con sus medios y su mentalidad. Debo decirle que no pretendo entrar en contacto con la sociedad, ni en el caso de ella ni en el mío. Pero hay ambientes intermedios con los que creo que quizá ella podría entrar en contacto, y para su beneficio, al igual que, en cierto modo, para el mío también. Si comprende lo que quiero decirle, quizá podría hacer alguna sugerencia.

Entonces Tollifer procedió a esbozar con la mayor exactitud de la que fue capaz las distintas posibilidades que había para la vida de Aileen, según lo que Cowperwood le había indicado, y este último lo escuchó y pareció complacido al ver lo adecuadamente que Tollifer había entendido la situación.

—Hay una cosa más, señor Tollifer —continuó—. Quiero que comprenda que los servicios que prestará a la agencia de corredores que yo seleccionaré estarán dirigidos por mí personalmente. Espero que ambos tengamos claro este extremo. —Y se levantó de la silla, dando a entender que la entrevista había terminado.

—Sí, señor Cowperwood —dijo Tollifer, levantándose sonriente.

—De acuerdo. Y ahora puede que no me sea posible verle de nuevo pronto, pero no dejaré de recibir instrucciones. Me encargaré de que se le abra una cuenta de anticipos. Y creo que eso es todo. ¡Buenos días!

Este saludo, acompañado por la vuelta de Cowperwood a su actitud digna y distante, fue suficiente una vez más para impresionar a Tollifer, haciéndole ver de manera acusada la gran distancia que aún había entre él y aquel hombre.



## CAPÍTULO XIV

Esta sorprendente entrevista tuvo sobre Tollifer un efecto de lo más estimulante. Al salir de la oficina de Cowperwood, enfiló la Quinta Avenida con la intención de observar la bella mansión de los Cowperwood. Tras examinar las impresionantes líneas y decoración propias de un palacio italiano, se dio la vuelta y, con cierto espíritu aventurero, hizo una señal con la mano para parar un coche de caballos que lo llevara a Delmonico's<sup>[1]</sup>, en la esquina de la Quinta Avenida con Twenty-seventh Street. Esta zona estaba muy animada a la hora del almuerzo porque todos los pretenciosos y ambiciosos del mundillo social de Nueva York, así como las estrellas del mundo del teatro, del arte y del derecho, venían hasta aquí para ver y ser vistos. Antes de abandonar el restaurante, había hablado con al menos seis de los patronos más conocidos, y gracias a su actitud suntuosa e imperiosa, había causado una gran impresión en otros muchos.

Entretanto, Cowperwood había dado instrucciones a la Central Trust Company, de la que era director y accionista, para que notificara a un tal Bruce Tollifer, residente en el Alcove de Fifty-third Street próxima a Park Avenue, que estaban dispuestos a tener en cuenta sus servicios en relación con el departamento de cuentas especiales, y que si se presentaba enseguida, recibiría instrucciones. La ejecución de este acuerdo tuvo lugar el mismo día y le entregaron un adelanto de un mes de sueldo a razón de doscientos dólares a la semana, de modo que Tollifer estaba tan entusiasmado que sentía que flotaba. Se encargó rápidamente de hacer averiguaciones, de la manera más despreocupada posible, referentes a la vida de los Cowperwood en Nueva York, no sólo entre los periodistas, sino también entre los sabelotodo de los bares y restaurantes bohemios de la ciudad: el Gilsey House, el Martinique, el Marlborough y el Metropolitan<sup>[2]</sup>, que estaba entre Broadway y Forty-second Street, que era la meca de los deportistas y los disolutos de la época.

Al descubrir que Aileen se había dejado ver acompañada de algún que otro actor y en determinados restaurantes, en las carreras y en otros acontecimientos públicos con diversos famosos, decidió conseguir que lo incluyeran en aquellas reuniones en las que era seguro que ella podría estar. Aunque, por supuesto, la mejor manera de acercarse sería que alguien los presentara formalmente.

Y ahora que Cowperwood había resuelto el tema de encontrarle un acompañante a Aileen, estaba libre para dedicar su atención a intentar organizar la venta de al menos una parte de los valores que tenía en Chicago. Al mismo tiempo, estaba pendiente del avance de las negociaciones que estaba haciendo Cole con los representantes de la línea de Charing Cross. Su objetivo principal en aquel momento era reducirlos a tal

estado que cuando llegara al fin a verlos, estuvieran dispuestos a presentar una oferta razonable.

Así que, cuando llegó Jarkins con la información de que Greaves y Henshaw se mostraban de nuevo ansiosos por conseguir una entrevista con él, simuló no sentir mayor interés. Si de verdad tenían una oferta ventajosa que presentar y no estaban simplemente regateando como la vez anterior, y si podían presentarse en el plazo de diez días...

Tras esto, Jarkins envió un cable inmediatamente a su socio de Londres, Kloorfain, haciendo hincapié en la necesidad de que se hiciera algo pronto. Al cabo de veinticuatro horas, los señores Greaves y Henshaw estaban a bordo de un barco con rumbo a Nueva York. Y durante los días siguientes a su llegada, estuvieron encerrados con Jarkins y Randolph repasando los datos que iban a presentarle a Cowperwood. Tras concertar la entrevista, e ignorantes del hecho de que el propio Cowperwood era el instigador de aquella reunión, fueron finalmente conducidos a su presencia por Jarkins y Randolph, igualmente ignorantes de cuál era su papel en aquel asunto.

Bien es verdad, como Cowperwood sabía, que Greaves y Henshaw eran hombres de gran peso en el mundo de las contratas y la ingeniería en Inglaterra. También, además de su contrato con la Traffic Electrical Company para construir los túneles y las estaciones del nuevo metro, hacía poco que habían pagado otras treinta mil libras para tener la posibilidad de optar a hacerse con la totalidad de la franquicia.

Pero estaba claro que la Traffic Electrical Company no tenía dinero. Formada por Rider, lord Stane, Johnson y algunos de sus amigos, contaba con la ventaja de disponer de unos enormes conocimientos legales y financieros, pero ninguno de aquellos hombres tenía la más remota idea de cómo financiar ni gestionar con éxito una línea de aquellas características, y tampoco estaban en condiciones de financiarla ellos mismos. Stane ya había hecho una gran inversión en dos de las líneas del circuito central: la District y la Metropolitan, pero no había ganado ningún dinero. De ahí su deseo de desinvertir en la línea de Charing Cross y su ofrecimiento a Greaves y Henshaw, previo pago de treinta mil libras adicionales a las diez mil que ya habían pagado con anterioridad, para asegurarse el derecho a construirla. En realidad, como ahora tenía en mente el proyecto de un circuito más extenso, Cowperwood estaba interesado porque, en su opinión, podría explotarse por separado, o lo que era aún mejor, si lograba hacerse con el control de la District y la Metropolitan, podría combinarse con estas últimas formando una prolongación, lo que le supondría una oportunidad magnífica de entrar de lleno en el negocio.

No obstante, cuando Greaves y Henshaw, animados e impulsados por Jarkins y Randolph, entraron en su oficina, su actitud no era irresistiblemente cordial. Greaves era un hombre de gran estatura y notable envergadura, de aspecto saludable y con una sólida convicción propia de la clase media de su valía personal. Henshaw, aunque también alto, era delgado y pálido y tenía aires de caballero. Permitiéndoles extender

ante él sus mapas y papeles, y escuchando de nuevo toda la historia como si no la conociera ya, Cowperwood sólo hizo unas cuantas preguntas.

—Una cosa, caballeros —anunció—, suponiendo que por casualidad yo estuviera interesado en esta idea hasta el punto de estudiarla con más detenimiento, ¿de cuánto tiempo dispondría para hacer mi propia investigación? Por supuesto, supongo que lo que realmente quieren hacer es vender el control total de este proyecto, junto con su contrato para construir la línea, ¿tengo razón?

Al oír esto, tanto Greaves como Henshaw se pusieron visiblemente tensos, porque no era aquello lo que deseaban hacer. Lo que en realidad querían, como ahora le explicaron, era vender por treinta mil libras una participación del cincuenta por ciento. El otro cincuenta por ciento seguiría quedando en sus manos, junto con el contrato para la construcción. Por esta participación, sin embargo, como afirmaron haciendo gala de gran ingenuidad, estaban dispuestos a utilizar su influencia para ayudar a poner en venta los ocho millones de dólares en acciones de cien dólares que la Traffic Electrical Company ya había puesto en circulación pero había sido incapaz de vender, para lo cual cederían una parte de su cincuenta por ciento. Pero, como añadieron a continuación, un hombre como Cowperwood podría ayudar a financiar y gestionar la línea de modo que esta dejara beneficios —un comentario que hizo que Cowperwood sonriera, porque lo realmente importante no era la construcción ni la gestión de la línea; en realidad, su sueño era hacerse con el control total del sistema de metro.

—Por lo que hemos hablado hasta ahora deduzco que ustedes esperan conseguir unos beneficios razonables de la construcción de la línea para la casa matriz, de no menos de un diez por ciento, me parece —dijo Cowperwood.

—Bueno, sí, esperamos obtener los beneficios habituales de los contratistas, pero no más —le respondió Greaves.

—Puede que eso sea cierto —dijo Cowperwood con cortesía—, pero, si los he entendido bien, ustedes dos, caballeros, esperan ganar al menos quinientos mil dólares con la construcción de esta línea, aparte de los rendimientos que obtendrán como socios de la compañía para la que están haciendo el trabajo.

—Pero para nuestro cincuenta por ciento esperamos aportar capital inglés —explicó Henshaw.

—¿Cuánto capital inglés? —preguntó Cowperwood con cautela, porque estaba pensando que si él podía asegurarse el cincuenta y uno por ciento de la línea, quizá mereciera la pena valorarlo.

Pero en ese aspecto, como ahora descubrió, fueron bastante imprecisos. Si él entraba en el negocio y se hacía cargo de los fondos consolidados, confiriendo así a la construcción una apariencia de seguridad, quizá podrían vender al público hasta un veinticinco por ciento del coste total.

—¿Pero garantizarían ustedes que eso se podría hacer? —preguntó Cowperwood, interesado por la idea—. Es decir, ¿harían que su parte de la compañía dependiera de

que consiguieran obtener determinada cantidad de dinero antes de recibirla?

Bueno, no, no podrían hacer eso exactamente, pero si fracasaban, podrían estar dispuestos a coger menos del cincuenta por ciento, digamos un treinta o un treinta y cinco, siempre que se les permitiera mantener el contrato para la construcción.

Cowperwood volvió a sonreír entonces.

—Lo que me parece interesante, caballeros —continuó diciendo—, es que ustedes, que aparentemente conocen el tema de la ingeniería a la perfección, asumieran que el asunto de la financiación fuese menos difícil. Porque desde luego que no lo es. Igual que ustedes han tenido que estudiar durante años y, después, gracias a la práctica de su oficio, llegar a la posición en la que su reputación les permite obtener contratos del tipo de los que me consta que están acostumbrados a realizar, así, yo, el financiero, he tenido que hacer exactamente lo mismo. Y, por supuesto, no pueden esperar que ningún hombre, por muy rico que sea, dé un paso adelante y consienta en construir y gestionar una línea de estas dimensiones sacando el dinero de su propio bolsillo. No podría hacerlo. El riesgo sería demasiado elevado. Tendría que hacer lo que ustedes tienen intención de llevar a cabo: buscar a otra gente para que invierta. Y no reuniría el dinero para ninguna empresa sin que hubiera, primero, unos beneficios para él, y segundo, un beneficio para aquellos cuyo dinero estuviera utilizando. Y para hacer algo así, se debe tener mucho más que el cincuenta por ciento de participación en cualquier cosa que emprenda.

Greaves y Henshaw se quedaron en silencio y él continuó hablando.

—Ahora ustedes no sólo me están pidiendo que reúna el dinero, o al menos la mayor parte, al tiempo que les facilito conseguir el resto, pero para pagarles por la construcción de la línea y después, gestionarla conjuntamente con ustedes. Si esto es lo que de verdad tienen en mente, no es necesario, desde luego, que continuemos hablando, porque no me interesa. Lo que quizá estuviera dispuesto a hacer sería quedarme con su opción de treinta mil libras, siempre y cuando me diese el control absoluto de la línea, y dejarles a ustedes probablemente las diez mil libras que han dejado como depósito y el contrato de construcción, pero nada más que eso. Porque además de esto, como ya sé, hay sesenta mil libras de fondos consolidados a un interés del cuatro por ciento de las que también hay que hacerse cargo.

A estas alturas, Jarkins y Randolph empezaban a pensar que de alguna manera habían manejado mal todo aquel asunto. Y al mismo tiempo, Greaves y Henshaw, con la sensación de haberse extralimitado en una situación de la que podrían haberse beneficiado, se miraron con expresión de duda.

—Muy bien —dijo finalmente Greaves—. Nadie mejor que usted para juzgarlo, señor Cowperwood. Pero queremos que entienda bien que no hay una propuesta más fiable en todo el mundo. Londres es el lugar ideal para construir líneas subterráneas. No hay un sistema único y las líneas como esta son absolutamente necesarias, y llegarán. Encontraremos dinero para construirlas.

—Posiblemente —dijo Cowperwood—, pero, por lo que a mí respecta, si después

de estudiar la situación todavía son incapaces de llevar a cabo su plan y están dispuestos a aceptar el mío, pueden comunicármelo por escrito y entonces lo valoraré. Sin embargo, si decido involucrarme, tendría que ser con la opción de cerrar el acuerdo según mis propios términos. Eso, por supuesto, no significaría que yo fuese a crearles molestias con el asunto de su contrato de construcción, que permanecería, supongo, siempre que su plan detallado fuese satisfactorio.

Tamborileó con los dedos sobre el escritorio como dando a entender que la entrevista había concluido, y luego se detuvo para añadir que puesto que no tenía por delante ninguna propuesta que valorar, consideraría un favor que no se diera publicidad de ningún tipo a lo que allí se había hablado. Después le hizo señas a Jarkins para que se quedara, y en el momento en el que los otros se hubieron marchado, se volvió hacia él y le dijo:

—El problema con usted, Jarkins, es que nunca aprovecha ni una oportunidad, ni siquiera cuando la tiene en la mano. ¡Mire lo que ha pasado aquí hoy! Me trae a dos hombres, quienes, según su historia y la de ellos, controlan una importante propuesta de línea en Londres, y que, si se maneja adecuadamente, podría conducir a cosas mucho más importantes para todas las partes involucradas. Y aun así, llegan hasta aquí sin tener ni idea de cómo hago yo los negocios. Y ya sabe lo que eso significa: que yo me quedo con el control total. Dudo de que ni siquiera ahora tengan un conocimiento claro de cuál es mi experiencia en este campo y de lo que podría llegar a hacer con un proyecto semejante. Pensaban que iban a poder venderme una participación de la mitad de un negocio que controlarían ellos y sus amigos. Se lo advierto, Jarkins —y lo miró fijamente con expresión furiosa y con tal contundencia que al señor Jarkins los escalofríos le recorrieron la columna vertebral—, si quiere serme de alguna utilidad en este asunto, le aconsejaría que no se molestara con esta propuesta concreta, sino en investigar la situación de la totalidad del sistema de metro de Londres para ver qué se puede hacer al respecto. Y lo que es más, quiero que se reserve para usted sus opiniones particulares sobre mí y mis asuntos. Si hubiera ido a Londres antes de traerme a estos hombres y se hubiera asegurado de todo lo que había que saber sobre ellos, no les habría hecho perder el tiempo a ellos ni a mí tampoco.

—Sí, señor —dijo Jarkins, que a sus cuarenta años, estaba gordo y era un auténtico modelo de excelencia a la hora de vestir, pero que ahora, debido al nerviosismo, estaba empapado de sudor. Era un hombre fofo y ceroso, con unos ojos negros y codiciosos, bajo los que sobresalía una naricilla respingona, y aún más abajo, una boca blanda e hinchada. Se pasaba la vida soñando con un algún golpe financiero que lo convirtiera en multimillonario y en una figura conocida en los estrenos de teatro, en los partidos de polo, en las exhibiciones caninas y en otros acontecimientos sociales. Y tenía tantos amigos en Londres como en Nueva York.

Por ese motivo, Cowperwood pensaba que quizá le fuese de utilidad, aunque, en aquel momento, no estaba dispuesto a hacerle más que vagas insinuaciones, sabiendo

que, con total probabilidad, le haría lanzarse corriendo tras Greaves y Henshaw para arreglar las cosas con ellos, y quién sabe, quizá los siguiera incluso hasta Londres, donde... bueno, ¿quién mejor que Jarkins para hacer de su agente de prensa?

## CAPÍTULO XV

Y justamente, no muchos días después de que Greaves y Henshaw se marcharan rumbo a Londres, Jarkins zarpó también, todo tembloroso ante la perspectiva de convertirse en parte de una enorme aventura que podría conducirle hasta sus añorados millones.

Y aunque los primeros pasos dados en relación a Greaves y Henshaw y su línea de Charing Cross no habían resultado en ninguna decisión tan firme como Cowperwood había esperado, eso no supuso cambio alguno en su determinación de seguir adelante. Porque tenía la información que le había proporcionado Sippens, y por eso mismo, estaba decidido a hacerse con el control de alguna línea subterránea, aunque no fuese la de Charing Cross. Y por ese motivo, no sólo hubo reuniones para recabar información y asesoramiento, sino también una serie de cenas que tuvieron lugar en su casa y a raíz de las cuales Aileen tuvo la impresión de que su esposo tenía aún cierto interés, por pequeño que fuera, en su antigua vida; aquella que había convertido sus primeros tiempos en Chicago con él en los recuerdos más felices y alegres de su existencia. Empezaba a preguntarse si, por algún inesperado giro del destino, su fracaso en Chicago no lo habría hecho enfrentarse a la realidad de modo que se hubiera decidido a aceptar, aunque fuese sin entusiasmo, la antigua relación que mantenían de cara al exterior, y que, aunque poco significara para él, a ella le seguía resultando muy reconfortante.

Pero la verdad era que Cowperwood se sentía cada vez más intrigado por la personalidad de Berenice. Tenía cierto aire caprichoso, juguetón e ingenioso, que, junto con su carácter práctico, y también poético y lírico, lo entusiasmaban. De hecho, nunca se cansaba de estudiarla, y en un espacio de tiempo relativamente corto desde su llegada a Chicago, había llegado a experimentar y a saborear con entusiasmo una especie de calentura mental por ella.

Una de las actuaciones caprichosas de Berenice, que además había afectado profundamente a Cowperwood, había ocurrido hacía poco en Chicago. A última hora de la tarde, habían salido en el coche para ir a cenar a la posada en la que ya habían cenado un par de días atrás. Pero antes de entrar, ella lo había conducido hasta un bosque cercano, donde, en un sendero cubierto de nieve y rodeado de arbustos de roble y pino, se erigía un muñeco de nieve hecho a su semejanza, en parte caricaturesco, pero que también tenía un llamativo parecido. Había salido sola aquella misma mañana para hacerlo. Para los ojos había utilizado dos piedras brillantes de un color azul grisáceo, y para la boca y la nariz, pequeñas piñas de distintos tamaños. Había traído incluso uno de sus sombreros y se lo había colocado al muñeco en la cabeza con mucho estilo, lo que a su vez servía para aumentar el parecido. De

repente, al verse ante esta figura al atardecer rodeado por el susurro del viento invernal al pasar entre los árboles atravesados por los últimos rayos de un sol rojo encendido, Cowperwood se sobresaltó.

—¡Pero, Bevy! ¡Qué cosas se te ocurre hacer! ¿Cuándo hiciste esto, duendecillo? —Y se rio tocando el muñeco porque ella le había colocado un ojo un poco torcido, y la nariz era un poco exagerada.

—Lo hice esta mañana. ¡Vine sola hasta aquí para hacer mi precioso muñeco de nieve!

—¡La verdad es que sí que se parece a mí! —dijo, sorprendido—. ¿Cuánto tardaste en hacerlo, Bevy?

—Puede que una hora. —Y dio un paso atrás para mirarlo con aire apreciativo. Luego, le quitó a él el bastón y lo colocó contra uno de los bolsillos del muñeco de nieve, que ella había marcado con piedrecitas—. ¡Ves, ahora ya es exactamente igual que tú! ¡Sólo con nieve, piñas y botones! —Y se empinó para besarlo en la boca.

—¡Bevy! ¡Ven aquí si vas a hacer eso! —Y la cogió entre sus brazos, sintiendo que allí había algo que le resultaba inquietante, mágico—. Berenice, querida, te juro que me desconciertas. ¿Tengo una muchacha de carne y hueso o un hada, una hechicera?

—¿No lo sabías? —Y se giró apuntándolo con los dedos extendidos—. Soy una hechicera y puedo convertirte en nieve y hielo. —Y se acercó a él con aire misterioso.

—¡Berenice, por Dios! ¡Qué tontería es esta! A veces pienso que tú eres la que está embrujada. A mí puedes hechizarme todo lo que quieras, pero no me dejes. —Y la besó y la apretó con fuerza entre sus brazos.

Pero ella se apartó y volvió a girarse para mirar el muñeco de nieve.

—¡Ahí lo tienes! —exclamó—. Lo has estropeado todo. Después de todo no es real, cariño, con lo natural que yo lo había hecho parecer. ¡Era tan grande y tan frío, y me necesitaba tanto aquí! Y ahora tendré que destruir a mi pobre muñeco para que nadie más que yo pueda llegar a conocerlo de verdad. —Y de repente, empezó a romper el muñeco de nieve con el bastón de Cowperwood—. ¿Ves? ¡Yo te creé y ahora soy yo quien te destruye! —Y, mientras hablaba, hacía polvo la nieve con sus dedos enguantados, al tiempo que Cowperwood la observaba perplejo.

—Vamos, vamos, Bevy, querida. ¿Qué estás diciendo? Puedes crearme y destruirme, las dos cosas, pero no me dejes. Tú me conduces a extraños lugares, me llevas a sentir cosas nuevas y extrañas, a un mundo de fantasía que es sólo tuyo, adonde soy feliz de seguirte. ¿Me crees?

—Por supuesto, querido, por supuesto —le contestó ella ahora en un tono tan diferente y animado como si aquella escena jamás hubiera tenido lugar—. Así tiene que ser. Así debe ser. —Y ella deslizó el brazo bajo el de él. Era como si acabara de salir de un trance o de alguna ilusión, sobre la que a él le habría gustado preguntarle, pero sintió que no debía hacerlo. Aun así, en aquel momento más que nunca antes, había algo en ella que lo entusiasmaba, al darse cuenta de que ahora podía acercarse,



verla y tocarla sin impedimento ni obstáculo, y que ahora, como nunca antes, se le permitía caminar, hablar y estar con ella. Era la esencia de todo su deleite terrenal. Jamás desearía separarse de ella, porque verdaderamente nunca antes se había encontrado con ninguna mujer tan diferente, tan distinta, tan razonable y tan práctica, que al mismo tiempo fuese tan irreal y tan enigmática como ella. ¡Histriónica, sí! ¡Pero también era la mujer más ingeniosa y estimulante de todas las que había conocido!

Y en el aspecto puramente sensual, había algo en ella que, desde el principio, no sólo lo había sorprendido, sino que además lo había seducido. Jamás se permitía a sí misma dejarse embelesar por completo ni subyugar por el hombre. Ella no era un simple instrumento de carne para satisfacer la lujuria de Cowperwood ni la de ningún otro. Al contrario, y siempre, por muy amorosa o enfebrecida que pudiera estar, seguía siendo consciente de sus encantos: del torbellino de su desordenado pelo dorado rojizo junto a su rostro, del magnetismo y la insinuación que había en sus incitantes e irresistibles ojos azules, de la dulzura de su boca, con su encantadora y enigmática sonrisa.

Sin duda, como pensaba él tras experimentar los momentos de éxtasis más conmovedores con ella, completamente conquistado, no se trataba nunca simplemente de una lujuria vulgar y salvaje, sino que era plenamente consciente de su propia belleza y del valor que tenía, y realzaba su poder de seducción mediante el arte de la sugerencia, provocando así un efecto que era diferente a todo lo que él había conocido hasta entonces. Porque no era Berenice, sino él, quien estaba completamente subyugado mental y sensualmente; aplastado por el exótico concepto que ella tenía de lo que aquella relación implicaba.

## CAPÍTULO XVI

Consciente de que quizá fuera necesario colaborar con Tollifer, aunque fuese de manera mínima, con el objetivo de lograr resultados en lo referente a Aileen, Cowperwood decidió que debía informar a su esposa de su intención de viajar a Londres al cabo de unas semanas y de que si así lo deseaba, podría acompañarlo. A tal efecto, se lo notificaría también a Tollifer, dejándole claro que lo que se esperaba de él era que la entretuviera para que ella no se torturara pensando en la poca atención que le prestaba su marido, como ya había ocurrido en el pasado. En aquel momento, disfrutaba de un excelente humor. Tras un largo periodo de trágica escisión entre ellos, sentía que al fin estaba a punto de arreglar las cosas de modo que se aliviaran los sufrimientos de ella y que eso conllevara al menos una apariencia de paz.

Al verlo —sonrosado, seguro de sí mismo, simpático, con una gardenia en la solapa, sombrero y guantes grises, y balanceando su bastón—, Aileen se vio obligada a contenerse para no sonreír con más amabilidad de la que sentía que él merecía. Empezó a hablar de sus asuntos al instante. ¿Había visto en los periódicos que uno de sus más enconados enemigos de Chicago había muerto hacía poco? ¡Bueno, una preocupación menos! ¿Qué iban a cenar? Le gustaría que Adrian preparara lenguado Marguéry<sup>[1]</sup>, si no era demasiado tarde. Por cierto, había estado muy ocupado; había ido a Boston y a Baltimore, y pronto debería ir también a Chicago. Pero este asunto de Londres... lo había estado investigando, y probablemente fuese allí muy pronto. ¿Qué le parecía la idea de acompañarlo? Claro que él estaría muy ocupado mientras estuviera allí, pero ella podría viajar hasta París, o Biarritz, y él podría reunirse con ella los fines de semana.

Tras esto, Aileen, completamente sorprendida por semejante avance, se echó hacia delante en la silla con los ojos iluminados por la alegría. Después se contuvo, y recordando cuál era la verdadera relación que tenía con este marido suyo, volvió a dejarse caer sobre el respaldo. Él había utilizado tantos subterfugios que era difícil estar segura de nada. Aun así, decidió que lo mejor sería dar por sentado que esta invitación implicaba un auténtico deseo por parte de él de disfrutar de su compañía.

—¡Estupendo! ¿De verdad quieres que vaya? —le preguntó.

—¿Si de verdad no quisiera, te lo preguntaría, querida? Por supuesto que quiero. Es un paso importante para mí. Puede que sea un éxito, o igual no. En cualquier caso —y aquí volvió a mentir con su habitual utilitarismo afable, una auténtica puñalada a los órganos vitales del amor—, tú estabas conmigo cuando comencé mis otras dos aventuras y creo que también deberías venir para esta, ¿no te parece?

—Sí, Frank, me gustaría formar parte de esta también, si así lo consideras. Sería

maravilloso. Estaré lista para el día que decidas. ¿Cuándo zarpamos? ¿En qué barco?

—Le encargaré a Jamieson que lo averigüe y te lo comunique —dijo refiriéndose a su secretario personal.

Ella anduvo hasta la puerta y tocó la campanilla para llamar a Carr, a quien quería dar las órdenes para la cena. De repente sentía que todo su ser se llenaba de vida; parecía que hubiera recuperado parte de su antigua energía, con la que había formado parte del poder y demostrado su eficacia. También ordenó a Carr que sacara el equipaje y que le informara del estado en el que se encontraba.

Y luego, Cowperwood, expresando su preocupación por la salud de los pájaros tropicales que había importado para el invernadero, sugirió que fuesen a echarles un vistazo. Aileen, que estaba ahora de lo más alegre, caminó con paso enérgico junto a él, observándolo mientras él estudiaba los dos espabilados turpiales del Orinoco<sup>[2]</sup> e intentaba, con su silbido, inducir al macho a que soltara su diáfano canto. De repente, se volvió hacia Aileen y le dijo:

—Como tú sabes, Aileen, siempre he tenido la intención de convertir esta casa en un magnífico museo. Sigo comprando cosas y, con el tiempo, deberían formar parte de una de las mejores colecciones particulares. Y últimamente he estado pensando mucho en cómo disponerlo todo de modo que cuando muera, como ocurrirá tarde o temprano, se mantenga no tanto como un monumento a mi memoria, sino para el placer de las personas a las que les gustan este tipo de cosas. Voy a redactar un nuevo testamento, y esa es una de las cosas que quiero reconsiderar.

Esto sorprendió en cierta medida a Aileen. ¿Qué podría significar?

—Pronto tendré sesenta años —continuó tranquilamente—, y aunque no tengo previsto morirme todavía, sí pienso, sin duda, que debería dejarlo todo claro. Tengo intención de nombrar como tres de mis cinco albaceas al señor Dolan de Filadelfia, y al señor Cole, así como a la Central Trust Company de aquí. Tanto Dolan como Cole son hombres que conocen bien los aspectos financieros y ejecutivos de las cosas, y estoy seguro de que se encargarían de que se cumplieran mis deseos. Pero, como tengo intención de dejarte el uso y disfrute de esta casa de por vida, he estado pensando nombrarte junto con Dolan y Cole, de modo que puedas ser tú misma quien abra la casa al público o bien, que te encargues de los preparativos para que eso se haga. Quiero que la casa esté preciosa y que lo siga estando después de mi muerte.

Aileen se sentía ahora aún más entusiasmada. No lograba imaginar qué habría podido provocar que su marido la tuviera en cuenta para asuntos suyos tan importantes, pero se sintió agradecida y halagada. Debía de ser que él estaba empezando a ver la vida con más serenidad.

—Frank —dijo ella intentando no dejarse llevar por la emoción—, ya sabes lo que he sentido siempre por todo lo que tenga que ver contigo. Jamás he tenido otra vida, ni quiero tenerla nunca, que no fuera contigo, a pesar de que tú ya no parezcas sentir lo mismo. Pero en lo que a esta casa se refiere, si me la dejas a mí y me conviertes en una de tus albaceas, puedes estar tranquilo porque aquí jamás cambiaré

nada. Nunca he pretendido tener ni el gusto ni los conocimientos que tú tienes, pero sabes que tus deseos siempre serán algo sagrado para mí.

Mientras ella hablaba, Cowperwood le estaba clavando el dedo a un guacamayo verde y naranja, cuya voz estridente, en armonía con sus atrevidos colores, parecía burlarse de la solemnidad de su estado de ánimo. Pero se sintió conmovido por las palabras de Aileen, de modo que estiró la mano y le dio unas palmaditas en el hombro.

—Lo sé, Aileen. Me gustaría que ambos pudiéramos ver la vida desde la misma perspectiva. Pero ya que no podemos, quiero llegar contigo al mejor acuerdo posible, porque sé que a pesar de lo que haya pasado y de lo que pueda pasar, tú me amas y es probable que continúes haciéndolo. Y tanto si me crees como si no, si puedo ofrecerte algo a cambio, estoy absolutamente dispuesto y deseoso de hacerlo. El tema de la casa y algunas otras cosas de las que te iré hablando pronto son parte de ello.

Sentados a la mesa un poco más tarde, le habló de su idea de dotar un hospital con amplias instalaciones destinadas a la investigación, y habló también de otros legados. En relación con ellos, le hizo saber que le resultaría absolutamente necesario volver con frecuencia a Nueva York y a su casa. Y en tales ocasiones, preferiría que ella estuviera allí. Aunque, por supuesto, ocasionalmente también habría viajes al extranjero para ella.

Al verla tan feliz y contenta, se congratuló por la manera en la que había conseguido convencerla de sus condiciones. Si lograban continuar así, todo iría bien.

## CAPÍTULO XVII

Por esta época, Jarkins estaba en Londres ocupado intentando impresionar a su socio Kloorfain con la noticia de que, en su opinión, ¡Cowperwood estaba muy interesado en la situación del metro en su totalidad! Describió la actitud y las palabras de Cowperwood, explicándole al mismo tiempo que habían cometido un error al no darse cuenta de que un hombre que poseía una riqueza inmensa sin duda no iba a molestarse con una simple línea subterránea. ¡Qué ridiculez por parte de Greaves y Henshaw haber llegado a pensar que podrían despertar su interés ofreciéndole el cincuenta por ciento de su línea! Porque no había la más mínima posibilidad de que él aceptara semejantes términos. ¡Nunca aceptaría nada que estuviera por debajo del cincuenta y uno por ciento y del control total! ¿Pensaba Kloorfain que Greaves y Henshaw lograrían por casualidad encontrar en Inglaterra el dinero necesario para su línea?

A lo que Kloorfain, un holandés orondo y untuoso, tan perspicaz para los pequeños medios prácticos como deficiente en su visión financiera y en su valentía, contestó:

—¡De ninguna manera! Ya hay demasiadas franquicias como están las cosas. Demasiadas compañías luchando entre sí por una simple línea. Y no hay disposición por parte de ninguna compañía de asociarse con otra para ofrecerle al público una ruta directa a un precio razonable. Lo he visto yo personalmente porque llevo años moviéndome por Londres. Piense nada más que hay dos líneas centrales, la Metropolitan y la District, y entre las dos controlan el circuito que rodea el corazón de la ciudad financiera y comercial de Londres... —Y continuó señalando algunos de los errores prácticos y financieros que habían cometido estas dos líneas, y las dificultades que se habían derivado de ellos. Nunca se habían mostrado dispuestas a fusionarse ni a construir líneas de alimentación, y ni siquiera a electrificar y modernizar las que ya tenían. Seguían funcionando con motores a vapor que atravesaban túneles y corrían a cielo abierto. La única compañía que había demostrado tener algo de sentido común había sido la City and South London, que iba desde Monument hasta Claphan Common. Tenía un sistema eléctrico que funcionaba con tercer riel y que marchaba con suavidad, era una línea bien iluminada y la única de toda la ciudad que contaba con un buen número de pasajeros habituales. Pero, aun así, era demasiado corta; sus pasajeros tenían que hacer transbordo y volver a pagar pasaje en el circuito de Londres. Era indudable que Londres necesitaba, bien a un hombre como Cowperwood, o bien que un grupo de financieros ingleses se reuniera para financiar y extender el sistema de metro.

En cuanto a las líneas que se proponían y que Cowperwood podría intentar

conseguir, estaba la de Baker Street y Waterloo, que un londinense llamado Abington Scarr estaba intentando promover. Hacía dieciséis meses que Scarr tenía la licencia, pero no había hecho nada. También se hablaba de ciertas prolongaciones que estaba haciendo la District, pero en ambos casos lo que faltaba era capital.

—De hecho —terminó diciendo Kloorfain—, si Cowperwood de verdad tiene interés en la de Charing Cross, no creo que tenga muchos problemas para hacerse con ella. La Traffic Electrical ya dejó de intentar financiarla hace más de dos años. Desde entonces, ha estado en manos de estos dos ingenieros, pero hasta que se propuso el nombre de Cowperwood, estoy seguro de que jamás habían tenido ofertas de ningún tipo. Además, estos hombres no son especialistas en ferrocarriles, y a menos que encuentren a alguien con tanto dinero como Cowperwood, dudo que jamás logren llevarlo a cabo.

—Bueno, entonces no merece la pena que nos preocupemos por ellos, ¿no? —comentó Jarkins.

—Creo que no —reiteró Kloorfain—. Pero sí creo que deberíamos visitar a algunas de las personas que tienen relación con las dos líneas del circuito central, la District y la Metropolitan, o a algunos de los banqueros de Threadneedle Street, para ver qué logramos averiguar. Ya conoce a Crawshaw, de Crawshaw y Vokes. Llevan intentando conseguir dinero para Greaves y Henshaw desde que se hicieron con la opción. Ni que decir tiene que han fracasado, igual que los de la Traffic Electrical fracasaron antes que ellos. Piden demasiado.

—¿La Traffic Electrical? —preguntó Jarkins—. Esa es la compañía que tenía esta línea en un principio. ¿Qué clase de gente es?

Kloorfain se lanzó al instante y de manera entusiasta a recordar toda una serie de cosas relacionadas con ellos; no todas las que Sippens había descubierto, pero aun así, suficientes como para interesar a ambos hombres. De las profundidades de la memoria de Kloorfain, surgieron ahora Stane, Rider, Bullock y Johnson, pero especialmente, Johnson y Stane, que habían estado entre los principales promotores de Charing Cross y Kampstead. Stane pertenecía a la nobleza y era un importante accionista de la District y también de la City y South London. Johnson era el abogado de Stane, así como de la District y de la Metropolitan, y a su vez, accionista de ambas líneas.

—Bien, ¿y por qué no intentamos ver a este Johnson? —preguntó Jarkins, todo oídos y prestando la máxima atención tras su desavenencia con Cowperwood—. Tiene que estar muy bien informado de todo lo que está pasando.

Kloorfain estaba de pie junto a una ventana mirando hacia la calle.

—¡Capital! —exclamó girándose para mirar a Jarkins—. ¡Esa es la idea! ¿Por qué no? Sólo... —Y ahora se interrumpió y miró a Jarkins con expresión dubitativa—. ¿Esto es ético? Según mi punto de vista, no tenemos derecho a decir que representamos a Cowperwood. Y por lo que usted dice, sólo aceptó escuchar a Greaves y a Henshaw en Nueva York porque nosotros se lo pedimos. Él no nos

nombró para que hiciéramos ningún trabajo relacionado con ellos.

—Bueno, de todos modos creo que quizá estuviera bien que sondeáramos a este Johnson —le respondió Jarkins—, y que le dijéramos que Cowperwood, o algún otro millonario norteamericano al que conocemos, está interesado en un proyecto que uniría algunas de estas líneas, y después podríamos sugerirle que, de lograr hacerse de nuevo con la de Charing Cross, quizá se le pudiera vender a él. En ese caso, en calidad de los agentes que los han puesto en contacto, deberíamos recibir una prima bastante suculenta; tendríamos derecho a ella. Y además, si se pueden comprar acciones o si hay que venderlas para ellos o para Cowperwood, quizá pudiéramos participar como agentes de compra o venta. ¿Por qué no?

—No es mala idea —dijo Kloorfain, mostrándose más entusiasta—. Voy a ver si consigo hablar con él por teléfono.

Avanzó pesadamente hasta una oficina interior y estaba a punto de hacer la llamada, cuando se detuvo para mirar a Jarkins.

—Creo que lo más simple sería solicitar una reunión para algo relacionado con un problema financiero al que nos enfrentamos y que no podemos explicar por teléfono. Pensaré que eso conllevaría unos honorarios y no lo sacaremos de su error hasta que le expliquemos de qué se trata.

—¡Bien! —dijo Jarkins—. Llamémosle entonces.

Y así, tras la cuidadosa explicación que Kloorfain le dio a Johnson por teléfono, se volvió y dijo:

—Dice que nos recibirá mañana a las once.

—¡Magnífico! —exclamó Jarkins—. Creo que ahora sí vamos bien encaminados. En cualquier caso, estamos avanzando. Y si él personalmente no está interesado, quizá conozca a alguien que sí lo esté.

—Cierto, cierto —repitió Kloorfain, cuya principal preocupación en este momento era asegurarse de que se le atribuía a él su parte del mérito en todo aquello—. Me alegro de que se me ocurriera pensar en él. Esto puede terminar siendo lo más grande que hayamos hecho nunca.

—¡Cierto, cierto! —repitió Jarkins, que estaba entusiasmado, aunque no todo lo eufórico que podría haber estado si hubiera solucionado el problema él solo. Porque Jarkins no sólo se había considerado siempre el cerebro, sino también la fuerza motriz de aquella sociedad.

## CAPÍTULO XVIII

Las oficinas de Rider, Bullock, Johnson & Chance, así como la de lord Stane, estaban en uno de los tramos más sombríos de Storey Street, junto al Colegio de Abogados. De hecho, los norteamericanos considerarían toda la zona, a excepción del Colegio de Abogados, como tremendamente inadecuada para alojar el talento legal más distinguido. Residencias remodeladas de tres o cuatro pisos de altura y antiguos espacios industriales y almacenes daban cabida ahora a oficinas, bibliotecas y salas de reunión para al menos una docena de abogados, sus estenógrafas, empleados, recaderos y otros ayudantes.

Storey Street era tan estrecha que era casi imposible que dos personas pudieran caminar por ella amigablemente cogidas del brazo. La calzada en sí permitía que dos carretillas de mano pasaran con holgura, pero en modo alguno que lo hicieran dos vehículos de mayor envergadura. Aun así, por esta calle pasaba un auténtico ejército de trabajadores, incluidos aquellos que cortaban camino cuando se dirigían al Strand<sup>[1]</sup> y a otras calles adyacentes.

La firma de Rider, Bullock, Johnson & Chance ocupaba las cuatro plantas del número treinta y tres de Storey Street, donde había un edificio de no más de diez metros de ancho, aunque tenía quince metros de profundidad. La planta baja, que originariamente había sido el salón y la sala de estar de la residencia de un juez particularmente modesto de una generación anterior, era ahora la sala de visitas y la biblioteca. Lord Stane ocupaba una pequeña oficina en la parte trasera de la primera planta; la segunda planta estaba dedicada a los tres socios más importantes de la firma: Rider, Johnson y Bullock. Y Chance, junto con los diversos ayudantes, ocupaba la tercera planta. La oficina de Elverson Johnson, que estaba al fondo del todo en la segunda planta, daba a un pequeño patio, cuyo adoquinado había formado parte de un antiguo patio romano; sin embargo, para aquellos que se veían obligados a contemplarlo un día tras otro, el exceso de familiaridad le había hecho perder su lustre histórico.

El edificio carecía de ascensor. Había un pozo de ventilación bastante grande que se extendía desde la mitad de la segunda planta hasta el tejado. Las oficinas estaban también equipadas con un sistema bastante anticuado de ventilación, que supuestamente contribuía a oxigenar el aire del interior. Además, cada habitación tenía una chimenea —en la que se quemaba carbón bituminoso durante los días invernales de niebla y lluvia—, lo que ayudaba enormemente al bienestar en las habitaciones, así como al encanto de las mismas. Los despachos de los distintos abogados eran espaciosos y contenían escritorios y sillas de buena factura, así como una repisa de mármol blanco en la chimenea, sobre la que había libros y pequeñas



esculturas. De las paredes colgaban polvorientos grabados de antiguas luminarias del derecho inglés o imágenes de paisajes británicos.

Johnson, el acreditado miembro de la firma, que era además notoriamente ambicioso en términos económicos, era básicamente una persona práctica, y generalmente, seguía el curso de acción que más ventajoso pudiera resultar para sus planes particulares. Sin embargo, en un rincón de su mente existía cierta preocupación que lo llevaba a especular sobre el valor de la religión e incluso a simpatizar con el fomento de las doctrinas inconformistas. Era dado a meditar sobre la hipocresía y el anquilosamiento espiritual del sector de la Iglesia anglicana cercano a la liturgia y los ritos católicos, y también sobre la importancia terrenal y celestial de famosos religiosos como John Knox, William Penn, George Fox y John Wesley<sup>[2]</sup>. En su complicado y curioso cosmos mental, obviamente abrigaba ideas rivales e incluso opuestas. Pensaba que debía haber una clase dirigente que debía progresar y mantenerse gracias a su ingenio, que, aunque deseable, no siempre estaba justificado. Como en Inglaterra esta clase ya se hallaba respaldada por las leyes relativas a la propiedad, las herencias y la primogenitura, era importante, correcta y cualquier cosa menos inalterable. De ahí que a los que les faltaba inteligencia y eran materialmente pobres, más les valía dedicarse a ser obedientes, a trabajar mucho y a tener fe en el padre celestial, quien, al hacer el balance final —quizá— tuviera a bien cuidar de ellos. Por contra, la enorme distancia que separaba la pobreza de aquellos que no siempre eran necios y la riqueza inmerecida, le parecía algo cruel y casi maligno. Esta opinión respaldaba sus más fervientes sentimientos religiosos, que a veces rozaban la santurronería.

Aunque procedía de ese mundo menor que habitan los que carecen de fuerza y éxito social, aspiraba a llegar a las altas esferas donde, si no él, al menos sus hijos —dos hijos y una hija— estuvieran tan seguros como aquellos a los que él tanto admiraba y criticaba. De hecho, aspiraba a obtener un título: en principio, a ser un modesto «sir», lo que, más adelante y si la suerte lo acompañaba, quizá pudiera dar lugar a una mayor consideración por parte de la Corona. Para llegar a eso, como bien sabía, no sólo debía hacerse con mucho más dinero del que ahora tenía, sino también con el favor de aquellos que gozaban de dinero y de título. En consecuencia, adaptaba sus actuaciones a las ambiciones y el bienestar de los miembros de aquella clase.

Era pequeño, pomposo, enjuto y autoritario. Su padre, un carpintero borrachín de Southwark, había mantenido a duras penas a una familia de siete miembros. El joven Johnson fue aprendiz de un panadero, para el que se encargaba del reparto del pan. Su diligencia llamó la atención de un cliente que tenía una imprenta, y gracias a él, fue contratado como aprendiz y se le animó a estudiar y a concentrarse en alguna profesión que pudiera sacarlo de la miserable y deprimente situación en la que se encontraba. Y Johnson fue un alumno ávido por aprender. Como se encargaba de entregar impresos a todo tipo de comerciantes y profesionales, finalmente entró en contacto con un joven abogado llamado Luther Fletcher, que hacía campaña para

representar a una de las divisiones de Southwark en el Consejo del Condado de Londres y que vio en el joven Johnson, que entonces no tenía más de veinte años, a alguien que quizá la interesara porque consideró que podía tener habilidades para el derecho. Su curiosidad y su aplicación fascinaron a Fletcher en tal medida que lo mandó a la escuela nocturna a estudiar las leyes.

A partir de aquel momento, los asuntos de Johnson prosperaron. En la firma en la que finalmente lo contrataron no tardaron mucho en quedar impresionados por su intuición para los asuntos legales, y pronto estuvo a cargo de la mayor parte de los detalles relativos a las ramas del derecho de las que se ocupaba la firma: contratos, derechos sobre la propiedad, testamentos y fundación de empresas. A la edad de veintidós años, aprobó los exámenes pertinentes y fue admitido como abogado. Y a los veintitrés, se encontró con el señor Byron Chance, de Bullock & Chance, abogados, que le ofreció convertirse en socio de la firma.

Bullock, que gozaba de fama entre los letrados del Colegio de Abogados, tenía como amigo a un tal Wellington Rider, abogado que gozaba de contactos mucho más influyentes que los suyos propios. Rider gestionaba los asuntos de una serie de grandes haciendas, entre ellas las del conde de Stane, así como los asuntos legales de la District Railway. Como también a él llegó a interesarle Johnson, se sintió bastante tentado de intentar convencerlo para que abandonara a Bullock y se asociara con él. Sin embargo, tanto el propio interés como la amistad le aconsejaron que debía encontrar otra fórmula para hacerse con los servicios de Johnson. Una conversación con Bullock dio lugar finalmente a la actual asociación, que había cumplido ya diez años.

Con Rider llegaron Gordon Roderick y lord Stane, el hijo mayor del conde de Stane. En aquella época, Stane acababa de salir de Cambridge y, según creía su padre, estaba preparado para heredar los títulos paternos. Sin embargo, la realidad era que debido a ciertas rarezas y a la idiosincrasia de su temperamento, al joven le interesaban más los aspectos prácticos del mundo que lo rodeaba y que nada tenían de históricos. Había llegado al mundo justo en el momento en el que el lustre y la supremacía que suponían un simple título no sólo estaban siendo cuestionados, sino que, en muchos casos, se estaban viendo ensombrecidos por el genio financiero. En Cambridge, había sido un alumno interesado en la economía, la política y la sociología, y había tenido tendencia a prestar oído a los socialistas de la escuela fabianista<sup>[3]</sup>, sin perder en modo alguno la conciencia de su futura herencia. Al encontrarse con Rider, interesado casi exclusivamente en las inmensas compañías que lo requerían constantemente para que las representara, Stane adoptó rápidamente la visión de Rider de que los auténticos señores del futuro serían los financieros. Lo que el mundo necesitaba era un avanzado equipamiento material, y el financiero que se dedicara a satisfacer esa necesidad se convertiría en el agente más importante del progreso de la sociedad.

Con esa idea en mente, Stane se dedicó a estudiar el derecho de sociedades inglés

en el despacho de Rider, Bullock, Johnson & Chance. Elverson Johnson se convirtió en uno de sus mejores amigos. En Johnson vio a un plebeyo astuto decidido a elevar su estatus y convertirse en alguien influyente, mientras que en Stane, Johnson reconoció a un heredero de los privilegios sociales y financieros que, sin embargo, había elegido formarse e involucrarse en ocupaciones de tipo práctico.

Tanto Johnson como Stane habían visto desde un primer momento las enormes posibilidades que ofrecía el sistema de transporte subterráneo de Londres, pero su interés no se limitó en modo alguno a la Traffic Electrical Company, de la que, en un principio, ellos constituyeron un elemento indispensable. Cuando se propuso la construcción de la City and South London, con su moderno equipamiento, ellos y sus amigos invirtieron dinero en el proyecto porque entendieron que se estudiaría la fusión de las dos antiguas líneas —la Metropolitan y la District— que entonces atravesaban el corazón de Londres. Como Demóstenes cuando se dirigió a los atenienses<sup>[4]</sup>, Johnson persistió en su creencia de que quien consiguiera encontrar el dinero para hacerse con las suficientes acciones ordinarias de estas dos líneas como para llegar al cincuenta y uno por ciento y hacerse de este modo con el control, podría anunciar tranquilamente que se encontraba al mando y que, a partir de entonces, podría hacer lo que mejor le pareciera con ellas.

Tras la muerte de su padre, Stane y algunos de sus amigos junto con Johnson intentaron comprar el control a base de acciones ordinarias, esperando así hacerse con el mando de ambas líneas, pero había resultado ser demasiado para ellos. Había demasiadas acciones en circulación y no lograron reunir el dinero suficiente. Por lo tanto, como la gestión era muy conservadora y las acciones no dejaban muchos beneficios, habían vuelto a vender gran parte de lo que habían adquirido.

En cuanto a la línea de Charing Cross, que aún no se había construido y para cuya promoción habían creado la Traffic Electrical Company, nunca habían logrado reunir el dinero suficiente ni vender suficientes acciones de las que ya habían emitido para conseguir el millón seiscientos sesenta mil libras que necesitaban para realizar las obras. Por último, a través de Greaves y Henshaw habían estado intentado encontrar a un financiero o a un grupo de ellos, que, o bien se hicieran cargo de la línea de Charing Cross, o bien se asociaran con ellos para perseguir su sueño de hacerse con la Metropolitan y con la District.

Pero hasta aquel momento, no habían sacado nada en claro. Por aquel entonces, Johnson tenía cuarenta y siete años y lord Stane, cuarenta, y ambos se encontraban ya algo cansados y tenían dudas más que razonables sobre aquella gran tarea.

## CAPÍTULO XIX

Estando así las cosas, entran el señor Jarkins y el señor Kloorfain en el despacho de Elverson Johnson con el deseo de consultarle sobre un asunto de la mayor importancia. Tenía que ver con los señores Greaves y Henshaw que habían ido a Nueva York hacía poco, como el señor Johnson probablemente ya sabía, para reunirse con su cliente, el señor Frank Cowperwood, a quien el señor Johnson por supuesto conocía.

El señor Johnson admitió haber oído hablar de él. ¿Y qué era lo que él podía hacer por estos caballeros?

Era una magnífica mañana de primavera en Londres y el sol se derramaba sobre los adoquines del patio romano que se veía desde la ventana. Cuando entraron, Johnson había estado dando vueltas a un montón de informes relativos a cierta demanda por daños contra la City and South London. Y estaba de buen humor porque hacía un día cálido y luminoso, las acciones de la District habían subido ligeramente y el grave discurso que había dado el día anterior a la International Epworth League<sup>[1]</sup> había sido mencionado de manera favorable nada menos que por dos de los periódicos matutinos.

—Seré lo más breve posible —comenzó Jarkins, quien, ataviado con un traje gris, una camisa de seda también gris, una llamativa corbata azul y blanca y un bombín y con un bastón en la mano, estudió a Johnson con ojo crítico y llegó a la conclusión de que su tarea no iba a ser fácil. Estaba claro que Johnson era un individuo astuto.

—Debe entender, por supuesto, señor Johnson —continuó Jarkins con la mejor de sus sonrisas—, que esta visita no ha sido autorizada por el señor Cowperwood. Pero creo que usted le concederá igualmente la importancia que tiene. Como ya sabe, Greaves y Henshaw han estado ocupándose de la Traffic Electrical, para la que usted, según tengo entendido, actúa como abogado.

—Uno de los abogados —apuntó cautelosamente el señor Johnson—. Pero hace ya algún tiempo que no solicitan mis servicios.

—Exacto, exacto —le contestó Jarkins—, pero creo que, aun así, esto será de su interés. Verá, nuestra firma es la que puso en contacto a los señores Greaves y Henshaw con el señor Cowperwood. Como sabe, el señor Cowperwood es un hombre tremendamente rico y ha participado activamente en todo tipo de negocios de transporte en los Estados Unidos. Se rumorea que está liquidando sus propiedades en Chicago por no menos de veinte millones.

Ante la mención de semejante cantidad, el señor Johnson aguzó el oído. El transporte era el transporte —en Chicago, Londres o donde fuera— y un hombre que lo conocía lo suficientemente bien como para haber ganado veinte millones de

dólares en ese negocio, obligatoriamente debía de saber lo que se traía entre manos. Su interés fue evidente para Jarkins al instante.

—Puede que eso sea así —dijo el señor Johnson intentando hacer ver que no le interesaba, con cierta irritación y pretendiendo no sentirse impresionado—, pero, ¿qué tiene que ver eso conmigo? Debe recordar que no soy más que uno de los abogados de la Traffic Electrical y que no tengo absolutamente nada que ver ni con el señor Greaves ni con el señor Henshaw.

—Pero sí tiene interés en la situación del sistema de transporte subterráneo de Londres en general, o eso es lo que me dice el señor Kloorfain —insistió Jarkins—. Es decir —añadió con diplomacia—, que usted representa a determinadas personas que están interesadas en el desarrollo del sistema subterráneo.

—Me aventuré a mencionar el hecho de que los periódicos, señor Johnson —intervino Kloorfain—, lo mencionan a usted de vez en cuando como representante de la Metropolitan y de la District, así como de la City and South London y de la Central de Londres.

—Eso es cierto —le contestó Johnson, aparentemente tranquilo y seguro de sí mismo—. Sí que represento legalmente a esas compañías, pero aún sigo sin tener claro qué es lo que desean. Si tiene que ver con la compra o venta de cualquier cosa relacionada con la línea de Charing Cross y Hampsted, sin duda no soy la persona a la que deben ver.

—Permítame un minuto más —insistió Jarkins, inclinándose para acercarse a Johnson—. La cuestión es la siguiente: el señor Cowperwood se está deshaciendo de todas sus propiedades en los tranvías de Chicago, y sin esas propiedades a las que dedicarse, no tendrá nada que hacer. No es el tipo de hombre al que le guste quedarse parado. Ha estado trabajando en Chicago durante más de veinticinco años, ¿sabe? No pretendo decir que ande a la caza de una inversión cualquiera. El señor Greaves y el señor Henshaw ya se dieron cuenta de eso. Fue nuestra firma quien los puso en contacto: Jarkins, Kloorfain & Randolph. El señor Kloorfain está aquí a cargo de nuestra oficina de Londres.

Johnson asintió y ahora prestó la máxima atención.

—Por supuesto que —continuó Jarkins— ni el señor Kloorfain ni yo mismo contamos con la autorización del señor Cowperwood para hablar en su nombre, pero pensamos que si la persona idónea le presentara de la manera más adecuada la actual situación de Londres, eso podría dar lugar a algo de gran valor para quienquiera que tuviera relación con el asunto. Porque yo sé a ciencia cierta que el señor Cowperwood rechazó la línea de Charing Cross no porque pensara que no daría beneficios, sino porque no se le ofreció el cincuenta y uno por ciento y el control, algo en lo que él siempre insiste. Y además le pareció que se trataba simplemente de una línea secundaria corta que carecía de una conexión importante con el sistema subterráneo en su totalidad, de modo que sólo podía ponerse en funcionamiento como una pequeña línea separada. Sólo le interesan los problemas de transporte si son los de

una ciudad entera.

La voz de Jarkins adoptó ahora cierto tono lisonjero.

—Le pedí al señor Kloorfain —dijo en tono obsequioso— que me condujera hasta el hombre que más supiera de la actual situación del metro de Londres y que fuese capaz de captar la importancia de conseguir que el señor Cowperwood se interesara en ella. Porque si lo hemos entendido todo correctamente —y aquí miró al señor Johnson con una expresión que resultaba casi amenazadora—, pensamos que ha llegado el momento de unificar y modernizar el sistema entero, y es bien sabido que el señor Cowperwood es un genio en el campo de los transportes. Estará en Londres dentro de poco, y pensamos que la persona que pudiera hacerle ver la necesidad que hay aquí de alguien como él, debería ir a visitarlo y a hablar con él.

—Si no quiere usted involucrarse en el asunto, señor Johnson —y aquí Jarkins estaba pensando en Stane y los contactos que se rumoreaba que tenía—, quizá conozca a alguien que sí quiera, y quizá podría también aconsejarnos con respecto a esa persona. Nosotros, por supuesto, somos agentes, y nos gustaría que el señor Cowperwood se interesara en esto de modo que pudiéramos obtener nuestra parte del corretaje, lo que naturalmente forma parte de una empresa como esta.

Johnson, sentado a su escritorio, tenía la mirada fija, pero no en Jarkins ni en Kloorfain, sino en el suelo.

—¡Ejem! —comenzó—. El señor Cowperwood es un multimillonario norteamericano. Tiene una enorme experiencia en la gestión de los tranvías y vías elevadas en Chicago, según tengo entendido, y en otros lugares. Y se supone que voy a hacer que sienta interés por solucionar los problemas del sistema de transporte subterráneo de Londres. Y si lo consigo, se supone que yo les pagaré a ustedes, o al menos, me encargaré de que se les pague, por conseguir que el señor Cowperwood ayude a otros londinenses con intereses en los transportes a ganar dinero. —Levantó la vista y alzó las cejas, mientras Jarkins lo observaba con mirada cómplice, pero sin dignarse a hacer ningún comentario.

—Muy práctico, debo decir —continuó Johnson—, y no dudo de que hay bastantes personas que podrían salir beneficiadas, pero también podría no ser así. Los problemas del sistema de transporte subterráneo de Londres son enormes. Ya hay demasiadas líneas proyectadas, hay demasiadas compañías que habría que poner de acuerdo y demasiadas licencias adquiridas por especuladores y promotores que no cuentan con un solo chelín entre todos. —Se quedó mirando a los dos hombres con expresión triste—. Haría falta muchísimo dinero, millones de libras, no menos de veinticinco millones, diría yo. —Juntó las manos casi con tristeza, porque la carga financiera de todo aquello era enorme—. El señor Cowperwood, por supuesto, no es un desconocido aquí. Si no estoy equivocado, en Chicago se le ha acusado de diversos cargos; acusaciones, debo admitir, que no deberían interferir con una gran empresa pública como que la que ustedes dos, caballeros, están sugiriendo. Pero, aun así, teniendo en cuenta el conservadurismo del público inglés...

—Ah, se refiere a las acusaciones hechas por los políticos referidas a los métodos financieros utilizados en Chicago —llegado este punto Jarkins intervino en tono desafiante—. No es más que política, obra de financieros rivales, celosos de su éxito.

—Lo sé, lo sé —lo interrumpió el señor Johnson aún con aire compungido—. Los financieros de todas partes así lo entienden y hacen caso omiso de ese tipo de oposición. Pero aquí también encontraría impedimentos, porque esta pequeña isla es un lugar hermético y muy conservador, y no nos gusta que vengan de fuera a organizar nuestros asuntos. Sin embargo, como usted dice, está claro que el señor Cowperwood es un hombre muy capaz y con mucha iniciativa. Si hay gente aquí que pudiera estar interesada en asociarse con él, no puedo decirles. Lo que sí sé es que hay unos cuantos que estarían dispuestos a cederle el control financiero del sistema del que usted está hablando —y aquí se levantó y se sacudió del pantalón y del chaleco unas imaginarias motas de polvo—. ¿Y dice usted que ha rechazado la oferta de Greaves y Henshaw? —añadió.

—Así es —respondieron al unísono Jarkins y Kloorfain.

—¿Y cuáles fueron exactamente los términos que le propusieron?

Y Jarkins se los explicó.

—Ya veo, ya veo. De modo que ellos deseaban retener el contrato y el cincuenta por ciento. Bien, hasta que no haya tenido tiempo para pensar en todo esto y consultarlo con uno o dos de mis asociados, no podré ofrecerles mi opinión en un sentido ni en otro. Sin embargo —añadió—, puede que merezca la pena que algunos de los inversores más importantes hablen con él cuando venga.

En realidad, a estas alturas, Johnson era de la opinión de que Cowperwood había enviado a estos dos hombres a tantear la situación. Además, tenía dudas sobre si Cowperwood, siendo norteamericano, y por muy rico que fuera, alguna vez lograría arrebatar a los actuales directivos ni siquiera el cincuenta por ciento. Le iba a resultar extremadamente difícil entrar en aquel campo. Al mismo tiempo, teniendo en cuenta sus propias inversiones y las de Stane, y el hecho de que aún era probable que la línea de Charing Cross volviera a la Traffic Electrical, lo que provocaría aún mayores pérdidas de dinero a sus inversores, bueno...

Ahora se dirigió a los dos hombres de manera terminante.

—Tendré que reflexionar sobre este asunto, caballeros. Vuelvan a verme, digamos, el próximo martes o el miércoles, y ya les diré con seguridad si puedo serles de alguna ayuda.

Y dicho esto los guió hasta la puerta y llamó a un timbre para que un recadero les indicara el camino hasta la salida. Cuando se hubieron marchado, se acercó a una de las ventanas que miraban al antiguo patio donde el sol de abril seguía brillando con fuerza. Cuando pensaba, tenía el hábito de colocar la lengua contra la mejilla y de apretarse las manos como si estuviera rezando, con los dedos hacia abajo. En esta ocasión, estuvo así un rato, mirando por la ventana.

Y fuera, en Storey Street, Kloorfain y Jarkins iban hablando entre ellos:

—Excelente. Un tipo muy sagaz, que... pero muy interesado... es una salida para ellos; sólo hace falta que tengan el juicio suficiente como para darse cuenta...

—¡Pero lo de Chicago! ¡Ya sabía yo que tenía que salir a relucir! —exclamó Jarkins—. Siempre pasa: los antecedentes penales o su interés por las mujeres... como si eso tuviera algo que ver con esto.

—¡Una estupidez! ¡Una estupidez increíble! —dijo a su vez Kloorfain.

—De todas formas, tendremos que hacer algo al respecto. Tendremos que entendérmolas con la prensa de alguna manera —dijo Jarkins.

—Déjeme que le diga una cosa —dijo Kloorfain para terminar—. Si alguno de estos ricos de aquí se asociara con Cowperwood, poco tardarían en acabar con toda la publicidad negativa. Nuestras leyes son distintas a las suyas, ¿sabe? Aquí, mientras más verdad haya en un escándalo, más difamatorio se considera. Y decir cualquier cosa se convierte en algo muy peligroso, a menos que sean los peces más gordos los que quieran que se diga. En su país, aparentemente, es justo al revés. Pero yo conozco a la mayoría de los redactores de la sección de finanzas de los periódicos de aquí, y si fuera necesario silenciar las cosas, creo que lograría solucionarlo.



## CAPÍTULO XX

Aquella tarde tuvo lugar una conversación entre Johnson y lord Stane en el despacho de este último, ubicado en la planta baja del edificio de Storey Street, durante la que se habló de todo lo que Jarkins y Kloorfain habían planteado en la propuesta que le habían hecho a Johnson.

Hay que decir a este respecto, que la honestidad comercial de Johnson y sus ideas siempre absolutamente acertadas eran lo que hacía que Stane lo valorara tanto. Porque Johnson, como Stane siempre se decía a sí mismo, era la encarnación de la rectitud de su conciencia moral y religiosa, lo que nunca le permitiría dejarse llevar demasiado por el ingenio ni por las triquiñuelas legales, por muy tentado que se sintiera de alcanzar el éxito personal. Aun siendo muy puntilloso con las leyes, era capaz de buscar cualquier resquicio legal con la intención de utilizarlo, bien para su ventaja o para derrotar a sus adversarios. «Su honor le obliga a llevar la contabilidad, pero le permite enviar pagarés por grandes cantidades», había dicho de él alguien en alguna ocasión. Y Stane lo compartía porque le parecía una descripción acertada. Al mismo tiempo, le caía bien precisamente por sus excentricidades, y con frecuencia se reía de su aparentemente genuino interés en la International Epworth League, de sus convenciones de escuela dominical y de su rígida observancia de abstenerse completamente de beber alcohol de ningún tipo. En lo referente a los asuntos de dinero, no era tacaño. Hacía donaciones bastante generosas en comparación con sus ingresos a iglesias, escuelas dominicales, hospitales y a un colegio para ciegos de Southwark, del que era miembro del consejo de administración, para el que además trabajaba como abogado de manera gratuita.

Para Stane, a título personal y por una tarifa muy modesta, Johnson se hacía cargo de sus inversiones, tasas de seguros y de cualquier problema legal que pudiera surgirle. También hablaban de política y de los problemas internacionales que aquejaban al mundo, y normalmente, como Stane había notado, siempre se ajustaba a la realidad en todos los asuntos. Sin embargo, no sabía nada de arte ni de arquitectura ni de poesía ni de letras ni de mujeres ni de los placeres estrictamente sociales que no tuvieran carácter material. Le había confesado a Stane una vez hacía años, cuando ambos eran mucho más jóvenes, que no tenía cabeza para aquellas cosas. «Me educaron en unas circunstancias que no me permitieron llegar a saber nada de eso», dijo. «Me agrada, por supuesto, ver a mis hijos en Eton y a mi hija en Bedford<sup>[1]</sup>, y personalmente, no les negaría ninguna afición propia de la vida social que pudieran desarrollar. Pero yo, bueno, yo soy abogado, y además, satisfecho de gozar de tan buena posición.»

El joven Stane había sonreído porque le gustó el descarnado realismo de aquella

afirmación. Al mismo tiempo, le gustaba que se movieran en niveles sociales diferentes, y sólo ocasionalmente se daba alguna invitación por parte de Stane a Johnson para que visitara la hacienda familiar de Tregasal o su preciosa y antigua casa de Berkeley Square, aunque casi siempre lo hacía por motivos de negocios.

En esta ocasión concreta, Johnson encontró a Stane reclinado en una cómoda silla estilo Chippendale<sup>[2]</sup> de respaldo alto y brazos redondeados, con sus largas piernas estiradas y apoyadas en el pesado escritorio de caoba que tenía ante él. Llevaba un traje de *tweed* de buen corte de color arena, una camisa de color café y una corbata naranja oscuro, y de cuando en cuando sacudía despreocupadamente la ceniza del cigarrillo que se estaba fumando. Estaba estudiando un informe de la De Beers South African Diamond Mine<sup>[3]</sup>, en cuya compañía tenía un interés personal, ya que las veinte acciones que poseía, reflexionaba, le estaban dejando aproximadamente unas doscientas libras de beneficio anualmente. Tenía el rostro alargado y cetrino, la nariz grande y ligeramente aguileña, la frente baja, los ojos oscuros y penetrantes, una boca grande y decididamente cordial, y una barbilla desafiante.

—¡Ahí está! —dijo cuando Johnson entró tras llamar a la puerta con los nudillos—. ¿Qué hay de nuevo, mi viejo amigo el honesto metodista? He leído esta mañana algo sobre la conferencia que dio en Stickney, creo que fue.

—¡Ah, eso! —contestó Johnson, aunque no poco halagado de que Stane hubiese tenido noticia de ella, abrochándose los botones del arrugado abrigo de alpaca negra que vestía en la oficina con cierto nerviosismo—. Hay ciertas diferencias entre los pastores de las cuatro iglesias que tenemos en ese distrito, y fui hasta allí para hacer de árbitro. Y después me pidieron que les dirigiera unas palabras, de modo que aproveché la ocasión para sermonearlos sobre su conducta. —Se irguió al recordarlo adoptando un aire bastante autoritario y a Stane no se le escapó el cambio de actitud.

—El problema con usted, Johnson —continuó con aire despreocupado—, es que debería estar en el parlamento o en la magistratura. Pero si acepta mi consejo, primero debería llegar al parlamento y después a la magistratura. Le necesitamos demasiado aquí como para dejarlo marchar ya a la magistratura. —Le dedicó a Johnson una sonrisa cordial y cargada de afecto genuino, y este, a su vez, halagado y contento de haber sido objeto de semejante comentario, se lo agradeció con una amplia sonrisa.

—Bueno, como sabe, llevo mucho tiempo pensando en lo del parlamento. Aquí surgen muchas cosas relacionadas con nuestro trabajo que, quizá mi presencia allí, podrían evitar. Rider y Bullock lo comentan constantemente. De hecho, Rider insiste en que me presente como candidato a las elecciones parciales por su distrito en septiembre. Parece pensar que puedo ganar si doy unos cuantos discursos electorales.

—¿Y por qué no? ¿Quién hay mejor? Y Rider tiene mucha influencia allí, como usted sabe. Le aconsejo que lo haga. Y si puedo servirle de ayuda en algo, yo o alguno de mis amigos, no tiene más que venir a verme. Estaré encantado.

—Eso es muy amable de su parte y se lo agradezco —contestó Johnson—.

Además —y aquí su tono se volvió más confidencial—, hay algo que surgió en mi despacho esta mañana que podría guardar relación con esto. —Se interrumpió, sacó el pañuelo y se sonó la nariz, mientras Stane lo contemplaba con interés.

—Bueno, ¿cuál es el secreto?

—Han venido dos hombres a mi despacho: William Jarkins, norteamericano, y Willem Kloorfain, holandés. Son agentes y corredores; Kloorfain en Londres y Jarkins en Nueva York. Y han venido a contarme algo interesante. ¿Recuerda la opción de treinta mil libras que les dimos a Greaves y Henshaw?

Stane, picado por la curiosidad y ligeramente divertido por la actitud de Johnson, bajó las piernas del escritorio, soltó el informe que estaba estudiando y, mirando a Johnson fijamente, dijo:

—¡La maldita Traffic Electrical! ¿Qué pasa con ella?

—Parece —continuó Johnson— que fueron a Nueva York hace poco para entrevistarse con Cowperwood, el multimillonario este. Parece ser también que sólo le ofrecieron una participación del cincuenta por ciento de la opción de treinta mil libras por sus servicios, por encargarse de reunir el dinero para construir la línea. —Johnson soltó una risa seca—. Y después, por supuesto, tendría que pagarles cien mil libras por sus servicios como ingenieros. —Ambos hombres fueron incapaces de reprimir una nueva carcajada—. Es evidente —continuó Johnson— que lo rechazó. Y al mismo tiempo parece que lo que realmente quiere es hacerse con el control total; eso o nada. Según dice esta gente, él podría haber expresado interés en realizar una fusión de las líneas, que es lo que usted y yo llevamos diez años pensando. Como sabe, lo han ahuyentado de Chicago.

—Sí, lo sé —dijo Stane.

—Bueno, además de eso, acabo de leer un artículo sobre él que me dejaron estos tipos. Aquí está —y se sacó del bolsillo una página completa del *Sun* de Nueva York; en el centro, había un gran dibujo de Cowperwood, hecho a pluma y bastante conseguido.

Stane desdobló la página y estudió el dibujo, después de lo cual, levantó la vista hacia Johnson.

—Un tipo atractivo, ¿no? ¡Cuánta energía! —Después estudió un cuadro impreso de las propiedades de Cowperwood—. Cuatrocientos kilómetros... y todo en un plazo de veinte años. —Después se concentró en un párrafo que trataba sobre la casa que Cowperwood tenía en Nueva York, tras lo cual, añadió—: Y parece que, además, es un entendido.

—Ahí hay un párrafo —lo interrumpió Johnson— que habla de las causas de los problemas que ha tenido en Chicago; me parece que fundamentalmente tienen que ver con la política y la sociedad. —Y esperó mientras Stane lo leía.

—¡Caramba, menuda batalla! —comentó Stane tras leer durante un momento—. Veo que sus propiedades tienen un valor estimado de veinte millones.

—Todo eso según estos dos agentes. Pero la parte más interesante de lo que me

contaron es que estará aquí dentro de una semana o dos, y lo que quieren es que yo me reúna con él, para hablar no sólo de la línea de Charing Cross, que ellos parecen pensar que volverá a nuestras manos, sino sobre el sistema más general que nosotros teníamos en mente.

—Pero estos tipos, Jarkins y Kloorfain —preguntó Stane—, ¿quiénes son en realidad? ¿Amigos de Cowperwood?

—En absoluto, en absoluto —se apresuró a explicar Johnson—. Muy al contrario; según ellos mismos confesaron, no son más que agentes de bancos en busca de una comisión que bien podría venirles de Greaves y Henshaw, de Cowperwood, de nosotros o de cualquier otro que pudiera estar interesado; o quizá de todos nosotros en conjunto. No representan a ese hombre en modo alguno.

Stane se encogió de hombros en un gesto irónico.

—Parece que —continuó Johnson— han sabido por alguna fuente que nosotros tenemos interés en un plan de unificación y les gustaría que yo reuniera a un grupo de inversores para convencerlos de que aceptaran a Cowperwood como líder, y después presentar la idea de la unificación de tal modo que a él le resultara interesante. Por lo que ellos quieren una comisión, por supuesto.

Stane lo miró divertido.

—¡Tremendamente divertido para todos!

—Por supuesto, rechacé esa parte —continuó Johnson con cautela—. Pero he estado pensando que quizá haya algo más que no se aprecia a simple vista. Quizá Cowperwood sí esté detrás de estas pesquisas y eso es algo que usted y yo podríamos tener en cuenta. Seguimos teniendo la línea de Charing Cross que es como una piedra de molino atada al cuello. Por supuesto que sé muy bien que no van a permitir que ningún norteamericano millonario se presente aquí y se haga cargo de nuestras líneas de transporte subterráneo. Aun así, es posible que pudiera asociarse con algún grupo de aquí: usted mismo, lord Ettinge y Haddonfield, y probablemente se podría arbitrar alguna forma de compartir el control. —Hizo una pausa para observar qué efecto tenía esto sobre Stane.

—Muy cierto, Elverson, muy cierto —comentó Stane—. Si algunos de los inversores siguen tan interesados como lo estaban hace unos años, quizá lográramos que volvieran a sumarse a la batalla. A Cowperwood no le resultaría demasiado fácil abrirse paso aquí sin su ayuda.

Se levantó y fue hasta una de las ventanas para mirar hacia la calle, mientras que Johnson procedió a explicarle que Jarkins y Kloorfain volverían al cabo de unos días para que les dijera qué había decidido, y quizá sería buena idea prevenirles de que si esperaban hacer negocios con él o con otra persona sobre quien él pudiera utilizar su influencia, tendrían que mantener el asunto en el más estricto secreto y dejárselo todo bajo su control.

—¡Eso es! —dijo Stane.

Este plan, como añadió Johnson ahora, necesariamente habría de incluir no sólo

la línea de Charing Cross, sino también la Traffic Electrical como única propietaria, o al menos, como agente de la anterior. Y luego, una vez que Stane y él hubieran sondeado a Haddonfield, a Ettinge y a los otros, podrían saber finalmente si había posibilidades de llegar a un acuerdo, aunque fuese provisional. Después de eso, era del todo posible que Cowperwood prefiriera cerrar el negocio con Stane y con él mismo, y con los otros inversores, a hacerlo con Jarkins y Kloorfain, o con Greaves y Henshaw, quienes, por sí solos, no podían hacer nada y, por lo tanto, podrían despedirlos como si se trataran de simples buhoneros.

Stane estuvo completamente de acuerdo con esto. Pero antes de que terminaran de hablar, ya había oscurecido y había aparecido la típica niebla londinense. Stane recordó que tenía un compromiso para tomar el té, y Johnson, una reunión relacionada con asuntos legales, de modo que se despidieron con el corazón desbordante de nuevo entusiasmo.

En consecuencia, tres días más tarde —el tiempo que él consideró necesario para impresionarlos con su importancia—, Johnson mandó llamar a Jarkins y a Kloorfain y les anunció que había expuesto el asunto a varios de sus amigos, y que como no tenían inconveniente en saber algo más de lo que el señor Cowperwood tenía en mente, él, previa invitación del señor Cowperwood, y sólo si eso se daba, iría a verlo para mantener una entrevista. Pero sólo con la condición de que no se produjeran contactos previos y que él no llegara a ningún tipo de acuerdo. Porque los hombres a los que iba a intentar involucrar, bajo ninguna circunstancia, iban a permitir que se jugara con ellos.

Tras informarles de esto, el señor Johnson se quedó en su despacho mientras que Jarkins y Kloorfain se dirigieron apresuradamente a la oficina de telégrafos más próxima para informar a Cowperwood del importante resultado que habían conseguido y para urgirle a que fuese a Londres a toda costa; mientras tanto, le rogaban amablemente que suspendiera la valoración de cualquier otra propuesta, puesto que en la futura reunión, si es que lograban que se celebrara, habría un planteamiento global.

El cablegrama hizo sonreír a Cowperwood, ya que le recordó el severo castigo que le había infligido a Jarkins. Sin embargo, respondió con otro cable en el que decía que en aquel momento estaba muy ocupado, pero que tenía intención de zarpar aproximadamente el quince de abril, y que a su llegada, estaría encantado de verlos para que le informaran con más detalle de la propuesta. También envió un cable en clave a Sippens, diciéndole que iba a Londres e informándole de que había rechazado la oferta de Greaves y Henshaw; sin embargo, quizá Sippens podría arreglárselas para que tuvieran noticia de su inminente llegada, puesto que, aparte de la suya, iban a presentarle otra importante propuesta de carácter global, que no tenía absolutamente nada que ver con su línea de Charing Cross. Quizá esta información los hiciera entrar en razón y presentar una oferta que él pudiera aceptar antes de que le presentaran ningún otro plan. En ese caso, tendría en la mano un arma que podría servir para

poner freno a sus nuevos asesores.

Y durante todo este tiempo también estuvo haciendo preparativos con Berenice, Aileen y Tollifer, organizando los distintos papeles que cada uno había de jugar en sus planes de futuro.

## CAPÍTULO XXI

Entretanto, aunque atenazada por una gran incertidumbre que surgía de lo más profundo de su ser, Aileen no dejaba de sentirse impresionada por el repentino cambio de actitud de Cowperwood. Porque, animado por la idea de irse a Londres, Berenice, el posible cambio de escenario y todo lo demás, Cowperwood había terminado por confiar en Aileen. La iba a llevar consigo a Inglaterra. Aileen interpretó todos aquellos cambios como la consecuencia natural de su derrota de Chicago: que le hubiera confiado su testamento, la administración de su casa y la custodia de los legados que tenía intención de hacer. Lo que ahora pensaba era que la vida había elegido darle un golpe aleccionador, en cierto modo, y en un momento de su carrera en el que sin duda había sido tremendamente efectivo. Había vuelto a ella, o comenzaba a hacerlo. Y con eso bastaba para que recuperara la fe en el amor y en la validez de otras emociones del ser humano.

De modo que se lanzó a hacer los preparativos más extravagantes para el viaje. Se dedicó a hacer compras: visitó a la modista, la sombrerería y las tiendas de lencería, y adquirió un juego de equipaje del diseño más actual. Una vez más demostraba, para satisfacción propia y para la ya habitual consternación de Cowperwood, su fe exagerada en el efecto que podía causar un despliegue de suntuosidad. Informada de que ocuparían la *suite* más lujosa del *Kaiser Wilhelm der Grosse* que zarparía al viernes siguiente, se dio el gusto de adquirir lencería propia de una novia, aunque bien sabía que las relaciones íntimas entre su esposo y ella eran un capítulo cerrado<sup>[1]</sup>.

Más o menos al mismo tiempo, Tollifer, cuyos planes para conocer a Aileen no habían tenido éxito hasta el momento, se sintió tremendamente aliviado cuando encontró entre su correo un sobre certificado que contenía los planos de cubierta de este mismo transatlántico, su billete y, para mayor satisfacción aún, trescientos dólares en efectivo —cuyo efecto se reflejó inmediatamente en el aumento de entusiasmo e interés que sintió ante este nuevo trabajo—. Porque ahora estaba decidido a causarle una impresión favorable a Cowperwood, un hombre que, como ya había notado, era una persona versada en el oficio de conseguir todo lo que se proponía en la vida. Al echar un vistazo apresurado a los periódicos, pronto descubrió lo que ya sospechaba, y era que los Cowperwood también estarían a bordo del *Kaiser Wilhelm der Grosse* cuando este zarpara el viernes.

Berenice, que por Cowperwood estaba al tanto de todos los movimientos hasta la fecha, anunció su intención de embarcarse con su madre en el *Saxonia*, un transatlántico de la Cunard<sup>[2]</sup>, que saldría dos días antes que el *Kaiser Wilhelm*. Una

vez en Londres, lo esperarían en el Claridge's<sup>[3]</sup>, un hotel que ya les era conocido.

Perseguido por los periodistas que lo molestaban continuamente para enterarse de cuáles eran sus planes, Cowperwood les informó de que él y su esposa iban a zarpar hacia Europa para pasar unas largas vacaciones de verano; que ya había perdido todo interés en Chicago y que, de hecho, no tenía en mente iniciar ninguna aventura comercial de manera inmediata. Este anuncio dio lugar a numerosos comentarios en los periódicos referentes a su carrera, su genio y la insensatez de retirarse cuando disponía de tanta riqueza, habilidad y energía. Recibió con gusto aquella publicidad, porque además de suponer un tributo inesperado, suponía una cortina de humo para sus movimientos y le proporcionaba tiempo suficiente para decidir qué hacer.

Y después de eso, el día del embarque. Y Aileen caminando por la cubierta con el aire de alguien para quien la supremacía total en todos los ámbitos era lo más natural.

En cuanto a Tollifer, ahora que había subido a bordo y se enfrentaba de verdad a su tarea, se sentía tenso tanto física como mentalmente. Cowperwood, que percibía su presencia aquí o allá, no le prestaba la más mínima atención ni daba muestras de conocerlo. Consciente de esto, Tollifer se paseaba por las cubiertas observando a Aileen disimuladamente y percibiendo que ella también lo observaba a él, y con interés. Era demasiado ostentosa, demasiado falta de buen gusto y moderación, según su manera de pensar. Él ocupó un camarote pequeño en la cubierta B, pero cenó en la mesa del capitán, mientras que Aileen y Cowperwood cenaron juntos en su propia *suite*. Pero el capitán, muy consciente de la presencia de los Cowperwood y ansioso por sacar beneficio a aquel hecho tanto para sí mismo como para su barco, y al darse cuenta muy pronto de que Tollifer era una persona sumamente encantadora, le insistió en la importancia capital de aquellos distinguidos pasajeros y se ofreció a encargarse de presentárselos.

Por tanto, el segundo día de viaje, el capitán Heinrich Schreiber presentó sus respetos al señor y la señora Cowperwood y les preguntó si podía servirles en algo. Quizá al señor Cowperwood le apeteciera que lo acompañara en una visita del barco. Había varios admiradores a los que les gustaría ser presentados, además de él mismo, pero, por supuesto, a la entera conveniencia del señor Cowperwood.

Ante esto, Cowperwood, que sospechó que tras aquello podrían estar las posibles maquinaciones de Tollifer, estuvo de acuerdo con Aileen en que quizá resultara agradable recibir a aquellos pasajeros que habían mostrado tanto interés y celebraron la llegada del capitán, junto con el señor Wilson Styles, dramaturgo; C. B. Courtright, gobernador de Arkansas; el señor Bruce Tollifer, hombre de la sociedad de Nueva York; y Alassandra Givens, de aquella misma ciudad, que viajaba para reunirse con su hermana en Londres. Al recordar que su padre era un hombre de cierta relevancia social y al ver que Alassandra era extremadamente atractiva, Tollifer se había presentado como amigo de algunos de sus conocidos, y Alassandra, cautivada, aceptó la mentira encantada.

Aquella recepción improvisada entusiasmó a Aileen. Cuando entraron en la *suite*,



se levantó de la silla en la que había estado sentada leyendo una revista, y se quedó de pie junto a su marido para saludar a los recién llegados. Los ojos de Cowperwood pronto repararon en Tollifer y también en su acompañante, la señorita Givens, cuya elegante apariencia e inequívoco aire refinado lo impresionaron. Aileen no tardó en centrarse en Tollifer, que se comportó como si los Cowperwood fueran unos completos desconocidos para él.

—Es para mí un placer enorme conocer a la esposa de un hombre tan extraordinario como el señor Cowperwood —le dijo a Aileen—. Supongo que se dirigen a Europa.

—Vamos primero a Londres —le contestó Aileen—, y después a París y a otras partes de Europa. Mi esposo siempre tiene muchos asuntos financieros de los que ocuparse dondequiera que va.

—Por todo lo que he leído, no me extraña —le dijo dedicándole una sonrisa cautivadora—. Vivir con un hombre tan versátil debe de ser toda una experiencia, señora Cowperwood. ¡Vamos, casi como tener un trabajo!

—En eso tiene usted toda la razón —dijo Aileen—. Es casi como tener un trabajo. —Y halagada por su supuesta importancia, le devolvió una sonrisa confiada.

—¿Van a pasar unos días en París? —preguntó él.

—¡Oh, sí, por supuesto! No sé muy bien aún qué planes tendrá mi esposo una vez que lleguemos a Londres, pero yo tengo intención de ir a pasar unos cuantos días.

—Yo también voy a París, a las carreras. Quizá podríamos vernos. Si está usted allí al mismo tiempo que yo y está usted libre, podríamos pasar una tarde juntos.

—¡Oh, eso sería delicioso! —A Aileen se le iluminaron los ojos al ver que él mostraba interés. Las atenciones de un hombre tan atractivo como aquel sin duda la harían subir en la estima de Cowperwood—. Pero aún no ha hablado usted con mi esposo. ¿Nos acercamos? —Y con Tollifer junto a ella cruzó la habitación hasta donde Cowperwood se encontraba hablando con el capitán y con el señor Courtright.

—Mira, Frank —dijo con tono desenfadado—, aquí tienes a otro de tus admiradores. —Y a Tollifer—: Me resulta del todo imposible robarle protagonismo, señor Tollifer.

Cowperwood le concedió la más imperturbable de sus miradas, y le dijo:

—Bueno, uno nunca tiene demasiados admiradores. ¿Forma usted parte de la desbandada que pone rumbo a Europa en primavera, señor Tollifer? —En modo alguno daba la sensación de estar actuando. Y adoptando su mismo método, Tollifer le sonrió y le contestó con naturalidad:

—Sí, supongo que sí. Tengo amigos en Londres y París, y además he estado pensando en visitar los balnearios más adelante. Un amigo tiene una casa en Bretaña. —Y volviéndose para mirar a Aileen, añadió—: Por cierto, debería usted ver ese sitio, señora Cowperwood. Es muy bonito.

—Bueno, me encantaría, desde luego —dijo Aileen mirando a Cowperwood—. ¿Crees que podríamos incluir Bretaña en nuestros planes para este verano, Frank?

—Posiblemente. Aunque no para mí, con todo lo que tengo que hacer. Aunque, quizá podríamos organizar una visita corta —añadió en tono alentador—. ¿Cuánto tiempo va a estar usted en Londres, señor Tollifer?

—En este momento, mis planes son un poco inciertos —contestó Tollifer con tranquilidad—. Puede que una semana, o quizá algo más.

En este momento, Alessandra, aburrída ya del señor Styles, que estaba intentando impresionarla, se acercó a ellos decidida a dar por concluida aquella visita. Fue hasta Tollifer y le dijo:

—¿No se le está olvidando que teníamos un compromiso, Bruce?

—Ah, sí. ¿Nos disculpan? Tenemos que irnos. —Y volviéndose a Aileen, añadió—: Espero que volvamos a vernos, señora Cowperwood.

A lo que Aileen, envenenada por la actitud distante y presuntuosa de esta joven y excesivamente atractiva damisela, exclamó:

—¡Oh, sí, sin duda, señor Tollifer! ¡Será un placer! —Y luego, al percibir una sonrisa altanera en el rostro de la señorita Givens, añadió—: Siento que tenga que marcharse, señorita... ah... señorita...

Ante lo que Tollifer se apresuró a interponer:

—Señorita Givens.

—Ah, sí —continuó Aileen—. No había entendido su nombre.

Pero Alessandra, que restó importancia al desaire arqueando las cejas, cogió a Tollifer del brazo y, sonriéndole a Cowperwood a modo de despedida, salió de la habitación.

Una vez que se quedaron solos, Aileen comenzó a dar rienda suelta a sus sentimientos.

—¡Odio a estas jóvenes presuntuosas cuyo único mérito son sus relaciones familiares, tan dispuestas siempre a eclipsar a todo el mundo, o a intentarlo, por lo menos! —exclamó.

—Pero, Aileen —le dijo Cowperwood en tono tranquilizador—, ¿cuántas veces te he dicho que todos intentan sacar el máximo partido a lo que tienen? En su caso, ella le da gran importancia a su posición social, y por eso es inflexible a la hora de demostrarla. No es tan importante, es tonta simplemente. ¿Por qué permites que te irrite? No la dejes, por favor.

En aquel momento estaba comparando mentalmente a Aileen con Berenice. ¡Berenice habría anulado a Alessandra por completo!

—Bueno —dijo Aileen en tono desafiante—, pero el señor Tollifer es un hombre gentil y encantador. Y su posición es igual de buena que la de ella, creo yo. ¿No te parece?

—No tengo motivos para pensar lo contrario —contestó Cowperwood sonriendo para sí, aunque no tanto con ironía como con tristeza, motivada por su inocencia y porque ignoraba todo lo que ocurría—. Al menos la señorita Givens parece admirar al señor Tollifer. De modo que si aceptas que ella es un personaje de la sociedad,

supongo que tendrás que aceptar que él también lo es —dijo él.

—¡Bueno, al menos él tiene el juicio suficiente como para mostrarse cortés, que es más de lo que tiene ella, o casi que cualquier mujer cuando hay otra por medio!

—El problema de las mujeres, Aileen, es que todas se dedican al mismo tipo de negocio. Los hombres, o mejor dicho, sus intereses, son más diversos.

—¡De todas formas, me gusta el señor Tollifer, y desde luego esa muchacha no me gusta lo más mínimo!

—Bueno, no tienes por qué tratarla. Y en cuanto a él, no hay razón para que no podamos ser agradables, si es lo que quieres. Y recuerda que quiero que seas feliz en este viaje. —Y entonces, le dedicó una sonrisa encantadora.

Una hora después la espío a hurtadillas mientras se cambiaba de vestido para dar un paseo por la tarde en la cubierta superior. Era evidente que ahora ponía el máximo interés en sí misma y en la vida. Era de verdad maravilloso, pensó, cuánto se podía conseguir con una persona sólo con prestarle la atención y la consideración debidas a sus debilidades, sus gustos y sus sueños.

Pero, ¿no cabía dentro de lo posible que Berenice estuviera haciendo lo mismo con él? Ella era muy capaz. Y él la admiraría por ello, igual que ahora se admiraba a sí mismo, aunque fuera sólo un poco.

## CAPÍTULO XXII

Los pocos días de travesía que les quedaban en el barco los pasó Tollifer planeando y poniendo en práctica diversos movimientos con la intención de congraciarse con Aileen. Entre otras cosas, organizó dos partidas de cartas, poniendo cuidado de que la señorita Givens quedara excluida. Sí incluyó, sin embargo, a una actriz bastante famosa, a un banquero del Oeste al que en modo alguno disgustaba la idea de conocer a la esposa de Cowperwood, a una joven viuda de Búfalo que estaba segura de estar mejorando sus conexiones sociales al relacionarse con alguien del atractivo y los modales de Tollifer y, en consecuencia, a cualquiera que a él le pareció que merecía la pena.

Decir que este acontecimiento social tan sumamente agradable y totalmente inesperado alentó a Aileen, y, en especial, el interés que obviamente demostraba Tollifer, sería quedarse cortos. Mucho más aún, porque Cowperwood, a pesar de que no participaba, parecía opinar que aquella relación era plenamente satisfactoria. De hecho, fue él quien sugirió que quizá, una vez que llegaran a Londres y se instalaran en el Cecil<sup>[1]</sup>, a ella le apeteciera invitar a Tollifer y a algunos de sus amigos a tomar el té o a cenar. A él no le importaría dejarse caer por allí un momento, si tenía tiempo. Y Aileen, agradecida por la oportunidad que se le presentaba, se apresuró a aprovecharla, no tanto como quien va buscando iniciar una aventura, sino más bien como si estuviera ansiosa por demostrar que aún era capaz de mantener contactos y amistades que a él le pudieran resultar agradables.

Era evidente, pensó Cowperwood, que bien podía dejar que Tollifer se las arreglara solo. Obviamente, era muy inteligente, diplomático y versado en todas las habilidades sociales y buenos modales. ¿Y si iba tan lejos como para llegar a hacerle el amor a Aileen con la intención de separarla de él y de hacerse así con una parte de su riqueza casándose con ella? No creía que pudiera llegar a lograrlo; Aileen nunca se enamoraría de verdad de ningún otro hombre.

En cuanto a Tollifer, molesto a veces por el carácter clandestino de aquella intriga, sentía que aquel era uno de los mejores golpes de suerte que había tenido en su hasta entonces frustrada vida. Porque si podía vivir compartiendo el sueldo de una actriz, como había hecho hacía tan poco tiempo, con más motivo podría aceptar dinero por hacer de mentor social, de guía y de acompañante de esta mujer. Ciertamente carecía de refinamiento, era propensa a hacer algo inapropiado en ciertos momentos, se mostraba demasiado ansiosa por agradar y sin duda, podría vestir con mejor gusto y se le podría enseñar a adoptar una cierta afectación y ciertos aires que le resultarían muy útiles. Pero, al menos, era simpática y se mostraba agradecida, y era del todo posible que él pudiera llegar a hacer mucho por ella.

Antes de comenzar este viaje, había hecho averiguaciones y había descubierto que, en ausencia de Cowperwood, Aileen estaba habituada a entregarse a flirteos decididamente vulgares, que, independientemente de que su posición social careciera de importancia, sólo podían llevar a rebajarla tanto a ella como a Cowperwood. ¿Cómo era posible, se preguntaba, que Cowperwood estuviera dispuesto a permitir esto? Pero, tras conocerla y reflexionar sobre el historial de su esposo, le dio por pensar que, después de todo, Cowperwood había tomado la decisión más inteligente. Porque, sin duda, ella era una mujer fuerte y decidida, y si su marido pretendiera entablar una lucha por su libertad, ella probablemente no dejara piedra sobre piedra para derrotarlo, si es que no lo hacía para herirlo de forma deliberada.

Por otra parte, por supuesto, existía la posibilidad de que Cowperwood se volviera contra él algún día, por algún motivo real o inventado, y lo acusara de mantener relaciones con ella, lo que le proporcionaría los medios para librarse de su esposa. Pero, aun así, si podía demostrar que Cowperwood lo había sobornado para que formara parte de esta intriga, esa revelación no podía ser más desagradable para Cowperwood de lo que lo sería para él mismo. Así que, a título personal, ¿qué tenía que perder? Sin duda, podría arreglárselas para ajustar tanto su conducta como la de Aileen, para evitar acusaciones por parte de su marido.

Y él podría hacer mucho por ella. En este viaje se había dado cuenta de que le gustaba beber quizá demasiado. Tendría que prevenirla contra esa debilidad. Y estaba también la cuestión de su ropa. Había modistas en París que le agradecerían el privilegio de permitirles vestirla adecuadamente. Y por último, por supuesto, con su dinero, no sería difícil organizarle divertidas aventuras —Aix-les-Bains, Biarritz, Dieppe, Cannes, Niza, Montecarlo—, suponiendo que llegara a confiar en él. ¿Podría invitar a algunos viejos amigos, pagar viejas deudas y establecer nuevos contactos!

Tumbado en su camarote fumándose un cigarrillo y sorbiendo un jaibol<sup>[2]</sup>, pensaba en todo esto. ¡Este camarote! ¡Este trabajo de doscientos dólares a la semana! ¡Y los tres mil dólares!

## CAPÍTULO XXIII

Algunos pasajeros del *Kaiser Wilhelm der Grosse* desembarcaron en Southampton en medio de la bruma de una mañana de abril, mientras unos tenues rayos de sol atravesaban la niebla inglesa. Desde una de las cubiertas superiores, Cowperwood, vestido con un elegante traje de calle gris, observaba el tranquilo puerto y las plácidas casas que se veían más allá, en la playa.

Aileen estaba junto a él, vestida con sus mejores galas primaverales. Por allí rondaban también su doncella, Williams; el ayuda de cámara de Cowperwood y su secretario personal, Jamieson. Abajo en el muelle esperaban Jarkins y Kloorfain, y también un grupo de periodistas ansiosos por interrogar a Cowperwood sobre ciertos rumores —fraguados por Jarkins—, según los cuales este iba a Inglaterra a comprar una distinguida colección de arte propiedad de un noble del que Cowperwood jamás había oído hablar.

En el último momento, Tollifer había anunciado que no iba a abandonar el barco con ellos —una decisión muy considerada por su parte, le pareció a Cowperwood—, sino que pensaba continuar hasta Cherburgo y, después, iría a París. Sin embargo, como también explicó de la manera más informal posible y para beneficio de Aileen, iría a Londres el lunes o el martes siguiente, cuando esperaba tener el placer de ver a los Cowperwood antes de que ellos se marcharan hacia el continente. Ante esto, Aileen dirigió sus ojos a Cowperwood buscando que le confirmara su aprobación con la mirada, y, al recibirla, dijo que estarían encantados de que los visitara en el Cecil.

En este momento, Cowperwood estaba disfrutando al máximo de la sensación que le producía saberse importante y del aire de bienestar que lo rodeaba. Una vez que hubiera desembarcado y se hubiera librado de Aileen, allí estaría Berenice, con su madre en el Claridge's, esperándolo. Se sentía joven: ¡como Ulises emprendiendo una nueva y verdaderamente misteriosa travesía! Aún se sintió mejor cuando, en mitad de todo esto, apareció un mensajero con un telegrama escrito en español: «Brilla en Inglaterra el sol cuando tú pones el pie en ella. Es una puerta de plata que se abre para dar paso al mayor de tus logros y para tu mayor fama. El mar estaba gris sin ti. Oro del Oro». Era de Berenice, por supuesto, y él sonrió para sí ante la perspectiva de volver a verla.

Y ahora los periodistas. ¿Adónde se dirigía? ¿Se había deshecho de todas sus propiedades de Chicago? ¿Era cierto que había ido a Inglaterra a comprar una famosa colección de arte particular, como se había rumoreado? A todas esas preguntas, se dignó a hacer sólo cautelosas declaraciones, aunque muy sonriente. Para ser exactos, lo que pretendía era pasar unas largas vacaciones, puesto que hacía mucho que no disfrutaba de unas, explicó. No, no se había librado de sus propiedades de Chicago;

simplemente las estaba reorganizando. No, no había venido a comprar la colección de los Fairbanks. La había visto en una ocasión y la había contemplado con enorme placer, pero ni siquiera tenía noticia de que estuviera en venta.

Durante todo este intercambio, Aileen se mantuvo a su lado, feliz de haber recuperado su antiguo esplendor. El *Illustrated News*<sup>[1]</sup> había enviado a un hombre para que hiciera un boceto de ella.

Cuando se produjo la primera pausa en aquel rumor de voces, Jarkins, con Kloorfain pegado a él, se apresuró a acercarse para presentar sus respetos y pedirle a Cowperwood que no hiciera declaraciones hasta que tuviera ocasión de hablar con él. A lo que Cowperwood respondió: «Muy bien; como desee».

Después de eso, en el hotel, Jamieson le informó sobre los diversos telegramas que se habían recibido. Y también estaba el señor Sippens en la habitación 741 esperando a ser llamado. Después había un mensaje de lord Haddonfield, al que Cowperwood había conocido unos años antes en Chicago: le gustaría tener el placer de invitar a los Cowperwood durante el fin de semana. También, un distinguido banquero sudafricano —un caballero judío— que se encontraba entonces en Londres, lo invitaba a almorzar para poder hablar sobre unos importantes asuntos relacionados con Sudáfrica. El embajador alemán le enviaba saludos y estaría encantado de recibir al señor Cowperwood en la embajada para invitarlo a cenar cuando a él mejor le conviniera. Desde París había llegado un mensaje del señor Dolan de Filadelfia: «Si pasas por este burgo sin salir de parranda conmigo, haré que te detengan en la frontera. Recuerda, sé tanto de ti como tú de mí».

Se oía el batir de las alas de la fortuna sobre su cabeza.

Más tarde, cuando se había asegurado de que Aileen estaba cómodamente instalada en su *suite*, mandó llamar a Sippens y se informó de todo lo que este tenía que contarle. No había duda, dijo Sippens, ansioso como un pajarillo vestido con su nuevo traje de primavera, de que Greaves y Henshaw estaban desesperados. Y además, no había manera mejor de introducirse en el negocio que con la licencia de la línea que ellos controlaban. Al día siguiente, recorrería con él la ruta propuesta. Aunque, mucho más importante era el control total del circuito central, ya que de eso dependía cualquier sistema general. La Charing Cross podría conectarse con el circuito y resultaría de lo más rentable, y si él fuera el propietario o la controlara, estaría en una posición mucho mejor para dar otros pasos en relación con el circuito y con otras líneas. Además, había muchas licencias en el aire, adquiridas por especuladores con la esperanza de encontrar después inversores y gente dispuesta a gestionar las líneas, y esas también podrían investigarse.

—Sí, la cuestión es cómo abordar todo esto —dijo Cowperwood pensativo—. Y dice que Greaves y Henshaw tienen graves problemas, pero no han acudido a mí todavía. Mientras tanto, parece que Jarkins ha hablado con este tipo, Johnson, de la Traffic Electrical, y Johnson ha acordado con él que si yo no hacía nada hasta que él tuviera la oportunidad de reunir a un grupo que supuestamente está interesado en el

circuito central —su hombre, Stane, imagino, es uno de ellos—, haría las gestiones para que pudiera encontrarme con ellos para hablar de este asunto, del proyecto del circuito completo, supongo. Pero eso significaría, imagino, que yo tendría que hacer caso omiso de Greaves y Henshaw y permitir que la línea de Charing Cross volviera a manos de la Traffic Electrical por incumplimiento, y eso es exactamente lo que no quiero hacer. Con eso les estaría proporcionando un arma más para blandirla contra mí.

Pero, en ese momento, Sippens se puso de pie de un salto.

—¡No haga eso, jefe! —llegó casi a chillar—. ¡No haga eso! Se arrepentirá si llega a hacerlo. ¡Estos de aquí se pegan unos a otros como lapas! Podrían llegar a enfrentarse entre ellos, pero si hubiera un extranjero de por medio, se unirían todos y se lo harían pagar muy caro, a menos que tuviera algo con lo que combatirlos. Será mejor esperar hasta mañana o pasado a ver si tiene noticias de Greaves y Henshaw. Seguro que se enterarán de su llegada por los periódicos de hoy, y a menos que yo esté muy equivocado, se pondrán en contacto con usted, porque no tienen nada que ganar si se quedan esperando, absolutamente nada. Dígale a Jarkins que no se ponga en contacto con Johnson, y usted haga lo que tenga que hacer, pero primero venga conmigo a echarle un vistazo a la ruta de Charing Cross.

Pero, en aquel momento, Jamieson, que ocupaba una habitación contigua, entró con una carta que habían entregado en mano. Al ver el nombre que aparecía en el exterior del sobre, Cowperwood sonrió, y luego, tras leer la carta, se la entregó a Sippens.

—¡Ahí tiene, De Sota! ¿Qué me dice de eso ahora? —le preguntó de buen humor. La carta era de Greaves y Henshaw, y decía lo siguiente:

*Estimado señor Cowperwood:*

*Hemos visto en el periódico de hoy que ha llegado usted a Londres. Si le resulta oportuno y es de interés para usted, nos gustaría concertar una reunión, preferiblemente para el lunes o el martes de la próxima semana. Nuestro objetivo es, por supuesto, el de discutir el asunto que le presentamos en Nueva York el 15 de marzo pasado.*

*Felicitándolo por su segura llegada y deseándole una feliz estancia,  
atentamente suyos,*

*Greaves y Henshaw*

*Firmado: Montague Greaves*

Sippens chasqueó los dedos en un gesto triunfal.

—¡Ahí lo tiene! ¿Qué le había dicho? —dijo casi riéndose a carcajadas—. Se la van a traer y con sus condiciones. Y es la mejor ruta de todo Londres. Con eso en el saco, jefe, puede permitirse sentarse a esperar, especialmente si se dedica a hacerse con estas otras opciones que hay circulando por ahí, porque se enterarán de esto y tendrán que venir a usted. ¡Este Johnson! ¡Menudo fresco! Pedirle a usted que no haga nada antes de hablar con él —añadió con aspereza, porque ya había oído decir que Johnson era un dictador, una persona autoritaria y ya estaba preparado para que



no le gustara—. Claro que ellos tienen buenos contactos —continuó—, él y este otro Stane. Pero sin su dinero y sus conocimientos y experiencia, ¿qué pueden hacer? ¡No serían capaces ni de poner en marcha la línea de Charing Cross, mucho menos estas otras! ¡Y no lo harán; no sin usted!

—Probablemente tenga razón, De Sota —dijo Cowperwood sonriendo afablemente a su leal asociado—. Probablemente vea a Greaves y Henshaw el martes, y puede estar seguro de que no dejaré que se me escape nada de las manos. ¿Qué le parece que demos ese paseo por Charing Cross mañana por la tarde? Supongo que debería verla, y también las líneas del circuito de un tirón y al mismo tiempo.

—¡Estupendo, jefe! ¿Qué le parece a la una? Puedo enseñárselo todo y traerlo de vuelta al hotel sobre las cinco.

—¡Bien! Pero, un momento. ¿Recuerda a Haddonfield, lord Haddonfield, que vino a Chicago hace unos años y creó allí tanto revuelo? ¿Que los Palmer, los Field, los Lester, iban todos corriendo tras él? Yo lo invité a mi casa también. Un tipo elegante y desenfadado.

—¡Claro, claro que me acuerdo! —le contestó Sippens—. Quería entrar en el negocio de los embalajes, creo.

—Y en mi negocio también. Supongo que eso no se lo conté nunca.

—No, nunca lo hizo —dijo Sippens interesándose.

—Bueno, en cualquier caso, esta mañana recibí un telegrama suyo. Quiere que vaya a su casa de campo este fin de semana; Shropshire, creo que se llama. —Cogió un telegrama del escritorio. «Beriton Manor, Shropshire.»

—Qué interesante. Está relacionado con la City and South London. Es accionista, director o algo. Mañana lo sabré todo sobre él. Quizá esté metido en este proyecto y por eso quiere verlo. Si es así, y se muestra cordial, él sería un buen hombre para usted. Un extranjero en tierra extraña, ya sabe.

—Sí, lo sé —dijo Cowperwood—. Quizá no sea mala idea. Creo que iré. A ver qué puede usted averiguar y nos vemos aquí a la una.

Cuando Sippens salía a toda prisa, Jamieson entró con más notas, pero Cowperwood lo despidió con un gesto de la mano.

—Nada más hasta el lunes, Jamieson. Escríbale a Greaves y Henshaw, y dígales que estaré encantado de recibirlos aquí el martes a las once. Póngase en contacto con Jarkins y dígame que no haga nada hasta que tenga noticias mías. Mándele un cable a este lord Haddonfield, diciéndole que el señor y la señora Cowperwood estarán encantados de aceptar su invitación, y encárguese de las indicaciones para llegar allí y de los billetes. Si surge algo más, déjelo en mi escritorio y lo veré mañana.

Salió por la puerta a grandes zancadas y cogió el ascensor, y una vez en la calle, levantó la mano para llamar un cabriolé. Aunque dio como destino Oxford Street, no habían avanzado ni dos manzanas cuando levantó la cubierta superior y le hizo señas al cochero para decirle: «Oxford con Yewberry Street, a mano izquierda».

Y una vez allí, se bajó y caminó dando un rodeo hasta el Claridge's.



## CAPÍTULO XXIV

La actitud de Cowperwood para con Berenice por esta época era una mezcla de padre y de amante. El hecho de que fuese mayor que ella y de que la admiración que despertaban en él su belleza y su mentalidad fuese inmutable, le hacía desear protegerla y favorecer que desarrollara su sentido estético. Al mismo tiempo, indudablemente compartía sus emociones sensuales, aunque a veces aquella relación le produjera una sensación extraña, porque en público le resultaba imposible armonizar sus sesenta años con la extrema juventud de ella. Sin embargo, en privado, su capacidad para anticiparse a las cosas de manera práctica, que tan a menudo parecía estar a la altura de la suya propia, le hacía sentirse a un tiempo más fuerte y también orgulloso de ella. Para ella, la independencia y la fuerza se unían no tanto a los pensamientos de autoengrandecimiento material de Cowperwood como a esa parte de los posibles frutos que podría utilizar para alcanzar la perfección de su temperamento y de su posición social. Explicaba su presencia aquí en Londres y le confería una importancia real. Ahora, como la encontró más optimista y alegre que nunca, al cogerla entre sus brazos absorbió no poco de su alegría y su seguridad en sí misma.

—¡Bienvenido a Londres! —fueron sus primeras palabras—. ¡De modo que César ha cruzado el Rubicón<sup>[1]</sup>!

—Gracias, Bevy —le dijo, soltándola de su abrazo—. Recibí tu mensaje también y lo valoro enormemente. Pero deja que te mire. ¡Camina hasta el otro lado de la habitación!

La examinó con intensa satisfacción cuando ella, con una sonrisa irónica en los labios, se alejó de él y caminó adoptando las poses de una maniquí de moda, hasta terminar con una reverencia y diciendo:

—¡Directa de Madame Sary! ¡El precio es simplemente... un secreto! —dijo con un mohín.

Llevaba un vestido de terciopelo de color azul turquí, línea princesa, con unas perlas minúsculas que resaltaban el borde del cuello y del corpiño.

Cowperwood la tomó de la mano y la condujo hasta un sofá, tan pequeño que sólo había espacio para ellos dos.

—¡Exquisita! —le dijo—. No sabes la alegría que me produce estar contigo de nuevo. —Después le preguntó por su madre, y continuó diciendo—: Esta es una sensación nueva para mí, Bevy. Antes nunca me interesó Londres demasiado, pero esta vez, sabiendo que tú ibas a estar aquí, me sorprendí al sentir una alegría inmensa cuando lo vi aparecer.

—¿Y qué más? —preguntó ella.

—Y verte, por supuesto —dijo con una amplia sonrisa y la besó, tocándole los ojos, el pelo, rozándole los labios con los suyos, hasta que ella lo previno de que no podrían hacer el amor hasta más tarde. Obligado a aceptarlo en aquel momento, empezó a relatarle la travesía y todo lo que había ocurrido en tono animado.

—Aileen está conmigo en el Cecil —continuó—. Acaban de hacer un boceto de ella para los periódicos. Y tu amigo Tollifer hizo mucho, debo decir, por hacerle agradable el viaje.

—¡Mi amigo! ¡Pero si yo no lo conozco!

—Sí, ya sé que no, pero, en cualquier caso, ha resultado ser un tipo muy inteligente. Deberías haberlo visto cuando se me acercó en Nueva York y luego en el barco. ¡El dinero es como Aladino y la lámpara maravillosa! Por cierto, él continuó hasta París, en parte para despistar, supongo. Por supuesto, me he encargado de que se le proporcione una buena cantidad de dinero en este momento.

—¿Lo visteis en el barco? —preguntó Berenice.

—Sí, nos lo presentó el capitán. Pero es que es de ese tipo de personas capaz de arreglar algo así. Y parece tener una capacidad especial para congraciarse con las damas. Prácticamente monopolizó a todas las que eran atractivas.

—¿Contigo allí? ¿Y esperas que me lo crea?

—Un milagro, lo admito, pero ese hombre es asombroso. Parecía saber exactamente qué es lo que hacía falta. Yo personalmente lo vi poco, pero sí logró impresionar a Aileen; tanto que quiere que lo invitemos a cenar con nosotros.

Miró muy serio a Berenice, y ella, a su vez, le devolvió una mirada de felicitación a la que añadió al cabo de un momento:

—Me alegro. De verdad. Esto es exactamente lo que ella necesita: un cambio así. Hace tiempo que lo debería haber tenido.

—Estoy de acuerdo —dijo Cowperwood—. Ya que no puedo estar con ella de la manera que le gustaría, ¿por qué no otra persona? En cualquier caso, espero que siga manteniendo el control, aunque me inclino a pensar que sí. Aileen ya está planeando en ir de compras a París, así que creo que las cosas van bastante bien.

—Muy bien —dijo Berenice sonriendo—. Parece que nuestros planes podrían funcionar. Y, ¿quién tiene la culpa?

—Tú no, ni yo tampoco. Es una de esas cosas que tienen que pasar; como cuando viniste a verme la pasada Navidad, cuando yo menos te esperaba.

Empezó a acariciarla de nuevo, pero, ella, interesada en sus propios planes, se resistió y le dijo:

—Espera, espera, quiero que me hables de Londres, y después hay algo que quiero contarte.

—¿Londres? Hasta ahora todo parece muy prometedor. En Nueva York te hablé de aquellos dos hombres, Greaves y Henshaw, y te dije que había rechazado su oferta. Bueno, pues estando ahora en el hotel, justo antes de marcharme, llegó una carta de ellos. Quieren verme, y tengo una cita con ellos. En cuanto al otro plan de más

envergadura, hay un grupo aquí con el que tengo intención de hablar. En cuanto haya algo definido, te lo contaré. Pero mientras tanto, quiero marcharme contigo a alguna parte. Deberíamos poder cogernos unas pequeñas vacaciones antes de que empiece con todo esto. Y está Aileen, por supuesto. Y hasta que no hayamos solucionado lo de ella... —se interrumpió— mi intención es animarla a que se marche a París y entonces nosotros podríamos navegar hasta el Cabo Norte o por el Mediterráneo. Uno de mis agentes me ha hablado de un yate que se puede alquilar para el verano.

—¡Un yate! ¡Un yate! —exclamó Berenice entusiasmada y poniéndole un dedo en los labios al mismo tiempo—. ¡Oh, no, no! Ahora estás pisando mis planes. Encargándote de cosas de las que quiero encargarme yo. Mira...

Pero antes de que ella pudiera terminar, la cogió y la obligó a callarse con un beso.

—¡Estás impaciente! —dijo ella en voz baja—. Pero espera... —Y lo condujo a una mesa dispuesta junto a una ventana en la habitación contigua—. Como ve, mi señor, hay un banquete preparado para dos. Es vuestra esclava quien os invita. Si es tan amable de sentarse y tomar algo conmigo comportándose como es debido, le hablaré de mí. ¡Lo crea o no, lo he resuelto todo!

—¡Todo! —dijo Cowperwood en tono de chanza—. ¿Y tan pronto? ¡Ojalá supiera yo cómo se hace eso!

—Bueno, casi todo —continuó ella, al tiempo que levantaba una licorera que contenía el vino favorito de él y servía una copa para cada uno—. Porque, por extraño que parezca, he estado pensando. Y cuando yo pienso... —se interrumpió y miró al techo. Él cogió la copa que ella tenía en la mano y la besó, justo como ella sabía que haría.

—¡Atrás, César! —le dijo con coquetería—. No hemos de beber aún. Has de sentarte ahí, y yo me sentaré aquí. Y después te lo contaré todo. Te lo confesaré.

—¡Diablillo! Sé seria, Bevy.

—Nunca lo he sido más —dijo ella—. ¡Y ahora escucha, Frank! Fue así. A bordo de nuestro vapor había media docena de ingleses, jóvenes y mayores, y todos ellos atractivos; con los que yo coqueteé lo eran, al menos.

—De eso estoy seguro —dijo Cowperwood con aire indulgente, pero aún en duda—. ¿Y?

—Bueno, si vas a ser así de generoso, tendré que decirte que todo fue por ti, y también que fue del todo inocente, aunque eso no hace falta que lo creas. Por ejemplo, descubrí que hay un sitio a las afueras que se llama Boveney on the Thames, que no está a más de cincuenta kilómetros de Londres. El soltero más atractivo, Arthur Tavistock, me habló de él. Vive allí con su madre, lady Tavistock, y me dijo que estaba seguro de que me gustaría. Y a mi madre también le gusta mucho él. Así que ya ves...

—Sí, ya veo que vamos a vivir en Boveney tu madre y yo —dijo Cowperwood, en tono casi sarcástico.

—¡Exactamente! —se burló Berenice—. Y ese es otro aspecto importante; tú y mi madre, quiero decir. De ahora en adelante vas a tener que prestarle mucha atención a ella. Y muy poca a mí. Excepto en lo que tenga que ver con tu papel de tutor mío. —Y ella le pellizcó la oreja.

—En otras palabras, Cowperwood, el tutor y amigo de la familia —dijo y sonrió con cierta ironía.

—¡Exactamente! —insistió Berenice—. Es más, yo voy a ir a pasear en batea con Arthur muy pronto. Y, lo que es aún mejor —y aquí soltó una risita—, sabe de una preciosa casa flotante que será ideal para mi madre y para mí. Entonces, noches a la luz de la luna, o tardes soleadas más o menos a la hora del té, mientras mi madre y la suya hacen croché o pasean por el jardín, y tú lees y fumas, Arthur y yo...

—Sí, ya sé, una encantadora vida juntos: casa flotante, amante, primavera, tutor, madre. Un verano ideal, de hecho.

—No podría ser mejor —insistió Berenice con vehemencia—. Llegó incluso a describir los toldos, rojos y verdes. Y a todos sus amigos.

—Que también son rojos y verdes, supongo —comentó Cowperwood.

—Bueno, prácticamente; pantalones de franela y chaquetas de *sport*. Y todo muy correcto y formal. Eso es lo que le dijo a mi madre. Y un montón de amigos a los que presentarnos a mi madre y a mí.

—¿Y las invitaciones de boda?

—Para junio, como mucho, te lo prometo.

—¿Puedo llevar a la novia al altar?

—Claro que podrías —contestó Berenice muy seria.

—¡Diablos! —y ahora Cowperwood soltó una sonora carcajada—. ¡Un viaje muy productivo, debo decir!

—Todavía no has oído ni una mínima parte —continuó ella con descaro y en tono casi combativo—. ¡Ni una mínima parte! También está Maidenhead... vaya me sonrojo sólo de mencionar...

—¿Ah, sí? Tomaré nota de eso.

—Tampoco te he hablado todavía del coronel Hawkesberry, de la Royal no sé qué —dijo ella haciéndose la tonta—. Uno de esos regimientos; conoce a un oficial que tiene un primo que tiene una casa de campo en algún parque junto al Támesis.

—¡Dos casas de campo y dos casas flotantes! ¿O es que ves doble?

—En todo caso, esta rara vez está disponible. Está libre casi por primera vez esta primavera. Y es como un sueño. Normalmente se la dejan a los amigos. Pero, para mi madre y para mí...

—Y ahora nos convertimos en la hija del regimiento.

—Eso en cuanto al coronel. Luego está Wilton Braithwaite Wriothsley, que se pronuncia «Rotisly», con un bigotito perfecto, que mide más de metro ochenta y...

—¡Bueno, Bevy! ¡Qué intimidaciones! ¡Estoy empezando a sospechar!

—¡De Wilton no! ¡Nunca, te lo juro! ¡Del coronel, puede ser, pero no de Wilton!

—dijo con una risita—. Bueno, para no hacer esta historia, que ya es larga de por sí, cinco veces más larga, te diré que ya sé no sólo de cuatro casas flotantes en el Támesis, sino de cuatro casas perfectamente acondicionadas en o cerca de las manzanas residenciales más exclusivas de Londres, y todas disponibles para pasar una temporada, o el año entero, o para siempre, si decidiéramos establecernos aquí de manera permanente.

—¡Si tú lo dices, cariño! —intervino Cowperwood—. ¡Menuda actriz estás hecha!

—Y —continuó Berenice, haciendo caso omiso al comentario de admiración de Cowperwood— si les diera mi dirección en Londres, algo que no he hecho todavía, podría verlas todas, porque uno o puede que todos mis admiradores estarían dispuestos a enseñármelas.

—¡Bravo! ¡Caramba! —exclamó Cowperwood.

—Pero de momento no hay compromisos ni líos amorosos tampoco —añadió—. Aunque mi madre y yo accedimos a ir a ver una de Grosvenor Square y otra en Berkeley Square, y después, bueno, pues ya veremos lo que hacemos.

—¿Pero no te parece que lo mejor sería que consultaras con tu anciano tutor los detalles del contrato y ese tipo de cosas?

—Bueno, sí, en cuanto al contrato, sí, pero, en cuanto a todo lo demás...

—En cuanto a todo lo demás, renuncio, y me alegro de hacerlo. Ya he dirigido bastante en esta vida, y además será divertido verte a ti intentar hacerlo.

—Bueno, en cualquier caso —continuó ella con picardía—, supongamos que me dejas que me siente aquí —y se sentó en el regazo de él, alargó el brazo hacia la mesa, cogió la copa de vino y besó el borde—. ¿Ves? Estoy pidiendo un deseo. —Y entonces, bebió la mitad del vino—. Y ahora pide tú uno —dijo ella dándole la copa y observando cómo bebía el resto del vino—. Y ahora tienes que lanzarla contra la pared por encima de mi hombro derecho para que nadie pueda volver a beber en ella. Así es como lo hacían los antiguos normandos y los daneses. Ahora...

Y Cowperwood lanzó la copa.

—Ahora, bésame y todo se hará realidad —dijo ella—. Porque ya sabes que soy una bruja y que hago que las cosas se conviertan en realidad.

—Estoy dispuesto a creerlo —dijo Cowperwood con afecto y la besó con la mayor solemnidad.

Tras la cena hablaron sobre cuáles habrían de ser sus movimientos más inmediatos. Descubrió que Berenice se oponía con vehemencia a cualquier plan de abandonar Inglaterra en aquel momento. Era primavera y siempre había querido hacer una visita a las ciudades catedralicias —Canterbury, York, Wells—, visitar los baños romanos de Bath, Oxford y Cambridge y algunos de los antiguos castillos. Podrían hacer el viaje juntos, pero sólo, por supuesto, después de que él hubiera investigado las posibilidades que tenía por delante con el proyecto de Londres. Además, también le gustaría echarles un vistazo a las casas de campo que había

mencionado. Y luego, una vez instalados, podrían empezar sin demora sus vacaciones juntos.

Y ahora debía ir a ver a su madre, que se encontraba algo disgustada y melancólica aquellos días, temiendo que les pasaran no sabía qué cosas a todos ellos. Y después, debía regresar con ella, y entonces... y entonces...

Cowperwood la cogió entre sus brazos.

—¡Bueno, bueno, Minerva! —dijo—. Es posible que podamos arreglar las cosas a tu gusto. No lo sé. Pero una cosa es segura: si nos encontramos con muchos impedimentos aquí, le daremos la vuelta al mundo. Ya me las arreglaré con Aileen de algún modo. Y si ella no está de acuerdo, bueno, pues entonces, nos iremos a pesar de lo que diga. Probablemente se pueda contrarrestar de algún modo la publicidad negativa que ella siempre está amenazando con hacer. Estoy seguro de que sí. Así ha sido hasta ahora, en cualquier caso.

La besó con dulzura, lo que le produjo un gran bienestar, y después fue a hablar con la señora Carter, a la que encontró sentada junto a una ventana abierta, leyendo una novela de Marie Corelli<sup>[2]</sup>. Obviamente se había vestido y peinado en previsión de su llegada, y le dedicó la más optimista de las sonrisas. Aun así, se dio cuenta de que se encontraba haciendo conjeturas, nerviosa, preguntándose si todo lo que Berenice y él pretendían hacer realmente era viable y de si no sería peligroso. De hecho, pensó que en los ojos se le notaba que estaba desanimada y en tensión. Así que tras unos cuantos comentarios sobre las perspectivas que todos ellos tenían de pasar una agradable primavera en Inglaterra, le dijo con aire informal, aunque de la manera más directa:

—Yo no me preocuparía por nada, Hattie, si estuviera en tu lugar. Bery y yo nos entendemos a la perfección. Y creo que, además, ella se conoce muy bien. Es brillante y preciosa, y la amo. Si surge cualquier problema, creo que podremos arreglárnoslas. Intenta pasártelo bien. Es probable que yo vaya a estar muy ocupado, así que no podré veros tanto como me gustaría, pero estaré en guardia. Y ella también lo estará. No te preocupes.

—Oh, no estoy preocupada, Frank —le dijo en tono casi de disculpa—. Ya sé que Bevy es muy decidida y tiene muchos recursos, y que tú siempre tienes presente qué es lo mejor para ella. Y de verdad espero que las cosas salgan como tú quieres. Ella es la mujer ideal para ti, Frank; tan encantadora y con tanto talento. Me habría gustado que la hubieras visto en el barco; con cuánta inteligencia se las arreglaba para conocer gente y hablar con ellos. Y, además, cómo se encargaba de que se mantuvieran en su lugar. ¿Te vas a quedar un rato ahora? Me alegro. Estoy algo indispuesta, pero te veré más tarde, espero.

Lo acompañó hasta la puerta, comportándose como la anfitriona que ha recibido a un huésped distinguido, como sin duda lo consideraba. Una vez que se hubo marchado y cerrado la puerta, fue hasta el espejo y, tras contemplarse en él con tristeza y retocarse las mejillas con el colorete —por si Berenice decidía entrar—,



sacó una botella de *brandy* que guardaba en un bolso de viaje bajo llave y se sirvió una copa pequeña.

## CAPÍTULO XXV

El siguiente fin de semana, el matrimonio Cowperwood se encontró rodeado de un interesante grupo de personas como invitados de lord Haddonfield en Beriton Manor, que era, en verdad, un edificio enorme y distinguido, ejemplo de la arquitectura inglesa del siglo XVI, que se encontraba en el extremo sudeste de Hardown Heath y justo en el centro de un bien conservado patrimonio. Al noroeste, había un páramo inhóspito, casi como el mar; una gran extensión verde y ondulante que, tras cientos de años, constituía un desafío histórico al arado, la sembradora y a los constructores. Su valor principal, tanto para los ricos como para los pobres, se hallaba en la enorme pradera de la que disponían las liebres, los ciervos y otros animales, así como las partidas de caza, con sus monturas, sus perros y sus jinetes vestidos con chaquetas rojas. Hacia el sudoeste, que era hacia donde estaba orientada la mansión, había laderas arboladas y campos, en mitad de los cuales se hallaba Little Beriton, una pequeña población con mercado y casas con techos de paja, que confería a aquel paisaje rústico un aspecto acogedor.

Haddonfield, que fue a esperar a los Cowperwood a la estación de Beriton, seguía siendo el mismo individuo alegre y sofisticado de cinco años atrás. Los buenos recuerdos que guardaba le hicieron sentirse encantado de verlos, y mientras les enseñaba las impresionantes extensiones de césped y los patios, le dijo a Aileen:

—He pensado, señora Cowperwood, que el páramo quizá resultara una vista demasiado sombría para usted y su esposo, de modo que les voy a dar habitaciones que miren al jardín. Se está sirviendo ahora el té en el salón, si están cansados después del viaje.

A pesar de tener una espléndida mansión y muchos sirvientes en Nueva York y de que la fortuna de este hombre era mucho menor, Aileen estaba convencida, al menos por el momento, de que este lugar era mucho más deseable. ¡Ay, tener una casa así, con la seguridad y los contactos sociales de este hombre! Y no tener ya más problemas. Estar siempre tranquila. Sin embargo, aunque a Cowperwood, por su temperamento, le agradaba ver lugares así, no se sentía intimidado, ni siquiera impresionado, por los títulos ni por las plusvalías. Él había conseguido fama y riqueza por sus propios medios.

Los invitados de lord Haddonfield durante este fin de semana constituían un grupo diverso, pero distinguido. Desde Londres había llegado el día anterior sir Charles Stoneledge, un actor que gozaba de fama y buena posición en el ambiente teatral de Londres, pero que era un individuo histriónico y afectado que aprovechaba cualquier oportunidad para visitar a sus amigos o conocidos aristócratas. Había traído

consigo a la señorita Constance Hathaway, una actriz que estaba entonces representando con éxito la popular *Sentiment*.

Como contrapunto, también estaban allí lord y lady Ettinge. Él era un hombre bastante importante, con intereses en los ferrocarriles y el transporte por mar —un hombre grande, rubicundo y autoritario, con tendencia a beber en exceso y que, cuando se había tomado las copas suficientes, resultaba hasta cierto punto cordial—. Cuando estaba completamente sobrio, era dado a proferir cortantes *obiter dicta*<sup>[1]</sup>, más que a la argumentación agradable y moderada. Lady Ettinge, sin embargo, era extremadamente diplomática, y en esta ocasión, había sido invitada por lord Haddonfield para que hiciera las veces de anfitriona. Plenamente consciente de la actitud y hábitos de su esposo, que ella soportaba con actitud tolerante, en modo alguno permitía que eso oscureciera su propia personalidad. Era alta y corpulenta, tenía venillas azules y las mejillas rojas, y sus ojos también azules tenían una mirada dura. En una época había sido tan bella y atractiva como cualquier hermosa doncella de dieciséis años, y lo recordaba muy bien, al igual que le ocurría a Ettinge, que la había cortejado con gran empeño. Tenía mejor sentido de la proporción que su esposo. Él, que procedía de un antiguo linaje y que había heredado su riqueza, tenía tendencia a dar importancia y precedencia a la primogenitura en lugar de a los logros actuales, a pesar de que él mismo era bastante activo en los negocios. Su esposa, sin embargo, aunque procedía de una familia tan importante como la de él, mostraba más interés en las fuerzas del cambio de aquellos momentos, de las que era muy consciente, y tendía a admirar a gigantes como Cowperwood, a pesar de que carecieran de título.

También estaban presentes lord y lady Bosvike, ambos jóvenes, elegantes y muy populares. Se les daban bien todos los deportes, les gustaba apostar e ir a las carreras, y eran muy apreciados en cualquier reunión por su entusiasmo y alegría. En secreto se reían de Ettinge y de su esposa, aunque al mismo tiempo valoraban su posición e intentaban mostrarse agradables de forma deliberada.

Un huésped muy importante —así considerado a ojos de Haddonfield y Ettinge— era Abington Scarr. Hombre de origen algo dudoso —sin título ni familia—, que, sin embargo, estaba armando todo un revuelo financiero en aquellos momentos. Por un lado, en los últimos cuatro años, había logrado montar una compañía dedicada a la cría de ganado en Brasil cuyos beneficios ya estaban dejando unos rendimientos considerables a sus inversores. Ahora tenía interés en la cría de ovejas en África, donde, en virtud de unas inauditas concesiones por parte del gobierno y de los métodos que había ideado para reducir costes y encontrar mercados, se le consideraba alguien que probablemente terminara siendo millonario al cabo de muy poco tiempo. Las críticas más sagaces que se vertían sobre sus negocios y que procedían de aquellos que tendían a dudar, aún no habían dado lugar a nada que resultara del todo perjudicial para sus demandas. Haddonfield, y también Ettinge, se sentían impresionados por su éxito, pero al mismo tiempo, se mostraban recelosos a la hora

de tomar parte en sus negocios. Especulaban con algunas de sus acciones, pero entraban y salían del negocio con rapidez. Una de las cosas que Scarr estaba intentando promover por esta época —aunque con menos éxito que en el caso de todas sus aventuras anteriores— era la línea de Baker Street & Waterloo Line, una nueva línea subterránea de Londres, con vistas a la cual se había hecho con una franquicia otorgada por el parlamento. Y precisamente por esto fue por lo que la inesperada aparición de Cowperwood le pareció interesante.

Como Aileen estaba decidida a arreglarse con gran esmero y detalle, los Cowperwood bajaron tarde a cenar. Cuando entraron en el salón, todos los demás invitados ya se encontraban allí reunidos y se sentían algo molestos por haber tenido que esperar. Particularmente, Ettinge, que había decidido no prestar mayor atención a los Cowperwood. Pero cuando aparecieron, Haddonfield les dio la bienvenida efusivamente y los otros se giraron al instante, volvieron a mostrarse amables y prestaron una atención exenta de afectación a los norteamericanos. Ettinge, se puso de pie con aire desgarbado e hizo una rígida reverencia al ser presentado, aunque estudió a Cowperwood con gran atención. Y lady Ettinge, que había seguido los últimos comentarios que se habían hecho en Inglaterra sobre sus asuntos, decidió al instante que, aparte de su esposo, Cowperwood era la personalidad más destacada presente en aquella reunión. De manera instintiva, le perdonó que estuviera acompañado de Aileen, al juzgar que probablemente se habría casado joven y que, con filosofía, habría decidido más adelante sacarle el mejor partido posible a aquella unión tan desafortunada. En cuanto a Scarr, era lo suficientemente inteligente como para darse cuenta de que se encontraba ante un hombre que era dueño de su propio mundo.

Algo intranquila tras su largo periodo de abandono en Nueva York, Aileen se esforzó al máximo por resultar natural, aunque sólo consiguió parecer excesivamente cordial y mostrarse casi ansiosa, sonriéndole a todo el mundo. Hizo comentarios que generaron en la mente de todos la impresión de que se sentía bastante insegura. Cowperwood se dio cuenta, pero decidió que, después de todo, él podría compensarlo un poco. Y con su habitual diplomacia, se dirigió a lady Ettinge quien era, evidentemente, la dama de mayor edad y también la invitada más importante.

—La vida en la campiña inglesa es algo bastante novedoso para mí —dijo sencillamente—, pero, debo decir que, a juzgar por lo poco que he visto esta tarde, la admiración que se tiene por ella está bastante justificada.

—¿De veras? —dijo lady Ettinge, que sentía cierto interés por conocer sus gustos y su temperamento—. ¿Tan encantadora le parece?

—Sí, y creo que puedo explicarle por qué. De aquí procede lo mejor que tenemos hoy en día en mi propio país. —Puso especial énfasis en las palabras «hoy en día», algo que a ella no se le escapó—. Percibimos la cultura de Italia —continuó él— como la de un pueblo totalmente distinto al nuestro; y lo mismo, creo, se puede decir de Francia y Alemania. Pero aquí reconocemos de manera natural, por la afinidad, el

origen de nuestra propia cultura y de nuestro desarrollo, incluso de los que, como yo, no somos de extracción inglesa pura.

—Usted parece excesivamente amable con Inglaterra —dijo lady Ettinge—. ¿Es usted de origen inglés?

—Sí, mis padres eran cuáqueros<sup>[2]</sup>. Yo crecí conociendo a la perfección la simplicidad de los cuáqueros ingleses.

—Me temo que no todos los norteamericanos son tan cordiales.

—El señor Cowperwood puede hablar con conocimiento de cualquier país —dijo lord Haddonfield aproximándose—, porque ha gastado una fortuna y ha pasado muchos años reuniendo obras de arte de todos ellos.

—Mi colección es muy modesta —dijo Cowperwood—. Yo la considero simplemente como un germen.

—Y su colección de arte se encuentra alojada en uno de los museos más bellos que he visitado nunca —continuó lord Haddonfield, dirigiéndose a lady Ettinge—. Está en la casa que el señor Cowperwood tiene en Nueva York.

—Tuve el placer de oír hablar sobre su colección la última vez que estuve en Nueva York, señor Cowperwood —interpoló Stoneledge—. ¿Es cierto que ha venido a adquirir más piezas? Creo que leí algo así el otro día.

—Es un rumor infundado —contestó Cowperwood—. En este momento no estoy coleccionando nada más que impresiones. Simplemente voy de camino al continente.

Indescribiblemente satisfecha ante el triunfo que él parecía estar cosechando, Aileen se mostró muy alegre durante toda la cena, tanto así que Cowperwood, de vez en cuando, le lanzaba una mirada inquisitiva, ya que estaba especialmente ansioso por causar una buena impresión. Conocía, por supuesto, los intereses financieros de Haddonfield y Ettinge, y además también estaba Scarr, quien, según había oído, pretendía construir una línea subterránea. En lo referente a lord Ettinge, estaba interesado en averiguar lo que pudiera sobre su influencia y sus contactos, y en ese sentido, había tenido cierto éxito, porque lady Ettinge le habló con franqueza sobre los intereses políticos de su esposo. Era *tory*<sup>[3]</sup> y tenía un contacto bastante estrecho con los líderes del Partido Conservador, que ahora estaban considerando nombrarlo para un puesto importante en la India. Todo dependía de ciertas eventualidades políticas relacionadas con la guerra de los bóeres<sup>[4]</sup>, que entonces sacudía Inglaterra. Hasta entonces, las pérdidas habían sido casi continuas, pero el talante de los invitados pretendía minimizar ese hecho tan desafortunado, y Cowperwood, por razones diplomáticas, adoptó la misma actitud.

En el transcurso de la cena, mientras charlaba de manera distendida con el resto de los invitados, se preguntaba quién, de todos ellos, podría serles de utilidad a él y a Berenice. Lady Bosvike lo invitó a su casa de campo en Escocia. Scarr, una vez que las damas hubieron abandonado la mesa, fue el primero en aproximarse y le preguntó si pensaba quedarse mucho tiempo en Inglaterra. En caso afirmativo, le gustaría que fuera a visitarlo a su casa de Gales. Incluso Ettinge se había relajado ya lo suficiente

para entonces como para hablar de asuntos norteamericanos e internacionales.

Y esta relación se fortaleció el lunes cuando tuvo lugar una partida de caza y se vio que Cowperwood no carecía de habilidad. De hecho, para cuando los Cowperwood se dispusieron a marcharse, él se había ganado la admiración de todos los invitados de Haddonfield, aunque no se pudiera decir lo mismo de Aileen.

## CAPÍTULO XXVI

Cowperwood hizo una vista al apartamento de Berenice a la vuelta de Beriton Manor y se encontró con que se estaba preparando para hacer una excursión con el objeto de inspeccionar una de las casitas de campo que el coronel Hawkesberry le había sugerido como una residencia de verano ideal para ella y para su madre. Estaba situada, le dijo, junto al Támesis, entre Maidenhead y Marlow.

—¿Y quién crees que es el propietario? —le preguntó, adoptando cierto aire de misterio y sorpresa.

—No tengo ni la menor idea, a menos que intente leerte la mente.

—Inténtalo.

—¡Yo no! Es demasiado difícil. ¿Quién es?

—Ni más ni menos que el lord inglés del que el señor Sippens te habló, a menos que haya dos lores con el mismo nombre. Lord Stane.

—¿De verdad? —dijo Cowperwood, sorprendido por la coincidencia—. Cuéntame. ¿Lo has conocido a él?

—No. Pero el coronel Hawkesberry se muestra entusiasmado con el sitio; dice que está muy cerca de Londres. Y además, ¡él y su hermana están allí! —dijo imitando el acento británico del ausente Hawksberry.

—Siendo así, creo que bien podríamos echarle un vistazo —dijo Cowperwood al tiempo que admiraba el atractivo atuendo de Berenice: una falda larga y una ajustada chaquetilla de color verde bosque ribeteada con un galón dorado, y un cinturón también dorado. Y además, llevaba un sombrero verde colocado a un lado de la cabeza y que lucía una única pluma roja.

—Me gustaría conocer a Stane —continuó Cowperwood— y esta puede ser la manera de lograrlo. Aunque toda cautela es poca, Bevy. Tengo entendido que es rico y muy influyente. Si pudiéramos hacer que se interesara en el asunto aceptando nuestras condiciones... —se interrumpió.

—Justo lo que yo he estado pensando —dijo ella—. Entonces, ¿por qué no te vienes a verla conmigo ahora? Mamá está cansada hoy y va a quedarse aquí.

Su actitud, como era habitual, era distendida, esquiva, juguetona, tal como más le gustaba a Cowperwood, porque era un reflejo perfecto de su fuerza natural, de su ingenio y de su optimismo en cualquier tipo de circunstancia y en todas las ocasiones.

—¡El placer de escoltar a este traje, aparte de todo lo demás, ya es suficiente! —dijo Cowperwood.

—Por supuesto —continuó Berenice— que ya le he dicho a todo el mundo que sólo puedo tomar decisiones si mi tutor las autoriza. ¿Estás dispuesto a asumir tus funciones? —le preguntó con la más provocativa de las miradas.

Caminó hasta ella y la cogió entre sus brazos.

—Todo esto es nuevo para mí, pero lo intentaré.

—Bueno —dijo Berenice—, en cualquier caso te lo estoy poniendo fácil. He consultado con un agente de alquileres, y se reunirá con nosotros en Windsor. Y después, he pensado que podríamos buscar alguna antigua taberna para tomar el té.

—¡Per-fec-to!, como dicen por aquí. Pero, primero, déjame hablar un momento con tu madre. —Y entró apresuradamente en la habitación de la señora Carter.

—Bueno, Hattie —le dijo a modo de saludo—. ¿Cómo va todo? ¿Qué tal te va en la vieja Inglaterra?

En contraste con la alegría de Berenice, su madre no sólo parecía algo deprimida, sino también cansada. Todo había ocurrido muy rápido; había descendido de su nube brillante y colorida en la que se sentía segura de su lugar en la sociedad, para precipitarse en esta gran aventura, que, a pesar de venir acompañada de suntuosos avíos, seguía siendo, sin embargo, aterradora por todos los peligros que los acechaban en el camino. ¡Vivir era algo muy complicado! Era cierto que había criado a una hija que tenía mucho talento, y que era tan decidida y rebelde como ella misma. Y por esa precisa razón, no era posible predecir con exactitud cuál iba a ser su futuro. Y aunque Cowperwood siempre se había mostrado dispuesto, y seguía estándolo, a hacer que se sintieran seguras y protegidas gracias a sus enormes recursos intelectuales y a su riqueza, ella seguía teniendo miedo. El hecho de que las hubiera traído a Inglaterra en un momento en el que estaba intentando conquistar el favor de la opinión pública abiertamente, y teniendo a Aileen allí tan cerca, la desconcertaba. Según Berenice, esta forma de proceder era necesaria, aunque no fuese del todo aceptable.

Pero esta explicación no la convencía del todo. Ella había vivido y había perdido, y el fantasma que la acosaba era el miedo a que Berenice también terminara perdiendo. Porque había que contar con Aileen y con la volubilidad de Cowperwood, y con el mundo, tan despiadado que a nadie perdonaba y del que nadie se libraba. Algo de esto era lo que se veía en su estado de ánimo, en sus ojos y en su aspecto decaído. Sin que Berenice lo supiera, había vuelto a beber, y sólo un momento o dos antes de que Cowperwood entrara, se había bebido una copa grande de *brandy* con la intención de fortalecer su ánimo de cara a este encuentro que ella sabía seguro.

En respuesta a su saludo, dijo:

—Oh, me gusta mucho Inglaterra. Bevy se siente fascinada por todo aquí. Supongo que vais a ir a ver esas casas. Todo depende del número de invitados que esperéis tener, o, mejor dicho, a quienes no esperéis tener, si vais a estar los dos juntos.

—Creo que te refieres a Bevy, no a mí. Ella es la que parece tener un imán. Pero tú pareces un poco abatida, Hattie. ¿Qué pasa? —La miró con aire inquisitivo, aunque no exento de comprensión—. ¡Vamos, vamos, no dejes que estos primeros días puedan con tus nervios! Ya sé que todo esto es un poco difícil. Has tenido un viaje agotador y estás cansada. —Cruzó la habitación para acercarse a ella y le puso



una mano en el hombro en actitud amistosa, pero, al hacerlo, le llegó el olor a *brandy* —. Escucha, Hattie —le dijo—, hace mucho tiempo que tú y yo nos conocemos. Sabes que aunque siempre me he sentido atraído por Bevy, jamás me permití ni un simple gesto que pudiera llegar a comprometerla en modo alguno antes de que ella viniera a buscarme a Chicago. ¿Es eso cierto, o no?

—Sí, Frank, es cierto.

—Sabes que mi único deseo, cuando sentía que no podría tenerla, era conseguir que ocupara un lugar en la sociedad, que se casara y que ya no tuvieras que preocuparte por ella temiendo que algo saliera mal.

—Sí, lo sé.

—Por supuesto que lo que ocurrió en Chicago hay que achacármelo a mí, pero ni siquiera eso es del todo así, porque ella vino a mí en un momento en el que la necesitaba mucho. De otro modo, creo que habría sido capaz de resistirme, incluso en aquel momento. En cualquier caso, ahora estamos todos en el mismo barco y compartiremos la misma suerte. A ti te parece que esta aventura es algo imposible. Me doy cuenta. Pero yo no lo veo así. Recuerda que Bevy es una muchacha brillante e ingeniosa. Y que esto es Inglaterra, no los Estados Unidos. La gente de aquí permite que las personas inteligentes y bellas se abran camino de una manera que todavía no podemos ni imaginar siquiera en nuestro país. Coge fuerzas y cumple con tu papel, y todo irá bien.

Volvió a darle unas palmaditas en el hombro y la miró a los ojos para ver qué efecto habían tenido sus palabras.

—Ya sabes que haré todo lo que pueda, Frank —dijo ella.

—Hay una cosa que no debes hacer, Hattie: volver a beber. Conoces tus debilidades, y si Bevy lo averigua, podría llegar a desanimarla, y eso desbaratar todo lo que estamos intentando hacer.

—¡Oh, Frank, haré lo que sea, lo que sea con tal de compensarla por las cosas que yo he hecho!

—¡Esa es la actitud! —Y le sonrió intentando animarla, y después se marchó para reunirse con Berenice.

## CAPÍTULO XXVII

En el vagón del tren, Cowperwood habló con Berenice sobre los miedos de su madre, y ella le aseguró que no tenían importancia, que todo era debido a aquel cambio tan repentino. Cuando él consiguiera algún pequeño éxito allí, ella se sentiría mejor.

—En el caso de que hubiera problemas, podrían provocarlos otros norteamericanos que vinieran de visita, pero no los ingleses —añadió ella pensativa, mientras pasaban ante sus ojos un paisaje encantador tras otro, aunque de momento prácticamente no les había prestado atención—. Y desde luego que no tengo intención de aceptar que me presenten a ningún norteamericano ni invitaciones que provengan de ninguno de ellos aquí en Londres ni recibirlos en casa, siempre que pueda evitarlo.

—En eso tienes razón, Bevy. Es lo más prudente.

—Ese tipo de personas son las que tienen a mamá aterrorizada. Los norteamericanos carecen de los modales, la cortesía y la tolerancia de esta gente de aquí. Me siento muy cómoda con ellos.

—Te gustan porque su cultura y su diplomacia son más antiguas —dijo Cowperwood—. Son menos dados a decir las cosas abiertamente, y también menos dados a llegar a conclusiones precipitadas. Nosotros, los norteamericanos, nos hemos hecho con un continente que no estaba desarrollado, y lo vamos a desarrollar ahora, o al menos, vamos a intentar tenerlo hecho de aquí a pocos años, mientras que esta gente lleva trabajando en esta islita desde hace mil años.

En Windsor los esperaba el señor Warburton, el agente de alquileres, que tenía mucho que contarles sobre la propiedad que les iba a enseñar. Se trataba sin duda de uno de los lugares más encantadores que había a orillas del río. Lord Stane lo había estado ocupando durante años, y había dejado de hacerlo sólo unos cuantos veranos antes.

—Desde que murió su padre —les explicó el agente en tono confidencial— ha ido sobre todo a Tregasal, donde se encuentra su propiedad más importante. El año pasado alquiló esta casa a una actriz, la señorita Constance Hathaway, pero este año se marcha a Bretaña, y hace sólo un mes o dos que lord Stane me dijo que podía alquilarlo si encontraba un inquilino adecuado.

—¿Es grande la finca que tiene en Tregasal? —preguntó Cowperwood.

—Una de las más grandes, señor —le contestó el agente—. Tiene aproximadamente dos mil hectáreas, y es un lugar precioso, aunque rara vez lo usa.

En aquel momento, Cowperwood tuvo un pensamiento que le resultó incómodo. A pesar de que se insistía a sí mismo en que nunca volvería a permitirse sentir celos,

la verdad era que, desde que Berenice entrara en su vida, había empezado a notar las punzadas. Ella tenía todo lo que él tanto deseaba. ¿Y no iba ella a preferir, en estas circunstancias, a un hombre que, siendo igual de brillante y con los mismos recursos, además fuese más joven? ¿Tendría opciones de mantenerla a su lado si llegara a conocer a un hombre tan importante como Stane? Aquel pensamiento introdujo en su relación con Berenice un cierto matiz que antes no había estado allí.

Pryor's Cove resultó ser como un sueño, tanto por su arquitectura como por su jardinería paisajista. Tenía más de cien años, aunque gozaba de un equipamiento muy moderno, y, en línea recta, se extendía a lo largo de más de treinta metros. Bajo enormes árboles que sobrepasaban majestuosamente sus más de cinco metros de altura, estaba rodeado por una auténtica maraña de senderos, setos, jardines de flores y huertos. En la parte trasera, hacia la zona sur de la casa, por donde esta miraba al río, había dos alas que daban cabida a unos pintorescos establos estilo Leicestershire, que tenían unas encantadoras vallas y portones, y también lugares destinados a la cría de animales y pajareras, y como el señor Warburton se encargó de señalar, había caballos tanto para montar como de tiro para uso del inquilino, gallinas negras Menorca<sup>[1]</sup>, perros pastores y un rebaño de ovejas, de los que se encargaban un jardinero, un mozo de cuadra y un agricultor, de cuyos servicios disfrutaba el inquilino junto con la casa.

A Cowperwood, al igual que a Berenice, le encantó aquel ambiente bucólico: la calma cristalina del Támesis, que fluía silencioso y lento hacia Londres; la enorme extensión de césped verde que llegaba hasta el río; la casa flotante con sus toldos de colores vivos, sus ondeantes cortinas y sus sillas y mesas de mimbre, amarrada a un atraque. El reloj de sol que se encontraba en mitad de un sendero que bajaba hasta la casa flotante lo hizo reflexionar. ¡Cómo pasaba el tiempo! Se había convertido en un hombre mayor. Y Berenice estaba a punto de conocer a este hombre que era más joven, y que podría llegar a interesarle. Cuando fue a buscarlo a Chicago hacía unos meses, le había dicho que ella era su propia dueña y que acudía a él porque eso era lo que deseaba hacer. Y cuando ya no lo deseara, lo dejaría. Claro que no había necesidad de alquilar aquella casa, ni él tampoco la tenía de hacer negocios con Stane. Había otros hombres y otros medios. Abington Scarr y lord Ettinge constituían otras posibilidades. ¿Pero para qué albergar el miedo al fracaso? Había vivido una vida plena y seguiría haciéndolo pasara lo que pasara.

Vio que Berenice admiraba exultante la belleza del lugar. Ajena a los pensamientos de él, ya se estaba preguntando cómo sería lord Stane. No podía ser muy mayor, puesto que había oído decir que hacía poco que había heredado las grandes propiedades de su padre. Pero, lo que principalmente la fascinaba era la alta posición social de los habitantes de los alrededores, según se los había descrito Warburton. En las inmediaciones vivían el señor Arthur Garfield Wriolethsley Gole, del Tribunal Supremo; sir Heberman Kipes, de la Consolidated British Tiles & Patterns Company; el honorable Runciman Maynes, de la Secretaría para las

Colonias; junto con otros grandes señores y algunos menos importantes, así como multitud de nobles y de hombres de éxito. A Cowperwood también le interesaba todo esto, y se preguntó hasta qué punto Berenice y su madre le sacarían partido. Durante la primavera y el verano, como ella señaló ahora, habría invitaciones a las casas, fiestas en los jardines y reuniones campestres de londinenses relacionados con la política, el gobierno, las artes y la alta sociedad, de modo que, con las presentaciones adecuadas, cualquiera podría llegar a tener allí ocupados todos los días y las noches.

—De hecho —comentó Cowperwood en este momento—, todo eso conforma un ambiente en el que alguien puede llegar a lo más alto o hundirse, y cualquiera de las dos cosas puede llegar a ocurrir muy rápido o incluso llegar a ser fatal.

—¡Cierto! —dijo Berenice—. Pero en este ambiente yo intentaría llegar a lo más alto.

Una vez más se sintió cautivado por su optimismo y su valentía.

Y después, el agente, que había ido a inspeccionar los setos, regresó y fue Cowperwood quien se dirigió a él.

—Acabo de decirle a la señorita Fleming —le dijo sin haber dicho a Berenice ni una palabra previamente— que ella y su madre tienen mi permiso para alquilar esta casa, si ese es su deseo. Puede enviar la documentación necesaria a mi abogado. Es una simple formalidad, pero forma parte de mis deberes legales como tutor de la señorita Fleming.

—Lo entiendo, por supuesto, señor Cowperwood —dijo el agente—. Pero los papeles tardarán unos días en estar preparados; probablemente no estén listos hasta el lunes o el martes, ya que el agente de lord Stane, el señor Bailey, no volverá hasta entonces.

A Cowperwood le agradó en cierto modo enterarse de que Stane no se encargaba personalmente de los detalles de los alquileres. Eso haría que no viera su nombre, al menos de momento. En cuanto al futuro, no podía evitar que le preocupara un poco...

## CAPÍTULO XXVIII

Cowperwood hizo una visita a las líneas subterráneas con Sippens haciéndole de guía, puesto que ya se había confirmado en la idea de la importancia de hacerse con la franquicia de la línea de Charing Cross como primer paso, y estaba impaciente por tener la reunión con Greaves y Henshaw en su oficina aquella mañana. Fue Greaves quien tomó la iniciativa en la conversación en aquella ocasión.

—Queremos saber, señor Cowperwood —comenzó—, si está dispuesto a hacerse con el cincuenta y uno por ciento de la línea de Charing Cross, siempre y cuando asumiéramos proporcionalmente la tarea de reunir los fondos necesarios para construir esa línea.

—¿Proporcionalmente? —preguntó Cowperwood—. Depende de lo que quiera decir con eso. Si la línea costara un millón de libras, ¿garantiza usted que se encargarían de proporcionar aproximadamente cuatrocientas cincuenta mil?

—Bueno —dijo Greaves con vacilación—, no directamente de nuestros propios bolsillos. Tenemos algunos contactos y estos podrían ayudarnos a proporcionar esa cantidad.

—No me dio la sensación de que tuvieran esos contactos cuando los vi en Nueva York —dijo Cowperwood—, y desde entonces, he decidido que treinta mil libras es mi límite por una participación del cincuenta y uno por ciento en una compañía que sólo cuenta con la franquicia y ciertas deudas. Ya hay demasiadas compañías mendigando cuando lo único que tienen son los derechos. He tenido tiempo de averiguarlo. Si ustedes vienen con una garantía fidedigna de que cuentan con las cuatrocientas mil libras que supondrían más o menos el cuarenta y nueve por ciento del coste de la construcción, quizá me interesara. Pero, como lo único que ustedes esperan es que yo me haga cargo del cincuenta y uno por ciento para poder así utilizar eso como base para conseguir su cuarenta y nueve por ciento, no lo veo. En realidad, lo único que ustedes pueden ofrecerme son los derechos. Y en estas circunstancias, me veo obligado a pedir el control total o nada. Porque sólo si dispongo del control total, podré reunir la enorme cantidad de dinero que va a ser necesaria para hacer esto. Y nadie debería saberlo mejor que ustedes, caballeros. Por lo tanto, a menos que estén dispuestos a aceptar mi oferta final, que consiste en treinta mil libras por su opción, junto con la continuidad de la vigencia del contrato que tienen ustedes para construirla, no puedo dedicarle más tiempo a este asunto.

Entonces sacó su reloj, un gesto que confirmaba las sospechas tanto de Greaves como de Henshaw, de que a menos que tomaran una decisión en aquel preciso instante, aquello era el fin. Intercambiaron una mirada inquisitiva, y después Henshaw tomó la palabra:

—Suponiendo que le vendiéramos el control total, señor Cowperwood, ¿qué garantía tenemos de que comenzaría de manera inmediata la construcción de esta línea? Porque si no comenzamos esas obras dentro de un plazo razonable, no veo que nosotros estemos obteniendo nada a cambio.

—Soy de la misma opinión que mi socio.

—A ese respecto —dijo Cowperwood—, no tienen nada que temer. Estaría del todo dispuesto a firmar en cualquier contrato que redactáramos que, a menos de que se disponga del dinero para la construcción de la primera parte de la línea dentro de un plazo de seis meses tras la firma, el acuerdo no sólo quedaría cancelado, sino que yo les pagaría diez mil libras en concepto de daños. ¿Les parece satisfactorio?

Los dos contratistas volvieron a mirarse. Habían oído decir que Cowperwood era un tipo astuto y frío en lo relativo al dinero, pero también habían oído decir que respetaba los contratos que firmaba.

—¡Muy bien! Eso nos parece razonable. ¿Pero qué hay de las otras partes? —Esta pregunta la había formulado Greaves.

Cowperwood se rio.

—Bueno, caballeros, ahora mismo estoy deshaciéndome de dos tercios del sistema de tranvías de Chicago. En los últimos veinte años, he construido casi sesenta kilómetros de vías elevadas, setenta y cinco kilómetros de líneas de tracción eléctrica con tercer riel, y he construido y sigo gestionando actualmente con amplios beneficios ciento veinte kilómetros de líneas de tranvías suburbanos alimentados por cables aéreos, y en todos ellos soy el propietario mayoritario. Ni un solo inversor de estas líneas ha perdido jamás un centavo. Han sido rentables siempre, y a día de hoy, lo siguen siendo, dejando más de un seis por ciento de interés, y siguen perteneciéndome. Y no voy a deshacerme de ellos, con la correspondiente ganancia, porque no sean rentables, sino a causa de unos celos políticos y a nivel social que me resultan de lo más irritantes.

Y lo que es más, no es por dinero por lo que me estoy tomando tantas molestias con la situación de Londres. No deben olvidar que fueron ustedes los que acudieron a mí, no yo a ustedes. Pero obviemos eso. No estoy haciendo alarde de nada, ni quiero hacerlo. En cuanto a los tramos adicionales, el plazo y el dinero para cada uno de ellos también pueden quedar reflejados en el contrato, aunque, como deben saber por su experiencia, todo debe quedar sujeto a los retrasos y contingencias que siempre pueden afectar a este tipo de cosas. El aspecto fundamental es que yo estoy dispuesto *ya* a poner el dinero por su opción y a hacer el resto de las cosas que el contrato estipula.

—¿Qué dices? —preguntó Greaves volviéndose a mirar a Henshaw—. Estoy convencido de que nos irá igual de bien con el señor Cowperwood que con cualquier otro.

—Muy bien —dijo Henshaw—. Estoy dispuesto.

—¿Cómo sugieren que abordemos el asunto de este traspaso? —preguntó

Cowperwood—. Según tengo entendido, ustedes deben primero hacerse con la opción que tiene la Traffic Electrical Company antes de poder traspasármela a mí.

—Es cierto —contestó Henshaw, que ya lo había estado pensando. Si ahora tenían que negociar primero directamente con la Traffic Electrical Company para hacerlo después con Cowperwood, eso significaría que primero no sólo tendrían que conseguir de algún modo treinta mil libras con las que hacerse con la opción, sino que, además, y al menos, durante un tiempo, tendrían que pedir prestadas otras sesenta mil libras para efectuar el traspaso de los fondos consolidados que la Traffic Electrical Company había depositado al cuidado del gobierno como fianza por el cumplimiento de sus obligaciones.

Puesto que no era fácil reunir una suma de noventa mil libras, Henshaw estaba pensando que sería mucho mejor acudir directamente a Johnson y a la oficina de la Traffic Electrical Company para explicarles lo que se estaba negociando. Podría entonces pedir a los directores que se reunieran con Cowperwood, Greaves y con él mismo, de modo que toda aquella operación pudiera realizarse y despacharse con el dinero de Cowperwood. Y esta idea le gustó tanto, que dijo ahora:

—Creo que lo mejor sería que pudiéramos realizarlo todo en una misma operación —y explicó cómo, aunque no por qué. Pero Cowperwood lo sabía perfectamente.

—Muy bien —dijo—. Si lo arreglan todo con los directores, yo estoy dispuesto. Podemos dejarlo todo finalizado en unos minutos. Pueden ofrecer en pago mi cheque de treinta mil libras por la opción, junto con las sesenta mil libras de depósito, o bien un bono equivalente, y yo les entregaré mi cheque o cheques para cubrir ambas cosas. Lo único que tenemos que hacer ahora, me parece, es redactar un acuerdo provisional que recoja los detalles de la operación para que puedan ustedes firmarlo.

Hizo sonar un timbre para llamar a su secretario, al que dictó los detalles fundamentales del acuerdo.

—Y ahora, caballeros —dijo, una vez que hubieron firmado—, quiero creer que ya no estamos negociando, sino que nos hemos convertido en socios de una importante empresa que debería conducir a resultados favorables para todos nosotros. Les doy mi palabra de que a cambio de su cooperación incondicional a partir de este momento, ustedes también contarán con la mía. —Y les dio un cordial apretón de manos a ambos.

—Bueno —comentó Greaves—. Debo decir que todo esto se ha hecho muy rápido.

Cowperwood sonrió.

—Supongo que esto es lo que en su país se llamaría «un trabajo rápido» —añadió Henshaw.

—Es fruto simplemente de un ejercicio de sensatez por parte de todas las partes implicadas —dijo Cowperwood—. ¡Si eso a ustedes les parece americano, pues bien! ¡Pero no olviden que han hecho falta un norteamericano y dos ingleses!

En cuanto se marcharon, Cowperwood mandó llamar a Sippens.

—No sé si podrá creerme o no, De Sota —dijo cuando llegó Sippens—, pero acabo de comprar para usted la línea de Charing Cross.

—¡Lo ha hecho! —exclamó Sippens—. ¡Bueno, eso es fantástico! —Ya se veía como el director general y organizador de esta nueva línea.

Y, de hecho, en estos momentos Cowperwood estaba pensando precisamente en darle ese puesto; al menos durante el tiempo suficiente para ponerlo todo en marcha, aunque no mucho más, ya que él consideraba que Sippens era tan norteamericano que quizá resultara irritante a los hombres del mundo de las altas finanzas londinense, lo que podría entorpecer sus negociaciones con ellos.

—¡Échele un vistazo a eso! —continuó, cogiendo una hoja de papel de su escritorio; el acuerdo alcanzado entre Greaves, Henshaw y él mismo, que, aunque provisional, seguía siendo vinculante.

Sippens escogió un puro largo y envuelto en papel de oro de la caja que Cowperwood le ofreció y comenzó a leer.

—¡Estupendo! —soltó en cuanto terminó de leer, sosteniendo el puro con el brazo extendido—. ¡Menuda sensación va a crear eso cuando lo lean en Chicago y en Nueva York, y aquí también! ¡Dios mío! Esto va a dar la vuelta al mundo, una vez que permita usted que se anuncie aquí.

—Esa es una de las cosas que quiero comentar con usted, De Sota. Hacer semejante anuncio y tan poco tiempo después de mi llegada... bueno, me da un poco de miedo el efecto que... no en Estados Unidos... no me importa si allí causa sorpresa o estupefacción... pero el efecto que pudiera tener sobre los precios de los derechos para las líneas subterráneas de aquí me preocupa. Puede hacer que suban, lo que probablemente ocurra, si esto saliera a la luz. —Hizo una pausa—. Y particularmente cuando lean cuánto dinero va a cambiar de manos en una sola sentada, y por una simple línea: estamos hablando prácticamente de cien mil libras... por lo que, sin duda tengo que construir esa línea o perderé unas setenta mil libras.

—Cierto, jefe —convino Sippens.

—En esto hay muchas tonterías, ¿sabe? —continuó Cowperwood pensativo—. Aquí estamos usted y yo, los dos ya haciéndonos viejos, y ahora correteando de un lado para otro por culpa de este nuevo trabajo, que, tanto si llegamos a hacerlo como si no, no va a tener mayor importancia para ninguno de nosotros. Porque no vamos a estar aquí mucho tiempo más, De Sota, y ninguno de los dos necesitamos el dinero.

—¡Aun así, quiere construirlo, jefe!

—Lo sé —dijo Cowperwood—, pero ninguno de los dos podemos hacer más que comer un poco, beber un poco y divertirnos durante algún tiempo más, pero eso es todo. Lo que me sorprende es que podamos llegar a ilusionarnos tanto con esto. ¿No le sorprende su propia reacción?

—Bueno, jefe, no voy a pretender poder hablar por usted, porque usted es un gran hombre, y cualquier cosa que usted haga o deje de hacer es importante. Pero, por lo



que a mí respecta, yo lo veo como una especie de juego y yo estoy aquí para jugar. Antes, solía pensar que todo era más importante de lo que me lo parece ahora. Quizá tuviera razón entonces, porque si no me hubiera remangado y no me hubiera puesto a conseguir algo por mí mismo, la vida se me habría pasado y no habría podido hacer muchas de las cosas que he hecho. Y supongo que esa es la respuesta: estar siempre haciendo algo. El juego ha empezado, y tanto si nos gusta como si no, tenemos que jugar la parte que nos toca.

—Bueno —dijo Cowperwood—, va a tener mucho con lo que jugar dentro de muy poco, si queremos construir esta línea a tiempo.

Y diciendo esto le dio a su pequeño y vigoroso amigo una buena palmada en la espalda.

Para Berenice, el anuncio de que se había hecho con el control de Charing Cross constituyó un motivo de celebración. Porque, ¿no había sido ella la primera en proponerle esta aventura en Londres? Y ahora, al fin, se encontraba con que formaba parte de ese mundo en el que se hacían las cosas importantes, aquellas que, en el pasado, sólo había podido vislumbrar vagamente. Al darse cuenta de que Cowperwood estaba exultante, sacó una botella de vino con el que poder brindar por aquella ocasión, y por ellos dos.

En algún momento durante la conversación, no pudo resistirse a preguntarle con picardía:

—Por casualidad, ¿has visto ya a tu, nuestro, lord Stane?

—¿Nuestro? —dijo él y se rio—. ¿No te referirás más bien a tu lord Stane?

—Mío y tuyo —le contestó Berenice—. Porque puede ayudarnos a ambos, ¿no?

¡Qué criatura!, pensó Cowperwood. ¡Qué valentía y qué bravuconería tiene esta muchachita!

—Desde luego —dijo él con resignación—. No, aún no lo conozco, pero debo admitir que es importante. De hecho, espero que llegue a tener un peso importante. Sin embargo, con Stane o sin Stane, yo seguiré adelante con este proyecto.

—Y con Stane o sin Stane, conseguirás exactamente lo que quieras —dijo Berenice—. Tú lo sabes y yo también lo sé. Tú no necesitas a nadie; ni siquiera a mí. —Y se acercó a él y le cogió la mano entre las suyas.

## CAPÍTULO XXIX

Satisfecho con la idea de los posibles efectos que esta adquisición tendría sobre sus futuras actividades en Londres, Cowperwood decidió hacerle una visita propiciatoria a Aileen. No había tenido noticias de Tollifer y empezaba a preguntarse seriamente qué otros pasos podría ir dando en esa dirección sin comprometerse.

Al aproximarse a la *suite* de Aileen, que era contigua a la suya, la oyó reír, y, al entrar, la encontró de pie ante un espejo de cuerpo entero rodeada por un grupo de vendedoras y probadoras de una de las tiendas de Londres. Se observaba en el espejo mientras que su doncella le ajustaba el vestido. La habitación estaba llena de papeles esparcidos, cajas, etiquetas y vestidos, y él se dio cuenta de que el vestido que llevaba puesto era mucho más elegante y de bastante mejor gusto de lo que era habitual en ella. Dos probadoras con alfileres en la boca estaban arrodilladas realizando ajustes rápidos, mientras que una mujer tremendamente atractiva y vestida con elegancia les daba instrucciones.

—Bueno, bueno —comentó Cowperwood al entrar—, esto me hace sentir un poco superfluo, aunque no me importaría hacer de espectador, si no hay objeción.

—¡Pasa, Frank! —le dijo Aileen—. Sólo estoy probándome un traje de noche. No tardaremos mucho más. Este es mi esposo —añadió, dirigiéndose al grupo de mujeres allí reunidas, quienes le hicieron una respetuosa reverencia.

—Bueno, debo decir que ese gris claro es de lo más favorecedor —dijo Cowperwood—. Hace que tu cabello resalte. Pocas mujeres podrían lucirlo tan bien como tú, querida. Pero para lo que de verdad he venido es para decirte que parece que pasaremos algún tiempo en Londres.

—¿De verdad? —preguntó Aileen, girando ligeramente la cabeza para mirarlo.

—Acabo de cerrar parte del negocio del que te estuve hablando. Todo está acordado a falta de algunos detalles de menor importancia. Pensé que te gustaría saberlo.

—¡Oh, Frank, eso es maravilloso! —Estaba encantada.

—Bueno, no te quitaré más tiempo. Tengo muchísimas cosas que hacer.

—Por cierto —dijo Aileen, que presentía que tenía deseos de huir de allí y quería que se quedara tranquilo con respecto a ella—. El señor Tollifer acaba de llamarme. Ha vuelto y viene hoy a cenar. Le expliqué que quizá tus negocios te impidieran cenar con nosotros. Estoy segura de que lo entenderá.

—Es un poco difícil —dijo Cowperwood—, pero haré todo lo que pueda por estar allí. —Aileen le dio a aquel último comentario exactamente el valor que tenía: ninguno.

—De acuerdo, Frank —dijo ella, mientras él le decía adiós con la mano y salía de

la habitación.

Sabía que no volvería a verlo hasta la mañana siguiente, con suerte, pero había algo que le hacía sentir esta indiferencia suya con menos intensidad. Durante su conversación telefónica con ella, Tollifer se había disculpado por su aparente abandono y le había preguntado con cierta ansiedad si ella no pensaba ir a Francia. Aileen se sintió perpleja, preguntándose cuál podría ser la causa de la atracción que ejercía sobre aquel hombre tan galante. ¿Por qué razón, exactamente, tenía él tanto interés en ella? Por el dinero, sin duda. ¡Pero era tan atractivo! Fuera cual fuera el motivo, el hecho de que le prestara atención resultaba de lo más gratificante.

Pero la razón fundamental por la que Tollifer deseaba que Aileen fuese a Francia —aunque, casualmente, coincidía con el deseo de Cowperwood de que ella abandonara Londres— se debía al hecho de que él mismo era una de las víctimas más desesperadas de los encantos de París. En aquella época, antes de que el automóvil se hubiese convertido en algo de uso generalizado, e incluso más que en épocas posteriores, la ciudad era el centro de vacaciones de norteamericanos, ingleses, brasileños, rusos, griegos e italianos adinerados —de gente de todos los países del mundo— que iban allí a divertirse y que hacían posibles las magníficas tiendas, los encantadores puestos de flores, los numerosos cafés con sus veraniegas sillas y mesas al aire libre, los chabacanos cabarets, el rutilante desfile del Bois, las carreras de Auteil<sup>[1]</sup>, el juego, la ópera, los teatros y el hampa.

El hotel internacional, encarnado en el Ritz, había aparecido. Y también los restaurantes de los *gourmets*: el Café de la Paix<sup>[2]</sup>, Voisin's, Marguery's, Giroux's y media docena más. Y para los poetas, los artistas o los seductores, estaba el barrio Latino<sup>[3]</sup>. Daba igual que lloviera, nevara, que fuese un día de primavera, o de otoño, que brillara el sol o que el cielo estuviera gris, pues todos valían para provocar unpreciado efecto sobre cualquier temperamento sensible y creativo. París era un hervidero. Y allí se exhibían la juventud, la edad de la nostalgia, la ambición, la riqueza, e incluso la derrota y la desolación.

No se debe olvidar que, por primera vez en su vida, Tollifer disponía de fondos, y ante él se desplegaba el brillante programa del *playboy*. Le resultaba delicioso poder vestir bien, tener una dirección fija —que, por el momento, estaba en el Ritz—, apresurarse a llegar a los lugares más elegantes, echar un vistazo a los vestíbulos, pararse en los bares y saludar a los amigos y conocidos.

Y en el Bois, un domingo por la tarde, Tollifer se había encontrado por casualidad con un antiguo amor: la que una vez fuera Marigold Shoemaker de Filadelfia, ahora la señora de Sidney Brainerd, de los Brainerd de Bar Harbor y Long Island. En una época, ella había estado enamorada de él, pero debido a su pobreza, lo había dejado de lado por Brainerd, cuyo dinero parecía ser inagotable. Tenía un yate anclado en Niza. Ver a Tollifer vestido de manera imaculada y dominado por el espíritu de la aventura, fue suficiente para hacer que recordara sus excitantes y románticos días de debutante. Lo saludó con cordialidad, le presentó a su acompañante y le dio su

dirección en París. Gracias a ella, y a algunos otros, tuvo la visión de que al fin se abrirían algunas de las puertas que durante tanto tiempo habían estado cerradas para él.

Estaba, sin embargo, el asunto de Aileen. Y eso era algo a lo que debía dedicarse. Iba a necesitar de toda su habilidad para entretenerla al tiempo que promovía sus propios intereses. Tendría que buscar gente poco importante a la que pudiera hacer pasar por parte integrante de un estrato superior. Enseguida consultó los registros de los diversos hoteles en busca de nombres de actrices, músicos, cantantes y bailarinas a los que conociera. Ofreciéndoles garantía de que se iban a divertir, consiguió que aceptaran la invitación, y, seguro de que había conseguido diversión inmediata para Aileen si venía a París, concluyó sus tareas realizando personalmente un escrutinio de las principales modistas, ya que consideraba que su actual modo de vestir estaba lejos de ser satisfactorio, y pensaba que con ciertos consejos impartidos con diplomacia, podría remediarlo, al tiempo que eso aligeraría su carga a la hora de presentársela a sus amigos.

Uno de los contactos más prometedores tuvo lugar cuando un conocido suyo de Chicago le presentó a un argentino llamado Víctor León Sabinal. Este joven de distinguido linaje, y que tenía una fortuna en su propio país, había llegado a París unos años antes con dinero, cartas y contactos que le habían valido su entrada inmediata en los variados círculos sociales de aquella cosmopolita ciudad. Sin embargo, debido a un temperamento que lo empujaba hacia la extravagancia y el derroche, había agotado la paciencia de sus padres sudamericanos, quienes, de repente, se negaron a proporcionarle más dinero para sus aventuras. Y desde entonces, como en el caso de Tollifer, se había visto rebajado a tener que pedir dinero prestado y a diversos ardides que finalmente habían terminado por cerrarle las puertas de sus antiguos amigos, que eran más conservadores.

Pero ninguno de ellos había olvidado que sus padres eran extremadamente ricos y que era totalmente probable que en un futuro cambiaran de opinión en lo referente al castigo que le habían impuesto a su hijo. En otras palabras, todavía podía llegar a heredar una fortuna, y si eso ocurría, quizá no se olvidara de sus amigos. Esto hacía que conservara un círculo de festivos satélites que tenían diversas habilidades: artistas, soldados, libertinos de todas las nacionalidades, y hombres y mujeres atractivos de esa clase que se dedica a cazar fortunas y a perseguir el placer. De hecho, en aquel mismo momento, por acuerdo de la policía y los políticos de Francia, se le permitía dirigir un establecimiento atractivo, divertido y adecuado para sus muchos amigos, que en realidad eran clientes, además de íntimos.

Sabinal era alto, delgado, moreno, y su aspecto en general resultaba casi siniestro, en parte debido a que tenía la cara alargada, estrecha y cetrina, y la frente llamativamente alta. Daba la sensación de que uno de sus brillantes ojos oscuros estaba excesivamente abierto y era demasiado redondo, como si fuese de cristal, mientras que el otro era más pequeño y estrecho, y quedaba parcialmente oculto bajo

un párpado caído. Tenía el labio superior muy fino y curiosamente protuberante, aunque el inferior, resultaba atractivo. Los dientes eran parejos, fuertes y de un blanco resplandeciente. Sus manos y sus pies largos y delgados, eran como su cuerpo también largo y delgado: firmes y flexibles. Pero la impresión general era la de un tipo astuto y refinado que provocaba fascinación, aunque no resultara encantador. En conjunto, parecía sugerir que cualquiera que se cruzara en su camino debía prepararse para valérselas por sí mismo.

Su establecimiento de la Rue Pigalle nunca cerraba. Se podía llegar a tomar el té y terminar probablemente desayunando allí. Parte de la amplia tercera planta, a la que se llegaba mediante un pequeño ascensor, estaba preparada para el juego. Una sala de la segunda planta alojaba un pequeño bar en el que había un camarero de lo más eficiente que procedía de la tierra natal de Sabinal y quien, a veces, según demandaran las circunstancias, tenía dos o tres ayudantes. La planta baja, además del guardarropa, el salón y una cocina, tenía una galería de excelentes pinturas y una interesante biblioteca. Y también había una bodega bien surtida. El chef, que se encargaba de proporcionar los almuerzos, los tés, las cenas tanto formales como informales, y hasta los desayunos —y que aparentemente sólo se veía recompensado con pequeñas propinas— era otro argentino.

Al conocer a Sabinal, Tollifer se dio cuenta enseguida de que se encontraba en presencia de alguien que tenía una personalidad como la suya, pero cuyas aptitudes eran mucho mayores, y de buena gana, aceptó la invitación para visitar su establecimiento. Allí se encontró con una mezcla de personalidades que le resultó tremendamente interesante: banqueros y legisladores de Francia, grandes duques de Rusia, millonarios sudamericanos, jugadores griegos y muchos otros. Inmediatamente pensó que allí podría procurarse unos contactos que no dejarían de impresionar a Aileen con la idea de que estaba encontrándose con personas de importancia mundial.

Esta certeza fue la que lo hizo aparecer tan alegre a su llegada a Londres. Tras telefonar a Aileen, pasó la mayor parte del día en Bond Street, en busca de los atuendos más apropiados para pasar el verano en el continente, tras lo que se dirigió al hotel de ella. Decidió que aún no era el momento de fingir afecto. Debía hacer el papel del amigo desinteresado a quien le gustaba por sí misma y que deseaba brindarle, sin recompensa alguna, ciertas oportunidades sociales que de otro modo no lograría obtener.

Tras los preliminares habituales de los saludos, Aileen comenzó enseguida a relatarle su visita a la hacienda de lord Haddonfield.

—Haddonfield... ah, sí. Lo recuerdo —dijo Tollifer—. Estuvo en los Estados Unidos hace unos años. Creo que me encontré con él en Newport o en Southampton. Un tipo muy alegre. Le gusta la gente inteligente.

La verdad era que Tollifer nunca había visto a Haddonfield, pero lo conocía algo de oídas. E inmediatamente se lanzó a narrarle su estancia en París, y añadió que allí mismo, en Londres, había almorzado aquel día con una tal lady Lessing, sobre cuyos

eventos sociales Aileen había estado leyendo en el periódico aquella mañana.

Encantada con todo esto, Aileen seguía sin hallar explicación al interés que Tollifer mostraba por ella. Era evidente que no podía deberse a que esperara obtener ninguna ventaja social gracias a ella. Debía de ser algo que quizá esperara obtener de Frank. Estaba sorprendida, pero también segura de que poco iba a recibir de Frank a modo de recompensa por desvivirse por ella. Él no era así. En consecuencia, y a pesar de sus sospechas, se sintió obligada, aunque con dudas, a acariciar la idea de que Tollifer se sentía realmente atraído por ella como persona.

Cenaron juntos en Prince's aquella noche y la distrajo con un recuento fascinante de todas las cosas alegres y divertidas de las que podría disfrutar y que estaban a su entera disposición. París le entusiasmaba.

—¿Por qué no puede, mientras su marido esté tan ocupado, venir unos días? —le sugirió—. Hay muchísimas cosas que hacer, que ver, que comprar. Nunca he visto París más animado.

—Me gustaría muchísimo ir —confesó Aileen— porque necesitaría hacer algunas compras. Pero no sé si mi marido podrá acompañarme o no.

A Tollifer le divirtió este último comentario, aunque no con crueldad.

—Me parece que cualquier esposo demasiado ocupado bien podría prescindir de su esposa durante quince días para que haga compras en París —dijo él.

Aileen, ahora deseosa de comprobar de qué recursos disponía su nuevo amigo, exclamó:

—¡Le diré lo que voy a hacer! Se lo preguntaré a Frank mañana y se lo haré saber.

A la cena siguió una visita a una reunión informal de los martes en el piso de Cecilia Grant, una actriz que actuaba en un popular espectáculo de variedades, y que, casualmente, era la amante del conde Étienne le Bar, un francés de gran encanto personal que gozaba de mucha popularidad en Londres. Tollifer sabía que una simple llamada a la puerta de Cecilia propiciaría una bienvenida a su casa tanto para Aileen como para él. Y el grupo con el que se encontraron allí —y que incluía a una estrafalaria condesa, esposa de uno de los pares de Inglaterra— le pareció a Aileen indudablemente importante, y la convenció de que fueran los que fueran los motivos de Tollifer, sus contactos eran mucho más relevantes que los suyos, o incluso que los de Cowperwood. Y enseguida, aunque no lo dijo entonces, decidió ir a París.

## CAPÍTULO XXX

Naturalmente, Greaves y Henshaw no perdieron tiempo a la hora de poner a Johnson al tanto de los detalles de sus negociaciones con Cowperwood, porque Johnson y Stane, y la mayoría de los hombres relacionados con la Traffic Electrical Company, también tenían interés en otras líneas del metro de Londres, y su buena disposición era muy valiosa para Greaves y Henshaw en su calidad de ingenieros. Estaban convencidos de que tanto técnica como éticamente habían actuado de acuerdo con sus derechos, ya que, en primer lugar, la opción era suya y podían hacer con ella lo que mejor les pareciera, y además, en realidad, no habían accedido a la petición realizada por Johnson de que le concedieran unos días para que él pudiera presentar una propuesta de recompra, sino que le habían dicho que lo pensarían y que ya se lo harían saber.

Durante los primeros minutos del relato, le dio por pensar que la mejor parte de las posibilidades que parecía ofrecer la reunión que tenían prevista con Cowperwood se habían evaporado. Pero gradualmente, fue llegando a la conclusión de que quizá el plan de contacto que ellos le sugerían resultara favorable. Resumiendo, el hecho de que, en una sola reunión, este norteamericano estuviera no sólo dispuesto a pagar treinta mil libras y a asumir el interés de las sesenta mil libras en fondos consolidados, sino también a hacer un depósito de diez mil libras, de las que no recuperaría ni una sola a no ser que comenzara la construcción dentro del plazo de un año, fue suficiente para dejarlo fascinado. Probablemente este negocio de la Charing Cross fuera sólo una mínima parte del asunto, y que fuese cierto, como Jarkins le había insistido, que lo que realmente interesaban a Cowperwood eran otras operaciones de mayor alcance encaminadas a la unificación del sistema de metro. Si eso era así, ¿por qué no realizar un plan general que los incluyera a él y a Stane antes de que otros entraran en el negocio? Estaba claro que seguía siendo importante que tanto él como Stane conocieran a Cowperwood. Bueno, eso probablemente podría arreglarse en la reunión que iba a celebrarse en la oficina de Cowperwood y a la que él asistiría en relación con las negociaciones definitivas relativas a la transmisión de la línea de Charing Cross.

A las once y media de la mañana del día fijado para la reunión, Cowperwood y Sippens estaban juntos en la oficina del primero; Sippens paseaba de un lado para otro haciendo el tipo de comentarios que podían inducir a su jefe a prestarle oído, pero Cowperwood se mostraba curiosamente pensativo. Había actuado muy rápido, reflexionaba ahora, mucho más de lo que era habitual en él. Y este era un país extranjero, con cuyos modos y maneras no estaba en absoluto familiarizado. Era cierto que eso no significaba que, igual que había comprado los derechos, no pudiera

volver a venderlos. Por otro lado, por mucho que lo razonara, parecía presentir que había cierta fatalidad en todo aquel asunto. Porque si ahora, tras comprar esta opción, permitía que venciera, daría la impresión de que había intentado emprender una aventura para la que no disponía ni del valor ni de los medios suficientes.

Pero en este momento llegaron Jarkins y Kloorfain, plenamente conscientes del papel que jugaban en esto, y tras haber recibido de Cowperwood la garantía de que no pasaría por alto la obligación que tenía para con ellos. E inmediatamente después que ellos, llegaron el señor Denton, Sippens, el secretario y el señor Ostade, uno de los integrantes del comité investigador del señor Sippens. Después llegó el señor Kitteredge, sucesor de Sippens en la presidencia de las líneas de la Chicago Union Traction, propiedad de Cowperwood, y que estaba allí para hablar con Cowperwood sobre algunos de sus asuntos de Chicago. Y por último, apareció Oliver Bristol, un joven tremendamente despierto, miembro del departamento legal de Cowperwood, al que habían mandado allí para que se informara sobre el procedimiento legal inglés vigente entonces. Y ahora estaba preparado para su primera tarea. Sin embargo, lo que Cowperwood pretendía conseguir principalmente al tener allí a su gente en aquella ocasión —aparte de para que actuaran como testigos de la transacción—, era que sirvieran para dar color y fuerza a la escena en la que él era el protagonista, con el objetivo de impresionar a aquellos caballeros ingleses.

Al fin, y exactamente a las doce en punto, llegaron los señores Greaves y Henshaw, acompañados por Johnson, Rider, Calthorpe y Delafield, de la Traffic Electrical Company. El señor Calthorpe era el presidente, el señor Rider, el vicepresidente, y el señor Johnson, el abogado. Y todos quedaron no poco impresionados al llegar al fin ante la presencia del gran hombre en persona, cuando lo encontraron sentado tras su escritorio, acompañado a izquierda y derecha por su abogado y todos sus ayudantes.

Cowperwood se levantó y saludó a Greaves y a Henshaw de manera muy cordial, y ellos, a su vez, con la ayuda de Jarkins y de Sippens, le presentaron a los integrantes de cada grupo. Pero fue Johnson el que más atrajo la atención tanto de Cowperwood como de Sippens; la de Cowperwood, por los contactos de los que disponía, y la de Sippens, porque este, nada más verlo, pensó que podía ser un rival para él. El dominio de aquel hombre, la manera casi augusta en la que se aclaró la garganta y el vistazo inquisitivo que echó a su alrededor, como si fuese un científico examinando a un grupo de insectos, pusieron a Sippens furioso. Y fue Johnson quien inició la conversación.

—Bien, señor Cowperwood y caballeros —comenzó—. Creo que todos conocemos la naturaleza de lo que va a tener lugar aquí, por lo tanto, cuanto antes comencemos, antes habremos terminado.

(«¡No me digas!», comentó Sippens para sí.)

—Sí, creo que es buena idea —dijo Cowperwood. Y pulsando un botón, ordenó a Jamieson que le trajera el talonario de cheques así como los acuerdos provisionales.



Johnson sacó ahora de una bolsa de cuero cuadrada —que portaba un recadero que llevaba pegado a los talones— los diversos libros de la Traffic Electrical Company, el sello oficial, junto con la licencia, y lo colocó todo sobre el escritorio de Cowperwood. Y este último, flanqueado por Bristol y por Kitteredge, procedió a examinarlos.

Tras revisar las diversas obligaciones, decisiones y gastos, Greaves presentó la opción de compra, y la compañía, por mediación de sus directivos, dio fe de su validez. El señor Delafield, como secretario y tesorero de la Traffic Electrical Company, presentó una copia de la licencia en la que se demostraba que gozaban del derecho a construir la línea. Después de esto, un tal señor Blandish, del London and County Bank, llegó con un certificado del depósito a favor de Frank Algernon Cowperwood por sesenta mil libras en fondos consolidados británicos que se hallaban en aquel banco, y que este le entregaría a cambio de un cheque por aquella misma cantidad.

Cowperwood firmó y entregó entonces a los señores Greaves y Henshaw un cheque por valor de treinta mil libras, que fue endosado a la Traffic Electrical Company. La compañía, a través de sus directivos, lo endosó a Cowperwood, tras lo cual, él rellenó un cheque por sesenta mil libras, a cambio del que recibió del London and County Bank el reconocimiento legal que atestiguaba que él era el propietario de los fondos consolidados. Tras esto, él le entregó a Greaves un acuerdo no negociable por un año debidamente certificado y garantizado. La reunión se dio entonces por concluida con un ambiente de entusiasmo que difícilmente podía explicarse dada la naturaleza del negocio que se acababa de cerrar.

La explicación no era otra que la personalidad de Cowperwood y el efecto que había tenido sobre todos los allí presentes. Calthorpe, el presidente de la Traffic Electrical, por ejemplo, un hombre rubio y fornido de unos cincuenta años, había llegado lleno de prejuicios contra cualquier norteamericano que intentara dirigir una propiedad en el ferrocarril londinense. Sin embargo, era más que evidente que se sentía impresionado por la dinámica lucidez de Cowperwood. Rider estudió la ropa de Cowperwood y tomó nota del magnífico engaste de sus gemelos de jade, de los zapatos color canela oscuro y del traje de buen corte de color arena. Obviamente, los Estados Unidos estaban dando lugar a un tipo de hombre nuevo e inconfundible. Aquí tenían a un hombre que, si así lo deseaba, podría convertirse en una fuerza muy importante en los asuntos de Londres.

Johnson pensó que Cowperwood había manejado la situación con inteligencia e incluso con astucia no exenta de simpatía. El hombre era implacable, pero lo era a la manera que la confusión de intereses y los obstáculos de la vida requerían. Estaba a punto de marcharse, cuando Cowperwood se le acercó.

—Por lo que he oído, señor Johnson, usted tiene un interés personal en la situación de las líneas subterráneas —dijo sonriéndole con cordialidad.

—Sí, hasta cierto punto —le contestó Johnson, con cortesía, pero aun así, con

cierta precaución.

—Mis abogados me han informado —continuó Cowperwood— de que usted es más o menos lo que podríamos llamar un experto en el campo de las franquicias de tracción de aquí. Verá, yo tengo experiencia en mi país, y este terreno es nuevo para mí. Si no tiene ninguna objeción, me gustaría seguir hablando con usted. Quizá podríamos almorzar o cenar juntos, en mi hotel o en algún otro lugar donde no sea probable que nos interrumpen.

Se decidieron por el Brown's Hotel<sup>[1]</sup> el martes de la siguiente semana por la noche.

Solo con Sippens más tarde, cuando ya todos se habían marchado, Cowperwood se dirigió a él y le dijo:

—¡Bueno, ahí lo tiene, De Sota! Acabamos de comprarnos un montón de problemas más. ¿Y qué le parecen estos ingleses?

—Oh, no están mal cuando hacen negocios entre ellos —dijo Sippens, aún irritado por la actitud de Johnson—, pero jamás verá el día en el que no tenga que estar alerta con ellos, jefe. Sus mejores apoyos siempre serán los hombres a los que usted mismo ha formado.

—Supongo que tiene razón, De Sota —dijo Cowperwood, presintiendo lo que de verdad tenía en mente—. Pero no estoy seguro de que no vaya a tener que contar con alguno de estos tipos de aquí para hacer que todo transcurra bien y sin problemas. No podemos esperar que soporten a muchos de nosotros así, de entrada. Y usted lo sabe.

—¡Cierto, jefe, pero a usted le interesa tener a suficientes norteamericanos como para evitar que ellos lo cojan desprevenido!

Pero lo que le daba vueltas a Cowperwood en la cabeza ahora era la idea de que quizá lo que se necesitaba era un grupo leal y entusiasta de hombres ingleses; hombres como este Johnson, y como Greaves y Henshaw, e incluso aquel tipo callado, Rider, que lo había estado observando con tanta meticulosidad sin decir nada. En esta rápida sucesión de acontecimientos, algunos de sus contactos norteamericanos de tantos años, quizá terminarían perdiendo valor. Sabía muy bien que, cuando surgía una crisis, nada que proviniera del sentimentalismo podía ser suficiente para garantizar su conservación. Si algo había aprendido de la vida, había sido eso. Y no sería él quien le diera la espalda a su maestra más incansable y cruel, aunque también la más valiosa.

## CAPÍTULO XXXI

Aunque se había acordado que ningún tipo de información referente al traspaso de la línea de Charing Cross debía ser comunicada a la prensa de momento, la noticia se filtró de alguna manera, probablemente por cotilleos provenientes de Rider, Calthorpe y Delafield. Al haber sido accionistas al tiempo que directivos de la Traffic Electrical Company antes de que su propiedad fuese traspasada, temían por su futuro, y por eso, eran propensos a hablar del asunto. De modo que no pasó mucho tiempo antes de que aparecieran los periodistas especializados en finanzas y los reporteros para pedirle a Cowperwood que les confirmara aquella información.

Cowperwood fue franco al informarles de que el traspaso estaba en trámite y de que, a su debido tiempo, se presentaría un certificado de registro. También, que en un principio, no había venido a Londres para comprar nada, en vista de que sus intereses en los Estados Unidos aún le robaban mucho tiempo, pero que ciertos representantes de las empresas de las líneas subterráneas de Londres le habían instado a considerar a nivel tanto de gestión como financiero ciertas rutas en las que estaban interesados. La compra de la línea de Charing Cross había sido fruto de aquellas propuestas, y había otras aventuras a las que había prometido dedicar su atención. Si esto resultaría en un sistema unificado que él pudiera llegar a construir, dependería de lo que revelaran sus siguientes investigaciones.

En Chicago, los comentarios de los editoriales que siguieron a este anuncio eran poco más que gruñidos de rabia. ¡Que semejante embaucador que hacía tan poco que habían desalojado de Chicago se hubiera ido a Londres y, allí, gracias a su fortuna, su astucia y su tremenda desfachatez, fuese capaz de engatusar a las personas influyentes de aquella gran ciudad para que llegaran a considerarlo como la posible solución a sus necesidades de tránsito, era demasiado! Resultaba evidente que los británicos no se habían molestado en investigar su siniestro historial. ¡Pero una vez que quedara al descubierto, como ocurriría en breve, sería tan mal recibido allí como, hasta la fecha y desde hacía muchos años, lo había sido en Chicago! También hubo comentarios igualmente desfavorables en los periódicos de otras tantas ciudades norteamericanas, cuyos editores y directores se habían dejado contagiar por el sentimiento que emanaba de los de Chicago.

Por otro lado, no es de extrañar que en la prensa de Londres —cuyas opiniones sociales, financieras y políticas eran realistas y no solían basarse en las quejas de la opinión pública— la reacción hacia Cowperwood fuese de lo más favorable. El *Daily Mail*<sup>[1]</sup> se aventuró a opinar que no sería precisamente una desventaja que este hombre focalizara su enorme habilidad en el campo de las atrasadas líneas subterráneas de Londres, que desde hacía años iban a la zaga de las necesidades del

público. El *Chronicle*<sup>[2]</sup> deploró la inactividad del capital inglés y expresó la ardiente esperanza de que si un norteamericano, en un lugar tan lejano como Chicago, era capaz de discernir lo que Londres necesitaba, quizá los líderes del campo de la tracción de Londres se despertaran ahora y empezaran ellos también a moverse. Y hubo comentarios similares también en el *Times*, el *Express*<sup>[3]</sup> y otros diarios.

En opinión de Cowperwood, estos comentarios eran desafortunados desde el punto de vista financiero. Era probable que concentraran el interés no sólo de las ambiciones financieras inglesas, sino también de las norteamericanas, sobre sus objetivos, lo que podría dar lugar a actividades que le crearan dificultades, y en esto no estaba equivocado en absoluto. Porque nada más confirmarse la noticia de la venta de la línea y que él reconociera que había otras ofertas, así como que se hiciera público que, en un futuro, quizá podría estar interesado en el problema del tránsito de Londres, los principales accionistas, tanto de la District como de la Metropolitan, las dos líneas más cuestionadas, se mostraron furiosamente indignados y más que dispuestos a oponerse a él en el futuro.

«¡Cowperwood! ¡Cowperwood!», dijo con desdén lord Colvay, accionista y uno de los doce directivos de la Metropolitan, así como de la nueva City and South London. Estaba desayunando con el *Times* a su derecha, principalmente por razones de dignidad mental, aunque, de momento, el que estaba leyendo era el *Daily Mail*, su periódico favorito. «¿Y quién demonios es este Cowperwood? ¡Uno de esos americanos que surgen de repente y que van paseándose por el mundo diciéndole a la gente lo que tiene que hacer! Me pregunto quiénes serán sus asesores —Scarr, quizá, con su proyecto de Baker Street y Waterloo; y Wyndham Willets, con su ruta de Deptford y Bromley. Y, por supuesto, Greaves y Henshaw, en busca de contratos. Y la Traffic Electrical ansiosa por quitarse de en medio.»

Igualmente molesto estaba sir Hudspeth Dighton, directivo de la District y accionista de la Metropolitan. Tenía ya setenta y cinco años, era ultraconservador y no tenía el más mínimo interés en embarcarse en cambios radicales en el sistema de ferrocarriles, particularmente cuando estos representaban unos gastos enormes cuyos posibles beneficios no podían cuantificarse de manera exacta de antemano. Se había levantado a las cinco y media, y tras tomarse el té y leer el periódico, caminaba entre las flores de su hacienda de Brentford, dándole vueltas al problema que representaban estos americanos con sus modernas ideas sobre todas las cosas. Bien era cierto que las líneas subterráneas no estaban yendo tan bien como debieran, y que quizá fuera ventajoso modernizar el equipamiento. Pero, ¿por qué el *Times* y el *Mail* tenían que señalar ese hecho, particularmente relacionándolo con la llegada de un norteamericano quien, con seguridad, a la hora de la verdad no lo haría mejor que otra veintena de ingleses? Inglaterra dominaba el mundo y continuaría haciéndolo. Y desde luego no necesitaba ayuda venida de fuera. Y a partir de aquel momento, se dispuso a dar razones en contra de cualquier interferencia extranjera en relación con el desarrollo del tránsito del sistema subterráneo de Londres.

Y lo mismo con sir Wilmington Jeems, cuya residencia se hallaba en la zona de Wimbley Park. También era directivo de la District y estaba dispuesto a admitir que, tanto la modernización como la prolongación de las líneas era algo deseable, pero, ¿por qué un norteamericano? Cuando llegara el momento idóneo, eso podrían hacerlo los ingleses.

Y opiniones parecidas a las de estos tres hombres constituían la reacción mayoritaria de los directivos y de los grandes accionistas, tanto de la Metropolitan como de la District, así como de los del resto de las líneas subterráneas de Londres.

Pero fue Colvay, el más agresivo y dinámico de los tres, el que finalmente decidió tomar medidas defensivas. Aquel mismo día, decidió iniciar consultas con los otros directivos para ver qué acciones debían tomar con respecto a aquel asunto, y el primero al que acudió fue a Stane, pero, para entonces, Stane ya estaba lo suficientemente impresionado por Cowperwood a raíz de lo que Johnson le había contado y de lo que había leído en los periódicos, como para contestarle a Colvay con mucha cautela. Afirmó que la propuesta de Cowperwood era lo natural. Era algo que cualquiera, aparte de los directivos más antiguos de ambas compañías, podía considerar necesario. Aunque, ciertamente, ahora que se presentaba la propuesta de construir un sistema rival, lo obvio era organizar una reunión de los directivos de la Metropolitan y de la District, para que ambos grupos pudieran acordar cuál era la línea de acción más adecuada.

Colvay visitó después a sir Wilmington Jeems, y lo encontró sumido en un estado de ánimo bastante inquieto.

—Las probabilidades son cien a una, Colvay, que si nosotros y la Metropolitan no nos asociamos —dijo—, este tipo es muy capaz de buscar a suficientes accionistas de ambas compañías como para liquidarnos a todos. Cuente conmigo para unirnos contra Cowperwood, siempre y cuando nuestros intereses estén protegidos.

Animado por esta afirmación, Colvay comenzó a llamar por teléfono a tantos directivos como le fue posible localizar. De doce, encontró a siete que estaban al tanto de la importancia de lo que tenía que contarles. En consecuencia, se programaron reuniones especiales de los directivos de ambas compañías para el siguiente viernes, y en estas reuniones se solicitó una reunión conjunta de los directivos de ambas compañías, que tras ser votada, quedó fijada para el siguiente jueves, cuando se valoraría aquella nueva cuestión.

Stane y Johnson se reunieron tras este repentino acontecimiento. Era muy interesante y de lo más oportuno, en vista del próximo compromiso de Johnson con Cowperwood para cenar.

—¡Puede estar seguro! —dijo Johnson—. Lo sabe todo sobre nosotros a través de ese tipo, Jarkins, y quiere tantearnos.

—Bueno, son tal para cual —dijo Stane—, ni la District ni la Metropolitan van a hacer nada a menos que Cowperwood haga algo primero. Ahora mismo están considerablemente alterados, pero no es probable que los nuestros estén de acuerdo

en adoptar cambios radicales. Ni siquiera ahora tienen el valor de unir las dos líneas del circuito, mucho menos de electrificarlas y de gestionarlas como una sola. A menos que Cowperwood siga adelante con su programa, ellos no harán nada. Soy de la opinión de que deberíamos seguirle el juego hasta el momento en el que veamos cuánto abarca su plan, y si es seguro que está dispuesto a llevarlo a cabo, y después podemos decidir lo que eso puede llegar a significar para nosotros. A menos que esté completamente claro que los de la Metropolitan-District están dispuestos a hacerlo igual de bien o mejor, creo que deberíamos asociarnos con Cowperwood y llegar después a algún arreglo con nuestros antiguos amigos.

—¡Muy sensato! ¡Muy sensato! —interpoló Johnson en este momento—. En eso estoy completamente con usted. Al menos, en teoría. Pero no olvide que mi posición en este asunto es ligeramente diferente a la suya. Como accionista de ambas líneas, estoy de acuerdo con usted en que poco podemos esperar de los que están a cargo de las cosas en este momento. Pero, como abogado de ambas líneas, tengo que valorar cuál puede ser el resultado de mis actividades, teniendo en cuenta esa doble condición. Como usted mismo puede darse cuenta, no puedo actuar en esa doble capacidad de manera simultánea. Mi deber, así como mi deseo más sincero, es estudiar el asunto a fondo y sin tomar partido, y ver si no hay manera de armonizar los intereses norteamericanos y los ingleses. Como abogado, me parece que no habría nada malo en reconocer que el señor Cowperwood me ha abordado para informarse sobre cuál es la postura de ellos. Y como accionista de estas compañías, debería ser capaz de decidir por mí mismo cuál es el mejor programa y actuar en consecuencia a nivel particular. Usted no ve en eso ninguna objeción moral, ¿verdad?

—Ninguna en absoluto —dijo Stane—. Me parece que es una postura franca y justa que ambos podríamos adoptar. Si ponen alguna objeción, muy bien. Eso no debería preocuparnos. Y, por supuesto, el señor Cowperwood se las arreglará solo.

—Me alegra enormemente oírle decir eso —comentó Johnson—. Estaba empezando a sentirme algo preocupado, pero ahora creo que puede salir bien. Al menos, no habrá nada malo en que me reúna con Cowperwood. Y luego, si a usted le parece bien, quizá podamos dar algún paso más. Me refiero a nosotros tres, claro —añadió con cautela.

—Sí, por supuesto, los tres —dijo Stane—. En cuanto tenga algo concreto de lo que informarme, hágamelo saber. Una cosa sí podemos dar por segura —añadió al tiempo que se levantaba y estiraba sus largas piernas—, y es que hemos dado lugar a una buena controversia. O, al menos, Cowperwood lo ha hecho por nosotros. Ahora, lo único que tenemos que hacer es sentarnos a esperar para ver hacia dónde tira cada uno.

—Muy cierto —dijo Johnson—. Me pondré en contacto con usted inmediatamente en cuanto vea a Cowperwood el martes.

## CAPÍTULO XXXII

La cena en el Brown's Hotel fue fatídica no sólo para Johnson y para todo lo que él representaba, sino también para Cowperwood y todo lo que él deseaba conseguir, aunque ninguno de los dos llegó a darse cuenta de esto en aquel momento.

Como Cowperwood pronto descubrió, Johnson se había sentido tremendamente impresionado por lo que acababa de ocurrir en relación a los directivos y los inversores con intereses en las líneas subterráneas, y debido al entusiasmo que había sentido en un principio, pretendía adoptar una línea moderada hasta averiguar exactamente qué quería proponerle Cowperwood. Aun así, estaba convencido de que Johnson, debido a todo lo que había en juego en forma de futuros beneficios relacionados con la construcción y la gestión del campo del tránsito de Londres, estaba ansioso por ponerse de su parte si le era posible. Y, debido a su propio deseo de rehabilitarse tanto a nivel social como financiero, estaba decidido a hacer eso realidad. Comenzó pidiéndole a Johnson que le dijera con toda franqueza cuáles eran las dificultades a las que se enfrentaría cualquier extranjero que pretendiera abordar la situación con los fines que él tenía en mente.

Aliviado por esta pregunta tan absolutamente directa, Johnson esbozó la situación con igual franqueza. De hecho, habló con Cowperwood de la misma manera que había hablado con Stane sobre su posición personal, dejando completamente claro que él consideraba que sus patrones eran testarudos e incluso obtusos, al no tener en cuenta los grandes cambios sociales y económicos que se estaban produciendo allí de manera lenta pero segura. Admitió que, hasta aquel momento, no había habido una toma de conciencia sensata de lo que debía hacerse. Y que el interés despertado entonces se debía a los celos que sentían hacia un extranjero, más que a un deseo inteligente de resolver el problema en sí. Sentía tener que decirlo, pero era la verdad. Y por muy de acuerdo que pudiera estar con Cowperwood en su deseo de hacer lo que era obvio que era lo más acertado, si se sospechara que él, personalmente, como abogado que era de la Metropolitan y de la District, e independientemente de sus intereses como accionista, estaba promoviendo cualquier plan para una injerencia externa, se volverían contra él y perdería sus actuales e importantes conexiones, viéndose privado de toda capacidad de hacer nada en absoluto, lo que convertía la suya en una posición muy difícil.

Aun así, como Johnson insistió en afirmar, aquella intrusión era legítima, y desde el punto de vista puramente práctico, debería llevarse a cabo. Y por ese motivo, estaba más que dispuesto a ayudar, si le era posible. Pero debía estar al tanto de los detalles del programa de Cowperwood, de modo que pudieran valorar hasta dónde podrían avanzar juntos.

El plan que Cowperwood tenía era, en realidad, mucho más sutil e implacable de lo que Johnson estaba dispuesto a sospechar en aquel momento. Por un lado, después de ver el prestigio y la ventaja que la simple compra de los derechos de la línea de Charing Cross le había proporcionado, y teniendo en cuenta los diversos derechos para otras líneas que ya habían sido autorizados por el parlamento —y que además, en todos los casos, parecían carecer del dinero necesario para seguir adelante—, estaba planteándose comprar tantos como le fuera posible, pero sin decir ni una palabra a nadie. Y más adelante, si la oposición contra él era excesivamente obstinada, las unificaría y le ofrecería a Londres un sistema rival —un movimiento que, en su opinión, haría que sus enemigos entraran en razón—. Al mismo tiempo, y en relación con la línea de Charing Cross, que no era más que una continuación de la antigua Traffic Electrical Company, estaba dispuesto, si era necesario, a compartir un porcentaje justo de la parte de los fundadores con aquellos inversores ingleses que pudieran ayudarle a hacerse con el control de la línea District.

Aunque Cowperwood le había dicho a Berenice que tenía intención de colocar esta aventura de Londres en un plano superior al de todas las anteriores, la experiencia le había demostrado la necesidad de mantener los beneficios más importantes en sus propias manos hasta llegado el momento en el que estuviera seguro de que nadie iba a ir más allá que él, lo que convertiría su absoluta honestidad en algo ridículo y hasta destructivo. Había tenido por principio ser el propietario y controlar, no sólo al menos el cincuenta y uno por ciento de todas las compañías de las que era director, sino también, el cincuenta y uno por ciento de todas las compañías menores que él invariablemente organizaba y gestionaba a través de testaferros.

Así que, debido al equipamiento eléctrico que requeriría la nueva línea, ya estaba planeando la organización de la Railway Equipment & Construction Company para que se hiciera cargo del contrato para la electrificación de la línea de Charing Cross. Y después organizaría otras compañías subsidiarias para que suministraran los coches, los raíles, las vigas de acero, el equipamiento de las estaciones y otras cosas por el estilo. Naturalmente, los beneficios serían enormes. Aunque en Chicago, estos habían ido a parar exclusivamente a sus manos, aquí en Londres, y con intención de ganar una batalla que amenazaba con ser difícil, estaba ahora pensando en dividir un porcentaje de esos beneficios con aquellos que le resultaran más útiles.

Por ejemplo, tenía intención, en caso de que fuera necesario, de poner a Stane y a Johnson al tanto de su plan de crear la compañía para el equipamiento, y si de verdad había acuerdo entre ellos, podría demostrarles cómo, en caso de que él solo, o bien asociándose entre ellos, llegaran a hacerse con la Metropolitan y la District, los primeros y más seguros beneficios que obtendrían procederían del negocio de la construcción y el equipamiento. Es más, tenía intención de hacer hincapié en que con la construcción y el equipamiento de cada una de las prolongaciones adicionales de este sistema general, los beneficios de esta compañía de construcción y equipamiento



seguirían creciendo, lo que, como sabía por experiencia, constituiría una ventaja inmensa.

La actitud de Cowperwood ante Johnson en esta distendida reunión era la de quien no tiene absolutamente nada que ocultar. Al mismo tiempo, estaba pensando que no sería fácil burlar a un hombre como aquel. De hecho, era el tipo de persona que bien podría sustituir a Sippens, si en algún momento era posible organizarlo. En consecuencia, tras tantear a Johnson sobre sus diversos potenciales, y al encontrarlo receptivo, aunque reservado, le preguntó si estaría dispuesto a ejercer como asesor principal y agente fiscal en todo lo relacionado con la necesaria ronda de propuestas que precederían a la unificación de las líneas y de los derechos necesarios para llevar a cabo un sistema de metro completo en Londres. Como ahora le aseguró a Johnson, la compra de la línea de Charing Cross por su parte no era algo realmente significativo ni importante, excepto por el hecho de que se podía utilizar como cuña para permitirle llegar a otras líneas.

—La verdad es, señor Johnson —continuó con su tono más convincente—, que algún tiempo antes de venir aquí ya había encargado que investigaran toda esta situación. Y sé tan bien como usted que este sistema del circuito central es la llave para el resto del negocio. También sé que usted y lord Stane están entre los mayores accionistas minoritarios de la District. Lo que quiero saber ahora es si no hay algún modo de que, a través de ustedes, yo pueda llevar a cabo la unión de la Metropolitan y la District, así como de las otras líneas.

—No va a ser fácil —dijo Johnson muy serio—. Nos enfrentamos a la tradición, e Inglaterra apoya a los suyos. Sin embargo, si le estoy comprendiendo bien, usted tiene intención de llevar a cabo una unificación de la suya y de estas líneas, particularmente el sistema del circuito, y de la que usted estaría a cargo, por supuesto.

—Exactamente —dijo Cowperwood—, y puedo hacer que a usted le compense generosamente, se lo aseguro.

—No hace falta que me lo diga —dijo Johnson—. Pero tendré que tomarme un tiempo para pensar sobre esto, señor Cowperwood, y para investigar personalmente de manera soterrada. Y cuando lo haya pensado todo bien, podemos volver a examinar todo este asunto.

—Por supuesto —dijo Cowperwood—; lo entiendo. Además, quiero marcharme de Londres durante algún tiempo. Digamos que me llama usted dentro de diez o doce días.

Se dieron la mano cordialmente. Johnson estaba entusiasmado con este sueño que prometía actividad y posesiones. Era un poco tarde para que él triunfara en este campo al que le había dedicado toda su vida. Y sin embargo, ahora parecía posible.

En cuanto a Cowperwood, se quedó meditando sobre la línea de acción en el aspecto financiero que debería seguir. Según su último análisis, el ábrete sésamo a la solución de este problema era simple: ofrecer lo suficiente en libras esterlinas. Ponerles a los inversores litigantes el dinero suficiente ante los ojos, y fueran cuales

fuesen sus objeciones, era más que probable que cogieran el dinero y se olvidaran de la disputa. ¿Y si tenía que pagar a estos directivos e inversores recalcitrantes dos, tres o cuatro libras por cada libra que controlaban ahora? Los beneficios que le dejaría el plan de la corporación dedicada a la construcción y el propio aumento del tráfico en una ciudad tan grande y en continuo crecimiento como era Londres terminarían no sólo por cubrir el desorbitado precio que ahora estaba dispuesto a ofrecer, sino que también terminaría por rendir un interés mayor del que esta gente tenía capacidad de ver ahora. Lo que tenía que hacer era asegurarse el control, y luego, más adelante, unificar estas líneas, costara lo que costara, y por muy asombroso que pareciera ese coste. El tiempo y el actual crecimiento financiero mundial harían el resto.

Como no deseaba echar mano de sus propias reservas personales para el coste inicial de todo esto, probablemente tendría que regresar a los Estados Unidos en un futuro cercano, para mediante una astuta presentación de las posibilidades que ofrecía aquella situación, obtener de ciertos bancos, compañías fiduciarias y financieros con cuyos métodos y codicia estaba totalmente familiarizado, suscripciones para crear una sociedad de cartera subyacente. Y esta, a su vez, adquiriría estas propiedades de Londres y más tarde, prorrataría las propiedades adquiridas entre los diversos suscriptores, sobre una base de dos o tres dólares por cada dólar invertido.

Pero lo que tenía que hacer ahora era recuperar fuerzas tomándose unas vacaciones con Berenice, y después de eso, hablaría con Johnson y organizaría una reunión con lord Stane, porque muchas cosas dependían de la actitud de estos dos.

## CAPÍTULO XXXIII

Durante el tiempo que duró esta frenética actividad comercial —que se había visto interrumpida sólo por la partida de Aileen hacia París y las actividades de Berenice relacionadas con Pryor's Cove—, Cowperwood se había tenido que contentar con ver a su amada de manera muy breve. Aparentemente, ella estaba muy ocupada comprando y organizando cosas. Las elegantes banalidades con las que se entretenía, sin embargo, sólo servían para convertirla en una persona aún más misteriosa a ojos de Cowperwood. Tiene tanta vida, se decía él a menudo. Desea las cosas y disfruta de ellas intensamente, y con eso hace que yo también las disfrute. Parece sentir interés por todo, de ahí que la gente sienta un interés natural por ella.

Y ahora, durante su primera visita a Pryor's Cove, se encontró con que la casa estaba completamente equipada: cocinera, sirvientas, ama de llaves, mayordomo, aparte del personal que trabajaba en el exterior de la casa y que Stane mantenía. Y hasta Berenice simulaba sentir interés —o adoptaba una pose, no sabría decir qué era exactamente— por los encantos de aquella vida rústica. Su amor por la naturaleza a menudo parecía genuino, e incluso resultaba enternecedor: un pájaro, un árbol, una flor, una mariposa; ella se mostraba eufórica. María Antonieta no habría podido representar mejor aquel papel. Cuando él llegó, ella estaba fuera con el pastor, que había reunido a las ovejas y los corderos para que los inspeccionara. Mientras el carruaje de él recorría el camino de acceso, ella sostenía en sus brazos uno de los corderitos más pequeños y lanudos. La imagen que le ofreció le pareció deliciosa, pero en modo alguno logró engañarlo. Está actuando para mí, fue lo que él pensó.

—¡La pastora y sus ovejas! —exclamó acercándose y tocando la cabeza del cordero que ella sostenía en brazos—. ¡Qué criaturas tan encantadoras! Vienen y van como las flores de primavera.

De un vistazo, apreció la cualidad artística de su vestido, aunque no dijo nada. Entendía plenamente que para ella era algo natural lograr un conjunto poco corriente. Berenice solía fingir no ser consciente de la importancia de sus poses, ya que las consideraba como algo inherente a ella, y que eran un privilegio, así como una obligación, que formaba parte de sus atributos físicos.

—Deberías haber venido un poco más temprano —dijo ella—. Habrías podido conocer a nuestro vecino, Arthur Tavistock. Me ha estado ayudando a organizar las cosas. Tenía que ir a Londres, pero vendrá mañana para seguir trabajando.

—¿En serio? ¡Qué ama tan eficiente, que hasta le da trabajo a los invitados! ¿Es que aquí el trabajo se va a convertir en la principal forma de entretenimiento? ¿Qué tengo que hacer yo?

—Hacer recados. Y además, muchos.

—Eso ya lo hice en los primeros años de mi vida.

—Pues, cuida de que no la termines así también. —Y lo cogió del brazo—. Ven conmigo, querido. ¡Dobson! —dijo llamando al pastor, que se acercó para coger el cordero que ella llevaba en brazos.

Cruzaron el parejo césped para llegar hasta la casa flotante. Allí, en la terraza protegida por los toldos había una mesa dispuesta. En el interior, en una de las ventanas del barco, que estaba abierta, estaba leyendo la señora Carter. Después de que Cowperwood la saludara cordialmente, Berenice lo condujo hasta la mesa.

—Y ahora te vas a sentar aquí a contemplar la naturaleza —le ordenó—. Tú sólo relájate y olvídate de Londres por completo. —Y después, le puso delante su bebida favorita, un julepe de menta—. ¡Ahí tienes! Y ahora déjame que te cuente algunas de las cosas que creo que podríamos hacer, si es que tienes algo de tiempo. ¿Lo tienes?

—Todo el tiempo del mundo, querida —dijo él—. Lo he dejado todo arreglado. Somos libres. Aileen se ha ido a París —añadió en tono confidencial—, y, por lo que ha dicho, no espero que vuelva hasta pasados por lo menos diez días. Y ahora, dime, ¿qué tienes en mente?

—¡Una visita a algunas de las catedrales inglesas para la madre, la hija y el tutor! —le contestó ella inmediatamente—. Siempre he querido ver Canterbury, York y Wells. ¿No crees que podríamos dedicar algún tiempo a hacer eso, ya que no podemos ir al continente?

—Me parece ideal. Nunca he visto mucho de Inglaterra, y para mí será un placer. Podemos estar solos. —Le cogió la mano entre las suyas y ella le rozó el pelo levemente con los labios.

—Creo que me estoy manteniendo al tanto de todo el jaleo que se ha montado en los periódicos hablando de ti —dijo ella—. Ya se ha corrido la voz de que el gran Cowperwood es mi tutor. El de la compañía de mudanzas quería saber si mi tutor y el millonario norteamericano del que habían hablado en el *Chronicle* eran la misma persona, y tuve que decirle que sí. Pero parece que a Arthur Tavistock le resulta natural que yo tenga un mentor tan distinguido.

Cowperwood sonrió.

—Supongo que habrás tenido en cuenta a los sirvientes y lo que es probable que lleguen a pensar.

—¡Por supuesto que sí, querido mío! Es algo fastidioso, pero necesario. Esa es la razón por la que quiero que hagamos este viaje. Y ahora, si ya has descansado, me gustaría mostrarte algo interesante. —Y con una sonrisa, le hizo señas a Cowperwood para que la siguiera.

Lo condujo hasta un dormitorio que estaba más allá del vestíbulo y abrió un cajón de la cómoda del que sacó un par de cepillos para el pelo con el escudo de armas del conde de Stane grabado en la parte de atrás, que era de plata; también había un botón suelto y varias horquillas.

—Si se pudieran identificar estas horquillas con la misma facilidad que los

cepillos, quizá esto demostrara que ha habido un romance —dijo ella con picardía—. Pero yo le guardaré el secreto a este noble señor.

En aquel momento, llegó hasta allí el sonido del cencerro de una oveja proveniente de los árboles que rodeaban la casa.

—¡Ahí está! —exclamó ella cuando cesó el ruido—. Cuando oigas eso, estés donde estés, tienes que venir a cenar. Eso va a reemplazar a la típica reverencia de un mayordomo.

El viaje, según los planes de Berenice, debía comenzar al sur de Londres, haciendo quizá una parada en Rochester, para seguir luego hasta Canterbury. Tras rendir homenaje a aquel exquisito poema construido en piedra, debían dirigirse en automóvil hasta una modesta posada en la orilla del río Stour —no iban a alojarse en ningún gran hotel ni en ningún lugar propio de turistas para no romper la simplicidad estética de este viaje—, donde disfrutarían de una habitación con chimenea y de la más sencilla comida inglesa. Porque Berenice había estado leyendo a Chaucer<sup>[1]</sup> y otros libros sobre estas catedrales inglesas, y esperaba poder recuperar el ambiente en el que fueron concebidas. Desde Canterbury, se dirigirían a Winchester, y desde allí, a Salisbury, y desde Salisbury, a Stonehenge; desde allí, a Wells, Glastonbury, Bath, Oxford, Peterborough, York, Cambridge y después, de vuelta a casa. Pero siempre, como ella insistió, debían evitar todo lo que fuera puramente convencional. Debían buscar las posadas más pequeñas y los pueblecitos más sencillos.

—Será bueno para nosotros. Nos mimamos demasiado. Si observas todas estas cosas preciosas, quizá puedas construir mejores líneas subterráneas.

—¡Y tú deberías contentarte con sencillos vestidos de algodón! —dijo Cowperwood.

Para Cowperwood el encanto principal de aquellas vacaciones y de aquel viaje no lo constituían las catedrales ni las casitas de los pueblos ni las posadas, sino que lo que lo fascinaba era la cambiante vivacidad del temperamento y de los gustos de Berenice. No conocía a ninguna otra mujer a la que habiéndole ofrecido París y el resto del continente a primeros de mayo, hubiera elegido las ciudades catedralicias de Inglaterra. Pero Berenice era distinta a las otras, porque ella parecía encontrar en su interior los placeres y la satisfacción que más ansiaba.

En Rochester escucharon a un guía que les habló del rey Juan, William Rufus, Simon de Montfort y de Watt Tyler<sup>[2]</sup>, pero al poco Cowperwood hizo caso omiso de ellos por considerarlos simples sombras, hombres que habían tenido su momento y sus egoístas caprichos de un tipo u otro, pero que se habían ido desvaneciendo hasta desaparecer en la nada, igual que ocurriría con todos nosotros. Prefería ver el sol sobre el río y sentir la primavera en el aire. Hasta Berenice daba la impresión de sentirse algo desilusionada ante aquella imagen tan corriente.

Pero en Canterbury el humor de todos ellos cambió enormemente, incluido el de la señora Carter, que en modo alguno sentía interés por la arquitectura religiosa.

—Vaya, este sitio sí que me gusta —comentó ella cuando enfilaban una de sus

tortuosas calles.

—Quiero averiguar por qué camino venían los peregrinos —dijo Berenice—. Me pregunto si sería por este. ¡Mirad, ahí está la catedral! —dijo señalando una torre y un tímpano que se veían por encima del tejado de una casita baja de piedra.

—¡Precioso! —comentó Cowperwood—. Y además hace una tarde deliciosa. ¿Almorzamos primero o, en vez de eso, nos deleitamos con la catedral?

—¡Primero la catedral! —contestó Berenice.

—Y tomamos después un almuerzo frío, supongo —interpuso su madre con sarcasmo.

—¡Madre! —le reprendió Berenice—. ¡Decir eso precisamente en Canterbury!

—Resulta que sé ciertas cosas sobre estas posadas inglesas, entre ellas lo importante que es no ser los últimos si es que no podemos ser los primeros —dijo la señora Carter.

—¡Ese es el poder que tiene la religión en 1900! —comentó Cowperwood—. Hasta una posada rural la hace esperar.

—No tengo absolutamente nada en contra de la religión —insistió la señora Carter—, pero las iglesias son algo totalmente diferente y no tienen nada que ver con ella.

Canterbury. Aquel recinto del siglo x con su multitud de callejuelas serpenteantes tras cuyos muros reinaban el silencio y las agujas ennegrecidas por el tiempo, los pináculos y los contrafuertes de la propia catedral. Y las grajillas revoloteando y peleando por los lugares estratégicos. En su interior, había también un revoltijo de tumbas, altares, lápidas y sepulcros: Enrique IV, Thomas Becket, el arzobispo Laud, los hugonotes y Eduardo, el Príncipe Negro<sup>[3]</sup>. No había manera de llevarse a Berenice de allí. Los guías y un tropel de visitantes caminaban despacio de un monumento conmemorativo a otro. En la cripta en la que los hugonotes vivieron y hallaron refugio, hicieron sus devociones y tejieron sus ropas, se detuvo a meditar con la guía turística en la mano. Y lo mismo hizo en el lugar en el que dieron muerte a Thomas Becket.

A Cowperwood, que prefería observar las cosas en su conjunto, le resultaba difícil soportar aquellas nimiedades. Tenía poco interés en los asuntos de hombres y mujeres que habían pasado a la historia, cuando él estaba tan involucrado en el presente. Así que después de un rato, salió disimuladamente porque prefería apreciar los extensos jardines con sus senderos bordeados de flores y observar desde allí la catedral: sus arcos, sus torres y sus vidrieras; aquel lugar sagrado construido con tanta meticulosidad aún conservaba su encanto, pero sólo gracias a las manos, la inteligencia, las aspiraciones y los sueños de criaturas egoístas guiadas por su instinto de supervivencia, igual que él mismo. Por eso, meditó, muchos de los que allí estaban habían luchado por convertirse en los dueños de aquella iglesia. ¡Y ahora se encontraban tras sus muros, bendecidos y convertidos en nobles y respetables muertos! ¿Había algún hombre noble? ¿Alguna vez había existido un alma sobre

cuya nobleza no cupiese duda? Apenas podía creer que así fuera. Los hombres mataban para vivir; todos ellos. Y se regodeaban en la lujuria para reproducirse. De hecho, las guerras, los engaños, los actos crueles, la avaricia, la lujuria y el asesinato hablaban por sí solos y conformaban la auténtica historia, mientras que sólo los débiles corrían en busca de la ayuda de algún mítico salvador o de algún dios. Y los fuertes utilizaban precisamente esa creencia en los dioses para promover su conquista de los débiles, utilizando recintos sagrados como aquel. Miró a su alrededor, meditó y se sintió hasta cierto punto conmovido por la futilidad de tantas cosas, aunque siguieran conservando su belleza.

Aunque, sólo con ver a Berenice observando atentamente una cruz o una inscripción religiosa era suficiente para hacerlo rejuvenecer. En momentos así, parecía dueña de una gracia inmaterial y contemplativa que acababa con el sabor a pagana modernidad que en otras ocasiones le confería la fuerza y el resplandor de una flor roja sobre una piedra gris. Quizá, como ahora razonaba para sí, su reacción ante estos monumentos y formas del pasado, que además, iba de la mano con su deleite en el lujo, no era algo tan diferente al regocijo que le proporcionaban a él sus cuadros y el placer que le suponía gozar de poder. Todo esto le hizo sentir respeto por ella, y mucho más cuando, una vez concluido el peregrinaje, mientras se preparaban para marcharse a cenar, ella dijo:

—¡Esta tarde volvemos después de la cena! Hay luna nueva.

—¡Desde luego! —dijo Cowperwood divertido.

La señora Carter bostezó y anunció que ella no regresaría, sino que se iría a su habitación después de cenar.

—Muy bien, madre —dijo Berenice—, pero Frank debe volver por el bien de su alma.

—¡Ahí lo tienes! ¡Tengo alma! —dijo Cowperwood con indulgencia. De modo que después de disfrutar de una comida sencilla en la posada, Berenice lo condujo por la calle cuando ya comenzaba a oscurecer. Cuando traspasaron la puerta negra tallada que conducía al recinto, la luna, como una pluma blanca sobre un cielo de un acero azul casi negro, parecía adornar el pináculo más alto que sobresalía por encima de la silueta alargada de la catedral. En un primer momento, obligado por el apasionado capricho de Berenice, Cowperwood lo observó todo obedientemente. Pero, al rato, fue la propia respuesta de ella la que lo hizo cambiar de actitud. ¡Oh, ser joven, mostrarse tan entusiasmada, tan profundamente emocionada por el color, la forma, el misterio y la insignificancia de la actividad humana!

Pero Berenice no sólo estaba pensando en los recuerdos desvaídos y en el revoltijo de esperanzas y miedos que habían dado lugar a todo aquello, sino también en el misterio y la muda inmensidad del tiempo y el espacio. ¡Poseer conocimiento y capacidad de comprensión! ¡Pensar afanosamente en busca de alguna razón o excusa para la vida! ¿Su propia vida no iba a ser más que poseer una determinación inteligente, calculadora y despiadada por conseguir sus metas sociales e individuales?

¿De qué iba a servir aquello, ni a ella ni a ninguna otra persona? ¿Qué belleza crearía o inspiraría esa vida? Ahora... aquí... en este lugar... perfumado de recuerdos a la luz de la luna... había algo junto a ella y en su corazón... algo que le hablaba en susurros de paz y tranquilidad... de soledad... de realización... de un deseo de crear algo que fuera completamente hermoso, de modo que su vida fuese plena y tuviera de verdad significado.

Pero... no eran más que sueños descabellados... la luna la había embrujado. ¿Qué más podía querer? Tenía lo que todas las mujeres deseaban.

—Volvamos, Frank —dijo al fin, con la sensación de que algo se malograba en su interior, de que la belleza había desaparecido para siempre—. Volvamos a la posada.



## CAPÍTULO XXXIV

Mientras Cowperwood y Berenice hacían su gira por las ciudades catedralicias, Aileen y Tollifer visitaban los cafés, las tiendas elegantes y los lugares de reunión más populares de París. Una vez que se hubo asegurado de que Aileen acudiría, Tollifer se le adelantó veinticuatro horas y empleó ese tiempo en preparar un programa que debería resultar divertido, con la intención de retenerla en París. Porque sabía que Francia no era una novedad para ella. Había estado allí, y en la mayoría de los lugares populares de toda Europa en numerosas ocasiones en el pasado, cuando Cowperwood se mostraba ansioso por verla feliz. Incluso ahora, atesoraba aquellos recuerdos, y de vez en cuando, evocaba fugazmente alguno de ellos con gran intensidad.

A pesar de ello, Tollifer le estaba resultando una persona de lo más entretenida. La tarde de su llegada, la visitó en el Ritz, donde se había instalado con su doncella y donde se preguntaba en parte por qué había ido. Era cierto que había tenido intención de ir a París, pero había acariciado la idea de que Cowperwood fuese con ella. Sin embargo, los asuntos que tenía en Londres y que la prensa se encargaba de gritar a los cuatro vientos y de los que él le había hablado de manera muy elocuente, la convencieron de que esta vez estaba tremendamente ocupado. De hecho, al encontrarse con Sippens en el vestíbulo del Cecil una mañana, este la había deleitado con un relato colorido y enérgico sobre la maraña de asuntos con los que ahora tenía que lidiar Cowperwood.

—Va a poner esta ciudad patas arriba, señora Cowperwood —le había dicho Sippens—, si persiste en su interés. Sólo espero que no trabaje demasiado (aunque no era eso en realidad lo que esperaba). Ya no es tan joven como antes, aunque parece más astuto y más rápido que nunca.

—Lo sé, lo sé —le había contestado Aileen en aquel momento—. No hay nada que pueda decirme de Frank que yo ya no sepa. Imagino que seguirá trabajando hasta que se muera.

Y al dejar a Sippens, pensó que quizá esto fuera verdad, pero también sospechó que debía de haber una mujer en alguna parte... posiblemente Berenice Fleming. Sin embargo, *ella* era la señora de Frank Cowperwood. Tenía el consuelo de saber que dondequiera que se mencionara su nombre, la gente se volvería para mirarla: en las tiendas, los hoteles y los restaurantes. Y además tenía a Bruce Tollifer. Allí estaba a su llegada, tan atractivo como siempre, y al entrar en la *suite* de su hotel le dijo:

—¡Ya veo que ha seguido mi consejo! Y ahora que está aquí, me voy a hacer responsable de usted. Si le apetece, debe vestirse inmediatamente para ir a cenar. Le he organizado una pequeña fiesta. Están aquí algunos amigos míos. ¿No sé si conoce

a los Sidney Brainerd de Nueva York?

—Oh, sí —dijo Aileen, sintiendo un torbellino de emoción. Había oído decir que los Brainerd eran ricos y tenían una posición social importante. La señora Brainerd, recordó, había sido Marigold Shoemaker de Filadelfia antes de casarse.

—La señora Brainerd está aquí en París —continuó Tollifer—. Ella y algunos de sus amigos van a venir a cenar con nosotros en Maxim's<sup>[1]</sup>, y después iremos al local de un argentino. Sé que le resultará entretenido. ¿Cree que podrá estar lista dentro de una hora? —Él se dirigió a la puerta con el aire de quien prevé que va a pasar una noche muy divertida.

—Creo que sí —dijo Aileen riéndose—. Pero tendrá usted que marcharse para que pueda empezar a arreglarme.

—Eso me va perfectamente. Vístase de blanco, si tiene, y lleve rosas rojas. ¡Estará usted maravillosa!

Aileen se sonrojó un poco ante esta muestra de familiaridad. ¡Un caballero muy arrogante, cuanto menos!

—Eso es exactamente lo que voy a ponerme —dijo ella al tiempo que le dedicaba una radiante sonrisa—, si consigo encontrar el vestido.

—¡Estupendo! Volveré a buscarla dentro de una hora. Hasta entonces... —Le hizo una reverencia y se marchó.

Mientras se vestía, esta repentina invasión de Tollifer que tan seguro de sí mismo se mostraba, le resultó más difícil de entender que nunca. Era obvio que no carecía de dinero. Pero, teniendo en cuenta que tenía aquellos contactos tan importantes, ¿por qué había de molestarse con ella? ¿Por qué la señora Brainerd iba a unirse a un grupo para cenar cuando ella no iba a ser la invitada más importante? A pesar de ser presa de pensamientos tan contradictorios, la amistad de Tollifer, exenta de complicaciones, le seguía pareciendo fascinante aunque fuese fingida. Si se trataba de un aventurero de esos que sólo buscan dinero, como tantos otros, sin duda era de los inteligentes. Y además contaba con oportunidades de divertirse, algo de lo que habían carecido todos los que se le habían acercado en los últimos años. Sus métodos habían resultado aburridos con demasiada frecuencia, y su actitud, irritante.

—¿Lista? —preguntó Tollifer con aire despreocupado cuando regresó una hora más tarde, mientras observaba su vestido blanco y las rosas rojas que llevaba en la cintura—. Llegaremos justo a tiempo si nos marchamos ya. La señora Brainerd va a traer a un joven banquero griego y su amiga, la señora Judith Thorne, a quien no conozco, va a traer a un jeque árabe, Ibrihim Abbas Bey, ¡que Dios sabe lo que habrá venido a hacer a París! Pero, en cualquier caso, habla inglés, y el griego también.

Tollifer estaba algo colorado y se mostraba aún más seguro si cabe. Caminaba por la habitación con paso relajado, eufórico por el efecto del alcohol y por la certeza de que volvía a estar en buena forma. Para regocijo de Aileen, se dedicó a despotricar contra la decoración de la *suite* que ella ocupaba.

—¡Mire esos tapices! ¡Dios mío, y se quedan tan tranquilos! Ahora, al subir en el

ascensor, ha chirriado. ¡Imagínese algo así en Nueva York! ¡Y son las personas como usted las que se lo permiten!

Aileen se sintió halagada.

—¿Tan mal lo ve usted? —preguntó—. Ni siquiera me he parado a pensarlo. Después de todo, ¿a qué otro sitio se puede ir aquí?

Clavó el dedo en la pantalla de seda de una lámpara de suelo adornada con borlas:

—Esto tiene una mancha de vino. Y alguien ha estado quemando estos tapices falsos con un cigarrillo. ¡No me extraña!

Aileen se rio de él, divertida por sus fanfarronadas masculinas.

—Oh, vamos —le dijo—, podríamos estar en sitios mucho peores que este. Y además, está usted haciendo esperar a sus invitados.

—Tiene razón. Me pregunto si el jeque sabe algo sobre el whisky norteamericano. ¡Vamos a averiguarlo!

Maxim's en 1900. Lustrosos suelos negros encerados en los que se reflejaban las paredes de color rojo pompeyano, con el techo dorado e iluminado por tres enormes arañas eléctricas adornadas con prismas de cristal. Menos en la zona de las salidas delantera y trasera, junto a las paredes se alineaban asientos de piel de color bermejo, ante los que había pequeñas mesitas para cenar en la intimidad; todo ello creaba un ambiente de aire francés calculado para producir el efecto de liberación tanto mental como emocional que el mundo de entonces codiciaba únicamente en un lugar, allí; ¡en París! Sólo con entrar ya era suficiente para sumergirse en un feliz delirio. Allí se encontraban las personas, los atuendos y los diversos temperamentos propios de todas las naciones del mundo. Y todos ellos en lo más alto de la riqueza, los títulos, la posición y la fama, y todos atados por los cables de acero de las convenciones que regían la conducta y el vestido, y al tiempo que buscaban precisamente librarse de esas convenciones, acudían atraídos a aquel lugar que, según aquellas, era el escaparate de la no convencionalidad.

Aileen estaba contentísima de poder ver y ser vista allí. Como Tollifer había previsto, a sus amigos se les había hecho tarde.

—El jeque —explicó— pierde el norte a veces.

Pero unos minutos después llegaron la señora Brainerd y su griego, y la señora Thorne con su caballero árabe. El jeque en particular creó cierta conmoción y se oyeron cuchicheos. Al instante, Tollifer, haciendo gala de sus modales más pomposos, se encargó de pedir la comida, encantado de verse rodeado por media docena de camareros que rondaban la mesa como si fueran moscas. Se sintió muy complacido cuando descubrió que el jeque se había sentido instantáneamente atraído por Aileen. Sus formas redondeadas, su pelo brillante y su color más subido parecían suponerle un deleite mayor que la delgadez y los encantos menos vistosos tanto de la señora Brainerd como de la señora Thorne. Al punto se dedicó a ella, bombardeándola con corteses preguntas. ¿De dónde venía? ¿Era su marido millonario, como todos aquellos norteamericanos? ¿Podría regalarle una de sus rosas?

Le gustaba el color. ¿Había estado en Arabia alguna vez? Le gustaría la vida de las tribus nómadas beduinas. Arabia era preciosa.

Aileen, a la que miraba con aquellos ojos negros y ardientes que asomaban por encima de una barba elegantemente recortada, una nariz larga y aguileña, y una tez morena, estaba a un tiempo entusiasmada y llena de dudas. ¿Cómo sería tener un contacto íntimo con este hombre? En el caso de que alguien fuese a Arabia, ¿qué sería de ella en las garras de una criatura como aquella? Aunque sonreía y le proporcionaba la información que le iba pidiendo, le agradaba sentir que Tollifer y sus amigos estaban cerca y a mano, aunque no fuese exactamente de su gusto que les prestaran tanta atención con aire divertido.

Al enterarse Ibrihim de que ella pensaba quedarse en París unos cuantos días, le pidió permiso para verla más. Había inscrito un caballo para el Grand Prix. Debía ir con él a ver el caballo. Después, podrían cenar juntos. ¿Estaba en el Ritz? Ah... él ocupaba un apartamento en la Rue Said, cerca del Bois.

Mientras tenía lugar esta escena, Tollifer, muy animado, hacía todo lo posible por congraciarse con Marigold, quien le tomaba el pelo a cuenta de su último romance, cuya naturaleza entendía muy bien.

—Dime, Bruce —le dijo en tono jocosos en una ocasión—, ¿qué vas a hacer con todas nosotras ahora que tienes medios de sobra?

—Si estás hablando por ti, dímelo tú. No tengo a tantas molestándome.

—¿No? ¿Tan solita está la pobrecilla?

—Sí, así de sola, y más todavía; si supiera... —se limitó a decir—. Pero, ¿qué me dices de tu marido? ¿No existe la posibilidad de que se molestara si alguien se entrometiera?

—En ese sentido, ¡no hay de qué preocuparse! —dijo ella con una sonrisa incitadora—. Acabo de toparme con él cuando venía hacia aquí. Y además, ¿cuántos años hace que nos vimos por última vez?

—Ah, bastantes. Pero, ¿de quién es la culpa? ¿Y tu yate?

—Sólo tengo a mi capitán habitual, ¡lo juro! ¿Te apetecería hacer un crucero?

Tollifer estaba anonadado. Se le acababa de presentar una de esas oportunidades con las que llevaba soñando mucho tiempo, y obviamente, ahora no podía aprovecharla. Debía continuar con lo que se había comprometido a hacer, o todo aquello se le acabaría.

—Bueno —dijo entre risas—, no zarpará mañana mismo, ¿no?

—¡Oh, no!

—Si lo dices en serio, ¡ten cuidado!

—No he hablado más en serio en mi vida —le contestó.

—Eso está por ver. En cualquier caso, ¿comerás conmigo algún día de esta semana? Y después daremos un paseo por las Tullerías.

Poco después, pagó la cuenta y se marcharon.

Sabinal's a medianoche. El gentío habitual. Juego, baile y grupos pequeños en

animada o relajada charla. Sabinal en persona se acercó a saludar a Tollifer y a sus amigos, y les sugirió que pasaran a su apartamento y que esperaran allí hasta la una, cuando actuaría una *troupe* de cantantes y bailarines rusos.

Sabinal era dueño de notables joyas, cristal y plata italiana de época medieval, tejidos asiáticos de colores y texturas poco frecuentes, pero aún más impresionante que su colección —que él exhibía de la manera más despreocupada— era su propia personalidad esquiva y mefistofélica, dotada de una fuerza oscura y enigmática a un tiempo, que afectaba a todos los que lo rodeaban como si se tratara de un opiáceo. Conocía a mucha gente y los lugares más interesantes. En otoño, tenía intención de hacer un viaje, dijo, por lo que cerraría el local durante algún tiempo. Pensaba marcharse a Oriente a buscar piezas exquisitas que después vendería a coleccionistas privados. No hay duda de que los ingresos que conseguía gracias a estas expediciones eran considerables.

Aileen y los demás estaban encantados. A ella el lugar le pareció delicioso. Y más aún, porque Tollifer se cuidó de no explicar a ninguno de ellos las condiciones comerciales que regían aquella visita. Tenía intención de enviarle un cheque a Sabinal, pero prefería que se llevaran la impresión de que se trataba de un amigo suyo.

## CAPÍTULO XXXV

Tollifer se convenció de la importancia del trabajo que tenía encomendado cuando recibió, al tercer día tras la llegada de Aileen, dos mil dólares adicionales en efectivo a través del agente fiscal en París de la Central Trust de Nueva York, que antes de su partida le había aconsejado que mantuviera a las oficinas de Londres y París al tanto de sus señas.

No había duda de que la actitud de Aileen hacia él era complaciente. Cuando la llamó por teléfono unas cinco horas después de su visita a Sabinal's para sugerirle que almorzasen juntos, notó por el tono de su voz que se alegraba de saber de él otra vez. Lo que la hacía feliz era la sensación de disfrutar de una relación de camaradería con alguien que aparentemente sentía un interés personal en ella. En algunos aspectos, se parecía mucho al Cowperwood de los viejos tiempos: lleno de energía, cordial y no exento de dotes organizativas.

Él colgó el teléfono silbando. Su actitud hacia ella había adoptado un carácter más amable del que tenía cuando valoró en un primer momento la posibilidad de hacerse cargo de aquella tarea. Porque por lo que había observado en ella hasta el momento, comprendía muy bien lo que el favor y el afecto de Cowperwood debían de haber significado para Aileen, y lo que debía de suponerle la pérdida total de ambas cosas en aquel momento. Como él mismo a menudo era propenso a mostrarse malhumorado y por razones bastante similares, se identificaba con ella.

La noche anterior en Sabinal's, cuando Marigold y la señora Thorne en algún momento la excluían de la conversación con actitud indiferente y despreocupada, vio reflejada en su rostro una expresión de impotencia y abandono, lo que lo movió a separarla del grupo para jugar a la ruleta unos minutos. Sin duda, le iba a resultar una protegida muy difícil, pero en eso consistía el trabajo, de cuyo éxito dependía su futuro.

Pero, ¡por Dios!, se decía: ¡debería perder al menos diez kilos! Y necesita vestirse de manera adecuada y adoptar ciertos ademanes más atractivos. Es demasiado condescendiente. Hay que hacer que se respete a sí misma, y entonces, los demás la respetarán. ¡Si no lo consigo, me hará más mal que bien, con dinero o sin él!

Como siempre se esforzaba de manera diligente por conseguir lo que quería, decidió que debía tomar medidas inmediatas e intensivas. Consciente de que la inspiración de Aileen dependía en gran medida de su propia elegancia, se esforzó al máximo por tener el mejor aspecto posible. Se sonrió al comparar su presencia actual con la que había mostrado en Nueva York seis meses antes. ¡Rosalie Harrigan, aquella habitación miserable y sus intentos frustrados de conseguir un empleo!

El apartamento que ocupaba en el Bois estaba a sólo unos minutos andando del

Ritz, y esta mañana salió con el aire de ser uno de los favoritos de París. Pensó en los diversos modistos, peluqueras y sombrereras que pensaba contratar para transformar a Aileen. Claudel Richard estaba a la vuelta de la esquina y allí pensaba llevarla; hablaría con Richard para que la convenciera de que si perdía diez kilos, diseñaría para ella trajes que causarían sensación y que ella sería la primera en lucir. Y también estaba Kraussmeier, en el bulevar Haussmann. Se rumoreaba que sus zapatos superaban con creces los de todos los demás zapateros, y Tollifer estaba convencido de que así era. En la Rue de la Paix, ¡qué adornos, perfumes y joyas! En la Rue Dupont estaba el salón de belleza de Sarah Schimmel, el establecimiento favorito dentro de su campo. Aileen debía aprender de ella.

En el restaurante mirador de Natasha Lubovsky desde el que se divisaba el parque que había frente a Notre Dame, mientras saboreaban despacio un café helado y huevos Sudanoff, fue aleccionando a Aileen sobre las modas y los gustos del momento. ¿Se había enterado de que Teresa Bianca, la bailarina española que causaba sensación, calzaba zapatillas de Kraussmeier? Y de que Francesca, la hija menor del duque de Toller, era una de sus clientas habituales. ¿Y había oído hablar de las maravillas que obraba Sarah Schimmel con sus tratamientos de belleza? Enumeró más de una decena de ejemplos.

A continuación hicieron una visita al establecimiento de Richard, después al de Kraussmeier, luego a un tal Luti, el nuevo favorito entre los perfumistas, y terminaron la tarde tomando el té en Germaÿ's. Después, a las nueve de la noche, cena en el Café de Paris<sup>[1]</sup>, a la que se sumaron Rhoda Thayer, famosa cantante de opereta norteamericana, y su acompañante estival, el brasileño Mello Barrios, subsecretario de la embajada brasileña. Otra de las invitadas era una tal Maria Rezstadt, de extracción checa y húngara. Tollifer la había conocido en una de sus anteriores visitas a París como la esposa de uno de los representantes militares secretos de Austria en Francia. Hacía poco, mientras almorzaba en Marguery's, se había vuelto a encontrar con ella, acompañada esta vez por Santos Castro, barítono de la ópera francesa, que cantaba junto a la estrella de ópera norteamericana Mary Garden. Se enteró entonces de que su marido había muerto y se dio cuenta de que parecía algo aburrída con Castro. Si Tollifer no tenía compromisos, estaría encantada de volver a verlo. Como le pareció que por su ánimo, así como por su inteligencia natural y su elegante madurez, era más apropiada para Aileen que algunas de las otras mujeres más jóvenes que conocía, Tollifer había pensado al instante que debía presentársela.

Cuando se la presentaron quedó impresionada. Era una mujer de aspecto arrebatador: alta, de suave pelo negro y extraños ojos grises, que esta noche llevaba lo que parecía ser un vestido enterizo de terciopelo color rubí, que la envolvía de manera seductora. Contrastaba fuertemente con Aileen, puesto que no lucía joyas y llevaba el pelo suavemente recogido y retirado de la cara. La actitud que mantenía hacia Castro denotaba que no significaba demasiado para ella, aparte de la publicidad que pudiera suponerle estar con él. Se dirigió a Aileen y Tollifer y comenzó a

contarles que hacía poco que ella y Castro habían hecho un viaje por los Balcanes, una afirmación que, viniendo tan poco tiempo después de que Tollifer le explicara que ellos dos eran simplemente amigos, la sorprendió mucho, ya que, independientemente de sus propias transgresiones públicas y privadas, siempre se sentía intimidada por las convenciones. Y sin embargo, esta mujer era tan mundana y tan segura de sí misma, que prácticamente se reía de las exigencias impuestas por las normas sociales. Aileen estaba fascinada.

—En el Este —dijo la señora Rezstadt, al comentar su viaje—, las mujeres son esclavas. La verdad es que sólo las gitanas parecen ser libres y ellas, por supuesto, carecen de posición. Las esposas de la mayoría de los oficiales y de los hombres de título son auténticas esclavas que viven atemorizadas por sus maridos.

Aileen sonrió levemente al oír esto.

—Es probable que no sólo sea así en el Este —dijo.

La señora Rezstadt sonrió con aire de haberla comprendido.

—No —dijo ella—, no exactamente. Aquí también tenemos esclavas. Y en Estados Unidos también, ¿verdad? —dijo mostrando sus dientes blancos y parejos e intentando imitar el acento norteamericano.

Aileen se rio al tiempo que pensaba en su esclavitud emocional hacia Cowperwood. Cómo era posible que una mujer como esta pudiera estar tan completamente emancipada y no sentir aparentemente afecto por ningún hombre, al menos, no un afecto profundo ni torturador, mientras que ella... En seguida deseó llegar a conocerla mejor, porque quizá, relacionándose con ella, lograría parte de su serenidad emocional y de su indiferencia hacia la sociedad.

Curiosamente, la señora Rezstadt parecía sentir algo más que un interés casual en ella. Le preguntó por su vida en los Estados Unidos. ¿Cuánto tiempo iba a estar en París? ¿Dónde se hospedaba? Y le propuso que almorzaran juntas al día siguiente, a lo que Aileen se apresuró a acceder.

Al mismo tiempo, la cabeza le daba vueltas pensando en todos los asuntos prácticos a los que había atendido aquella tarde y al papel que Tollifer había jugado en ellos. Porque, sin duda, de manera indirecta mientras hacía sus compras, había llegado a comprender que tenía carencias personales, aunque, a su vez, también se convenció de que se podía poner remedio a todas ellas. Tendría un médico, una masajista, una dieta y un nuevo método de masaje facial. Iba a cambiar, y todo ello gracias a Tollifer. Pero, ¿con qué propósito? ¿Para qué? Era evidente que él no intentaba tomarse confianzas. Sólo había entre ellos una amistad platónica. Estaba confusa. Pero, ¿qué más daba? Cowperwood no mostraba interés en ella y debía encontrar algún modo de continuar con su vida.

De vuelta en la *suite* del hotel, Aileen sintió una repentina y conmovedora nostalgia de alguien, de una única persona en el mundo, a quien pudiera confiar sus problemas, una persona con quien pudiera sentirse relajada y mostrarse natural. Le gustaría tener una amiga cuyas críticas no temiera y en quien pudiera confiar. Y había



notado algo en Maria Rezstadt, en la forma en la que le había apretado la mano al despedirse, que le había hecho sentir que quizá pudiera encontrar aquellas cosas en ella, o al menos algo que se le pareciera.

Pero los diez días que en un principio había destinado a este viaje se pasaron muy rápido. De hecho, cuando terminaron, no estaba en modo alguno preparada para regresar a Londres. Porque, como de repente había llegado a sentir, Tollifer, con sus consejos y su colección de especialistas, había puesto en marcha una campaña que supondría una mejora notable de su aspecto físico y de su estética, que requeriría tiempo, y que podría llegar incluso a suponer un cambio de la actitud de Cowperwood hacia ella. No era tan vieja, se decía, y ahora que estaba tan ocupado con aquella operación comercial tan absorbente, quizá se mostrara dispuesto a aceptar su afecto, aunque no lo hiciera en el aspecto sensual. Imaginaba que en Inglaterra necesitaría dar cierta estabilidad a su vida social y quizá le resultara agradable, a la par que aconsejable, vivir con ella de una manera más regular, haciendo de ello una declaración pública que demostrara su interés y su satisfacción por aquella situación.

De manera que empezó a observarse con impaciencia en el espejo y a esforzarse por obedecer concienzudamente las instrucciones referentes a su dieta y su belleza que Sarah Schimmel le daba diariamente. Empezó a ser consciente de la eficacia de los trajes excepcionales que eran elegidos para ella. Y de este modo, comenzó a ganar confianza en sí misma rápidamente, y por tanto, también en aplomo, y empezó a pensar en Cowperwood constantemente; tanto es así, que se sentía alegre anticipadamente, imaginando cuál sería su sorpresa y también su placer, esperaba, cuando volviera a verla. Por esa razón, decidió permanecer en París hasta que hubiera perdido al menos diez kilos de peso, de modo que pudiera lucir las creaciones que el señor Richard con tanto entusiasmo tenía previstas para ella. Y también deseaba probar los nuevos peinados que le había sugerido su peluquera. ¡Ah, si todo aquello resultara no ser en vano!

Por consiguiente, escribió a Cowperwood diciéndole que su visita a París estaba resultando ser tan interesante —gracias al señor Tollifer— que pensaba quedarse tres o cuatro semanas más. «Por una vez en mi vida», añadió con cierto tono de alegría, «me las estoy arreglando muy bien sin ti y estoy muy bien atendida».

Cuando Cowperwood leyó aquello, le produjo un efecto extrañamente triste. Porque había sido él quien con tanta astucia lo había organizado. Al mismo tiempo, se le vino a la cabeza que Berenice también había formado parte de aquello. En un principio, había sido sugerencia suya, y él se había apresurado a ponerla en práctica como la única vía posible hacia la felicidad con ella, como así había sido. Aun así, ¿qué podía decirse de una mente capaz de pensar con tanta astucia y crueldad? ¿No cabía la posibilidad de que algún día terminara volviéndose contra él? Y entonces, ¿qué pasaría, con tanto como él la amaba? La idea le resultó irritante y para descartarla, pensó que, cuando llegara el momento, se enfrentaría a aquello de la misma manera que se había enfrentado a todo lo demás.



## CAPÍTULO XXXVI

Como resultado de su conversación con Cowperwood en el Brown's Hotel, Johnson decidió que, por lógica, el siguiente paso debía ser una reunión entre Cowperwood y lord Stane para decidir qué papel podrían llegar a desempeñar en futuras negociaciones.

—Usted no arriesgaría nada por hablar con él —fue la fórmula que eligió para hacer la propuesta a Stane—. Dejaremos claro, por supuesto, que si nos asociamos con él, nuestros servicios para ayudarlo a hacerse con el circuito le costarán el cincuenta por ciento de lo que suponga ese control. Y después, podríamos llegar a algún arreglo con algunos de los accionistas de la Metropolitan y la District para que se asociaran también, y así llegar al cincuenta y uno por ciento, de manera que pudieran mantener el control.

Lord Stane asintió.

—Continúe —le dijo.

—Con eso lo tendríamos arreglado —continuó Johnson— de modo que pasara lo que pasara, nosotros, junto con algunos otros, como Colvay, Jeems y quizá también Dighton, tendríamos el control y él se vería obligado a negociar con nosotros y con los otros copropietarios de este servicio central.

—Todo eso me parece muy bien, sin duda —dijo Stane observándolo con calma—. En cualquier caso, me gustaría conocer a este tipo. Puede decirle que venga a mi casa cuando a usted le convenga. Sólo infórmeme de cuándo sería. Una vez que lo conozca, podré decirle algo más sobre esto.

En consecuencia, un cálido día de junio, Cowperwood se montó en un carruaje con Johnson y juntos recorrieron las agradables calles de Londres en dirección a la casa de lord Stane.

Cowperwood tenía ciertas dudas sobre hasta qué punto debía revelarle información sobre este complejo plan secreto durante la reunión que estaba a punto de celebrarse. De hecho, había estado dándole vueltas a la idea de que, por muy bien que le fuese con Stane y Johnson, quizá no fuera mala idea sondear a Abington Scarr. Podría darle información sobre la licencia de Baker Street & Waterloo. Teniendo esa más las que pudiera conseguir a través de Haddonfield y probablemente también de lord Ettinge, estaría en posición de imponer sus condiciones incluso en la organización de este circuito.

Cuando se detuvieron junto a la casa de Stane en Berkeley Square, se sintió impresionado por su solemne y cuadrada solidez. Exhalaba un aire de seguridad que sin duda nada tenía que ver con el comercio. En el interior, el lacayo con librea y el silencio del enorme salón de la primera planta creaban un ambiente que le resultó

agradable, aunque no lo suficiente como para modificar su escala de valores. Le parecía bien que este hombre se mantuviera tan seguro como pudiera, pero también estimaba oportuno implicarlo en sus negocios, si podía, y hacerlo aún más rico, o utilizarlo, y si sus aptitudes no estaban a la altura, quedarse con todo.

Pero ahora Johnson le sugirió que quizá le interesara echar un vistazo a algunos de los cuadros de lord Stane, puesto que el mayordomo le acababa de informar de que Stane lo había telefoneado para decirle que se retrasaría unos minutos. La actitud del abogado en su papel de anfitrión provisional era de cierta ansiedad. Cowperwood le dijo que sin duda le encantaría aprovechar el tiempo de ese modo y Johnson lo condujo a una amplia galería que había junto a la entrada principal.

Mientras caminaban por la galería y se iban deteniendo para observar algunos retratos excepcionales obra de Romney y Gainsborough<sup>[1]</sup>, Johnson le contó brevemente la historia de la casa de los Stane. El difunto duque había sido un hombre prudente y estudioso, interesado principalmente en las excavaciones y traducciones hititas, a las que había dedicado una considerable cantidad de dinero, por lo que, como cabía esperar, los historiadores le estaban agradecidos. El joven Stane, que se sentía desplazado por el interés de su padre por la Antigüedad, había recurrido a la sociedad y a las finanzas en busca tanto de diversión como de desarrollo personal. Era un personaje muy popular y distinguido dentro de la clase alta, además de ser un financiero. Y durante la temporada, aquella casa era escenario de muchos acontecimientos sociales. Su casa solariega de Tregasal era uno de los lugares más notables de Inglaterra y también había una encantadora casita de campo en Pryor's Cove, cerca de Marlowe, junto al Támesis y un viñedo en Francia.

Cuando mencionó la actual residencia de Berenice, Cowperwood reprimió una sonrisa, pero no tuvo ocasión de hacer comentario alguno porque en aquel momento se produjo la llegada de Stane, que los saludó a ambos de manera cordial y relajada.

—¡Ah, Johnson, aquí está! Y por supuesto, este debe de ser el señor Cowperwood. —Le tendió la mano, y Cowperwood, que le echó un vistazo rápido con la intención de evaluarlo y cuya impresión fue favorable, se la estrechó con un apretón cordial.

—Le aseguro que es un placer y un privilegio —le dijo.

—En absoluto, en absoluto —contestó Stane—. Elverson me lo ha contado todo sobre usted. Aunque creo que estaríamos más cómodos en la biblioteca. ¿Vamos?

Tiró de un cordón para hacer sonar una campanilla, le dijo al sirviente que trajera unas bebidas y los guió al interior de una agradable estancia con puertas de cristal que daban a un jardín rodeado por una tapia. Mientras caminaba y hacía las veces de anfitrión, Cowperwood continuó estudiándolo y descubrió que su disposición hacia Stane era sin duda cordial. Era una persona cortés y atenta, cuya amabilidad resultaba de lo más natural, lo que daba idea del valor que conferiría al hombre que lograra ganarse su confianza. Pero eso no era algo que se ganara fácilmente. Para ello, había de ser tratado con justicia y de forma que le resultara beneficiosa.

Con todo y con eso, Cowperwood decidió que no era el momento de revelarle las complejidades de su propuesta. También pensó en Berenice, porque ambos habían acordado que quizá hubiera necesidad de que ella desempeñara cierto papel a la hora de relacionarse con personas como Stane, pero ahora que había visto que era un hombre tan atractivo, no estaba seguro de querer que lo hiciera. Sin embargo, se serenó mientras Johnson comenzó a explicar a grandes rasgos cuáles eran sus ideas sobre la situación del metro.

Cuando Johnson terminó, Cowperwood comenzó a exponer su plan de unificación de manera elocuente y moderando la voz. Se extendió sobre todo en aspectos como la electrificación, la iluminación, el nuevo método mediante el que cada coche disponía de su propio motor, los frenos neumáticos y las señales automáticas. Stane sólo lo interrumpió una vez para preguntarle:

—¿Tiene pensado ejercer el control de manera personal o a través de directivos?

—A través de directivos, por supuesto —contestó Cowperwood, que en realidad no tenía esa intención en absoluto—. Verá —continuó, mientras ambos lo observaban en silencio—, lo que tengo intención de hacer, si lograra unificar el sistema, sería formar una nueva compañía en la que incluiría la línea de Charing Cross de la que ahora soy propietario. Y para conseguir que los actuales accionistas de las compañías que forman el circuito se unieran, les ofrecería tres acciones de esta nueva gran compañía por cada una de las que ahora poseen en estas otras compañías más pequeñas. Y como la construcción de la línea de Charing Cross costará al menos dos millones de libras, verá que eso supondría un incremento considerable del valor de sus acciones. —Hizo una pausa para valorar el efecto que aquellas palabras provocaban en sus interlocutores y se dio cuenta de que la impresión había sido favorable—. Y después continuó. —¿Dirían ustedes que el plan resultaría rentable, particularmente cuando ya se ha acordado de antemano que todas las líneas de esta nueva compañía se modernizarían y se gestionarían como si se tratara de un único sistema sin que eso supusiera ningún coste adicional para los accionistas, puesto que el dinero se conseguiría vendiendo acciones al público?

—Diría que sí, sin duda —comentó Stane, a lo que Johnson asintió con la cabeza.

—Bueno, pues a grandes rasgos, ese es mi plan —dijo Cowperwood—. Podría haber, por supuesto, ramificaciones adicionales, pero eso sería algo que los directivos del nuevo sistema tendrían que decidir. —Estaba pensando en Scarr, Haddonfield y en otros cuyas licencias, si él lograba hacerse con su control, tendrían que comprarle a él.

Pero, llegado este punto, Stane se rascó la cabeza con aire meditabundo.

—Tal como yo lo entiendo —dijo—, el plan de ofrecer tres acciones por cada una trata simplemente de atraer a los accionistas que pudieran tener interés por asociarse con usted con esas condiciones. Pero me parece que se le olvida que puede que haya opiniones en contra de usted. Y partiendo de esa base, puede estar seguro de que las tres acciones a una que ofrece no van a servir para convencer a suficientes de los

propietarios actuales como para permitirle hacer lo que usted desee y según sus propios términos, que supongo que incluirían que usted ejercería el control total. Porque, verá, están empeñados en que el control sea estrictamente inglés. Tanto Johnson como yo nos hemos percatado de eso desde que se anunció que usted había comprado la licencia de Charing Cross. Además, ya se ha gestado cierta oposición tanto en la Metropolitan como en la District, e incluso parecen tener intención de asociarse para hacerle frente. ¡Y eso que bien sabe Dios que los directivos de ambas líneas nunca se habían estimado mucho hasta ahora!

En este momento, Johnson soltó una risita sardónica.

—De modo que, a menos que se mueva con la mayor cautela y con el máximo tacto a cada paso que dé —continuó Stane—, aborde a las personas idóneas de la manera más adecuada y, preferiblemente, utilizando agentes ingleses en lugar de norteamericanos, es probable que se encuentre con que se van a interponer en su camino.

—Muy cierto —dijo Cowperwood, que entendía perfectamente lo que Stane tenía en mente. Lograr que le ayudaran a sacar esta castaña inglesa del fuego iba a requerir no de una compensación adicional, puesto que no podían pedir más de lo que ya les había ofrecido, pero sí de alguna fórmula que les permitiera ejercer el control conjuntamente con él, que era lo más probable. Y si eso no podía llevarse a la práctica, entonces le exigirían una garantía para sus inversiones y, probablemente, un prorrateo, como el suyo propio, de las posibilidades que fuese ofreciendo el crecimiento progresivo del sistema que él se proponía. ¿Y cómo podía arbitrarse eso?

De momento se sintió no poco perplejo, y para poner en claro sus pensamientos, así como los de sus interlocutores, añadió a continuación:

—En relación con eso he estado pensando cómo podría lograr el interés de ambos, porque soy consciente de que entienden la situación, y asumiendo que estuvieran dispuestos a colaborar conmigo, eso supondría un paso importante de cara a conseguir una predisposición favorable hacia mí. ¿Y cómo opinan ustedes que, aparte de las tres acciones a una, debería compensarles? ¿Qué acuerdo concreto, establecido entre los tres, les parecería adecuado? —Hizo una pausa.

Pero la conversación que siguió sobre este asunto fue excesivamente larga y compleja como para relatarla aquí. Básicamente tuvo que ver con el trabajo preliminar que tanto Stane como Johnson tendrían que llevar a cabo. Y esta tarea, como le explicaron entonces a Cowperwood, tenía más que ver con las presentaciones a determinadas personas que con ninguna otra cosa, puesto que sin aquellas, era poco probable que sus asuntos, siendo exclusivamente financieros, logran avanzar mucho.

—Verá usted —continuó Stane—, en Inglaterra se progresa más gracias al favor y a la amistad de determinados grupos sociales y financieros de lo que se consigue de manera individual, por mucho talento que pueda tener un individuo en concreto. Y si no es usted conocido y aceptado por ciertos grupos, puede resultarle difícil seguir

adelante. ¿Me sigue?

—Perfectamente —contestó Cowperwood.

—Y, por supuesto, en ningún momento se trata de una mera negociación, práctica y fría. Debe haber comprensión y respeto mutuos, y eso no se logra en un instante. No depende exclusivamente de las presentaciones, sino que la persona debe contar con la aprobación de otros, no sólo de manera informal, sino también en el marco de la sociedad y de manera inequívoca. ¿Me sigue?

—Perfectamente —contestó Cowperwood.

—Pero antes de eso, tendría que quedar muy claro cuál sería la recompensa que obtendrían, aparte del intercambio de acciones, aquellos que hicieran posible semejante entrada en sociedad que tan ventajosa le resultaría tanto a usted como a su empresa.

Mientras Stane hablaba, Cowperwood estaba relajadamente sentado en su silla, y aunque daba la impresión de estar escuchando y comprendiendo lo que le decía, si alguien lo hubiera observado con atención, habría visto que se le endurecía la mirada y que los labios se le ponían tensos. Se daba perfecta cuenta de que al instruirlo de aquel modo, Stane lo estaba tratando de modo condescendiente. Porque seguro que había oído hablar de los diversos escándalos relacionados con su carrera y que estaba al tanto de que ni la sociedad de Chicago ni la de Nueva York lo habían admitido en sus círculos. Y aunque era extremadamente diplomático y cortés, Cowperwood se tomó sus explicaciones justo en lo que valían: eran las explicaciones que daba un hombre que gozaba de una excelente posición dentro de la alta sociedad a otro que había sido rechazado por ella. Pero a pesar de eso, no se sintió molesto ni afligido. De hecho, le hacía cierta gracia y se lo tomaba con ironía, porque él llevaba ventaja. Iba a hacer posible para Stane y sus amigos lo que nadie más había logrado.

Cuando Stane dejó de hablar al fin, Cowperwood le hizo algunas preguntas sobre los detalles de este acuerdo, pero Stane le dijo muy cortésmente que le parecía mejor dejarle eso a Johnson. Sin embargo, él ya tenía en mente no sólo una garantía de tres a una por las acciones que tenía en aquel momento en la District y en la Metropolitan, sino también un acuerdo secreto e inviolable con Cowperwood mediante el que tanto él como Johnson serían protegidos, seguirían formando parte de aquel gran proyecto y saldrían ganando en términos financieros.

De modo que cuando Stane sacó su monóculo con tranquilidad y se lo colocó en el ojo derecho para contemplar mejor a Cowperwood, este puso mucho énfasis a la hora de mostrarle lo agradecido que le estaba por el interés personal que había mostrado y por su amabilidad al dejarle clara la importancia de aquella situación. Estaba seguro de que todo podría arreglarse para satisfacción de ambas partes. Sin embargo, quedaba la cuestión de la financiación, para lo que él tendría que tomar ciertas disposiciones. Probablemente le resultara necesario volver a los Estados Unidos en breve para reunir el dinero, antes de hablar con los diversos accionistas ingleses —algo con lo que Stane estuvo de acuerdo.

Sin embargo, Cowperwood ya tenía en mente hacerse con entre el cuarenta y nueve y el cincuenta y uno por ciento del control de una compañía de préstamos que podría ser la que prestara el dinero suficiente a esta compañía inglesa, de modo que pudiera apoderarse de ella y controlarla en el caso de que ocurriera un desastre. Ya vería.

En cuanto a Berenice y a Stane, oh, bueno, esperaría y ya vería qué hacía en cuanto a eso también. Tenía sesenta años, y aparte de la fama y del reconocimiento público, era posible que al cabo de pocos años ya no le importara especialmente. De hecho, debido al incesante torbellino de obligaciones que amenazaba ahora con ahogarlo, empezaba a sentirse algo cansado. A veces, al final de un día largo y ajetreado, sentía que no tenía ningún sentido emprender toda aquella aventura londinense en aquel momento. Hacía sólo un año o dos, en Chicago, se había dicho que sólo con que lograra la renovación de sus franquicias, estaría dispuesto a desligarse de la dirección para retirarse y dedicarse a viajar. Incluso había llegado a pensar entonces que si Berenice finalmente rechazaba su oferta y se quedaba solo de nuevo, podría quizá llegar a algún tipo de arreglo que supusiera la paz con Aileen y regresar a su casa de Nueva York para dedicarse a diversiones y actividades que no le exigieran demasiado ni interrumpieran lo que él consideraba un merecido descanso.

Y sin embargo, aquí estaba ahora. ¿Qué significaba todo aquello? Qué iba a sacar de aquello, aparte del placer de estar con Berenice, y que, en el caso de que ella hubiera deseado algo diferente, podría haber encontrado de una manera más tranquila. Pero había otra cosa que ella había mencionado, y que él también había valorado, y era que se debía a sí mismo, a su vida y a su reputación como encarnación de una inmensa fuerza creadora y como figura financiera de primer orden, seguir adelante para terminar su carrera en un clímax como aquel. Pero ¿lo lograría sin que su reputación y su fortuna se vieran perjudicadas? En vista de la opinión que prevalecía sobre él en su país en aquellos momentos, ¿le sería posible regresar y, en un espacio de tiempo razonablemente corto, reunir el dinero que necesitaba?

En pocas palabras, su posición en prácticamente todos los aspectos era difícil y estaba llena de preocupaciones. Estaba agotado y desconcertado. Quizá se tratara del primer soplo premonitorio de que se acercaba el invierno de la vida.

Aquella noche, después de cenar, le habló a Berenice de sus planes. Pensaba que sería mejor que se hiciera acompañar de Aileen en su regreso a Nueva York. Necesitaría recibir a determinadas personas y causaría mejor impresión si su esposa estuviese allí. Además, en aquel momento, tendrían que poner especial cuidado en que ella estuviera de buen humor, puesto que todo estaba pendiente de un hilo.



## CAPÍTULO XXXVII

Entretanto, Aileen seguía en París y al cabo de un mes, era, en palabras de todos sus amigos «¡una persona diferente!». Pesaba diez kilos menos; le brillaban la cara y los ojos; estaba de mejor humor; llevaba el pelo *à la chanticleer*<sup>[1]</sup>, según lo denominaba Sarah Schimmel; los vestidos se los había diseñado M. Richard y los zapatos, M. Kraussmeier, todo según los planes de Tollifer. Había establecido una auténtica amistad con la señora Rezstadt y el jeque le resultaba un personaje bastante divertido, aunque sus atenciones pudieran ser algo molestas. Daba la impresión de que le gustaba por sí misma; de hecho, parecía estar empeñado en tener una aventura con ella. ¡Pero aquel atuendo! Blanco, de la seda y lana más finas, con un cordoncillo blanco de seda ceñido a la cintura. ¡Y el pelo negro, grasiento y de aspecto salvaje! ¡Y los pequeños aros de plata que llevaba en las orejas! Y las babuchas que lucía en los pies, sin duda grandes, de piel roja, alargadas y finas, terminadas en una puntera que se curvaba hacia arriba. ¡Y aquella nariz aguileña y los ojos negros y penetrantes! Quienquiera que estuviera con él, se convertía en parte del espectáculo, porque todo el mundo los observaba. Y si lo recibía en solitario, se pasaba la mayor parte del tiempo intentando evitar sus caricias.

—Por favor, Ibrihim —le decía—. No se olvide de que estoy casada y de que estoy enamorada de mi marido. Me cae usted bien, de verdad, pero no debe continuar rogándome que haga algo que no quiero hacer, porque no lo haré, y si continúa así, tendré que dejar de verlo.

—Pero, es que usted y yo —insistía él en un inglés francamente bueno— tenemos tanto en común. A usted le gusta jugar, y a mí también. Nos gusta charlar, montar y apostar en las carreras. Y al mismo tiempo, es como yo también porque es sobria, no tan... tan...

—¿Frívola? —interpuso Aileen.

—¿Qué quiere decir con «frívola»? —le preguntó.

—Oh, no sé. —Se sentía como si le estuviera hablando a un niño—. Quisquillosa, nerviosa. —Agitó las manos como queriendo indicar inestabilidad, tanto mental como emocional.

—¿Sí? ¿Sí? ¡Ja, ja! ¡Eso es! Ya lo entiendo. ¡No, no es usted frívola! ¡Dios! Por eso me gusta, mucho. ¡Ja, ja! Muchísimo. ¿Y yo a usted? ¿Le gusta a usted el jeque Ibrihim?

Aileen se rio.

—Sí, me gusta —dijo ella—. Aunque creo que bebe demasiado. Y creo que es usted cualquier cosa menos un buen hombre; creo que es usted cruel y egoísta, y un montón de cosas más. Pero, aun así me gusta, y...

El jeque chasqueó la lengua.

—Eso no es suficiente para un hombre como yo. Si no amo, no duermo.

—¡Deje de decir tonterías! —exclamó Aileen—. Vaya allí y prepárese una copa. Y luego márchese y vuelva esta noche para llevarme a cenar. Me gustaría ir otra vez al local del señor Sabinal.

Y así, de una manera muy agradable, se le fueron pasando los días a Aileen.

Su antigua tendencia a la melancolía había desaparecido, y había comenzado a pensar que su situación no era tan desesperada como antes. Cowperwood le había escrito diciéndole que vendría a París y, anticipándose a su llegada, estaba dispuesta a sorprenderlo con la creación más impresionante de M. Richard. Y Tollifer le había sugerido que lo llevaran a cenar a Orsignat's, un interesante y pequeño restaurante que había descubierto hacía poco. Era un lugar encantador ubicado justo al pie de Notre Dame. Sabinal le proporcionaría a Orsignat los vinos, brandis, licores, aperitivos y puros para la ocasión. Y Orsignat, bajo la dirección de Tollifer, proporcionaría un ágape al que ningún *gourmet* podría poner objeciones, porque esta vez era Tollifer el que buscaba causar buena impresión. Entre los invitados se encontrarían la señora Rezstadt, el devoto jeque y Marigold, que se encontraba aún en París debido al interés que sentía por Tollifer, quien le había dado orden de que se reconciliara con Aileen.

—Usted y su esposo —le dijo a Aileen— conocen tan bien todos los lugares famosos, que creo que sería más original si, por una vez, preparásemos algo bastante sencillo. —Y le explicó lo que tenía planeado.

Para asegurarse de que Cowperwood estaría allí, Tollifer le había dicho que le enviase un cable insistiéndole en la invitación a la cena que habían preparado en su honor. Y Cowperwood, al recibirlo, sonrió y envió un telegrama de aceptación. Para su sorpresa más genuina, cuando llegó, encontró a Aileen más atractiva físicamente de lo que él hubiera pensado que ella podría parecer a su edad, y particularmente, después de todo lo que había tenido que soportar. El pelo era un estudiado remolino de rizos que realzaba los puntos fuertes de su rostro, y el vestido estaba diseñado para ajustarse a las líneas de su figura, que se había reducido considerablemente.

—¡Aileen! —exclamó al verla—. ¡Jamás has tenido mejor aspecto! ¿Qué demonios has estado haciendo? Ese vestido es todo un éxito. Y me gusta el pelo. ¿Qué has comido, alpiste?

—Pues, más o menos —le contestó ella sonriente—. Hace treinta días que no me he sentado a comer de verdad. Pero hay algo de lo que puedes estar seguro, y es que una vez que me he quitado todo ese peso, no volveré a cogerlo. ¿Has tenido un viaje agradable? —Mientras hablaban, ella supervisaba el trabajo de Williams, que estaba disponiendo las copas y las bebidas en una mesa en espera de los invitados.

—El canal estuvo liso como un plato —dijo él— todo el tiempo a excepción de unos quince minutos, durante los que llegué a pensar que terminaríamos por los suelos, pero cuando desembarcamos, estábamos todos bien.

—¡Oh, ese canal es terrible! —dijo Aileen, consciente de que él no le quitaba los ojos de encima y, aunque no quisiera, nerviosa y emocionada por los cumplidos que le había hecho.

—¿Y qué me dices del banquete de esta noche?

—Bueno, el señor Tollifer y yo hemos organizado una pequeña fiesta. Ya conoces a Tollifer, es una joya. Cada vez me gusta más. Y creo que te interesarán algunas de las personas que van a venir, especialmente mi amiga la señora Rezstadt. Ella y yo hemos salido mucho juntas. Es encantadora y muy distinta a todas las demás mujeres que he conocido.

Ahora que llevaba un mes viviendo en compañía de Tollifer y de aquel grupo tan animado, se sentía lo suficientemente relajada como para llamar la atención de Cowperwood sobre una mujer del encanto de la señora Rezstadt, cuando, antes, habría intrigado movida por los celos para evitar que él pudiera reparar en una mujer tan atractiva como su amiga. Él percibió aquella nueva sensación de seguridad en sí misma, su aplomo, su buen humor y su renovado interés en la vida. Si las cosas iban a ir así de bien, sin duda dejaría de haber motivos de disgusto entre ambos, aunque al mismo tiempo pensaba que aquello era obra de él, no de Aileen, y que ella era totalmente ajena a eso. Pero casi no había tenido tiempo de pensarlo cuando se dio cuenta de que en realidad aquello había ocurrido gracias a Berenice, porque presentía que la inspiración de Aileen provenía no tanto de que él estuviera allí, sino del hombre al que él había contratado.

Pero, ¿dónde estaba? Cowperwood sintió que no tenía derecho a preguntar. Su posición era la del hombre que idea un espectáculo, una farsa, pero al que no se le permite darse a conocer como uno de los artistas. Pero ya estaba Aileen diciendo:

—Frank, tienes que vestirte. Y yo tengo algunas cosas que hacer antes de que lleguen los demás.

—Tienes razón —dijo él—. Pero tengo una noticia para ti. ¿Crees que podrías marcharte de París ya y volver a Nueva York conmigo a toda prisa?

—¿Qué quieres decir? —Su voz delató sorpresa. Había tenido la esperanza de poder visitar algunos de los lugares más populares de Europa durante el verano y ahora él hablaba de volver a Nueva York. Quizá estuviera pensando en abandonar por completo los planes de Londres y regresar definitivamente a los Estados Unidos. Se sintió algo preocupada, porque esto parecía venir a ensombrecer e incluso a amenazar todo lo que hacía tan poco que había logrado.

—Oh, no es nada grave en absoluto —le dijo Cowperwood sonriendo—. No ha pasado nada malo en Londres. No me han echado. De hecho, parece que puede que les gustara que me quedase. Pero con la condición de que vuelva a casa y regrese con un montón de dinero. —Sonrió con ironía y Aileen, aliviada, sonrió también. Sabiendo tantas cosas sobre sus anteriores experiencias, no podía evitar compartir su cinismo.

—Bueno, eso no me sorprende —dijo ella—. Pero, hablemos de ello mañana. ¿Y

si te vistes ya?

—¡De acuerdo! Estaré listo dentro de media hora.

Aileen lo recorrió con la mirada cuando salía hacia otra habitación. Como siempre, era la viva imagen del éxito. Se mostraba alegre, diestro, agresivo. Era evidente que le interesaban su actual apariencia y humor. Estaba segura de ello, aunque seguía siendo consciente de que no la amaba y de que ella le temía. ¡Era una bendición que el alegre y atractivo Tollifer hubiera aparecido en su vida! Si tuviera que regresar a Nueva York ahora, ¿qué ocurriría con esta amistad tan inexplicable, pero también tan firmemente establecida a estas alturas, entre ella y este atractivo y joven holgazán?

## CAPÍTULO XXXVIII

Antes de que Cowperwood reapareciera, entró Tollifer con aire feliz y despreocupado. Tras entregarle a Williams su sombrero de copa y su bastón, se dirigió airoosamente a la habitación de Aileen y llamó a la puerta con los nudillos.

—¡Hola! —le respondió ella—. El señor Cowperwood está aquí; se está vistiendo. Estaré con usted dentro de un segundo.

—¡Muy bien! Los demás deberían llegar en cualquier momento.

Mientras hablaba percibió un leve ruido y se giró justo a tiempo para ver que Cowperwood hacía su entrada en la sala de visitas por otra puerta. Los dos se dedicaron una rápida mirada de reconocimiento. Tollifer, consciente del agradecimiento que le debía, se acercó rápidamente en actitud cordial. Pero Cowperwood se anticipó al saludo, diciendo:

—Bueno, volvemos a encontrarnos. ¿Está disfrutando de París?

—Oh, muchísimo —dijo Tollifer—. Esta temporada está siendo particularmente festiva. Me he encontrado con todo tipo de personas. Y el tiempo ha sido perfecto. Ya sabe cómo es París en primavera; a mí me parece la época más alegre y estimulante.

—Tengo entendido que esta noche somos huéspedes de mi esposa.

—Sí, junto con algunas personas más. Me temo que yo he llegado algo temprano.

—¿Y si nos tomamos algo?

Se marcharon manteniendo una conversación informal sobre Londres y París, al tiempo que ambos se esforzaban por ignorar la relación que había entre ellos, cosa que lograron. Aileen apareció y saludó a Tollifer. Y después llegó Ibrihim e ignoró a Cowperwood, igual que habría hecho en su tierra con un pastor, y procedió a hacerle los habituales cumplidos a Aileen.

Cowperwood se sintió atónito en un principio, pero después le resultó divertido. Los brillantes ojos del árabe lo intrigaban. «Interesante», se dijo. «Este Tollifer está logrando algo nuevo. Y este beduino vestido con una túnica desea a mi esposa. ¡Esta va a ser una noche estupenda!»

Después apareció Marigold Brainerd. Le agradó su personalidad y le pareció que el sentimiento era mutuo. Pero este acercamiento pronto se vio interrumpido por la llegada de la serena y exótica Rezstadt, envuelta en un chal color crema cuyos largos y sedosos flecos le caían sobre un brazo y se arrastraban junto a sus pies. Cowperwood lanzó una mirada de aprobación a su rostro de tinte oliváceo atractivamente enmarcado por el pelo negro y brillante y por unos pesados pendientes de azabache que le llegaban casi hasta los hombros.

La señora Rezstadt, que lo observó y se sintió impresionada, al igual que le ocurría a la mayoría de las mujeres, comprendió a la perfección la difícil situación en

la que se encontraba Aileen. Este no era un hombre de una sola mujer. Era un hombre del que había que tomar un sorbo y sentirse satisfecha con eso. Tenía que hacer que Aileen comprendiera aquella verdad.

Pero Tollifer se mostraba impaciente urgiéndolos a marcharse, y obedeciendo a su insistencia, salieron en dirección a Orsignat's.

Un comedor privado, que era casi un mirador, dominaba completamente la vista de Notre Dame y de la plaza verde que tenía delante a través de puertas de cristal abiertas. Pero todos, al entrar, comentaron la supuesta falta de preparación de aquella cena, porque lo único que vieron fue una sencilla mesa de madera completamente desnuda. Tollifer, que fue el último en entrar, exclamó:

—Pero, ¿qué demonios significa esto? No lo comprendo. Aquí pasa algo. Nos estaban esperando. Esperen; iré a ver. —Y se dio media vuelta y desapareció.

—La verdad es que no lo entiendo —dijo Aileen—. Creía que todo estaba dispuesto. —Y frunció el ceño, hizo unos mohines y se esforzó por parecer irritada.

—Probablemente nos han conducido a la sala equivocada —dijo Cowperwood.

—Ellos no esperan, ¿qué? —le decía el jeque a Marigold, cuando de repente se abrió la puerta que daba a un comedor contiguo y entró Arlequín precipitadamente mostrándose enormemente preocupado. Era el mismísimo Pantaleón<sup>[1]</sup>, alto y desgarrado con su atuendo habitual de enaguas con estrellas y soles cosidos, una cornucopia en la cabeza, las orejas maquilladas de amarillo, las cuencas de los ojos de color verde, las mejillas de color cereza, con una gorguera rodeándole el cuello y pulseras en las muñecas, los mechones de pelo escapándose por debajo del gorro en forma de cuerno, unos inmensos guantes blancos en las manos, y en los pies, unos zapatos alargados que parecían mayales. Mirando a su alrededor angustiado y desesperado, como un lunático, exclamó:

«¡Ah, *mon dieu!* ¡*Sacré-bleu!* ¡Ah, damas y caballeros! Esto es... sin duda, esto es... ah, ¡no hay manteles! ¡Ni cubiertos! ¡Ni sillas! ¡Pardon! ¡Pardon! ¡Hay que hacer algo! ¡Ah!» Batió las palmas con sus manos alargadas al tiempo que miraba hacia la puerta, como si un tropel de sirvientes fuese a responder a su mandato, y esperó, pero no hubo respuesta. Batió las palmas una vez más y esperó, aguzando el oído que tenía dirigido hacia la puerta. Tras esto, como no se oía ni un ruido, se dirigió a su público que, habiendo comprendido ya de qué se trataba, se había retirado hasta pegarse a las paredes para dejar a Arlequín espacio para su representación.

Se llevó un dedo a los labios, se acercó a la puerta de puntillas y escuchó. Seguía sin oírse ni un ruido. Después de agacharse para mirar por el ojo de la cerradura, giraba la cabeza primero a un lado y después al otro, volvía a mirarlos a ellos, y, haciendo una mueca sorprendente, volvió a llevarse el dedo a los labios y pegó un ojo al de la cerradura. Después dio un salto atrás y cayó de espaldas, volvió a ponerse en pie de un salto y se alejó de la puerta al tiempo que esta se abría de repente para dejar paso a media docena de camareros que portaban manteles, platos, cubiertos, copas, bandejas —una procesión ordenada y eficiente— que procedieron a poner en la mesa

ignorando por completo sus saltos y su alboroto, al tiempo que les decía:

«¡Vaya, vaya! Habéis venido, ¿no? ¡Cerdos! ¡Holgazanes! ¡Coloca los platos! ¡Que coloques los platos, te digo!» Esto último al hombre que ya los estaba colocando rápidamente y con destreza. Y al camarero que colocaba los cubiertos, le dijo: «¡Que pongas los cubiertos, te digo! ¡Y procura no hacer ruido! ¡Cerdo!»». Tras lo cual, cogió uno de los cuchillos para volver a colocarlo exactamente en la misma posición. Y al camarero que disponía las copas, le dijo: «¡No, no, no! ¡Zopenco! ¿Es que no vas a aprender nunca? ¡Mira!»», y cogiendo las copas volvió a colocarlas exactamente donde estaban al principio. Después, se hizo a un lado para observarlas, se arrodilló y las miró entrecerrando los ojos, y por último, movió una de las pequeñas copas de licor una milésima de centímetro.

Obviamente, mientras tenía lugar esta representación, todos, a excepción de Ibrihim, que se limitaba a mirar fijamente todo esto con una expresión extraña, sonreían o se reían, especialmente cuando Arlequín se dedicó a ir tras los pasos del *maître*, al que llegó a pisar varias veces, mientras que este fingía no verlo. Cuando salió, Arlequín lo siguió mirando hacia atrás y gritando: «¡Bah! ¡Conspiración! ¡Bah!»».

—Un buen espectáculo —le comentó Cowperwood a la señora Rezstadt.

—Ese es Grelizan, del Trocadero, el payaso más inteligente de Europa —dijo ella.

—¡No! —exclamó Marigold, cuya apreciación de su humor se había visto rápidamente incrementada al saber de su fama.

Aunque al principio se había sentido temerosa, ahora Aileen se mostraba encantada por el éxito de esta aventura y sonreía de felicidad. Desde que Cowperwood decidiera alabar su inventiva y la de Tollifer, ya no había nada que Grelizan hiciera que a ella no le pareciera divertido, aunque le produjo un escalofrío momentáneo cuando tropezó y se cayó mientras llevaba una gran sopera de plata llena de lo que parecía ser una sopa de tomate de un rojo intenso. El confeti naranja fue hábilmente lanzado al aire y cayó sobre los invitados acompañado por el asombro, los gritos y la risa de estos.

Después volvió apresuradamente a la despensa para regresar con un único *croûton*<sup>[2]</sup> que sostenía con unas pinzas para el azúcar, y para perseguir una y otra vez a los camareros que iban entrando y a los que supuestamente supervisaba de una manera exagerada, mientras ellos servían los platos con la mayor escrupulosidad.

Por último les sirvieron un postre helado. Bajo la superficie de cada uno de ellos había un frágil globo inflado que, cuando lo pinchó con el tenedor, en el caso de Cowperwood, reveló la llave de la ciudad de Londres; en el de Aileen, estaba la figura sonriente del señor Richard haciendo una reverencia con las tijeras en la mano; para la señora Rezstadt, una pequeña bola del mundo con una línea de puntos que tocaba todos los lugares a los que había viajado; para Ibrihim, un caballo minúsculo montado por un jeque; para Tollifer, una pequeña ruleta con el indicador marcando el

cero; para Marigold, un puñado de figuritas de hombres: un soldado, un rey, un dandi, un artista y un músico. Estos últimos provocaron muchas risas, y tras el café, Grezilan se marchó después de hacer una reverencia entre los aplausos de todos, mientras que Cowperwood y la señora Rezstadt gritaban: «¡Bravo! ¡Bravo!».

—¡Delicioso! —exclamó ella—. Le escribiré una nota.

Más tarde, en Le Grand Guignol<sup>[3]</sup>, que empezaba a medianoche, vieron al célebre Laloute dar vida a los personajes de la época. Después, Tollifer sugirió que fuesen a Sabinal's. Y al amanecer, todos estaban completamente convencidos de que aquella noche en París había sido maravillosa.



## CAPÍTULO XXXIX

Por todo esto, Cowperwood llegó a la conclusión de que, al elegir a Tollifer, había dado con alguien que tenía aún más recursos de lo que habría cabido esperar. Definitivamente, aquel hombre tenía talento. A poco que lo animara y siempre que contara con ayuda financiera, por supuesto, sin duda podría crear para Aileen una vida con la que, en el caso de que llegaran a separarse, ella pudiera sentirse razonablemente satisfecha. Esta situación requería de cierta reflexión. Porque, si ella llegaba a descubrir su relación con Berenice, seguramente pediría consejo a Tollifer. Y entonces la cuestión sería que tendría que sobornarlos. ¡Menudo berenjenal! Además, con Aileen convertida en centro de atención por sí misma en un ambiente de sociedad y con su marido rara vez presente, se especularía cada vez más sobre dónde podría estar él y eso sólo podía llevarlos en una dirección: Berenice. Sería mejor convencer a Aileen de que volviese a Nueva York con él y dejase allí a Tollifer. Al menos por el momento, eso debilitaría el ascendiente que obviamente él ya había conseguido tener sobre ella y evitaría que se hiciese demasiado obvio a ojos de los demás.

Resultó que Aileen, por su parte, se mostró plenamente dispuesta. Tenía varias razones para ello. Temía que, de otro modo, Cowperwood se hiciese acompañar por otra mujer o conociese a alguna en Nueva York. Y también estaba el efecto que esto tendría sobre Tollifer y sus amigos, porque en aquel momento, Cowperwood era más que nunca una figura pública y ser reconocida como su esposa era una de las mayores distinciones. Su principal curiosidad era si Tollifer se iría tras ella o no, porque era probable que aquella visita durara seis meses, o incluso más.

Por lo tanto, le informó inmediatamente de su inminente partida. Su reacción fue algo compleja porque, por un lado, tenía en segundo plano a Marigold, que quería que hiciera un crucero con ella hasta el Cabo Norte. A estas alturas, llevaba viéndola el tiempo suficiente para saber que si continuaba cortejándola, bien podría terminar divorciándose para casarse con él, y era dueña de una considerable cantidad de dinero propio. La verdad era que no la amaba, y que seguía soñando con mantener un romance con una muchacha más joven. Por otro lado, también estaba la cuestión de disponer de unos ingresos inmediatos y regulares; cualquier interrupción en ese aspecto, terminaría de un plumazo con aquella existencia de mariposeo. Aunque Cowperwood no le había hecho ninguna indicación, presentía que preferiría que regresara a Nueva York. Pero tanto si iba como si se quedaba, pensaba que había llegado a un punto en el que, si continuaba en pos de Aileen sin que se produjera una declaración de amor, a ella no le parecería razonable. Estaba convencido de que ella no le haría ninguna concesión, pero le resultaría halagador. Y esto, ya de por sí, era

excusa más que suficiente para requerir sus amores.

—¡Uf! —exclamó él al saber la noticia por boca de ella—. ¡Esto me deja totalmente desconcertado! —Caminó nervioso de acá para allá cuando fue a visitarla tras haber almorzado con Marigold en el bar de la señora Gemy. Su rostro reflejaba una gran preocupación y disgusto.

—¿Qué ocurre? —le preguntó Aileen muy seria—. ¿Ha pasado algo? —Notó que había estado bebiendo, no tanto como para hacerle perder el equilibrio en ningún sentido, pero aun así suficiente como para que se le agriara el humor.

—Es una lástima —dijo él—, y justo cuando empezaba a pensar que de todo esto podría surgir algo entre nosotros.

Aileen se quedó mirándolo fijamente, no poco sorprendida. Estaba claro que esta relación más o menos anómala le había ido gustando cada vez más. De una manera más o menos indefinida, se sentía más atraída por él de lo que se habría atrevido a confesarse a sí misma. Pero, tras observarlo cuando estaba con Marigold y con otras mujeres, estaba convencida, tal como ella había dicho en más de una ocasión, de que ninguna mujer podría fiarse de dejarlo ir de un lado a otro de una misma habitación.

—No sé si usted lo siente así también o no —continuó él astutamente—, pero entre usted y yo hay mucho más que una relación de simples conocidos. Debo admitir que cuando la conocí, no creí que esto fuese a ocurrir. Me interesaba por el hecho de que usted fuese la esposa del señor Cowperwood y porque formaba parte de una vida de la que había oído hablar muchísimo. Pero después de charlar con usted unas cuantas veces, empecé a sentir algo distinto. He tenido muchos problemas en mi vida, mis épocas buenas y malas, y supongo que eso me seguirá pasando siempre. Pero vi algo en usted aquellos primeros días en el barco que me hizo pensar que quizá le había ocurrido lo mismo. Por eso quería estar con usted, aunque, como usted misma pudo ver, había muchas otras mujeres de cuya compañía podría haber disfrutado.

Mintió con el aire de alguien que jamás hubiera dicho nada más que la verdad, y esta pequeña actuación la impresionó. Siempre había sospechado que era un cazafortunas y probablemente fuera verdad, pero si ella no le gustara de verdad, ¿por qué iba a tomarse tantas molestias por cambiar su aspecto y por dar nueva vida a su antigua capacidad para utilizar su encanto? Experimentó una repentina y cálida emoción, en parte quizá maternal, y por otra, de juventud y deseo. Porque era imposible no sentir simpatía por este gandul; era despreocupado, alegre y sutilmente afectuoso.

—Pero ¿qué más da si vuelvo a Nueva York? —le preguntó sorprendida—. ¿No podemos seguir siendo amigos igualmente?

Tollifer se quedó pensando. Había dejado claro el tema de su afecto, ¿y ahora qué? Como siempre, Cowperwood dominaba sus pensamientos. ¿Qué sería lo que él desearía que hiciera?

—Piénselo —le dijo—. Se marcha justo en el mejor momento, junio y julio. ¡Y precisamente cuando empezábamos a cogerle el ritmo a todo esto! —Encendió un

cigarrillo y se preparó una copa. ¿Por qué Cowperwood no le había dado ninguna indicación de si quería que retuviera a Aileen en París o no? Quizá aún estuviera a tiempo de hacerla, pero si era así, mejor sería que actuase pronto.

—Frank me ha pedido que vaya, y no puedo hacer otra cosa —dijo ella con calma—. En cuanto a usted, no creo que vaya a sentirse solo.

—No lo entiende —dijo él—. Usted se ha convertido en el centro de mi vida aquí. Ahora me siento más feliz y más satisfecho que hacía años, y si regresa ahora, eso podría romperse.

—¡Tonterías! No sea tan insensato, por favor. Me gustaría quedarme aquí, lo admito, pero no sé cómo podría hacerlo. Cuando llegue a Nueva York y vea cómo están las cosas, se lo haré saber. Pero, según creo, regresaremos pronto. Si no es así, y si sus sentimientos siguen siendo los mismos, puede regresar también y podremos vernos igualmente en Nueva York.

—¡Aileen! —exclamó Tollifer con afecto, viendo que había llegado su oportunidad. Fue hasta donde estaba ella y le cogió el brazo—. ¡Eso es maravilloso! Es lo que deseaba que dijera. ¿Eso es lo que desea? —preguntó mirándola a los ojos con expresión suplicante, y antes de que ella pudiera hacer algo por evitarlo, le rodeó la cintura con los brazos y la besó, no con pasión, pero sí con lo que pareció verdadero afecto. Pero Aileen, consciente de que en realidad deseaba retenerlo, pero también de que no quería darle a Cowperwood ningún motivo de queja, se resistió con firmeza, aunque de manera afectuosa.

—No, no, no —dijo ella—, recuerde lo que acaba de decirme. Lo nuestro debe ser una buena amistad, si es lo que quiere, pero nada más que eso. Además, ¿por qué no vamos a alguna parte? No he salido en todo el día y tengo un vestido nuevo que quiero ponerme.

Conforme con dejar estar la situación por el momento, le sugirió un sitio nuevo cerca de Fontainebleau y se marcharon.

## CAPÍTULO XL

Nueva York. Cowperwood y Aileen se bajan del transatlántico *Saxonia*. Los periodistas habituales. Los periódicos, al tanto de su intención expresa de conquistar terreno en el metro de Londres, querían saber ahora quiénes iban a ser sus directivos, inversores, directores y también si la repentina compra masiva tanto de acciones ordinarias como preferentes en la District y la Metropolitan no era obra de sus propios hombres. Desmintió esto último con unas hábiles declaraciones que, una vez publicadas, hicieron sonreír a muchos londinenses y también a muchos norteamericanos.

Hicieron fotos de Aileen, de su nueva ropa, y las referencias a su aspecto parecían apuntar a que prácticamente había entrado a formar parte de la sociedad del Viejo Continente.

Simultáneamente, Bruce Tollifer navegaba con Marigold hacia el Cabo Norte. Pero no apareció mención alguna en ningún periódico.

Y en Pryor's Cove, Berenice cosechaba un éxito extraordinario. Como ella ocultaba su sagacidad con tanto celo, disimulándola al convertirla en aparente sencillez, inocencia y convencionalismo, todos estaban convencidos de que, cuando llegara el momento adecuado, terminaría haciendo un matrimonio de lo más correcto y distinguido. Puesto que, como resultaba obvio, ella gozaba de un instinto que le permitía evitar a los torpes, a los comunes y corrientes, y a los lujuriosos, y a valorar favorablemente sólo a aquellos que se regían por las convenciones, tanto si eran hombres como mujeres. Y un rasgo aún más prometedor, en opinión de sus nuevos amigos, era su predilección por un cierto tipo de mujeres poco atractivas —la esposa abandonada, la solterona, la tía soltera—, para quienes, a pesar de proceder de buena cuna, no resultaba fácil recibir atenciones placenteras de ningún tipo. Como no tenía necesidad de temer a las anfitrionas ni a las matronas más jóvenes y atractivas, sabía que si se ganaba a las mujeres que más solas se sentían, lograría abrirse paso hasta los acontecimientos sociales más importantes.

Igual de afortunada era su predisposición a admirar a los jóvenes socialmente correctos y completamente inocuos o a los jóvenes señores que gozaban de título y honor social. De hecho, los jóvenes curas y párrocos que había en varios kilómetros a la redonda de Pryor's Cove se mostraban ya jubilosos ante el discernimiento espiritual de esta joven recién llegada. Su recatada presencia los domingos por la mañana en cualquiera de las capillas vecinas pertenecientes a la corriente más tradicional de la Iglesia de Inglaterra, invariablemente en compañía de su madre o de alguna de las señoras mayores más conservadoras, era suficiente para verificar todas las cosas buenas que se rumoreaban sobre ella.

Casualmente, Cowperwood, durante sus breves visitas a Chicago, Baltimore, Boston y Filadelfia en relación con sus planes de Londres, se hallaba en los santuarios más recónditos de las más religiosas de todas las instituciones norteamericanas, los bancos y las compañías fiduciarias, en consultas con aquellos individuos más útiles y al mismo tiempo más influyentes, así como más fáciles de manejar. Les explicó con expresión moderada y afable que los beneficios que obtendrían serían con certeza mayores y más permanentes de los que jamás hubiera proporcionado ningún otro proyecto de transporte subterráneo. Y a pesar de las recientes denuncias contra él, consiguió hacerse escuchar con asombro e incluso con auténtico respeto. Era cierto que en Chicago había murmuraciones, provocadas por el desprecio y el odio, pero también por la envidia, porque aquel hombre era una auténtica fuerza que, como siempre, lograba atraer sobre sí los focos de la publicidad.

En un espacio de tiempo muy breve, en un mes, logró ver cómo se resolvían sus problemas principales. En muchos sitios se cerraron acuerdos provisionales para la compra de acciones de la sociedad de control que se iba a constituir al poco tiempo para hacerse cargo de todas las líneas. Por cada acción de las líneas que controlaran, se pagarían tres acciones de esta nueva y gran compañía. En realidad, aparte de unas cuantas reuniones de menor importancia que aún tenía pendientes referentes a sus propiedades de Chicago, ya era libre de volver a Inglaterra, y eso habría hecho si no hubiera sido porque tuvo un encuentro de una naturaleza para él antigua y conocida. Le había ocurrido muy a menudo en otros tiempos, cuando su nombre se veía expuesto constantemente ante la opinión pública: se le acercaban mujeres ambiciosas y atractivas para las que su riqueza, su fama y su encanto personal resultaban irresistibles. Y ahora, como consecuencia de una visita que tuvo que hacer a Baltimore, se produjo un intenso encuentro de este tipo.

Tuvo lugar en el hotel en el que se hospedaba, y para él, en aquel momento, aquello no parecía ensombrecer en modo alguno el afecto que sentía por Berenice. Sin embargo, a medianoche, cuando acababa de regresar de casa del presidente de la Maryland Trust Company y estaba sentado a su escritorio escribiendo unas notas sobre su reciente conversación, alguien llamó suavemente a su puerta. Al responder, una voz femenina le informó de que un pariente suyo deseaba hablar con él. Sonrió porque no recordaba que, a lo largo de toda su experiencia, nadie se hubiera acercado a él utilizando aquel ardid. Abrió la puerta y vio a una muchacha, a la que ya, a primera vista, decidió que no iba a ignorar y que le despertó una repentina curiosidad. Era joven, delgada, de mediana estatura, segura de sí misma, persuasiva y carismática. Tenía unos rasgos preciosos, como también lo era su vestido.

—¿Un pariente? —dijo él sonriendo y permitiéndole pasar.

—Sí —contestó ella sumamente tranquila—. Yo soy pariente suya, aunque quizá no lo crea así de entrada. Soy la nieta de un hermano de su padre, y aunque me apellido Maris, el apellido de mi madre era Cowperwood.

La invitó a sentarse y se colocó justo enfrente de ella. Tenía los ojos grandes,

redondos y de un azul plateado, y lo contemplaba fijamente.

—¿De qué parte del país procede? —le preguntó.

—De Cincinnati —le respondió—, aunque mi madre nació en Carolina del Norte. Su padre procedía de Pensilvania y no muy lejos de donde usted nació, señor Cowperwood, de Doylestown.

—Es cierto —dijo—. Mi padre tenía un hermano que vivió durante un tiempo en Doylestown. Además, si me permite que se lo diga, tiene la mirada de los Cowperwood.

—Gracias —dijo ella a su vez, y continuó mirándolo con la misma insistencia con la que él lo hacía, y después, sin sentirse incómoda por su mirada, añadió—: Quizá le resulte extraño que me haya presentado aquí a estas horas, pero yo también me alojo en este hotel, ¿sabe? Soy bailarina y la compañía a la que pertenezco está representando aquí esta semana.

—¿Es eso posible? ¡Parece que nosotros los cuáqueros deambulamos por los campos más extraños!

—Sí —le contestó con una sonrisa cálida y a un tiempo mesurada, aunque sugerente, que dio a entender que en ella había imaginación, romance, fuerza mental y sensualidad. Presintió su fuerza con la misma intensidad que percibió su carácter—. Acabo de llegar del teatro —continuó—. He estado leyendo cosas sobre usted y he visto su foto en los periódicos de aquí, y como siempre he querido conocerlo, decidí que era mejor venir ahora.

—¿Es usted buena bailarina? —le preguntó.

—Me gustaría que viniera para que pudiera juzgar por sí mismo.

—Pensaba regresar a Nueva York por la mañana, pero si desayuna conmigo, creo que igual decidiría quedarme.

—Sí, claro, por supuesto que lo haré —le dijo ella—, pero ¿sabe que hace años que me imaginaba teniendo una conversación así con usted? Hace un año o dos, cuando no conseguía encontrar trabajo de ninguna clase, le escribí una carta, pero la rompí. Nosotros somos los Cowperwood pobres, ¿sabe?

—Es una lástima que no me la enviara —comentó—. ¿Y qué era lo que quería decirme?

—Oh, quería decirle que tenía mucho talento, que yo era su sobrina nieta y que si alguien me daba una oportunidad, estaba segura de que podría demostrar que era una excelente bailarina. Y ahora me alegro de no haberle escrito, porque estoy aquí con usted y puede verme bailar. Por cierto —continuó, mirándolo aún fijamente con sus magnéticos ojos azules—, nuestra compañía estrena en Nueva York en verano, y espero que vaya a verme allí también.

—Bueno, si es tan encantadora como bailarina como resulta con sólo mirarla, debería convertirse en toda una sensación.

—Espero que sea usted quien me diga si lo soy mañana por la noche. —Pareció que iba a moverse, pero dudó.

—¿Cómo me ha dicho que se llama? —preguntó él al fin.

—Lorna.

—Lorna Maris —repitió él—. ¿Es ese también su nombre artístico?

—Sí; en una ocasión pensé en cambiarlo por el de Cowperwood para que usted oyera hablar de mí, pero decidí que ese nombre no iba tan bien con una bailarina como con un financiero.

Continuaron mirándose.

—¿Cuántos años tiene, Lorna?

—Veinte —le dijo sin más—, cumpliré en noviembre.

El silencio que siguió estaba cargado de significado. Se dijeron con los ojos todo lo que los ojos pueden expresar. Unos segundos más tarde él se limitó a hacer una señal con el dedo. Ella se levantó y se acercó a él rápidamente, casi bailando, y se lanzó en sus brazos.

—¡Preciosa! —dijo él—. Y que hayas venido así... encantadora...

## CAPÍTULO XLI

Cowperwood se despidió de Lorna al día siguiente a mediodía con pensamientos confusos. Mientras duró aquella fiebre que se había apoderado de él y que, por un tiempo, dominó sus nervios e impulsos, no había llegado en realidad a olvidarse de Berenice. Podría decirse que un incendio, que no se ve refrenado por fuerzas externas, no podría llegar a consumir una casa. Y no había fuerzas externas que pusieran freno, ni que fuesen capaces de contener a Cowperwood ni a Lorna en aquellas circunstancias. Pero cuando ella lo dejó para ir al teatro, su mente volvió a su estado habitual y se ocupó entonces de la anomalía que suponía estar con Lorna y con Berenice. Durante ocho años lo habían dominado el deseo de Berenice y su incapacidad de conseguirla, y más recientemente, su perfección física y estética. Y, a pesar de ello, había permitido que esta otra muchacha menos refinada, aunque también bellísima, nublara todo aquello hasta el punto de borrarlo temporalmente.

Solo en su habitación se preguntó si sería culpa suya. No había sido él quien había buscado esta última tentación; se le había presentado, y de manera repentina. Además, su naturaleza no sólo tenía capacidad para vivir muchas experiencias y para nutrirse de muchas fuentes distintas, sino que podría decirse que sentía esa necesidad. Era cierto que le había dicho a Berenice, cuando cayó preso de la fiebre de su pasión por ella, y casi continuamente desde entonces, que ella era la faceta más importante de su existencia. Y en general, esto seguía siendo verdad, pero, aun así, en aquel momento se había topado con aquella fuerza irresistible y dominante encarnada en Lorna, que podía identificarse como el encanto misterioso y fascinante que tienen lo nuevo y lo inexplorado, especialmente en todo lo relativo a la juventud, la belleza y el sexo.

La fuerza que aquello ejercía para arrastrar a la traición, se dijo a sí mismo, podía explicarse por el hecho de que era algo más poderoso que el individuo en sí o que sus intenciones. Era algo que llegaba, provocaba su propia fiebre y propiciaba unos resultados. Así había sido con Berenice y con él, y ahora de nuevo con Lorna Maris. Pero sí había algo de lo que era plenamente consciente, incluso en aquellos momentos, y era que nada de aquello podría nunca desbancar el amor que sentía por Berenice. Había una diferencia fundamental que veía con total claridad, y que se encontraba en los objetivos tanto temperamentales como mentales de ambas muchachas. Aunque tenían la misma edad, Lorna, cuya experiencia de la vida era más amplia y considerablemente más dura, se conformaba con aquello que pudiera lograr gracias a la glorificación de su encanto físico y meramente sensual, a la fama, las recompensas y el aplauso debidos a una bailarina atractiva y fascinante.

Sin embargo, por su temperamento, la respuesta de Berenice y el plan resultante



eran totalmente diferentes: más amplios, más ricos, producto de su sentido social y estético, y que involucraba a otras gentes y otros países. Ella, al igual que él, tenía una fe inquebrantable en el predominio de la mente y el buen gusto. De ahí la gracia y la elegancia con la que había armonizado con el ambiente, las normas sociales y las antiguas costumbres de Inglaterra. Obviamente, y a pesar del enorme y poderoso atractivo sensual de Lorna, Berenice gozaba de un poder y un encanto mucho más profundos y duraderos. En otras palabras, tanto sus ambiciones como sus respuestas eran mucho más significativas en todos los sentidos. Y cuando Lorna se hubiera marchado, aunque él aún no quisiera contemplar esa posibilidad, Berenice seguiría estando presente.

Pero ¿cómo iba a encajar todo aquello cuando tuviera que dar explicaciones? ¿Sería capaz de ocultar esta aventura, que de momento no tenía intención de dar por terminada? Y si Berenice llegaba a descubrirla, ¿cómo lograría apaciguarla? Aquello no era algo que se pudiera solucionar ante el espejo de tocador, ni en un baño o en el vestidor.

Aquella noche, tras la representación, Cowperwood llegó a la conclusión de que Lorna Maris no era excelente como bailarina, pero sí espectacular, y que destacaría con brillantez durante unos años, para terminar probablemente casándose con algún hombre adinerado. Pero ahora, al verla bailar, le resultó tentadora con su traje de payaso confeccionado en seda, sus holgados bombachos y los guantes de dedos largos y estilizados. Acompañada por luces que proyectaban unas sombras exageradas y al son de una música espectral, cantó y bailó la canción del coco que viene y se lleva a los niños. Otro de los bailes fue «coribántico»<sup>[1]</sup>. Vestida con una túnica sin mangas de gasa blanca que dejaba al descubierto sus exquisitos brazos y piernas y con el pelo convertido en una masa de empolvados rizos dorados, consiguió evocar a la perfección la disipación de una bacante<sup>[2]</sup>. Y en otro baile se presentaba como una inocente perseguida y aterrorizada intentando escapar de las indefinibles figuras de sus potenciales raptos. La volvieron a llamar con tanta frecuencia que la dirección tuvo que limitar sus bises, y después, en Nueva York, fue ella la que influyó durante aquella temporada sobre los sentimientos amorosos estivales de la ciudad.

De hecho, para sorpresa y satisfacción de Cowperwood, se hablaba tanto de Lorna como de él. Sus canciones eran interpretadas por las orquestas de todas partes y en los populares teatros de variedades se la imitaba. El simple hecho de ser visto con ella daba lugar a comentarios, y ahí se hallaba su principal problema, porque aquellos mismos periódicos que con frecuencia se hacían eco de la fama de Lorna, eran también los que hablaban de la suya. Esto lo hizo volverse extremadamente cauteloso, al tiempo que le provocó una gran angustia mental por Berenice. Si los veían juntos en público, esta podría leer o enterarse de algo al respecto, o alguien podría cuchichearle algo al oído. Al mismo tiempo, Lorna y él estaban encaprichados el uno con el otro y deseaban estar juntos tanto como les fuera posible. En el caso de Aileen, al menos, decidió confesarle con franqueza que en Baltimore había conocido

a la nieta de su hermano, que era una muchacha con mucho talento que formaba parte de una producción teatral y que en aquellos momentos actuaba en Nueva York. ¿Querría Aileen invitarla a la casa?

Como Aileen ya había leído artículos sobre Lorna y visto fotos en los periódicos, obviamente sintió curiosidad, y por ese motivo se mostró dispuesta a extender la invitación. Al mismo tiempo, la belleza, el porte y el aplomo de la muchacha, junto con el hecho de que hubiese sido ella la que provocara el encuentro y se hubiera presentado a Cowperwood, fueron suficiente para que se pusiera furiosa y para que se renovaran sus viejas sospechas sobre las auténticas intenciones de Cowperwood. La juventud era irrecuperable. Y la belleza, el espectro de la perfección que aparecía y desaparecía como una sombra. Pero ambas eran el fuego y la tormenta. A Aileen no le produjo ninguna satisfacción escoltar a Lorna por las galerías y los jardines del palacio de los Cowperwood, porque era consciente de que con lo que Lorna tenía, no necesitaba de aquellas cosas, y de que debido a aquello de lo que Aileen carecía, a ella no le servían de nada. La vida estaba donde había belleza y deseo; donde no los había, no quedaba nada... Y Cowperwood deseaba la belleza y la conseguía —la vida, el color, la fama y el romance—. Mientras que ella...

Atrapado ahora en la necesidad de simular compromisos y negocios que no existían con el objeto de resguardar su último paraíso, Cowperwood decidió que sería mejor si Tollifer estuviese allí, de modo que se encargó de que lo llamaran desde la Central Trust Company. Quizá él consiguiera evitar que Aileen pensara en Lorna.

Así que Tollifer, que se encontraba feliz en un barco junto al Cabo Norte con Marigold y un grupo de amigos, enormemente desilusionado por esta llamada, se vio obligado a afirmar que sus asuntos financieros requerían de su regreso inmediato a Nueva York. Poco después de su vuelta y empeñado en hacer todo lo posible por divertir a Aileen y a sí mismo, le llegaron rumores sobre Lorna y Cowperwood, lo que, por supuesto, despertó su interés. Y así, aunque envidiaba la suerte de Cowperwood, puso el máximo cuidado en todo momento en restar importancia y negar todos los chismorreos que oía, y particularmente, por protegerlo contra las sospechas de Aileen.

Desgraciadamente, llegó demasiado tarde para impedir que un artículo que, como era previsible, se había publicado en *Town Topics*, cayera en manos de Aileen, lo que le produjo el efecto habitual, sumiéndola en amargos pensamientos sobre el gran vicio de su esposo. Por muy alto que fuera su estatus ante el mundo y lo maravillosa que resultara su capacidad para realizar grandes logros, siempre permitía que alguna vagabunda insignificante, infinitamente inferior a él, empañara y ensombreciera la que, de otro modo, habría sido una tremenda e intachable posición pública.

Pero le cabía un consuelo. Si ella iba a ser humillada de esta manera una vez más, también Berenice Fleming se vería humillada. Porque hacía mucho tiempo que Aileen se sentía irritada por la invisible presencia de Berenice siempre en la sombra. Y como había observado que la casa de Berenice en Nueva York estaba cerrada,

supuso que Cowperwood debía de haberla abandonado a ella también. Porque él no mostraba deseo alguno de marcharse de la ciudad.

Una de las excusas que él esgrimía para permanecer en Nueva York tenía que ver con la nominación y la posible elección de William Jennings Bryan<sup>[3]</sup>, un agitador político cuyas teorías económicas y sociales diferían de la visión capitalista del momento sobre cómo debía gestionarse y dividirse el capital, y que pretendía salvar el entonces insalvable abismo que separaba a ricos y pobres. Como consecuencia de esto, en los Estados Unidos había entonces un auténtico temor comercial que rayaba casi en el pánico, a que este hombre pudiera ganar las elecciones y llegar a la presidencia. Esto le permitió a Cowperwood decirle a Aileen que podría resultarle peligroso abandonar el país en aquellos momentos, puesto que su propio éxito financiero dependía de la estabilidad que supondría la derrota de Bryan. Y lo mismo le contó por carta a Berenice. Pero que esta última no llegara a creerle fue debido fundamentalmente al hecho de que Aileen había enviado por correo un ejemplar de *Town Topics* a su dirección de Nueva York, que, al cabo de un tiempo, ella había recibido en Pryor's Cove.

## CAPÍTULO XLII

De entre todos los hombres que Berenice había conocido hasta entonces, sólo Cowperwood, con su fuerza y sus grandes logros, era el que más glamuroso le parecía. Pero, aparte de los hombres, incluido Cowperwood y todo lo que le ofrecía para su satisfacción y sus logros, también estaba la peculiar existencia en Pryor's Cove. Aquí, por primera vez en su vida, sus problemas sociales, si bien no estaban resueltos, se habían solucionado temporalmente, y ella era libre de satisfacer su extremo egoísmo y de entregarse a sus impulsos narcisistas de mostrar afectación y jugar.

La vida en Pryor's Cove era un proceso agradablemente solitario y ocioso. Por la mañana, tras pasar horas en su baño y ante el espejo, le encantaba escoger el traje que se adecuara a su estado de ánimo: este sombrero lograba tal cosa, este lazo lograba aquella, estos pendientes, este cinturón, estos zapatos; y así sucesivamente. A veces, con la barbilla apoyada en una mano y los codos descansando en el mármol sobredorado de su tocador, se miraba largamente en el espejo estudiando su pelo, sus labios, sus ojos, sus pechos, sus brazos. Y elegía con el máximo cuidado la plata, la porcelana, los manteles y las flores para la mesa, siempre con miras al resultado final. Y aunque normalmente sólo estaban allí para verlo su madre, la señora Evans, que era el ama de llaves, y Rose, la doncella, era ella misma la espectadora principal. Y cuando salía la luna, paseaba y soñaba en el precioso jardín tapiado al que daba su dormitorio pensando en Cowperwood, y con frecuencia, deseando con intensidad que estuviese allí. Aunque le compensaba la idea de que tras aquella breve ausencia, se produciría un exquisito y satisfactorio reencuentro.

La señora Carter con frecuencia se asombraba ante el ensimismamiento de su hija y se preguntaba por qué buscaba estar sola tan a menudo, cuando ante ella no cesaba de desplegar toda una vida social. Pero, andando el tiempo, apareció lord Stane. Fue unas tres semanas después de la partida de Cowperwood cuando él, que iba desde Tregasal a Londres, pasó por allí aparentemente para echar un vistazo a sus caballos y para dar la bienvenida a sus nuevas inquilinas. Sentía especial curiosidad porque le habían informado de que la muchacha estaba bajo la tutela de Frank Cowperwood.

Después de todo lo que ella y Cowperwood habían hablado con referencia a este hombre, Berenice sintió una súbita curiosidad y le resultó no poco divertido recordar las horquillas del pelo, los cepillos y a la desconocida señorita Hathaway, a pesar de lo cual se mostró sonriente y segura de sí misma cuando lo saludó. El efecto de su vestido blanco, los zapatos azules, el lazo azul que llevaba alrededor de la cintura y la banda de terciopelo azul que ceñía su espumoso pelo rojizo no pasó desapercibido a Stane. Mientras hacía una inclinación ante su mano delgada, se dijo a sí mismo que

estaba ante alguien para quien cada momento de la vida era una ocasión y que sin duda era una pupila digna del ambicioso y poderoso Cowperwood. Sus ojos lograron ocultar sus dudas, pero no su admiración.

—Espero que disculpe la intrusión del propietario —comenzó—. Tengo varios caballos aquí que estoy a punto de enviar a Francia, y es necesario que les eche un vistazo.

—Desde que nos instalamos a vivir aquí —dijo Berenice—, mi madre y yo hemos estado deseando conocer al propietario de este lugar tan adorable. Es tan precioso que no se puede expresar con palabras. Y mi tutor, el señor Cowperwood, también nos ha hablado de usted.

—Por lo que sin duda debo estarle agradecido —dijo Stane, fascinado por su aplomo—. Pero no puedo atribuirme ningún mérito por Pryor's Cove. En realidad se trata de una herencia de familia; es uno de los tesoros familiares.

Ante la invitación a tomar el té, aceptó. Preguntó si iban a pasar mucho tiempo en Inglaterra. Berenice, decidida al instante a mostrarse cautelosa, le contestó que no sabía decirle; que dependía de hasta qué punto a ella y a su madre les gustase estar en Inglaterra. Mientras tanto, la mirada de él buscaba una y otra vez sus tranquilos ojos azules, y debido a su clase, Berenice se aventuró a tomarse inocentes libertades que de otro modo no se habría tomado. Ya que él iba a echar un vistazo a los caballos, ¿podría acompañarlo para verlos también?

Stane se mostró encantado, de modo que se dirigieron juntos al potrero que había detrás de los establos. Le preguntó si todo estaba atendido a su gusto y si ella y su madre aceptarían utilizar los caballos para montar o para enganche. ¿Preferiría que el jardinero o el granjero hicieran algún cambio o reorganizaran alguna cosa? Quizá hubiera demasiadas ovejas. Había estado pensando en vender algunas. Berenice protestó diciendo que adoraba las ovejas y que no quería que cambiara nada. Bueno, pues, al cabo de dos o tres semanas regresaría de Francia y volvería a Tregasal, y si seguían allí, quizá podría parar de nuevo para visitarlas. Y quizá el señor Cowperwood también estuviese allí. Si fuese así, sería un placer verlo de nuevo.

Era evidente que le estaba ofreciendo su amistad y decidió que le sacaría el máximo partido. Era posible que se tratara del comienzo de un coqueteo cuya posibilidad había contemplado vagamente desde el momento en el que se enteró de que Stane era el propietario y probablemente el futuro socio de Cowperwood. Cuando se hubo marchado, evocó soñadoramente su figura alta y delgada, su perfecto traje de *tweed*, su atractivo rostro, sus manos y sus ojos. Tenía un aire, una manera de andar y unos modales en los que el encanto estaba implícito.

Pero también estaban los negocios de Cowperwood con él, así como la anómala situación tanto de ella como de su madre. ¿No terminaría por adivinarlo todo? Él no era como el coronel Hawkesberry ni como Arthur Tavistock y todos aquellos curas rurales y solteronas a los que se podía engañar. Sabía que no podría, igual que sabía que ni ella ni Cowperwood se habrían dejado engañar tampoco. Y si ahora ella hacía

el más mínimo movimiento que supusiera un coqueteo, ¿no haría él sus avances partiendo de la base de que era una muchacha ligera de cascos, otra a la que podría añadir a su lista de conquistas sin pensar siquiera en que pudiera tratarse de algo permanente? Teniendo en cuenta el amor que sentía por Cowperwood, así como el gran interés que tenía puesto en su futuro, no tenía intención de hacer nada que se pareciera siquiera a una traición de este tipo. Él le daría demasiada importancia. Y era posible que, enfadado, tomara represalias contra ella. Llegó incluso a plantearse si sería aconsejable acceder a ver a Stane de nuevo.

Sin embargo, temprano una mañana de agosto, mientras posaba como Narciso ante su espejo, recibió un mensaje de Stane. Se marchaba de París, precedido por un mozo de cuadra que venía con dos de sus caballos hacia Pryor's Cove, y le gustaría acompañarlos, con su permiso. Ella le escribió una nota diciéndole que ella y su madre estarían encantadas de recibirle. Y a partir de ese momento, se sintió tan entusiasmada que empezó a tener dudas, y a pensar también en Cowperwood — quien, en aquellos momentos, disfrutaba de los encantos de Lorna Maris.

Aunque Stane era menos agudo que Cowperwood en el campo de las finanzas, era un digno rival en el del afecto. Cuando estaba realmente interesado, era agresivo e ingenioso. Adoraba a las mujeres bellas, e independiente de cuáles fueran el resto de sus obligaciones, andaba siempre tras nuevas búsquedas. Nada más ver a Berenice, había concebido un apasionado sentimiento por ella. La imaginaba en aquel entorno precioso, sola con su madre, y la veía como un objetivo adecuado para sus afectos, pero, debido a Cowperwood, era consciente de que tendría que andarse con pies de plomo. Sin embargo, teniendo en cuenta que Cowperwood ni siquiera había mencionado a su pupila y que ella era su inquilina, ¿por qué no seguir visitándola, al menos hasta que supiera algo más? De modo que, cuando llegó el momento, hizo sus maletas con auténtico entusiasmo, decidido a sacarle el mayor provecho posible a aquella ocasión.

Y Berenice, por su parte, también estaba preparada. Llevaba su vestido favorito, que era de color verde pálido y se mostró menos formal y más alegre que antes. ¿Se lo había pasado bien en Francia? ¿Qué caballo había ganado, el bayo que tenía una mancha blanca alrededor del ojo o el negro alto cuatralbo? El negro alto, y había ganado un premio de doce mil francos así como otras apuestas, de modo que en conjunto había llegado a los treinta y cinco mil francos.

—Lo suficiente como para convertir a alguna pobre familia francesa en aristócratas, supongo —comentó ella con aire desenfadado.

—Bueno, los franceses son más bien ahorrativos, ¿sabe? —dijo Stane—. Con ese dinero se podría convertir a más de un aldeano en aristócrata, y a algunos de los nuestros también, en realidad. En Escocia, de donde proceden algunos de los antepasados de mi padre, parece que pusieron las bases para un futuro condado. —Sonrió pensativo—. El primer conde de mi familia —añadió— empezó con menos de eso.

—¡Y el actual conde termina ganando todo eso en una sola carrera!

—Bueno, esta vez sí, pero no siempre. Mi última aventura en el Derby me costó casi dos veces más.

Estaban sentados en la cubierta de la casa flotante esperando a que les sirvieran el té. Una batea, cargada de ociosos, pasó por allí, y él le preguntó a Berenice si había utilizado las piraguas o las bateas que había en la casa flotante.

—Oh, sí —dijo ella—. El señor Tavistock y yo, y también el coronel Hawkesberry, que vive cerca de Wimbledon, hemos explorado el río hasta Windsor yendo en esa dirección, y mucho más allá de Marlow en esta. Hemos hablado de ir hasta Oxford.

—¿En una batea? —preguntó Stane.

—Bueno, en dos o tres. El coronel Hawkesberry ha hablado de organizar un grupo.

—¡El bueno del coronel! ¿De modo que lo conoce? Nos conocemos desde niños, pero hace un año que no lo veo. Ha estado en la India, según creo.

—Sí, eso me dijo.

—Pero el paisaje es mucho más interesante en los alrededores de Tregasal —dijo Stane, pasando por alto a Hawkesberry y a Tavistock—. Estamos rodeados por el mar y está la costa más rocosa de toda Inglaterra, que es impresionante; aparte de los páramos, los pantanos, las minas de estaño y cobre y las antiguas iglesias, si le interesan esas cosas. Y el clima es delicioso, particularmente ahora. Me gustaría mucho que usted y su madre vinieran a Tregasal. También hay un pequeño puerto donde tengo amarrado mi yate. Podríamos navegar hasta las islas Sorlinga; están a menos de cincuenta kilómetros de distancia.

—¡Vaya, qué delicia! ¡Y qué amable por su parte! —dijo Berenice, mientras pensaba en Cowperwood y lo que diría si lo supiera—. Madre, ¿qué le parecería hacer un viaje a las islas Sorlinga? —le preguntó a través de la ventana que estaba abierta—. Lord Stane tiene un yate y un puerto propio en Tregasal, y piensa que eso podría gustarnos.

Lo dijo de un tirón en tono jovial, aunque también ligeramente teñido de condescendencia. A Stane le divirtió su aire insolente y despreocupado, el escaso interés con el que recibió una invitación que en tantos otros lugares mucha gente daría cualquier cosa por conseguir.

La señora Carter apareció en la ventana.

—Tendrá que disculpar a mi hija, lord Stane —dijo ella—. Es una muchacha muy decidida. Nunca he ejercido el más mínimo control sobre ella, ni nadie a quien yo conozca. Aun así, si puedo dar mi opinión —y ahora miró a Berenice como si estuviera pidiéndole permiso—, diría que me parece delicioso. Y estoy segura de que Bevy también piensa lo mismo.

—Y ahora el té —continuó Berenice—. Y después puede usted venir a manejar la pértiga para darme un paseo por el río, aunque creo que me gusta más la piragua. O

quizá podríamos dar un paseo o jugar una partida al *squash* antes de la cena. He estado practicando, y quizá se me dé bien.

—Me parece que hace demasiado calor para jugar al *squash*, ¿no le parece? — protestó Stane.

—¡Perezoso! Pensaba que todos los ingleses preferían esforzarse en una pista de tenis antes que hacer cualquier otra cosa. ¡El imperio debe de estar decayendo!

Pero aquella tarde no hubo *squash*; en su lugar, dieron un paseo en piragua por el Támesis, y más tarde, mientras cenaban relajadamente a la luz de las velas, Stane hizo hincapié en los encantos de Tregasal, que, a pesar de no ser una casa tan moderna ni tan hermosa como otras muchas buenas casas inglesas, tenía vistas al mar y a la rocosa costa, que resultaba extraña e inquietantemente impresionante.

Pero Berenice seguía sintiendo cierto temor a aceptar la invitación en aquel momento, aunque estaba fascinada por la descripción que él había hecho de aquel lugar.



## CAPÍTULO XLIII

Entre el temperamento de Berenice y el de Stane había cierta similitud. Al igual que ella, él era más refinado que Cowperwood y, hasta cierto punto, menos práctico. Por otro lado, Stane, que estaba parcialmente excluido de la esfera práctica en la que Cowperwood brillaba, resplandecía aún más en el ambiente que tanto agradaba a Berenice: el del lujo estéticamente controlado. Captó su gusto y su filosofía al momento de comenzar su paseo vespertino, durante el que Stane le habló con franqueza de sí mismo. Al igual que Cowperwood, tenía tendencia a aceptar e incluso a disfrutar de las cosas tal como venían. Era rico. Podía decirse que tenía talento. Y era noble.

—Pero no he hecho nada para ganar o merecerme ninguna de las cosas que tengo —admitió en algún momento.

—Le creo —dijo Berenice riendo.

—Pero aquí estoy —continuó él, fingiendo ignorar su interrupción—. El mundo es así, injusto, lleno de dones para algunos y sin nada para otros.

—En eso estoy totalmente de acuerdo con usted —dijo Berenice, que de repente se había puesto muy seria—. La vida parece estar plagada de locas predestinaciones, algunas bellas, y otras terribles, vergonzosas o brutales.

Y después Stane procedió a hablar de su vida. Su padre, dijo, había querido que se casara con la hija de un amigo suyo, también conde. Pero, según lo expresó Stane, no había suficiente atracción entre ellos. Y más adelante, en Cambridge, había decidido posponer el matrimonio, cualesquiera que fueran los términos, hasta que no hubiera visto más mundo.

—Pero el problema es —dijo— que parece que me he habituado a viajar. Y, entre medias, está Londres, París, Tregasal y Pryor's Cove cuando no está ocupada.

—Pero lo que me preocupa —dijo Berenice— es qué puede hacer un solterón solitario con todos estos sitios.

—Me proveen de mi diversión principal, que son las fiestas —contestó él—. Hay muchas aquí, como ya habrá visto. Es casi imposible eludirlas. Pero también trabajo, ¿sabe?, y a veces, de manera incansable.

—¿Por gusto?

—Sí, eso creo. Al menos, me ayuda a mantener la compostura y me hace lograr un equilibrio que me parece de lo más saludable.

Y pasó a desarrollar su teoría favorita, según la cual la importancia de un título que no fuese acompañado de logros personales, era escasa. Además, el mundo empezaba a interesarse por los hombres que trabajaban en el campo de la ciencia y la economía, y la economía era lo que más le interesaba.

—Pero no es eso de lo que quiero hablar —dijo al final—, sino más bien de Tregasal. Está quizá demasiado distante y demasiado vacía para las fiestas normales, gracias a Dios, de modo que cuando quiero tener muchos invitados, tengo que planificarlo todo. En comparación con todo lo que se alterna en Londres, es algo muy diferente, y con frecuencia utilizo la casa para escapar.

Berenice presintió inmediatamente que su insistencia tenía como objetivo que llegaran a conocerse mejor. Pensó que quizá fuera aconsejable poner fin a aquel asunto de manera tajante e inmediata, para asegurarse de que aquello no fuese a más. Pero la molestaba verse en la necesidad de tomar aquella medida al tratarse de alguien cuya visión de la vida parecía tan amplia como la suya propia. Llegó incluso a especular, mientras miraba a Stane cuando iban paseando, si, en el caso de que llegara a contarle cuál era la verdadera relación que mantenía con Cowperwood, no se inclinaría por permitir que el interés que sentía por ella se impusiera y así mantener sus corteses relaciones sociales. Porque, después de todo, ahora era socio de Cowperwood en las finanzas y quizá lo respetara lo suficiente como para respetarla a ella también.

Al mismo tiempo, sentía auténtica atracción hacia él. Decidió posponer la conversación para la noche. Pero a la mañana siguiente, poco después del amanecer, la reinició cuando se encontraron temprano para desayunar y salir a montar a caballo. Él insistió en que tenía que ir apresuradamente a Tregasal, y no sólo para descansar unos días, sino también para poder pensar con calma sobre ciertos asuntos financieros que requerían de su atención.

—Tengo mucho trabajo relacionado con los planes del metro que tiene su tutor —le dijo en confianza—. Quizá esté usted enterada de que cuenta con un programa muy complejo, para el que parece pensar que necesita de mi ayuda. Y estoy intentando decidir si en realidad puedo serle de utilidad. —Se interrumpió como si esperara para ver si ella tenía algo que decir.

Pero, Berenice, que cabalgaba al trote a su lado, estaba completamente decidida a no expresarse, de modo que le dijo:

—Casualmente el señor Cowperwood es mi tutor, pero sus tejemanajes financieros son un auténtico misterio para mí. Me interesan más todas las cosas bellas que se pueden conseguir con el dinero que cómo se gana ese dinero. —Y le dedicó una sonrisa vacilante.

Stane detuvo su caballo un momento y, volviéndose a mirarla, exclamó:

—¡Dios mío, piensa usted exactamente igual que yo! A menudo me pregunto, como amante de la belleza que soy, por qué me molesto en atender a los asuntos prácticos de cualquier tipo. Con frecuencia libro una batalla contra mí mismo en este sentido.

Y de nuevo, Berenice empezó a comparar a Stane con su agresivo e implacable amante. El genio financiero de Cowperwood y su ansia de poder se veían, en cierto modo, atemperados por el amor que sentía por el arte y la belleza. Pero en Stane, el

rasgo dominante era su exquisito y fuerte sentido estético, y, a su vez, poseía riqueza y personalidad, además de algo que Cowperwood jamás lograría: el crédito que el mundo daba a la importancia de poseer un título distinguido. El contraste entre ambos le resultaba fascinante, puesto que era obvio que había causado una profunda impresión en Stane. ¡La nobleza inglesa frente a Frank Cowperwood, el financiero norteamericano y magnate de los tranvías!

Mientras cabalgaba bajo los árboles sobre una yegua gris rodada<sup>[1]</sup>, intentó imaginarse como lady Stane. Quizá podrían incluso llegar a tener un hijo, heredero del condado de Stane. Pero entonces, ay, pensó en su madre, la conocida Hattie Starr de Louisville, y en su propia relación ilegítima con Cowperwood, que podría destaparse en cualquier momento y dar lugar a un escándalo. Porque había que tener en cuenta a Aileen y la posible furia y el consiguiente antagonismo de Cowperwood, que, teniendo en cuenta su don para la intriga y la venganza, podría adoptar cualquier forma. La emoción previa se desvaneció como la bruma al calor de la realidad. Por un momento se quedó helada ante las complicaciones de su disyuntiva, aunque un segundo más tarde, se sintió parcialmente aliviada por las palabras de Stane:

—¿Me permite decirle que es usted tan brillante e inteligente como hermosa?

Y, a pesar de que se había entristecido, Berenice le contestó haciendo un gesto con aire alegre.

—¿Por qué no? ¿Esperaría que rechazara cualquier cosa que no merezca?

Stane se sintió aún más intrigado y eso le indujo a pensar que la relación que había entre ella y Cowperwood podría ser de lo más normal. Porque el hombre debía de andar por los cincuenta y cinco o sesenta años. Y Berenice no parecía tener más de dieciocho o diecinueve. Quizá fuese una hija ilegítima. Por otro lado, ¿no era posible que, en realidad, teniendo en cuenta su juventud y su belleza, Cowperwood pretendiera mantener un romance clandestino con ella conquistándola con los regalos y atenciones que generosamente ofrecía tanto a ella como a su madre? Porque al observar a la señora Carter, Stane había tenido una sensación que no podía explicar con facilidad. Obviamente, era la madre de la muchacha, puesto que Berenice se parecía mucho a ella. Estaba desconcertado. Pero ahora lo que quería era llevarla a Tregasal, y preguntándose cómo lograrlo, le dijo:

—Hay algo por lo que debo felicitarla, señorita Fleming, y es por el tutor tan admirable que tiene usted. Creo que es una persona con un talento extraordinario.

—Sí, lo tiene —dijo ella—, y me parece muy interesante que usted esté cooperando con él, o planteándose hacerlo.

—Por cierto —dijo él—, ¿sabe cuándo regresará de Estados Unidos?

—La última vez que tuve noticias tuyas estaba en Boston —le contestó—, y tenía mucho trabajo que hacer en Chicago y en otros lugares. La verdad es que no sé cuándo regresará.

—Quizá cuando lo haga, pueda tener el placer de invitarlos a todos —dijo Stane—. Pero aún podemos ir a Tregasal, ¿sabe? ¿Eso también tendrá que esperar a que

regrese el señor Cowperwood?

—Oh, eso creo; al menos no hasta dentro de tres o cuatro semanas más. Mi madre no se siente muy bien, y en este momento lo que más desea es quedarse aquí a descansar.

Le dedicó una sonrisa tranquilizadora al tiempo que pensaba que, en cuanto Cowperwood regresara o ella tuviera tiempo de enviarle un cable o escribirle, podrían organizar esa visita. Personalmente, no había nada que le apeteciera más que aceptar su invitación. Y esta amistad, si contaba con la aprobación de Cowperwood si no con su presencia, podría favorecer sus asuntos en lo tocante a Stane. Pensaba escribir a Cowperwood inmediatamente.

—Pero, ¿cree usted que será posible tras tres o cuatro semanas? —preguntó Stane.

—Estoy convencida de que sí. Y nada podría resultarnos más placentero, se lo aseguro.

Y Stane aceptó esta oferta ambivalente con la mayor elegancia del mundo. Porque era evidente que esta belleza norteamericana no lo necesitaba a él ni a Tregasal ni a sus contactos nobles. Era una persona por derecho propio y había que aceptarla únicamente en los términos que ella marcara.

## CAPÍTULO XLIV

A pesar de la indecisión que Berenice sentía sobre si era aconsejable continuar fomentando aquella relación, esta se vio en parte favorecida por la tardanza de Cowperwood en regresar. Porque él ya le había escrito diciendo que hasta que no se celebraran las próximas elecciones presidenciales, aunque en realidad todo se debía a Lorna, no podría regresar a Londres. También había añadido astutamente que si no podía regresar pronto, mandaría a buscarla para que se reuniera con él en Nueva York o en Chicago.

Aunque esta carta le dio que pensar, no le hizo albergar sospechas. Y no habría llegado a ninguna conclusión de no haber sido por el recorte de periódico que Aileen le había enviado y que llegó una semana después de la conversación de Berenice con Stane. Una mañana, mientras se entretenía revisando el correo en el dormitorio este de la casa, cogió un sobre corriente dirigido a su casa de Nueva York y que había sido reenviado a su actual dirección. Contenía fotos y descripciones de Lorna Maris, así como un artículo recortado de *Town Topics*, que decía lo siguiente:

«El cotilleo que anda ahora de boca en boca tiene que ver con un multimillonario internacionalmente famoso y su última protegida, una de las bailarinas favoritas del momento. El asunto, según se cuenta, es extremadamente romántico. Se dice que este caballero, famoso por sus triunfos financieros en cierta ciudad del Medio Oeste, así como por su predilección por las bellas y jóvenes doncellas, se encontró con esta bellísima y ahora la más famosa Terpsícore<sup>[1]</sup> de esta temporada en una lejana ciudad, y que la conquistó al instante. A pesar de la enorme riqueza de este Mecenas<sup>[2]</sup>, famoso por gastar extravagantes sumas de dinero o por hacer generosas donaciones a aquellas que logran captar su interés, no le pidió que se retirara de los escenarios y lo acompañara a Europa —de donde regresó recientemente en busca de capital para su última empresa—, sino que, debido a este enamoramiento, más bien parece haber decidido quedarse aquí. Europa lo llama, pero la mayor aventura financiera de su vida se ha visto interrumpida temporalmente para que él pueda deleitarse con el brillo de esta última estrella. Tipos ataviados con sombreros de seda esperan en vano a las puertas del escenario mientras que un coche privado se la lleva apresuradamente a disfrutar de aquellos gozos que los demás sólo podemos suponer. En los clubes, restaurantes y bares se habla con entusiasmo de este romance, porque su final es incierto y no se puede obligar a Europa a esperar indefinidamente. ¡Veni, vidi, vici!».

En un primer momento, Berenice se sintió más sorprendida que afligida. El entusiasmo que Cowperwood sentía por ella, así como la aparente satisfacción que experimentaba al disfrutar de su compañía y de su trabajo, la habían hecho

convencerse de que, al menos de momento, estaba a salvo. Al mismo tiempo, al observar detenidamente la foto de Lorna, percibió al instante el fuego de la sensualidad que animaba a su última favorita. ¿Era esto cierto? ¿Había encontrado a otra tan pronto? En aquel momento, le era prácticamente imposible perdonarle que la hubiera sustituido por otra. No hacía ni dos meses que la había descrito como la esencia de la exquisitez femenina, y le había dicho que ella, de entre todas las mujeres, no debía temer que sus sentimientos cambiaran ni que otra mujer pudiera competir con ella. ¡Y sin embargo, estaba en Nueva York, y su única razón para permanecer allí era Lorna, mientras le escribía contándole tonterías sobre las elecciones presidenciales!

Su enfado fue creciendo gradualmente y sus ojos de color azul pizarra se volvieron fríos. Pero, finalmente, se impuso el sentido común, porque, ¿no disponía ella de potentes armas propias? Tenía a Tavistock, quien, a pesar de ser un petimetre, tenía una posición social tan afianzada que él y su madre eran incluidos con frecuencia en las recepciones celebradas en la corte. Y había otros: era objeto de las miradas de admiración de una veintena de individuos de notable importancia, que además eran atractivos, en este mundo nuevo para ella, y que decían a las claras: «¡Téngame en cuenta!». Y, además, estaba Stane.

Pero, a pesar de la aparente hostilidad de estos primeros pensamientos de Berenice, en ellos no había temeridad. Porque, después de todo, ella lo amaba. Los dos eran conscientes de la cantidad de cosas buenas que había logrado cada uno gracias al otro. Ella estaba perpleja, dolida, sorprendida y no poco enfadada, pero no mantenía una actitud desafiante. ¿No se había preguntado con frecuencia si sería posible que su afecto y su temperamento lograran apartarlo por completo de sus viejas costumbres? Había tenido que admitir ante sí misma, o a medio creer, que no lo era. Lo mejor que le cabía esperar era que la combinación de las cualidades y los intereses de ambos fuese suficiente como para mantenerlos a los dos en una relación que resultara atractiva, o al menos provechosa. Y ahora, ¿tenía que decirse a sí misma, tan pronto, que todo había fracasado? Pensando en su propio futuro, así como en el de él, no estaba dispuesta a admitirlo. Lo que habían vivido era demasiado maravilloso.

Ya había escrito a Cowperwood en relación a la invitación de Stane y tenía intención de esperar a que llegara su respuesta. Pero ahora que tenía ante sí aquella prueba tan evidente, e independientemente de cuál pudiera ser su decisión final con respecto a Cowperwood, decidió aceptar la invitación de su señoría y animarlo así a que acrecentara el entusiasmo que sentía por ella. Y más adelante, decidiría lo que haría con Cowperwood. Tenía especial interés por ver qué efecto le causaba el interés que Stane manifestaba por ella.

Así que escribió a Stane para decirle que, puesto que su madre había mejorado considerablemente y que se encontraba en un estado en el que un cambio le vendría bien, estaría encantada de aceptar su segunda invitación, que había llegado sólo unos

días antes.

En cuanto a Cowperwood, decidió dejar de escribirle. Y como no deseaba comprometerse con Stane en modo alguno, no haría nada allí que pudiera provocar su ruptura con Cowperwood. Sería mejor esperar a ver qué efecto surtía sobre él su silencio.

## CAPÍTULO XLV

Mientras tanto, en Nueva York, aparentemente Cowperwood seguía disfrutando de lleno de su última pasión, pero en el fondo, y no precisamente muy escondidos, estaban los recuerdos de Berenice. Como casi siempre le ocurría, su entusiasmo, cuando era exclusivamente sensual, tenía una duración muy limitada. Había algo que le corría por la sangre, que, al cabo de un tiempo, provocaba un repentino y casi inexplicable, incluso para sí mismo, cese de su interés. Tras encontrar a Berenice, sin embargo, le inquietaba la convicción de que al fin, por primera vez en su vida, se arriesgaba a sufrir una pérdida que no era únicamente sensual y que, por lo tanto, podría resultar en una menor vitalidad, no sólo estética, sino también mental. Sólo ella, de entre todas las mujeres, había aportado a su vida algo más que pasión e inteligencia, una sensibilidad relacionada con la belleza y el pensamiento creativo.

Y ahora, había otras dos cosas que le hacían vacilar. La primera y más importante, era la carta que había recibido de Berenice en la que le hablaba de la visita de Stane a Pryor's Cove y de la invitación que él les había hecho a ella y a su madre para que fuesen a Tregasal. Esto lo inquietó mucho, porque era consciente de los encantos tanto físicos como mentales de Stane y porque presentía que a Berenice le resultarían atractivos. ¿Debería terminar al instante con Lorna y regresar de inmediato a Inglaterra para evitar cualquier avance por parte de Stane? ¿O debería quedarse algún tiempo más para disfrutar al máximo de su relación con Lorna y dar así a entender a Berenice que no estaba celoso y que admitía con tranquilidad la existencia de un rival tan distinguido y competente, convenciéndola de este modo de que él era el más confiado de los dos?

Pero, había además otro asunto que alteraba su ánimo. Se trataba de la repentina e inesperada enfermedad de Caroline Hand. De todas las personalidades que habían precedido a Berenice, Caroline había sido la que más le había ayudado. En sus inteligentes cartas le había seguido manifestando su afecto incondicional y le había deseado suerte con su proyecto de Londres. Pero ahora le había mandado un mensaje diciendo que pronto habría de ser intervenida a causa de una apendicitis. Deseaba verlo, aunque fuese sólo durante una hora o dos. Había muchas cosas que quería decirle. Y ya que había vuelto al país, quizá podría ir a verla. Como consideró que tenía el deber de hacerlo, decidió ir a Chicago a visitarla.

En toda su vida, jamás nadie le había pedido que acudiera ni siquiera en el caso de una leve enfermedad que tuviera que ver con ninguna de sus amantes. En todos los casos, se había tratado de aventuras pasajeras y desenfadadas con muchachas jóvenes. Y ahora, encontrarse a Carrie, como él la llamaba, a su llegada a Chicago, sufriendo un dolor tan agudo y a punto de ser llevada al hospital, fue más que suficiente para



hacerle plantearse seriamente la precariedad de la existencia humana. Uno de los objetivos de Caroline al pedirle que viniera a verla era recabar su consejo. Porque, en el caso de que las cosas no salieran bien, como ella lo expresó en tono alegre, le gustaría que él se encargara de que se cumplieran determinados deseos de ella. Tenía una hermana en Colorado con dos hijos y a la que tenía mucho cariño, a quien quería que se transfirieran ciertos bonos que Cowperwood le había aconsejado que comprara, y que se encontraban depositados en fideicomiso en el banco de él en Nueva York.

Ante las disposiciones de Caroline, él se apresuró a quitar importancia a la posibilidad de que ella, a su edad, pudiera morir —él tenía veinticinco años más que ella—, pero, al mismo tiempo, pensaba que estaba dentro de lo posible. Podría morir, por supuesto, igual que todos: Lorna, Berenice, cualquiera de ellos. Y qué fútil era en realidad aquella breve tentativa que estaba emprendiendo a los sesenta con entusiasmo casi juvenil, mientras Caroline, a los treinta y cinco, temía verse obligada a renunciar. Qué extraño. Y qué triste.

Y sin embargo, como para cumplir exactamente con sus previsiones, murió a las cuarenta y ocho horas de su ingreso en el hospital. Al enterarse de su muerte, le pareció aconsejable marcharse inmediatamente de Chicago, puesto que en la ciudad había sido un hecho conocido que ella había sido su amante. Sin embargo, antes de su partida, mandó llamar a uno de sus abogados de Chicago y le dio instrucciones respecto a lo que debía hacerse.

De todas formas, su muerte lo tenía obsesionado. Ella había seguido siendo elegante, llena de vida e ingeniosa, hasta el mismo momento de irse al hospital. Lo último que le dijo al marcharse de la casa, después de que él le expresara su angustia por no poder acompañarla, fue: «Ya me conoces, Frank. Yo soy una magnífica pianista acompañante. No te marches hasta que regrese. Todavía me quedan unos cuantos duetos que hacer».

Pero no había regresado. Y con ella se habían marchado algunos de sus recuerdos más alegres de Chicago, como cuando se encontraba en mitad de su gran batalla y sólo había logrado arañar algunos momentos robados con ella. Y ahora Caroline se había ido. Y Aileen también se había marchado, aunque pareciera que seguía cerca de él. Haguenin tampoco estaba, ni Stephanie Platow, y tantos otros. Y él se hacía mayor. ¿Cuánto más le quedaría? Y sintió un deseo irresistible y repentino de regresar junto a Berenice.

## CAPÍTULO XLVI

Sin embargo, no le fue fácil deshacerse de Lorna. Porque, al igual que Berenice, Arlette Wayne, Caroline Hand o cualquiera de la veintena de mujeres encantadoras que habían formado parte de su pasado, aquella no carecía de sutileza. Y tener al gran Cowperwood como acompañante era algo demasiado halagador como para renunciar a ello sin presentar batalla.

—¿Vas a quedarte mucho tiempo en Londres? ¿Me escribirás con regularidad? ¿No volverás para pasar la Navidad? ¿O al menos para febrero? Ya sabes que nos quedaremos en Nueva York todo el invierno. Hablan incluso de ir a Londres después. ¿Te gustaría que fuese allí?

Estaba acurrucada en su regazo hablándole al oído. Añadió que, si iba a Londres, y debido a que Aileen estaría allí y a sus negocios, sería tan discreta como lo había sido en Nueva York.

Pero Cowperwood, con la mente puesta en Berenice y en Stane, no pensaba lo mismo. Era cierto que la sensual Lorna era capaz de provocar un auténtico delirio de la carne, pero a nivel social, estético y diplomático, no estaba a la altura de Berenice y él había comenzado a acusar la diferencia. Debía poner fin a aquello, y debía ser algo definitivo.

A pesar de las diversas cartas y cables que habían seguido a la carta de Berenice en la que le hablaba de la visita de Stane y en la que le dejaba entrever que deseaba ir a Tregasal, no había vuelto a tener noticias de ella. De modo que había empezado a asociar gradualmente el artículo de *Town Topics* con su silencio. Su mente siempre telepática había decidido no escribir más, sino marcharse, y hacerlo al instante.

Por consiguiente, una mañana, tras haber pasado la noche con Lorna y mientras ella se vestía para acudir a un compromiso que tenía para almorzar, empezó a preparar el terreno para su partida.

—Lorna, tú y yo tenemos que hablar. Se trata del asunto este de nuestra separación y mi regreso a Inglaterra.

Y sin prestar atención a las preguntas y objeciones que de cuando en cuando ella interpolaba, procedió a exponer su caso con la mayor exactitud que pudo, pero sin mencionar el nombre de Berenice. Sí, había otra mujer. Y que su relación con ella fuese feliz era lo más necesario e importante de su vida en aquellos momentos. También estaba Aileen y la naturaleza de los negocios que tenía en Londres. Lorna no debía pensar que aquella relación que habían mantenido pudiera continuar de manera indefinida. Había sido preciosa. Aún lo era. Pero...

A pesar de los comentarios de Lorna, y de sus ojos llenos de lágrimas en algunos momentos, era como si un rey hablase con su amante favorita de la que estaba a

punto de deshacerse. Estaba allí sentada desanimada, herida, y no poco sobrecogida y con los ojos bajos. Era increíble que esto pudiera llegar a su fin de una manera tan abrupta. Y sin embargo, al mirarlo a él, sabía que así era. Porque nunca, en todas las horas que habían pasado juntos, le había dicho ni una sola vez que sintiera un afecto profundo por ella ni que aquello no fuese a terminar. No era propio de él decir tales cosas. Pero, aun así, debido a su belleza y a su talento, no había creído posible que ningún hombre, ni siquiera Cowperwood, una vez alcanzado aquel grado de intimidad, lograra reunir fuerzas para abandonarla. ¿Cómo podía proponérselo? ¡Frank Cowperwood, su tío abuelo, alguien que llevaba su sangre, y su amante!

Pero Cowperwood, lleno de energía, serio, frío, haciendo de verdugo a la vez que de amante, de pie ante ella, le dijo que claro que había lazos de sangre, y que precisamente por eso y porque le tenía verdadero afecto, no habría una separación mental definitiva, pero sí tendría que haber una separación física.

Y así es como fue, aunque durante los días que él se estuvo preparando para zarpar, hubo más conversaciones largas, durante las que ella argumentó que él debería seguir viéndola en calidad de pariente; y que no tenía intención de interferir en sus asuntos. A lo que él respondió que ya se vería. Al mismo tiempo, sin embargo, tenía la mente puesta en Berenice continuamente. Por lo que la conocía, se inclinaba a pensar que probablemente no lo abandonara, a pesar de Lorna, pero sí que podría llegar a sentir que su obligación hacia él había disminuido y, por tanto, retirarle su apoyo intelectual y emocional. Y ahora, además, tenía que contar con la presencia de Stane en segundo plano. No debía demorarse, porque era incuestionable que ella no estaba subordinada a él. Tenía que hacer las paces tan pronto como le fuera posible.

Tras llevar a cabo todos los preparativos necesarios, y no antes, decidió comunicarle a Aileen que regresaban a Londres. Y una noche, cuando entraba en su casa con intención de hablar con ella, se cruzó con Tollifer, que se marchaba en aquel momento. Cowperwood lo saludó cordialmente y le dejó caer como de pasada, tras un par de preguntas sobre cómo le iba en Nueva York, que Aileen y él regresarían a Londres al cabo de uno o dos días. Tollifer comprendió que esta información implicaba que él también debería embarcarse y se sintió encantado. Porque así podría regresar a París, y probablemente a Marigold Brainerd.

Pero ¡con qué facilidad y con qué habilidad organizaba este hombre las cosas! ¡Porque podía tener a Lorna en Nueva York y Dios sabría a quién más en el extranjero, al tiempo que les ordenaba a él y a Aileen poner rumbo a Londres y a Europa! Y todo esto mientras mantenía la misma expresión de tranquilidad en la que había reparado la primera vez que lo vio. ¡Mientras que él, Tollifer, ante la noticia de estos cambios, debía proceder a desbaratar todos sus planes actuales para acomodarlos a los de este hombre intrépido y enérgico permitiéndole así seguir cosechando éxitos y hacer su vida agradable!

## CAPÍTULO XLVII

Mientras tanto, durante cuatro días a finales de septiembre, Berenice disfrutó como invitada de los aspectos pintorescos e históricos de Tregasal. Stane había dispuesto que entre sus invitados se encontrara una interesante y jovial pareja que vivía en una hacienda vecina, el señor y la señora de Robert Waler; también estaba Warren Sharpless, el próspero propietario de las importantes industrias pesqueras de la zona, que hacía tiempo que había dejado de ser un comerciante para pasar a formar parte de los caballeros. Ellos tres debían ayudarle a distraer a la señora Carter.

Y fiel a la definición que había dado de sí mismo, Stane impresionó a Berenice por mostrar una marcada disposición a colocar al mismo nivel de importancia la diversión y sus considerables intereses financieros. En otras palabras, sabía divertirse. En Tregasal, una inmensa meseta cubierta de brezo que en diferentes puntos conducía a bosques, a promontorios pizarrosos o a las playas de esta costa occidental, Stane se mostró lleno de entusiasmo por todo lo que su propiedad y su condado tenían que mostrar. A Berenice, con quien buscaba quedarse a solas tanto como le era posible, le señaló los círculos y las líneas de piedra, cuyo origen probablemente se debía a los druidas o a alguna otra religión primitiva, que en ciertos lugares confería un ambiente misterioso y marcadamente prehistórico a su propiedad. También le habló de las minas de cobre y estaño de época prerromana y de las flotas pesqueras que navegaban hacia la bahía de Mount, Saint Ives y Penzance; y de los ancianos y primitivos habitantes de algunas de las aldeas del interior pertenecientes a su hacienda, que hablaban un idioma ya prácticamente olvidado. En la bahía de Mount se encontraba su yate, suficientemente amplio, como descubrió ella, para albergar a una docena de invitados. Y desde el monte más alto de la meseta de Tregasal se veían tanto el canal de la Mancha como el de San Jorge.

Berenice se fue dando cuenta con el tiempo de que Stane estaba orgulloso de esta extraña tierra, casi tanto como de las propiedades que tenía allí. Aquí se sentía como el señor que era, reconocido y respetado por todos. Se preguntó si no iría volviéndose gradualmente más sobrio, lo que al poco podría terminar con su regreso a aquella región para establecerse allí de forma permanente. Sin embargo, a ella no le resultaba tan atractiva. Le parecía quizá en exceso inhóspita y primitiva, aunque admiraba el paisaje porque resultaba impresionante. Tregasal Hall, alargada, gris y sombría, sólo se salvaba a sus ojos por su excelente decoración interior. Había cortinas y alfombras de colores vivos, muebles franceses antiguos, cuadros franceses e ingleses y modernas instalaciones tanto de iluminación como de fontanería. También quedó impresionada, y casi podría decirse que sobrecogida, por la biblioteca, cuyos volúmenes habían sido reunidos por anteriores condes durante un periodo de ciento

cincuenta años y que constituía un imponente tesoro para cualquier bibliófilo.

A lo largo de esta visita, durante la que pasaron también un día en el yate y otro, bañándose y comiendo a la sombra de los acantilados, Berenice quedó nuevamente impresionada por aquella especie de tosca sencillez que ofrecía un curioso contraste con el amor que Stane sentía por la comodidad y la perfección material. Era fuerte, como demostró al alzarse con los brazos casi una decena de veces sujeto a la rama de un árbol. También era un excelente nadador. Lo demostró al adentrarse en el mar entre las olas, mientras Berenice lo contemplaba con miedo y asombro. La interrogaba constantemente sobre sus impresiones de todo aquello que más le agradaba a él, recibía con entusiasmo cada uno de los comentarios en los que ella mostraba que era de la misma opinión y mientras duró la visita, se esforzó por ofrecer sugerencias de cosas que quizá podrían hacer en un futuro.

Pero, a pesar de ser un hombre encantador y del interés que representaba para ella en aquellos momentos como contrapunto de Cowperwood y de su infidelidad, carecía de la fuerza abrasadora de Cowperwood. No lo rodeaba aquella aureola de grandes obras y de poder. Era más bien el aspirante que silencioso pretendía un puesto, pero sin la fascinante fanfarria y el alboroto que siempre parecía acompañar a los grandes en la urgencia y en la ebullición de la creación. Y en este sentido, Berenice seguía dominada por Cowperwood, y siempre lo estaría. Aunque no se encontrara allí y se mostrara interesado en otra mujer, y su personalidad se viera atenuada por la distancia, seguía llenando sus pensamientos incluso en los mismos momentos en los que se dejaba embargar por el encanto de la personalidad menos estridente y más relajante de Stane. Porque, ¿no cabía la posibilidad de que, después de todo, tuviera que renunciar a la fascinación que sentía por Cowperwood y dedicarse a la tarea de procurarse una rectificación social cazando a Stane o a alguien como él? No podía negar que sentía deseos de lograr cierto grado de seguridad. Pensaba en lo que Aileen podría hacerle una vez que averiguara que se encontraba en Inglaterra, y con Cowperwood. Quizá lo supiera. Estaba prácticamente segura de que había sido Aileen quien le había enviado el artículo de *Town Topics*. Y la vida anterior de su madre, ¿cómo podría jamás silenciar algo así? Pero, a pesar de todo, era indudable que Stane sentía afecto por ella. Quizá, si se lograran ocultar ciertos asuntos, terminara casándose con ella. Era posible incluso que, sabiéndolo todo, procurara ayudarla a ocultar aquello que más dañino resultara para su mutua felicidad.

Una mañana temprano, mientras cabalgaban de vuelta a Tregasal, tras haber galopado por acres de terreno inhóspito, ella se preguntó hasta qué punto se mostraría férreo con las costumbres de su clase y hasta dónde estaría dispuesto a sacrificarlas para retener a alguien a quien amara de verdad.

## CAPÍTULO XLVIII

Londres. La fanfarria habitual por el regreso del señor y la señora Cowperwood. Berenice, gracias a los cables previos, al tanto de la llegada de Cowperwood, y él, interesado sólo en una cosa: en que hubiera paz y afecto entre ambos.

Y Stane, encantado porque, en ausencia de Cowperwood, no sólo había hecho algunos avances en el negocio del metro, sino también con la pupila de aquel. Había estado en Pryor's Cove varias veces después de la visita de Berenice a Tregasal, y la esperanza que albergaba con respecto a sus afectos le daba fuerza a la idea de que debía persistir en su empeño. Quizá lo lograra. Berenice podría llegar a enamorarse de él y consentir en convertirse en su esposa, y Cowperwood no debería ver con malos ojos aquel acontecimiento, que llevaría a una relación más estrecha entre todos ellos. Por supuesto que necesitaría averiguar más sobre Berenice y sobre la verdadera relación que mantenía con Cowperwood. Aún no se había molestado en investigarlo. Pero, aunque descubriera que su pasado no era tan perfecto como debiera, Berenice seguiría siendo la mujer más fascinante que había conocido en su vida. Era evidente que no pretendía encandilarlo; era él, sin duda, el que la pretendía a ella.

Al mismo tiempo, Berenice se sentía satisfecha y preocupada a la vez por dos acontecimientos: el primero era el hecho de que Stane parecía estar francamente interesado en ella, y el otro, que tras su visita a Tregasal, le había propuesto, entre otras cosas, que ella y su madre, junto con los Cowperwood, lo acompañaran en un crucero en su yate, el *Iola*, antes de que terminara el otoño. El viaje podría incluir una escala en Cowes, donde era probable que se encontraran el rey Eduardo y la reina Alejandra<sup>[1]</sup> por entonces, y él estaría encantado de presentarlos a sus majestades, puesto que tanto el rey como la reina eran viejos amigos de su padre.

Ante la mención de Aileen, Berenice se desanimó. Porque si Aileen hacía aquel crucero, ni ella ni su madre podrían ir. Si Aileen no iba, tendrían que inventar alguna excusa a prueba de imprevistos que pudieran dar a Stane. Si Cowperwood y ella aceptaban esta invitación, eso implicaría que tendrían que emplear el máximo tacto en llegar a un acuerdo, aunque este no llegase a ser exactamente armonioso, y esto no le parecía conveniente en aquel momento. Si ella no lo acompañaba, o si iba sin él, eso podría implicar que él desapareciera de su vida. Y eso volvería a suponer dar explicaciones y realizar cambios que podrían resultar fatales para todos los implicados.

En vista del resentimiento que en aquel momento sentía hacia Cowperwood, no estaba en posición de decidirse precipitadamente. Porque por mucho que soñara con Stane, era bastante obvio que, sin la buena voluntad de Cowperwood, no era probable que pudiera liberarse de las diversas complicaciones a las que se enfrentaba. Si

llegaba a enfadarse lo suficiente, podría destruirla en un instante. Si llegaba a sentir indiferencia, podría permitir que fuesen Aileen u otros quienes lo hicieran. Además, al darle vueltas a todo esto en la cabeza, se vio obligada a enfrentarse al hecho de que tanto su temperamento como su punto de vista general parecían anhelar a Cowperwood y no a Stane. Era más fuerte cuando él la complementaba. Y al sopesar todos los factores que podía valorar con respecto a Stane, seguía destacando el hecho de que no estaba a la altura del vigor, el ingenio, la naturalidad o la humanidad de la actitud de Cowperwood ante la vida. Y fueron estas cosas, más que ninguna otra, las que le hicieron darse cuenta de que deseaba estar con Cowperwood más que con ninguna otra persona, oír su voz, observar sus gestos y percibir el dinamismo y la aparente valentía con los que se enfrentaba a la vida. Cuando estaba con él, sentía que su propia fuerza se multiplicaba, y, si no tuviera su audaz respaldo, ¿cómo reaccionaría a título individual ante todo esto? Ante las sugerencias de Stane, se vio obligada a no permitirse comentarios comprometedores, aparte de alegar que su tutor podía a veces llegar a ser extrañamente obstinado e intratable, y que tendría que dejar estas invitaciones en suspenso hasta que regresara a Inglaterra. Al mismo tiempo, como le dijo sonriendo, ella estaba muy a favor de aceptarlas. Y si él estaba dispuesto a dejarlas en sus manos, quizá podría arreglarse.

Cuando llegó al hotel, a Cowperwood lo aguardaba un saludo alegre, aunque ligeramente formal, de Berenice, que no mostraba el menor indicio de que hubiese dificultades. Sin embargo, él no era sólo de los que presentían el peligro, sino que además, era capaz de detectar cuándo los demás albergaban sentimientos intensos con respecto a él y ya era consciente de la actitud hostil de ella. De hecho, mucho antes de desembarcar en Inglaterra, había llegado al convencimiento de que Berenice estaba al tanto de su aventura con Lorna. Lo sentía en la zona del plexo solar. Lo había puesto en guardia y lo había hecho agudizar el ingenio en prevención de cualquier tipo de emergencia. Ya había tomado la decisión de no intentar solucionarlo con evasivas de ningún tipo, sino más bien, de ir tanteando el terreno según fuesen el ánimo y la actitud de Berenice.

Y llegó a Pryor's Cove, matizado por el otoño, con las hojas de los árboles teñidas de rojo y amarillo. Había espirales de bruma sobre el río incluso a mediodía, la hora a la que él llegó. Y al aproximarse a la casa, fue plenamente consciente de todos los luminosos días de verano que podría haber pasado allí con Berenice. Pero lo que ahora le quedaba era enfrentarse a ella con franqueza y permitir que lo sintiera una vez más como de verdad era. Aquel método le había resultado tan favorable y efectivo ante otras dificultades, que estaba convencido de que le serviría de nuevo. Además, ¿no tenía a Stane para contrarrestar el efecto de Lorna? Tanto si era culpable como si no, podría hacer que Berenice se sintiera insegura de su posición.

Al entrar con el coche, Piggott, el jardinero, visible tras el seto que estaba podando, inclinó la cabeza a modo de saludo. En el potrero anexo a los establos de Stane, los caballos se calentaban al sol del otoño, y junto a las puertas de los establos,

dos de los mozos andaban atareados con los arneses. La señora Carter cruzó el césped para saludarlo, aparentemente ajena a los problemas que lo aquejaban a él y a su hija, porque no dejaba de sonreír. Por su alegre recibimiento, Cowperwood dedujo que su hija no se había confiado a ella.

—Bueno, ¿cómo va todo? —le dijo, acercándose y cogiéndole la mano.

Berenice, según su madre, estaba tan bien como siempre y se encontraba ahora en la sala de música practicando. Las notas de las *Escenas del mercado* de Rimsky-Korsakov<sup>[2]</sup>, que se oían a través de la ventana abierta, lo confirmaban.

Por un momento, Cowperwood tuvo la sensación de que, al igual que con Aileen, tendría que ser él quien fuese a buscarla y dar comienzo a alguna irritante explicación, pero, justo cuando lo pensaba, la música cesó de repente y ella apareció en la puerta, tan serena y sonriente como siempre. ¡Oh, estaba de vuelta! ¡Qué alegría! ¿Cómo le había ido? ¿Había tenido un viaje agradable? Se alegraba muchísimo de verlo. Corrió hacia él, sin llegar a besarlo, como pudo percibir, pero, excepto por ese detalle, actuando como si no tuviera ni una sola preocupación. De hecho, se mostró de lo más entusiasta al decirle que había llegado a tiempo para disfrutar de los preciosos paisajes del otoño; aquel lugar se volvía más bonito cada día. Y, de momento, Cowperwood entró a formar parte de este teatro, al tiempo que se preguntaba cuánto tardaría en estallar la tormenta. Pero como la actitud de Berenice continuaba siendo desenfadada y lo invitó a bajar a la casa flotante a tomarse un combinado, la interrumpió diciendo:

—Demos un paseo hasta el río; ¿te importa, Bevy? —Y la cogió del brazo para conducirla hasta el sendero que había a la sombra de los árboles—. Bevy —comenzó —, hay algo que tengo que decirte antes de nada. —La miró fijamente con una expresión dura y fría. Y, ella cambió su actitud al instante.

—¿Me disculpas un momento, Frank, mientras hablo con la señora Evans...?

—No —dijo él con determinación—, no te vayas, Bevy. Esto es mucho más importante que la señora Evans y que ninguna otra cosa. Quiero hablarte de Lorna Maris. Probablemente ya sabes a quién me refiero, pero quiero contártelo de todos modos.

Ella se mantuvo en silencio mientras caminaba a su lado con paso leve y sosegado.

—¿Conoces la existencia de Lorna Maris? —le preguntó.

—Sí. Me enviaron un recorte de periódico y algunas fotos desde Nueva York. Es muy bella.

No se le escapó su contención. Ni una queja. Ni una petición de información. Al mismo tiempo pensó que eso hacía aún más urgente que descubriera cómo se sentía en realidad.

—Un giro muy repentino después de todo lo que te he dicho, ¿verdad, Bevy?

—Sí, así me lo parece. Pero no irás a decirme que lo sientes, espero. —La comisura de sus labios sugería que lo había dicho con un leve deje de ironía.



—No, Bevy, no voy a decirte más que lo que ha pasado, y después podrás juzgar por ti misma. ¿Quieres que te lo cuente?

—No mucho, pero si quieres hablar de ello, entonces, de acuerdo. Creo que comprendo cómo ocurrió.

—¡Bevy! —exclamó, y se interrumpió para mirarla, demostrando admiración y verdadero afecto en cada arruga de su rostro—. No llegaremos, al menos yo no podré llegar a ningún sitio de esta manera. La única razón por la que quiero contártelo es porque, sea lo que sea lo que estás pensando, quiero que sepas que aún te amo profundamente. Puede que ahora te parezca superficial y falso después de todo lo que ha pasado desde la última vez que nos vimos, pero creo que sabes que es verdad. Tú sabes y yo sé que en todas las personas hay ciertos valores que no pueden medirse exclusivamente por la belleza física ni por las sensaciones sexuales. Entre dos mujeres igualmente atractivas valoradas por dos hombres diferentes, siempre hay otros factores que marcan la diferencia: el carácter, el entendimiento entre ambos, los objetivos y los ideales compartidos, y...

Hizo una pausa y ella lo interrumpió con tono glacial:

—¿De verdad? ¿Y tienen el peso suficiente como para afectar a la conducta, la lealtad o la fidelidad de alguien?

El relampagueo semioculto en su mirada le advirtió de que tergiversar las cosas no iba a servirle de nada con ella.

—El suficiente como para marcar una gran diferencia, Bevy. Ves que estoy aquí, ¿no? Hace diez días en Nueva York...

Berenice lo interrumpió.

—Sí, lo sé. La dejaste tras haber pasado un verano delicioso en su compañía. Ya te habías cansado de ella por el momento. Así que, Londres y tus planes de volver a hacerte cargo de tus negocios... —Su preciosa boca adoptó una mueca de desdén—. Pero, Frank, de verdad que no es necesario que me aclares todo esto. Me parezco mucho a ti, ya lo sabes. Puedo dar explicaciones tan inteligentes como las tuyas; sólo que yo tengo que estarte agradecida por muchas cosas, y aunque quizá esté dispuesta a hacer ciertos sacrificios, como sigo necesítándolas, debo ser mucho más cuidadosa que tú, mucho más cuidadosa. O... —Se interrumpió para mirarlo, y él se sintió igual que si lo hubieran golpeado.

—Pero, Berenice, todo eso es cierto. Yo la dejé. He vuelto a ti. Estoy dispuesto a explicarme, o no; como tú desees. Pero sí hay algo que quiero hacer, y es hacer las paces contigo, obtener tu perdón y seguir contigo y sólo contigo. No me creerás, pero te prometo que esto no volverá a repetirse. ¿No te das cuenta? ¿No estás dispuesta a ayudarme a recuperar una relación justa y equitativa contigo? ¡Piensa en lo que significamos el uno para el otro! ¡Puedo ayudarte, quiero hacerlo, y lo haré, tanto si decides romper conmigo como si no! ¿No me crees, Bevy?

Estaban parados sobre una pequeña extensión de césped que bordeaba el Támesis bajo unos viejos árboles, desde donde se veían los bajos techos de paja de una aldea

distante y las espirales de humo azul que se elevaban desde las chimeneas de las casas. Todo era paz a su alrededor. Pero él estaba pensando que a pesar de toda aquella suficiencia y de la intención evidente de restar importancia a la provocación de la que había sido objeto, la actitud de Berenice no parecía indicar que estuviera dispuesta a perdonar. Al mismo tiempo, no podía evitar compararla con otras mujeres en circunstancias similares; especialmente con Aileen. Esta mujer no se mostraba melancólica ni llorosa, y tampoco discutía. Aunque, como pensó ahora también, y por primera vez en su vida, quien amaba de verdad, quien sentía auténtico amor, podría sentir genuina melancolía, llorar, discutir, aunque fuese destructivo para el amante, y también, para colmo, ser perdonado por ello.

Por otro lado, tenía ante sí un tipo de afecto que conllevaba ciertos valores que no podían negarse ni menospreciarse. Era evidente que él había hecho que se enfriaran, y al instante volvió a convertirse en el Cowperwood astuto, vigilante, ingenioso y dinámico de las salas de reuniones y de las negociaciones comerciales.

—¡Escúchame, Bevy! —dijo con firmeza—. El veinte de junio más o menos, fui a Baltimore a un asunto de negocios... —Y a continuación le relató exactamente lo que había ocurrido. Cómo regresó a su habitación a medianoche. La llamada de Lorna a la puerta. Todo. Le contó lo fascinado que se había sentido; cómo y dónde había agasajado a Lorna; los comentarios de los críticos. Insistía en la excusa de que, al igual que Berenice, Lorna lo había embrujado. No había tenido intención alguna de serle infiel. Algo se había apoderado de él, y para explicarse con total claridad, le presentó la teoría que se le había ocurrido como consecuencia de esta aventura y de otras parecidas de su pasado: que había algo en el deseo sensual que desbancaba a la razón y a la voluntad, y que, por tanto, debía de ser superior a ellas. Porque, en este caso, había debilitado y se había llevado por delante el rumbo que había fijado de antemano.

—Para ser honesto —añadió en este momento—, debo decir que quizá la única manera de evitar fallos de este tipo sea impedir todo contacto con mujeres atractivas. Y eso no siempre es posible, claro.

—Por supuesto que no —dijo Berenice.

—Como sabes —continuó, decidido a seguir—, una vez que te acercas a una persona como Lorna Maris, tienes que ser capaz de mantener muy bien el control para escapar a ella. Y, tratándose de mí, esta es una confesión de la mayor importancia.

—Bastante —dijo Berenice—. Pero estoy de acuerdo contigo. Es muy atractiva. Pero, ¿en qué lugar quedo yo en lo que respecta a otros hombres? ¿Estás dispuesto a concederme el mismo privilegio? —Lo miró inquisitivamente y él se limitó a su vez a mirarla fijamente.

—En teoría, sí —contestó—. Puesto que te amo, tendría que tolerarlo mientras me fuera posible emocionalmente y mientras fuese necesario. Pero después, probablemente te dejara marchar, igual que tú me dejarás a mí cuando ya no te

importe lo suficiente como para seguir conmigo. Pero lo que quiero que me digas ahora es si, sabiendo lo que sabes, es si me amas, querida. Y eso es muy importante porque yo sí te amo, y mucho.

—Bueno, Frank, me preguntas algo a lo que en este momento no puedo responder porque no lo sé.

—Pero, como puedes ver —insistió él—, en este caso, su influencia sobre mí no ha perdurado, o yo no estaría aquí ahora. Y no te lo digo como excusa, sino como un hecho.

—En otras palabras —dijo Berenice—, ella no ha venido en el mismo barco.

—Va a pasar el invierno bailando en Nueva York. Puedes verlo en cualquier periódico norteamericano. Mantengo que la atracción que siento por ti, Bevy, no sólo es más fuerte, sino también superior. Te necesito, Bevy. Somos dos mentes y dos temperamentos que piensan y funcionan del mismo modo. Por eso he vuelto y estoy aquí ahora, y aquí quiero quedarme. Esta aventura tenía menos valor para mí. Fui consciente de ello todo el tiempo. Cuando dejaste de escribirme, me di cuenta de que Lorna me gustaba muchísimo menos que tú. En resumen, eso es todo. ¿Y ahora qué, Bevy?

En la creciente oscuridad, él se había ido acercando cada vez más. Ahora la cogió, la besó en los labios y la apretó fuerte contra sí. Cuando lo hizo, ella sintió que se rendía mental y emocionalmente. Pero, al mismo tiempo, sintió la necesidad de dejar claro cuál era su posición.

—Yo sí te quiero, Frank, sí. Pero, para ti, esto no es más que una atracción sexual. Cuando se acabe... cuando se acabe...

Ambos se fundieron en aquel abrazo, y dejaron que el deseo y la emoción extinguieran por un momento esa frágil lamparilla, la mente humana, y que desapareciera temporalmente esa fuerza que no atiende en absoluto a la razón, la voluntad humana.

## CAPÍTULO XLIX

Más tarde en el dormitorio de Bevy aquella primera noche, Cowperwood continuó con sus argumentos a favor de la conveniencia de mantener sus papeles de tutor y pupila.

—Mira, Bevy —dijo él—, Stane y los demás ya están acostumbrados a esta relación.

—¿Estás intentando descubrir si tengo intención de abandonarte? —preguntó ella.

—Bueno, como es natural, pensé que igual te lo estabas planteando. Este Stane sin duda tiene mucho que ofrecerte.

Estaba sentado en el borde de la cama. La habitación estaba tenuemente iluminada por la luna, cuyo brillo se estrellaba contra las persianas bajadas. Berenice estaba incorporada en la cama, recostada contra las almohadas y fumando un cigarrillo.

—No tanto como tú —dijo ella—, si alguna vez tuvieras el suficiente interés. Pero ya que lo quieres saber, no estoy pensando en nada aparte del problema que tú me has provocado. Habíamos llegado a un acuerdo y tú lo has incumplido. ¿Qué esperas que haga en estas circunstancias? ¿Que te conceda todo tipo de libertades sin pedir nada a cambio para mí?

—No espero nada que pueda resultarte desagradable ni que pueda perjudicarte. — Su tono de voz era agresivo—. Simplemente estoy sugiriendo que si vas a mostrar interés por Stane, tendremos que buscar la manera de continuar con esta relación de tutor-pupila hasta que te hayas afianzado en tu nuevo estado. En cierto sentido — añadió con honestidad—, me alegraría verte establecida como la esposa de un hombre como Stane. Por otro lado, están los planes que habíamos hecho, y si tú no formas parte de ellos, Bevy, te digo francamente que no me parecen interesantes. Quizá continuara con ellos, o quizá no. Todo dependerá de cómo me sienta. Sé que piensas que como me fui con Lorna Maris, podría fácilmente crearme unas condiciones que hicieran que esto valiera la pena. Pero yo no lo veo así. Ella no fue más que un simple incidente, algo relacionado con las pasiones y no con la mente, como ya te he dicho. Si hubieras venido a Nueva York conmigo, esto nunca habría pasado. Pero puesto que no ha sido así, lo único que se me ocurre que puedo hacer es llegar al mejor acuerdo posible contigo. Y tendrás que ser tú la que diga cuál va a ser. —Se levantó y fue a buscar un habano.

Con este planteamiento tan directo, Berenice se sintió tremendamente afectada por todo lo que él había dicho. Porque lo amaba intensamente; sus problemas, su carrera, eran para ella casi tan importantes como los suyos propios. Pero, por otro lado, también estaba su vida, su futuro. Porque una vez que cumpliera los treinta y

cinco o los cuarenta, había pocas probabilidades de que él continuara estando presente. Se quedó allí tumbada pensando, mientras Cowperwood esperaba. Y al rato le contestó, aunque no sin albergar ciertas dudas. Sí, continuaría; claro que seguiría adelante, al menos por el momento. Porque, ¿qué podían decir ni ella ni él con respecto a sus futuros pasos o decisiones?

—No hay nadie como tú, Frank —dijo ella ahora—, al menos para mí. Me cae bien lord Stane, por supuesto, pero tampoco lo conozco lo suficiente. Sólo pensarlo ya es una tontería. Aun así, es un hombre interesante; fascinante, en realidad. Y si tú vas a relegarme a vivir contigo sólo a medias, parece poco práctico ignorarlo, suponiendo que llegara a casarse conmigo. Al mismo tiempo, no debo siquiera plantearme que depender de ti pueda ser una opción. Puedo quedarme contigo, por supuesto, y esforzarme al máximo por llevar a cabo todo lo que hemos planeado. Pero si lo hago es porque confío únicamente en mí misma. Te estaré regalando mi juventud, mis ideales, mi entusiasmo y mi amor sin esperar absolutamente nada a cambio.

—¡Bevy! —exclamó, sobresaltado por la equidad de su afirmación—. ¡Eso no es cierto!

—Dime entonces en qué me he equivocado. Digamos que sigo adelante, como probablemente haga; y luego, ¿qué?

—Bueno —dijo Cowperwood, sentándose en una silla frente a la cama—, debo admitir que plantees una objeción importante. No soy tan joven como tú, y si sigues conmigo, ciertamente corres un gran riesgo de ser descubierta y de quedar condenada al ostracismo social. Eso es innegable. Prácticamente lo único que puedo dejarte es dinero, y con independencia de lo que decidamos esta noche, tengo intención de dejarlo arreglado de manera inmediata. Tendrás suficiente, si lo administras con prudencia, para mantener una existencia lujosa durante el resto de tu vida.

—Oh, ya lo sé —dijo Berenice—. Nadie puede negar que cuando alguien te importa, eres el alma de la generosidad. Eso ni siquiera me lo cuestiono. Lo que me preocupa es la falta de amor verdadero por tu parte, y la certeza razonable de que no me quedaré no sólo sin amor, sino de que no tenga que pagar por mi propio amor de otras formas más adelante.

—Ya veo cuál es tu problema, Bevy, créeme. Lo entiendo. Y no estoy en posición de pedirte que hagas por mí más que lo que realmente estés dispuesta a hacer de buen grado. Debes hacer lo que consideres que es lo mejor para ti. Pero te prometo, cariño, que si continuas conmigo, intentaré serte fiel. Y si en algún momento crees que debes abandonarme para casarte con otro, te prometo que no me interpondré. Y no se hable más. Como te dije antes, te quiero mucho, Bevy. Tú lo sabes. No sólo eres mi amada, sino que para mí también eres como una hija.

—¡Frank! —lo llamó a su lado—. Sabes que no puedo dejarte. No es posible, al menos no en espíritu.

—¡Bevy, mi niña querida! —dijo cogiéndola entre sus brazos—. ¡Es maravilloso

tenerte conmigo de nuevo!

—Pero hay algo que debemos dejar claro, Frank —añadió en aquel momento, arreglándose el pelo con las manos con aire tranquilo—, y es la invitación al viaje en barco. ¿Qué me dices?

—Aún no lo sé, querida, pero supongo que mientras muestre tanto interés en ti, es poco probable que se vuelva contra mí.

—¡Granuja! —dijo Berenice riendo—. Eres el villano más grande que se haya visto nunca...

—¡No, soy simplemente un ambicioso y joven hombre de negocios norteamericano que intenta abrirse camino en la jungla financiera inglesa! Lo hablaremos mañana. Ahora quiero pensar en ti y sólo en ti...

## CAPÍTULO L

Igual que un maestro del ajedrez, Cowperwood se había propuesto burlar todos los elementos de naturaleza exclusivamente nacionalista y, por supuesto, también los egoísmos propios de los hombres que se habían aliado contra él en su proyecto del metro. Había desarrollado un plan amplio e integral que esperaba poner en práctica de la siguiente manera:

Primero estaba la línea de Charing Cross que ya existía, a la que habría que añadir el existente circuito central formado por la District y la Metropolitan Railway, con sus beligerantes y poco prácticas facciones. Si todo iba bien, él, Stane y Johnson, pero principalmente él, tendrían la clave para esta situación.

Después, suponiendo que se hiciera con el control de la District y la Metropolitan —con las que asociaría, o no, según se dieran las circunstancias, su Railway Equipment & Construction Company—, se proponía crear la Union Traction Underground Limited, que controlaría a todas las demás.

Dicho sea de paso, sin embargo, y sin que ninguno de sus actuales socios lo supiera, tenía intención de comprarle a Abington Scarr la cédula de la Brompton y Piccadilly, una línea que, según tenía entendido, estaba prácticamente en las mismas condiciones que la de Charing Cross; y ciertas rutas más, aparte de otras posibles, cuyas cédulas pretendía conseguir a través de terceros.

Con estas en el saco, pensaba que podría crear la London Underground General, que englobaría todas las propiedades de la Union Traction Underground Limited, así como las cédulas y líneas que adquiriera a título personal, proporcionándole así un sistema metropolitano completo y, al mismo tiempo, gracias a sus acciones, le supondría ejercer el control total. Si por casualidad, no pudiera al final hacerse con la presidencia de esta enorme propiedad abiertamente, al menos se le reconocería como el que ejerciera el control de manera indirecta. Además, si no lograra nombrar a sus propios directivos, se las arreglaría de modo que aquellos que ejercieran el control, no pudieran hacer nada que perjudicara a su propiedad.

Y con el tiempo, si todo iba bien, podría deshacerse de sus valores obteniendo enormes beneficios, para más adelante salir de la compañía y dejar que se las arreglara como mejor pudiera. Se habría ganado el título no sólo de promotor, sino también de constructor, y le habría proporcionado a Londres un sistema metropolitano integral que llevaría la impronta de su genio, igual que ya ocurriera con el circuito del centro de Chicago. Y después, con su fortuna, podría mantener su galería de arte, crear diversas organizaciones benéficas, construir el hospital en el que tanto había pensado en el pasado, y al mismo tiempo, dejar a todos aquellos a los que se sentía agradecido una jugosa recompensa. Aquel sueño lo seducía. Unos cuantos

años de trabajo expeditivo, cinco o seis como mucho, según creía, serían suficientes para conseguir todo aquello.

Pero hacer un seguimiento a todas sus actividades, tanto mentales como físicas, relacionadas con este plan, sería como pretender seguir los pensamientos veloces y confusos, los trucos y los movimientos de un prestidigitador. Ante todo, estaban, por supuesto, sus negociaciones con Johnson y Stane. Al ponerse en contacto con Johnson, inmediatamente después de reconciliarse con Berenice, descubrió que se mostraba más dispuesto a cooperar que en anteriores ocasiones. Johnson le anunció que él y Stane habían reflexionado mucho sobre el asunto en ausencia de Cowperwood, pero que preferiría comunicarle sus conclusiones en presencia de Stane.

Esto dio lugar, de manera casi inmediata, a una nueva reunión en Berkeley Square, donde Cowperwood se encontró con algo que más parecía una reunión de amigos que un ambiente comercial. Johnson se había retrasado y no estaba presente cuando él llegó. Inmediatamente percibió la jovialidad de Stane. Este último se interesó por la situación en los Estados Unidos; por lo que presagiaban las elecciones; por si Londres le resultaba agradable; y por cómo se encontraba su pupila, la señorita Fleming. ¿Y su madre? Había visitado Pryor's Cove, como Cowperwood quizá ya supiera, con relativa frecuencia. Eran verdaderamente encantadoras, tanto la madre como la hija. Hizo una pausa premeditada para observar la expresión de Cowperwood cuando lo dijo. Pero Cowperwood estuvo a la altura del desafío.

—Sin duda se estará preguntando cuál es la relación que tienen conmigo —dijo hábilmente—. Hace muchos años que conozco a la señora Carter. Se casó con un pariente lejano mío que me designó albacea y tutor *in loco parentis*<sup>[1]</sup>. Como es natural, le he cogido mucho cariño a Berenice. Es una muchacha excepcional.

—Debo decir que soy de la misma opinión —dijo Stane—. Y me alegro de que a la señora Carter y a su hija les haya gustado Pryor's Cove.

—Sí, sin duda da la sensación de que a ambas les parece un lugar ideal. Es precioso.

Por suerte, para romper el rumbo personal que estaba tomando la conversación, Johnson llegó en aquel momento. Entró apurado disculpándose por aquel retraso que le había sido imposible evitar y se interesó por el bienestar de Cowperwood antes de adoptar una actitud ejecutiva y formal, cargada de expectación. A continuación, expuso de manera concisa y vigorosa todo lo que se había hecho, junto con un repaso a la situación tal como se encontraba en aquellos momentos. Sin duda, anunció, la invasión que Cowperwood se proponía hacer en el campo del metro de Londres había provocado un gran revuelo. Con muy pocas excepciones, tanto los directores como los accionistas de las dos compañías que formaban el circuito estaban en su contra.

—Da la impresión de que quieren adoptar sus ideas, señor Cowperwood —dijo—, y ponerlas en práctica por su cuenta. Lo único que los detiene es la falta de acuerdo entre ellos, y, por supuesto —añadió con malicia—, están algo preocupados



por la cantidad de dinero que eso va a suponer. No saben cómo lo van a conseguir sin tener que aportar demasiado capital propio.

—Exacto —comentó Cowperwood—, y por esa misma razón, mientras más se retrasen más caro les saldrá. Tenemos un programa que, si se emprende con energía, se puede mantener dentro de unos límites financieros atractivos. Los retrasos y las discusiones sólo servirán para atraer a los especuladores y a los acaparadores que se dedicarán a acumular opciones y las acciones y franquicias que se lancen al mercado para mantenerlas en su poder hasta hacer que suban los precios. Por esa razón, es esencial que lleguemos a un acuerdo lo antes posible.

—Entonces, si lo he entendido bien —intervino Stane, en tono afable—, lo que usted propone es que Johnson y yo unamos nuestros intereses en la District así como en la Metropolitan, y que además compremos o reunamos al amparo de un acuerdo de funcionamiento que usted controlaría el cincuenta y uno por ciento de la District o la Metropolitan, o ambas.

—¡Exacto! —dijo Cowperwood.

—Y a cambio de un arrendamiento por un plazo de cien años o a perpetuidad, usted se compromete a garantizar un interés del cinco por ciento.

—¡Exacto!

—Y además, ofrecerá la opción de al menos el diez por ciento de las acciones preferentes de la Charing Cross, junto con el diez por ciento de las acciones de cualquier filial adicional que usted o la compañía grande consideren oportuno crear o asociar con la empresa matriz, al ocho por ciento de su valor a la par.

—¡Exacto!

—Todas estas acciones gozarán de primer derecho de garantía sobre las propiedades de la compañía en su conjunto cuando esta haya terminado de formarse.

—Esa es mi propuesta —dijo Cowperwood.

—Debo decir que no veo nada malo en todo esto —dijo Stane mirando a Johnson, quien, a su vez, lo observaba fijamente.

—Resumiendo —dijo Johnson, dirigiéndose a Cowperwood—, una vez que nosotros hagamos nuestra parte, usted se compromete a reconstruir y equipar con los medios más modernos las dos líneas antiguas, más todas aquellas líneas nuevas con las que logre hacerse, y a hipotecar la totalidad de las propiedades de tal manera que se garantice el interés de todas las acciones existentes actualmente tanto de la District como de la Metropolitan, y además, del diez por ciento de las acciones de estas nuevas compañías o filiales que eligiésemos suscribir a ochenta.

—Eso es lo que pretendo —dijo Cowperwood.

Una vez más, Johnson y Stane se miraron mutuamente.

—Bueno —dijo Stane finalmente—, sujeto a las dificultades que sin duda nos encontraremos, me comprometo a realizar mi parte del acuerdo con la mayor celeridad y lo mejor que pueda.

—Y yo —dijo Johnson— estaré encantado de trabajar en total armonía con lord

Stane y de hacer todo lo necesario para que llevemos este negocio a buen término.

—Bien, caballeros —dijo Cowperwood poniéndose en pie—, no sólo estoy encantado, sino que es para mí un honor haber llegado a este acuerdo, y para demostrarles la solvencia de mis intenciones, propongo, si a ambos les parece una idea aceptable, por supuesto, pedirle al señor Johnson que actúe como mi asesor legal y que prepare todos los documentos que recojan este acuerdo que hemos alcanzado. Y cuando llegue el momento —añadió mirándolos sonriente—, estaría encantado de que ustedes dos fuesen directivos.

—A ese respecto, el tiempo y las circunstancias dirán —dijo Stane—. Eso ayudaría, sin duda.

—Será para mí un placer servirles según mi leal saber y entender —añadió Johnson.

Los tres eran conscientes del tono grandioso que habían adoptado en sus felicitaciones mutuas, pero que pronto se disipó cuando Stane los invitó a una copa de coñac añejo antes de despedirse —del que ya había enviado una caja sin previo aviso a las habitaciones de Cowperwood en el Cecil.

## CAPÍTULO LI

Uno de los aspectos más penosos a los que se vio obligado a enfrentarse en posteriores negociaciones por esta época fue la necesidad que tenía, o que él consideraba que tenía, de emplear a ingleses en lugar de a norteamericanos como ayudantes en todos los departamentos de su trabajo. De Sota Sippens fue la primera víctima y se sintió desconsolado porque había llegado a gustarle mucho Londres. Argumentó que había esperado poder llegar a destacar allí junto a su jefe, aquel hombre que siempre lograba el éxito. Y aún más que eso, estaba impaciente por agudizar el ingenio y emplear toda su energía contra todos aquellos ingleses presuntuosos y casi condescendientes que, y de esto estaba prácticamente seguro, no sabían nada de las empresas de tracción. Para suavizar el golpe lo más posible, sin embargo, Cowperwood lo colocó a cargo de sus asuntos financieros en Chicago.

Uno de los métodos de Cowperwood para reunir capital era la utilización de una sociedad de control, una sociedad de cartera subyacente, que aportaba el dinero suficiente para comprar las compañías que deseaba controlar, proporcionándole al mismo tiempo las acciones necesarias para ejercer ese control. En este caso, creó la Railway Equipment & Construction Company, cuyos directores y presidentes eran testaferros, y en la que todos aquellos que se asociaran con él dispondrían con el tiempo de acciones de fundador. Johnson ejercía de abogado y asesor con un salario de tres mil libras al año. Y con posterioridad, en un acuerdo privado redactado por él —pero que los abogados de Cowperwood revisaron con minuciosidad— y firmado por Johnson, Stane y Cowperwood, se estipuló que a partir de aquel momento, las diversas acciones que tuvieran tanto en la District como en la Metropolitan, de su propiedad en aquel momento o que pudiesen adquirir con posterioridad, obtendrían sólo un voto en cualquier votación oficial que tuviera como objetivo la reorganización y venta de la District y la Metropolitan a una nueva compañía que se crearía en el futuro. Y de esta nueva compañía, recibirían tres acciones de las emitidas por cada una de sus antiguas.

Ahora, a Johnson le quedaba la inmensa tarea de ir de un lado para otro en busca de paquetes de acciones tanto de la District como de la Metropolitan que pudieran andar desperdigados por ahí; tenía orden de Cowperwood de comprarlas hasta un valor de quinientas mil libras usando diversos nombres. También debía dar a conocer a los antiguos directivos los planes que Cowperwood se proponía llevar a cabo y procurar crear cierto entusiasmo entre ellos. En lo tocante a Stane, debía comprar todas las acciones de estas dos compañías que le fueran posibles con vistas a votar del lado de Cowperwood en este nuevo proyecto, y también debía ejercer su influencia, cuando le fuese posible, sobre todos sus conocidos.

Como resultado de todas estas actividades, sobre Cowperwood cayó una auténtica avalancha de inversores. Y muchos financieros norteamericanos e ingleses, al darse cuenta de la importancia de las propiedades que estaba logrando reunir, intentaron también obtener franquicias, algo que en aquel momento era extremadamente difícil de conseguir. Uno de los interesados era nada menos que Stanford Drake, también financiero norteamericano, que solicitó al parlamento franquicias para ciertas líneas que, si hubieran llegado a construirse, habrían transcurrido en paralelo con las de Cowperwood a lo largo de una distancia considerable, lo que prácticamente habría supuesto reducir a la mitad los ingresos en aquellas zonas.

Esto preocupaba no poco a Cowperwood, porque era algo a lo que tenía que poner coto sin despertar la animadversión de los ingleses hacia ellos dos, puesto que los ingleses se oponían a la entrada de norteamericanos en este campo, tanto si se trataba del señor Drake como del señor Cowperwood. Como consecuencia, a esto siguieron las acostumbradas batallas legales por parte de ambos, ya que cada uno de ellos señalaba los supuestos fallos del otro, al tiempo que minimizaba la importancia de lo que el rival pretendía hacer.

Por su parte, Cowperwood señaló que la línea que Drake proponía discurriría por zonas residenciales bastante buenas, pero que también se vería obligada a hacerlo por campo abierto a lo largo de dieciséis kilómetros antes de llegar a una nueva zona que pudiera resultar rentable. También hizo hincapié en que la línea de Drake sería de vía única, una sola vía en cada túnel, mientras que la suya sería de doble vía a lo largo de todo el trayecto. Al mismo tiempo y en su propio interés, Drake contestó alegando que las líneas de Cowperwood se hallaban bajo los diques del Támesis, mientras que las suyas se hallaban bajo la calle Strand y otras calles de la zona comercial; y que las vías del señor Cowperwood se encontraban lejos del corazón comercial, mientras que las suyas llevarían a los pasajeros al trabajo. Sin embargo, Cowperwood añadió que las líneas trazadas en paralelo resultarían destructivas para ambos y no serían rentables, puesto que sabía que si la gente de Drake lograba obtener las franquicias para su sistema, independientemente de cómo se desarrollara este, su propia línea se vería afectada de manera considerable. Esto, por supuesto, no lo admitió en su momento; en vez de eso, anunció que no podía entender cómo la casa Drake podía embarcarse en semejante empresa. Y para suavizar las cosas lo más posible, dijo que creía que la sucursal de Drake en Londres, y no el propio Drake, era la responsable de semejante error. Y añadió que el señor Drake era un gran hombre y que pensaba que, con el tiempo, cuando le expusieran el asunto de manera clara, no invertiría capital alguno en él.

Sin embargo, a pesar de estas palabras tan conciliadoras, los abogados del señor Drake se dirigieron al parlamento para presentar un proyecto de ley con la pretensión de obtener una franquicia, y los abogados del señor Cowperwood presentaron un proyecto de ley rival solicitando las líneas que deseaba construir. El resultado fue que el parlamento pospuso ambos proyectos hasta el noviembre siguiente sin favorecer ni

a uno ni a otro, retraso que suponía una especie de victoria para Cowperwood, puesto que él estaba mucho más adelantado en el desarrollo de su plan integral. De hecho, le oyeron decir que al embarcarse en un proyecto, no disfrutaba si no contaba con algún tipo de oposición, y que, como en el amor y en la guerra todo valía, estaba dispuesto a oponerse a los intereses de Drake hasta su último aliento.

Pero el interés de Stanford Drake era tal, que se hacía necesaria una auténtica batalla contra Cowperwood. Como contaba con inmensos fondos a su disposición, le ofreció a Cowperwood cinco millones de dólares por el privilegio de compartir la estación de Piccadilly Circus, que pertenecía a Cowperwood y que obviamente Drake necesitaría para su sistema. Al mismo tiempo, también ofreció a Cowperwood dos millones y medio de dólares si aceptaba retirar a su ejército de abogados, que en aquellos momentos se preparaba para luchar contra la petición que Drake había hecho ante el parlamento solicitando permiso para construir la línea que proponía. Como es evidente, Cowperwood rechazó ambas ofertas.

Al mismo tiempo, estaba la London United Company, que planeaba construir una línea desde Hyde Park Corner hasta Shepherd's Bush, cuyas negociaciones preliminares se habían llevado a cabo. Se dirigieron a Drake y le ofrecieron unir las líneas, al tiempo que solicitaban una franquicia a la ciudad. También le pidieron a Drake que se encargara de gestionar la línea en su conjunto cuando llegara a construirse, si era posible, algo que Drake rechazó. Después solicitaron que se les permitiera gestionar su sección, y Drake volvió a negarse, después de lo cual le ofrecieron a Cowperwood su sección, aunque aún no disponían de franquicia para ella. Cowperwood les indicó que acudieran a Speyer & Company, una empresa de financiación que trabajaba no sólo en Inglaterra y Estados Unidos, sino también por toda Europa. Esta empresa, tras investigar el asunto y ver que al tiempo que beneficiaba a Cowperwood, también podría salir favorecida, decidió comprar todos los derechos existentes que esta compañía concreta poseía, tras lo cual procedieron a syndicar el total del paquete de acciones. En aquel momento, su abogado, que se encontraba ante el Comité del Metro en el parlamento por otros asuntos, pidió la retirada de su petición de franquicia. Como Drake sólo había solicitado una franquicia total por el plazo de un año, esto invalidaba la petición en su conjunto. Drake hizo una nueva solicitud en la que pedía que se le concediera una franquicia para su sección. Pero como su petición original no había contemplado tal posibilidad y no se había presentado ningún proyecto ante el comité, el abogado de Cowperwood argumentó que el asunto en su totalidad debía ser desestimado. Y el proyecto del señor Drake fue retirado.

El dramático final de esta lucha entre dos adversarios tan extraordinarios fue narrado con todo detalle por los periódicos ingleses y norteamericanos, y el Concejo del Condado de Londres, que estaba a favor de que se construyera un sistema de transporte que favoreciera los desplazamientos en la totalidad de la ciudad de Londres, se entusiasmó con la victoria del señor Cowperwood, al que describió como

un hombre de amplias y valiosas cualidades sociales que merecía ser calurosamente recibido en todas partes.

Cowperwood, aprovechándose de este sentimiento, logró por entonces casi todos los beneficios que obtendría a nivel social gracias a esta vasta empresa. Su sistema, anunció, transportaría hasta doscientos millones de pasajeros al año, tendría un solo tipo de coche, una tarifa única de cinco centavos y estaría completamente conectado, lo que permitiría a los pasajeros hacer la totalidad del trayecto en el metro, dando así toda una lección de transporte rápido, tarifas bajas y servicio frecuente.

A nivel personal, por esta época, Cowperwood gozaba de una prosperidad tan enorme que logró atender a otros asuntos aparte de los relativos a la acumulación de acciones y beneficios. Por ejemplo, por una simple cuestión de publicidad, compró el cuadro de Turner *Cohetes y luces azules*<sup>[1]</sup> por setenta y ocho mil dólares y lo colgó en su oficina.

## CAPÍTULO LII

A pesar de todo su éxito, sin embargo, estaba a punto de surgir una nueva dificultad relacionada con Aileen, que caería sobre Cowperwood con toda su fuerza.

Aileen había vuelto a París y Tollifer y sus amigos se encargaban de nuevo de entretenerla y divertirla. El problema era, sin embargo, que Marigold Brainerd, al ver que Aileen sentía tal predilección por Tollifer que podría llegar incluso a desear casarse con él con el tiempo, decidió que había llegado el momento de poner freno a aquel interés que se volvía cada vez más grande. Al tanto de su relación con Cowperwood, pensó que poseía un arma que podría dejarle el campo libre con bastante facilidad, porque Tollifer se lo había confesado una noche en la que había bebido demasiado durante el cruce que hicieron juntos. De modo que se decidió a actuar a la primera oportunidad que se le presentó.

Fue durante una fiesta que dio Tollifer en el estudio de uno de sus amigos, una celebración por su regreso a París, cuando Marigold, que había consumido más alcohol del que debía, al ver que Aileen flirteaba alegremente con Tollifer, se volvió contra ella.

—Si supiera las cosas que yo sé de su amigo, no se mostraría tan dispuesta a llevarlo siempre pegado a los talones —le dijo en tono sarcástico.

—Bueno, si está tan segura de que sabe algo que podría molestarme —dijo Aileen—, ¿por qué no lo suelta en lugar de hacer insinuaciones? ¿O no será simplemente que los celos se han apoderado de usted?

—¡Celos! ¡Celosa yo de Tollifer y usted! ¡Resulta que yo sé lo que hay detrás de todas estas atenciones que él se desvive por ofrecerle, eso es todo!

Sorprendida e irritada por esta repentina afirmación, Aileen exclamó:

—¿Adónde quiere llegar? ¡Vamos, dígamelo! ¡Y si no, váyase con sus celos a otra parte!

—¡Celos! ¡Qué tontería! Estoy segura de que nunca se le ha ocurrido que su atento amigo podría andar tras usted por otras razones que nada tienen que ver con su encanto personal. Y además, ¿de dónde cree que saca todo ese dinero que gasta en usted? Hace años que lo conozco y jamás ha tenido un centavo propio, ¿sabe?

—No, no lo sabía. Pero, por favor, cuénteme ya eso que quiere decirme —dijo Aileen.

—Le sugiero que se lo pregunte al señor Tollifer, o mejor aún, a su esposo. Estoy segura de que él podrá informarla —dijo Marigold para terminar, al tiempo que se alejaba de ella.

Después de eso, Aileen, muy alterada, salió de la habitación, cogió su chal y volvió a su apartamento, pero no logró quitarse aquello de la cabeza. ¡Tollifer!

¡Curiosamente había invertido mucha energía en entrar a formar parte de su vida! ¡Sin un centavo, y aun así, gastando aquella enorme cantidad de dinero! ¿Y a qué se debía la buena disposición de Cowperwood a alentar aquella amistad entre ellos, llegando al punto incluso de ir hasta París para asistir a las fiestas que daba Tollifer? De repente vio con total claridad el aspecto más siniestro de la insinuación de Marigold: ¡que había utilizado a este hombre para quitársela de en medio! Debía llegar al fondo de aquel asunto; tenía que saberlo.

Menos de una hora después, al echarla de menos en la fiesta, Tollifer la llamó por teléfono, tras lo cual ella le exigió que fuese a verla enseguida porque había algo de lo que debía hablar con él inmediatamente. Y, cuando apareció, se produjo una escena tormentosa. ¿De quién había sido la idea de que la invitase a París y de que le prestara tanta atención, al tiempo que gastaba tanto dinero en ella? ¿Había sido suya o de su marido?

¡Menuda tontería! ¿Por qué iba a gastar dinero en ella si no le importara personalmente? A lo que Aileen respondió que se había enterado de que carecía de dinero y de que jamás lo había tenido. Y, que ahora que lo pensaba, ¿qué hacía para ganar dinero, a menos que se tratara de servicios de índole personal, como por ejemplo mariposear alrededor de aquellos que podían pasar el tiempo de fiesta pero que se negaban a tomarse la molestia de lidiar con los aspectos prácticos y aburridos? Este insulto le llegó al alma, puesto que lo colocaba a la altura de un sirviente.

—Eso no es cierto —dijo él con poca convicción.

Pero hubo algo en su tono de voz que hizo que Aileen albergara dudas, y eso la puso furiosa. ¡Y pensar que hubiera hombres que se prestaran a rebajarse a aceptar un empleo semejante! ¡Pensar que ella, la esposa de Frank Algernon Cowperwood, hubiese sido víctima de ello, gracias a las maquinaciones de su marido! ¡Ser exhibida de este modo como una esposa no deseada, tan desagradable para su marido que este había contratado a alguien para que lo ayudara a librarse de ella!

¡Pero, esperen! ¡En aquel preciso instante, o a lo sumo al día siguiente, le demostraría a aquel parásito embustero, y también a su marido, que no estaba dispuesta a que la deshonraran de aquella manera! En aquel momento mismo, en lo que a ella se refería, habían cesado los servicios de Tollifer. Y Cowperwood se enteraría por cable de que ella estaba al tanto de sus intrigas y de que habían terminado para siempre; que regresaba a Nueva York para quedarse en su casa, que era donde le correspondía estar, y que si intentaba seguirla, lo llevaría a los tribunales y se lo revelaría todo a la prensa; ¡iba a librarse de una vez por todas de sus mentiras, sus infidelidades y su crueldad mental!

Tras esto, volviéndose hacia Tollifer, exclamó:

—Puede irse. Sus servicios han llegado a su fin. Regreso a Nueva York de inmediato, y si alguna vez vuelve a cruzarse en mi camino o me molesta de alguna manera, me encargaré de que se sepa públicamente qué clase de hombre es usted. ¡Corra a buscar al señor Cowperwood a ver si le encuentra algún empleo más



respetable!

Y con esto, caminó hasta la puerta y la abrió para que él se marchara.

## CAPÍTULO LIII

Al mismo tiempo que todo esto ocurría en París, Berenice, que aún estaba en Pryor's Cove, se encontró con que era objeto de una sorprendente serie de invitaciones, presentaciones y éxitos que excedían con mucho cualquier cosa que hubiera podido esperar. Y aunque pensaba que buena parte de este éxito era mérito de Cowperwood, la mayor parte, como bien sabía, se debía al encaprichamiento de lord Stane y a su deseo de presentarla en su círculo de importantísimas relaciones sociales.

Con Aileen en París, Cowperwood había decidido que no suponía ningún riesgo que tanto Berenice como él aceptasen la invitación para hacer un crucero en el yate de Stane, el *Iola*. Entre los invitados que se encontraban a bordo, estaba lady Clifford, de Chadleigh, cuyo esposo poseía uno de los títulos más antiguos de Inglaterra; la duquesa de Marlborough, una de las amigas más cercanas de Stane, así como una de las favoritas de la reina; y sir Wyndham Whitley, un diplomático que mantenía una estrecha relación con la vida de la corte.

Cuando el *Iola* atracó en Cowes, Stane informó a sus invitados de que había recibido un mensaje que decía que la reina estaba allí y que estaría encantada de recibirlos a él y a sus amigos para tomar el té aquella tarde: anuncio que provocó una tremenda excitación en todos ellos, especialmente en Berenice, que había sido presa del nerviosismo por la publicidad que todo aquello podría generar. La reina fue extremadamente gentil y pareció disfrutar de aquella visita informal. Mostró un interés especial en Berenice e hizo algunas preguntas a las que si esta hubiese respondido con total sinceridad, habrían terminado por causarle un grave perjuicio, pero, como no fue así, la conversación terminó con el deseo, expresado por la reina, de verla más en Londres; de hecho, dijo que esperaba que no estuviese comprometida de modo que pudiera asistir a su próxima recepción en la corte. Esta cortesía por parte de la monarca no sorprendió a Berenice en demasía, pero sí le hizo sentir aún más seguridad en sí misma y en lo que podría llegar a conseguir, si así lo deseaba.

En cuanto a Stane, aumentó enormemente el deseo que sentía de conseguir su afecto. Al mismo tiempo, el efecto que tuvo sobre Cowperwood fue el de provocarle aún más celos sobre su posible influencia sobre Berenice.

Pero, a su vuelta a la *suite* del hotel de Londres, le esperaba algo que supondría un motivo de mayor preocupación aún. Había una carta de Aileen, enviada justo antes de que se embarcara con rumbo a Nueva York, y que decía lo siguiente:

*Al fin sé la verdad sobre mi humillante posición en relación con tu sirviente, Tollifer, y contigo; el vergonzoso empleo que le ofreciste con objeto de deshacerte de mí y quedar libre para continuar con tus habituales costumbres libertinas. ¡Menuda recompensa para todos los años que te he dedicado! Pero, no te preocupes, eres libre de irte, de correr en busca de tus prostitutas cuando y donde desees. Me marchó hoy de*

*París y voy a Nueva York, donde espero librarme al fin de tus infidelidades y tus vicios. Te advierto de que no me sigas. Si lo haces, os llevaré a ti y a tus actuales amantes ante los tribunales y te pondré en evidencia en los periódicos de Londres y Nueva York.*

*Aileen*

Al recibir esto, Cowperwood dedicó una considerable cantidad de tiempo a sopesar todas las perspectivas y consecuencias posibles tras una acusación tan violenta como aquella. Le parecía que lo más sensato sería regresar de inmediato a Nueva York y ver qué podía hacer, si es que se podía hacer algo, por evitar un escándalo público. Sin embargo, la posición de Berenice tenía mucho que ver con aquello. Porque si Aileen cumplía sus amenazas, el futuro de Berenice quedaría seriamente dañado. Y no quería que eso ocurriera, costara lo que costase.

Lo primero que hizo, por lo tanto, fue ir inmediatamente a ver a Berenice, a la que encontró alegre y especialmente animada. Pero una vez que le hubo contado el último ataque de Aileen y la naturaleza de sus amenazas, pudo notar por el repentino cambio en su expresión que lo consideraba un asunto muy serio. Tenía interés en saber qué habría podido convencer a Tollifer para que confesara la verdad sobre su posición.

—Sin duda tenía mucho que ganar si mantenía silencio —dijo ella nerviosa.

—Tú no comprendes a lady Aileen, querida —respondió Cowperwood con ironía—. No es de las personas que reflexionan detenidamente sobre los problemas antes de tomar una determinación. En vez de eso, se pone furiosa, y con su rabia se hace más mal que bien a ella misma y a todos los implicados. De hecho, puede volverse tan violenta que es capaz de arrastrar a cualquiera a hacer confesiones igualmente desastrosas para ambos. Lo único que se me ocurre hacer en este momento es regresar a Nueva York en el barco más rápido y quizá así logre llegar allí primero. Mientras tanto, ya le he mandado un cable a Tollifer para que venga a Londres enseguida, porque si continúa siendo mi empleado, puedo arreglar fácilmente las cosas con él para que no diga nada. Pero me pregunto qué puedes sugerirme tú, Bevy.

—Estoy de acuerdo contigo, Frank —dijo ella—. Creo que deberías regresar a Nueva York lo antes posible y ver qué puedes hacer para apaciguarla. Una vez que hables con ella, es muy probable que se dé cuenta de lo fútil que resultaría una explosión de este tipo. Porque ya sabía de mí antes de esto, y de otras también —y al decirlo sonrió con ironía—. Y no cabe duda de que eres tú quien debe decírselo. Después de todo, esta vez no es a ella a quien has hecho daño. Ni Tollifer tampoco le ha hecho nada, en realidad. En realidad, le has proporcionado el mejor guía a los placeres de París que nadie pudiera desear, y, de camino, podrías también dejarle claro que el trabajo que estás desarrollando aquí ha consumido hasta el último minuto de tu tiempo. Después de todo, me parece que es casi imposible que eso no sirva para mejorar las cosas. Los periódicos no paran de hablar de tu trabajo y de tus logros, y eso es algo en lo que podrías hacer hincapié. —Había tal sentido común en aquellas palabras que Cowperwood en modo alguno las echó en el olvido. Su única pena, como le dijo entonces, era que fuese él quien tuviera que marcharse y no Stane.

—No te preocupes, querido —le dijo ella a modo de consuelo—, eres un hombre demasiado grande como para que algo así pueda abatirte. Estoy completamente segura de que regresarás victorioso, como siempre. Y sabes que yo siempre estaré contigo —le echó los brazos al cuello y lo miró sonriente y con gran afecto.

—Si es así, entonces sé que todo irá bien —dijo él, seguro de sí mismo.

## CAPÍTULO LIV

Antes de partir para Nueva York, Cowperwood habló con Tollifer, quien le manifestó que era inocente en todo lo referente a aquel suceso; y también que, en lo que a él se refería, sus labios estaban sellados y que sólo los abriría para decir lo que el señor Cowperwood deseara que dijera.

Al desembarcar en Nueva York cinco días más tarde, a Cowperwood lo recibió una brigada de periodistas con preguntas suficientes como para llenar un libro. ¿Había venido a buscar más dinero para el metro de Londres, o con el objeto de deshacerse del resto de sus participaciones en los tranvías de los Estados Unidos? ¿Qué cuadros había comprado en Londres? ¿Era cierta la historia de que acababa de pagar setenta y ocho mil dólares por *Cohetes y luces azules* de Turner? Y, en relación con los cuadros, ¿había acordado pagarle veinte mil dólares a cierto artista por su retrato, y que cuando lo terminó, le envió treinta mil en lugar de veinte mil? Y, también, después de cierto tiempo, ¿cuál era su opinión sobre los métodos comerciales ingleses?

Todo esto le hizo darse cuenta de que, aunque había mayor interés en él como personaje público del que jamás se hubiera puesto de manifiesto antes, no había el más mínimo atisbo de escándalo, por lo que se mostró más dispuesto a contestar a las preguntas, al menos a tantas como la diplomacia hiciera posible responder sin causarse ningún perjuicio.

Según él, todo avanzaba sin problemas en Londres. De hecho, su sentimiento de orgullo estaba justificado, puesto que esperaba haber terminado la electrificación del metro de Londres y hacer que entrara en funcionamiento en enero de 1905. También dijo que contaría con un capital de ochenta y cinco millones de dólares y con más de doscientos veinte kilómetros de vías. Y también era cierto que estaba construyendo la mayor central eléctrica del mundo y que cuando lo hubiese terminado, Londres contaría con el mejor metro del mundo. En cuanto a los ingleses, afirmó ahora que su actitud ante los grandes proyectos comerciales, como el que lo ocupaba, era bastante mejor que la norteamericana; es decir, que los ingleses parecían comprender la trascendencia de los grandes proyectos de construcción, y que cuando concedían una franquicia, no lo hacían por tiempo limitado, sino que la concedían a perpetuidad, lo que proporcionaba a los hombres que contaban con grandes proyectos creativos una oportunidad de realizar obras perdurables.

En cuanto a los cuadros, sí, había comprado varios desde su última estancia en Nueva York y los traería, un Watteau, un sir Joshua Reynolds (el retrato de lady O'Brien) y un Frans Hals<sup>[1]</sup>. Y sí, le había pagado al artista en cuestión treinta mil dólares por su retrato, cuando sólo tendría que haberle pagado veinte mil. Pero que el

artista le había devuelto los diez mil junto con la petición de que los donara a alguna organización benéfica —lo que provocó un grito ahogado de asombro entre los periodistas.

La importancia de estos datos, proclamada en todos los periódicos, no dejó de impresionar a Aileen, quien, bajo otro nombre, había llegado sólo dos días antes. A pesar de su cólera, esto la hizo meditar sobre la sensatez de su plan original. ¿Qué ocurriría con aquellos cuadros que estaba comprando? Porque recordó que hacía poco le había hablado de la posibilidad de ampliar la mansión de Nueva York con vistas a albergar más objetos de arte. Si así fuese, su idea de dejarlo al descubierto y la amenaza de un proceso de divorcio, podrían obligarlo a cambiar de planes, lo que favorecería a otra mujer: el mismo dilema al que se había enfrentado hacía años y ante el que había salido perdiendo.

Pero, Cowperwood, interpretando la amenaza en sentido literal, consideró que sería mejor establecer su cuartel general en el Waldorf-Astoria<sup>[2]</sup> durante su estancia en Nueva York, en lugar de en su residencia de la Quinta Avenida, y una vez que se instaló allí, se dedicó sin éxito a la tarea de intentar hablar con Aileen por teléfono. Porque ella había decidido no permitirle ir a la casa para hablar de su aparentemente inexcusable delito, y había llegado incluso a pedir a un abogado de Nueva York que la visitara. Pero la lectura de los periódicos, que continuaban relatando sus hazañas, fue provocando un gradual cambio en sus emociones. Porque, como es natural, estaba orgullosa de su éxito, pero también estaba celosa, porque estaba segura de que en alguna parte, acechando entre las sombras, había una de sus amantes —Berenice, sin duda—, que era quien estaba compartiendo con él el periodo más brillante de su vida. Y es que a Aileen le encantaban la ostentación y el brillo. A veces se sentía embargada por una emoción casi infantil ante cualquier aspecto inesperado de la resonancia pública de Cowperwood, ya fuese bueno, malo o indiferente. De hecho, la foto que apareció en un periódico de la inmensa central eléctrica que estaba construyendo en Londres la fascinó de tal manera que casi la hizo olvidarse de sus cuitas. Por otro lado, cuando lo atacaban con saña desde cualquier artículo de periódico, no podía evitar sentirse ofendida, aunque al mismo tiempo sintiera deseos de atacarlo ella también.

Tras reflexionar sobre la cantidad de opiniones diferentes y el aplauso con el que lo habían recibido a su regreso, la ira de Aileen se confundió con cierto grado de admiración, y cuando se encontraba en ese punto de su cambiante estado de ánimo, Cowperwood entró tranquilamente en la sala de su *suite* donde la encontró tumbada en una *chaise longue* con el suelo a su alrededor cubierto de periódicos, que obviamente había estado leyendo. Se puso en pie de un salto al verlo entrar, intentando que la rabia que tenía guardada despertara en su interior cuando lo tuvo allí de pie frente a ella.

—Bueno, ya veo que te mantienes al tanto de las noticias, ¿verdad, querida? —comentó con una amplia y franca sonrisa—. No son malas, ¿verdad?

—¡Tú! —llegó casi a gritar—. ¡Qué descaró! ¡Si te conocieran como yo! ¡Tu hipocresía con todo! ¡Tu crueldad!

—Escucha, Aileen —continuó con toda la calma que pudo—, si te paras a pensarlo, verás que no te he dañado en modo alguno, ¿sabes? Si has leído alguno de esos periódicos, te darás cuenta de que he estado trabajando casi veinticuatro horas al día en este proyecto casi desde que me fui a Londres. Y este hombre, Tollifer, ¿qué mejor guía se podría tener en una ciudad como París? Si no recuerdo mal, en el pasado, jamás fuiste a esa ciudad sin quejarte amargamente de que yo no pudiera pasar el rato visitando aquellos lugares que a ti te parecían interesantes, algo para lo que no tenía tiempo. Así que cuando apareció Tollifer, que de todos modos iba a París, pensé, puesto que parecía que te agradaba, que si ibas allí cuando él estuviera, eso podría ofrecerte la oportunidad de satisfacer tu antiguo deseo de ver París sin que yo pudiera interponerme en modo alguno. Y *esa* es la única razón de que estuviera Tollifer, ¡y tú lo sabes!

—¡Mentiras! ¡Mentiras! ¡Mentiras! —gritó Aileen con violencia—. ¡Siempre mentiras! Pero esta vez no te van a servir. Como mínimo, puedo contarle al mundo lo que eres en realidad y cómo me has tratado. ¡Entonces los artículos que escriban sobre ti dirán cosas distintas, puedes estar seguro!

—A ver, Aileen —la interrumpió—, sé un poco razonable. Sabes que desde el punto de vista material, nunca te he privado de nada de lo que has querido, y que siempre he contado contigo para que seas tú quien se haga cargo de mis asuntos cuando muera. Esta casa, por ejemplo, de la que tan orgullosa estás. Como sabes, he estado pensando en ampliarla de modo que sea aún más bonita. Hace ya algún tiempo que quiero comprar la casa contigua para poder ampliar la sala de las palmeras para ti y para construir una nueva galería para cuadros y esculturas. Tenía intención de dejarlo todo en tus manos, para que tú lo exhibieras como quisieras.

Pero fiel a su secretismo natural, no mencionó que antes de marcharse de Londres ya había comprado la casa en cuestión.

—¿Por qué no le encomendamos a Pyne<sup>[3]</sup> que nos presente algunos planos? —continuó—. Y les echamos un vistazo.

—Oh, sí —dijo Aileen con tristeza—. Sería interesante.

Pero Cowperwood no dudó.

—En cuanto a que vivo separado de ti, Aileen, me parece una idea ridícula, la verdad. En primer lugar, llevamos juntos demasiado tiempo, y aunque hemos tenido nuestros problemas, aquí estamos. Aparte de mi trabajo, que me exige unos esfuerzos físicos extenuantes, mi vida personal se reduce a nada. Además, ya no soy joven, y si todavía quieres que volvamos a ser amigos, una vez que me libre del metro de Londres, estaré encantado de regresar a Nueva York para vivir aquí contigo.

—¿Con seis más, quieres decir? —preguntó ella con sarcasmo.

—No, quiero decir exactamente lo que he dicho. Supongo que te darás cuenta de que algún día tendré que retirarme. Si lo hago, será para estar tranquilo y en paz, y no

para tener más trabajo.

Aileen se disponía a hacer un nuevo comentario irónico, pero al mirarlo, percibió una expresión particularmente cansada y casi de tristeza en su rostro, una expresión que nunca antes había visto, y esto la hizo cambiar de actitud; pasó de la crítica a una inesperada compasión. Quizá estuviera agotado y necesitara descansar porque se hacía mayor y tenía mucho que hacer: uno de los pensamientos más amables que había tenido desde hacía muchos años.

En este momento, sin embargo, su doncella entró para anunciarle que el señor Robertson, su abogado, estaba al teléfono. Se removió incómoda y luego dijo en tono desafiante:

—¡Dile que he salido!

A Cowperwood no se le escapó la importancia de aquel comentario.

—¿Le has contado a alguien algo de todo esto? —le preguntó él.

—No —le contestó.

—¡Bien! —dijo Cowperwood en tono afable.

Y tras explicarle que varios asuntos financieros hacían necesario que fuese a Chicago durante unos días, logró arrancarle la promesa de que no haría nada hasta que él regresara. Porque pensaba que, entonces, como argumentó, podrían resolverlo todo para satisfacción de ambos.

Como parecía que estaba dispuesta a dejar estar el asunto por el momento, sacó el reloj y comentó que disponía sólo del tiempo suficiente para coger el tren; la vería de nuevo a su regreso. Y, bastante calmada ya, lo acompañó hasta la puerta y después volvió a hojear los periódicos que había estado leyendo.



## CAPÍTULO LV

La visita a Chicago era realmente importante puesto que estaba relacionada con las negociaciones para un préstamo o una inversión de cinco millones de dólares. Y también tenía que ver a Sippens por un informe relativo al traspaso gradual de sus propiedades inmobiliarias.

Otro asunto que requería de su atención era el pleito que había entablado hacía poco contra una de las grandes compañías de tracción de Chicago, que, varios años antes, había adquirido dos de las líneas elevadas que Cowperwood había construido y gestionado en un principio. Sin embargo, una vez que él se retiró de Chicago y se marchó a Londres, estas líneas, debido a una mala gestión, no sólo habían perdido los ingresos que antes percibían gracias a una excelente clientela, sino que desde entonces, se habían enfrentado a un tremendo déficit que había acabado por provocar una total pérdida de interés en las acciones que aún estaban en manos de los inversores. De hecho, en la ciudad se afirmaba que nunca se había producido un desplome tan absoluto en la historia de las compañías de transporte público como el que había sufrido esta compañía de tracción. Y como estas pérdidas se achacaban a Cowperwood, se había visto obligado a dejar claro a los inversores que la culpa no era suya, sino que se debía a la mala gestión de aquellos que se habían hecho cargo de la compañía: aclaración que hizo que más tarde se le llegara a conocer como el «mago de las finanzas» en lugar de como el «estafador», porque cuando él gestionaba las líneas, era bien sabido que pagaba entre un ocho y un doce por ciento de dividendos sobre las acciones de la compañía. De modo que ahora, además de hacerse con los cinco millones de dólares que había venido a buscar, se marchó con su reputación notablemente mejorada.

Se produjo, sin embargo, un incidente inesperado relacionado con este viaje a Chicago, y fue la reaparición de Lorna Maris, quien, al enterarse por los artículos de los periódicos de su presencia en la ciudad, fue a buscarlo con la esperanza de hacer revivir su interés en ella. Pero sus planes estaban destinados a acabar en desilusión porque la actitud de él ya había cambiado y se mostraba ansioso por regresar a Nueva York, y después, junto a Berenice. Sin embargo, al reparar en que sus ropas denotaban que sus asuntos no parecían ir tan bien como cuando la vio por última vez, sintió el impulso de preguntarle cómo le iba la vida, y al averiguar que su popularidad se había hundido y con ella también sus ingresos, simuló sentir interés por su bienestar y le aseguró que abriría una cuenta de anticipos permanente para ella y que se encargaría, además, de ver qué podía hacer para lograr que algún productor teatral se interesara en su carrera: una serie de favores que lograron reavivar su valor y su alegría de antes.

Pero una vez a bordo del tren, cuando este empezó a avanzar dejando a Lorna atrás, mientras ella permanecía de pie en el andén despidiéndolo con tristeza por última vez, no pudo evitar pensar en el cambiante patrón entrecruzado que las criaturas y las fuerzas tejían. Aquí estaba, atacado por los accionistas de Chicago, al tiempo que lo perseguían los periódicos, igual que le ocurría a Aileen en Nueva York y, en realidad, también a la bella Berenice en Londres, quien, con toda la razón, no confiaba en él más de lo que lo hacía Aileen. Y ¿por qué motivo? Las emociones, las predilecciones sensuales, las reacciones ante otros tipos de seres humanos, que él no había inventado ni creado.

¡Clac, clac, clac! El sonido de las ruedas sobre los raíles. ¡Tu-tuuu! ¡Tu-tuuu! El silbido de la máquina. Y un paisaje llano que desfilaba, de forma similar al tiempo, ante la ventanilla por la que él miraba, mientras reflexionaba distraídamente sobre la vida, el tiempo y los cambios.

## CAPÍTULO LVI

Cuando Cowperwood fue a ver a Aileen a su vuelta a Nueva York, se encontró con una grata sorpresa, porque desde que él se marchara, ella había estado dándole vueltas a la importancia de sus comentarios sobre una posible ampliación de la casa y su expreso deseo de tener en cuenta sus gustos a la hora de realizar las reformas. Esto le había agradado mucho más que cualquier otra cosa que él hubiera podido decir. Por consiguiente, había ideado varios dibujos, diseños y propuestas de colores que el arquitecto ya había preparado y que ahora deseaba que él examinara.

Le alegró ver que Raymond Pyne, el mismo arquitecto norteamericano que había diseñado la casa, había realizado una serie de bocetos para la reforma, que armonizaban la antigua casa con la nueva. Aileen hizo hincapié en el hecho de que le gustaba este, ese o el otro aspecto de aquel diseño realizado con tanto gusto. Y una vez decidido que iría a ver a Pyne para aconsejarle que se tomara su tiempo con aquel asunto, la dejó con la sensación de que se mantendría muy ocupada en algo que no sólo sería un reflejo de los gustos artísticos de ambos, sino que bien podría acarrear una reaparición de los dos juntos en la vida social.

Aunque, en estos momentos, no era para Cowperwood fácil volver a acostumbrarse a Nueva York y a los Estados Unidos. Su punto de vista social había cambiado desde su marcha a Londres. No se trataba de que los ingleses fuesen menos sagaces o astutos en sus esfuerzos por promover sus intereses, sino que, como había notado desde que se encontrara con Stane, Johnson y sus socios, reconocían prácticamente de manera inconsciente la necesidad de intercalar el descanso o el placer con los negocios y el trabajo, mientras que aquí, en su país, los negocios eran los negocios, como ya sentenciaba el dicho.

Desde su llegada a Nueva York no se había ocupado más que de asuntos de negocios. Tenía la sensación de que no quedaba nada interesante que hacer allí y, por ese motivo, la mente se le escapaba continuamente hacia Berenice y Pryor's Cove, aunque aún necesitaba visitar una lista de ciudades que podrían proporcionarle fondos—viajes apresurados por todo el Este, que terminaron por dejarlo prácticamente exhausto—. Por primera vez en su vida, empezó a pensar, más que a sentir, que quizá se estuviera haciendo viejo. Para su satisfacción, sin embargo, la situación se hizo más llevadera gracias a la llegada de un cable urgente de Johnson que decía que, debido a la actividad de varios grupos de presión, su presencia era de la máxima importancia.

Le mostró el cable a Aileen, quien, después de leerlo, hizo un comentario sobre el cansancio que reflejaba su rostro y le advirtió que debía pensar que su salud, después de todo, era de primordial importancia, y que si le era posible, debería dar por

terminados sus asuntos en Europa y retirarse. Le contestó que ya lo había estado pensando y que para ponerle las cosas más fáciles en su ausencia, había designado al señor Cuthbert para que se hiciera cargo de toda su colección de arte, puesto que era alguien en cuyo juicio confiaba plenamente.

Entretanto, Berenice empezaba a preguntarse cuándo regresaría. A medida que pasaba el tiempo, se iba sintiendo cada vez más sola sin él. Aunque lord Stane la había llevado a varias recepciones y fiestas para conocer a más amigos suyos, e incluso a una recepción en la corte, echaba de menos a Cowperwood de una manera extraña e inexplicable. Era una fuerza dominante en su vida que tenía el poder de eclipsar el ambiente social que rodeaba a lord Stane. Porque, mientras que Stane le parecía un acompañante agradable y atractivo, al volver a Pryor's Cove, siempre acompañaba a Cowperwood de nuevo con el pensamiento, con su melancolía y su emoción. ¿Qué hacía? ¿A quién veía? ¿Volvería a sentir interés por Lorna Maris? ¿O por alguna mujer nueva? ¿O volvería igual que se marchó: obviamente enamorado de ella? ¿Y regresaría Aileen con él o la había apaciguado lo suficiente como para que le concediera cierto periodo de paz?

¡Los celos de las mujeres! ¡Y sus propios celos, cuando se trataba de él!

¡Después de todo lo que había hecho por ella! ¡No sólo por ella, sino por su madre también! Era él quien había pagado su educación y después le había regalado una casa preciosa en Nueva York, en la elegante Park Avenue.

Por mentalidad y filosofía, Berenice tenía una tendencia natural a ser fría y realista más que ninguna otra cosa, y justo antes de que Cowperwood se viera obligado a regresar a Nueva York por las amenazas de Aileen, había más o menos decidido que si no resultaba especialmente perjudicada tras este último ataque de Aileen, quizá debiera mostrarse más amable con lord Stane de lo que lo había sido hasta ahora. Porque era evidente que estaba profundamente enamorado de ella; había llegado incluso a llevarla a creer que acariciaba la idea del matrimonio.

Ojalá me gustara lo suficiente, pensó entonces. Si fuese menos convencional y no tan inglés. Tenía entendido que no había ninguna ley en Inglaterra que le impidiera divorciarse de su esposa si esta lo hubiese engañado mediante fraude —justo de lo que ella sería culpable si se casara con él— y esta posibilidad la mantuvo en silencio y algo distante en ausencia de Cowperwood, pensando en cuál sería su posición de cara a la sociedad en el caso de que Aileen decidiera actuar.

Sin embargo, su ansiedad se fue aliviando día tras día ante el silencio de la prensa de Londres, y también gracias a una carta de Cowperwood en la que esbozaba sus diversas dificultades, entre ellas, la repentina disminución de sus fuerzas y el debilitamiento de su salud, y le expresaba su deseo de regresar a Inglaterra para poder descansar y verla de nuevo. Esta referencia a la salud le hizo preguntarse sobre la conveniencia de que hicieran un viaje, quizá a alguna zona tranquila y de bellos paisajes que estuviera relativamente libre del ajetreo de los negocios. Pero, ¿qué lugar podía ser ese? Era posible que ya lo hubiera visto y se hubiera cansado de él, puesto

que había viajado tanto —a Italia, Grecia, Suiza, Francia, Austria-Hungría, Alemania, Turquía y a Tierra Santa.

¿Y Noruega? Según recordó ahora, nunca lo había oído hablar de aquel país. Por consiguiente, tanto la movía el deseo de convencerlo para que se tomara un descanso en alguna tierra extraña y diferente, que compró un libro sobre aquel país para informarse detalladamente sobre sus novedades y su belleza. Pasaba las páginas con entusiasmo para estudiar las fotografías de los altos y oscuros acantilados; las montañas o  *fjells*  que se elevaban perpendicularmente cientos de metros sobre los cañones que una naturaleza despiadada había ido tallando de manera implacable; las cataratas y las saltarinas cascadas a cuyos pies yacían bellos y tranquilos lagos. Y aferradas a las laderas de las altas montañas, como marineros víctimas de un naufragio a una balsa salvavidas, se encontraban pequeñas granjas. Leyó sobre sus extraños dioses: Odín, el dios de la batalla; Thor, el dios del trueno; y Valhalla, una especie de cielo preparado para las almas de aquellos que habían perecido en la batalla.

Por lo que leía y al examinar aquellas fotos, el país parecía estar libre de todo tipo de industrialismo. Aquella tierra sin duda le serviría de descanso.

## CAPÍTULO LVII

Para cuando Cowperwood, con aspecto de estar extremadamente cansado, llegó a Inglaterra, Berenice estuvo en condiciones de contagiarle parte de su propio entusiasmo por Noruega, que, por extraño que parezca, él no había visitado con anterioridad.

De modo que, no mucho después, puso a Jamieson a la tarea de encontrar y contratar un yate. Pero antes de que lo encontrara, un tal lord Tilton, al enterarse a través de Stane de lo que pretendía Cowperwood, insistió muy generosamente en prestarle su propio yate, el *Pelican*. Algo más adelante, hacia la mitad del verano, él y Berenice navegaban sin contratiempos a lo largo de la costa oeste de Noruega en dirección al fiordo de Stavanger.

El yate era una bonita embarcación y Eric Hansen, el patrón noruego, era un hombre habilidoso. Era de complexión fuerte, aunque no superaba la estatura media, de rostro rubicundo y pelo rubio, que le caía abundantemente sobre la frente. Sus ojos de color azul acero parecían querer desafiar a cualquier mar o a cualquier experiencia relacionada con él. Al moverse, era como si estuviera preparándose de manera natural para enfrentarse al mal tiempo, incluso cuando caminaba sobre tierra firme; como si fuese uno con el mar, manteniendo su ritmo en todo momento. Había sido marinero toda su vida y amaba de verdad aquellos ríos que serpenteaban a través de un laberinto de misteriosas montañas que se elevaban rectas cientos de metros y que se hundían otros tantos cientos de metros bajo el nivel del agua; los demás pensaban que las habían formado las erupciones volcánicas, pero Eric sabía que las habían recortado los poderosos vikingos prehistóricos que tuvieron el ímpetu suficiente para abrirse camino a través de cualquier barrera para construir rutas al resto del mundo.

Pero cuando Berenice vio aquellas laderas empinadas con las casas encaramadas tantos metros por encima de la orilla, no lograba imaginar cómo bajaban los habitantes hasta los barcos ni cómo volvían a escalar hasta sus casitas. Ni por qué razón lo hacían. Todo parecía muy extraño. No estaba familiarizada con el arte del montañismo, que los noruegos probablemente habían aprendido, por pura necesidad, observando a las cabras moverse con habilidad de peñasco en peñasco.

—¡Qué tierra tan extraña! —dijo Cowperwood—. Me alegro de que me trajeras hasta aquí, Bevy, pero me parece que, a pesar de ser un lugar tan bello, este país es uno de los errores climáticos de la naturaleza. Hay demasiada luz en verano y demasiado poca en invierno. Demasiados ríos románticos y demasiadas montañas estériles. Aunque debo confesar que eso me interesa enormemente.

Sin duda, Berenice ya había notado que sentía un profundo interés por aquel país. Con frecuencia llamaba a su respetuoso patrón para hacerle preguntas.

—¿De qué viven en estos pueblos, aparte de la pesca? —le preguntó a Eric.

—Bueno, señor Dickson —el nombre que había adoptado Cowperwood—, tienen una serie de recursos. Tienen cabras y venden su leche. Tienen gallinas, huevos. Tienen vacas. De hecho, a menudo calculan la riqueza de un hombre por el número de vacas que posee. También tienen mantequilla. Esta es gente robusta y trabajadora, y logran que un par de hectáreas produzcan más de lo que podría usted imaginar. Aunque no soy experto en la materia, y la verdad es que no puedo contarle mucho al respecto, se las arreglan mejor de lo que piensa. Y otra cosa —continuó—, la mayoría de los hombres jóvenes de esta región se dedican a formarse para ser marinos. Cuando se hacen algo mayores, buscan empleo como capitanes, segundos de a bordo o cocineros en los cientos de buques que entran y salen de Noruega y que llegan a las ciudades y centros de transporte marítimo de todo el mundo.

Y ahora intervino Berenice.

—Me parece que compensan en calidad aquello de lo que carecen en cantidad —fue su comentario.

—Tiene razón, señora —dijo el patrón—, a eso es a lo que me refiero —y mostrándose más entusiasta, continuó—: de hecho, han aprendido a vivir cómodamente aquí con lo que tienen, pero conocen el mundo, y no sólo de primera mano, sino también a través de los libros. Los noruegos somos gente leída y valoramos mucho la educación. El analfabetismo es prácticamente inexistente aquí, y quizá no lo crea, pero Noruega tiene más teléfonos que España o Polonia. También cuenta con destacadas figuras de la literatura o de la música: Grieg, Hamsun, Ibsen, Bjornson<sup>[1]</sup> —nombres que hicieron que Cowperwood se parara a pensar en el exiguo papel que la literatura había jugado en su vida y decidió pedir a Berenice que le diera algunos de los libros que había estado leyendo.

Y Berenice, al verlo pensativo y sospechar que quizá estuviera comparando este asombroso mundo con el suyo tan lleno de problemas, decidió desviar la conversación hacia algo un poco más alegre, y dirigiéndose al patrón Hansen, le preguntó:

—Capitán Hansen, ¿cree que es probable que veamos lapones cuando estemos un poco más al norte?

—Oh, sí, señora —le contestó el capitán—. Podríamos encontrarnos con ellos cuando rebasemos Trondheim. Ya casi hemos llegado a ese punto.

A partir de Trondheim, el yate siguió navegando hacia el norte en dirección a Hammerfest, la tierra del sol de medianoche. Hicieron varias escalas por el camino; uno de los lugares, llamado Grotto, no era más que una pequeña extensión de roca de uno de los grandes acantilados. Era un lugar muy pequeño, formado quizá por una docena de casas, y que se utilizaba fundamentalmente como estación ballenera. Las casas eran las típicas cabañas de piedra con los techos de tierra y hierba.

Era costumbre que los balleneros de Grotto compraran carbón o leña a cualquier barco que navegara hacia al norte o hacia el sur. Y ahora, un pequeño grupo de

pescadores se acercó al yate. Aunque no tenían reservas de carbón de sobra, Cowperwood ordenó al patrón que les diera varias toneladas, porque pensó que esta gente tenía muy poco en la vida.

Después del desayuno, el capitán Hansen bajó a tierra y a su vuelta, le dijo a Cowperwood que una tribu de lapones procedentes de una zona mucho más al norte había llegado y montado su campamento a menos de un kilómetro de Grotto tierra adentro. Dijo que había unos mil quinientos renos y más de cien lapones con sus niños y sus perros. Al enterarse de esto, Berenice expresó su deseo de verlos, de modo que el capitán Hansen y el segundo de a bordo los llevaron en un bote a visitar el campamento.

Tras desembarcar en la playa de la península, caminaron hacia los renos que estaban desperdigados alrededor de las tiendas que se extendían en todas direcciones. El capitán, que conocía unas cuantas palabras en su lengua, habló con los lapones, y algunos de ellos se acercaron a los visitantes para darles la bienvenida estrechándoles las manos e invitándolos a sus tiendas. En una de ellas, había un enorme caldero colgado sobre el fuego, que el capitán fue a inspeccionar y dijo que se trataba de estofado de perro, pero que resultó ser un delicioso y jugoso oso, del que todos probaron un plato.

Otra de las tiendas estaba atestada de pescadores y granjeros de los alrededores, porque esta reunión era una especie de feria anual durante la que los lapones se deshacían de sus productos derivados del reno y compraban provisiones para el invierno. Entonces, una mujer lapona se abrió paso a través del gentío. Saludó al capitán Hansen<sup>[2]</sup> como si se tratara de un viejo conocido y él informó a Cowperwood de que era uno de los miembros más acaudalados de la tribu. Después siguieron canciones a coro y bailes en grupo, a los que todos intentaron incorporarse. Y después de la comida, de los licores y de muchas risas, Cowperwood y su grupo se despidieron y regresaron al *Pelican*.

A la luz de aquel sol que nunca se ponía, el yate viró por completo y puso rumbo al sur de nuevo. Entonces, una docena de grandes ballenas boreales apareció a la vista del yate y el patrón ordenó izar todas las velas de tal modo que el barco pudo maniobrar entre ellas con suma elegancia. Se produjo gran excitación entre los pasajeros y la tripulación mientras todos observaban las ballenas, pero Cowperwood sentía más interés por la habilidad del capitán que por el espectáculo que tenía ante sus ojos.

—¡Ahí lo tienes! —le dijo a Berenice—. Todas las profesiones, todos los oficios, cualquier tipo de trabajo, requiere de lucidez y habilidad. El patrón, como puedes ver, ejerce un control total sobre su yate, y eso, por sí mismo, ya es un logro.

Ella recibió esta observación con una sonrisa, pero no hizo ningún comentario, mientras que él se entregó a la reflexión y a filosofar sobre aquel fascinante mundo del que en aquel momento formaba parte. Lo que más lo impresionó de toda esta escena propia de aquel país nórdico fue el hecho de que representaba una parte



completamente diferente e insignificante a efectos sociales de un mundo que no necesitaba para nada a un hombre de su temperamento. Los inmensos océanos, en su sentido más amplio, mantenían a sus habitantes proveyéndolos de pescado y contaban con suficientes empleos como para permitirles construir y hacer habitables los terrenos que necesitaban a su regreso, mejorando así sus condiciones de vida hasta hacerlas relativamente cómodas. Aunque sintió que estas gentes obtenían más de la vida disfrutando de aquella belleza, de sus sencillas comodidades y encantadoras costumbres sociales de lo que sacaban él y millones de hombres, que se pasaban la vida acumulando dinero de manera incansable. En cuanto a sí mismo, se hacía viejo y ya había dejado atrás la mejor parte de su vida. En realidad, ¿qué tenía por delante? ¿Más galerías de arte? ¿Más irritaciones por culpa de la opinión pública?

Este viaje sin duda le había supuesto un auténtico descanso, pero en este momento, cada hora lo acercaba más a muchas cosas que estaban lejos de la paz y la tranquilidad; si seguía adelante con ellas, sólo podrían conducirle a más discusiones, más abogados, más críticas en los periódicos y más problemas en su matrimonio. Se sonrió con ironía. No debía pensar demasiado. Más valía tomarse las cosas como vinieran y sacarles el mayor partido posible. Después de todo, el mundo había hecho más por él que por la mayoría, y lo menos que podía hacer era mostrarse agradecido, y lo estaba.

Varios días más tarde, cuando se acercaban a Oslo durante el viaje de vuelta, propuso que, para evitar el peligro de que aquello se hiciera público, Berenice abandonara el yate allí y cogiera un vapor para regresar a Liverpool, lo que la dejaría a poca distancia de Pryor's Cove. Le alegró ver que ella aceptaba su decisión, pero por su expresión notó que le molestaban aquellas fuerzas que invariablemente controlaban e interrumpían su relación.

## CAPÍTULO LVIII

Las vacaciones de Cowperwood en Noruega le habían devuelto unas condiciones físicas tan excelentes que estaba ansioso por reemprender sus asuntos de negocios, en un esfuerzo concentrado por alcanzar los objetivos que se había marcado: ciento ochenta y cinco millones de capital, doscientos veinticinco kilómetros de vías y la electrificación de todo el metro de Londres para enero de 1905. Se sentía tan motivado por esta renovada ambición y por su deseo de terminar este trabajo y demostrar su importancia, que prácticamente no se concedía un descanso, ni en Pryor's Cove ni en ningún otro sitio.

Así que en los meses sucesivos, hubo reuniones de directores, conversaciones con importantes inversores interesados en el proyecto, problemas de ingeniería y reuniones privadas, a veces por las noches, con lord Stane y Elverson Johnson. Finalmente, surgió la necesidad de hacer un viaje a Viena con la finalidad de examinar un motor eléctrico inventado por un hombre llamado Ganz<sup>[1]</sup>, que prometía reducir el coste de funcionamiento del metro en una suma considerable. Tras ver el motor y observar su funcionamiento, quedó convencido de su valor y enseguida mandó cables a varios de sus ingenieros para que acudieran a Viena a confirmar su opinión.

En el camino de vuelta a Londres, hizo una parada en el hotel Ritz de París. La primera noche, se encontró con un viejo colega en el vestíbulo del hotel, Michael Shanley, que en cierto momento había sido empleado suyo en Chicago, quien le propuso que fuesen a escuchar un concierto en la Ópera de París. Se hablaba mucho de las composiciones de un polaco llamado Chopin que se iban a interpretar allí<sup>[2]</sup>. A Cowperwood aquel nombre sólo le resultaba vagamente conocido, y a Shanley aún menos, pero aun así fueron; y Cowperwood se sintió tan fascinado por la música que, al leer en el programa que Chopin estaba enterrado en Père-Lachaise<sup>[3]</sup>, sugirió que visitaran por la mañana aquel cementerio mundialmente famoso.

Por lo tanto, a la mañana siguiente, él y Shanley fueron a Père-Lachaise, donde contrataron un guía que, en inglés, les proporcionó mucha información mientras paseaban por las avenidas bordeadas de cipreses del cementerio. Así se enteraron de que aquí, bajo aquel sepulcro, yacía Sarah Bernhardt, quien, en tiempos pasados, en Chicago, tanto lo había emocionado con su voz de oro<sup>[4]</sup>. Un poco más allá estaba la tumba de Balzac, de cuyas obras sólo sabía que se consideraban geniales<sup>[5]</sup>. Al pararse a mirar, de nuevo tomó conciencia del hecho de que su propio trabajo le había impedido conocer la importancia intelectual y artística de las manifestaciones del genio en muchos otros campos. Pasaron las tumbas de Bizet, Musset, Molière<sup>[6]</sup>, y al

fin llegaron al lugar de descanso de Chopin, donde se encontraron con que estaba cubierto de ramos de rosas y azucenas atados con lazos.

—¡Fíjese en eso! —exclamó Shanley—. ¡Sin duda es un gran músico, pero lleva muerto más de medio siglo y aún tiene aquí todas estas flores! ¡Por Dios, seguro que nadie hará eso nunca por mí, lo sé!

Ese pensamiento hizo que Cowperwood se preguntara qué probabilidades había de que su tumba estuviera cubierta de flores, ni siquiera un año después de su muerte; pensamiento que lo divirtió más que irritarlo, porque bien sabía que había pocas tumbas, tanto si eran de aquellos que habían realizado grandes obras como si no, cubiertas de flores después de tantos años.

Sin embargo, antes de marcharse de Père-Lachaise, aún le esperaba otra sorpresa. Porque cuando se encaminaron hacia el sur en busca de una salida, se encontraron de repente con la preciosa tumba común de Abelardo y Eloísa, por lo que su guía comenzó a recitarles el conocido y trágico romance de aquella malhadada pareja<sup>[7]</sup>. ¡Eloísa y Abelardo! ¡El amor de una muchacha por un monje espiritualmente brillante, y la salvaje brutalidad de su padre, el cruel miembro del consejo episcopal de una catedral del siglo XI! Hasta entonces, Cowperwood nunca había oído hablar de aquellos amantes, pero ahora, mientras escuchaba al guía, una mujer evidentemente refinada y muy atractiva que llevaba una cesta llena de flores se acercó a la tumba y comenzó a esparcir por encima y a su alrededor flores de múltiples colores. Tanto Cowperwood como Shanley se emocionaron tanto con este gesto, que se quitaron el sombrero, y cuando la mujer reparó en ellos, la saludaron con una respetuosa inclinación de cabeza. Ella agradeció su interés diciéndoles: «*Merci beaucoup, messieurs*»<sup>[8]</sup>, y se alejó.

Pero este episodio tan emotivo y lleno de color desencadenó un hilo de pensamiento que llevó a Cowperwood a recordarse a sí mismo y a la Aileen de los primeros tiempos. Porque, después de todo, en cierto momento de su carrera había estado preso en Filadelfia, y había sido ella, quien, enfrentándose a todos sus enemigos, incluido su propio padre, lo había visitado fielmente, le había declarado su amor incondicional y había aliviado su suerte en todo lo que había podido. Igual que Eloísa con Abelardo, ella lo había querido a él y a nadie más, y sabía que así seguía siendo.

De repente se le ocurrió la idea de una tumba común para los dos, una última morada preciosa y duradera. Sí, contrataría a un arquitecto, obtendría diseños y construiría una maravillosa tumba que conmemorara el hecho de que al menos en cierto momento él la había amado tanto como ella lo amaba a él.

## CAPÍTULO LIX

Al regreso de Cowperwood a Londres, Berenice se sorprendió por el cambio en su aspecto. Parecía completamente agotado y era obvio que había perdido peso. Le expresó su disgusto por la escasa consideración que mostraba por su propio bienestar físico y por el hecho de que lo veía muy poco.

—Frank, querido —comenzó en tono afectuoso—, ¿por qué dejas que esto te consuma tanto tiempo y energía? Pareces tenso y nervioso. ¿No crees que deberías ver a un médico y dejar que te hicieran un reconocimiento completo antes de continuar?

—Bevy, querida —dijo él abrazándola por la cintura—, no hay necesidad de que te preocupes tanto. Sé que estoy trabajando demasiado, pero pronto habrá acabado y ya no tendré que ocuparme de tantos asuntos, al menos, por el momento.

—¿Te encuentras bien?

—Sí, querida, creo que estoy bien. En cualquier caso, esta etapa del proyecto es tan importante que debo atenderla personalmente.

Pero, no bien había acabado de decirlo, se inclinó hacia delante aquejado de un dolor repentino. Ella corrió a su lado, exclamando:

—Frank, ¿qué pasa? ¿Qué te ocurre? ¿Has sentido algo parecido antes?

—No, querida, desde luego que no —dijo él—. Pero no puede ser nada grave, estoy seguro. —Y se recuperó en parte—. Claro que —continuó— tiene que haber algo que provoque un dolor tan intenso. Quizá sea mejor que llames al doctor Wayne y le pidas que venga a echarme un vistazo... —sugerencia que hizo que Berenice corriera inmediatamente al teléfono.

Cuando el médico llegó, se sorprendió al encontrar a Cowperwood con un aspecto tan demacrado, y tras reconocerlo y prescribirle un remedio que había de ser preparado al instante, le pidió que fuera a verlo a su consulta a la mañana siguiente para hacerle un reconocimiento completo, a lo que Cowperwood accedió. Sin embargo, al cabo de una semana, y después de que dos de los mejores especialistas de Londres lo hubieran visitado a petición del doctor Wayne y le hubieran informado de sus conclusiones, se sorprendió al saber que había contraído una grave enfermedad renal que podría llegar a causarle la muerte en un corto espacio de tiempo. Ordenó a Cowperwood que descansara y que se tomara los medicamentos que le había prescrito, que tenían como objetivo inducirlo a una disminución de su actividad.

Sin embargo, cuando Cowperwood entró en la consulta del doctor Wayne unos días después para recoger su informe, le dijo al médico que se sentía mejor y parecía haber recuperado su apetito normal.

—El problema con estos procesos, señor Cowperwood —le dijo el doctor Wayne

con mucha tranquilidad en este momento—, es que sus efectos no siguen un patrón establecido y el dolor que provocan a veces desaparece durante algún tiempo. Sin embargo, eso no significa que el paciente se haya curado, ni siquiera que haya mejorado. Los dolores pueden volver y eso con frecuencia da lugar a pronósticos claros y preocupantes por parte de nuestros especialistas, que no siempre son correctos, en cualquier caso. Puede ocurrir que el paciente mejore y viva muchos años. Sin embargo, puede empeorar y esa es una de las circunstancias que hacen que esta sea una enfermedad difícil de tratar. Así que, como entenderá, señor Cowperwood, ese es el motivo por el que no puedo hacer una valoración tan firme como me gustaría.

Aquí Cowperwood lo interrumpió.

—Creo que hay algo que quiere contarme, doctor Wayne. Y sin duda me gustaría saber qué dice exactamente el informe de los especialistas. Sea lo que sea, quiero saberlo. ¿Tan mal tengo los riñones? ¿Existe algún problema orgánico que pueda resultar mortal?

El doctor Wayne lo miró fijamente.

—Bueno, los especialistas dicen que con descanso y sin trabajar mucho, puede que viva un año o quizá algo más. Si extrema los cuidados, puede que viva incluso más. El suyo es un caso de nefritis crónica, o enfermedad de Bright, señor Cowperwood. Sin embargo, como ya le he explicado, no siempre tienen razón.

Cowperwood recibió esta estudiada respuesta con calma y con aire pensativo, aunque ahora, por primera vez en su vida, durante la que prácticamente siempre había gozado de buena salud, se enfrentaba a la noticia de que padecía una enfermedad que podía resultar mortal. ¡La muerte! ¡Probablemente no le quedara más de un año de vida! ¡El final de todo su trabajo creativo! Pero, si así había de ser, así había de ser, y debía prepararse para aceptarlo.

Tras abandonar la consulta del médico, no le preocupaba tanto su propio estado como el efecto que su muerte tendría sobre las diversas personas que habían tenido una relación estrecha con él a lo largo de su vida: Aileen, Berenice, Sippens; su hijo, Frank Cowperwood; su primera esposa, Anna<sup>[1]</sup> (ahora convertida en la señora Wheeler); y su hija Anna, a la que hacía años que no veía, pero a la que había provisto ampliamente desde hacía mucho tiempo. Y había otros a los que se sentía agradecido.

De camino a Pryor's Cove más tarde aquel mismo día, no dejaba de darle vueltas en la cabeza a la necesidad de poner todos sus asuntos en orden. Lo primero que tenía que hacer ahora era redactar su testamento, aunque cupiera la posibilidad de que los médicos estuvieran equivocados. Debía proveer económicamente a todos aquellos más cercanos a él. Y luego estaba también su preciada galería de arte, que tenía intención de donar al público. También estaba el hospital que siempre había tenido tantos deseos de fundar en Nueva York. Debía hacer algo al respecto. Tras pagar a los diversos herederos y a las personas a las que tenía intención de favorecer, debían

quedar aún medios de sobra para un hospital que ofreciera los mejores servicios a todos aquellos que carecieran de fondos y de otro sitio al que recurrir.

Además, estaba el asunto de la tumba que deseaba erigir para él y para Aileen. Debía hablar con un arquitecto para que realizara un diseño que resultara hermoso y apropiado. Debía compensarla de algún modo por su obvia falta de atención hacia ella.

Pero, ¿y Berenice? En su opinión, no podía beneficiarla abiertamente en su testamento. No deseaba exponerla a las preguntas impertinentes de la prensa y a la inevitable envidia del público en general. Pero lo arreglaría de otro modo. Aunque ya había establecido un fondo fiduciario independiente para ella, ahora haría efectivo un nuevo paquete de bonos y acciones que tenía en diversas sociedades y le transferiría el dinero a ella. Esto la aseguraría ante el peligro de que en años venideros no hubiese suficientes fondos.

Para entonces, el carruaje ya había llegado a Pryor's Cove, y la aparición de Berenice, que le sonreía con afecto y que se mostraba ansiosa por conocer lo que habían dicho los médicos, interrumpió este penoso hilo de sus pensamientos. Pero, como era habitual en él y a su manera estoica e independiente, rechazó su pregunta con un gesto de la mano restándole valor.

—Nada de importancia, querida —dijo—. Una pequeña irritación de la vejiga debida probablemente a los excesos con la comida. Me dio una receta y me aconsejó que me tomase el trabajo con más calma.

—¡Lo sabía! ¡Hace mucho que te lo vengo diciendo! Deberías descansar más, Frank, y no hacer tantos esfuerzos físicos.

Pero, en este momento, Cowperwood logró con éxito cambiar de tema.

—Hablando de trabajo duro —dijo él—, ¿hay alguien por aquí haciendo algo con respecto a esos pichones y a esa botella de vino especial de los que me hablabas esta mañana...?

—¡Oh, eres incorregible! Aquí viene Phenie a poner la mesa. Vamos a cenar en la terraza.

Él le cogió la mano y le dijo:

—Es que Dios protege a los honestos y a los laboriosos...

Y alegremente y cogidos de la mano, entraron juntos en la casa.

## CAPÍTULO LX

Aunque Cowperwood aparentemente había disfrutado mucho de aquella comida con Berenice, su mente no había dejado de dar vueltas, girando sin parar como la rueda de un molino, a varias cuestiones que incluían, por una parte, sus diversos intereses comerciales y financieros, y por otra, a las diversas personas, tanto hombres como mujeres, que habían trabajado a su lado con el fin de culminar los grandes sistemas de transporte que tanto lo habían absorbido. Los hombres, por lo general, le habían resultado muy útiles, y las mujeres, lo habían entretenido mucho; entre todos ellos, sin embargo, le habían proporcionado treinta intensos años. Y ahora, aunque en realidad no creía que el diagnóstico del médico fuese tan funesto como parecía, debido al pronóstico de que sus días se acababan, no pudo evitar que esta hora deliciosa al lado de Berenice, aquí a la orilla Támesis y con este agradable césped que se extendía ante ellos, le hiciera sentir lo efímera que era la belleza de la vida y su inquietante patetismo. Sólo que ahora, verse obligado a contemplar la posibilidad de que todo lo que consideraba parte de sí fuese a llegar a su fin de manera repentina, lo predispuso a dar mucho más valor a lo que había sido y a lo que había disfrutado. Berenice —tan joven, tan inteligente y tan divertida—, que, en circunstancias favorables podría estar con él aún muchos años. Y se daba cuenta de que eso era lo que ella, ahora tan alegre y tan amable, pensaba. Por una vez, no consiguió contemplar el funesto proceso de la vida con su habitual ecuanimidad. En realidad, sólo consiguió reparar en el valor poético de aquel momento, y en su fugacidad, lo que únicamente le supuso pesar y nada más.

Sin embargo, en su comportamiento no se traslucía la tristeza que embargaba su mente, porque ya había decidido que debía disimular, actuar. Debía seguir adelante con sus asuntos como siempre, hasta el momento mismo en que se cumpliera el pronóstico de los médicos, si es que llegaba a cumplirse. De modo que por la mañana abandonó Pryor's Cove y se fue a su oficina, como de costumbre, donde cumplió con su rutina diaria con la misma tranquilidad y precisión que siempre había demostrado en lo relativo a las decisiones, procedimientos, etc. Sólo que ahora sintió que tenía la obligación de poner en marcha los diversos procesos que conducirían al cumplimiento de sus deseos personales en caso de que se produjera su muerte.

Uno de estos era la tumba para él y la desilusionada Aileen. Por eso, llamó a Jamieson, su secretario, y le pidió que le proporcionase los nombres de todos los arquitectos de incuestionable oficio, tanto de Inglaterra como del resto del continente, que se hubiesen forjado una reputación por su construcción de mausoleos. Deseaba tener esos datos a la mayor brevedad porque los necesitaba para un amigo. Una vez hecho esto, concentró su atención en aquello que más le interesaba: su galería de arte,

a la que quería añadir las pinturas que la convirtieran en una colección extraordinaria. Con ese fin, dirigió una serie de cartas a personas que compraban y vendían obras maestras, y logró hacerse con algunos cuadros muy valiosos: entre ellos, un Bouguereau, *Invasor del reino de Cupido*; *Camino al pueblo* de Corot; un Frans Hals, *Retrato de mujer*; y la *Resurrección de Lázaro* de Rembrandt<sup>[1]</sup>. Y los envió todos a Nueva York.

Al tiempo que llevaba a cabo estas actividades, sin embargo, debía hacerse cargo de detalles ineludibles relativos a su proyecto del metro. ¡Reclamaciones, disputas, intromisiones por parte de sus rivales y mezquinos pleitos! Pero, al cabo de un tiempo, logró cumplir con todos los requisitos que aquella situación demandaba, y además, empezaba a sentir que había mejorado tanto, que llegó a la conclusión de que no había que dar mayor importancia a los dolores que había sufrido en un principio y que le habían hecho consultar con un médico. De hecho, su futuro parecía más prometedor que nunca desde que llegara a Londres. Hasta Berenice concluyó que su antiguo vigor físico había reaparecido.

Mientras tanto, lord Stane, impresionado por la energía creadora de Cowperwood, que se expresaba a través de muchas y originales ideas, decidió que había llegado el momento de celebrar un evento social en honor de Cowperwood en su preciosa propiedad junto al mar, Tregasal, donde podía acomodar al menos a doscientos invitados. De modo que tras pensar mucho en las personalidades a las que debía invitar, se fijó la fecha, y Tregasal, con sus preciosos jardines y su enorme salón de baile, con sus arañas de luces rivalizando con el brillo de la luna, se convirtió en el escenario del baile.

Lord Stane, de pie cerca de la entrada principal, saludó a la enorme cantidad de invitados que iba llegando. Y al ver a Berenice entrar del brazo de Cowperwood, pensó que aquella noche estaba especialmente bella, con un sencillo vestido blanco de diseño griego que le arrastraba, sujeto a la cintura por un cordón dorado y con su pelo rojo rematando aquel atuendo como si se tratara de una corona de oro. Y para culminar aquel momento para Stane, lo miró y le sonrió de tal modo cuando se acercó, que lo único que logró decirle fue:

—¡Berenice! ¡Preciosa! ¡Eres un sueño de hermosura! —Un saludo que Cowperwood, que se había parado para intercambiar unas palabras con uno de sus accionistas más importantes, no alcanzó a oír.

—Debes concederme el segundo baile —dijo Stane, sosteniéndole la mano un momento. Y ella asintió con la cabeza graciosamente.

Tras saludar a Berenice, dio la bienvenida a Cowperwood, su huésped de honor, de la manera más cordial, reteniéndolo el tiempo suficiente para que los numerosos directivos del metro y sus esposas pudieran saludarlo.

No pasó mucho tiempo antes de que anunciaran la cena y los invitados, que entraron y se sentaron, comenzaran a disfrutar de la conversación bebiendo vinos de excelente cosecha, además de una marca especial de champán que Stane estaba



convencido que satisfaría los paladares más exigentes. Las risas y el murmullo de las conversaciones fueron subiendo de volumen, aunque se veían agradablemente amortiguadas por las suaves notas de la música que entraba desde la sala contigua.

Berenice se encontraba sentada cerca de la cabecera de la mesa con lord Stane a un lado y el conde de Bracken al otro. Este último era un joven bastante atractivo quien, mucho antes de terminar el tercer plato, la estaba apremiando para que le reservara por lo menos el tercer o el cuarto baile. Pero aunque se sentía a un tiempo interesada y halagada, no dejaba de seguir con los ojos cada movimiento de Cowperwood quien, en el otro extremo de la mesa, se hallaba sumido en una animada conversación con una morena extremadamente atractiva a un lado, obviamente sin desatender a la encantadora belleza que tenía al otro. Le agradaba verlo relajado y entretenido, ya que hacía algún tiempo que no lo veía así.

Sin embargo, como la cena se alargaba considerablemente y las reservas de champán eran ilimitadas, empezó a albergar cierto temor por Cowperwood. Notaba que tanto sus gestos como su conversación se iban volviendo más entusiastas, obviamente por culpa del champán, y esto la preocupaba. Y cuando al fin Stane anunció que todos aquellos que desearan bailar podían pasar ahora al salón de baile, y Cowperwood se acercó a reclamarle el suyo, se sintió aún más preocupada al notar que se mostraba eufórico. A pesar de eso, caminó con el aire de quien estaba más sobrio que ninguno de los presentes. Mientras se movían al ritmo de los pasos del vals, ella le susurró:

—¿Eres feliz, cariño?

—Nunca he sido más feliz —contestó él—. ¡Estoy contigo, preciosa mía!

—¡Cariño! —susurró Berenice.

—¿No es maravilloso, Bevy? ¡Tú, este lugar, esta gente! ¡Esto es lo que he estado buscando toda mi vida!

Ella le sonrió con afecto, pero justo en aquel momento sintió que él se tambaleaba ligeramente y después se paraba poniéndose la mano en el corazón, y murmurando:

—Aire, aire. ¡Tengo que salir al exterior!

Le sujetó la mano con firmeza y lo guió hacia uno de los balcones que miraba al mar y que tenía la puerta abierta. Lo ayudó a llegar al banco más próximo, sobre el que se dejó caer pesadamente y sin fuerzas. A estas alturas, ella ya estaba tremendamente alarmada y corrió hacia uno de los sirvientes que pasaba por allí con una bandeja, exclamando:

—¡Por favor! ¡Necesito ayuda! Busque a alguien y ayúdeme a llevarlo a un dormitorio. Está gravemente enfermo.

El asustado sirviente llamó al mayordomo inmediatamente, que se encargó de que llevaran a Cowperwood a una sala desocupada en aquella misma planta, después de lo cual se lo notificó a Stane. Al llegar, se quedó tan sorprendido ante la angustia de Berenice, que ordenó al mayordomo que llevase a Cowperwood a su propia *suite* en la segunda planta e inmediatamente llamó a su propio médico, el doctor Middleton.

El mayordomo también recibió instrucciones de que debía asegurarse de que todos los sirvientes guardaban silencio con respecto a aquello.

Entretanto, Cowperwood comenzaba a moverse y cuando entró el doctor Middleton, se había recuperado lo suficiente como para ser consciente de la necesidad de andarse con cautela y para decirle a Stane que mientras menos se dijera sobre aquello, mejor, aparte de que había tropezado y se había caído. Estaba seguro, dijo, de que se encontraría bien por la mañana. El doctor Middleton, sin embargo, tenía una idea diferente sobre su dolencia y le dio un sedante, tras lo cual aconsejó al enfermo que permaneciera donde estaba al menos un día o dos con objeto de que él pudiera averiguar si se producía alguna complicación. Porque, como le dijo a Stane, el estado de Cowperwood probablemente revestía mayor gravedad que un simple desvanecimiento.

## CAPÍTULO LXI

A la mañana siguiente, cuando Cowperwood despertó en la *suite* de Stane, se halló solo durante algún tiempo, menos por las idas y venidas de cortesés sirvientes, y fue entonces cuando empezó a repasar mentalmente los aspectos más preocupantes de todo lo que le había acontecido con tanta rapidez. Porque estaba bastante sorprendido por el hecho de que, tras haber llegado a sentir una cierta seguridad con respecto a su estado de salud, ahora tuviera que tomar conciencia tan repentinamente de que estaba enfermo.

¿Era cierto entonces que había caído víctima de esta dolencia mortal conocida como la enfermedad de Bright? Cuando recibió la visita del doctor Middleton, no estaba lo suficientemente lúcido como para hablar de su desvanecimiento. Por un lado, según recordaba ahora, había tenido la sensación de que prácticamente no podía respirar, lo que al final dio lugar a una debilidad física que fue lo que provocó su caída. ¿Era debido a una enfermedad del riñón, como ya había dicho el doctor Wayne, o lo había causado un exceso de champán y de comida? El médico, según recordaba, le había insistido en que no debía beber más que agua y que debía hacer comidas ligeras.

Para asegurarse de que tomaba las medidas más oportunas, decidió encargar a Berenice que mandara un cable a su viejo amigo y médico personal, el doctor James de Nueva York, para que acudiese a Londres enseguida. Este amigo, que gozaba de su total confianza, sería quien lo sacara de dudas sobre cuál era su verdadero estado de salud.

Sin embargo, mientras repasaba la situación con calma y tranquilidad, alguien tocó a la puerta y lord Stane entró en la habitación, mostrándose alegre y gentil.

—¡Aquí lo tenemos! —exclamó—. ¡Usted con sus mujeres bellas y su champán! ¿Quién lo iba a pensar? ¿No le da vergüenza? —Cowperwood mostró una amplia sonrisa—. Y por cierto —continuó Stane—, tengo órdenes de imponerle un castigo muy severo durante al menos veinticuatro horas. ¡Nada de champán! ¡Sólo agua! ¡Sin caviar, ni un grano, sólo una fina loncha de ternera con más agua! ¡Quizá cuando esté a punto de desmayarse, un cuenco de gachas no muy espesas con más agua!

Cowperwood se incorporó en la cama.

—A eso se le llama el colmo de la crueldad —dijo él—. Pero a lo mejor lo puedo convencer para que comparta mis gachas y mi agua. Mientras tanto, entre usted y yo, quizá podría decirme lo que le contó el doctor Middleton.

—Bueno —le contestó Stane—, lo que dijo fue que a usted se le olvida que la edad se le va echando encima y que el champán y el caviar quedan fuera de su actual capacidad de digestión. Al igual que bailar hasta el amanecer. De ahí su

desvanecimiento sobre el pulido suelo de mi salón de baile. Por eso el doctor Middleton le hará una nueva visita para averiguar cómo evoluciona, aunque dice que no aprecia nada serio aparte de que trabaja usted demasiado, algo que puede remediar muy fácilmente. Y debo decirle que su encantadora pupila, que tuvo la amabilidad de aceptar el alojamiento que le ofrecí para pasar aquí la noche, bajará en breve. No hace falta que le diga, por supuesto, que está tan preocupada como yo, con independencia de cuáles sean las conclusiones del doctor Middleton... —afirmación que hizo que Cowperwood dijera con gran convencimiento:

—Pero no me ocurre nada que tenga la menor trascendencia. Puede que no esté como nuevo, pero todavía ando muy cerca. Y en cuanto a los negocios, estaré disponible para solventar cualquier dificultad que pueda surgir. De hecho, puede usted juzgar por sí mismo, por los resultados obtenidos hasta ahora, si nuestros asuntos se están manejando de manera competente o no.

En su tono había un leve deje de reproche, que a Stane no se le escapó.

—Los resultados han sido extraordinarios —dijo—. Alguien que es capaz de llegar aquí con una propuesta como la suya y que consigue veinticinco millones de dólares de inversores norteamericanos, sin duda no merece más que cumplidos de mi parte. Y me alegra poder expresarle mi gratitud y la de todos nuestros inversores por su interés y por sus servicios. El único problema, señor Cowperwood, es que todo el peso recae sobre sus anchos hombros norteamericanos y que dependemos de que siga usted gozando de buena salud y se sienta fuerte. Y eso es importante.

En este momento llamaron a la puerta y acto seguido apareció Berenice. Tras los saludos y los comentarios intrascendentes, Stane los animó a ambos a quedarse todo el tiempo que desearan, tanto si se trataba de una semana como de un mes. Pero Cowperwood, que sentía la necesidad de gozar de total privacidad así como de descanso y tranquilidad, insistió en que se marcharían pronto. Cuando Stane se hubo marchado, se dirigió a Berenice para decirle:

—No me siento tan mal, querida. No es eso, sino la necesidad de evitar que esto trascienda en modo alguno, por lo que me gustaría que nos marcháramos lo antes posible; y por mi gusto, preferiría ir a Pryor's Cove antes que al hotel. ¿Lo organizarás todo con lord Stane, por favor, de modo que podamos marcharnos por la mañana?

—Por supuesto, querido —contestó Berenice—, si eso es lo que quieres. Yo también me sentiría mejor si te tuviese allí cerca de mí.

—Hay otra cosa, Bevy —continuó Cowperwood—. Quiero que hables con Jamieson para que le envíe un cable al doctor Jefferson James de Nueva York. Se trata de mi antiguo médico y amigo. Pídele que venga a Londres, si le es posible. Dile a Jamieson que debe hacerlo de manera confidencial y en código. Lo podrá localizar en la Asociación Médica de Nueva York.

—Entonces sí que piensas que tienes algo. —El tono que empleó indicaba que estaba nerviosa.

—¡No! Nada grave ni mucho menos, pero como podrás ver, tengo ciertas dudas sobre qué es lo que me pasa en realidad. Además, en lo que a mis actividades públicas se refiere, a cualquiera podría parecerle extraño, especialmente a mis accionistas e inversores, que un hombre se desvaneciera repentinamente sin ningún motivo aparente, aunque quizá me excediera un poco anoche con la comida y la bebida, especialmente con el champán. Aunque ciertamente nunca me había sentido así antes. Y desde luego que me gustaría volver a ver a Jefferson. Él sabrá lo que hay y me dirá la verdad.

—Frank —lo interrumpió Berenice en este momento—, ¿qué te dijo el doctor Wayne la última vez que lo visitaste y que no me contaste a mí? ¿Qué decía el informe de los especialistas?

—Oh, el doctor Wayne dijo que el dolor que sentía en aquel momento podía tener alguna relación con la enfermedad de Bright, pero que no estaba seguro porque, según me informó, la enfermedad de Bright tiene dos fases, crónica y aguda. Y en mi caso, me contó, no se trataba ni de una ni de otra. También dijo que tendría que esperar a que se produjera algún otro síntoma de mayor importancia antes de que ningún especialista pudiera ofrecer un diagnóstico correcto.

—Bueno, en ese caso, creo que el doctor James debería venir. Le diré a Jamieson que le envíe un cable mañana. Mientras tanto, estoy segura de que Pryor's Cove es el lugar más adecuado para ti hasta que el doctor James opine que te encuentras bien.

Después, fue hasta la ventana, echó las cortinas y le dijo que intentara descansar un rato mientras ella se encargaba de hacer todos los preparativos necesarios para su marcha a la mañana siguiente. Pero mientras lo hacía, debatía mentalmente sobre la trascendencia que todo esto tenía para él, y aunque se mostraba amable, temblaba por dentro.

—Tiene mucha razón, querida —observó Stane cuando ella le informó de la decisión que habían tomado de marcharse a Pryor's Cove—. Es probable que tenga un efecto calmante sobre él, estoy seguro, igual que me ocurrió a mí tantas veces en el pasado. Además, está su madre allí y le será de gran ayuda. Si me lo permite, yo mismo los llevaré hasta allí por la mañana. El señor Cowperwood es demasiado importante para mí como para pasar por alto cualquier cosa que pudiera contribuir a su comodidad y a su pronta recuperación.

## CAPÍTULO LXII

Como consecuencia de todo esto, en el transcurso de las dos semanas siguientes se produjo la llegada a Pryor's Cove del doctor James quien, al ver a Cowperwood descansando cómodamente en un dormitorio que daba al Támesis, le hizo la siguiente observación:

—Bueno, Frank, ya veo que no estás tan mal como para no poder disfrutar de la preciosa vista que tienes a través de estas ventanas. Casi me apetece decirte que te levantes y que te marches apresuradamente a Nueva York para que yo pueda echarme ahí hasta que me recupere del esfuerzo que me ha supuesto llegar hasta aquí. Hacía años que me moría por coger unas vacaciones.

—¿No has disfrutado del viaje? —le preguntó Cowperwood.

—En mi vida he agradecido más un cambio. Ha sido precioso. El mar estaba en calma y había una *troupe* de *minstrels*<sup>[1]</sup> a bordo que me ha tenido de lo más entretenido. Iban camino de Viena, si te interesa, y la mitad de ellos eran negros.

—¡El mismo Jeff de siempre! —comentó Cowperwood—. ¡Pero qué placer volver a verte de nuevo! ¡No sabes la de veces que he deseado que estuvieras aquí para que pudieras contemplar algunas de las excentricidades de estos ingleses!

—¿Tan raros son, de verdad? —dijo James con aire divertido—. Pero, ¿por qué no me lo cuentas todo desde el principio? ¿Dónde estabas y por qué te desvaneciste?

Con lo cual Cowperwood procedió a explicarle despacio y con todo detalle las incidencias personales y laborales que habían tenido lugar desde su regreso de Noruega, junto con las opiniones del doctor Wayne y de los especialistas.

—Y por eso he querido que vinieras, Jeff —concluyó—. Sabía que tú me dirías la verdad. Los especialistas dijeron que podría tratarse de la enfermedad de Bright. De hecho, dijeron que quizá no viviera más allá de año y medio como máximo, aunque el doctor Wayne hizo hincapié en que las conclusiones de los especialistas no eran siempre necesariamente correctas.

—¡Cierto! —enfaticó el doctor James.

—Puede, por supuesto —continuó Cowperwood—, que la opinión del doctor Wayne me diera una falsa impresión de seguridad porque, no mucho después de eso estuve de celebración en la finca de lord Stane y eso fue lo que provocó el perturbador incidente que te he descrito. De repente sentí gran dificultad para respirar y tuvieron que ayudarme a salir de la habitación, y eso me ha hecho dudar del diagnóstico del doctor Wayne. Pero ahora que estás tú aquí, lo que espero es que me digas la verdad y que tomemos las medidas más adecuadas.

Llegado este punto, el doctor James dio un paso adelante y colocó ambas manos sobre el pecho de Cowperwood.

—Ahora, respira hondo y muéstrame hasta dónde puedes llegar —le dijo, y después de que Cowperwood se esforzara al máximo en ese sentido, el médico le dijo —: Veo que tienes el estómago algo dilatado. Tendré que darte algo para eso.

—¿Te parece que pueda tener una enfermedad mortal, Jeff?

—No tan rápido, Frank. Después de todo, tengo que hacerte más exámenes, pero sí puedo decirte que ya has visto a dos médicos y a tres especialistas y que te han dicho que podría causarte la muerte, o no. Como sabes, siempre hay un amplio margen entre lo posible y lo imposible, entre lo seguro y lo incierto, y siempre hay un amplio margen entre la enfermedad y la salud. Pero al verte aquí ahora, y teniendo en cuenta tu estado físico en general, creo que es probable que sigas aquí todavía unos meses, o incluso varios años. Debes darme tiempo para tratarte y para pensar qué es lo mejor para ti. Mientras tanto, mañana por la mañana, volveré por aquí bastante temprano para hacerte un reconocimiento físico completo.

—¡Espera un momento! —exclamó Cowperwood—. Mis órdenes son que te quedes aquí con nosotros, conmigo y con mi pupila, la señorita Fleming, y su madre.

—Es muy amable por tu parte invitarme, Frank, pero hoy no puedo quedarme. Resulta que hay un par de medicamentos que tendré que buscar en Londres antes de poder continuar tratándote. Pero volveré sobre las once de la mañana, y después de eso, atendiendo a tus deseos, me quedaré contigo, al menos el tiempo suficiente para hacer que te recuperes, aunque no logre darte más información. Pero, por ahora, nada de champán; en realidad, nada de alcohol de ninguna clase, al menos durante algún tiempo, y nada de comida, a excepción quizá de algún puré, pero sí debes tomar bastante suero de leche.

En ese momento, Berenice entró en la habitación y Cowperwood se la presentó al médico. El doctor James, tras saludarla, se dirigió a Cowperwood y exclamó:

—¿Cómo puedes estar enfermo, si tienes el remedio para todos los males aquí justo al lado de la cama? Puedes estar seguro de que estaré aquí bien tempranito por la mañana.

Después de eso y en tono muy profesional, le explicó a Berenice que cuando regresara, necesitaría agua caliente, toallas y carbón de una chimenea que había visto en una habitación contigua y en la que ardía un buen fuego.

—Y hacerme venir de Nueva York para tratarlo cuando tiene la cura aquí mismo —le dijo sonriente—. Este mundo es tan absurdo que no tiene arreglo.

A Berenice, que se dio cuenta de que era un hombre inteligente y jovial, le cayó bien al instante y pensó en la cantidad de personas fuertes e interesantes que Frank invariablemente atraía a su lado.

De modo que después de hablar algo más con Cowperwood sobre temas personales, se marchó a la ciudad, pero no sin antes hacer que este comprendiera que sus abrumadoras obligaciones financieras constituían en sí mismas una especie de enfermedad.

—Todos estos problemas de diversa índole suponen una preocupación constante,

Frank —le dijo muy serio—. El cerebro es un órgano que piensa, crea y dirige y que puede crearte tantos problemas como cualquier enfermedad mortal, y la preocupación es uno de ellos, y creo que esa es la enfermedad que estás padeciendo ahora mismo. Mi problema es cómo hacerte saber que eso es así, y que tu vida tiene más valor para ti que diez sistemas de metro. Si insistes en poner el trabajo por delante de todo lo demás, cualquier matasanos te dirá que a tu edad lo más probable es que te mueras. Así que mi problema ahora es quitarte de la cabeza tus sistemas de metro y conseguir que te tomes un descanso de verdad.

—Haré todo lo que pueda —dijo Cowperwood—, pero no es tan fácil deshacerse de algunas de estas cargas como a ti pudiera parecerte. Afectan a los intereses de cientos de personas que han puesto toda su fe en mí, además de a millones de londinenses que jamás han podido viajar más allá de los límites de su barrio. Con mi plan, podrán viajar a cualquier parte de Londres por sólo dos peniques y así se harán una idea bastante aproximada de cómo es su ciudad.

—¡Ya estás otra vez, Frank! Si tu vida se acabara de repente, ¿qué pasaría con tus londinenses?

—Mis londinenses estarán bien, tanto si vivo como si muero, contando con que logre dejar todo el plan del metro en marcha antes de morirme. Sí, Jeff, me temo que le doy bastante más importancia a mi trabajo que a mí mismo. De hecho, esto que he empezado se ha hecho ya tan grande que ningún hombre es indispensable, ni siquiera yo, aunque aún puedo hacer mucho si vivo lo suficiente como para llevar mis ideas a la práctica.



## CAPÍTULO LXIII

El doctor James, mientras tanto, tenía mucho sobre lo que reflexionar en lo concerniente a la enfermedad de Cowperwood y a las responsabilidades financieras que tanto lo preocupaban. En cuanto a la enfermedad de Bright, que según había sugerido el médico de Londres podría causar la muerte con mucha rapidez, conocía casos parecidos que habían durado muchos años. Pero, en el caso de Cowperwood, había ciertos aspectos que revestían seriedad. Por un lado, la dilatación del estómago, y por otro, los dolores agudos que lo atacaban de cuando en cuando. No cabía duda de que estos últimos, junto con tanta agitación mental causada por sus asuntos de negocios, podrían causarle un grave daño. Otro factor a tener en cuenta era la preocupación que le suponían otros problemas relacionados con su pasado, de los que James sabía mucho —su primera esposa, su hijo, Aileen y otros afectos que de vez en cuando se habían comentado en los periódicos.

¿Qué podía hacer, qué podía hacer por este hombre al que apreciaba tanto? ¿Qué, aparte de la medicina, podría devolverle la salud, aunque sólo fuera durante algún tiempo? ¡La mente! ¡La mente! ¡Si pudiera influir sobre él psicológicamente, así como médicamente, para hacer que fuese la mente de Cowperwood la que acudiera en su propio rescate! De repente sintió que había dado con la idea que necesitaba: debía fortalecer a Cowperwood hasta tal punto que estuviera dispuesto a hacer un viaje de placer al extranjero, y no sólo por animarlo a cambiar de aires, sino para hacer que el público, tanto en Inglaterra como en Estados Unidos, se quedara atónito ante la noticia de que se encontraba tan bien que había decidido viajar, de modo que la gente dijera: «¡Bueno, este hombre no está enfermo! ¡Se ha recuperado tanto que puede viajar y divertirse!». Probablemente sus efectos no sólo harían que Cowperwood recuperara la energía mental que había perdido, sino que además lo harían creer que se encontraba bien, o al menos mucho mejor.

Aunque resulte extraño, el lugar que se le venía a la cabeza al médico una y otra vez como posible solución a su problema era la Riviera, Montecarlo, el gran centro del juego. ¡Qué gran efecto tendría que la prensa anunciara su presencia allí, en las mesas de juego, entre grandiosos duques y princesas asiáticas! ¡Psicológicamente! ¿Y eso no aumentaría la fama de Cowperwood como financiero? ¡Mil a uno a que sí!

Al día siguiente, cuando regresó a Pryor's Cove y le hizo a Cowperwood un reconocimiento completo, el médico le planteó su sugerencia.

—Personalmente, Frank —comenzó—, creo que dentro de unas tres semanas deberías encontrarte lo suficientemente bien como para marcharte de aquí y hacer un agradable viaje de placer. Así que lo que voy a prescribirte es que abandones temporalmente esta vida y te vengas al extranjero conmigo.

—¿Al extranjero? —preguntó Cowperwood, cuyo tono delataba su sorpresa.

—Sí, y ¿quieres saber por qué? Pues porque los periódicos sin duda tomarían nota del hecho de que estabas en condiciones de viajar. Y eso es lo que quieres, ¿no?

—¡Claro! —le contestó Cowperwood—. ¿Y dónde nos vamos?

—Bueno, a París quizá, y probablemente también podríamos ir a Carlsbad. Sí, ya sé que es un balneario detestable, pero resultará excelente para tu salud.

—¡Por Dios! Y ¿adónde voy desde allí?

—Bueno —dijo James—, puedes elegir entre Praga, Budapest, Viena y la Riviera, incluido Montecarlo.

—¿Qué? —exclamó Cowperwood—. ¡Yo en Montecarlo!

—Sí, tú en Montecarlo, con lo enfermo que crees que estás. Tu aparición en Montecarlo en este momento en particular, provocará exactamente la reacción que buscas. Aunque, en realidad, no habrá necesidad de que hagas nada aparte de aparecer en alguno de los salones de juego y perder unos cuantos cientos de dólares para que la noticia corra de boca en boca. La gente comentará tu estancia allí y el hecho de que parece importarte más bien poco la cantidad de dinero que pierdes.

—¡Para, para! —gritó Cowperwood—. Si tengo fuerzas, iré, y si no sale bien, te demandaré por incumplimiento de promesa.

—Hazlo —le respondió James.

Por lo tanto, tras tres semanas de observación constante y de medicación suministrada por el doctor James, que se había instalado en Pryor's Cove, Cowperwood se sintió mucho mejor y James, que lo reconocía diariamente, decidió que su paciente se había recuperado físicamente lo suficiente como para emprender el programa de viaje que él había propuesto.

Sin embargo, a Berenice, a pesar de estar encantada de saber que la salud de Cowperwood iba mejorando, le preocupaba la idea del viaje. Era muy consciente de que corrían rumores de que Cowperwood sufría una enfermedad mortal y que eso probablemente afectara a todo su plan económico, pero amándolo como lo amaba, no podía evitar que este viaje despertara sus miedos a que no resultara tan útil ni efectivo como el doctor James y Cowperwood pensaban. Aunque Cowperwood le aseguró que no debía preocuparse por nada puesto que se sentía mejor y el plan era ideal.

Se marcharon el siguiente fin de semana. Y, como era de esperar, la prensa de Londres anunció inmediatamente que Frank Cowperwood, sobre el que hacía poco corrían rumores de que estaba gravemente enfermo, se encontraba aparentemente tan recuperado como para deleitarse con un viaje de placer por Europa. Poco después hubo otros artículos en periódicos de París, Budapest, Carlsbad, Viena y Montecarlo, el fabuloso Montecarlo. Los periódicos pusieron especial énfasis en esta última información, diciendo que «el indestructible Cowperwood, que había estado enfermo recientemente, había elegido Montecarlo como lugar de diversión y descanso».

Sin embargo, a su regreso a Londres, las preguntas que le plantearon los periodistas fueron de naturaleza directa y abierta. Un periodista le preguntó:

—¿Hay algo de cierto en los rumores, señor Cowperwood, de que ha estado gravemente enfermo?

—De hecho, muchacho —contestó Cowperwood—, había estado trabajando demasiado y sentí que necesitaba tomarme un descanso. En este viaje me ha acompañado un médico amigo mío y nos hemos relajado visitando el continente.

Se rio con ganas cuando el corresponsal del *World* le preguntó si era o no cierto que había legado sus tesoros artísticos al Museo Metropolitano de Arte.

—Si la gente quiere saber lo que figura en mi testamento —dijo—, tendrán que esperar a que esté bajo tierra, y lo único que deseo es que su sentido de la caridad sea tan fuerte como su curiosidad.

Estos comentarios dibujaron sonrisas en los rostros de Berenice y del doctor James cuando los leyeron en el amplio césped de Pryor's Cove. El doctor James, aunque pensaba continuamente en la necesidad de regresar a Nueva York y a su consulta, sentía cada vez con más intensidad el afecto que tanto Cowperwood como Berenice sentían por él. Porque ambos le estaban infinitamente agradecidos por haber devuelto a Cowperwood una salud y una energía aparentemente normales. De modo que cuando llegó el momento de que el médico se marchase, entre los tres se produjo un momento emotivo que reflejaba la gratitud y la armonía mental que había entre ellos.

—La verdad es que no puedo decirte nada, Jeff —dijo Cowperwood mientras él y Berenice caminaban con el médico hacia la pasarela del vapor en el que estaba a punto de marcharse—. Si puedo hacer algo por ti, no tienes más que pedirlo. Sólo te pido una cosa: que nuestra amistad siga siendo siempre como hasta ahora.

—No intentes recompensarme, Frank —lo interrumpió James—. Conocerte durante tantos años ya ha sido recompensa suficiente para mí. Ven a verme a Nueva York cuando puedas. Estaré deseando verte de nuevo. —Y cogiendo su maleta, añadió—: Bueno, amigos, ¡los barcos no esperan a nadie! —y con eso, volvió a sonreír y les estrechó la mano, para después fundirse con el gentío que ahora subía al barco.

## CAPÍTULO LXIV

Ahora que el doctor James se había marchado, Cowperwood se enfrentaba a multitud de tareas que se habían acumulado durante su ausencia, que requerirían de meses de esfuerzo concentrado y de atención, al tiempo que era necesario atender también a ciertos aspectos de sus problemas personales, uno de los cuales era una carta de Aileen, en la que afirmaba que aunque las reformas del edificio anexo avanzaban bajo la supervisión de Pyne, el arquitecto, pensaba que Cowperwood debía regresar a Nueva York tan pronto como le fuera posible para supervisar el proyecto en su conjunto, de modo que pudiera dar su aprobación o rechazarlo antes de que fuera demasiado tarde. No estaba segura de si habría suficiente espacio en la galería nueva para los cuadros que había añadido a la colección últimamente. Aunque respetaba la opinión del señor Cuthbert como experto, había veces en las que tenía la impresión de que Cowperwood no estaría de acuerdo con él de manera incondicional si estuviera presente.

Cowperwood se dio cuenta de que esto era algo que merecía de su atención, aunque en este momento en particular, era consciente de que mal podía permitirse un viaje a Nueva York. Había demasiados asuntos urgentes relativos a la política y otros detalles de tipo práctico concernientes al metro que requerían ser supervisados personalmente. Por supuesto, lord Stane, que con frecuencia andaba por allí, le aseguró que a aquellas alturas el futuro de todo el sistema probablemente fuese ya a transcurrir sin problemas, y gracias a sus esfuerzos, logró minimizar las antiguas fricciones entre los diversos interesados. Stane parecía sentirse enormemente aliviado y feliz ante su recuperación.

—Bueno, Cowperwood —le dijo la mañana misma de su regreso—, está usted como nuevo. ¿Cómo lo ha hecho?

—No lo he hecho yo —le contestó Cowperwood—. Todo ha sido obra de mi viejo amigo, Jeff James. Ya me había sacado de otras enfermedades en el pasado, pero esta vez, me ha sacado además de un aprieto financiero.

—En eso tiene razón —dijo Stane—. Ha engañado al público con una jugada maestra.

—Fue una idea brillante de Jeff. No sólo me llevó de viaje para despejar las dudas y acallar los rumores, sino que me curó mientras íbamos de camino —dijo Cowperwood.

Otro asunto que demandaba su atención en este momento eran las conversaciones con Rexford Lynnwood, uno de los tres escultores norteamericanos cuyos nombres le había sugerido Jamieson para la tumba que se proponía construir. A Cowperwood le gustaban las credenciales de Lynnwood porque entre ellas aparecía un diseño que

había presentado a un premio ofrecido para un sepulcro y una estatua que debía marcar la tumba del gobernador de un estado del Sur recientemente fallecido; su diseño llevaba una reproducción de la cabaña en la que el hombre había nacido sobre una de las superficies, y al pie de un roble enorme y cubierto de musgo, había dibujado el boceto de un caballo que había montado en varias batallas de la Guerra Civil. Cuando Cowperwood lo miró, se sintió conmovido por el patetismo y la sencillez del conjunto.

Más adelante, cuando se encontró frente a Lynnwood, sentado al otro lado de su enorme escritorio, se sintió impresionado por los rasgos clásicos de aquel hombre, que tenía los ojos hundidos y una figura alta y angular. De hecho, el tipo le gustó al instante.

Como Cowperwood le explicó a Lynnwood, su idea de la tumba tendía al estilo de arquitectura grecorromana, aunque no en su concepto más puro. Le gustaría más bien que fuese una variante con cierta originalidad en el diseño de los detalles. Debía ser grande, porque siempre le había gustado la idea del espacio, y debía construirse en granito de color gris guijarro de textura rugosa. También le gustaría que hubiese una pequeña abertura vertical a modo de ventana en uno de los extremos y espacio para dos sarcófagos, así como dos pesadas puertas de bronce que dieran paso a la tumba en sí. Lynnwood lo aprobó e incluso se mostró encantado con la oportunidad de llevar a cabo esta obra. Mientras Cowperwood hablaba, dibujó diversos bocetos que a Cowperwood le gustaron mucho. Llegaron a un acuerdo sobre los términos del contrato y el arquitecto recibió instrucciones de comenzar a trabajar al instante. Mientras Lynnwood empezaba a recoger sus diseños y los metía en el portafolio, se detuvo un instante y miró a Cowperwood.

—Bien, señor Cowperwood —le dijo al marcharse—, a juzgar por su aspecto, pasará mucho tiempo antes de que necesite esto. Al menos, ese es mi sincero deseo.

—Vaya, muchas gracias —dijo Cowperwood—, pero no cuente con ello.

## CAPÍTULO LXV

Durante este tiempo, Cowperwood vivía principalmente con la ilusión de regresar a Pryor's Cove y a Berenice al final del día. Por primera vez desde hacía años, disfrutaba de los sencillos placeres de un hogar de verdad, un lugar que, gracias al espíritu que Berenice le infundía, hacía que cualquier cosa y que todo a la vez, desde un juego de damas hasta un corto paseo a la orilla del Támesis, pareciera algo lleno de colorido y de una intensa emotividad, y le hacía desear que no se acabara nunca. Ni siquiera envejecer resultaría una experiencia tan terrible si pudiera vivirla en aquellas circunstancias.

Pero una tarde, unos cinco meses después de su regreso al trabajo, mientras estaba sentado en su oficina preparando una nota para Aileen, sintió repentinamente el dolor más intenso de todos los que había sufrido hasta aquel momento de los provocados por su enfermedad. Parecía como si le hubieran clavado un cuchillo en la zona del riñón izquierdo y revolvieran en la herida, y desde allí, parecía desplazarse hasta el corazón. Cuando intentó levantarse de la silla, no fue capaz de hacerlo. De hecho, al igual que le había ocurrido en Tregasal, parecía faltarle el aliento y no podía moverse. Al cabo de un momento, sin embargo, el dolor amainó y logró llegar hasta un pulsador para llamar a Jamieson. Pero cuando estaba a punto de hacerlo, retiró la mano y decidió que quizá aquel no fuese más que uno de aquellos dolores intensos que le habían advertido que sufriría y de los que también le habían asegurado que no sería mortal. De modo que permaneció sentado unos momentos, tremendamente apocado por la clara evidencia de que no se había curado y con el temor de que efectivamente aquel fuese el modo en el que todo acabaría. Y lo que era aún peor, no tenía a nadie en quien confiar. Porque si se corría la voz, eso lo devolvería exactamente al mismo punto que antes con respecto al público. ¡Y Berenice! ¡Stane! ¡Aileen! ¡Los periódicos! ¡Y más días y días en la cama!

Lo que sí pensó que debía hacer era regresar a Nueva York porque allí estaría cerca del doctor James y también podría ver a Aileen de nuevo y revisar las cuestiones que la preocupaban. Si iba a morir, había cosas que debía poner en orden. En cuanto a Berenice, podría explicarle lo que necesitaba hacer sin contárselo todo sobre este último ataque y lograr que volviera también a Nueva York.

Una vez tomada esta decisión, se levantó con mucho cuidado de la silla y unas horas más tarde logró regresar a Pryor's Cove fingiendo que no había problemas de ningún tipo. Sin embargo, tras la cena, Berenice, cuyo estado de ánimo era especialmente agradable, le preguntó si todo iba bien.

—Bueno, no; no exactamente —le contestó—. He recibido una carta de Aileen en la que se queja de sus condiciones en Nueva York: el trabajo de la casa y ese tipo de

cosas. Cree que no va a quedar espacio suficiente para los cuadros que he añadido a la colección. Y algunos de los marchantes que han ido a ver las reformas parecen estar de acuerdo con ella, independientemente de la opinión de Pyne. Estoy empezando a pensar que debería ir allí, y no sólo por ese motivo, sino también para hacerme cargo de la revisión de algunos de los créditos que me concedieron la última vez que estuve allí.

—¿Estás seguro de que te encuentras lo suficientemente fuerte como para hacer ese viaje? —le preguntó Berenice con una mirada de angustia en los ojos.

—Bastante —le contestó Cowperwood—. De hecho, hacía meses que no me encontraba tan bien. Y no puedo pasar demasiado tiempo sin mantener contacto con Nueva York.

—¿Y yo qué? —preguntó ella con tono preocupado.

—Pues, tú irás conmigo, y para que resulte más cómodo, puedes quedarte en el Waldorf cuando llegues allí, de incógnito, por supuesto... —respuesta que borró la expresión de angustia del rostro de ella.

—Pero, ¿en barcos diferentes como siempre?

—Desgraciadamente, eso sería lo mejor, aunque me resulte difícil sólo con pensarlo. Conoces muy bien el peligro de que esto se haga público, querida.

—Sí, lo sé. Entiendo tu postura al respecto. Si tienes que ir, debes hacerlo, y yo iré tras de ti en el siguiente barco. ¿Cuándo nos vamos?

—Jamieson me ha dicho que el siguiente barco zarpa el miércoles. ¿Podrás estar lista para entonces?

—Podría estar lista mañana si fuera necesario —contestó Berenice.

—¡Cariño! Estás siempre tan dispuesta, me ayudas tanto... No sé qué sería de mi vida sin ti...

Cuando dijo esto, Berenice se acercó a él y lo abrazó, susurrando:

—Te quiero, Frank, así que por qué no iba a hacer todo lo posible por ayudarte...

## CAPÍTULO LXVI

Una vez a bordo, Cowperwood se sintió solo, espiritualmente solo, y al fin admitió ante sí mismo que ni él ni ningún otro hombre sabían nada de la vida ni del Creador. Pensaba ahora que por alguna razón se enfrentaba a un cambio que tenía que ver con este gran y magnífico misterio y que le afectaba de manera directa.

Había enviado un cable al doctor James pidiéndole que lo esperara en el muelle, y que había recibido una respuesta inmediata, diciendo: «*Bienvenido a Nueva York. Allí estaré. Atentamente, Montecarlo Jeff*». Un mensaje que hizo a Cowperwood soltar una carcajada y que le proporcionó una noche de tranquilidad. Justo antes de retirarse a descansar cogió papel y pluma para escribir el siguiente mensaje para Berenice, que viajaba con el nombre de Kathryn Trent en el *S.S. King Haakan*. «*Sólo llevamos un día separados pero, para mí, ha sido peor que si hubieran sido diez años. Buenas noches, espíritu bello, el simple hecho de saber que estás cerca me conforta y me da paz*».

El domingo por la mañana, Cowperwood despertó sintiéndose menos vigoroso y menos seguro de su condición física que la noche anterior. Para cuando su ayuda de cámara terminó de asistirlo a la hora de vestirse, sentía que sus fuerzas se habían reducido enormemente; de hecho, volvió a la cama y se pasó el día entero descansando. Al principio, su séquito, del que formaban parte Jamieson, el señor Hartley, ayudante de Jamieson, y Frederickson, su ayuda de cámara, no se alarmó, pues pensaron que simplemente se estaba relajando. Pero cuando bien entrada la tarde pidió a Jamieson que llamara al médico del barco porque se sentía bastante mal, el doctor Camden, tras reconocerlo, llegó a la conclusión de que aquel hombre estaba muy enfermo. Tenía más de cuarenta de fiebre y aconsejó que se avisara de inmediato a su médico personal para que estuviera esperando el barco a la mañana siguiente con una ambulancia preparada.

Al conocer la noticia, Jamieson se hizo cargo de mandar un cable a Aileen avisando de que su esposo estaba muy enfermo y de que era necesario trasladarlo desde el barco en ambulancia, y preguntándole qué otros preparativos sugería que se hicieran. Aileen contestó enseguida diciendo que, puesto que la residencia del señor Cowperwood se estaba reformando para albergar una nueva galería de arte, allí había un enorme nivel de ruido y confusión, de modo que pensaba que sería más aconsejable que fuese al Waldorf-Astoria, donde podrían hacerse los preparativos pertinentes para su adecuada atención y donde sin duda se encontraría más cómodo.

Después de que el doctor Camden aliviase el estado de su paciente administrándole una inyección de morfina, Jamieson comunicó a Cowperwood el contenido del mensaje de Aileen.



—Sí, eso sería mucho mejor —dijo débilmente—. Encárguese de los preparativos.

Pero esta alteración de todos sus planes y los pensamientos que ahora lo ocupaban, lo hicieron sentirse muy cansado. ¡Su casa! ¡Su galería de arte! ¡El hospital que había planeado! ¡La idea de tener que regresar a Londres y a sus asuntos en el metro! De repente descubrió que no deseaba pensar en nada ni en nadie más que en Berenice.

Y así permaneció hasta por la mañana, cuando el barco se aproximaba a Nueva York y comenzaba el proceso para ser atracado en el muelle, y el ajetreo y el movimiento que lo rodeaba le hizo despertar y darse cuenta de que estaban a punto de llegar.

En este momento, el doctor James, que había alquilado el barco del práctico, subió a bordo del *S.S. Empress* mientras este estaba aún en la parte sur de la bahía de Nueva York, y tras reunirse con el doctor Camden y consultar a Jamieson los planes que se habían hecho, entró en el camarote de Cowperwood.

—Hola, Frank, soy Jeff —le anunció— y quiero saber exactamente cómo te encuentras. Esto se te pasará, creo, en cuanto pueda administrarte los medicamentos adecuados. Pero no quiero que te preocupes por nada. Déjame a mí, a tu viejo amigo de Montecarlo.

—Sabía que cuando vinieras, Jeff —dijo Cowperwood débilmente—, todo iría bien. —Y le apretó la mano al médico con afecto.

—Lo hemos preparado todo para trasladarte al Waldorf en ambulancia —continuó James—. No te importa, ¿verdad? Es mucho mejor así, mucho más cómodo para ti, ¿sabes?

—No —contestó Cowperwood—, no tengo ninguna objeción. Pero me gustaría que lo organizaras de modo que los periodistas no puedan molestarme, al menos hasta que esté instalado en el hotel. No estoy seguro de que Jamieson sepa cómo manejarlos.

—Déjalo en mis manos, Frank. Yo me encargaré. Lo importante es que descanses y no digas nada hasta que yo hable contigo más tarde. Y ahora tengo que irme a hacerme cargo de todo.

Justo en ese momento Jamieson entró en el camarote.

—Vamos, Jamieson —le dijo el doctor James—, lo primero que tenemos que hacer es ver al capitán. —Y acto seguido salieron juntos del camarote.

Tres cuartos de hora después, la ambulancia que había estado esperando en la calle, recibió permiso para retroceder hasta la salida cuatro, que estaba tan desocupada como si no quedaran pasajeros aún esperando para desembarcar. Siguiendo las indicaciones de Jamieson, dos camilleros que llevaban unas parihuelas de lona se dirigieron a la *suite* de Cowperwood y fue trasladado hasta la ambulancia. Se cerraron las puertas, el conductor hizo sonar el gong y se alejó de allí mientras que un grupo de atónitos reporteros que esperaban a poca distancia de allí se decían unos

a otros:

—¿Qué sabéis de eso? ¡Esta vez nos han engañado! ¿Quién era ese?

Frustrados en su intento por enterarse de quién se había puesto tan enfermo como para requerir que lo trasladaran, a él o a ella, en ambulancia, no pasó mucho tiempo antes de que uno de ellos, que se jactaba de su amistad con una de las enfermeras del buque, regresara con la información de que se trataba nada menos que de Frank Algernon Cowperwood, el celebrado financiero. Sin embargo, el tipo de enfermedad que lo aquejaba o dónde lo habían trasladado eran detalles que tendrían que averiguar. Pero cuando un periodista sugirió que se pusieran en contacto con la señora Cowperwood, varios de los presentes corrieron inmediatamente al teléfono más cercano para preguntar a Aileen si su esposo había sido trasladado desde el *S.S. Empress* en ambulancia y si era así, dónde estaba. Era cierto, contestó ella; estaba enfermo, pero también era cierto que lo habrían trasladado a la mansión Cowperwood si no fuera porque el edificio entero estaba en proceso de remodelación para hacer hueco para una nueva colección de pintura y escultura que posteriormente se convertiría en propiedad de la ciudad de Nueva York. Mientras tanto, era también el deseo del señor Cowperwood que lo trasladaran al Waldorf-Astoria, donde podría gozar de la tranquilidad y la atención que en aquel momento no podría disfrutar en su propia casa.

Por lo tanto, a la una de la tarde de aquel mismo día, la noticia de que Cowperwood había llegado, de que estaba enfermo y de su actual paradero, estaba en todos los periódicos vespertinos de la ciudad, aunque, gracias a las precauciones del doctor James, no se permitía la entrada a ninguna visita sin el consentimiento escrito del propio médico, que dejó a cargo a tres enfermeras.

Sin embargo, Cowperwood, consciente de la posibilidad de que Berenice se alarmara al recibir la noticia de su enfermedad, le pidió al doctor James que le enviara el siguiente telegrama mientras ella estaba aún en el barco: «*La información sobre mi enfermedad se ha exagerado mucho. Hazlo todo tal como lo planeamos. El doctor James está a cargo de todo. Él te dirá lo que debes hacer. Afectuosamente, Frank*».

A pesar de que el telegrama le traía noticias alarmantes, Berenice sintió algo de consuelo al ver que había sido capaz de enviarle un mensaje tan tranquilizador. Pero, a pesar de eso, le obsesionaba la incertidumbre sobre la naturaleza de su enfermedad. En cualquier caso, sentía que su lugar estaba junto a él.

Pero al atravesar el salón principal del barco más tarde, la sobresaltó el cartel de noticias que colgaba del tablón de anuncios: «Frank Cowperwood, el celebrado financiero norteamericano y magnate del transporte de Londres, ha enfermado a bordo del *S.S. Empress* y ha sido trasladado a su regreso a Nueva York al hotel Waldorf-Astoria».

Aturdida y apenada por estas frías palabras impresas, se sintió aliviada al enterarse de que se encontraba en el hotel en lugar de en su casa. Ella tenía una *suite*

reservada allí, de modo que al menos estaría cerca de él. No obstante, existía la posibilidad de que se encontrara con Aileen, y eso sería doloroso, no sólo para ella sino también para Cowperwood. Pero él le había pedido que fuese al hotel como habían planeado en un principio, de modo que debía de haber previsto algo. Sin embargo, esta solución que resultaba tan vulnerable de cara al público, suponía una diferencia tan grande con la protección que le había ofrecido Pryor's Cove, alejada de todo, que ahora se preguntó si tenía el valor y la fortaleza suficientes como para seguir adelante. Pero, incluso ante estas dificultades, sintió que debía permanecer cerca de él, fueran cuales fuesen las consecuencias. Porque él la necesitaba y ella debía satisfacer esa necesidad.

De modo que una vez tomada la decisión, a la mañana siguiente, en cuanto el barco atracó y hubo declarado su equipaje, fue al hotel, donde se registró tranquilamente bajo el nombre de Kathryn Trent. Pero una vez que se encontró en la privacidad de su propia *suite*, se enfrentó a los numerosos aspectos de la situación. ¿Qué debía hacer? Porque, como sabía, Aileen podría estar ya con él. Pero mientras reflexionaba sobre aquel problema, recibió una llamada del doctor James, que le dijo que a Cowperwood le gustaría verla y que su *suite* era la número 1020. Le dio las gracias cordialmente y dijo que iría a verlo enseguida. El doctor James añadió que aunque Cowperwood no corría peligro de forma inminente, lo que más necesitaba en aquellos momentos era descanso y tranquilidad y que había ordenado que no se permitiera a nadie verle durante unos días, con la única excepción de ella.

Al llegar a la *suite* de él, fue llevada directamente a su presencia y lo encontró recostado sobre almohadas, pálido y algo ausente, aunque se animó cuando ella se acercó. Se inclinó y le dio un beso.

—¡Cariño! Lo siento mucho. Me temía que este viaje podía resultar demasiado para ti. ¡Y yo no estaba contigo! Pero el doctor James me asegura que no es nada grave. Ya sabes que te recuperaste del primer ataque y estoy segura de que con buenos cuidados te recuperarás de este. Pero, ¡ojalá pudiera estar contigo todo el tiempo! ¡Creo que podría cuidarte y hacer que recuperaras la salud!

—Pero, Bevy, cariño —dijo Cowperwood—, sólo con mirarte ya me siento mejor. Y se arreglará para que puedas venir a verme. Ahora, por supuesto, se le está dando mucha publicidad y mientras menos te involucres, mejor me sentiría yo. Pero se lo he explicado todo a Jeff y él lo ha entendido y me comprende. Y lo que es aún mejor, él estará en contacto contigo y te informará de los momentos y las oportunidades para que puedas venir a verme. Sólo hay una persona, ya lo sabes, con quien tendrás que hacer todo lo posible por no encontrarte. Pero si te mantienes en contacto diariamente con el doctor James, creo que podremos arreglárnoslas hasta que salga de esta. De hecho, estoy seguro.

—Cariño, eres muy valiente y sabes que estoy encantada de estar aquí en calidad de lo que sea. Seré tan cuidadosa y prudente como me sea posible. Mientras tanto, te amaré y rezaré por ti constantemente. —Se inclinó y lo besó de nuevo.



## CAPÍTULO LXVII

La repentina enfermedad y el estado de postración de Cowperwood, que los periódicos de Nueva York comunicaron rápidamente a sus lectores, fue nada menos que una sensación internacional, puesto que afectaba y abarcaba los intereses e inversiones de miles de personas, por no hablar de los bancos y los banqueros. De hecho, al día siguiente de caer enfermo, los periodistas de los principales diarios de Inglaterra y Francia, y de Europa en general, a través de los servicios de prensa de United y Associated Press, entrevistaron no sólo a Jamieson y al doctor James, sino que también visitaron a distinguidos financieros de los Estados Unidos para preguntarles por su opinión sobre los efectos que esta muerte podría provocar.

Hubo tantos comentarios de inversores en los que expresaban su temor y sus dudas, que la mayoría del resto de directivos del metro de Londres se vio obligada a dar su opinión sobre la verdadera trascendencia de la enfermedad de Cowperwood. Entre otros, al señor Leeks, presidente en funciones de la District Railway en aquellos momentos y del que se decía que tenía una relación muy estrecha con Cowperwood, se le atribuía haber dicho que «hacía mucho tiempo que se habían tomado medidas para tratar con cualquier eventualidad surgida por una posible dolencia del señor Cowperwood en cualquier momento». El señor Leeks añadió que «en la junta directiva del metro en su conjunto reina una total armonía. En cuanto a la futura política de este gran sistema, deseo añadir que no existe la más mínima confusión ni desorganización».

También William Edmunds, director de la Railway Equipment & Construction Company de Londres, afirmó: «Todo funciona perfectamente. Hay tan buena organización que el hecho de que el señor Cowperwood esté enfermo o ausente temporalmente no cambia nada».

Lord Stane hizo el siguiente comentario: «El metro está en unas condiciones espléndidas y sus asuntos han sido administrados de tal forma por el propio señor Cowperwood desde un principio, que su inevitable ausencia no puede provocar ningún perjuicio grave al sistema. El señor Cowperwood es un administrador tan genial que no fundaría ninguna empresa de esta envergadura basándose en el papel indispensable de ningún hombre. Naturalmente, todos esperamos una pronta recuperación y su regreso, porque su presencia aquí nos es muy grata».

Aunque el doctor James había intentado mantener a Cowperwood alejado de toda esta publicidad, había algunas personas a las que no podía refrenar y a las que debía permitir la entrada. Una de ellas era la hija de Cowperwood, Anna, y otro, su hijo, Frank<sup>[1]</sup>, a quienes hacía años que no veía. Por la conversación que mantuvo con ellos, pudo deducir la reacción que el público había tenido ante su enfermedad, y fue

algo que, cuanto menos, le resultó halagador.

A continuación vino Aileen, que se mostró extremadamente angustiada ante su estado físico, porque para entonces su aspecto delataba que se sentía muy cansado. El doctor James insistió en que dejara para más adelante las conversaciones sobre cualquier asunto urgente, y ella aceptó gustosa su sugerencia y por consideración, su primera visita fue muy corta.

Tras la marcha de Aileen, Cowperwood se sintió forzado a reflexionar sobre los diferentes aspectos tanto sociales como financieros que su repentina enfermedad había convertido en problemas que debía solucionar si le era posible. Uno de ellos tenía que ver con la elección de alguna persona que se hiciera cargo de sus obligaciones, en vista de que de momento su ausencia era inevitable. Naturalmente, la primera persona en la que pensó fue en lord Stane, pero teniendo en cuenta sus numerosos y apremiantes intereses, decidió que Stane no sería el elegido. Pero había un tal Horace Albertson, presidente de la St. Louis Electric Traction System, quien, como sabía por previas relaciones financieras, era uno de los ferroviarios más capaces de los Estados Unidos. Pensó que Albertson debería demostrar ser del todo adecuado en una crisis como esta, y una vez pensado, dio inmediatamente instrucciones a Jamieson de que fuese a ver al señor Albertson a St. Louis y le planteara el problema; como compensación, recibiría la suma que él estimara conveniente.

Sin embargo, el señor Albertson rechazó la oferta diciendo que se sentía muy honrado, pero que su propio volumen de trabajo no dejaba de aumentar y que no podía plantearse abandonar su campo de acción en los Estados Unidos. Esto le supuso una decepción a Cowperwood, pero lo entendió y consideró que era algo justificado. Aunque durante un tiempo le provocó cierta preocupación, se sintió aliviado por un cable de Stane y de los directivos de la London Underground en el que le informaban de que aquel mismo día habían designado a sir Humphrey Babbs, a quien Cowperwood conocía bien, para que ocupara su lugar temporalmente en la dirección del sistema. Aparte de este cable, recibió varios más de sus socios de Londres, entre los que se incluía Elverson Johnson, en los que insistían en su pesar por su enfermedad y expresaban su profundo deseo de que experimentara una pronta recuperación y regresara a Londres.

Sin embargo, a pesar de todos sus elogios, a Cowperwood le perturbaba la complicada e inquietante deriva que estaban tomando todos sus asuntos en este momento. Por un lado, estaba Berenice, su abnegado amor, que tanto estaba arriesgando por tener la oportunidad de visitarlo en secreto por la noche o al amanecer en connivencia con el doctor James. Y también estaba Aileen —con su falta de comprensión por la vida en general y con sus inexplicables excentricidades y caprichos—, que lo visitaba ocasionalmente, ajena a la presencia de Berenice en el hotel. Sentía que debía intentar vivir, pero, a pesar de todos sus esfuerzos, notaba que se iba debilitando físicamente. Tanto era así que un día cuando el doctor James estaba solo con él en su habitación, empezó a hablarle de ello.

—Jeff, llevo enfermo ya cuatro semanas y tengo la sensación de que no voy a mejorar.

—Vamos, Frank —se apresuró a decirle James—, esa no la actitud más adecuada. Debes intentar ponerte bien y lo más probable es que sea así. En otros casos tan graves como el tuyo ha habido mejoría.

—Ya lo sé —le dijo Cowperwood a su amigo— y es normal que quieras animarme. Pero, aun así, tengo la sensación de que no voy a recuperarme. Y al hilo de eso, me gustaría que llamaras a Aileen y le pidieras que viniera aquí para hablar de algunos asuntos conmigo. Llevo ya algún tiempo pensando en esto, pero ahora creo que será mejor que no lo demore más.

—Como tú digas, Frank —dijo James—. Pero ojalá no decidas que no te vas a poner bien. No es bueno, ¿sabes? Y además, yo opino lo contrario. Como favor personal, podrías intentarlo un poco.

—Lo intentaré, Jeff, pero llama a Aileen, por favor. ¿Lo harás?

—Por supuesto, Frank, recuerda que no debes hablar demasiado.

Y James se retiró a su habitación desde donde llamó a Aileen por teléfono y le pidió que fuese a ver a su marido.

—¿Sería tan amable de venir esta tarde, si es posible, sobre las tres, más o menos? —le pidió.

Ella dudó un momento y después le contestó:

—Claro, por supuesto, doctor James. —De modo que llegó más o menos a la hora convenida, preocupada, sorprendida y bastante triste.

Al verla, Cowperwood experimentó una sensación de cansancio; la misma que hacía años que ella le hacía sentir, y no se trataba tanto de cansancio físico como de cansancio estético. Tristemente, carecía por completo de ese poco frecuente refinamiento interior que caracterizaba a una mujer como Berenice. Pero aun así, aquí estaba, seguía siendo su esposa, y por aquella razón, sentía que le debía consideración a cambio de la amabilidad y el afecto que ella le había demostrado en un momento en el que él más los necesitaba. Al hilo de estos pensamientos, su actitud hacia ella se suavizó, estiró el brazo y le cogió la mano cuando ella lo saludó.

—¿Cómo estás, Frank? —le preguntó.

—Bueno, Aileen, llevo aquí ya cuatro semanas, y aunque el médico piensa que voy bastante bien, soy consciente de que cada vez estoy más débil. Y como hay una serie de cosas de las que quería hablarte, pensé que era mejor que te mandara llamar. ¿Hay algo que quieras decirme primero sobre la casa?

—Bueno, sí, unas cuantas cosas —le dijo ella vacilante—. Pero, sean lo que sean, pueden esperar a que estés mejor, ¿no te parece?

—Verás, Aileen, es que no creo que vaya a ponerme mejor. Y esa es la razón por la que quería verte hoy —dijo Cowperwood con suavidad.

Aileen vaciló y no contestó.

—Verás, Aileen —continuó—, la mayor parte de mis bienes irán a parar a ti,

aunque también me he hecho cargo de otras personas en mi testamento, como por ejemplo mis hijos. Pero la gran responsabilidad de velar por este patrimonio va a recaer sobre ti. Se trata de una cantidad considerable de dinero y quiero saber si consideras que estás a la altura de esta tarea; y si es así, si te comprometes a cumplir lealmente las instrucciones que he dejado redactadas para ti en mi testamento.

—Oh, sí, Frank. Haré todo lo que me digas.

Él suspiró para sus adentros y continuó:

—Aunque he hecho un testamento que te otorga el control total, sin embargo, esa es precisamente la razón por la que considero necesario advertirte de que no debes depositar demasiada confianza en nadie, porque en el momento en el que yo ya no esté, estoy seguro de que habrá una serie de personas que acudirán a ti con algún plan de un tipo u otro, para hacer algo por una u otra causa, o por alguna que otra institución. He intentado evitarlo, dejando instrucciones para que los albaceas te presenten cualquier plan que puedan tener para que tú des tu aprobación. Tú serás quien resuelva y deberás decidir si es algo que merece la pena o no. Debes saber que el doctor James es uno de los albaceas y que confío en su criterio. No sólo es un hombre de gran aptitud para la medicina, sino que también tiene buen corazón y buenas intenciones. Le he dicho que podrías necesitar consejo y él me ha prometido que te asesorará con total lealtad lo mejor que pueda y sepa. Quiero que sepas que es tan honesto que cuando le dije que iba a dejarle cierta suma de dinero por los servicios que me ha prestado, se negó a permitirlo, aunque sí se mostró dispuesto a actuar como tu asesor. Así que si alguna vez estás intranquila sobre qué debes hacer, por favor, acude primero a él para ver cuál es su opinión.

—Sí, Frank, haré exactamente lo que me digas. Si tú crees en él, sin duda yo lo haré también.

—Por supuesto —continuó—, en el testamento hay estipulaciones específicas de las que habrá que ocuparse cuando los beneficiarios hayan percibido su parte. Una de estas es que se complete y se conserve mi galería de arte. Quiero que la mansión se mantenga intacta, tal como es hoy en día; es decir, como museo para beneficio del público. Y como he dejado dinero más que suficiente para su mantenimiento, será deber tuyo encargarte de que se mantenga en el mejor estado posible.

»De hecho, no sé si alguna vez te has dado cuenta de lo mucho que ese lugar ha significado para mí. Me ha ayudado a sobrevivir a los infinitos problemas de tipo práctico a los que he tenido que dedicarme. Al construirlo y al comprar obras para él, he intentado traer a mi vida y a la tuya la belleza que es totalmente ajena a las ciudades y a los negocios.

Mientras Cowperwood hablaba, Aileen al fin se dio cuenta, hasta cierto punto al menos, y quizá por primera vez, de lo que todo aquello significaba para él y volvió a prometerle que lo haría todo según sus instrucciones.

—Hay algo más —continuó él— y es el hospital. Ya sabes que hace mucho que deseo construir uno. No tiene que ocupar un solar demasiado caro; en el testamento,



he sugerido alguna zona bien situada dentro del Bronx. Es más, debe estar dedicado a los pobres; no es para la gente con dinero que puede permitirse ir a cualquier otro sitio, y ni la raza ni el credo ni el color deben tener nada que ver a la hora de decidir el derecho de admisión.

Ella permaneció allí sentada mientras él hizo una pequeña pausa.

—Hay una cosa más, Aileen. No te la he mencionado antes porque no estaba seguro de qué te parecería. He encargado que se erija una tumba en el cementerio de Greenwood y está casi terminada: es una bella copia de un antiguo diseño griego. Contiene dos sarcófagos de bronce: uno para mí y otro para ti, si decides que te entierren allí.

Esto la hizo removerse nerviosa en el asiento porque daba la sensación de que le estaba dando la misma consideración práctica a su futura muerte que la que había dado a sus asuntos de negocios.

—¿Dices que está en Greenwood? —preguntó ella.

—Sí —dijo Cowperwood con solemnidad.

—¿Y que ya está terminada?

—Falta tan poco para que la terminen que podrían enterrarme allí si muriera dentro de muy poco.

—¡Frank, no hay duda de que eres un hombre muy extraño! La idea de construir tu propia tumba, y la mía, cuando ni siquiera estás seguro de que vayas a morir de esta...

—Pero, Aileen, esta tumba durará mil años —dijo él, levantando ligeramente la voz—. Y además, todos vamos a morir algún día, y quizá podrías descansar allí conmigo; es decir, si tú quieres.

Ella permaneció en silencio.

—Bueno, pues eso es —concluyó—, y creo que debería ser para los dos, especialmente porque por eso se ha construido así. Sin embargo, si tú piensas que no quieres estar allí...

Pero ahora ella lo interrumpió.

—Oh, Frank, no hablemos de eso ahora. Si tú quieres que esté allí, allí estaré. Sabes que... —y en su voz se notó que intentaba sofocar un sollozo.

Sin embargo, en este momento se abrió la puerta y el doctor James entró para decir que no era conveniente que Cowperwood siguiera hablando; quizá podría volver otro día si llamaba con antelación. Se levantó del lugar en el que había estado sentada junto a la cama y cogiéndole la mano, le dijo:

—Volveré mañana, Frank; sólo un ratito. Y si hay algo que pueda hacer, por favor dile al doctor James que me llame. Pero debes ponerte bien, Frank. Tienes que creer que así será. Aún hay muchas cosas que quieres hacer. Intenta...

—Vale, de acuerdo, querida, haré todo lo que pueda —dijo él diciéndole adiós con la mano—. Hasta mañana.

Ella se dio la vuelta y salió al pasillo. Al caminar hacia los ascensores

reflexionando con tristeza sobre aquella conversación, reparó en una mujer que en aquel momento salía de uno de ellos. Se quedó mirándola fijamente y, para su sorpresa, se dio cuenta de que la mujer era Berenice. Ambas se quedaron paralizadas durante unos segundos, tras los cuales Berenice cruzó el pasillo, abrió una puerta y desapareció bajando por unas escaleras que conducían a la planta de abajo. Aileen, aún paralizada, se giró, aparentemente decidida a volver a entrar en la *suite* de Cowperwood, pero en lugar de eso, se volvió repentinamente y echó a andar en dirección a los ascensores. Pero, a los pocos pasos, se detuvo y se quedó quieta. ¡Berenice! De modo que estaba en Nueva York y obviamente a petición de Cowperwood. ¡Por supuesto que a petición suya! ¡Y él fingiendo que iba a morir! ¿Es que la perfidia de ese hombre no tenía límite? ¡Imagínate, y le había pedido que fuese mañana! ¡Y hablando de la tumba en la que ella debía yacer junto a él! ¡Con él! ¡Bueno, esto era lo último! ¡Jamás volvería a verlo en este mundo, ni aunque la llamasen mil veces al día! ¡Daría instrucciones a todos sus sirvientes para que ignoraran todas las llamadas de su esposo o de su cómplice, el doctor James, o de cualquier otra persona que pretendiera hablar en representación de ellos!

Cuando entró en el ascensor, su mente era el centro de una tempestad, un ciclón que rugía con estruendosas oleadas de furia. Hablaría con la prensa de este sinvergüenza: ¡de las ofensas y de las humillaciones a las que había sometido a una esposa que tanto había hecho por él! ¡Todavía se lo haría pagar!

En la puerta del hotel, se metió apresuradamente en un taxi y ordenó al conductor vociferando que condujera, que se limitara a conducir, mientras que ella repetía para sus adentros todos los males que se le ocurrieron, todos los que podría provocar y que le provocaría a Cowperwood si estaba en su mano hacerlo, y fueron tantos que habrían dado para tres rosarios. Y mientras viajaba en el taxi, las vibraciones de su rabia llegaron directamente hasta Berenice.

## CAPÍTULO LXVIII

Mientras tanto, Berenice, que había llegado a su habitación, permanecía sentada, rígida, incapaz de pensar, del miedo tan enorme que tenía por ella y por Cowperwood. ¡Quizá Aileen hubiese regresado al apartamento y eso tendría un efecto terrible sobre él en aquellos momentos! ¡Podría llegar incluso a provocarle la muerte! ¡Y qué terrible que ella no pudiera hacer nada para ayudarlo! Finalmente se le ocurrió ir en busca del doctor James para preguntarle cómo podría luchar contra la actitud cruel y despiadada de Aileen. Pero el miedo de volver a encontrársela la detenía. ¡Quizá estuviera en el pasillo o en la habitación del doctor James! La situación se le fue haciendo tan insoportable que al fin dio lugar a una idea práctica. Fue hasta el teléfono y llamó al doctor James que, para alivio suyo, contestó.

—Doctor James —comenzó temblorosa—, soy Berenice. Me gustaría saber si sería usted tan amable de venir a mi habitación de inmediato. ¡Ha ocurrido algo terrible y me siento tan trastornada y tan nerviosa que tengo que hablar con usted!

—Claro, por supuesto, Berenice. Iré enseguida —contestó.

Y después añadió, con voz trémula:

—Si viera a la señora Cowperwood en el pasillo, por favor no permita que lo siga hasta aquí.

Pero en este momento se le quebró la voz y James, presintiendo peligro, colgó el teléfono apresuradamente y agarrando el maletín médico, fue directamente al apartamento de ella y llamó a la puerta. Berenice respondió susurrando desde el otro lado de la puerta:

—¿Está usted solo, doctor?

Cuando le aseguró que sí, ella abrió la puerta y él entró en la habitación.

—¿Qué ocurre, Berenice? ¿Qué es todo esto? —le preguntó casi con brusquedad al tiempo que observaba la palidez de su rostro—. ¿Por qué está tan aterrorizada?

—Oh, doctor, no puedo decírselo. —Estaba temblando de miedo—. Se trata de la señora Cowperwood. La he visto aquí en el pasillo cuando venía, y ella me ha visto a mí. Su expresión era tan feroz que temo por Frank. ¿Sabe si lo ha visto desde que yo me marché? Tengo el presentimiento de que ella podría haber vuelto a su habitación.

—Desde luego que no —dijo James—. Acabo de venir de allí. Frank está bien y a salvo. Pero, ten —y cogiendo unas pequeñas pastillas blancas de su botiquín, le dio una—. Tómese esto y no diga nada más durante un momento. Le calmará los nervios y después podrá contármelo todo. —Y encaminándose al sofá, le indicó con un gesto que se sentara a su lado. Gradualmente fue dando muestras de que se estaba tranquilizando—. Ahora, escúcheme, Berenice —añadió él—, sé que su situación aquí es muy difícil. He sabido que lo sería desde el momento en el que vino, pero,

¿por qué está tan nerviosa? ¿Cree que la señora Cowperwood la va a atacar personalmente?

—Oh, no, no estoy preocupada por mí —le contestó más tranquila—. Es por Frank por quien estoy preocupada. Está muy enfermo, débil e indefenso en este momento, y temo que ella vaya a decir o a hacer cosas que pudieran hacerle tanto daño que ya no deseara seguir viviendo. Y, ¡oh! Con lo generoso que ha sido con ella y lo buenas que han sido sus intenciones. Y justo ahora cuando necesita amor, y no odio, y después de todo lo que ha hecho por ella, está dispuesta a hacer quién sabe qué, a injurarlo de tal modo que él pueda llegar a sufrir una recaída. Él me ha dicho muchas veces que ella siempre pierde el control sobre sus emociones cuando se pone celosa.

—Sí, lo sé —dijo James—. Es un hombre magnífico que se casó con la mujer equivocada, y a decir verdad, ya me temía algo de este tipo. No me parecía prudente que estuviera en el mismo hotel. Pero el amor es una fuerza muy poderosa y ya me di cuenta de cuánto se quieren el uno al otro cuando estuve en Inglaterra. Pero también sabía, al igual que otra mucha gente, que sus relaciones con la señora Cowperwood no eran satisfactorias para él. Por cierto, ¿habló algo con ella?

—Oh, no —contestó Berenice—. Sólo la vi cuando salía del ascensor, y la rabia y la hostilidad que demostró al reconocirme fueron tan reales que las sentí por todo mi cuerpo. Se me ocurrió pensar que podría llegar a hacer algo desesperado contra los dos, si podía. Además, temí que regresara a su apartamento inmediatamente.

Entonces, el doctor James aconsejó a Berenice que permaneciera en su *suite* hasta que amainara la tormenta y que esperara hasta tener noticias suyas. Sobre todo, según le ordenó, no debía decir ni una palabra a Cowperwood de todo aquello cuando volviera a verlo. Estaba demasiado enfermo para soportarlo. Mientras tanto, tal como le explicó pacientemente, él afrontaría la rabia de la señora Cowperwood y la llamaría para averiguar, si le era posible, lo que pudiera estar haciendo o planeando declarar públicamente. Y luego dejó a Berenice para ir a su propia habitación para reflexionar sobre todo aquel asunto.

Sin embargo, antes de que le diese tiempo a intentar localizar a Aileen por teléfono, una de las enfermeras entró en su habitación y le preguntó si podría ir a echar un vistazo al señor Cowperwood; parecía más inquieto de lo habitual. Cuando lo hizo, se encontró a Cowperwood revolviéndose en la cama como si se sintiera incómodo. Y cuando le preguntó cómo había ido la visita de Aileen, le contestó con aire cansado:

—Oh, todo salió bien, creo. Al menos, pude repasar los asuntos más importantes con ella. Pero, ¿sabes, Jeff?, estoy muy cansado, agotado, tras esa conversación tan larga.

—Bueno, eso era de esperar. La próxima vez no hables tanto. Y ahora tengo aquí algo para que te tomes. Te hará descansar un poco. —Y dicho esto, le dio a Cowperwood unos polvos disueltos en un vaso de agua, que él tragó mientras el

doctor James añadía—: Bueno, de momento esto será suficiente y pasaré a verte un poco más adelante, esta tarde.

Después regresó a su habitación y llamó a Aileen, quien, para entonces, ya había vuelto a su casa. Al oír que su sirvienta anunciaba el nombre del médico, fue directamente al teléfono. James, utilizando su tono más cortés, le dijo que la llamaba para saber cómo había ido la visita a su marido y le preguntó si había algo que pudiera hacer para ayudar.

Cuando habló, su voz sonó airada y fuera de control.

—Sí, doctor James, puede ayudarme mucho si no vuelve a llamarme, si no le importa, porque acabo de averiguar lo que ha estado pasando desde hace tiempo, en Londres y aquí, entre mi supuesto esposo y la señorita Fleming. Sé que ha estado viviendo con él allí y que ahora vive ahí con él delante de sus narices y aparentemente, cuenta con su ayuda y aprobación. ¿Y quiere saber si mi entrevista con él fue satisfactoria? ¡Con esa mujer escondida en el mismo hotel! ¡Es lo más escandaloso que he oído nunca y estoy segura de que al público le encantará saberlo! ¡Y lo sabrá, puede estar seguro! —Y entonces, la voz, cargada de rabia, llegó casi a quebrársele, aunque añadió—: ¿Y usted es médico? Un hombre que supuestamente debería prestar atención a las buenas costumbres de la vida...

Después de esto, el doctor James, notando la fiereza de su rabia, logró interrumpirla el tiempo suficiente para decirle, con firmeza pero con calma:

—Señora Cowperwood, le ruego que me permita discrepar de esas acusaciones. Se me llamó para este caso por cuestiones profesionales, no como juez de situaciones que no he contribuido a crear. Y usted no tiene ningún derecho a juzgar las motivaciones de un hombre del que conoce usted tan poco como es mi caso. Tanto si lo cree usted como si no, su esposo es un hombre muy enfermo, mucho, y si comete usted el grave error de contar cualquier historia a la prensa, se hará usted mil veces más daño a sí misma del que jamás podría hacerle a él ni a ninguna otra persona. Porque él no sólo tiene amigos poderosos, sino que también tiene admiradores, como usted sabe; amigos que se sentirán profundamente molestos ante cualquier acto del tipo que usted se propone cometer y que no lo abandonarán. Si muere, como es muy probable que ocurra... bueno, juzgue usted misma cómo se recibirá un ataque público como el que usted tiene en mente.

Estas palabras mordaces le recordaron a Aileen algunas de sus propias indiscreciones en un pasado no demasiado lejano, y su voz perdió de repente parte de su vibrato cuando dijo:

—No quiero hablar de ninguno de los aspectos personales de este asunto con usted ni con ninguna otra persona, doctor James, así que, por favor, no vuelva a llamarme en relación con ningún asunto que tenga que ver con el señor Cowperwood, pase lo que pase. Ya tiene usted ahí a la señorita Fleming para atender y consolar a mi esposo. Que se haga ella cargo y, por favor, no me llame. Estoy cansada de esta relación miserable. Y es mi última palabra, doctor James. —Y entonces se oyó un clic

porque ella había colgado.

Cuando el doctor James se apartó del teléfono, llevaba una leve sonrisa en la cara. Por sus largos años de experiencia profesional con mujeres histéricas, sabía que la violencia de su rabia se había agotado a lo largo de las horas que habían transcurrido desde que viera a Berenice. Porque, después de todo, como él también sabía, esta historia no era nueva para Aileen. Y se sentía razonablemente seguro de que su vanidad no le permitiría dar rienda suelta a sus declaraciones públicas. No lo había hecho en el pasado y pensaba que tampoco lo haría ahora. Y con este grado de certeza, fue a visitar a Berenice para informarla, y la encontró aún nerviosa, esperando impacientemente a tener noticias suyas.

Aún sonreía cuando procedió a explicarle que estaba seguro de que Aileen era perro ladrador y poco mordedor. Porque aunque había amenazado con desenmascarar a Cowperwood, a Berenice y a él mismo, tras su conversación con ella estaba convencido del todo de que su rabia se había agotado y de que no era probable que cometiese ningún acto violento. Ahora, como Aileen había afirmado al final que no tenía intención de volver a ver a su esposo nunca más, añadió que le parecía que quizá debiera pedirle a Berenice que se hiciera cargo, de modo que entre los dos pudieran intentar ayudarlo a recobrar la salud. Quizá ella podría encargarse de hacer el turno de tarde, de cuatro a doce.

—¡Oh, es maravilloso! —exclamó Berenice—. ¡Estaré encantada de hacer todo lo que pueda por ayudarlo; cualquier cosa que esté en mi mano! ¡Porque él debe vivir, doctor! Debe ponerse bien para ser libre de hacer todas las cosas que tiene planeadas. Y nosotros debemos ayudarlo.

—Se lo agradezco mucho. Sé que él la ama profundamente —dijo James—, y sin duda, estará mucho mejor a su cuidado.

—¡Oh, doctor, soy yo la que le está muy agradecida! —exclamó, cogiéndole ambas manos entre las suyas.

## CAPÍTULO LXIX

El intento por parte de Cowperwood de aclararle a Aileen la importancia de la riqueza que iba a heredar y la necesidad de que tuviera un conocimiento práctico de los problemas con los que probablemente se encontrara en su papel de depositaria, en vez de estimular en él una sensación de tierno afecto, lo dejó con la impresión de que era probable que aquello fuese un empeño inútil. Todo debido a que le constaba que Aileen no se daba cuenta de la importancia que aquellos asuntos tenían para él, y también para ella. Porque sabía muy bien que era incapaz de interpretar el carácter ni las intenciones de los hombres y cuando él ya no estuviera, ¿qué seguridad podía tener de que se cumplieran los diversos ideales que encarnaban la mayoría de sus legados? Y este pensamiento, en lugar de afectar favorablemente a su estado de ánimo y ayudarlo a vivir, en realidad simplemente lo desanimaba. Tanto era así que no sólo estaba un poco cansado, sino también aburrido y con dudas espirituales sobre la importancia de la vida en sí misma.

¡Qué extraño resultaba que su vida en común hubiera estado presidida por la irritabilidad de una manera casi continua, cuando habían pasado juntos un periodo de más de treinta años! En un principio, fue el entusiasmo que sentía por ella cuando tenía diecisiete años y él veintisiete y después, poco más tarde, su descubrimiento de que la belleza de Aileen y su fuerza física ocultaban también una falta de entendimiento que la habían mantenido ajena al estatus financiero y mental de él, al tiempo que la hacía considerarlo una posesión suya, inalterable, tanto así que ni siquiera se le permitía una leve modificación como pudiera ser una mirada que no fuese dirigida hacia ella. Y sin embargo, a pesar de todas las tormentas que habían seguido al más mínimo de sus extravíos, aquí estaban después de tantos años, y ella seguía sin ser capaz de reconocer aquellas cualidades que lo habían conducido de manera lenta pero segura hasta la riqueza que tenía en la actualidad.

A pesar de eso, finalmente había descubierto a una mujer cuyo temperamento hacía que su vida realmente mereciera la pena. Porque había encontrado a Berenice y ella lo había encontrado a él. Ambos se habían iluminado estando juntos, se habían alumbrado mutuamente. El extraordinario amor de ella se revelaba en su voz, en sus ojos, en sus palabras y en su tacto. Porque de vez en cuando se inclinaba sobre él y la oía decir: «¡Cariño! ¡Mi amor! Este amor nuestro no es sólo cosa de hoy, es para siempre. Vivirá en ti dondequiera que estés, y el tuyo en mí. Nunca lo olvidaremos. Cariño, descansa y sé feliz».

Precisamente cuando pensaba en estas cosas, Berenice, vestida con el uniforme blanco de las enfermeras, entró en la habitación. Se movió al percibir el familiar sonido de su voz al saludarlo y la miró como si no comprendiera del todo lo que

veían sus ojos. El traje hacía las veces de un engaste precioso para su excepcional belleza. Haciendo un esfuerzo, levantó la cabeza, y aunque era evidente que se encontraba muy débil, exclamó:

—¡Tú! ¡Afrodita! ¡Diosa del mar! ¡De blanco inmaculado!

Ella se inclinó y lo besó.

—¡Una diosa! —murmuró él—. ¡El rojizo dorado de tu pelo! ¡El azul de tus ojos! —Y luego, apretándole la mano, tiró de ella para que se acercara—. Y ahora te tengo aquí conmigo. ¡Te veo igual que aquel día que me hiciste señas para que me acercara en Tesalónica junto al azul Egeo!

—¡Frank! ¡Frank! ¡Ojalá pudiera ser tu diosa por siempre jamás!

Ella sabía que él había empezado a delirar e intentó tranquilizarlo.

—Esa sonrisa —continuó Cowperwood—. Sonríeme de nuevo. Es como un rayo de sol. ¡Cógeme las manos, mi Afrodita del mar!

Berenice se sentó en el borde de la cama y empezó a llorar quedamente.

—¡Afrodita, no me dejes nunca! ¡Te necesito! —y se aferraba a ella.

En este momento, el doctor James entró en la habitación, y al darse cuenta del estado en el que se encontraba Cowperwood, se fue directo hacia él. Volviéndose hacia Berenice y mirándola, dijo:

—¡Siéntase orgullosa, querida! ¡Un gigante del mundo la saluda! Pero déjenos solos un minuto o dos. Necesito reanimarlo. No se va a morir.

Ella salió de la habitación mientras el médico le daba un reconstituyente. Pasados unos momentos, Cowperwood dejó de delirar porque dijo:

—¿Dónde está Berenice?

—Estará contigo dentro de un momento, Frank, pero ahora mismo lo mejor es que descanses y estés tranquilo —dijo James.

Pero Berenice, al oír que la llamaba, entró y se sentó a esperar en una sillita junto a su cama. Unos momentos después, él abrió los ojos y empezó a hablar.

—Berenice, ya sabes —dijo, como si hubieran estado hablando del asunto— lo importante que es mantener la mansión intacta para alojar todos mis objetos de arte.

—Sí, lo sé, Frank —contestó Berenice en voz baja y compasiva—. Siempre te ha gustado mucho.

—Sí, siempre me ha encantado. Dejar el asfalto de la Quinta Avenida y diez segundos después de cruzar el umbral encontrarte en un jardín con palmeras, caminar entre las flores y las plantas que crecen, sentarte entre ellas, oír el chapoteo del agua, el tintineo de un riachuelo al caer en el pequeño estanque, de modo que oía las notas de la música que entonaba el agua, como un arroyo en el fresco verdor del bosque...

—Lo sé, cariño —susurró Berenice—. Pero ahora debes descansar. Estaré aquí a tu lado incluso cuando estés dormido. Soy tu enfermera.

Y mientras Berenice atendía sus tareas aquella noche, y todas las demás, se sintió impresionada por su continuo interés en los muchos asuntos que ya le era imposible gestionar. Un día era la galería de arte, al siguiente era el metro, y al otro, el hospital.



Aunque en realidad ella no lo preveía, como tampoco lo hacía el doctor James, a Cowperwood sólo le quedaban unos cuantos días de vida. Sin embargo, durante las horas que pasó con él, parecía más animado, excepto tras hablar durante un momento, porque ahora invariablemente manifestaba un gran cansancio y deseos de dormir.

—Déjelo que duerma todo lo posible —le aconsejó el doctor James—. Así está ahorrando fuerzas. —Una afirmación que desanimó mucho a Berenice. Tanto era así que le preguntó si no se podía hacer nada más por él.

—No —le contestó James—. En realidad, el sueño es lo mejor para él y puede que salga adelante. Estoy probando con los mejores reconstituyentes que conozco, pero lo único que podemos hacer es esperar. Puede que empiece a mejorar.

Pero no mejoró. En vez de eso, cuarenta y ocho horas antes de morir comenzó a empeorar de manera inequívoca, lo que hizo que el doctor James mandara llamar a su hijo, Frank A. Cowperwood, y a Anna, su hija, que ahora era la señora Templeton<sup>[1]</sup>. Pero no a Aileen, como sus hijos advirtieron cuando llegaron. Cuando le preguntaron por qué la señora Cowperwood no estaba presente, el doctor James les explicó que ella sabría por qué había rechazado volver a visitarlo.

Sin embargo, aunque sabían que existía un distanciamiento entre Aileen y Cowperwood, sus hijos seguían teniendo dudas sobre por qué ella había renunciado a venir a ver a Cowperwood en este momento crucial, y se sintieron obligados a informarle del estado en el que se encontraba.

De modo que acudieron corriendo a un teléfono público y la llamaron. Pero, para gran sorpresa suya, descubrieron que no estaba dispuesta a saber nada que tuviera que ver con él ni con ellos dos, afirmando que como el doctor James y la señorita Fleming habían organizado los asuntos de Cowperwood con su consentimiento pero sin mostrar el más mínimo respeto por los deseos de ella, bien podían encargarse de todo. Se negó en redondo a ir.

Así que, asombrados ante este acto de aparente crueldad por parte de Aileen, pensaron que nada podían hacer aparte de regresar para presenciar el desenlace de aquel empeoramiento. El miedo paralizaba a todos los presentes: el doctor James, Berenice y Jamieson, quienes seguían allí esperando impotentes, por falta de una sola idea que les esclareciera algo. Esperaron durante horas mientras escuchaban su pesada respiración seguida por periodos de silencio, hasta que, de repente, veinticuatro horas después, como si quisiera terminar con un periodo de gran cansancio, se movió bruscamente e incluso se incorporó y se apoyó sobre un codo como si quisiera echar un vistazo a su alrededor, y después, de manera igual de repentina, se echó hacia atrás y se quedó quieto.

¡La muerte! ¡La muerte! ¡Ahí estaba, inexorable y lúgubre, ante todos ellos!

—¡Frank! —gritó Berenice poniéndose rígida y mirándolo llena de asombro. Corrió a su lado y cayó de rodillas, le cogió las manos húmedas y se cubrió la cara con ellas—. ¡Oh, Frank, cariño mío, tú no! —gritó y después se dejó caer lentamente hasta el suelo, medio desmayada.



## CAPÍTULO LXX

La consternación que siguió a la muerte de Cowperwood daba lugar a tantos problemas inmediatos, así como otros más lejanos, que durante varios minutos todos se quedaron allí de pie estupefactos. De todo el grupo, el médico era el que se encontraba más sereno y también el que más iniciativa mostró tanto a la hora de pensar como de hacer cosas, y en ese sentido, lo primero que indicó fue que entre él y Jamieson debían llevar a Berenice a uno de los sofás de la habitación. Tras esto, sugirió a Jamieson que llamara a la señora Cowperwood inmediatamente para que ella diese las instrucciones relativas al entierro.

La consulta de Jamieson dio lugar a una reacción de lo más chocante e inquietante por parte de Aileen; una reacción y una actitud que planteaban un problema para el que aparentemente no había ninguna solución que no diera lugar a un escándalo prácticamente a nivel nacional.

—¿Por qué me pregunta a mí? —dijo ella—. ¿Por qué no le pregunta al doctor James y a la señorita Fleming? Ellos son los que han estado a cargo de todos sus asuntos desde que llegó aquí, y desde antes.

—Pero, señora Cowperwood —dijo Jamieson atónito—. Se trata de su esposo. ¿Quiere decir que no quiere que sea llevado a su casa? —Una pregunta que dio lugar a una respuesta cortante que pronunció marcando las sílabas:

—He sido personalmente ignorada y engañada por el señor Cowperwood y también por su médico y su amante. Que lleven su cuerpo a una funeraria y que el cortejo fúnebre parta de allí.

—Pero, señora Cowperwood —insistió Jamieson con la voz alterada—, este es un procedimiento totalmente inaudito. Se enterarán todos los periódicos. Y seguro que a usted no le gustaría que eso ocurriera, tratándose de una figura tan importante como su esposo.

Pero, en este momento, cuando el doctor James oyó aquella afirmación tan impactante, se adelantó y le cogió el teléfono a Jamieson de las manos.

—Señora Cowperwood, soy el doctor James —dijo con frialdad—. Soy el médico, como usted ya sabe, al que llamó el señor Cowperwood cuando volvió a este país. El señor Cowperwood no es pariente mío y lo he atendido de la misma manera que atendería a cualquier otro paciente, incluida usted. Pero si usted persiste en esta asombrosa actitud hacia un hombre que es su esposo y cuya propiedad va usted a heredar, le aseguro que nunca logrará acabar con el escándalo que se va a producir. La perseguiré hasta el final de sus días. Estoy seguro de que usted se dará cuenta de la importancia de lo que le estoy diciendo.

Esperó un segundo, pero por parte de ella seguía habiendo sólo silencio.

—Señora Cowperwood, no le estoy pidiendo que me haga a mí ningún favor — continuó—, sino únicamente a usted misma. Por supuesto que se puede llevar su cuerpo a un establecimiento de pompas fúnebres y que sea enterrado en cualquier parte, si eso es lo que desea. Pero ¿lo es? Como sabe, la prensa puede enterarse por mí o por el director de la funeraria de qué se ha hecho con su cuerpo. Pero, por última vez y por su propio bien, le estoy pidiendo que lo medite, porque si hace lo que dice, me encargaré de que los periódicos de mañana publiquen la historia completa.

Llegado este punto dejó de hablar, esperando y deseando oír una respuesta más humana. Pero cuando oyó el clic del teléfono se dio cuenta de que ella había colgado. Entonces se volvió hacia Jamieson y dijo:

—Esta mujer no está del todo en sus cabales en estos momentos. Así que tendremos que hacernos cargo de todo y actuar en su lugar. El señor Cowperwood es un hombre tan apreciado por sus sirvientes que estoy seguro de que no tendremos dificultad alguna para ponernos en contacto con ellos, de modo que, sin que ella lo sepa, su cuerpo pueda ser llevado a la casa y permanecer allí hasta que se pueda trasladar a su tumba de la forma debida. Esto es lo que podemos y debemos hacer. No podemos permitir de ninguna manera que semejante tragedia tenga lugar.

Y cogiendo su sombrero, salió, pero no sin antes ir a ver a Berenice, quien para entonces había recuperado la compostura, y pedirle que regresara a su habitación y esperara allí hasta tener noticias suyas.

—No desespere, Berenice. Créame; se hará todo de la manera más correcta y discreta posible. Se lo prometo. —Y le apretó la mano afectuosamente.

El siguiente paso fue encargarse de que llevaran el cuerpo de Cowperwood a un establecimiento de pompas fúnebres ubicado cerca del hotel. Después, tenía intención de preguntar a Jamieson sobre la personalidad y la actitud de los sirvientes de Cowperwood. Seguro que habría uno o dos en cuya ayuda pudieran confiar. Porque estaba moralmente convencido de que Aileen no debía salirse con la suya. Quizá se viera obligado a excederse en el ejercicio de sus derechos, pero no veía ninguna otra solución. Mucho antes ya había presentido cuál era la base de las diferencias entre ella y Cowperwood. Estaba profundamente enamorada de su esposo, como él mismo había podido comprobar, pero sentía tales celos de todo lo que hacía que llegaba a convertir su sueño de felicidad en un instrumento para el dolor.

Curiosamente, en este momento tan difícil, Jamieson recibió la visita de Buckner Carr, mayordomo principal de la casa de los Cowperwood, un hombre que había estado al servicio de Cowperwood desde sus años en Chicago. El propósito de su visita, según descubrió, era comunicar a Jamieson no sólo el gran dolor y la consternación que sentía ante la muerte de Cowperwood, sino también, porque había oído una conversación telefónica durante la que parecía que la señora Cowperwood acusaba injustamente a su esposo y, lo que era aún más terrible, se negaba a permitir que fuese llevado a su propia casa, y él deseaba ofrecer sus servicios para evitar semejante tragedia.

Cuando el doctor James regresó al hotel, se encontró a Jamieson y a Carr juntos e inmediatamente les explicó el plan que había trazado. Había dado instrucciones al director de la funeraria, dijo, de que prepararan el cuerpo para ser enterrado, de que proporcionaran un ataúd adecuado y de que esperaran a recibir nuevas instrucciones. El problema ahora era decidir cuándo podría ser trasladado a la mansión y si los sirvientes estarían allí para ayudar a recibir el cuerpo en secreto y en silencio, además de llevarlo a la habitación más indicada y de la manera más silenciosa posible, de forma que la señora Cowperwood no fuese consciente de su llegada por lo menos hasta la mañana siguiente. ¿Creía Buckner Carr que se podría hacer todo esto sin que nadie lo impidiera? Carr respondió que con su permiso regresaría a la casa de los Cowperwood y que al cabo de una hora o dos, los llamaría y les diría si sería posible cumplir con las condiciones que el doctor James había detallado. Tras esto se marchó y, al cabo de dos horas, llamó por teléfono para decir que el mejor momento sería entre las diez de la noche y la una de la mañana; todos los sirvientes estaban ansiosos por ayudar y la casa estaría a oscuras y en silencio.

Por consiguiente, y tal como habían planeado, el traslado del cuerpo de Cowperwood en su ataúd se llevó a cabo a la una de la mañana mientras Carr patrullaba en silencio por una calle prácticamente desierta. Los fieles sirvientes de su antiguo señor habían preparado el salón grande de la segunda planta para la recepción del ataúd ricamente decorado en el que yacía. Mientras lo introducían allí, uno de los sirvientes se mantuvo ante la puerta de Aileen, alerta, en previsión de que pudiera producirse el más mínimo ruido.

Y así fue como llegó el inesperado cortejo fúnebre de Frank Algernon Cowperwood en el silencio de la noche —él y Aileen de nuevo reunidos en su casa.

## CAPÍTULO LXXI

Ningún pensamiento ni sueño molesto relacionado con todo lo que ocurrió aquella noche afectó al descanso de Aileen antes de que las primeras luces de la mañana la despertaran. Aunque normalmente solía quedarse despierta en la cama durante algún tiempo, en esta ocasión, al oír un ruido parecido al que produce un objeto pesado al caer al suelo proveniente del balcón del piso de abajo y temerosa de que pudiese haber sido una valiosa escultura griega de mármol adquirida recientemente y que aún hacía menos tiempo que se había colocado allí, se levantó y bajó las escaleras que llevaban hasta el balcón. Mirando a su alrededor con curiosidad cuando atravesó las grandes puertas dobles que daban paso al salón principal, se fue directamente a la pieza de arte que se había colocado hacía poco, pero se encontró con que estaba en perfecto estado.

Sin embargo, cuando se volvió con intención de desandar sus pasos y cuando se acercaba de nuevo a las puertas del salón, la sobresaltó la presencia y el aspecto de una gran caja negra rectangular envuelta en paños que se encontraba justo en el centro de la enorme estancia. Un escalofrío le recorrió todo el cuerpo y se quedó paralizada incapaz de moverse. Después, se volvió como si tuviera intención de echar a correr, pero se detuvo y volvió de nuevo a la entrada de la sala, y allí se quedó, sorprendida y con la mirada fija. ¡Un ataúd! ¡Dios! ¡Cowperwood! ¡Su esposo! ¡Frío y muerto! ¡Y él había venido hasta ella a pesar de que se había negado a acudir a él cuando aún estaba vivo!

Con paso tembloroso e invadida por los remordimientos, avanzó para mirar su cuerpo frío e inmovilizado por la muerte. ¡Su frente alta! ¡Su cabeza, tan bella y de aspecto tan distinguido! ¡Su suave pelo castaño, que ni siquiera se le había vuelto gris con la edad! ¡Sus impresionantes facciones, que tan familiares le resultaban! ¡Toda su figura emanaba el poder, la inteligencia y la genialidad que el mundo de buena gana le había reconocido desde el principio! ¡Y ella se había negado a acudir a su lado! Allí de pie, rígida, se lamentó para sus adentros de los errores tanto de él como de ella. Y de las interminables y casi inhumanas tormentas que habían estallado entre ambos. ¡Pero aquí estaba, al fin en casa! ¡En casa!

Pero, entonces, de repente, el misterio, la extrañeza y el hecho de que se hubieran contravenido sus deseos, y todo enfatizado por la presencia de él allí, hicieron que se despertara su furia. ¿Quién lo había traído y cómo? ¿A qué hora? Porque la noche anterior, ella personalmente se había encargado de que se cerraran y aseguraran todas las puertas y así lo había ordenado a los sirvientes. ¡Pero estaba aquí! Obviamente, sus amigos, que no los de ella, y los criados debían de haber colaborado para hacer esto por él. Y ahora veía con claridad que todos estarían anticipando un cambio de

actitud por su parte, y si así era, esperarían que tuvieran lugar todas las formalidades y los ritos funerarios debidos a un hombre tan extraordinario. En otras palabras, le habría ganado. Daría la impresión de que ella había cambiado de opinión y había consentido todos los actos que él se había tomado la libertad de llevar a cabo sin restricciones. ¡Pero no, nunca les permitiría que le hicieran eso! ¡Insultada y vencida hasta el último momento! ¡Nunca! Pero, mientras proclamaba su desafío a solas, su cuerpo yacía allí, y en aquel momento, cuando lo contemplaba, se oyeron pasos a su espalda y volvió la cabeza. Era Carr, el mayordomo, que se le acercaba con una carta en la mano y le dijo:

—Señora, acaban de entregar esto en la puerta para usted.

Y aunque, en un primer momento, hizo un gesto indicándole que se marchara, él no había hecho más que darse la vuelta cuando ella exclamó:

—¡Démelo! —Y después, rasgó el sobre y leyó:

*Aileen, me muero. Cuando recibas esto, ya no existiré. Reconozco todos mis pecados y todas las faltas que tú me atribuyes, y sólo puedo culparme a mí mismo. Pero no puedo olvidar a la Aileen que me ayudó a superar los días que pasé en la prisión de Filadelfia. Pero ahora ya no me servirá de nada, ni a mí ni a ninguno de los dos, decir que lo siento. Sin embargo, creo que en el fondo de tu corazón me perdonarás cuando ya me haya ido. Y también me consuela saber que tendrás todo lo que necesites. Lo he dispuesto todo a ese fin, como tú sabes. ¡Así que, adiós, Aileen! ¡Nunca más tu Frank volverá a tener un mal pensamiento!*

Este punto final por parte de él hizo que Aileen caminara hasta el ataúd, le cogiera las manos y se las besara. Después, tras quedarse un momento contemplándolo, se dio la vuelta y se marchó apresuradamente.

Sin embargo, unas horas más tarde, Carr, que había recibido varias peticiones por parte de Jamieson y algunos otros, se vio obligado a consultarle sobre el procedimiento a seguir para las pompas fúnebres. Las peticiones de autorización para asistir a las mismas eran tan numerosas, que al final Carr no tuvo más remedio que presentarle una lista de nombres; una lista tan larga que provocó que Aileen dijera:

—¡Oh, pues que vengan! ¿Qué mal puede hacer eso ahora? Que el señor Jamieson y los hijos del señor Cowperwood lo organicen todo como deseen. Yo me quedaré en mi habitación, puesto que de todos modos no me siento lo suficientemente bien como para servir de ayuda.

—Pero, señora Cowperwood, ¿no desearía que hubiera algún pastor presente para que oficie el funeral? —le preguntó Carr; la sugerencia había partido del doctor James, pero encajaba con la mentalidad religiosa de Carr.

—Sí, que venga alguno. No puede haber perjuicio en ello —dijo Aileen al tiempo que recordaba la extrema religiosidad de sus propios padres—. Pero limite el número de los que acudan aquí a cincuenta, no más. —Decisión que hizo que Carr se pusiera inmediatamente en contacto con Jamieson y con los hijos de Cowperwood para informarles de que podían organizar el funeral como consideraran más apropiado. Cuando esta noticia llegó a oídos del doctor James, le hizo soltar un suspiro de alivio y al instante procedió a informar de ello a los muchos admiradores de Cowperwood.





## CAPÍTULO LXXII

De entre los amigos de Cowperwood que acudieron a la mansión aquella misma tarde y a la mañana siguiente, aquellos que figuraban en la lista de Buckner Carr fueron autorizados a entrar a ver el cuerpo que ahora yacía en el espacioso salón de la segunda planta. A los demás se les aconsejó que asistieran al ceremonial que tendría lugar junto a la tumba en el cementerio de Greenwood, en Brooklyn, al día siguiente a las dos de la tarde.

Mientras tanto, los hijos de Cowperwood habían visitado a Aileen y se acordó que ambos debían ir con ella en el primer coche del cortejo fúnebre. Para entonces, sin embargo, todos los periódicos de Nueva York ardían con la muerte supuestamente repentina de Cowperwood, que había llegado a Nueva York hacía sólo seis semanas. Debido al elevado número de amigos, afirmaban los artículos, sólo asistirían a las exequias los íntimos de la familia: afirmación que sin embargo no impidió que mucha gente fuese hasta el cementerio.

Por consiguiente, a las doce del día siguiente, empezó a formarse el cortejo fúnebre delante de la mansión de los Cowperwood. En la calle se reunían grupos de personas que habían acudido a ver el espectáculo. Tras el coche fúnebre, iba el carruaje en el que viajaban Aileen, Frank A. Cowperwood hijo y la hija de Cowperwood, Anna Templeton<sup>[1]</sup>. Y después, uno tras otro, los otros carruajes se fueron colocando en fila y comenzaron a moverse por la carretera bajo un cielo encapotado hasta que por fin atravesaron la verja del cementerio de Greenwood. El camino de grava comenzaba a ascender por una larga cuesta bordeada por árboles frondosos tras los cuales se alineaban lápidas y monumentos de todo tipo. Unos cuatrocientos metros más adelante cuando el camino seguía siendo empinado, se desviaba una calzada hacia la derecha, y unos cien metros más adelante, entre grandes árboles, apareció solemne la tumba alta y majestuosa.

Estaba sola, puesto que no había ningún otro monumento a menos de diez metros de ella, y era una versión gris y austera de un templo griego. Cuatro gráciles columnas de diseño jónico modificado formaban el «pórtico» y sostenían un sencillo frontón triangular sin adornos ni símbolos religiosos de ningún tipo. Sobre las puertas de la tumba aparecía su nombre escrito con pesadas letras talladas de forma rectangular: FRANK ALGERNON COWPERWOOD. Sobre los tres escalones de granito que formaban el basamento se amontonaban las flores y las macizas puertas dobles de bronce estaban abiertas de par en par esperando la llegada de su distinguido ocupante. Como debieron de pensar todos los que lo vieron por primera vez, se trataba de una obra cuyo diseño tenía una impresionante calidad artística en su severidad porque la majestuosa serenidad que emanaba del alto edificio parecía

dominar toda la zona.

Cuando el carruaje se acercó y Aileen pudo ver la tumba en su totalidad, se sintió de nuevo y por última vez impresionada por la capacidad de su esposo para presentarse ante los demás. Pero, al tiempo que lo pensaba, cerró los ojos como si intentara evitar verla y pretendiera evocar la última imagen que tenía de él, vivo y seguro de sí mismo de pie ante ella. Su carruaje esperó hasta que el coche fúnebre llegó a la puerta de la tumba y subieron el pesado ataúd de bronce para colocarlo entre las flores ante la tribuna del pastor. A continuación, aparecieron los ocupantes de los carruajes y caminaron hasta la gran carpa que se había levantado delante de la tumba, al abrigo de la cual los esperaban bancos y sillas.

En uno de los carruajes, Berenice permanecía en silencio sentada junto al doctor James, mirando la tumba en la que su amado quedaría encerrado y apartado de ella para siempre. No le salían las lágrimas y no tenía intención de llorar. ¿Para qué intentar resistirse a una avalancha que había llegado ya a borrar aquello que para ella era precisamente la razón de su vida? O al menos, así era como se sentía y como reaccionaba ante todo aquello. Sin embargo, la palabra que se repetía una y otra vez en su mente era «¡Resiste! ¡Resiste! ¡Resiste!».

Después de que todos los amigos y parientes hubieron ocupado su sitio, el pastor episcopaliano, el reverendo Hayward Crenshaw, se adelantó y ocupó su lugar frente a la tribuna. Unos momentos después, cuando todo quedó en silencio, empezó a hablar expresándose de manera grave y clara:

«... Yo soy la resurrección y la vida: el que cree en mí, aunque esté muerto, vivirá. Y todo aquel que vive y cree en mí, no morirá eternamente<sup>[2]</sup>».

«Yo sé que mi redentor vive, y al fin se levantará sobre el polvo.

Y después de deshecha esta mi piel, aún he de ver en mi carne a Dios;

al cual yo tengo de ver por mí, y mis ojos lo verán, y no otro, aunque mis riñones se consuman dentro de mí<sup>[3]</sup>».

«Porque nada hemos traído al mundo, y sin duda nada podremos sacar<sup>[4]</sup>».

«... Desnudo salí del vientre de mi madre, y desnudo tornaré allá. Jehová dio y Jehová quitó: sea el nombre de Jehová bendito<sup>[5]</sup>».

«He aquí diste a mis días término corto, y mi edad es como nada delante de ti: ciertamente es completa vanidad todo hombre que vive. (Selah)

Ciertamente en tinieblas anda el hombre; ciertamente en vano se inquieta: junta, y no sabe quién lo allegará.

Y ahora, Señor, ¿qué esperaré? Mi esperanza en ti está.

Líbrame de todas mis rebeliones; no me pongas por escarnio del insensato<sup>[6]</sup>».

«Con castigos sobre el pecado corriges al hombre, y haces consumirse como de polilla su grandeza: ciertamente vanidad es todo hombre. (Selah.)<sup>[7]</sup>».

«... Señor, tú nos has sido refugio en generación y en generación.

Antes que naciesen los montes y formases la tierra y el mundo, y desde el siglo y hasta el siglo, tú eres Dios.

Vuelves al hombre hasta ser quebrantado, y dices: Convertíos, hijos de los hombres.

Porque mil años delante de tus ojos, son como el día de ayer, que pasó, y como una de las vigilias de la noche.

Hácelos pasar como avenida de aguas; son como sueño; como la hierba que crece en la mañana:

En la mañana florece y crece; a la tarde es cortada, y se seca.

Porque con tu furor somos consumidos, y con tu ira somos conturbados.

Pusiste nuestras maldades delante de ti, nuestros yerros a la luz de tu rostro.

Porque todos nuestros días declinan a causa de tu ira; acabamos nuestros años como un pensamiento.

Los días de nuestra edad son setenta años; que si en los más robustos son ochenta años, con todo su fortaleza es molestia y trabajo; porque es cortado presto, y volamos<sup>[8]</sup>.»

«Enseñanos de tal modo a contar nuestros días, que traigamos al corazón sabiduría<sup>[9]</sup>.»

«Gloria al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo.

Como era en un principio, ahora y siempre, por los siglos de los siglos. Amén».

Después, el féretro fue levantado por los portadores, que lo llevaron al interior de la tumba y lo colocaron en el sarcófago, mientras el pastor rezaba hincado de rodillas. Como Aileen se había negado a entrar, el resto de los dolientes permaneció fuera con ella. Y poco tiempo después, cuando salió el pastor, se cerraron las pesadas puertas de bronce y con eso concluyó el funeral de Frank Algernon Cowperwood.

El religioso se acercó a Aileen para dedicarle unas palabras de consuelo; los amigos y parientes empezaron a marcharse, y al poco, el espacio que rodeaba la tumba quedó vacío. Sin embargo, el doctor James y Berenice permanecieron un rato a la sombra de un gran abedul y después bajaron lentamente por el empinado sendero serpenteante, ya que Berenice no deseaba marcharse con los demás. Cuando había recorrido unos treinta metros, Berenice se detuvo para volver la vista atrás y contemplar la última morada de su amado, que se alzaba alta y orgullosa, anónima, porque el nombre no era visible desde donde ella estaba. Alta y orgullosa, y pequeña a la vez, bajo los altos olmos que la rodeaban y protegían.

## CAPÍTULO LXXIII

Debido a la desazón que invadía el ánimo de Berenice tras la enfermedad y la muerte de Cowperwood, decidió que lo mejor para ella sería trasladarse a su casa de Park Avenue, que estaba cerrada desde que se fuera a Inglaterra. Ahora que no sabía qué sería de su futuro, la utilizaría como lugar de retiro, temporalmente al menos, para evitar cualquier contacto con la entrometida prensa de la ciudad. El doctor James aprobaba aquella decisión, al creer que también sería mejor para él poder decir con total honestidad que ella se había marchado y que no conocía su paradero actual: una artimaña que funcionó muy bien, porque tras responder en varias ocasiones que no sabía más que los propios periódicos, las preguntas cesaron, al menos en lo tocante a él.

Sin embargo, empezaron a aparecer de cuando en cuando en la prensa referencias no sólo a su desaparición, sino a su posible paradero. ¿Había regresado a Londres? Y para asegurarse de ello, los periódicos de Londres preguntaron si habría vuelto a su anterior residencia de Pryor's Cove: una serie de pesquisas que dieron lugar a la decepcionante noticia de que aunque su madre estaba allí, afirmaba que desconocía por completo los planes de su hija y que tendrían que esperar hasta que ella dispusiera de esa información. Esta respuesta era consecuencia del cable que había enviado Berenice en el que pedía a su madre que no facilitara información alguna hasta tener noticias de ella.

Aunque a Berenice le suponía cierta satisfacción burlar a los periodistas, se encontraba bastante sola en su casa y pasaba la mayoría de las tardes leyendo. Sin embargo, quedó conmocionada ante la aparición de un artículo de fondo en uno de los periódicos dominicales de Nueva York que hablaba exclusivamente de ella y de la relación que había mantenido con Cowperwood. Aunque se refería a ella como su pupila, el tono del artículo parecía querer resaltar la idea de que se trataba de una oportunista que había utilizado su belleza para mejorar su bienestar material y promover sus placeres sociales en general: una interpretación y un retrato suyos que la irritaron y que le dolió profundamente. Porque según la imagen que tenía de sí misma, antes y también entonces, lo que más le interesaba eran la belleza de la vida y los logros creativos que llevasen a ampliar y aumentar su conocimiento. Sin embargo, lo que pensó en aquel momento es que era probable que aquel tipo de artículo se repitiera o incluso que lo reprodujeran otros periódicos, tanto en el extranjero como en su propio país, puesto que era obvio que la habían elegido como personaje romántico y dramático.

¿Qué podía hacer al respecto? ¿Dónde podría irse a vivir para escapar a semejante publicidad?

En aquel momento en el que se encontraba preocupada y algo confusa, paseó por la biblioteca de su casa, cuyos estantes rebosaban de volúmenes desatendidos hacía mucho y, cogiendo uno de los libros al azar, lo abrió despreocupadamente y sus ojos se encontraron con las siguientes palabras:

«Una chispa emanada de Mi Espíritu Eterno es un alma que en este mundo nace a la vida, generando alrededor de su centro los cinco sentidos y la mente, teniendo como soporte esta naturaleza material.

Estas potencias aparecen cuando el Señor del cuerpo se manifiesta; igualmente, cuando lo abandona y transmigra, se las lleva todas con Él, del mismo modo que el viento recoge la fragancia de las flores aromáticas, llenándola con él, transportada por el aire.

A través de la mente y los sentidos: vista, oído, olfato, gusto y tacto, el Señor del cuerpo observa este mundo, y su conciencia goza de él.

Aquellos que viven en la confusión, engañados por la ilusión del mundo, no pueden ver que es el Señor quien mora en el cuerpo, y que, mediante los poderes de su naturaleza, goza de esta vida hasta que por fin se va. Mas esto sólo lo entienden aquellos a quienes les ha sido abierto el ojo de la sabiduría.

Aquellos que practican la meditación y se esfuerzan con determinación, ven como Él mora en su interior. Mas aquellos que no son puros de corazón y carecen de Conocimiento, aunque se esfuerzan, nunca logran verlo<sup>[1]</sup>.»

Le llamaron tanto la atención estas reflexiones que le dio la vuelta al libro para ver el título. Y al ver que se trataba de *Bhagavad Gita*<sup>[2]</sup>, recordó la brillante disertación de un tal lord Severance sobre ese asunto durante una cena ofrecida por lord Stane en su residencia. La había impresionado profundamente el relato tan gráfico que había hecho sobre su estancia en la India, donde había llevado durante un periodo de tiempo considerable una vida monacal en un lugar de retiro cercano a Bombay y donde había estudiado con un gurú. Recordó cuánto la habían conmovido sus impresiones y que, en aquel momento, ella también deseó poder ir algún día a la India para hacer lo mismo. Y ahora que se enfrentaba al temido ostracismo social, se sentía aún más inclinada a refugiarse en alguna parte. No había duda de que esta podría ser la solución ante sus complicaciones actuales.

¡La India! ¿Por qué no? Mientras más pensaba en ir allí, más le gustaba la idea.

Según otro libro sobre la India que encontró en su estantería, había muchos *swamis*<sup>[3]</sup>, muchos gurús o profesores e intérpretes de los misterios de la vida o de Dios, que habían fundado para sí mismos *ashramas* o lugares de retiro en las montañas o en los bosques a los que aquellas almas atribuladas que buscaban el significado de las maravillas o los misterios de la vida podrían dirigirse en su hora de dolor, fracaso o consternación para aprender sobre los recursos espirituales que llevaban dentro y que podrían disipar fácilmente sus propios males si los estudiaban y los seguían. ¿No podría uno de aquellos profesores de las grandes verdades conducirla a un reino de luz o de paz espiritual que fuese lo suficientemente

instructivo como para disipar aquellas oscuras horas de soledad y sombras que podrían engullirla de manera permanente?

¡Se iría a la India! Pensó que podría hacer el viaje en barco a Bombay desde Londres después de cerrar Pryor's Cove y que se llevaría a su madre si así lo deseaba.

A la mañana siguiente llamó al doctor James para pedirle opinión sobre aquella decisión, y, para gran sorpresa de ella, cuando le contó que tenía pensado estudiar allí, le dijo que sin duda le parecía un plan magnífico. Hacía mucho tiempo que él tenía deseos de hacer exactamente lo mismo, aunque en su caso, no gozaba de tanta libertad como Berenice para poder disfrutar de semejante oportunidad. Era el tipo de retiro y de cambio que Berenice más necesitaba, le dijo. De hecho, tenía unos cuantos pacientes que sufrían padecimientos físicos y mentales y que se encontraban muy trastornados por dificultades sociales y personales, a los que había enviado a cierto *swami* hindú de Nueva York y que habían vuelto después de haber recuperado completamente la salud. Porque, según comentó, había algo en el pensamiento limitado del ser que se perdía en la idea más amplia del no ser, lo que provocaba la pérdida de la conciencia del ser en las personas nerviosas, y por lo tanto, de su salud.

Tanto animó a Berenice el hecho de que él aprobara su decisión, que hizo inmediatamente todos los preparativos necesarios para el cuidado de su casa de Park Avenue mientras ella estuviera ausente y se marchó de Nueva York con destino a Londres.

## CAPÍTULO LXXIV

Al mundo en general el asunto que más le interesaba en relación con la muerte de Frank Algernon Cowperwood era su fortuna: sus proporciones, quién iba a heredarla y cuánto recibiría cada uno. Antes de que se validara el testamento, se rumoreaba que Aileen había sido desheredada y que sólo recibiría una mínima parte, que los dos hijos de Cowperwood recibirían el grueso del patrimonio y también que varias de sus amantes londinenses ya habían recibido enormes donaciones.

Menos de una semana después de la muerte de su esposo, Aileen había despedido a su abogado y en su lugar había designado a un tal Charles Day como su único representante legal.

El testamento, admitido para su validación en la Corte Superior del Condado de Cook cinco semanas después de la muerte de Cowperwood, contenía legados que iban desde los dos mil dólares que dejó a cada uno de sus sirvientes, hasta los cincuenta mil dólares que legó a Albert Jamieson y los cien mil dólares destinados al Observatorio Frank A. Cowperwood, una institución que había donado a la Universidad de Chicago diez años antes<sup>[1]</sup>. Entre las diez personas y organizaciones que aparecían en la lista, se encontraban sus dos hijos, y la cantidad de dinero destinada a estos legados concretos hacía un total de aproximadamente medio millón de dólares.

La parte de Aileen provenía de las rentas del resto de su patrimonio. A su muerte, su galería de arte y la colección de pinturas y esculturas, valoradas en tres millones de dólares, pasarían a manos de la Ciudad de Nueva York para la educación y disfrute del público. Con anterioridad, Cowperwood había puesto en manos de sus fideicomisarios setecientos cincuenta mil dólares para estas galerías. Además de esto, había dispuesto que se comprase una parcela de terreno en el distrito del Bronx en la que habría de construirse un hospital, cuyo coste no debía exceder de ochocientos mil dólares. El resto de su patrimonio —una parte de cuyas rentas iría destinada al mantenimiento del hospital— habría de quedar en manos de albaceas que él había designado, entre los que se encontraban Aileen, el doctor James y Albert Jamieson. El hospital debía llamarse el Frank A. Cowperwood Hospital y los pacientes debían ser admitidos sin distinción de raza, color o credo. Si carecían de medios económicos con los que sufragar el tratamiento, debían recibirlo libre de cargo.

Una vez muerto Cowperwood, y como Aileen se mostraba especialmente sensible con sus últimos deseos, en lo primero en lo que centró su atención fue en el hospital. De hecho, concedió entrevistas a los periódicos en las que dio cuenta y razón de sus planes, entre los que se incluía una clínica de reposo que estaría libre de todo parecido con cualquier institución. Una de aquellas entrevistas la terminó diciendo:

«Dedicaré toda mi energía al cumplimiento del plan de mi esposo y convertiré este hospital en la ocupación fundamental de mi vida».

Pero Cowperwood no había tenido en cuenta, sin embargo, la forma de funcionar de los tribunales norteamericanos en toda la nación: la administración de justicia o la falta de ella; la cantidad de tiempo que los abogados norteamericanos podían llegar a dilatar un acuerdo en cualquiera de aquellos tribunales.

Por ejemplo, la decisión de la Corte Suprema de los Estados Unidos de rematar la Combination Traction Company de Chicago de Cowperwood fue el primer golpe para su patrimonio. Los cuatro millones y medio de dólares que había invertido en bonos de su Union Traction Company estaban garantizados por la Combination Traction Company. Ahora se enfrentaban a años de pleitos en los tribunales para decidir no sólo cuál era su valor, sino también a quién pertenecían. Aquello era demasiado para Aileen. Inmediatamente abandonó sus funciones de albacea y traspasó el problema a Jamieson, en consecuencia de lo cual, pasaron prácticamente dos años con escasos o ningún logro. De hecho, todo esto ocurrió durante el pánico de 1907<sup>[2]</sup>, debido a lo cual, Jamieson, sin conocimiento del tribunal, de Aileen ni de su abogado, entregó los bonos en cuestión a un comité de reorganización.

«Si se liquidaran en estas circunstancias, no valdrían nada», explicó Jamieson. «El comité de reorganización espera poder diseñar un plan para salvar la Combination Traction Company.»

Después de eso, el comité de reorganización depositó los bonos en la Middle Trust Company, la compañía interesada en aunar todos los ferrocarriles de Chicago en una única sociedad. «¿Qué beneficio obtuvo Jamieson de todo esto?», esa era la cuestión. Y mientras que el patrimonio llevaba ya dos años en periodo probatorio en Chicago, en Nueva York no se había tomado ninguna medida para resolver el asunto. La Reciprocal Life Insurance Company, que tenía una hipoteca de doscientos veinticinco mil dólares sobre la ampliación de la mansión de la Quinta Avenida, junto con diecisiete mil dólares de intereses debidos sobre esta hipoteca, inició acciones judiciales para cobrar. Y sus abogados, sin conocimiento de Aileen ni de los suyos, trazaron un plan con Jamieson y con Frank Cowperwood hijo mediante el que se celebró una subasta en la que se vendieron tanto la galería como los cuadros que contenía. Los ingresos procedentes de esta venta apenas cubrieron las cantidades reclamadas por la compañía aseguradora y por la Ciudad de Nueva York en concepto de facturas de agua e impuestos impagados, que ascendían aproximadamente a treinta mil dólares. Además de todo esto, Aileen y sus abogados apelaron ante el Tribunal de Testamentarías de Chicago para que se retirase a Jamieson su condición de albacea.

En resumen, según informó Aileen al juez Severing:

«Desde la muerte de mi esposo, ha habido conversaciones nada más, pero dinero ninguno. El señor Jamieson tuvo muy buenas palabras, pero a la hora de la verdad, poco dinero obtuve por mediación suya. Y cuando se lo pedía de manera directa, siempre contestaba que no había. He perdido la fe en él hasta el punto de que he



llegado a recelar».

Después relató ante el tribunal que había transferido bonos por valor de cuatro millones y medio de dólares sin su conocimiento; que había organizado la subasta de la galería de arte, que se vendió por doscientos setenta y siete mil dólares cuando estaba valorada en cuatrocientos mil; que le había cargado mil quinientos dólares en concepto de comisión de cobro cuando ya se le había pagado por su labor de albacea; y que le había negado al abogado de Aileen acceso a los libros contables de la herencia.

«Cuando el señor Jamieson me pidió que vendiera mi casa y la colección de arte», dijo para terminar, «y que le pagara el seis por ciento de la transacción, simplemente le dije que no estaba dispuesta a hacerlo. Y me amenazó con emprenderla contra mí con todas sus fuerzas si no lo hacía».

La audiencia quedó suspendida durante tres semanas.

«Se trata de un caso en el que una mujer se entromete en cosas que no comprende», fue la observación que hizo Frank A. Cowperwood hijo.

De modo que mientras Aileen intentaba que el Tribunal de Testamentarías de Chicago retirara a Jamieson la condición de albacea, este, tras tres años de inactividad en Nueva York, solicitaba allí documentos complementarios. Sin embargo, la acción emprendida por Aileen puso su idoneidad en tela de juicio, lo que provocó que el juez Monahan aplazara la adopción de medidas durante quince días para que adujese argumentos convincentes sobre por qué debían o no concedérsele los documentos complementarios. Al mismo tiempo, en Chicago, Jamieson, al responder ante el juez Severing a las acusaciones formuladas por Aileen, insistió en que no había hecho ningún mal y que jamás había recibido un solo centavo ilegal. En lugar de eso, afirmó, había hecho mucho por preservar la herencia.

Sin embargo, el juez Severing, que se negó a retirar a Jamieson su condición de albacea, comentó:

«Sobre la cuestión de la parte adjudicada a la viuda, un albacea que pretenda ser remunerado por el cobro de esa parte, después de haber recibido el pago de sus honorarios del monto total de la herencia, olvidando así sus deberes, debe ser retirado, eso es cierto. Pero dudo de que yo tenga la facultad de retirarlo basándome únicamente en ese motivo».

Después de este fallo, Aileen empezó a hacer planes para apelar ante la Corte Suprema.

En este momento, sin embargo, la London Underground Company presentó una demanda en Nueva York ante el Tribunal de Circuito Judicial de los Estados Unidos para cobrar los ochocientos mil dólares que se le debían. No cuestionaban la solvencia de la herencia, aunque los estados de cuenta oficiales demostraron que durante el proceso de litigio se habían esfumado unos tres millones de dólares. El tribunal designó a un tal William H. Cunningham como síndico en lo relativo a esta demanda, y este, aunque Aileen estaba enferma de neumonía en aquellos momentos,

procedió a colocar guardias de vigilancia en la propiedad de la Quinta Avenida y tres días después, organizó una subasta de tres días de duración en la que se vendieron cuadros, alfombras y tapices para hacer frente a la reclamación interpuesta por la London Underground. Los guardias estuvieron presentes veinticuatro horas al día para garantizar que no desapareciera ningún elemento de la propiedad que iba a ser subastada. Deambularon por el edificio para enorme perjuicio del buen funcionamiento de la casa, desafiando así el derecho a la tenencia y ocupación.

Charles Day, uno de los abogados de Aileen, adujo ante el tribunal que aquella medida era una de las peores muestras de tiranía judicial llevadas a cabo jamás en este país; que se trataba únicamente de una conspiración para acceder a la casa por medios ilegales con el propósito de forzar la venta de la casa y de los cuadros, echando así por tierra la intención y el deseo de Cowperwood de legar la mansión y su contenido como museo para el público.

Sin embargo, al mismo tiempo que sus abogados de Nueva York intentaban evitar que la administración judicial impuesta de manera temporal se convirtiera en permanente, sus abogados de Chicago intentaban que se designase allí un síndico que se hiciera cargo de la totalidad de la herencia.

Nunca llegaron a obtener un título claro de propiedad sobre la ampliación de la galería de arte, vendida como resultado de los procedimientos de embargo de la Reciprocal Life Insurance Company, y tras cuatro meses, la compañía aseguradora presentó una demanda contra el síndico Cunningham y contra la compañía de títulos que se negaba a reconocerles el dominio sobre la galería de arte.

Además, mientras que el comité de reorganización de los capitalistas de Chicago trabajaba en un plan con representantes de la casa de Brenton Diggs, los titulares de los bonos de las tres compañías subyacentes exigieron que se presentara una solicitud de embargo. Al tiempo que afirmaban que el Tribunal del Condado de Cook tenía jurisdicción sobre el total de las propiedades de Cowperwood, los abogados de Aileen sostuvieron que el Tribunal de Circuito carecía de jurisdicción. El juez de dicho Tribunal de Circuito lo admitió al anunciar que se retiraría en cuanto que Jamieson lograra hacerse cargo de las propiedades de Nueva York.

Sin embargo, cinco meses después de la apelación de Aileen ante el Tribunal de Apelaciones de los Estados Unidos, este decidió por dos votos a uno convertir en definitiva la administración judicial que hasta entonces había sido una medida temporal y que quedaba en manos de William H. Cunningham. Sin embargo, el juez que no compartía esta decisión argumentó que la Corte Federal no podía inmiscuirse en asuntos testamentarios que eran competencia del estado. Los jueces que estaban a favor, sin embargo, afirmaron que el síndico debía continuar durante un periodo razonable de tiempo —a juicio del Tribunal de Circuito— que permitiera a los acreedores pedir al Tribunal de Sucesiones que nombrase un administrador, momento en el que ellos le entregarían la propiedad. Al mismo tiempo, el mandamiento judicial que impedía temporalmente que Jamieson solicitara poderes de administración para

convertirse en albacea secundario quedó anulado.

Y ahora hubo interminables retrasos, tribunales, reclamaciones que atender y decisiones que tomar. Y para lidiar con todo ello, sólo había una viuda que carecía de información legal y cuyo capital en su totalidad, legado por su esposo fallecido, se estaba empleando para defender sus complicados derechos. Estaba enferma y postrada, con la salud hecha añicos y con unos recursos peligrosamente reducidos a aquellas alturas.

Por lo tanto, los abogados de Aileen junto con los de Jamieson y los representantes de la London Underground, alcanzaron un acuerdo mediante el que ella recibiría ochocientos mil dólares en lugar de los derechos que como viuda le correspondían y como parte de los bienes muebles que se le debían. Se presentó una demanda ante el Tribunal de Testamentarías de Chicago para que este confirmara aquel acuerdo que no había quedado registrado.

El tasador del Impuesto de Sucesiones declaró, cuatro años después de la muerte de Cowperwood, que el valor total de la herencia era de once millones cuatrocientos sesenta y siete mil trescientos setenta dólares con sesenta y cinco. Para examinar y discutir la petición de que el tasador retirase el informe se celebró una audiencia en el despacho del juez Roberts. El señor Day, como representante de Aileen, argumentó que si el juez Severing confirmaba el acuerdo, no le quedaría más remedio que vender los bienes de la herencia. Day afirmó que la tasación era demasiado alta, tanto en el valor conferido a la colección de arte, estimado en cuatro millones de dólares, y en el de los muebles, que, según dijo, una vez superada la segunda planta, no sobrepasaban los mil dólares.

Después, Jamieson solicitó ante el juez de sucesiones Henry poderes de administración en Nueva York. Más o menos al mismo tiempo que Aileen perdía el pleito con el que pretendía evitar que él obtuviese aquellos poderes, el juez Severing confirmó el acuerdo entre ella y Jamieson, en virtud del cual recibiría ochocientos mil dólares y el porcentaje debido a la viuda, la tercera parte de todos los bienes muebles, una vez que se pagasen todas las deudas. Al amparo de este acuerdo, Aileen transfirió la casa, la galería de arte, los cuadros, el establo, etcétera a manos del síndico Cunningham para que fuesen subastados, y Jamieson, más de cuatro años después de que se comenzaran los trámites para las medidas probatorias en Chicago, fue nombrado albacea secundario en Nueva York. Él debería haber suspendido las medidas encaminadas a la subasta de las propiedades de Nueva York, pero no lo hizo. En la galería había trescientos cuadros valorados en un millón y medio de dólares, entre los que se encontraban obras de Rembrandt, Hobbema, Teniers, Ruysdael, Holbein, Frans Hals, Rubens, Van Dyck, Reynolds y Turner<sup>[3]</sup>.

Y sin embargo, en Chicago y exactamente al mismo tiempo, los abogados de Jamieson se presentaban ante el juez Severing en el Tribunal de Testamentarías para argumentar que la única manera de evitar que la herencia se volviese insolvente era entregar los cuatro millones cuatrocientos noventa y cuatro mil dólares en bonos de la

Union Traction Company al comité de reorganización con el propósito de formar una nueva compañía, y los abogados de Aileen contestaban que aquella acción se había realizado en secreto y sin la aprobación del tribunal. Llegado este punto, el juez Severing anunció que en su opinión no podía dictar una resolución judicial que diese semejante orden a menos que ambas partes estuvieran de acuerdo. De ahí que las medidas quedaban pospuestas indefinidamente para dar la oportunidad a los abogados de ambas partes de llegar a un acuerdo.

¡Más demoras! ¡Demoras! ¡Demoras!

¡Sociedades! ¡Sociedades! ¡Sociedades!

¡Decisiones! ¡Decisiones! ¡Decisiones!

¡Tribunales! ¡Tribunales! ¡Tribunales!

Hasta que, de hecho, pasaron cinco años y se terminó subastando todo lo que un día perteneciera a Frank Cowperwood. ¡Los ingresos procedentes de aquella subasta, en la que estaban incluidos todos los inmuebles, ascendieron a tres millones seiscientos diez mil ciento cincuenta dólares!

## CAPÍTULO LXXV

Cinco años de peregrinaje por la interminable selva de leyes, abogados, sociedades, tribunales y jueces habían hecho que Aileen tomara dolorosa conciencia de que al final de cualquier paso que diera en cualquier dirección no había nada. De hecho, el resumen de todos aquellos años de esfuerzos era que vivía sola, que no tenía ni un amigo de verdad que la visitara, que había salido derrotada en los tribunales en una demanda legítima tras otra, hasta que finalmente se dio cuenta de que los sueños de grandeza que aquella casa representaban se habían esfumado. Sólo le quedaban, como parte de su herencia, los ochocientos mil dólares y el tercio correspondiente a la viuda de todos los bienes muebles una vez satisfechas las deudas, a cambio de transferir y ceder al síndico Cunningham la mansión, la galería de arte, los cuadros y todo lo demás. La justicia, las sociedades y los albaceas andaban siempre tras su rastro como lobos hasta que al fin la habían atrapado, hasta el punto de que ahora tenía que abandonar su propia casa para que se subastara y pasara a manos de extraños.

Pero incluso antes de que pudiera mudarse al apartamento que había elegido en Madison Avenue, la casa se vio invadida por los agentes de los subastadores que etiquetaban artículos de toda descripción con el número correspondiente asignado en los catálogos. Llegaron carros para llevarse los cuadros —trescientos— a la galería de arte Liberty en la Twenty-third Street. Vinieron coleccionistas que deambulaban por la casa especulando. Ella estaba enferma y se sintió deprimida al tener que escuchar al síndico Cunningham explicarle que era su deber hacer un inventario completo de la casa y de la galería para presentarlo ante el tribunal.

A esto siguieron los avisos en los periódicos informando de que el miércoles de la siguiente semana y por un periodo de tres días y noches, se realizaría la venta de los muebles, bronces, esculturas, paneles de los techos y sobrepuestas y objetos de arte de todo tipo, incluida la enorme biblioteca. El lugar: el número 864 de la Quinta Avenida; subastador: J. L. Donahue.

En mitad de aquella irritante confusión, Aileen iba de un lado a otro recogiendo sus efectos personales para que sus nuevos y fieles sirvientes los llevaran a su apartamento.

El interés y la curiosidad del público por las posesiones de Cowperwood fue creciendo sin pausa un día tras otro y la demanda de boletos de entrada a la casa era tan grande que los subastadores fueron incapaces de satisfacerla. El dólar que debían pagar por la entrada tanto a las exposiciones como a las sesiones de venta no parecía disuadir a los interesados.

El día que comenzó la venta en la galería de arte Liberty, la sala estaba llena a

rebosar desde el foso hasta el gallinero. Se produjo un gran aplauso cuando se ofrecieron determinadas obras maestras. Por otra parte, en la mansión de Cowperwood aumentaban las dificultades. El catálogo de objetos que debían venderse contenía más de mil trescientos números y cuando al fin llegó el día de la subasta, los automóviles, taxis y carruajes se alinearon junto al bordillo de la Quinta Avenida y de la Sixty-eighth Street mientras duró la venta. Había coleccionistas millonarios, artistas famosos y célebres damas de la alta sociedad —cuyos vehículos jamás se habían detenido allí anteriormente—, y todos ellos clamando por entrar a pujar por las preciosas pertenencias de Aileen y de Frank Cowperwood.

La cama de oro, que en un tiempo perteneciera al rey de Bélgica y que había sido comprada por ochenta mil dólares; la bañera de mármol rosa del cuarto de baño de Aileen, que había costado cincuenta mil dólares; las fabulosas alfombras de seda de la mezquita de Ardebil; los bronce, los jarrones rojos africanos, los sofás dorados de estilo Luis XIV; los candelabros, también Luis XIV, de cristal tallado con lágrimas de amatista y topacio; exquisitas piezas de porcelana, cristal, plata y otros objetos más pequeños, tales como camafeos, anillos, alfileres, collares, piedras preciosas y estatuillas.

De una sala a otra seguían a la voz resonante del subastador que retumbaba en aquellos grandes salones. Vieron cómo se vendía *Cupido y Psique*<sup>[1]</sup> de Rodin a un tratante por cincuenta y un mil dólares. Un postor, que había llegado a ofrecer hasta mil seiscientos dólares por un Botticelli<sup>[2]</sup>, lo perdió ante otra voz que ofreció mil setecientos. Una mujerona impresionante vestida de morado que se mantuvo la mayor parte del tiempo junto al subastador, ofrecía siempre por alguna razón trescientos noventa dólares por cualquier artículo, nunca más ni menos. Cuando aquella multitud que seguía muy de cerca al subastador se apresuró a entrar en la sala de las palmeras para ver una estatua de Rodin, este les gritó: «¡No se apoyen en las palmeras!».

Durante todo el tiempo que duró la venta, una berlina recorrió lentamente la Quinta Avenida, subiendo y bajando por ella dos o tres veces, con una mujer como única ocupante. Miraba los coches y los carruajes que llegaban hasta la entrada de la mansión de los Cowperwood y observaba a los hombres y las mujeres que abarrotaban la escalinata que daba acceso a la casa. Para ella significaba mucho porque estaba contemplando su última gran prueba: era la separación definitiva de sus antiguas ambiciones. Veintitrés años antes ella era una de las mujeres más arrebatadoramente hermosas de los Estados Unidos. Hasta cierto punto aún conservaba parte de su antiguo espíritu y su porte. La habían dominado, pero no la habían derrotado del todo; aún no. Pero la señora de Frank Algernon Cowperwood no entró para asistir a la venta, aunque sí vio cómo los compradores se llevaban sus posesiones más preciadas y ocasionalmente oyó la voz del subastador gritar: «¿Alguien da más? ¿Alguien da más? ¿Alguien da más?». Pasado un tiempo decidió que ya no podía soportarlo más y le dijo al cochero que la llevara de vuelta al apartamento de Madison Avenue.

Media hora después se encontraba de pie sola en su dormitorio, silenciosa y sintiendo la necesidad de aquel silencio. No quedaba ni rastro de todo lo que había desaparecido aquel día casi como por arte de magia. Ahora ya estaría sola. Cowperwood no iba a regresar, ni aunque él así lo hubiera deseado.

Y luego, un año más tarde, aquejada repentinamente por un nuevo episodio de neumonía, abandonó este mundo. Antes de morir le envió una nota al doctor James:

«Si tiene la bondad, le ruego que se encargue de que me entierren en la tumba junto a mi esposo, tal como era su deseo. Le ruego que me perdone por mi falta de cortesía hacia usted en el pasado. Todo fue fruto de desdichas que sería incapaz de expresar con palabras»<sup>[3]</sup>.

Y James pensó en los anacronismos de la vida al tiempo que doblaba la carta y se decía: «Sí, Aileen. Lo haré».

## CAPÍTULO LXXVI

En el periodo durante el que la herencia de Cowperwood se había desintegrado y tuvo lugar la muerte de Aileen, Berenice había ido emprendiendo un proceso de manera lenta pero segura que consideraba que la prepararía para la sociedad y para cualquier forma de vida siempre que, como razonaba de vez en cuando, pudiera dotarse de aquellos conocimientos mentales y espirituales con los que lograr apartar por completo de su mente el punto de vista materialista occidental que convertía el dinero y el lujo en su único dios. En un primer momento, este deseo de cambiar su forma de pensar se había originado durante sus esfuerzos por luchar contra el dolor que se había apoderado de ella a la muerte de Cowperwood y que estuvo cerca de amargarle la vida. Después, de manera bastante accidental, al menos aparentemente, se había topado casualmente con un pequeño volumen conocido como el *Bhagavad Gita* y que parecía condensar y resumir miles de años del pensamiento religioso en Asia.

«Lo que en un principio nos parece como un cáliz de sufrimiento termina convirtiéndose en el vino de la inmortalidad. Y a esto se le llama placer puro: es la dicha que resurge cuando se obtiene la visión clara del Espíritu»<sup>[1]</sup>.

«Entre millares de hombres quizás uno busca la perfección. Y entre millares de estos que buscan la perfección, quizás uno me conoce en verdad»<sup>[2]</sup>.

Al encontrarse entonando estos cantos del Señor, empezó a preguntarse si ella podría ser una de aquellas que encontraban la verdad y el entendimiento. Merecía la pena hacer el esfuerzo y había ido en su busca.

Pero antes de llegar a la India para realizar esos estudios, había viajado a Inglaterra a hacer los preparativos para que su madre la acompañara. Sólo unas horas después de su llegada a Pryor's Cove, lord Stane fue a visitarla. Cuando le comunicó su decisión de marcharse a la India para dedicarse seriamente al estudio de la filosofía hindú, Stane, aunque mostró interés, se sintió también muy sorprendido. Durante años había oído lo que contaban los ingleses que habían sido enviados a la India por motivos relacionados con el gobierno o por otros intereses, y al recordarlos, pensó que la India no era un lugar apropiado para una muchacha joven y bella.

Para entonces Stane estaba convencido de que Berenice había sido más que una pupila para Cowperwood y de que había algo que ensombrecía el pasado de su madre; pero seguía enamorado de ella y pensaba que a pesar de sus desventajas sociales, su propia vida sería mental y espiritualmente más feliz si la tuviera cerca y pudiera disfrutar de su compañía y de su punto de vista liberal e intelectual. Se consideraría sin duda afortunado si pudiera casarse con una muchacha de



personalidad tan encantadora y distinguida.

Pero cuando Berenice le explicó lo que había cristalizado en su mente durante aquellas últimas semanas tras la muerte de Cowperwood y lo convencida que había llegado a estar de que allí recibiría ayuda mental y espiritual, lejos del mundo occidental y de su burdo materialismo, sintió que debía postergar sus deseos personales hasta el momento en el que, gracias a su propia experiencia, hubiera puesto en claro las diversas emociones e intereses encontrados que entonces la dominaban. De modo que no hizo ninguna alusión particular a sus sentimientos, excepto para decirle que esperaba que estuviera dispuesta a valerse de los consejos de su buen amigo lord Severence. Porque, como ella ya sabía, Severence estaba muy bien informado sobre las condiciones actuales en la India y estaría encantado de servirle de ayuda. Berenice le contestó que le agradecería recibir cualquier tipo de consejo o ayuda que lord Severence deseara darle, aunque sabía que sería conducida a aquello que necesitara. Según dijo:

—Es como si me sintiera atraída por una especie de imán y siento que nada logrará desviarme en modo alguno.

—En otras palabras, Berenice, que usted cree en el destino —dijo Stane—. Bien, yo también creo en él, hasta cierto punto, pero es evidente que tiene la fuerza y la fe necesarias para hacer que sus deseos se cumplan. Y ahora lo único que se me ocurre con relación a todo esto es que espero que esté dispuesta a recurrir a mí para cualquier servicio que yo pueda prestarle. Espero que me escriba de vez en cuando y me informe de sus progresos. —Y ella se lo prometió.

Tras esto, lord Stane se ocupó personalmente de todos los preparativos para la partida de Berenice y de su madre hacia la India, lo que incluyó hacerse con varias cartas de presentación escritas por lord Severence. Y como Bombay era la ciudad que ella había elegido visitar, obtuvo los pasaportes y los billetes necesarios y después, fue a despedirlas.

## CAPÍTULO LXXVII

Al llegar a Bombay, Berenice y su madre quedaron impresionadas por lo que vieron al aproximarse a esta preciosa ciudad. Desde el mar, un ancho brazo de agua salpicado de islas montañosas conducía hasta la ciudad. A la izquierda se alzaba un grupo de edificios majestuosos y a la derecha, se veía a lo lejos la playa bordeada de palmeras ya en tierra firme, que iba elevándose gradualmente hasta llegar a los picos de los Ghats occidentales que se apreciaban en la distancia.

Una vez en la ciudad de Bombay propiamente dicha, al presentar una carta de lord Severence ante la dirección del Majestic Hotel<sup>[1]</sup>, les dispensaron un servicio de lo más cortés y grato durante todo el tiempo que duró su estancia. Tanto fue así que pensaron quedarse varias semanas para poder explorar las muchas características sorprendentes de la ciudad en comparación con las ciudades occidentales. Y para regocijo suyo, se vieron ampliamente recompensadas por la enorme variedad de estampas que vieron. Las anchas calles salpicadas de carros tirados por bueyes que transportaban mercancías; los bazares abarrotados que exhibían una amplia y variada riqueza de productos y el movimiento incesante de gentes de diversas razas y religiones, muchos de ellos vestidos con ropas escasas, descalzos y de todos los colores de piel, desde el tostado hasta el negro: afganos, sijs, tibetanos, cingaleses, judíos de Bagdad, japoneses, chinos y muchos otros. Pero, ay de los más pobres y demacrados: cuerpos delgados, el pecho hundido, muchos de ellos corriendo de un lado a otro de la ciudad tirando de pequeños carros de dos ruedas o *rickshaws* que pasaban por delante de bellos edificios, templos ricamente adornados o la universidad, y todos ellos bordeados de palmeras: cocoteros, palmeras datílicas, palmas de Palmira, palmas betel, frutales y avellanos, así como árboles gomeros. En resumen, nuevas imágenes y gentes del trópico que captaron su interés constantemente hasta que finalmente se marcharon de Bombay en tren con dirección a Nagpur, una ciudad que se encuentra al este de Bombay en la línea férrea principal que lleva a Calcuta.

Esta decisión vino motivada porque optaron por seguir las indicaciones que les había ofrecido lord Severence, quien les había aconsejado que buscaran a un gurú llamado Borodandaj, al que se había referido como el que «disipa la materia y controla la energía» y que residía cerca de la ciudad de Nagpur, donde de cuando en cuando aceptaba viajeros en una sencilla construcción de madera de diseño anticuado que daba a una plaza del corazón de la ciudad.

No habían hecho más que instalarse cuando Berenice, ansiosa por continuar su búsqueda del gurú, se puso en marcha con la carta que contenía las instrucciones de lord Severence. Según le indicaba, siguió la carretera principal norte-sur que

atravesaba Nagpur hasta llegar a un inmueble antiguo y algo ruinoso que parecía un molino abandonado. Después giró bruscamente a la derecha y caminó por un desierto campo de algodón durante menos de un kilómetro, lo que la llevó hasta un bosquecillo de grandes acacias y tecas que habían sido plantadas tan cerca unas de otras como si se pretendiera impedir que el calor del ardiente sol pasara entre ellas. Su instinto le dijo que aquella era la morada del gurú, porque Severence se la había descrito con total exactitud. Vacilante, al echar un vistazo a su alrededor presa de la duda, vio un estrecho y desigual sendero que se adentraba serpenteante en el bosquecillo. Decidió seguirlo hasta el final. Allí se encontró con una construcción grande y cuadrada de madera medio podrida que, como supo más tarde, había sido en una época un edificio de la administración pública que controlaba los bosques de los que este bosquecillo formaba parte. Había varias brechas grandes en las paredes que jamás se habían reparado, y estas, a su vez, daban paso a otras habitaciones igualmente ruinosas. De hecho, como le dijeron después, le habían dado el edificio abandonado al gurú Borodandaj para sus clases de meditación y sus demostraciones de fuerza para, a través del yoga, controlar toda la energía física interior.

Mientras se acercaba tímidamente, el silencio y la sombra que proporcionaban los altos árboles parecían sugerir un espacio en el que reinaban la paz y la soledad: una paz que ella tanto necesitaba, puesto que el mundo que había dejado atrás le resultaba totalmente inaceptable e insatisfactorio. Mientras caminaba hacia uno de los edificios interiores, una hindú alta y anciana apareció ante ella y le hizo señas para que la siguiera hasta un patio cubierto de arcos que conducía a otro edificio en la parte de atrás, al tiempo que le decía:

—Pase por aquí. El maestro la está esperando.

Berenice siguió a la mujer a través de una pared medio destrozada, dejando atrás unos cuencos rotos rociados por el suelo y unos troncos que evidentemente se utilizaban como bancos. La mujer hindú empujó después una puerta grande y pesada y Berenice, tras quitarse los zapatos, atravesó el umbral.

Sus ojos se toparon entonces con una figura oscura y alargada con la cara chupada sentada a la manera de los yoguis sobre un gran paño blanco que había en el centro de la habitación. Tenía las manos juntas entre las rodillas como si hubiera estado rezando. Sin embargo, ni se movió ni dijo nada; se limitó a volver hacia ella sus ojos profundos, casi negros, de mirada penetrante e inquisitiva. Y después habló:

—¿Dónde has estado? —le preguntó—. Hace cuatro meses que murió tu esposo y te he estado esperando.

Sobresaltada por esta pregunta y por su actitud en general, Berenice retrocedió varios pasos involuntariamente, como si de verdad tuviese miedo.

—No tengas miedo —dijo el gurú—. El miedo no tiene cabida en Brahman, la realidad que tú andas buscando. Ven aquí y siéntate, hija. —Y movió su brazo largo y delgado para señalar el paño blanco sobre el que estaba sentado, indicándole la esquina que ella debía ocupar. Al sentarse, él comenzó a hablar.

—Has venido desde muy lejos para encontrar aquello que te dará la paz. Buscas tu propio *samadhi* o tu unión con Dios. ¿No es cierto?

—Sí, maestro —contestó Berenice con gran asombro y admiración—. Es cierto.

—Y sientes que has sufrido mucho por culpa de los males del mundo —continuó él—. Y ahora estás preparada para el cambio.

—Sí, sí, maestro, sí. Estoy preparada para el cambio. Porque ahora siento que quizá yo haya dañado al mundo.

—¿Y ahora estás dispuesta a reparar ese daño si es posible?

—¡Oh, sí; oh, sí! —dijo ella en voz baja.

—¿Pero estás dispuesta a dedicar algunos años a esta labor o se trata de un interés pasajero?

—Estoy dispuesta a dedicar años a estudiar cómo puedo reparar los daños que he causado. Quiero saber. Siento que debo aprender. —Su voz denotaba sus ansias.

—Pero eso requiere paciencia, trabajo y disciplina, ¿sabes? Uno se vuelve grande mediante la obediencia a las enseñanzas de Brahman.

—Haré todo lo que sea necesario —dijo Berenice—. Para eso he venido. Sé que debo aprender a concentrarme y a meditar para alcanzar la suficiente sabiduría como para resarcir o reparar mis daños.

—Sólo el que medita puede comprender la verdad —dijo el gurú mientras seguía estudiando a Berenice, hasta que al fin añadió—: Sí, te tomaré como discípula. Tu sinceridad te ha valido para que te admita en mi clase. Mañana puedes asistir a la clase de control de la respiración. Hablaremos de la respiración alta, la respiración media, la respiración completa de los yoguis y la respiración nasal. Contener el aliento es como mantener la vida en el cuerpo. Ese es el primer paso. Y esta es la base sobre la que construirás tu nuevo mundo. Gracias a ello llegarás al desapego y perderás el sufrimiento que procede del deseo.

—Maestro, a cambio de la paz de espíritu estaría dispuesta a renunciar a muchas cosas —dijo Berenice.

El gurú guardó silencio durante unos momentos y después comenzó a hablar de manera casi solemne:

—El hombre que renuncia a vivir en casas hermosas, a vestir ropas bonitas y a comer buena comida y se adentra en el desierto, puede ser una persona con fuertes apegos. Su única posesión, su propio cuerpo, puede llegar a serlo todo para él, y al vivir, puede que simplemente esté luchando por ese cuerpo. En verdad, el desapego no se refiere a nada de lo que podamos hacer en relación a nuestro cuerpo eterno. Todo está en la mente. Un hombre puede hallarse sobre un trono y ser perfectamente desapegado, mientras que otro que viste de harapos puede sufrir de un intenso apego. Pero cuando el hombre está dotado de discernimiento espiritual e iluminado por el conocimiento del *atman*<sup>[2]</sup>, todas sus dudas se despejan. No vacila a la hora de hacer aquello que le resulta desagradable, como tampoco anhela hacer aquello que le es agradable. Ningún ser humano puede abandonar por completo la acción, pero se dice

que aquel que renuncia a los frutos de la acción es un ser desapegado.

—Oh, maestro, ¡ojalá yo pudiera conseguir una ínfima parte de este gran conocimiento! —dijo Berenice.

—Todo conocimiento, hija mía —continuó él—, es un don del espíritu; y sólo a aquellos que son agradecidos de espíritu se les revelará el conocimiento como se abren los pétalos del loto. De los profesores occidentales se aprende de arte y ciencias, pero gracias a los maestros orientales se descubre el misterio interior de la sabiduría. No se es una persona educada cuando sólo se es instruido. En verdad se es una persona educada sólo cuando se está iluminado por la verdad interior. Porque la verdad interior da vida a la información muerta; inspira al corazón para que utilice el conocimiento en beneficio de los otros. Es a través del corazón y no del intelecto como se ve al Señor. Hacer el bien por sí mismo. Sólo entonces llegará el auténtico desapego.

—Trabajaré con ahínco para aprender los ejercicios de respiración, maestro —dijo Berenice—. Sé lo suficiente sobre el yoga como para ser consciente de que es la base de toda iluminación. Sé que la respiración es la vida.

—No necesariamente —dijo el gurú—. Si quieres verlo, te enseñaré ahora que hay vida donde no hay respiración.

Cogió un espejo pequeño y se lo entregó diciéndole:

—Cuando deje de respirar, sostén el espejo delante de mi boca y mi nariz para que compruebes si hay rastro de humedad en él.

Él cerró los ojos y después su cuerpo se fue poniendo gradualmente más recto hasta parecer una estatua, completamente inmóvil. Parecía haberse sumido en un profundo aletargamiento. Berenice esperó observándolo y manteniendo la palma de su mano cerca de sus orificios nasales. Pasaron varios minutos antes de que sintiera en la mano que su respiración se iba haciendo más tenue. Y luego, para su sorpresa, cesó. No había la más mínima señal de respiración rítmica. Esperó. Y después cogió el espejo y lo sostuvo delante de la boca y la nariz durante unos segundos. No había ni rastro de humedad en él. Más bien se dio cuenta de que su respiración había cesado y de que parecía una imagen tallada en piedra. Miró el reloj, nerviosa. Pasaron diez largos minutos antes de que percibiese signos de que respiraba y después, regresó a la total normalidad, porque el gurú, con aspecto de encontrarse muy cansado, abrió los ojos, la miró y le sonrió.

—¡Qué demostración más maravillosa! —exclamó ella.

—Puedo contener el aliento durante horas —dijo el gurú—. Y algunos yoguis pueden hacerlo durante meses. Ha habido casos en los que los yoguis han estado encerrados en cámaras herméticas durante semanas y a pesar de eso han salido con su salud intacta. Además de esto —continuó—, el control de los latidos del corazón es una prueba similar. Puedo hacer que deje de latir por completo porque la relación entre la sangre y la respiración es muy estrecha, como quizá sepas. Pero eso te lo mostraré otro día. Aprenderás que la respiración no es más que la expresión de una

sutil fuerza que se esconde en los órganos vitales, aunque sea invisible. Cuando abandona el cuerpo, la respiración se detiene, obediente, y el resultado es la muerte. Pero a través del control de la respiración es posible conseguir cierto control sobre esta corriente invisible.

»Pero esto, debo decirte, forma parte del estudio del *raja yoga* y eso vendrá después de que trabajes durante algún tiempo en el estudio del *hatha yoga*<sup>[3]</sup>. Y ahora, como pareces algo cansada, puedes irte y volver mañana, que será cuando puedas comenzar tus estudios.

Y con esto, Berenice supo que su entrevista con aquel hombre tan extraordinario había concluido. Aunque, al abandonar de mala gana su presencia, supo que dejaba atrás un enorme caudal de conocimiento intacto. Al retroceder sobre sus pasos por el camino desigual por el que había llegado, sintió que debía apresurar el paso porque para entonces ya sabía que en la India la noche se cierne rápidamente sobre la tarde y las puestas de sol no desaparecen lentamente como en Europa o en los Estados Unidos; sino que más bien se aproxima rápidamente como una sombra oscura que parece una envoltura de soledad.

Cuando volvió a encontrarse cerca del pueblo de Nagpur, se sintió de repente abrumada por la belleza de la colina sagrada de Ramtek con sus relucientes templos blancos, una imagen que dominaba el paisaje circundante. Y aquí se detuvo a meditar sobre la exquisita belleza de la escena, hechizada por el distante sonido de los cánticos de los mantras hindúes que se elevaban lentamente y se quedaban flotando en el aire. Sabía que se trataba de las voces de los santones de Ramtek que se reunían al final del día para entonar las sagradas palabras de su fe. Al principio las voces sonaban como un murmullo bajo, suave y dulce, pero al acercarse, el tempo del cántico se convirtió en algo parecido al redoble continuado de un gran tambor. Y entonces fue como si su corazón cambiara el ritmo de sus latidos para acompasarse con el pulso de esta tierra que buscaba a Dios y que amaba el espíritu, y supo que este era el reino en el que encontraría su alma.

## CAPÍTULO LXXVIII

Durante los siguientes cuatro años, Berenice practicó muchos aspectos diferentes de la disciplina del yoga, el primero de los cuales era la postura de yoga, que se utiliza para mantener la columna recta y para hacer que el cuerpo adquiera tal firmeza cuando se está meditando que se deje de sentirlo. Porque la *dhyana* —la meditación—, según el yoga, es desapego. Y cuando la columna está recta, el *kundalini* enroscado (una forma triangular en la base de la columna) se despierta y asciende a través de la *sushumna*, subiendo por la espina dorsal y pasando por los siete plexos o centros de conciencia, terminando en el *sahasrara*, el más alto, también llamado el loto de los mil pétalos, que está en el cerebro. Cuando se alcanza este elevado estado de conciencia, según el yoga uno ha alcanzado el *samadhi* o conciencia superior. Pero tanto si el poder del *kundalini* llega hasta este último punto como si no, la percepción se amplía y se eleva en la misma medida que el anterior asciende.

Berenice estudió *pranayana* —el control de las fuerzas vitales del cuerpo—; *pratyahara* —o cómo hacer que la mente se vuelva introspectiva—; *dharana* o concentración; *dhyana* o meditación; y a menudo comparaba sus apuntes con algunos de los demás estudiantes que asistían a clase con ella: un inglés y un joven hindú extremadamente inteligente, así como dos mujeres hindúes. Según avanzaba el tiempo estudió *hatha*, *raja*, *karma*, *jnana* y *bhakti* yoga. Aprendió que Brahman, la Realidad, es la Divinidad total que nunca puede definirse ni expresarse. Los *Upanishads*<sup>[1]</sup> dicen que Brahman es existencia, conocimiento y felicidad, pero que estos no son atributos suyos. No se puede decir que Brahman exista. Brahman no es sabio ni feliz, pero es conocimiento absoluto y felicidad absoluta.

«El infinito no puede dividirse en partes ni contenerse en lo que es finito.»

«El universo entero está impregnado de mí en esa forma eterna mía que no se manifiesta a los sentidos. Aunque no me halle en ninguna criatura, todas las criaturas existen en mí. Eso no significa que existan en mí físicamente. Ese es mi divino misterio. Debes intentar entender su naturaleza. Mi Ser sustenta a todas las criaturas y las trae a la vida, pero no guarda contacto físico con ellas»<sup>[2]</sup>.

«Pero a quienes me aman y me adoran con pureza en su alma, viviendo siempre en armonía, a aquellos cuyas almas están siempre en unidad con la Armonía interior, Yo les incremento lo que quiera que tengan, y aún es más, les doy aquello que todavía no tienen. Incluso aquellos que con fe y ferviente devoción adoran a otros dioses, con el amor que ellos ofrecen, me adoran a Mí. Aunque no es esta la forma correcta. Porque Yo soy su Señor Supremo, y acepto complaciente todo sacrificio. Pero esos adoradores, en verdad no conocen mi Esencia Pura, por lo tanto, fracasan en el

propósito último<sup>[3]</sup>. Sin embargo, esos hombres deben retornar a la vida en la tierra porque no reconocen en Mí mi verdadera naturaleza.»

«Pero aquéllos que adoran a los dioses, a los dioses van, y aquéllos que adoran a los antepasados, a los antepasados van. Aquéllos que rinden culto a los espíritus inferiores, hacia ellos se dirigen. Mas aquéllos que me adoran a Mí, con seguridad vienen a Mí»<sup>[4]</sup>.

Como su gurú le dijo un día: «El propio aire que respiramos nos dirá con cada una de sus pulsaciones: “Tú eres eso”. Y el universo entero con sus miríadas de soles y lunas, a través de todo lo que habla, gritará con una sola voz: “¡Tú eres eso!”».

Esto le recordó a Berenice el precioso poema de Emily Brontë<sup>[5]</sup> que hacía mucho tiempo que se había convertido en su preferido:

### Últimos versos

«En mi alma la cobardía no tiene lugar  
ni en este mundo tormentoso se estremece,  
pues veo cómo brilla la Gloria celestial,  
cual brilla la Fe, que del miedo me protege.

Oh, Dios, que estás en mi pecho,  
todopoderosa y eterna deidad,  
la vida que encuentra en mí descanso,  
como encuentro en Ti la vida inmortal.

Vanas son las mil creencias  
que mueven el corazón de los hombres; vanas sin dudar.  
Menos valen que la hojarasca  
o, en medio del océano infinito, la espuma más fugaz.

Para en mí la duda despertar,  
aferrada a tu infinitud con fuerza,  
tan firmemente anclada a  
la inamovible roca de la inmortalidad.

Con el inmenso amor que todo lo alberga  
tu espíritu anima eternos años,  
envuelve las alturas y las impregna;  
cambia, sustenta, disuelve, crea y alza.



Aunque la tierra y el hombre se agotaran,  
y soles y universos dejaran de existir,  
y solo Tú quedaras,  
la existencia toda existiría en Ti.

No hay lugar para la muerte,  
ni átomo que su poder no pueda aniquilar;  
Tú, Tú eres el aliento y el ser  
y lo que eres jamás se destruirá»<sup>[6]</sup>.

En otra ocasión, el gurú le preguntó:

«¿Dónde hay alguien que no seas tú? Tú eres el alma del universo. Si un hombre llega a tu puerta, ve y conócete. Porque todos somos uno. La idea de la individualidad no es más que una alucinación. Tú odias. Amas. Temes. Todas son alucinaciones, ignorancia y engaño».

«Cada palabra y cada pensamiento que te debilitan son el único mal que existe.»

«Si los soles caen, si las lunas se desmoronan convertidas en polvo, si todos los sistemas son, uno tras otro, arrojados hacia su aniquilamiento, ¿qué más puede darte? Mantente firme como una roca; eres indestructible»<sup>[7]</sup>.

Sobre la inmortalidad: «La partícula de energía que hace unos meses estaba en el sol, puede estar en el ser humano ahora».

«No hay nada nuevo. Ante nosotros se presenta la misma serie de manifestaciones de manera alternativa, como en una rueda que al girar sube y baja. Todo el movimiento del universo es una sucesión de subidas y bajadas. Sistema tras sistema, todos surgen de formas hermosas, evolucionan y adoptan formas más bastas, de nuevo se funden y regresan a su origen. Y lo mismo ocurre con toda forma de vida. Todas las manifestaciones de la vida suben y después vuelven a bajar. ¿Qué es lo que baja? La forma. En cierto sentido, incluso el cuerpo es inmortal. En cierto sentido, los cuerpos y las formas son eternos. ¿Cómo? Supongamos que tomamos unos dados y los lanzamos. Supongamos que los dados caen de la siguiente manera: 5, 6, 3, 4. Recogemos los dados y volvemos a lanzarlos una y otra vez. Llegará un momento en el que aparecerán los mismos números, tendremos las mismas combinaciones.»

«Los átomos que constituyen el universo son como los dados que se lanzan y cuyos resultados se combinan una y otra vez. Pero llegará un momento en el que aparezca la misma combinación, tú estarás allí y esta forma estará allí, hablaremos de este tema y esta jarra, por ejemplo, estará allí. Esto ha ocurrido un número infinito de veces y se repetirá un número infinito de veces.»

«Nunca nacemos y nunca morimos. Cada átomo es algo vivo que conduce a su propia vida de manera independiente. Estos átomos se unen para formar grupos con un fin determinado, y los grupos manifiestan una inteligencia grupal mientras sigan formando ese grupo, y estos grupos se unen a su vez con otros grupos para dar forma

a cuerpos de naturaleza más compleja que sirven como vehículo para formas más elevadas de conciencia. Cuando la muerte llega al cuerpo físico, las células se separan y se disgregan y entonces comienza eso a lo que llamamos descomposición. La fuerza que mantenía unidas esas células se retira y quedan libres para seguir su propio camino y dar lugar a nuevas combinaciones. La muerte no es sino un aspecto de la vida y la destrucción de una forma material no es sino el preludio de la formación de otra nueva.»

Y sobre la involución: «La semilla se convierte en planta; un grano de arena nunca se convierte en planta. El padre se convierte en el hijo. Un pedazo de arcilla nunca se convierte en un hijo. La pregunta es de dónde procede esta involución. ¿Qué era la semilla? Es lo mismo que el árbol. Todas las posibilidades de un futuro árbol se encuentran en esa semilla; todas las posibilidades de un futuro hombre están en el bebé; todas las posibilidades de cualquier vida están en el germen. ¿Qué es esto? Nos encontramos entonces con que cada evolución presupone una involución. Nada que no haya involucionado ya podrá evolucionar. Y aquí, de nuevo, la ciencia moderna acude en nuestra ayuda. Mediante un razonamiento matemático, se sabe que la suma total de la energía que se manifiesta en el universo es la misma de principio a fin. No se le puede restar ni un átomo de materia ni un newton de fuerza. Como tal, la evolución no procede del cero. Entonces, ¿de dónde procede? Provino de una involución anterior. El niño es un hombre involucionado y el hombre es un niño evolucionado; la semilla es el árbol involucionado y el árbol es la semilla evolucionada. Todas las posibilidades de vida están contenidas en el germen. El asunto se vuelve algo más claro. Sumémosle la primera idea de la continuación de la vida. Desde el protoplasma más humilde hasta el ser humano más perfecto, sólo hay una vida. La forma es intrínseca a la semilla antes de que esta evolucione».

Pero un día Berenice preguntó:

—¿Y qué hay de la caridad?

Y el gurú le respondió:

—Cuando ayudes a los pobres, no sientas el más mínimo orgullo. Agradece la oportunidad que tienes de dar. Hacerlo es tu forma de rendir culto y no es motivo de orgullo. ¿No eres tú misma todo el universo? Agradece que el pobre esté ahí para que, gracias al regalo que le haces, puedas ayudarte a ti misma. No es bendecido el que recibe, sino el que da.

Después preguntó sobre la belleza. Muchísimas personas adoraban la belleza en todas sus formas; de hecho, eran esclavas de ella.

El gurú respondió:

—Incluso en las formas más humildes de la atracción se halla el germen del Amor Divino. En sánscrito, uno de los nombres del Señor es *Hari*, que significa «el que atrae todas las cosas». De hecho, la suya es la única atracción digna de los corazones humanos. En realidad, ¿quién puede atraer a un alma? Sólo Él. Cuando ves que un hombre se siente atraído por un rostro bello, ¿crees que lo que de verdad atrae

a ese hombre es un puñado de moléculas de materia con una forma determinada? ¡En absoluto! Tras esas partículas materiales deben hallarse, y se hallan, la influencia divina y el amor divino. El hombre ignorante no lo sabe, pero aun así, consciente o inconscientemente, se siente atraído por esa causa, y sólo por ella. De modo que hasta el poder de las formas de atracción más ínfimas emana de Dios. «Nadie, oh, amada, amó jamás a su marido por él mismo; es por el *atman*, el Señor que lleva dentro, por quien es amado el marido.» El Señor es el gran imán y todos nosotros somos como virutas de hierro; todos nosotros nos sentimos atraídos constantemente por Él y todos nos esforzamos por alcanzarlo a Él, el rostro de Brahman que se refleja en todas las formas y figuras. Creemos que adoramos la belleza, pero lo que en realidad adoramos es el reflejo del rostro de Brahman que hay en ella. La Realidad que se oculta entre bastidores.

Y continuó:

—El que practica *raja yoga* sabe que la naturaleza toda tiene como finalidad que el alma adquiera experiencia y que el resultado de todas esas experiencias del alma tiene como finalidad que esta se haga consciente de su eterna separación de la naturaleza. El alma humana tiene que comprender y darse cuenta de que ha sido espíritu y no materia a través de la eternidad; y de que esta conjunción con la materia es y sólo puede ser durante un tiempo. El que practica *raja yoga* aprende las lecciones de la renuncia a través de la más dura de todas las renunciaciones, puesto que tiene que darse cuenta desde el principio mismo de que la totalidad de esta naturaleza de aspecto sólido no es más que una ilusión. Tiene que comprender que todo aquello que representa cualquier tipo de manifestación de poder en la naturaleza pertenece al alma y no a la naturaleza. Tiene que saber desde el principio mismo que todo el conocimiento y todas las experiencias están en el alma y no en la naturaleza, de modo que, al instante y sólo a base de la fuerza de la convicción racional, tiene que arrancarse de toda esclavitud a la naturaleza.

Pero, de todas las renunciaciones, la más natural es la del que practica *bhakti yoga*. Aquí no hay violencia, no tenemos que arrancarnos nada, no hay nada de lo que debemos separarnos con rudeza. La renuncia del *bhakti* es fácil, suave, fluye, y es tan natural como las cosas que nos rodean. Un hombre ama su ciudad, después empieza a amar su país y ese amor intenso que siente por su pequeña ciudad se desprende suavemente, de manera natural. De ese modo, el hombre aprende a amar al mundo; el amor por su país, su fanático patriotismo, se desprende sin hacerle daño y sin manifestación alguna de violencia. El hombre que carece de cultura ama intensamente los placeres de los sentidos; cuando adquiere cultura, empieza a amar los placeres intelectuales y el disfrute que le proporcionan sus sentidos es cada vez menor.

La renuncia necesaria para lograr el *bhakti* no se consigue matando nada, sino que llega de manera tan natural como cuando, en presencia de una luz intensa, la luz tenue se debilita cada vez más hasta desvanecerse por completo. De igual modo, el

amor por los placeres de los sentidos y los del intelecto se vuelve tenue, se deja a un lado y se hunde en la sombra por obra del amor de Dios. Y ese amor de Dios crece y adopta una forma llamada *Para-bhakti* o devoción suprema. Las formas se desvanecen, se descartan los rituales, los libros son desbancados y las imágenes, templos, iglesias, religiones y sectas, países y nacionalidades, todas estas pequeñas limitaciones y ataduras se desprenden por su propia naturaleza de aquel que conoce este amor de Dios. No queda nada que lo ate ni que limite su libertad. Un barco se acerca de repente a una roca magnética y todos sus pernos y sus bielas sienten el tirón y son arrancados, los tablones se sueltan y flotan libremente en el agua. Así es como la gracia divina afloja los pernos y las bielas que sujetan el alma, y así esta queda libre. Igualmente, en esta renuncia que complementa a la devoción, no hay dureza, no hay lucha ni represión ni supresión. El *bhakti* no tiene que reprimir ni una sola de sus emociones; únicamente se esfuerza por hacerlas más intensas y dirigirlas a Dios.

Al dejar a un lado este mundo de apariencias e ilusiones y ver a Dios en todas las cosas, se puede encontrar la auténtica felicidad. Ten lo que quieras, pero deifícalo todo. No poseas nada. Ama a Dios en todas las cosas. Si trabajas de este modo, encontrarás el camino que se corresponde con el postulado cristiano: «Mas buscad primeramente el reino de Dios»<sup>[8]</sup>.

«El Señor vive en el corazón de todas las criaturas. Las hace girar una y otra vez en la rueda de su *maya*. Refúgiate completamente en Él. Por su gracia, encontrarás la paz suprema y alcanzarás el estado que está más allá de todo cambio»<sup>[9]</sup>.

Cuando concluye un ciclo de tiempo o *kalpa*, el universo se disuelve y pasa a una fase de potencialidad —pasa al estado de semilla— y así espera a su siguiente creación. A la fase de expresión la llama Sri Krishna «el día de Brahma» y a la fase de potencialidad, «la noche de Brahma». Las criaturas que habitan el mundo, sujetas a estos ciclos, renacen y vuelven a ser disueltas en un ciclo perpetuo con la llegada de cada día y cada noche cósmicos. Sin embargo, no debemos pensar en esta disolución como en «un retorno a Dios». La criatura simplemente regresa al poder de Brahman que fue quien la envió, y allí permanece en un estado no manifiesto hasta que llegue el momento de volver a manifestarse<sup>[10]</sup>.

El hinduismo acepta la creencia en muchas encarnaciones divinas que incluyen a Krishna, Buda y a Jesús y prevé que habrá muchas más.

«Regreso en cada edad para salvar a los piadosos, para destruir el pecado del pecador, para establecer la justicia»<sup>[11]</sup>.

Y entonces, un día, el gurú pronunció las últimas palabras dirigidas a Berenice, porque, como sabía, la llamada de ella había llegado y estaba a punto de abandonarlo.

—Ahora que ya te he enseñado esa sabiduría que es el secreto de los secretos —le dijo—, reflexiona sobre ella cuidadosamente y después actúa como creas mejor. Porque según Brahman, «el que está libre de engaño y me conoce como la Realidad suprema, conoce todo aquello que puede conocerse. Y por lo tanto, me adora con

todo su corazón. Esta es la verdad más sagrada de todas las que te he enseñado. Aquel que la comprende, se vuelve verdaderamente sabio. Ha cumplido el propósito de su vida».

## CAPÍTULO LXXIX

Berenice y su madre pasaron el año siguiente viajando por buena parte de la India porque sentían un enorme deseo de ver y conocer mejor aquel fascinante país. Aunque había dedicado cuatro años de su vida a estudiar en profundidad la filosofía hindú, había visto lo suficiente del modo de vida de los nativos como para darse cuenta de que se trataba de un pueblo victimizado y desatendido y quería conocer todo lo que le fuera posible sobre ellos antes de regresar a su país.

De modo que fueron prolongando su viaje gradualmente hasta abarcar Jaipur, Cawnpore<sup>[1]</sup>, Peshawar, Lahore, Rawalpindi, Amritsar, Nepal, Nueva Delhi, Calcuta, Madrás, así como la frontera sur del Tíbet. Cuanto más lejos viajaban, más sorprendida quedaba Berenice por el mal nivel intelectual y el deprimido estatus social de los millones de habitantes de esta llamativa y asombrosa tierra. No entendía cómo un país podía haber desarrollado una filosofía de vida tan noble y profundamente religiosa y, al mismo tiempo, haber dado lugar y mantenido un sistema social tan vil, cruel y opresivo, en virtud del cual unos pocos podían llevar una existencia principesca mientras que a millones de personas les costaba conseguir siquiera algo de pan. Semejante contraste le supuso a Berenice una desilusión tan tremenda que le resultó imposible comprenderlo.

Porque vio calles y carreteras llenas de mendigos sucios, harapientos o desnudos aparentemente sumidos en la desesperación, algunos de los cuales pedían limosna para los santones errantes de los que eran discípulos. En algunas regiones, la miseria mental y física no tenía parangón. En un pueblo, prácticamente todos los habitantes habían sido atacados por una plaga, pero como no contaban con ningún medio de ayuda ni de asistencia, los dejaron morir. También en muchas aldeas era corriente encontrarse con que hasta treinta personas ocupaban una pequeña estancia, y como consecuencia, eso no traía más que enfermedad y hambre. Sin embargo, cuando se abrían ventanas o aberturas de cualquier otro tipo en sus paredes, volvían a taparlas.

Pero, para Berenice, el peor mal social era la espantosa costumbre de las niñas esposas. De hecho, la consecuencia de esta práctica era que la mayoría de las niñas esposas de la India habían quedado reducidas a un estado físico y mental que poco tenía que ver con la salud o la cordura, y las muertes resultantes podían considerarse más como una bendición que como un mal.

El deplorable problema de los intocables hizo que Berenice preguntara por el origen de esta idea. Le contaron que cuando los antepasados de piel clara de los actuales hindúes llegaron a la India por primera vez, se encontraron allí con una raza nativa de piel más oscura y facciones más toscas, los dravidianos, constructores de los grandes templos del sur. Y los sacerdotes de los recién llegados no deseaban que

la sangre de su pueblo se mezclara con la de los autóctonos sino que se mantuviera la pureza de la raza, de modo que declararon impuros a los dravidianos, «intocables». Así que, en un principio, había sido el odio racial el que diera origen a su cualidad de intocables.

Sin embargo, según le contaron a Berenice, Gandhi había dicho en una ocasión:

«Los “intocables” pronto van a dejar de serlo y a pesar de tanta oposición, es algo que ocurrirá rápido. Ha degradado a las gentes de la India. Se trata a los intocables como si fueran peor que las bestias. Hasta su sombra profana el nombre de Dios. Es algo que denunció con la misma fuerza o más de la que empleo en denunciar el orden británico que se le impone a la India. Para mí, que existan los intocables es algo aún más insoportable que el dominio británico. Si el hinduismo abraza esta costumbre, entonces el hinduismo está muerto y enterrado».

Pero Berenice había visto a varias de las jóvenes madres intocables con sus enclenques bebés que la observaban siempre desde lejos con mirada triste y melancólica mientras ella hablaba con un maestro hindú. Y no pudo por menos que reparar en que algunas de ellas eran de facciones y formas delicadas. De hecho, una o dos tenían más o menos el mismo aspecto que podría tener cualquier muchacha norteamericana normal y corriente, atractiva e inteligente, si se viera expuesta a la suciedad, el abandono y el aislamiento al que estaba sometida su hermana hindú. Y sin embargo, según había sabido, cinco millones de intocables habían quedado libres de aquella maldición al hacerse cristianos.

Además de esto, Berenice se vio obligada a ser testigo de la penosa situación de muchísimos niños, pequeños muertos de hambre que avanzaban a tientas, debilitados y consumidos por la malnutrición, el abandono y las enfermedades, y por los que nada se podía hacer ya. Aquello le laceró el espíritu y se le vino a la mente lo que los gurús le habían asegurado: que Dios, Brahman, era toda la existencia, felicidad. Si eso era así, ¿dónde estaba? Tuvo presente ese pensamiento hasta que se convirtió en algo casi insoportable, hasta que de repente se le ocurrió la respuesta a todo aquello: había que enfrentarse a aquella degradación para acabar con ella. ¿No era el mismo Dios de Todas las Cosas el que le hablaba y le indicaba de este modo que ayudara a cambiarlas hasta que se alterara la fase o se transmutara para trocar el mal por bien? Eso era lo que deseaba con todo su corazón.

Al final llegó un momento en el que Berenice y su madre, muy afectadas y torturadas por el impacto que las interminables escenas de miseria tenían sobre ellas, pensaron que debían regresar a los Estados Unidos, donde tendrían más tiempo y tranquilidad para meditar sobre todo lo que habían visto y para hallar los medios con los que ayudar a eliminar, si les era posible, la miseria de tantas personas.

Así que llegaron a casa un luminoso y cálido día de octubre a bordo del *S.S. Halliwell* directamente desde Lisboa a la bahía baja de Nueva York y subieron por el Hudson para atracar en la Twenty-third Street. Mientras navegaban despacio en paralelo a los imponentes y conocidos rascacielos de la ciudad, Berenice se quedó

absorta pensando en el tremendo contraste que representaba aquello frente a los años que había pasado en la India. Aquí había calles limpias, altos y costosos edificios, poder, riqueza, comodidades materiales de todo tipo y personas bien vestidas y bien alimentadas. Sentía que había cambiado, pero aún no era consciente de en qué consistía aquel cambio. Había visto el hambre en su forma más terrible y no podía olvidarlo. Como tampoco podría olvidar la expresión atormentada de algunos de los rostros que había observado, especialmente los de los niños. ¿Qué podría hacerse al respecto, si es que era posible hacer algo?

Pero este era su país, el lugar donde había nacido y al que amaba más que a ningún otro en el mundo. Y por ese motivo, el corazón se le aceleró a la vista de las cosas más comunes y corrientes, como, por ejemplo, los innumerables carteles anunciadores que pretendían representar un valor material que con mucha frecuencia era inexistente a pesar de los llamativos colores y de las letras de treinta centímetros; los gritos estridentes de los niños que vendían periódicos; los ruidosos cláxones de los taxis, los automóviles y los camiones; y la vanidad y la ostentación del típico viajero norteamericano, que con frecuencia poco fundamento tenía.

Tras decidir instalarse en el Plaza Hotel<sup>[2]</sup>, al menos durante unas semanas, ella y su madre declararon el equipaje y después subieron a un taxi con la alegre sensación de estar en casa al fin. El primer impulso de Berenice, una vez que estuvieron instaladas en la *suite* del hotel, fue el de llamar al doctor James. Anhelaba hablar con él de Cowperwood, de sí misma, de la India y de todo lo que tuviera que ver con el pasado así como con su propio futuro. Y cuando lo vio en la consulta privada que tenía en su casa de la West Eighty Street, se sintió encantada con el recibimiento cordial y cariñoso que le dispensó y con el gran interés que demostró en todo lo que tuvo que contarle sobre sus viajes y sus experiencias.

Al mismo tiempo él se dio cuenta de que ella estaba deseando saber todo lo relativo a la herencia de Cowperwood. Y aunque le desagradaba recordar lo mal que se había gestionado todo aquel asunto, sintió que era su obligación explicarle exactamente lo que había ocurrido durante su ausencia. De ahí que le contara primero que Aileen había muerto hacía sólo unos meses. Esto sorprendió a Berenice y le causó una gran impresión, porque siempre había pensado que Aileen sería quien se encargara de cumplir los deseos de Cowperwood en lo relativo a su herencia. Pensó inmediatamente en el hospital cuya fundación le constaba que había sido uno de sus deseos más sinceros.

—¿Qué me dice del hospital que tenía intención de hacer que se construyera en el Bronx? —preguntó con gran interés.

—Ah, eso —contestó el doctor James— nunca llegó a materializarse. Justo después de la muerte de Frank se abalanzaron sobre su herencia demasiados buitres. Vinieron de todas partes con sus demandas y contrademandas, sus ejecuciones hipotecarias y hasta con litigios por la elección de los albaceas. Declararon que bonos por valor de cuatro millones y medio de dólares no tenían ningún valor. Los intereses



de las hipotecas y los gastos procesales de todo tipo se fueron acumulando a cargo de la herencia hasta el punto de que esta quedó reducida a una décima parte de su valor original.

—¿Y la galería de arte? —preguntó Berenice presa de la ansiedad.

—Perdida por completo; subastada. Incluso la mansión tuvo que venderse para hacer frente a los impuestos y a otras demandas que pesaban contra ella. Aileen se vio obligada a mudarse a un apartamento, y después contrajo neumonía y murió. No hay duda de que el dolor que le provocaron todos estos problemas contribuyó a su muerte.

—¡Es terrible! —exclamó Berenice—. ¡Cuánto se entristecería él si lo supiera! Trabajó muchísimo para lograr todo esto.

—Así es —comentó James—, pero nunca reconocieron sus buenas intenciones. Incluso después de la muerte de Aileen, aparecieron artículos en los periódicos en los que se describía a Cowperwood como un fracasado social y casi como a un delincuente, porque, según decían, sus millones se «habían evaporado como un sueño». De hecho, un artículo se titulaba «¿Cuál es el logro?» y describía a Frank como un fracaso absoluto. Sí, hubo muchos artículos crueles y todos ellos se basaron en el hecho de que, tras la desaparición de Frank, su fortuna había quedado reducida prácticamente a nada gracias a la connivencia legal de muchas personas.

—Ay, doctor James, ¿no le parece terrible pensar que todas las cosas maravillosas que pretendía hacer se hayan quedado en nada?

—Sí. No ha quedado nada más que una tumba y los recuerdos.

Berenice pasó entonces a hablarle de sus descubrimientos filosóficos: del cambio interior que sentía que se había producido en ella. Las cosas que en otro tiempo le habían parecido tan importantes habían perdido su encanto, como por ejemplo, la ansiedad que sentía por su posición social debido a su relación con Cowperwood. Ahora le parecía más importante, le dijo, la trágica situación del pueblo indio en general y pasó a enumerarle algunos aspectos: la pobreza, el hambre, la desnutrición, el analfabetismo y la ignorancia, que en gran medida había surgido de falsas ideas religiosas y sociales relacionadas con la superstición; en suma, del más absoluto desconocimiento de los avances sociales, científicos y técnicos del mundo. James la escuchó con gran atención hasta que terminó, interpolando a veces un «¡Terrible!», «¡Increíble!» y después comentó:

—En realidad, Berenice, todo lo que dices sobre la India es cierto. Pero me temo que también es verdad que ni Estados Unidos ni Inglaterra están libres de defectos sociales. De hecho, aquí mismo en este país, hay sin duda muchos males y desgracias sociales. Si quisiera acompañarme algún día a hacer un pequeño recorrido por Nueva York, podría mostrarle enormes distritos llenos de personas en condiciones casi tan miserables como las de sus mendigos hindúes y niños desamparados cuyas posibilidades de supervivencia física y mental son prácticamente inexistentes. Han nacido en la pobreza y, en la mayoría de los casos, terminan en ella, y los años que

transcurren entre una cosa y otra tampoco viven en el sentido en el que nosotros lo entendemos. Y también están las zonas pobres de los pueblos donde se hallan las fábricas y los molinos, donde las condiciones de vida son tan deplorables como las que puedan verse en cualquier otra parte del mundo.

Llegado este punto, Berenice expresó su deseo de que la llevase a ver algunas de las zonas de Nueva York sobre las que basaba sus afirmaciones porque a lo largo de su vida prácticamente no había visto ni oído nada sobre tales condiciones. Al doctor James no le sorprendió oírle decir aquello, porque sabía que desde su juventud había llevado una vida muy protegida en su ambiente social.

Tras prolongar un poco más la visita, Berenice se marchó a su hotel, pero de camino allí no logró sacarse de la cabeza el relato que James le había hecho de la pérdida de la fortuna de Cowperwood. La llenó de dolor volver a repasar para sí el fracaso de todos sus planes. ¡Había sido un revés absoluto! También pensó en el amor que sentía por ella, en la dependencia mental y emocional que ella le suponía y en el afecto que le tenía. Gracias a su influencia, como recordó ahora, había decidido él marcharse a Londres para trabajar en sus proyectos para el sistema de metro. Y ahora, aquí estaba, haciendo planes para visitar su tumba de nuevo al día siguiente; el último vestigio material de todos los valores que tan reales y maravillosos le habían parecido entonces, pero que ahora, comparados con todo lo que había vivido en la India, ya habían perdido toda importancia.

El día siguiente fue casi una copia del día en el que Cowperwood fue enterrado porque el cielo volvía a estar gris y cubierto y, al aproximarse a la tumba, fue como si un único dedo de piedra señalara hacia el cielo plomizo del mediodía. Cuando enfiló el sendero de grava con los brazos cargados de flores, vio el nombre: AILEEN BUTLER COWPERWOOD bajo el de FRANK ALGERNON COWPERWOOD, y agradeció que Aileen se encontrara ahora junto al hombre por el que tanto había sufrido y al que había perdido. Aparentemente, ella, Berenice, había ganado, pero sólo durante algún tiempo, porque al final ella también había sufrido y perdido.

Mientras permanecía allí de pie observando pensativamente el lugar de descanso eterno de Cowperwood, fue como si pudiera volver a oír la voz resonante del pastor mientras oficiaba el entierro:

«Háceslos pasar como avenida de aguas; son como sueño; como la hierba que crece en la mañana: En la mañana florece y crece; A la tarde es cortada, y se seca»<sup>[3]</sup>.

Pero ahora no pensaba en la muerte del mismo modo que antes de ir a la India. Allí la muerte era considerada simplemente como una fase de la vida y la destrucción de una forma material no era más que el preludio de la formación de una nueva: «Nunca nacemos y nunca morimos», decían ellos.

Mientras andaba por allí arreglando unas flores para colocarlas en una urna de bronce al pie de las escaleras que daban acceso a la tumba, pensó que Cowperwood debía de saber, si es que no lo sabía ya cuando estaba aquí en su forma carnal, que la adoración que sentía por la belleza y su búsqueda constante de ella en cualquier

forma, especialmente en la forma de una mujer, no era más que la búsqueda del designio divino que se esconde tras todas las formas —el reflejo del rostro de Brahman—. Deseó que él hubiera compartido aquellos pensamientos con ella cuando estaban juntos y recordó las palabras:

«Aquéllos cuyas mentes están siempre en serena concentración ya han hecho de su vida un triunfo en esta tierra. Dado que Dios es uno y siempre puro, al hacerse uno con Él, alcanza todos sus divinos atributos»<sup>[4]</sup>.

¿Y qué era lo que el gurú le había dicho sobre la caridad? «Agradece la oportunidad de poder dar a otros. Agradece que al ayudar al pobre, puedes ayudarte a ti mismo. Porque, ¿qué es el universo sino tú mismo? Si un hombre llega a tu puerta, ve y conócete»<sup>[5]</sup>.

Pero mientras hacía ahora examen de conciencia, ¿qué lugar había ocupado la caridad en su vida? ¿Alguna vez había hecho algo por ayudar a los demás? ¿Qué había hecho para justificar su derecho a vivir? Ciertamente era que Cowperwood no sólo había tenido la idea de fundar un hospital para los pobres, sino que además había hecho todo lo humanamente posible por intentar que se hiciera realidad, aunque todos sus planes hubieran fracasado. Pero ella, ¿había sentido alguna vez el deseo de ayudar a los pobres? Ni una sola vez que ella pudiera recordar, a excepción de los últimos años; se dio cuenta de que toda su vida había transcurrido en una búsqueda del placer y de su mejora personal. Pero ahora sabía que uno debía vivir por algo que se hallaba fuera de sí mismo, por algo que persiguiera responder a las necesidades de muchos frente a la vanidad y la comodidad de unos pocos, a los que ella pertenecía. ¿Qué podía hacer para ayudar?

Y de repente, en este punto de sus reflexiones, el hospital de Cowperwood volvió a pasarse por la cabeza. ¿Por qué no podía ella fundar un hospital? Después de todo, él le había dejado una gran fortuna, una casa magnífica con valiosos objetos de arte que fácilmente podría convertir en una considerable suma de dinero que, sumado al que ya tenía, podría permitirle al menos comenzar el proyecto. Y quizá lograra persuadir a otros para que la ayudaran. Sin duda el doctor James sería uno de ellos.

¡Qué idea tan maravillosa!

## APÉNDICE

En el capítulo anterior aparecen las últimas líneas que escribiera Theodore Dreiser el día anterior a su muerte, el 28 de diciembre de 1945. Sin embargo, dejó notas para un capítulo adicional y un resumen de los tres libros de la trilogía: *El financiero*, *El titán* y *El estoico*. El resumen habría sido escrito en forma de soliloquio, lo que, según señala la señora Dreiser, no dejaría margen para la duda en la mente del lector sobre el concepto que tenía sobre la vida, sobre la fuerza y la debilidad, la riqueza y la pobreza, el bien y el mal.

Lo que viene a continuación fue redactado por la señora de Theodore Dreiser a partir de las notas de su esposo.

Mientras Berenice se dirigía al hotel en el carruaje desde Green Wood<sup>[1]</sup>, valoró las posibilidades que tenía de promover el hospital, enfrentándose de manera realista a los complicados aspectos prácticos, así como técnicos y médicos, que requerirían la adhesión al proyecto de personas de fortuna y de espíritu caritativo y de otras que gozaran de las habilidades técnicas y del conocimiento indispensables para organizar correctamente y promover aquella enorme empresa. Pensó en vender su casa de Park Avenue con todo lo que contenía, lo que le proporcionaría al menos cuatrocientos mil dólares, a los que añadiría la mitad de su fortuna, suma que supondría un pequeño comienzo. Pensaba, por supuesto, que el doctor James sería el hombre adecuado para convertirse en el médico jefe y director, pero, ¿lograría hacer que se interesara en el proyecto? Tuvo la mente ocupada con ideas relativas al hospital, anticipando sus posibilidades, hasta que vio de nuevo al doctor James, que la había invitado a acompañarlo en un recorrido de uno de los peores bloques de apartamentos del East Side de Nueva York.

Para Berenice, que en su juventud jamás había visitado ninguna de las zonas azotadas por la pobreza, miserables ni descuidadas de la ciudad de Nueva York, esta primera visita a las calles del East Side supuso una dolorosa revelación. Protegida como había estado siempre por su madre hasta aquella noche aciaga en la que fue terriblemente avergonzada en el restaurante de uno de los hoteles más importantes de Nueva York, cuando se enteró en público de la verdad sobre su madre, Hattie Starr de Louisville, y cuando, por primera vez, vislumbró la importancia y el horror que supondría el ostracismo social.

Pero Berenice había sobrevivido a todo aquello. Sus valores, como más tarde aprendería, habían cambiado enormemente. Las ambiciones sociales del pasado poca importancia tenían para ella ahora. En la India había nacido el deseo de profundizar más en la vida —de observar y estudiar con más detenimiento las fuerzas vitales, algo

que, según se daba cuenta ahora, jamás había tocado antes—. En lugar de buscar una posición social segura para sí, ahora era consciente de que lo que quería encontrar era una vocación que fuese útil a la sociedad.

De modo que cuando el doctor James y ella visitaron el bloque de apartamentos que él conocía, tanto afectaron a Berenice las terribles condiciones del lugar, el hedor y la miseria, que se puso enferma. Porque según pudo ver, no había camas. En su lugar, por la noche echaban jergones al suelo que después apilaban en una esquina durante el día. En una habitación de escasos cuatro por cinco metros y en otra contigua más pequeña de escasos tres por cuatro metros, vivían seis adultos y siete niños. No había ventanas, pero sí grandes agujeros en las paredes que por el olor y por otros signos inconfundibles revelaban la presencia de ratas.

Cuando por fin salieron a la calle de nuevo, al aire libre, Berenice le dijo al doctor James que su única ambición era fundar el Hospital Cowperwood en un intento por ayudar a algunos de aquellos niños miserables y descuidados como los que acababan de ver. Le dijo que estaría encantada de destinar la mitad de sus posesiones a aquel proyecto.

El doctor James, tremendamente emocionado por la disposición de Berenice, se dio cuenta de que en ella se había obrado un cambio desde que se marchara de los Estados Unidos unos años atrás. Y Berenice, al ver que la reacción de él denotaba que aprobaba su deseo, le pidió que la ayudara a recaudar el dinero necesario y le preguntó si él personalmente estaría dispuesto a hacerse cargo de la dirección médica y técnica del hospital. Y el doctor James, que hacía mucho tiempo que se había dado cuenta de que había una necesidad acuciante de un hospital próximo al Bronx, lo que a su vez era uno de sus deseos más fervientes, aprobó aquella idea y dijo que sería para él un honor convertirse en el director y en el médico jefe.

Seis años más tarde aquel hospital se convirtió en realidad y el doctor James en su director ejecutivo. Berenice había hecho un curso de enfermería y para su sorpresa había descubierto que tenía un profundo instinto maternal inexplorado hasta entonces. Le encantaban los niños y quedó a cargo del pabellón de pediatría. Como observó el doctor James, de vez en cuando sentía una extraña y poderosa atracción por estos pequeños desamparados y ellos le respondían de manera notable.

Por algún motivo llegaron al pabellón dos pequeños niños ciegos, que ya lo eran de nacimiento. Una era una frágil niñita rubia de cinco años llamada Patricia, hija de una muchacha muy trabajadora que no había tenido tiempo para cuidar de su hija y a la que había dejado sentada durante horas sin fin en una pequeña mecedora colocada en un rincón, sin que se le prestara la más mínima atención y sin que se le ofreciera ningún estímulo —un estado de abandono que había retrasado su desarrollo natural—. La madre también tenía cierto complejo de culpa por la discapacidad de su hija. Cuando Berenice se encontró con esta criaturita aislada quedó fascinada por ella y deseó ayudarla, enseñarle muchas cosas, como que aprendiera a deslizarse sin temor por el tobogán del patio infantil. Patricia había experimentado tal placer al realizar

esta pequeña hazaña que se pasó horas deslizándose por el tobogán sin parar y cada vez que lo hacía irradiaba felicidad por su recién conquistada independencia.

Y luego estaba David, que también tenía cinco años y era ciego de nacimiento. Había sido más afortunado con sus padres, ya que había tenido una madre inteligente que lo había criado con amor y comprensión. En consecuencia, había hecho más avances en su desarrollo que Patricia. Berenice le había enseñado a subirse a un árbol y a sentarse entre las ramas de la copa, donde cantaba sin parar *In the Gloaming*<sup>[2]</sup> moviendo la cabeza de un lado a otro y levantando su delicada carita hacia el sol, como suelen hacer los niños ciegos. Un día, al pasar el doctor James junto a un gran ventanal que daba al patio infantil, se detuvo a observar a Berenice que iba de un lado a otro entre los niños. Reparó en lo feliz y radiante que se mostraba cuando trabajaba con ellos. Y así se lo comentó a la señorita Slater, la enfermera jefe, cuando pasó a su lado. Ambos estuvieron de acuerdo en que Berenice había superado con creces lo que se esperaba de ella, lo que sin duda era digno de grandes alabanzas. Aquella misma noche, cuando Berenice se marchaba del hospital para dirigirse a su casa, la señorita Slater y el doctor James le dijeron que había convertido su trabajo con los niños en todo un éxito y que todos allí la apreciaban y la querían mucho. Berenice les dio las gracias cortésmente y expresó su gratitud por tener la oportunidad de contribuir con algo que sirviera a aquellos niños tan desafortunados.

Sin embargo, mientras caminaba hacia su modesto apartamento, no pudo evitar pensar en el papel tan insignificante que ella jugaba en la vida del mundo. No era más que una mota de amabilidad en un mar de necesidad y desesperación. ¡Recordó a los pobres niños hambrientos de la India y sus rostros torturados! La crueldad, el abandono y la atroz indiferencia del resto del mundo ante su terrible situación.

«¿Qué es el mundo, en cualquier caso?», se preguntó a sí misma. «¿Por qué tenían que llegar a él millones de criaturitas sólo para sufrir tortura y rechazo, para que se les dejara morir de necesidad, frío y hambre?» Sí, ahora al menos intentaba por fin hacer lo que podía por aliviar el sufrimiento de unos cuantos niños que tenían la suerte de ser llevados a su hospital. Pero, ¿qué pasaba con todos los miles que no podían ser admitidos? ¿Qué pasaba con ellos? Su contribución no era más que una gota en el océano. ¡Una gota!

Berenice hizo un repaso mental a todo lo que había vivido. Pensó en Cowperwood y en el papel que ella había jugado en su vida, en todos los años durante los que él había luchado y sufrido, y ¿para qué? ¿Por riqueza, poder, lujo, influencia, posición social? ¿Dónde estaban ahora las aspiraciones y los sueños de grandeza que obsesionaban y movían a Frank Cowperwood? ¡Y en cuánto se había alejado ella y en tan poco tiempo de todo aquello! En lo repentino que había sido su despertar a las penosas realidades de la vida para ella, que procedía de una forma de vida protegida, abundante y regalada —una forma de vida que quizá jamás habría sido capaz de evaluar si, en primer lugar, no hubiera obedecido aquel impulso de marcharse a un país desconocido como la India, donde a cada paso se había encontrado con un

contraste que hería su sensibilidad; contrastes a los que era imposible sustraerse.

Allí, por primera vez, había experimentado el amanecer de su despertar espiritual que ahora le seguía permitiendo ver con mayor claridad. Debía seguir adelante, pensó, y llegar, si le era posible, a una comprensión profunda del significado de la vida y de su trascendencia espiritual.

# NOTAS



[1] Los datos sobre la biografía de Charles T. Yerkes están tomados de Leach, Josiah Granville, *Chronicle of the Yerkes family*, Filadelfia, J. B. Lippincott company, 1904 [disponible en [https://archive.org/stream/chronicleyerkes00leacgoog/chronicle\\_yerkes00leacgoog\\_djvu.txt](https://archive.org/stream/chronicleyerkes00leacgoog/chronicle_yerkes00leacgoog_djvu.txt)] y de «Charles TysonYerkes», *Encyclopædia Britannica* [disponible en [www.britannica.com/biography/Charles-Tyson-Yerkes](http://www.britannica.com/biography/Charles-Tyson-Yerkes)]. <<

[2] Véase J. Pinkerton y R. H. Hudson, *Encyclopedia of the Chicago Literary Renaissance*, Nueva York, Facts on File, 2004, p. 323. <<

[3] Véase, por ejemplo, el artículo publicado en el *The Daily Times from New Philadelphia*, del 30 de diciembre de 1905 [disponible en [www.newspapers.com/newspage/85985363/](http://www.newspapers.com/newspage/85985363/)]. <<

[4] Véase, por ejemplo, el artículo que informa del fallecimiento de Mary Adelaide publicado en el *Star Tribune from Minneapolis*, el 3 de abril de 1911, p. 2 [disponible en <https://www.newspapers.com/newspage/180267171/>]. <<

[5] Su amor por el arte le llevó a promover la exposición Colombina celebrada en Chicago en 1893, de la que fue nombrado miembro de la junta directiva. <<

[6] Pueden citarse J. Franch, *Robber Baron: The Life of Charles Tyson Yerkes*, University of Illinois Press, 2008 y T. Sherwood, *Charles Tyson Yerkes: Railway Tycoon*, The History Press, 2009. <<

[7] L. E. Hussman, «Theodore Dreiser», *Encyclopædia Britannica*, entrada actualizada el 15 de noviembre de 2017; en <https://www.britannica.com/biography/Theodore-Dreiser>. <<

[8] K. Newlin, *A Theodore Dreiser Encyclopedia*, Westport, Conn., Greenwood, 2003, p. 75. <<



[9] Parece que fue el poema *La luz de Asia* (1879) de sir Edwin Arnold, el que puso a Dreiser en contacto con las doctrinas hindúes, y en particular con el *Bhagavad Gita*. R. N. Mookerjee, «Dreiser's Use of Hindu Thought in *The Stoic*», *American Literature* 43, 2 (mayo de 1971), pp. 273-278; y D. C. Stenerson, «Some impressions of the Buddha: Dreiser and Sir Edwin Arnold's *The light of Asia*», *Canadian Review of American Studies* 3 (invierno de 1991), pp. 387-405. <<

[1] El periódico neoyorquino *The Sun* se publicó desde 1833 hasta 1950, y era políticamente más conservador que el *New York Times* y el *New York Herald Tribune*.

<<

[1] La Underground Electric Railways Company of London (UERL) se constituyó en para electrificar el District Railway y concluir tres líneas de metro: la Baker Street-Waterloo, la Charing Cross-Euston-Hampstead y la Great Northern-Piccadilly-Brompton, que empezaron a funcionar entre 1906 y 1907. En 1907 la District and Metropolitan Railways electrificó los tramos subterráneos de sus líneas. Fue en agosto de 1900 cuando Charles Yerkes tomó la decisión de invertir en el desarrollo del metro de Londres, para lo que fundó la Underground Electric Railways Company of London. <<

[1] Se refiere a los palcos más suntuosos. *[N. de la T.]* <<

[2] El *Town Topics* era un periódico centrado en los temas de sociedad que se publicó entre 1879 y 1937. Informaba sobre arte, música, literatura y sociedad, pero también sacaba a la luz los escándalos. <<

[1] Barrio residencial y comercial muy exclusivo al oeste del centro de Londres. <<

[1] El hotel [New] Netherland se encontraba en la confluencia de la Quinta Avenida con la calle 59 y fue construido en 1892-1893 para William Waldorf Astor. Desde su origen fue un hotel de lujo, que albergaba el conocido restaurante Louis Sherry. En la actualidad se conoce como hotel Sherry-Netherland. <<

[1] El Delmonico's estaba situado en el Bajo Manhattan y fue uno de los restaurantes más reputados de Nueva York a finales del siglo XIX y principios del XX. <<



[2] Todos ellos históricos y exquisitos hoteles. Gilsey House, situado en el NoMad de Manhattan, en Nueva York, fue un hotel de lujo, el primero que ofreció a sus huéspedes el servicio de teléfono. El [Radisson] Martinique Hotel es un hotel de estilo Beaux-Arts localizado en el Midtown de Manhattan. El Marlborough Hotel, situado entre Broadway y la calle 36 tenía un restaurante para damas, el Ladies Restaurant, y otro para caballeros, el Rathskeller. Finalmente, el Metropolitan Hotel, construido al estilo de un *palazzo* italiano, en Manhattan, abrió sus puertas en 1852 con motivo de la exhibición del New York Crystal Palace que iba a tener lugar un año después, y fue demolido en 1895. <<

[1] Receta de lenguado con vino blanco del chef francés Jean Nicholas Marguéry (1834-1910). <<

[2] El turpial venezolano o troupial (*Icterus icterus*) es un ave originaria del continente americano con un canto melodioso y muy característico. Es pequeña y de color negro (cabeza y alas) y amarillo. <<

[1] Comúnmente llamado The Strand, discurre entre Trafalgar Square y Temple Bar, punto limítrofe de Westminster con la City de Londres, donde el Strand se une con la calle Fleet, constituyendo el límite sur del barrio de Covent Garden. <<

[2] John Knox (1514-1572) fue un sacerdote escocés que lideró la reforma protestante en Escocia y fundó el presbiterianismo. El cuáquero William Penn (1644-1718) fundó la provincia de Pensilvania (posteriormente pasarían a ser los estados de Pensilvania y Delaware) e inició el conocido como «Santo Experimento», con el que promovió los principios del cristianismo primitivo. George Fox (1624-1691) fundó la Sociedad Religiosa de Amigos o «cuáqueros». Actualmente su retrato es la imagen de la Quaker Oats Company. John Wesley (1703-1791) fue un predicador que inspiró el movimiento metodista inglés. <<

[3] La Sociedad Fabiana, fundada en 1884 en Londres, promueve el progresivo avance en la aplicación de los principios del socialismo y fue la base del Partido Laborista británico. <<

[4] El orador ateniense Demóstenes (384-322 a. C.) alentó el levantamiento de Atenas y Tebas contra el rey macedonio Filipo II y su hijo Alejandro III en la batalla de Queronea (338 a. C.). <<

[1] La Epworth League es una asociación metodista cuyas raíces están en la fundación de la Iglesia Episcopal Metodista en 1889 en Cleveland, Ohio. Su nombre proviene del lugar de nacimiento de John Wesley (véase n. 15): Epworth, Lincolnshire, Inglaterra. <<



[1] El Eton College es un prestigioso y elitista colegio situado en la localidad del mismo nombre, en Berkshire, cerca de Windsor, fundado en 1440. Por sus aulas han pasado príncipes, ministros y grandes intelectuales. Respecto al Bedford College, fue fundado por Elisabeth Jesser Reid en 1849 para la educación de las mujeres. Desde 1900 pasó a ser una escuela asociada a la Universidad de Londres. <<

[2] Junto con el estilo Sheraton, el Chippendale, creado por Thomas Chippendale (1718-1779), fue muy popular desde finales del siglo XVIII. De estilo neoclásico, recibió igualmente influencia del rococó. <<

[3] Probablemente inspirada en la De Beers Group of Companies, que hunde sus raíces en 1888, y que aún hoy se dedica a la explotación de las minas de diamantes y al sector industrial relacionado con la manufactura de este mineral. <<

[1] El *Kaiser Wilhelm der Grosse* fue un transatlántico alemán bautizado en honor de Guillermo I de Alemania. Construido para la compañía naviera Norddeutscher Lloyd (NDL), comenzó a prestar servicio en 1879, siendo el primer barco de pasajeros con cuatro chimeneas. <<

[2] El RMS *Saxonia*, de la Cunard Line, diseñado principalmente como barco de pasajeros, empezó a operar en 1900, un año después de su botadura. <<

[3] El Claridge's es un lujoso hotel situado en pleno centro de Londres. Entre sus huéspedes más famosos estuvo la emperatriz Eugenia de Montijo, en 1860. <<

[1] El Cecil, construido entre 1890 y 1896 entre el Thames Embankment y el Strand, fue durante un tiempo el hotel más grande de toda Europa. También era conocido como la Salisbury House, y estaba construido en el estilo barroco eduardiano imperante en esa época. <<

[2] Jaibol proviene del inglés «high ball», un combinado que mezcla cualquier tipo de licor (puede ser ginebra, ron, whisky...) con refresco (soda, tónica, cola, naranjada o limón) en un vaso largo y con hielos. <<



[1] La revista ilustrada *The Illustrated London News* hizo su aparición en 1842. Curiosamente fue la primera en publicar un dibujo a mano tomado de una fotografía.

<<

[1] El río Rubicón, que atraviesa la provincia de Forlì-Cesena y desemboca en el Adriático, fue entre 202 y 27 a. C. frontera entre Roma y la Galia Cisalpina. En el año 49 a. C., Julio César desafió la prohibición de la República de cruzarlo armado, lo que dio lugar a una guerra civil. De este hecho proviene la expresión «cruzar el Rubicón», que habla del riesgo de lanzarse a una empresa de la que se desconocen las posibles consecuencias. <<

[2] Marie Corelli (1855-1924) fue una novelista británica que publicó sus novelas desde 1886 hasta 1914, resultando ser grandes *best sellers* en su época, aunque la crítica no la acompañase. <<

[1] En el *common law* británico, que se rige en gran medida por la *case law*, o jurisprudencia, el *obiter dictum* lo constituyen los comentarios secundarios que pueda hacer un juez con referencia a la sentencia, por oposición al *ratio decidendi*, que son los fundamentos jurídicos en los que se ha basado la decisión del tribunal. [N. de la T.] <<

[2] De la Sociedad Religiosa de los Amigos, fundada por Fox (1624-1691) (véase n. 2 del capítulo XVIII). <<

[3] Simpatizante o perteneciente al Partido Conservador. *[N. de la T.]* <<

[4] Las guerras de los bóeres (la primera entre 1880 y 1881, la segunda entre 1899 y 1902) tuvieron lugar en Sudáfrica con motivo del enfrentamiento entre el Imperio británico y los colonos de origen neerlandés, conocidos como afrikáneres o bóeres.

<<

[1] La gallina Menorca es originaria de la isla del mismo nombre. De color negro, fue llevada a Inglaterra en el siglo XVIII para mejorar su raza mediante selección. <<



[1] Desde 1880 cada 14 de julio se celebra un desfile militar que conmemora la toma de la Bastilla, y que ha sido convertido en día de la fiesta nacional. En la época del relato era un acontecimiento social que las elites aprovechaban para relacionarse y exhibirse. Entre 1880 y 1914 se celebraba en el hipódromo de Longchamp, en el Bois de Boulogne. Por lo que respecta a Auteil, allí se sitúa otro hipódromo de París, construido después del de Longchamps (este fue erigido en 1857 y Auteil abrió sus puertas en 1873), exclusivamente para carreras de obstáculos. <<

[2] El Café de la Paix, situado en el cruce del bulevar de las Capuchinas y la plaza de la Ópera, es obra del arquitecto Charles Rohaut de Fleury, autor también del hotel del que el café formaba parte. Abrió sus puertas en 1862. <<

[3] El Barrio Latino, situado en torno a la Universidad de La Sorbona, debe su nombre a la lengua con la que en la Edad Media los estudiantes, residentes mayoritarios del barrio, hablaban: el latín. <<

[1] Un elegante hotel fundado en 1837 que ha contado entre sus huéspedes a ilustres reyes, políticos y escritores. <<

[1] El *Daily Mail*, fundado en 1896, estaba dirigido principalmente a las clases medias, y era de corte sensacionalista. <<

[2] *The Daily Chronicle* se publicó de 1872 (con ese nombre desde 1876) a 1930. Entre sus reporteros más conocidos tuvo a Joseph Conrad y Arthur C. Doyle. Apoyó al ala radical del Partido Liberal. <<

[3] *The Times* fue fundado por John Walter en 1785 como *The Daily Universal Register*. Fue el primer periódico en enviar corresponsales al extranjero. Aunque mantuvo su independencia, estuvo más cerca siempre de las clases altas y ciertos políticos. A partir de 1850 surgieron serios competidores: *The Daily Telegraph* y *The Morning Post*. El *Daily Express*, fundado en 1900, es de tendencia conservadora. <<

[1] El escritor Geoffrey Chaucer (ca. 1343-1400) es conocido sobre todo por sus *Cuentos de Canterbury*. <<



[2] El castillo de Rochester sufrió asedio por parte de todos estos personajes: el rey Juan I (1166-1216), con motivo de la primera guerra de los barones (1215-1217); Guillermo II (*ca.* 1056-1100), conocido como William Rufus, sitió el castillo durante la rebelión de 1088 originada por la sucesión al trono inglés; Simón de Montfort (1028-1265), noble al servicio de Enrique III de Inglaterra, que lo sitió en 1264 durante la segunda guerra de los barones (1264-1267), y Walter Tyler (*ca.* 1320-1381), quien lideró la revuelta campesina de 1381 y saqueó el castillo. <<

[3] Enrique II de Inglaterra (1133-1198) mantuvo una dura confrontación por los términos de las relaciones de la monarquía con la Iglesia con el arzobispo de Canterbury Thomas Becket (1118-1170), también lord canciller, que fue finalmente asesinado. William Laud (1573-1645) fue consagrado como arzobispo de Canterbury en 1633. Como hugonotes se conocía a los calvinistas durante de las guerras de religión (entre 1562 y 1598). Eduardo de Woodstock (1330-1376), llamado el Príncipe Negro por el color de su armadura, era el primogénito de Eduardo III de Inglaterra. <<

[1] Fundado en 1893, el restaurante Maxim fue, y sigue siendo, uno de los establecimientos más célebres de París, que se enorgullecía de reunir a la gente más elegante de la época. <<

[1] El Café de Paris estaba situado en el bulevar de los Italianos, una zona donde se concentraban los más famosos y populosos restaurantes, como el Café Tortoni, el Café Frascati, el Café Anglais, en otras ocasiones mencionado, y el Café de la Maison Dorée. <<

[1] George Romney (1734-1802) y Thomas Gainsborough (1727-1788), ambos destacados retratistas. Ambos artistas aparecen registrados en el catálogo de obras de arte de Charles Yerkes de su mansión de Nueva York (*Catalogue of Paintings and Sculpture in the Collection of Charles T. Yerkes, New York*, 2 vols., Forgotten Books, 2016). <<

[1] Chanticleer es el gallo que aparece en la fábula medieval «El gallo y la zorra» de los *Cuentos de Canterbury*. Por extensión, un chanticleer es un gallo. <<

[1] Arlequín y Pantaleón son ambos personajes de la Commedia dell'Arte. <<

[2] Pedazo de pan tostado. <<



[3] El teatro fue fundado en 1896 con el nombre de Théâtre-Salon y fue en 1897 cuando definitivamente adoptó el nombre de Grand-Guignol. <<

[1] Los coribantes eran sacerdote de Cibeles, que en las fiestas de esta diosa danzaban de forma orgiástica al son de ciertos instrumentos (*Diccionario de la Real Academia*).

<<

[2] Una bacante es aquella que participaba en las fiestas bacanales, celebradas en honor del dios Baco (*Diccionario de la Real Academia*). <<

[3] William Bryan (1860-1925) fue un orador y político estadounidense de Nebraska, del Partido Demócrata. Fue candidato por el Partido Comunista para la presidencia de Estados Unidos (1896, 1900 y 1908), miembro de la Cámara de Representantes de Estados Unidos de Nebraska y secretario de Estado durante la presidencia de Woodrow Wilson (1913-1915). Se opuso a la participación de Estados Unidos en la Primera Guerra Mundial y fue un impacable enemigo de los bancos y el patrón oro.

<<

[1] Dicho de un caballo o de una yegua, rodada significa que tiene manchas, ordinariamente redondas, más oscuras que el color general de su pelo (*Diccionario de la Real Academia*). <<

[1] En la mitología griega, Terpsícore es una de las nueve musas, hija de Zeus y Mnemosine. <<

[2] Alude a Cayo Mecenias (ca. 70-8 a. C.), consejero político de César Augusto y gran impulsor de las artes, motivo que llevó a que su nombre se convirtiera en sinónimo de «protector de las artes». <<

[1] Los monarcas de Reino Unido eran por esas fechas Eduardo VII (1841-1910) y la reina consorte Alejandra de Dinamarca (1844-1925). <<



[2] Se refiere a la Escena del Mercado «Dobre pane Radegaste» de la ópera ballet *Mlada*, acto II, escena 1. <<

[1] En latín: «en lugar de uno de los padres». <<

[1] Se refiere a la obra de William Turner (1775-1851), *Rockets and Blue Lights*, de 1840, actualmente en el Sterling and Francine Clark Art Institute, en Williamstown, Massachusetts. La obra está registrada en el catálogo que se conserva de la colección que Yerkes hizo de su mansión en Nueva York (*Catalogue of Paintings and Sculpture...*, *op. cit.*). <<

[1] Las obras son de Jean-Antoine Watteau (1684-1721), pintor barroco francés, famoso por sus bucólicas escenas de *fêtes galantes*; Joshua Reynolds (1723-1792), retratista inglés promotor del *great style*, o idealización inspirada en los cánones del Renacimiento; y, por último, Frans Hals (1582/83-1666) un pintor barroco neerlandés del que ya adquiriera obras en viajes anteriores a Europa (véase *El titán*, cap. XLV). Aparecen registradas obras de Watteau y Hals en el catálogo de obras de arte de Yerkes elaborado durante su residencia en Chicago, y de Reynolds en el de su mansión de Nueva York (*Catalogue from Collection of Charles T. Yerkes*, Chicago, 1983 y *Catalogue of Paintings and Sculpture...*, *op. cit.*). <<

[2] El hotel Waldorf abrió sus puertas en 1893 en la Quinta Avenida, si bien fue demolido en 1929 para dejar espacio para la construcción del Empire State. <<

[3] Pyne es el nombre ficticio de Robert H. Robertson (1849-1919), el arquitecto encargado de la mansión de Charles Yerkes en Nueva York. <<

[1] Se refiere a los artistas noruegos Edvard Grieg (1843/4-1907), compositor y pianista romántico; Knut Hamsun, (1859-1952), Premio Nobel de Literatura en 1920; Henrik Ibsen (1828-1906), dramaturgo y poeta, cuyas obras escandalizaron a sus contemporáneos por su cuestionamiento del orden social, moral y familiar imperante; y Bjørnstjerne Bjørnson (1832-1910) Premio Nobel de Literatura en 1903.

<<

[2] Aparece «Larsen» en el original. [N. de la T] <<



[1] Hace referencia a **Ábrahám Ganz** (1815-1867), un industrial siderúrgico húngaro que fundó una compañía que llevó su nombre en 1844. Su fábrica fue la primera en utilizar la tracción eléctrica en los ferrocarriles. <<

[2] El «polaco llamado Chopen» (Fryderyk Chopin, 1810-1849) había marchado a París ya en 1831, tras estallar los levantamientos en Varsovia contra el dominio ruso. Allí residió hasta su muerte (si bien vivió en Mallorca entre 1838 y 1839 por motivos de salud). En París impartió clases y compuso su brillante obra y alcanzó el prestigio que Cowperwood parecía ignorar. <<

[3] Uno de los cementerios más famosos de París. Su tamaño, diseño y el número de personalidades enterradas en él invita a muchos visitantes a pasear por sus calles. <<

[4] Efectivamente, se menciona a la actriz en *El titán*, caps. IX y XXV. <<

[5] La ignorancia «literaria» de Cowperwood se pone de manifiesto al admitir el desconocimiento de la obra de Honoré Balzac (1799-1850), a quien se le reconocía como uno de los grandes maestros de la literatura francesa. <<

[6] El músico francés Georges Bizet (1838-1875), autor de la universal *Carmen*; el escritor romántico francés Louis-Charles-Alfred de Musset (1810-1857) y el considerado como padre de la Comédie Française, Molière (1622-1673). <<

[7] Habla de la trágica historia de dos importantes intelectuales de la Edad Media, Pedro Abelardo y Eloísa (ca. 1092-1164). Él fue castrado por el tío de Eloísa y ella se vio obligada a tomar los hábitos en Sainte-Marie d'Argenteuil. <<

[8] En francés: «Muchas gracias, señores». <<



[1] Anna es el nombre que Dreiser dio a la hermana de Frank Cowperwood, mientras que a su primera esposa y su hija las llamó Lillian en *El financiero*. El autor ya no mencionará este nombre y en los siguientes capítulos seguirá utilizando el de «Anna» para la hija del magnate. Véase la introducción. <<

[1] William-Adolphe Bouguereau (1825-1905) fue un pintor academicista francés muy solicitado por la clase alta; por otra parte, la pintura del paisajista francés Jean-Baptiste-Camille Corot (1796-1875) tuvo una gran influencia en el movimiento impresionista. Sobre las obras de Hals y Rembrandt puede leerse *El titán*, capítulo XLV y *El estoico*, cap. LIV. Todas estas obras están registradas en el catálogo de la colección de Yerkes durante su residencia en Chicago (*Catalogue from Collection...*, *op. cit.*). <<

[1] El minstrel fue un espectáculo teatral y musical muy de moda en el siglo XIX, en el que actuaban blancos con la cara pintada de negro, si bien también en ocasiones participaban actores negros que se pintaban igualmente. Imitaban con bailes y gestos a los negros de las plantaciones de forma cómica. <<

[1] El único hijo que llegó a adulto de los tres que tuvo Charles Yerkes en su primer matrimonio se llamaba Charles Edward Yerkes (según la *Chronicle of the Yerkes Family, op. cit.*). <<

[1] El personaje real, Elizabeth Yerkes, al casar con Lino Francesco Rondinella pasó a conocerse con el apellido del marido, como es costumbre anglosajona, y a conocerse con el nombre de Bella Rondinella (según datos aportados por la *Chronicle of the Yerkes Family op. cit.*). <<

[1] Dreiser se inspira sin duda en el relato del acompañamiento fúnebre que describieron los periódicos de la época en el entierro de Charles Yerkes, en el que se menciona la presencia de los dos hijos y de la segunda esposa (véase, por ejemplo, el artículo de *The Daily Times from New Philadelphia*, Ohio, del 2 de enero de 1906).

<<

[2] Jn 11, 25-26. Esta y todas las citas bíblicas que siguen provienen de la versión Reina-Valera Antigua. *[N. de la T.]* <<

[3] Job 19, 25-27. *[N. de la T.]* <<



[4] 1 Tim 6, 7. *[N. de la T.]* <<

[5] Job 1,21. *[N. de la T.]* <<

[6] Sal 39, 5-8. *[N. de la T.]* <<

[7] Sal 39, 11. [*N. de la T.*] <<

[8] Sal 90, 1-10. *[N. de la T.]* <<

[9] Sal 90, 12. *[N. de la T.]* <<

[1] *El Baghavad Gita: canto del Señor*, trad. de J. Pardilla, Barcelona, Edicomunicación, 1998, p. 94. [N. de la T.] <<

[2] El *Baghavad Gita* es un texto sagrado hinduista que forma parte de otro de los clásicos del hinduismo: el texto épico y mitológico *Majabhárata* (s. III a. C.). <<



[3] Palabra que se utiliza como signo de respeto cuando una persona se dirige a un gurú (maestro espiritual). <<

[1] El Observatorio Yerkes, situado en el lago Geneva, Williams Bay, Wisconsin (véase *El titán*, cap. XLIII). <<

[2] Este pánico financiero fue conocido como el pánico de los banqueros, el cual se produjo cuando la Bolsa de Nueva York cayó un 51% en un momento de recesión y el pánico se contagió a los bancos y sociedades fiduciarias de todo el país. Fue el magnate J. P. Morgan quien puso freno a la crisis. <<

[3] Los barrocos holandeses Meinder Hobbema (1638-1709) y Jacob Ruysdael (ca. 1628-1682); los pintores de la escuela flamenca David Teniers el Joven (1610-1690) y el retratista Anton van Dyck (1599-1641) y Peter Paul Rubens (1577-1640); el pintor renacentista alemán Hans Holbein el Joven (1497-1543) y el también alemán de estilo gótico Hans Holbein el Viejo (1465-1524); todos ellos están recogidos en el catálogo que se realizara de la colección de Yerkes durante su residencia en Chicago, excepto la obra de Holbein el Viejo, que aparecerá registrada posteriormente, en el catálogo de la mansión de Nueva York (*Catalogue from Collection...* y *Catalogue of Paintings and Sculpture...*, *op. cit.*). Sobre Reynolds, Hals, Rembrandt y Turner véanse capítulo LI n. 1, capítulo LIV n. 1 y capítulo LX n. 1. <<

[1] La escultura *Cupido y Psique* (ca. 1893), del escultor francés Auguste Rodin (1840-1917) actualmente está en el MET de Nueva York. El *alter ego* de Cowperwood, Charles Yerkes, se interesó por la obra del francés tras la exposición en la Feria Mundial de Chicago en 1893 de una reproducción de su obra *El beso*. En el catálogo la colección de arte de Nueva York de Yerkes está recogida la escultura que adquiere Cowperwood (*Catalogue of Paintings and Sculpture...*, *op. cit.*). <<

[2] Yerkes adquirió un cuadro del pintor renacentista florentino Sandro Botticelli (1445-1510) titulado *Virgen con el niño, san Juan y un ángel* que ahora forma parte de una colección particular. La obra aparece recogida en su catálogo de Nueva York (*Catalogue of Paintings and Sculpture...*, *op. cit.*). <<

[3] La viuda de Charles Yerkes, Mary Adelaide, se casó un mes después del fallecimiento de su esposo con Wilson Mizner, del que se divorció apenas año y medio después. Murió sola, enferma del corazón, en su mansión de Madison Avenue. Los periódicos de la época hacen referencia a su soledad y su infeliz vida (véase el *Start Tribune* o el *Chicago Tribune* del 3 de abril de 1911; también Y. Franch, *Robber baron...*, *op. cit.*, p. 323). <<

[1] Paredilla, *op. cit.*, 1998, p. 107. [N. de la T.] <<



[2] Pardilla, *op. cit.*, 1998, p. 55. [N. de la T.] <<

[1] El Majestic de Bombay fue uno de los más lujosos hoteles construidos a principios del siglo xx al calor del desarrollo económico de la India como colonia británica. Es uno de los hoteles históricos de la ciudad y sigue siendo un edificio admirado por los turistas por sus minaretes y el exotismo de su diseño. <<

[2] En el budismo, alma espiritual. *[N. de la T.]* <<

[3] El *raja yoga* se basa en prácticas espirituales elevadas, mientras que el *hatha yoga* es un sistema de purificación, de disciplina preparatoria. Los otros sistemas de yoga que mencionará más adelante son el *jnana yoga* (yoga del conocimiento, basado en el estudio), el *karma yoga* (yoga de la acción desinteresada) y el *bhakti yoga* (devoción). <<

[1] Libros sagrados del hinduismo. Son más de 200 libros escritos entre el siglo VII a. C. y principios del siglo XX d. C. <<

[2] «Todo este universo visible ha salido de Mi Forma Invisible. Soy el soporte de todos los seres, y aun así, no dependo de ellos. Y en verdad, tampoco ellos están en Mí: tal es el misterio de mi condición sublime. Soy la Fuente de todos los seres vivos, soy el soporte de todos ellos; mas, aun así, no dependo de ellos.» Pardilla, *op. cit.*, 1998, p. 63. [N. de la T.] <<

[3] Pareda, *op. cit.*, 1998, p. 66. [N. de la T.] <<

[4] Paredilla, *op. cit.*, 1998, p. 66. [N. de la T.] <<



[5] Emily Brontë (1818-1848) fue la escritora británica autora de *Cumbres borrascosas* (1848), publicada bajo pseudónimo masculino para sortear las dificultades que tenían las mujeres para triunfar en el campo de la literatura, como en tantos otros. <<

[6] Esta versión del poema es obra del poeta malagueño Ángel Luis Montilla Martos.  
*[N. de la T.] <<*

[7] Célebre frase de Swami Vivekananda. *[N. de la T.]* Swami Vivekananda (1863-1902) fue un místico y líder religioso indio. <<

[8] Mt 6, 33. [*N. de la T.*] <<

[9] Cita del *Bhagavad Gita* que he traducido directamente de la obra de Dreiser. [N. de la T.] <<

[10] El autor mezcla partes de citas del *Bhagavad Gita* en su discurso, por lo que se ha optado por suprimir las comillas y traducir directamente del inglés. Tras comparar varias traducciones, he comprobado que no sigue fielmente el original, sino que hace su propia elaboración. [N. de la T.] <<

[11] Cita del *Bhavavad Gita* traducida también desde la obra de Dreiser. [N. de la T.]

<<

[1] Ciudad conocida como Kanpur a partir de 1948. *[N. de la T.]* <<



[2] El Plaza es un hotel de lujo situado enfrente de Central Park South, junto a la Grand Army Plaza. Data de 1907 y semeja un castillo renacentista francés. <<

[3] Sal 90, 5-6. [*N. de la T.*] <<

[4] Pardilla, *op. cit.*, 1998, p. 47. Cita extraída del cap. 5, 19. Traducción directa de la obra de Dreiser: «Absorto en Brahman, vence al mundo, incluso aquí, vivo en el mundo. Brahman es único, inalterable, no mancillado por el mal. ¿Qué otro hogar tenemos sino Él?». [*N. de la T.*] <<

[5] Hace referencia a una enseñanza del gurú, pero, sin embargo, la cita es diferente.  
*[N. de la T.] <<*

[1] El cementerio aparece en este caso escrito de manera diferente a como ha aparecido a lo largo del texto. Podría deberse a un error tipográfico. *[N. de la T.]* <<

[2] El título podría traducirse como «Al anochecer». Canción compuesta por Annie Fortescue Harrison en 1877, aunque la letra fue tomada de un poema de Meta Orred del mismo título publicado en 1874. [*N. de la T.*] <<